

JUAN JOSÉ SAER

**Cuentos completos
(1957-2000)**



L
e
a
e
t
t
t
t
t

C
t
t
a
q
c
e
e

L
a
u
a
p
e

f

i

c

c

v

r

r
l
t
p
e
p
t
s
h
L
n
l
c
c
s
v



C

J

(

e

N

o

u

Título original: *Cuentos completos (1957-2000)*

Juan José Saer, 2001

Retoque de cubierta: Ninguno

Editor digital: Ninguno

ePub base r1.1



Nota

Las ficciones narrativas que componen este volumen abarcan cuarenta y tres años de trabajo literario: los primeros textos fueron escritos en 1957; los últimos, en el tan mentado año 2000, del que sólo unos pocos hombres sensatos fueron capaces de predecir que no sería ni más ni menos banal que sus predecesores abolidos. Los he ordenado siguiendo una cronología rigurosa pero invertida, que empieza por el libro más reciente y termina por el más antiguo, como ya lo había hecho con mis ensayos literarios. Tal vez de esa manera el lector tendrá del conjunto una perspectiva semejante a la mía.

Un problema de género se plantea con algunas de estas narraciones. Muchos son cuentos clásicos —sobre todos los primeros—, pero otros, a causa de su extensión, se apartan de

las leyes del género; algunos son demasiado largos y otros demasiado breves como para ser llamados cuentos. Pero varios de entre ellos también difieren del género porque, considerando que la preceptiva del cuento moderno era demasiado rígida, me pareció que valía la pena explorar, en la ficción breve, formas más libres que las que se recomiendan como clásicas. Lo hice siempre con convicción y probidad, sin olvidar sin embargo que, en literatura por lo menos, esas dos estimables virtudes nunca fueron suficientes para asegurar la calidad del resultado.

De los cuatro textos que forman la sección Esquina de febrero sólo uno («El camino de la costa») apareció, allá por 1964, en la confidencial y efímera revista Zona; los otros tres son inéditos. Los cuatro estaban destinados a formar parte de Unidad de lugar, pero a último momento, a causa quizás de un exceso de rigor

juvenil, quedaron afuera. De «El camino de la costa», que yo había olvidado por completo, un viejo amigo cineasta me llamó por teléfono el año pasado para pedirme los derechos de adaptación, y me mandó el texto por fax, de modo que volví a leerlo, como si fuera de otro, treinta y seis años después de haberlo escrito. Los demás volvieron a la luz por casualidad, porque los encontré como a menudo suelen encontrar sus viejos textos inéditos los escritores: buscando alguna otra cosa. Ignoro el valor literario de estos cuentos, pero mentiría si dijese que, después de tanto tiempo, no me causó algún placer verlos reunidos otra vez en una sección especial de este libro. Tienen para mí un sabor intenso que es, no el de mis meros comienzos literarios, sino el de mi juventud irrevocablemente desaparecida.

JUAN JOSÉ SAER

24 de agosto de 2001

Lugar (2000)

...loco
fatto per proprio de l'umana spece.

PARADISO, I, 56-57

La conferencia

El conferenciante entró jovial. Era en uno de los salones de la Real Academia de Ciencias de Bruselas y, si mis recuerdos no me engañan, iba a tratar el problema de los métodos de verificación de una suma: el conferenciante descartaba a priori la verificación estadística (por x número de personas) y la convicción subjetiva y de buena fe sobre el resultado. Pero tal vez se trataba más bien de lo contrario. Se sentó, desplegó sobre la mesa las hojas de una carpeta y, antes de comenzar a desarrollar su tema, contempló durante unos segundos la jarra transparente, sonrió como para sí mismo, y dijo:

Yo acostumbro a dormir la siesta antes de dictar una conferencia, para tranquilizarme, porque la obligación de hablar en público me pone siempre muy nervioso. Así que hace una

hora tuve un sueño. Tres personas diferentes fotografiaban rinocerontes. Eran tres imágenes sucesivas, pero el método que empleaban para sacar la fotografía era el mismo: se internaban en el río hasta la cintura, y fotografiaban de esa manera al rinoceronte, que se encontraba a unos metros de distancia, en el agua. Se trataba de rinocerontes, no de hipopótamos. El último de los fotógrafos era un poeta amigo mío (al que no conozco personalmente). Era mi amigo en el sueño. Este poeta, de fama universal, me explicaba en detalle el procedimiento que se emplea habitualmente para fotografiar rinocerontes. Y, en nombre de nuestra vieja amistad, me regalaba la fotografía que acababa de sacar.

El conferenciante hizo silencio y recogió de entre sus papeles un rectángulo coloreado. Después, antes de comenzar la disertación propiamente dicha, concluyó su relato:

Tal vez ustedes crean que este sueño que acabo de contarles es pura invención. Y bien, estimados oyentes, se equivocan. Aquí tengo la prueba, dijo, y alzó la mano mostrando al público la fotografía en colores de un rinoceronte en un río africano, todavía húmeda, a causa sin duda de la proximidad del agua o del reciente revelado.

El hombre «no cultural»

Si pude dejar el diario y vivir sin trabajar, le escribe Tomatis al Matemático que vive en Estocolmo desde hace varios años, ha sido gracias a la herencia de un tío mío, el único hermano de mi madre, que era viudo y sin hijos cuando murió, de modo que no tuvo más remedio que dejarnos su pequeña fortuna, tres o cuatro casas bien ubicadas aquí en la ciudad y una cuenta en dólares en la Banca Nazionale del Lavoro, le escribe Tomatis. Había sido farmacéutico y un poco excéntrico, le escribe. Antes de jubilarse ya hacía años que no se ocupaba de la farmacia: el idóneo y un par de empleadas despachaban y mi tía Amalia, su mujer, que había hecho los estudios secundarios en la Escuela Comercial, atendía la caja. Él, mi tío Carlos, del que heredé también el nombre, se quedaba en su casa a leer en el fondo del patio,

bajo los árboles si hacía buen tiempo, o en su estudio bien caldeado por una chimenea en las tardes de invierno. Sé lo que estarás pensando después de leer la frase que precede: que me dejó no únicamente su nombre y su fortuna, sino también ciertas rarezas de comportamiento. ¿Por qué no? Por algunas casas en perfecto estado y bien ubicadas en el centro de la ciudad y una cuenta en dólares, acepto los dos o tres inconvenientes que puedan venir en el paquete. Y Tomatis le escribe al Matemático: desde luego que estoy bromeando, porque se querían mucho con mi madre, a la que le llevaba varios años y, de toda la familia, yo era el único con el que se atrevía a hablar de lo que le interesaba en serio, sin temor de ser considerado un poco chiflado, le escribe.

Si bien sus intereses filosóficos fueron de lo más variados a lo largo de su vida, en los últimos tiempos parecieron concentrarse en un solo objeto o tema, que él llamaba, con un poco de ironía por

cierto, le escribe Tomatis al Matemático que vive en Suecia desde hace varios años «la exploración interna en busca del hombre no cultural». A veces comparaba su actividad a la del arqueólogo o a la del geólogo, y en más de una ocasión le oí decir, acompañando su afirmación con una risita satisfecha, que pensaba publicar un opúsculo cuyo título sería: *Manual de espeleología interna*. Decía que los niveles inferiores eran difíciles de explorar, y que los hombres podían ser comparados al planeta en el que vivían, y que en tanto que individuos estaban constituidos, como la tierra, de cuatro niveles diferentes —corteza, manto, núcleo y semilla— y que de los dos últimos, igual que como ocurre con el casquete que nos aloja (la expresión es de mi tío Carlos), sólo conocemos la existencia por algunos efectos indirectos, gracias a alguna ciencia auxiliar como la sismología por ejemplo. Y agregaba que se trataba únicamente de una metáfora, aunque

también según mi tío aplicado al globo terrestre ese vocabulario era puramente metafórico, le escribe Tomatis al Matemático.

Su tratado de espeleología interna nunca lo redactó, le escribe Tomatis, pero ponía en práctica con frecuencia sus principios. Era un hombre jovial, le escribe. Caminaba bamboleándose un poco, como si se desplazara siempre en puntas de pie, lo que le daba el aire de estar disponiéndose a sorprender a alguien con una aparición inesperada o con alguna broma inocente. Pero era una forma de caminar que, vista desde el exterior, le daba al que lo observaba una impresión de bienestar contagioso, aunque tía Amalia sugería a veces que esa euforia tenue y constante tal vez hubiese podido ser atribuida a la irresponsabilidad. Como al Gato, le gustaba el vino blanco, y hasta en pleno invierno lo tomaba bien helado. Su defecto más notorio —aparte del de importarle lo que se dice un bledo los negocios del mundo— era que tenía

teorías para todo, lo cual es bastante frecuente en los que sienten inclinación por la filosofía, pero que en él se agravaba a causa de los estudios más o menos científicos que había hecho para recibirse de farmacéutico. Pero ni opinaba ni aconsejaba, lo cual atenuaba su defecto y lo hacía menos irritante: se limitaba a proferir, como para sí mismo, la explicación de cada hecho y la solución de cada problema y, desinteresándose por completo de lo que podía pensar su interlocutor, pasaba en el acto y con versatilidad a otra cosa. Pero, si por casualidad percibía alguna preocupación en las personas que lo rodeaban, era solícito y generoso con ellas.

De su dichoso «hombre no cultural» puedo afirmar sin demasiada exageración que, por ser el oyente que tenía más a mano, me tocó beber, como se dice, el cáliz hasta las heces: en los últimos años era casi su único tema de conversación. A veces me explicaba que lo que buscaba cuando

descendía hacia el fondo de sí mismo, no era un supuesto hombre de Cromagnon ni algún homínido anterior, africano o javanés, sino algo más arcaico todavía, demorado en los límites entre vida y materia que debían subsistir en alguna parte, en el fondo de cada uno de nosotros, el chorro de substancia anterior a la forma en el que las meras reacciones químicas de los elementos combinados de manera aleatoria unos con otros, se encaminaban hacia la opción «vida», «animal», «hombre», «yo», etcétera, la franja incierta en la que, durante un lapso incalculable, la repetición del modelo todavía no había comenzado, y de la que debían sin duda quedar rastros en cada uno de nosotros. Había que pasar, según él, por peligrosas grutas interiores, de la conciencia a la vida y de la vida a la materia, en un descenso interminable y trabajoso, durante el cual un simple resbalón podía mandarnos al más negro y hondo de los abismos.

Cuando hacía buen tiempo, le escribe Tomatis

al Matemático, se sentaba en el fondo del patio, a la sombra, en una perezosa de madera blanca, con el respaldo no demasiado inclinado, de modo que el torso y la cabeza formaban con las piernas estiradas horizontalmente un ángulo obtuso y, apoyando la cabeza en el respaldar de lona a rayas verticales rojas y blancas, cubría con la palma de la mano el dorso de la otra, a la altura del bajo vientre, y después de unos segundos de removerse con suavidad para encontrar la posición definitiva, se quedaba completamente inmóvil. No parecía ni respirar. La inmovilidad total podía durar diez o quince minutos, y los que no lo conocían solían pensar que estaba dormido o que todas sus funciones biológicas estaban interrumpidas, pero de pronto abría los ojos, pestañeando un poco y paseando la mirada vaga y remota por lo que lo rodeaba, como sin verlo, durante unos segundos, y después, volviéndolos a cerrar, corregía su posición en el asiento y se quedaba de nuevo

inmóvil, le escribe Tomatis al Matemático que tuvo que irse a vivir a Estocolmo hace unos años, cuando los militares mataron a su mujer, y anduvieron buscándolo a él con el mismo fin en la época de la dictadura, aunque él no compartía las ideas políticas de su mujer, pero por lealtad había decidido discutir las solamente en privado con ella. Era el propio Tomatis el que, un poco menos de treinta años antes, le había puesto el sobrenombre de Matemático, por el que casi todo el mundo lo conocía, cuando se enteró de que, aunque la metafísica y la lógica no le eran indiferentes, estudiaba en realidad ingeniería química.

Se quedaba sentado horas en esa actitud, le escribe Tomatis. Las veces que pude observarlo me imaginaba que, olvidado de su envoltura mortal, estaría paseando un doble infinitamente pequeño de sí mismo por las cavernas interiores, en busca de su propio eslabón perdido, el dichoso

«hombre no cultural». Me parecía verlo atravesar corredores oscuros, desfiladeros húmedos y rocosos, siempre en declive hacia un fondo inaccesible del que, por mucho que bajara hacia él, durante horas enteras de exploración, no lograba nunca reducir la distancia, le escribe. El mundo exterior ya habría dejado de existir cuando hubiese alcanzado cierta profundidad, desde la que también el «yo» debía darle la impresión de ser un espejismo olvidado, y la conciencia un sueño incoherente y vago, los sentimientos, las emociones y las pulsiones, unas convulsiones imperceptibles y sin motivo, para no hablar de los instintos, semejantes a los deslizamientos de terreno provocados siempre por las mismas causas, allá en la altura remota, cerca de la superficie, le escribe Tomatis. Y realizaba ese descenso peligroso con el único objeto de alcanzar por fin la zona informulada, virgen de todo contacto humano y que sin embargo según mi tío no

únicamente subsiste en el hombre y subsistirá mientras el hombre dure, sino que es su fundamento, el flujo prehumano que lo empuja hacia la luz, lo expone un momento en ella y por fin, con la misma energía caprichosa y neutra, lo arroja al centro mismo de las tinieblas.

Y Tomatis le escribe al Matemático: en las tardes de otoño y de primavera, y en las de verano si no hacía demasiado calor, se quedaba sentado en el fondo del patio hasta que anochecía. Algunos parientes afirmaban que estaba loco, pero los que lo conocían mejor y lo apreciaban se encogían de hombros y decían que en boca de mi tío Carlos la expresión «búsqueda del hombre no cultural» era un eufemismo por: «dormir la siesta». Con un aficionado a los enigmas, a los problemas y a las charadas como él es difícil expedirse, le escribe Tomatis. Pero las veces que pude observarlo, su total inmovilidad y la vaguedad de su mirada cuando abría los ojos me aterraban un poco, le

escribe. Y cuando en el primer vientito del anochecer se levantaba con expresión satisfecha y se iba a la cocina a ver si la botella de vino blanco que había puesto en la heladera antes de instalarse en la perezosa ya estaba suficientemente fresca, parecía venir de más lejos que del fondo del patio, le escribe Tomatis al Matemático. De muchísimo más lejos, le escribe.

Bien común

Formaban una parejita joven. Se habían casado no hacía mucho y trabajaban para una editorial catalana, vendiendo a domicilio libros de arte, diccionarios, enciclopedias, etcétera. A veces iban los dos de gira; otras veces, uno se quedaba en Madrid, mientras el otro salía de viaje, o si no, trabajaban zonas diferentes al mismo tiempo, en equipos diferentes, etcétera. Ganaban bien pero el trabajo era bastante duro, y les resultaba difícil afincarse, tener hijos, organizarse como una verdadera familia.

Aunque parezca extraño, el trabajo los dejaba insatisfechos, no desde el punto de vista financiero o en cuanto a la dignidad profesional, sino en un sentido ético: no estaban seguros, en ciertos casos, de que incitar a la gente a endeudarse para comprar enciclopedias interminables y costosas,

no era una especie de chantaje. Muchos las compraban creyendo que un porvenir brillante o un cambio de situación social se manifestarían con la posesión de esos enormes volúmenes ilustrados, la mayor parte de cuyo contenido les era indiferente y caducaría tal vez mucho antes de que hubiesen terminado de pagarlos. Venderle a quien no tiene muchos recursos lo superfluo, haciéndole creer que le es indispensable, se parece bastante, para ser francos, a una estafa.

Por razones que se volverán comprensibles en seguida, es mejor no llamarlos por sus nombres; basta decir que tenían más de veinticinco años y menos de treinta, o sea que estaban viviendo el último tiempo de la juventud y entraban, como a través de un túnel a la vez vertiginoso y lento, todavía frescos, en la madurez. Ciertos aspectos de lo que podemos ser realmente permanecen ignorados en la infancia, y si a veces se nos revelan, bruscos, en la adolescencia, en muchos

casos van mostrándose de a poco, en distintas etapas de la vida, de tal manera que, en sus postrimerías, a causa de tantos cambios súbitos o graduales, podemos descubrir que un desconocido, admirable, repelente o curioso —para el caso es lo mismo— ha usurpado el lugar del que creíamos ser.

Una noche —llevaban un año y medio más o menos de casados— ella volvió de un viaje con cara triste y preocupada y aunque el marido lo notó apenas la vio entrar, únicamente se decidió a preguntarle lo que le ocurría cuando, en la madrugada, los sollozos apagados de ella, que estaba acostada a su lado en la oscuridad, lo despertaron. Y, pidiéndole por favor que no encendiera la luz, la mujer, más desconsolada que culpable, le hizo la terrible confesión: por una singularidad de su modo de ser, cuyos motivos a ella misma se le escapaban, siempre la había atraído, desde mucho antes de conocerlo, la

posibilidad de hacer el amor con desconocidos, y si el afecto sincero que sentía por su marido había ocultado durante cierto tiempo esa singularidad, esa semana en que había estado sola en un hotel de Ciudad Real, su irresistible inclinación la había vuelto a atrapar, hostigándola día y noche hasta obligarla a pasar al acto. El deseo súbito que la arrebató, afirmaba la muchacha, había sido como un ataque de locura, o como si, de golpe, hubiese pasado del mundo familiar a otro desconocido en el que únicamente su deseo existía, y todos los vínculos con su verdadera vida se hubiesen borrado. Antes y después de ese arrebató, en el mundo verdadero, era el amor por su marido y la vida en común que llevaban lo único que le importaba, y por esa razón se sentía menos culpable que desconsolada y perpleja.

El hombre la escuchaba aterrado, y esa noche de asco y aflicción se prolongó en un mes de pesadilla: recriminaciones y violencias, gritos y

llantos, silencios y amenazas, pasaban de uno al otro, día tras día, en un desgarramiento prolongado. Decidían separarse para siempre, y unos minutos más tarde copulaban con rabia y desesperación en la noche insomne y sin fin. En vez de calmarlos, el alcohol los exasperaba, y sentían que el dolor y la furia nunca dejarían de crecer, hasta que al cabo de algunas semanas, el rencor, la tristeza y la impotencia, atenuándose, dieron paso a una calma insensible y gris. Ya no hablaron de separarse pero ella, para pagar de algún modo el precio de su singularidad, se resignó a responder, sin omitir un solo detalle, a los interrogatorios interminables acerca de su brusco arrebató a que él la sometía. Se vio obligada a contestar, una y otra vez, las preguntas más extrañas, relativas a la duración de su acto, a las posiciones en las que lo había realizado, al cuerpo del hombre, a la intensidad de su goce, a las frases que intercambiaron, al aspecto de la

pieza donde habían estado, a la iluminación, al orden de los acontecimientos, a la hora. Mil veces las preguntas salían por entre los labios del hombre, que la miraba fijo mientras las formulaba, en busca de nuevos y curiosos detalles o de una sempiterna confirmación, y mil veces ella le respondía con sinceridad exacta y escrupulosa, sin siquiera pensar en lo que esa sinceridad podía tener de hiriente para su marido. Y a tanto llegó esa exigencia de verdad que, cuando la tormenta pareció amainar, y siguieron viviendo en una calma aparente como si no hubiese pasado nada, ella se creyó en la obligación de decirle que no estaba segura de que en el futuro el arrebato no se repetiría.

Él la escuchó en silencio, pero era fácil adivinar en su mirada que ya que no podían separarse le pediría algo a cambio, lo que en efecto sucedió unos días más tarde: él, le dijo, la aceptaba como era, pero no quería que las cosas

pasaran a sus espaldas o en su ausencia. Que esos arrebatos de ella, si él los aceptaba, eran un bien común que poseían y que debían administrar juntos. Perpleja y curiosa, y con cierto alivio también, porque esa propuesta la liberaba de sus sentimientos de culpa, la mujer aceptó.

Durante un año y medio más o menos, cuando viajaban juntos, la misma situación se repetía de tanto en tanto; en los hoteles de provincia donde se alojaban, no se inscribían como marido y mujer sino como simples colegas, y dormían en habitaciones separadas pero contiguas. Después del trabajo, recorrían los establecimientos nocturnos, y si la mujer se sentía atraída por algún desconocido —ya que su singularidad exigía que fuese un desconocido y que sirviese para una sola noche— el marido, en su papel de compañero de trabajo, los observaba a distancia, tomando de a tragos pausados su alcohol y haciendo tintinear distraídamente los cubitos de hielo contra el vidrio

del vaso. El corazón le latía un poco más fuerte cuando las maniobras comenzaban. Y si las cosas parecían conducir al desenlace previsto, se alejaba en dirección al hotel, adelantándose a la pareja y, tendiéndose en la oscuridad de su cuarto esperaba, alerta y palpitante, que los otros llegaran. Cada ruido que los anunciaba, el ascensor o, si no había, los pasos en la escalera, en el pasillo, el ruido de la puerta al abrirse o al cerrarse, aceleraban los latidos, acrecentaban la ansiedad, reconcentraban la atención. Tendido inmóvil en la negrura, su ser entero estaba vuelto hacia los ruidos que venían de la habitación de al lado —risas ahogadas, murmullos, suspiros, quejidos, rechinar de metales y crujidos de madera, roce apagado de paños o rumor de seda— y que parecían penetrar en él no únicamente a través del oído, sino de cada milímetro de su cuerpo. Cuando el desconocido se iba, ella venía a la habitación y, en silencio, sin encender la luz ni

intercambiar una sola frase (ella arañaba apagadamente la puerta y él iba a abrirla en la oscuridad) hacían el amor y se dormían hasta el día siguiente.

Si en el marido la inclinación por esas noches idénticas iba en aumento, en la mujer en cambio, la frecuencia de sus arrebatos e incluso el deseo de que se produjesen disminuían. Lo que había sido su única libertad, fue transformándose lentamente en una especie de obligación. Tenía la impresión de haber contraído una deuda infinita, que nunca terminaría de pagar. Al mismo tiempo, la voluntad de su marido parecía haber anexado su goce, transformándolo en un apéndice de su propio deseo. Ya no gozaba durante ese ritual repetido, solamente se limitaba a concentrarse en cada uno de sus actos para adecuarlo en forma escrupulosa al deseo de su marido. Una especie de indiferencia se apoderó de ella. Durante cierto tiempo, no logró entender lo que le pasaba y se dejó llevar por los

acontecimientos, pero un día en que oyó a su marido, en el colmo de la exaltación, proyectar la construcción de un tabique delgado en su propia casa para que ella pudiese recibir desconocidos y él escuchar con más claridad desde la pieza de al lado, se dio cuenta de que había llegado el momento de intentar sobrevivir, así que sin decirle nada, aprovechando que él estaba de viaje, y dejándole una esquila de adiós, hizo sus valijas y cambió, no únicamente de ciudad, sino incluso de país, de continente y de nombre.

Nieve de primavera

No hace mucho, en Viena, estábamos paseando por la Kettenbrückengasse, una avenida muy larga llena de pequeños y grandes atractivos, como la fachada florida de la Majolika Haus o, a unos pasos más allá, el cuartito en el que murió Franz Schubert (que cada uno decida cuál de esas dos atracciones turísticas es la grande y cuál la pequeña). En el paseo central de la avenida se despliega el Naschmarkt, que las guías señalan como «el mercado más animado de Viena», y que consiste en una doble hilera de puestos estables o ambulantes, abarrotados de mercadería, extendiéndose a lo largo de muchas cuadras.

Era un sábado a la mañana, un sábado de finales de marzo, el primer sábado de primavera para ser más exactos. Desde hacía dos o tres días habíamos andado, mi marido y yo, caminando por

la ciudad, visitando parques y museos, y ese paseo por el mercado era uno de los más agradables de nuestra excursión. En todo el occidente cristiano, el sábado a la mañana es un momento exaltante, cuando el comercio exhibe su diversidad colorida, para volver más ilusoriamente festivo el descanso semanal de un día y medio que empezará alrededor de la una de la tarde, y si es cierto que el atardecer del sábado, cuando las ciudades se repliegan y se calman, preparándose para las fiestas nocturnas, es la hora más apacible y benévola, la agitación del sábado a la mañana despierta los deseos adormilados por una semana de trabajo, y pone otra vez en alerta máxima a los sentidos.

Somos italianos, no de alguna de esas ciudades que gozan de un prestigio universal y presentan un aspecto demasiado solemne y exuberante de significaciones a sus visitantes, sino de una ciudad exigua de clase media, desconocida para el mundo entero, y ubicada al norte de Verona, en el camino

a Trento, a Bolzano, a Munich y a Salzburgo. Mi marido es arquitecto; yo, profesora de alemán. Ahora que los chicos son grandes, podemos escaparnos durante tres o cuatro días adonde se nos antoje. Lo pasamos bien cuando estamos de viaje: sin apuro y sin pretensiones, más afectos al vagabundo que a la dictadura de las guías turísticas, nos gusta abandonarnos, al azar, a los placeres de nuestra edad, una sorpresa arquitectónica, un jardín florecido, un paseo en tranvía, un museo confidencial, una buena cena.

En la primavera naciente, el clima nos deparó también sorpresas y transtornos, pero al mismo tiempo, gracias a eso, placer y novedad. Lo que en otras partes del mundo son chubascos primaverales, allá eran verdaderas tormentas de nieve, cortas y repentinas, pero tan fuertes que en pocos minutos el cielo, hasta ese momento de un azul intenso y brillante, se ponía negro, y la nevisca brumosa empezaba a caer, remolineando

con violencia por espacio de quince o veinte minutos. Los colores animados de Viena se borroneaban en la nevada, la bruma, el cielo oscuro, el agua helada, y el pequeño mundo que había sido hasta ese momento reluciente, íntimo y acogedor, un poco cursi también a causa de su predilección por el mármol y los oros atormentados, se volvía lejano, extraño y fantasmal. En el reverso del despliegue verde, rosa y dorado, parecía flotar un país desconocido, sin lugar propio ni en el espacio, ni en el tiempo, ni en la experiencia. Un mediodía, esa penumbra incolora, que escamoteó en unos pocos minutos la transparencia soleada del aire, trajo a la rastra truenos y relámpagos que hacían vibrar las cosas con un estruendo amenazador, después de haberles otorgado durante unos segundos una palidez verdosa que las volvía todavía más espectrales. Y detrás de ese aluvión precipitado de nieve el sol brillante reaparecía con la misma labilidad

repentina con que, unos momentos antes, se había volatilizado detrás de las capas espesas de nubes negras, haciendo destellar el follaje, las estatuas y las extensiones inmaculadas de nieve que cubrían el césped de los parques y de los jardines.

Lo que fue transtorno y sorpresa el primer día, al rato la costumbre lo transformó en broma, en estrategia, en delicia. Al azar de nuestros paseos íbamos alertas, tratando siempre de prever la nevisca y tener a mano el portal, la arcada, el museo o el café al que iríamos a refugiarnos cuando la tormenta se desencadenara. Pero el sábado a la mañana, mientras paseábamos por el Naschmark, entre la doble hilera de mariscos y de pescados del Danubio, de naranjas y de frutas exóticas, llegadas el día anterior del Brasil o de Madagascar, de bacalao en salmuera y de pepinos en vinagre envasados en Polonia, de extracto de tomate siciliano y de arenques del Báltico, dejándonos arrastrar por la muchedumbre y

atascándonos a veces en los remolinos de gente, la tormenta de nieve fue tan densa, violenta y repentina que, por no tener a mano uno de esos pequeños restaurantes húngaros donde sirven un goulash humeante y una buena jarra de cerveza por unas pocas monedas, nos metimos en el primer lugar que por decir así se nos presentó y que, como lo ostentaba sin inhibiciones la fachada azul y blanca, resultó ser una taberna griega.

Una música de la misma nacionalidad sonaba discreta, casi inaudible a decir verdad, sepultada bajo el murmullo de las conversaciones que se elevaba de las mesas ocupadas, que eran casi todas las que contenía el local. Divisamos una de las pocas que estaban libres y, después de desembarazarnos de nuestros abrigos salpicados de nieve, nos sentamos a tomar una copa de vino blanco para empujar el yogur con ajo, menta y pepino y el caviar de berenjenas que nos ayudaban a armarnos de paciencia para esperar algún plato

caliente. Como habíamos estado caminando toda la mañana, descansábamos olvidados uno del otro, retraídos y silenciosos, observando las mesas vecinas y el ambiente animado que reinaba en el local. No sé en qué estaría pensando mi marido, pero en lo que a mí respecta, dos escenas singulares absorbieron mi atención.

En una mesa que se encontraba a varios metros de la nuestra, de modo que no podíamos oír la conversación, había una joven familia, el padre, la madre, un chico de unos tres o cuatro años y el hermanito menor, que no debía tener más de ocho o nueve meses. Lo primero que me llamó la atención fue la fealdad de la mujer: una serie de azares crueles había acumulado en su cara y en su cuerpo toda clase de desarmonías, de tal manera que el ojo, aunque habituado a la mediocridad sin redención posible del envoltorio humano, registraba de inmediato la evidente exageración de la mujer en un sentido estético negativo. Y, sin

embargo, un manejo curioso tenía lugar en ese momento: su hijo mayor, parado sobre la silla, le hacía continuas y desproporcionadas demostraciones de amor que, de tan intensas y absorbentes, le impedían a la madre mantener una conversación normal con su marido u ocuparse del nene que la reclamaba desde su cochecito. El mayor, en puntas de pie sobre el asiento, abrazaba a su madre acariciándola todo el tiempo, apretándose contra ella, besándola en el cuello y en las mejillas, enredando los deditos en sus cabellos, como si la peinara, o cubriéndole los labios con la mano e incluso metiéndole los dedos en la boca para impedirle hablar. Era evidente que quería distraer la atención y acaparar el ser entero de su madre para su consumo personal, y si bien la madre no se abandonaba por completo, al mismo tiempo que trataba de comer y de hablar con su marido, se dejaba acariciar y devolvía de tanto en tanto las caricias al chico que, al recibirlas, se

mostraba exageradamente satisfecho, y hacía gestos demasiado ostentosos de arrobamiento y reconocimiento. Observándolos no pude dejar de pensar lo siguiente: para el niño, la mujer fea era la más hermosa del mundo y, cualesquiera hayan sido sus motivos, egoísmo, sentido histriónico, capricho, odio disfrazado de pasión, por más vueltas que se dieran para examinar la cuestión, la respuesta era siempre idéntica, a saber, que la mujer más fea del mundo era la más hermosa para su hijo, y que la rapsodia infinita de objetos diferentes que constituyen la música del universo, se resumía para la criatura en uno solo.

En una mesa más cercana, lo que me permitía escuchar la conversación, había un viejo que hablaba en voz demasiado alta con un señor maduro que parecía escucharlo con resignación. Era uno de esos viejos locuaces, antipáticos, y orgullosos del buen estado de salud en el que llegan a la vejez, como si fuese un mérito personal

y no una mera consecuencia de la casualidad. Tomando largos tragos de vino blanco y engullendo sin parar enormes bocados de *musaka*, el viejo se burlaba de las celebridades que constituyen la gloria de Viena y atraen a tantos turistas. (De vez en cuando miraba de reojo hacia nuestra mesa, sin darse cuenta de que yo entendía sus palabras, lo cual tal vez le hubiese causado un regocijo suplementario). Se refería con sarcasmo a Franz Schubert, que había muerto a los treinta y un años, y al hacerlo sacudía vagamente la cabeza en dirección al pequeño museo —el lugar de su agonía— que se encontraba en la misma calle; las treinta y tres operaciones a la mandíbula de Sigmund Freud le inspiraban un desprecio evidente y el destino de Webern, que se había hecho matar de un tiro por un soldado americano un anochecer en que había salido a la puerta de su casa a fumar un cigarrillo, le daba ataques de hilaridad desdeñosa. El viejo afirmaba que tenía

ochenta y tres años y que hacía el amor dos veces por semana. Nunca había tenido que operarse; hacía cuarenta y ocho años que no había estado obligado a guardar cama y treinta y cinco que no consultaba a un médico. Su interlocutor parecía ponerse cada vez más deprimido y melancólico, convencido de que ese ser egoísta y desconsiderado, maníaco y locuaz que se pavoneaba en su mesa, lo enterraría. Todo tenía el aire de ser mera jactancia de borrachín, pero en un determinado momento el viejo formuló una norma, un concepto, una convicción sobre el tema que desarrollaba y que podría resumirse de la siguiente manera: *Un minuto de vida en buena salud, vale más que todos los inventos, todas las teorías y todas las reputaciones Las pretendidas obras maestras de Brueghel el Viejo que conservan los museos de la ciudad y los imponentes monumentos arquitectónicos, no pesan nada en comparación con el sabor de este*

vino que, en este mismísimo momento, pasa a través de mis labios y se despliega, durante unos segundos, con sensaciones intransferibles y con imágenes fugaces, en la zona clara de mi mente. Había insolencia, vulgaridad real y simulada, mal gusto y un poco de humor negro, mezclado a una pizca de furor, en esas insistentes declaraciones.

Yo simulaba no escuchar y al rato nomás paró la nieve y mi marido y yo salimos al sol de la Kettenbrückengasse. Me abstuve de comentar lo que había visto y oído, pero ese almuerzo inesperado que nos deparó la nieve de primavera, hizo nacer en mí una convicción profunda: digan lo que digan las guías turísticas, en los cafés de Viena las conversaciones tratarán de empirismo, de positivismo lógico y de muchas cosas más, pero habrá sido, es y será siempre en las tabernas griegas donde se discuta en serio de filosofía.

En línea

a Hugo Santiago

Un domingo de noviembre, a eso de las tres de la tarde (allá en la ciudad debían ser más o menos las once de la mañana) Pichón recibió una llamada de Tomatis. Mientras se dirigía hacia el teléfono, ya que cuando empezó a sonar se estaba preparando un café en la cocina, iba pensando «Como es domingo, por la hora debe ser Tomatis». Desde luego que no lo pensaba en esos términos, con palabras, sino con esa manera peculiar que tienen de presentarse a la mente ciertos pensamientos, prescindiendo de palabras justamente, y aun de imágenes, con una evidencia inmaterial y fugaz pero clara sin embargo, precisa y brillante: «Por la hora, debe ser Tomatis». Y era él, desde luego.

Es verdad que Tomatis había establecido la costumbre de llamarlo desde allá ciertos domingos, una vez por mes o cada cinco o seis semanas y que él, Pichón, hacía más o menos lo mismo, con una periodicidad semejante, así que hablaban por teléfono quince o veinte veces por año. Al principio o al final de la conversación, el estado del tiempo siempre ocupaba treinta segundos, un minuto, o más incluso si algún fenómeno meteorológico merecía un comentario detallado. El resto eran chismes, noticias o comentarios de actualidad, invitaciones y promesas de viajes, frases ingeniosas, bromas, y, de tanto en tanto, hasta discusiones literarias o filosóficas.

Esa mañana de noviembre, Tomatis pretendía estar en la terraza, a la sombra de un toldo, donde corría un aire fresquito según él, fresca amable de una mañana de primavera que calificó varias veces de «deliciosa»: cielo azul, ni una sola nube

hasta el horizonte, sol bastante alto ya pero todavía soportable. ¿Y a que no sabía qué estaba haciendo? Mil contra uno que Pichón no adivinaba; ni más ni menos que disponiéndose a prender dentro de poco el fuego y a tirar un pedazo de carne y unas achuras sobre la parrilla. Pero por ahora se ha puesto bajo el toldo para protegerse y refrescarse un poco, porque ha estado tomando sol, desnudo como es su costumbre, desde las nueve y media.

Pichón lo escucha con una sonrisa escéptica y complacida a la vez, parado todavía al lado del escritorio, la mirada que errabundea más allá de los vidrios de la ventana, sin ver a decir verdad ni los árboles desnudos ni las fachadas parduzcas de los edificios en la vereda de enfrente, ni el aire triste y sombrío que destella en la llovizna helada. Desde que conoce a Tomatis, algo más de treinta años ya, un hábito de incredulidad lo mantiene alerta ante muchas de sus afirmaciones, no porque

Tomatis diga mentiras, sino porque a veces, en la forma irónica y elíptica, falsamente directa, que tiene de expresarse, ejerce ya sin darse cuenta un estilo paródico del que es manifiesto por lo menos un rasgo común con el hermetismo: la total indiferencia por la capacidad de su interlocutor para captar sus alusiones y aún hasta el mecanismo de su retórica. Pero por más que dude, la fuerza de las palabras, aun llegando desde tan lejos, obtiene el efecto buscado, ya que, mezclándose al escepticismo, la imaginación de Pichón elabora una imagen placentera, proyectándose en ella como lo haría con cualquier otra ficción y, al tiempo que se sienta en el sillón del escritorio, «ve» la mañana luminosa de primavera, el toldo de lona verde que imprime sobre las baldosas rojas de la terraza una sombra benévola y a Tomatis, después de haberse cocinado un rato al sol enteramente desnudo, secándose de su propio sudor al aire fresco, con un vaso de agua en una

mano, el teléfono contra el oído y la mirada sonriente y vivaz paseándose a su alrededor mientras habla.

Según Tomatis, el tono de cuya voz expresa más jovialidad que de costumbre, una novedad sensacional ha motivado esta vez la llamada: han encontrado, él y Soldi, y, oyéndolo, Pichón descarta la pertinencia de ese plural atribuyendo a Soldi solo el supuesto descubrimiento, ya que le resulta imposible imaginarse a Tomatis hurgando en bibliotecas, en desvanes y en archivos, con el fin de traer a la superficie de la esfera pública algún escrito raro o algún documento revelador, han encontrado, él y Soldi, otro texto de ficción que, todo parece indicarlo, ha sido también escrito por el autor de la novela de ochocientas quince páginas que estaba entre los papeles de Washington, el dactilograma titulado *En las tiendas griegas*, que Pichón ha tenido la oportunidad de examinar brevemente, durante su

último viaje a la ciudad, un par de años antes. Según Tomatis, se trata de un texto no muy largo, de unas veinte páginas más o menos, sin título ni nombre de autor, pero que proviene de la misma máquina de escribir en la que fue pasada en limpio la novela, en un papel del mismo formato y de la misma calidad, un poco amarillo en los bordes, y sobre todo con un trazo horizontal casi marrón en medio de la primera hoja, porque el texto estaba doblado en dos y olvidado entre las páginas de un libro. Soldi se había topado con él (en esta parte de la conversación el plural desaparece) haciendo el inventario de los libros políticos en la biblioteca de Washington.

El ruido de los primeros borbotones de la cafetera llega desde la cocina, y Pichón percibe el olor del café que se expande por el aire caldeado del departamento. Pero si sus sentidos se ocupan en captar los estímulos que los excitan en el aura rugosa y bien real del presente, su imaginación se

pasea por la terraza roja y soleada, por la mañana, según Tomatis, «deliciosa» de noviembre, y su atención se concentra en las palabras que, a pesar de la distancia desde la que le llegan y del timbre vagamente artificial con que resuenan, como si hubiesen sido descompuestas en sus elementos más simples y vueltas a recomponer sin haber logrado restituirles el sonido humano, haciéndoles perder la inmediatez familiar al transportarlas de un hemisferio al otro a través del espacio lleno de turbulencias magnéticas, interesándose por ellas en su mera calidad de materia sonora, subyugan a la vez su curiosidad y su inteligencia.

Durante las consideraciones preliminares, antes de resumirle el texto propiamente dicho, Tomatis cree necesario hacerle notar que puede tratarse de un fragmento descartado de la novela, ya que también transcurre durante la guerra de Troya, y los personajes son los dos soldados, uno viejo y uno joven, que montan guardia ante la

tienda de Agamenón, y que ya en la novela eran los personajes principales, o en todo caso aquellos a partir de los cuales se fijaba el punto de vista de los acontecimientos. A menos, dice Tomatis, que en lugar de tratarse de un fragmento de la novela, sea un texto independiente, tributario del cuerpo principal, y que haya varios del mismo tipo dispersos en las bibliotecas de la ciudad, olvidados también entre las páginas de algún libro, de algún legajo, o sepultados en algún arca o cajón, bajo recortes de diarios, de documentos caducos, de fotografías en blanco y negro con los bordes dentados, ajadas y amarillentas, y de capas y capas de polvo fino y grisáceo. Si se trata de un texto independiente, el hecho de que intervengan los mismos personajes, dice más o menos Tomatis, hace que su autonomía sea relativa, y que la novela siga constituyendo la referencia principal, así que ese texto breve y otros que eventualmente pudiesen existir y fuesen apareciendo, formarían no una

saga, para lo cual es necesario que entre los diferentes textos haya una relación cronológica lineal, sino más bien un ciclo, es decir, dice Tomatis con una pizca de pedantería más teatral que verdadera, un conjunto del que van desprendiéndose nuevas historias contra el fondo de cierta inmovilidad general.

Sombra tenue del toldo verde sobre las baldosas coloradas; Tomatis, sin afeitar todavía, en calzoncillos probablemente, sentado en el sillón con el teléfono portátil contra el oído y un vaso de agua en la mano libre; el sol que destella arriba, subiendo hacia el cenit, en un cielo de un azul profundo, sin una sola nube en todo el horizonte visible; mañana «deliciosa» de primavera según Tomatis: con una sonrisa blanda y expectante, Pichón escucha sentado ante el escritorio, la cara vuelta hacia la ventana sin ver, a través de los vidrios, los árboles desnudos, ennegrecidos por el fulgor glacial de la llovizna. «El soldado viejo y

el soldado joven, que aparecen en la novela», está diciendo Tomatis, pero Pichón no se acuerda bien de ellos, porque él la novela no la ha leído, y no ha tenido de ella más que un resumen oral que le ha hecho Soldi durante un paseo en lancha que hicieron una tarde, de vuelta de la casa de Washington en Rincón Norte, a donde habían ido justamente a echarle una ojeada al dactilograma de ochocientos quince páginas, del que se ignora la fecha exacta en que fue escrito, e inclusive el nombre del autor.

Y la voz de Tomatis, ligeramente modificada por las turbulencias electromagnéticas, le comenta: otra vez, como en la novela, los dos soldados conversan. Para el joven, la que está entre los muros de Troya, no puede ser la verdadera Helena. Jamás según él una esposa griega abandonaría a su marido griego por un extranjero. El soldado viejo pretende no tener ninguna opinión personal sobre el asunto, pero el texto según Tomatis deja

entrever, lo que por otra parte el soldado joven capta casi sin darse cuenta, que el soldado viejo prefiere abstenerse de expresar en voz alta lo que piensa realmente, a saber que de una mujer, griega, troyana o egipcia o lo que fuese deben esperarse siempre las reacciones más imprevisibles. El soldado joven insiste: es posible, pero Helena, la más hermosa y casta de las mujeres constituye en forma evidente una excepción y además, de muy buena fuente él sabe que esta Helena que Paris trajo a Troya, no es más que un simulacro, un espejismo que un rey hechicero, horrorizado por el secuestro de la reina, fraguó en Egipto para engañar al seductor y preservar la castidad de Helena, hasta tener la ocasión de devolvérsela sana y salva a su esposo Menelao. El soldado viejo sigue escéptico, pero se abstiene de objetar que, en las semanas que duró el viaje de Esparta a Egipto, si fuese cierta la castidad de Helena, a Paris le sobró tiempo para dar cuenta de ella, y el

otro, adivinando la objeción ya que él mismo no puede dejar de formulársela en su fuero interno, se aferra al argumento principal: la Helena que los griegos han venido a buscar a Troya para restituir el honor de Esparta y de Menelao, no es la verdadera Helena sino un simulacro fraguado por un rey hechicero, un tal Proteo, que le dio a la pareja hospitalidad en Egipto. Los años han fortificado la incredulidad del soldado viejo: ni una vez sola, en su larga vida, lo invisible ha dejado de ser lo que es, es decir la transparencia vacía del aire y del cielo, y lo visible, la presencia rugosa de la piedra, del árbol ondulante y mudo, del agua fresca y turbulenta, del firmamento incomprensible. Ni una sola vez el más oscuro de los dioses consideró que valiese la pena manifestarse para él, y del trabajo de adivinos y hechiceros nunca pensó que se tratara de otra cosa que una manera de autorizar, con el pretexto de la magia y de los oráculos, y del pretendido

comercio con las fuerzas que rigen el destino, el capricho a menudo sanguinario de los poderosos. El soldado joven, sin desplegar más esfuerzos para hacerle aceptar sus argumentos, promete aportar la prueba de sus afirmaciones: la *muy buena fuente* que le ha suministrado la información acerca de la imagen ilusoria de Helena, es un mercader de Tiro que comercia con los ejércitos griegos todo lo que en este mundo se puede comprar y vender y que, a causa de su profesión, ha estado varias veces en Egipto, donde pudo frecuentar a algunos hechiceros a los que les suministraba ciertos productos raros, traídos de los confines del mundo conocido, que les servían para ejecutar correctamente sus operaciones mágicas. El comerciante le había insinuado que él conocía un medio secreto para determinar con exactitud si una apariencia cualquiera de este mundo era de verdad un ser material o si se trataba de un mero simulacro.

Un silencio inesperado, en el otro extremo de la línea, saca a Pichón de la especie de ensueño en el que ha caído: absorto en el sonido de la voz de Tomatis, ha dejado de entender, o de entender en el círculo claro y consciente de la atención, el significado de las palabras; las comprende, pero más lejanas y vagas que la imagen vivaz en la que se inscriben, y que es el elemento más real del presente infinito, más real que la voz y las palabras por cierto, pero también que el chisporroteo empírico que los estímulos, intermitentes o constantes, sucesivos o simultáneos, que excitan sus sentidos, la imagen forjada sin un solo elemento material, a no ser las dos o tres frases circunstanciales de Tomatis, y que ahora nítida, brillante y férrea, ocupa la totalidad de su mente: el toldo verde al que la luz primaveral le da una transparencia luminosa, y que proyecta su sombra sobre las baldosas coloradas, el cielo azul, sin una sola nube en todo el horizonte

visible, y Tomatis sentado en calzoncillos en un sillón de lona, secándose el propio sudor al aire fresco después de haber tomado desnudo un poco de sol, con un vaso de agua en una mano y el teléfono portátil apoyado contra la oreja en la otra, hablando y mirando plácido a su alrededor, para gozar de la mayor cantidad posible de detalles en la mañana «deliciosa». Y Pichón se ha distraído del relato, pensando que las sensaciones imaginarias de Tomatis, de cuya realidad carecerá de pruebas hasta el fin de los tiempos, son para él más fuertes que las propias, que se han vuelto remotas y fantasmales.

—¿Sí? Hola, hola —dice Tomatis.

—Te escucho —dice Pichón, y su sonrisa blanda se acentúa un poco.

—Pensé que se habría cortado —dice Tomatis, fingiendo malhumor—. No me asombraría que los servicios secretos tengan intervenidos nuestros teléfonos.

—¿Te parece? —dice Pichón, exagerando su incredulidad.

—Por supuesto —dice Tomatis—. Hoy en día en que el pueblo, la mafia y los gobiernos tienen los mismos ideales, únicamente los artistas siguen siendo peligrosos. Lástima que vayamos quedando pocos.

—No divaguemos —ordena Pichón, más complacido que nunca por los postulados tan arbitrarios como inapelables de Tomatis.

—Escucho y obedezco, oh noble señor, califa de los reinos que se extienden de la ceca a la meca, juez magnánimo, verdugo escrupuloso y compasivo, ejemplo y guía de los creyentes —salmodia Tomatis y, simulando carraspear para aclararse la voz, prosigue su resumen del relato, según el cual, durante varias semanas, el soldado viejo, que le había tomado afecto a su compañero de guardia por lo que a veces, en su fuero íntimo, se felicitaba a causa de la paciencia que le tenía,

no volvió a oír hablar más del asunto, aunque ciertas miradas, ciertas diligencias misteriosas y ciertas insinuaciones difíciles de desentrañar indicaban claramente que el soldado joven mantenía sus planes y continuaba sus contactos y sus averiguaciones.

Un día lo vio acercarse con paso decidido y expresión satisfecha —el soldado viejo estaba echado bajo un árbol, masticando a duras penas su rancho— y supo que estaba en posesión de las informaciones que necesitaba, y si no era así, por lo menos estaba convencido de haberlas obtenido. Se acuclilló ante él con facilidad, posición que las articulaciones gastadas por leguas y leguas de marcha y años de plantones y de hambrunas ya le vedaban para siempre al soldado viejo y, bajando la voz, después de haber auscultado su alrededor con miradas furtivas y recelosas, le transmitió el resultado de sus diligencias. El comerciante de Tiro, según el soldado joven, le había revelado,

después de muchas vacilaciones y a cambio de una buena parte de su salario, que los iniciados a las artes mágicas que había frecuentado en todos los rincones del mundo conocido por tratarse de sus mejores clientes, sabían que existía un único medio, infalible desde luego, para saber si una apariencia de este mundo, animal, vegetal o mineral, era verdaderamente un cuerpo compuesto de materia densa o un mero simulacro, y ese medio consistía en exponer el cuerpo en cuestión a la primera luz del alba, en cierto lugar preciso del espacio, para que un determinado rayo solar, al dar contra él, revelase su verdadera naturaleza. Según el comerciante de Tiro, tratándose de un cuerpo real, de materia compacta, no pasaba nada, el cuerpo imprimía una sombra alargada en el suelo, interceptando el rayo con su masa opaca, pero que si en cambio se trataba de un simulacro, un prodigio se producía sin error posible, a saber que el cuerpo empezaba a tornasolarse

adquiriendo un aspecto fuertemente luminoso e, igual que una pompa de jabón, se volvía translúcido, transparente, se desvanecía en el aire hasta que el rayo que lo había tocado, a causa del movimiento del sol, pasaba de largo y entonces el cuerpo recobraba su apariencia engañosa.

Con la mirada baja, clavada en su comida que los pocos dientes que le quedaban apenas si lograban masticar, el soldado viejo lo escuchaba tratando de disimular, por cortesía quizás, su escepticismo, aunque ya sabía que el otro no estaría dispuesto a abandonar hasta no haber llevado a cabo la experiencia. Adivinando sus pensamientos sin siquiera darse cuenta, el soldado joven seguía hablando: todo el mundo sabía en el campamento que Helena, a la madrugada, mientras los troyanos dormían, tenía la costumbre de pasearse por las murallas, mirando en dirección de las naves griegas y del campamento y suspirando por su tierra natal. Había quienes pretendían que

varias veces incluso había tenido a esa hora discreta conversaciones con algunos jefes griegos, Ulises sobre todo, con el que conspiraba para precipitar la ruina de los troyanos. Esos encuentros tenían lugar en la oscuridad pero, según el soldado joven, Helena a veces se quedaba hasta el momento en que empezaba a aclarar, para no correr el riesgo de ser descubierta volviendo a su palacio en la oscuridad, simulando haber salido a dar un paseo con la primera luz del alba. En razón de todo eso, el soldado ya había elaborado un plan: a la noche siguiente, en lugar de echarse a dormir, irían a ver si Helena se presentaba o no en la muralla.

Unos meses después de esa conversación telefónica, Soldi, como otras veces, hará una copia del dactilograma y lo mandará por correo, lo que le permitirá a Pichón examinarlo con detenimiento, y casi en cada una de sus páginas y de sus frases, que desde luego difieren muchísimo de las que

escuchó por teléfono en un domingo de noviembre, porque lo oral y lo escrito son dos medios diferentes, como el aire y el agua, y lo que respira en uno a veces se asfixia en el otro, la voz de Tomatis resonará en su memoria trayendo consigo la imagen del propio Tomatis, sentado en calzoncillos bajo el toldo verde, secándose a la sombra del toldo que hace resaltar el color rojo de las baldosas, y el cielo azul liso y profundo, sin una sola nube hasta el horizonte, la voz que trae cifrada en ella la mañana «deliciosa». Parece salir hasta de la tipografía pareja impresa en las hojas blancas que recibió por correo, en un sobre grande de papel madera, con unas líneas manuscritas de Soldi, y el autor desconocido del texto revive en la voz grave, un poco deformada por las turbulencias magnéticas en su viaje casi instantáneo de un hemisferio al otro. Es como si ese personaje misterioso que siembra sus escritos en bibliotecas ajenas, en cajones olvidados, en desvanes y en

recovecos secretos, de escritorios, de dormitorios o de galpones, desde el polvo ignorado en el que yacen sus huesos, se apropiara de la voz de Tomatis, de las manos de Soldi que los pasaban en limpio, de los oídos, de los ojos y de la atención de Pichón, que era su receptor, para volver a la vida por el tiempo en que las palabras mecanografiadas o impresas saliesen de su sueño polvoriento. Las resonancias magnéticas, electrónicas, eléctricas o lo que fuese que deforman ligeramente la voz, le dan al relato de Tomatis una tenue vibración inhumana, como si otra voz, confinada en el limbo gris y sin salida del pasado, adhiriéndose parasitariamente a la primera, quisiera volver al mundo para respirar, aunque más no fuese durante unos segundos, el aire fresco en la mañana de noviembre, bajo el toldo verde, en la terraza de baldosas coloradas, bajo un cielo azul profundo, sin una sola nube hasta el horizonte. No puede dejar de oír esa voz doble

cuando, un par de meses más tarde, en plena noche y en pleno invierno, lee los últimos párrafos del texto que el correo le ha traído esa mañana:

Para no causarle una decepción, el Soldado Viejo acepta el plan de su amigo. Con la paciencia de un padre afectuoso para con un hijo un poco aturdido, quiere que por sí mismo gaste su reserva de ilusiones.

A la madrugada entonces, después del cambio de guardia, en vez de irse a dormir, se encaminan furtivos hacia la parte este de la muralla. El Soldado Joven pretende saber que es a ese sector de la muralla que la reina viene cada madrugada a suspirar por su esposo, por el campamento griego, por las naves inmóviles, y por el lejano y áspero reino de Esparta.

Durante un buen rato, no distinguen nada en la negrura apretada. En la noche sin viento, el frío del sereno los hace tiritar. El Soldado Viejo oye al otro removerse en su sitio, refregarse las

manos y darse palmadas en el cuerpo para calentarse un poco. La arista horizontal de la muralla empieza a recortarse vagamente en la noche. Clavan la vista en ella durante interminables minutos, y el Soldado Viejo ya está por proponer que se retiren a descansar, cuando el muchacho lo disuade de un codazo, tan cargado de energía entusiasta que lo hace tambalear. Negrura más densa que la noche negra y que la muralla, una silueta abultada emerge cautelosa del parapeto y se inmoviliza.

Ahora, susurra el Soldado Joven, basta con esperar. El alba, es verdad, ya no debe estar tardando mucho, el alba y después la aurora, la luz del día que restaura las cosas compactas y coloridas en los prados palpables de lo visible. Los ojos de los soldados no pierden de vista ni un solo instante la forma negra que se recorta en la negrura. Se han olvidado del frío, de la hora, del lugar. Hasta para el Soldado Viejo el sortilegio

parece posible, y mientras espera el día, se dice que, después de todo, ese muchacho algo atolondrado por el que ya siente una ternura de padre, ha traído un poco de magia a su vida gastada.

Por fin, la noche empieza a empalidecer, y el ocre de la muralla fosforece en la primera claridad. Únicamente la figura humana, envuelta en el manto negro, la cabeza cubierta por un capuchón, se obscurece en la luz todavía tenue. Cuando el aire se pone más claro la figura gira la cabeza y el rostro, oculto hasta ese momento por el capuchón, se descubre para los dos soldados. Su hermosura al mismo tiempo los exalta y los abruma. La carne casta de Leda, ignorante de su propia sensualidad, combinándose con la blancura y con la lujuria brutal del cisne, han producido esa certidumbre extrahumana, de la que únicamente gozan, con el solo fin de doblegar el mundo a su propio deseo,

con inocencia y crueldad, los dioses y las fieras.

Detrás de la muralla y de la reina, que ha vuelto a girar la cabeza en sentido contrario, ocultando otra vez la cara bajo el capuchón, se divisan las torres y las cúpulas de Troya. Del otro lado, en el borde opuesto de la llanura, en la orilla del mar, el campamento griego al pie de las naves. Y a igual distancia de la ciudad y del campamento, los dos soldados, diminutos en el gran espacio vacío.

Hacia el este, el sol empieza a emerger. La claridad rojiza del cielo lo precede, pero ningún rayo todavía, liberándose de la barrera del horizonte, se extiende sobre la tierra. En los cortos minutos que se suceden, sus miradas van sin cesar del horizonte a la muralla. De pronto, algunos rayos rasan el aire y el Soldado Viejo ve la sombra del Soldado Joven alargándose sobre la tierra llana. En la muralla un rayo ilumina la silueta encapuchada que refulge de un modo

cada vez más intenso, se tornasola, se vuelve transparente y desaparece.

El Soldado Viejo se inmoviliza de asombro, admirado ante el arte sin par de los magos egipcios. Pero una sorpresa todavía más grande lo espera —grande por su caudal de evidencia y de maravilla. Cuando el sol sube un poco más en el horizonte, al toque del rayo mágico, la ciudad de Troya y el campamento griego, con sus tiendas y sus mástiles, se vuelven manchas luminosas, se tornasolan, vertiginosos, se vuelven transparentes y después se desvanecen. Apenas si pasan unos segundos antes de que al Soldado Joven le suceda lo mismo, víctima del mismo mal luminoso y en apariencia indoloro. Ve su cuerpo familiar, su cara satisfecha y extenuada transformarse en una mancha incandescente y después en un hervor de colores vivos, para volverse translúcida e invisible, mientras su sombra, que durante unos segundos, mientras el

cuerpo se tornasolaba, se ha convertido en una larga mancha multicolor, se borra instantáneamente del suelo. Ahora el mundo no es más que un uniforme vacío incoloro, del que hasta el sol ha desaparecido, y gracias al arte sin par de los magos egipcios, parece haber revelado en ese instante su esencia verdadera. El Soldado Viejo estira instintivamente el brazo para rescatar al otro de la nada en la que se ha desvanecido, pero para no ver su propia mano, que está volviéndose un racimo intenso de luz, cierra los ojos y se queda esperando sin saber bien qué.

No parece pasarle nada, a no ser la impresión de haberse vuelto de pronto liviano, casi aéreo, liberado por fin de la costra de fatiga y servidumbre que se ha ido acumulando sobre él con los años. Pero también lo embargan sentimientos contradictorios: alivio y en seguida remordimiento, pena y al mismo tiempo

exaltación. Y le parece que esa confianza tardía que le están haciendo los dioses sobre el valor real de este mundo, empieza a reconciliarlo con ellos.

Un ronroneo de satisfacción, acompañado de una alegría infantil, le hace comprender que, al acecho del alba, a causa de la jornada extenuante que han tenido el día anterior y de la noche de guardia, se ha quedado dormido, parado al lado del Soldado Joven, esperando los prodigios improbables de los magos egipcios. Después de todo, valía la pena haberse amanecido, si el resultado de tantas fatigas ha sido ese sueño feliz. Consciente de su sueño, que debe haber durado apenas unos segundos, sabe también que ya es tiempo para él de volver a la realidad. Y hace varios intentos, cada vez más enérgicos, de despertarse, pero a pesar de todos sus esfuerzos no lo consigue.

Traoré

a Arcadio Díaz Quiñones

Es cierto que basta bajar de un avión en Dakar, en Bamakó o en Abidjean, o incluso en Uagadudu, y dar los primeros pasos al salir del aeropuerto, para que ya los turistas o los hombres de negocios europeos, o los militares blancos enviados a asesorar al gobierno local, se topen con algún vendedor de baratijas, o algún zapatero sobre todo, que también podría curar ciertas enfermedades y llevar un mensaje a la otra punta de la ciudad por unas monedas si alguien se lo pidiese y que, rodeado de un círculo de oyentes inmovilizados por el fluir colorido de las palabras, esté contando por millonésima vez la misma historia: que los griots perdieron todo el poder que tenían sobre los reyes el día de la

batalla X o Z —los nombres de lugares y de personas son tan caprichosos, volátiles y ubicuos como las fechas o las razones de la guerra—; que no podía ser de otra manera si verdaderamente había justicia en este mundo, y que ese poder se les había escapado de golpe, porque a alguien, como la batalla era tan recia y tan larga y su resultado tan incierto, se le había ocurrido la idea fatal para llegar de una vez por todas al desenlace. Era la época en que la magnificencia de una corte se juzgaba no por la abundancia de oro, de armas, de reservas de grano, de esposas para el rey y para la nobleza, sino por la cantidad de griots que cantaban a todo momento, hora tras hora, de día y de noche, la genealogía de los reyes que los tomaban a su servicio, el esplendor de su corte, el número y el coraje de sus ejércitos, la fertilidad de sus mujeres y la salud y las promisorias perspectivas matrimoniales de su descendencia.

Es cierto también que, a causa de su

omnipresencia, los griots habían adquirido una especie de invisibilidad, y no tenían más existencia que la de los atributos reales que cantaban; e inversamente cada rey, cada notable los había tomado a su servicio en tal cantidad, que él mismo desaparecía entre el enjambre de juglares que lo precedía, lo rodeaba, y lo sucedía en cada uno de sus desplazamientos, público o privado, de manera que si el rey comía por ejemplo, las cohortes de griots celebraban el banquete en el momento mismo en que estaba teniendo lugar, transformándolo en un hecho legendario que formaría parte de la tradición y que de esa manera seguiría maravillando a las generaciones sucesivas, ya no se sabía si el rey estaba ausente o presente durante el acontecimiento —únicamente el relato de los griots era real para los cortesanos que, sin ver nada a causa de la multitud de cantores ni tener más garantías de que estaba sucediendo que la

narración que la describía y los encomios que la ensalzaban, en razón de un protocolo puntilloso estaban obligados a asistir a la comida.

Es cierto además que el mundo parecía estar desapareciendo detrás de todos esos relatos y esos cantos que pretendían substituirlo por una versión más nítida que la que ofrecen los sentidos, más exacta que la que puede extraerse de la experiencia, más intensa que la que se representa la imaginación, más clara y coherente que la que concibe el pensamiento. Es por eso que poco después de producirse la hecatombe, apareció no se sabe bien dónde un refrán, proferido siempre con un tono amargo de amenaza y de cólera, que decía más o menos: *¡Van a terminar como los griots de Niani (o de Kayes, o de Odiéné, o de X o Z según las versiones) de tanto querer suplantar al mundo con su canto!*, y que se aplicaba a la gente demasiado ambiciosa que, embriagada por el suceso de alguna actividad, afirmaba que todas las

cosas debían ser consideradas a partir de ella. Es cierto que la situación había llegado a esos extremos cuando tuvo lugar la batalla.

Es probable que las cosas hayan sucedido más o menos como en las diferentes versiones que las cuentan, en la Costa de Marfil, en Guinea, en Malí, en Senegal, y en París también, en Barbés y al norte de Barbés, en las inmediaciones de la estación de metro Marcadet-Poissonnières, en las ocupaciones ilegales de la rue Vitruve, o en las cortadas de Charonne algunas de las cuales dan a los fondos del cementerio del Père Lachaise, o en los inquilinatos ruinosos cerca de la Place des Fêtes, o en los hoteluchos detrás de la Gare de Lyon, donde hay un par de estudios fotográficos que, si uno lleva las fotos sueltas, viejas o recientes, en el formato administrativo de cuatro por cuatro o retratos de medio cuerpo o en pie de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, reconstruyen una numerosa reunión de familia

coloreada con unos delicados tonos pastel, y también en Marsella, o en las bodegas de los barcos o en los camiones frigoríficos donde viajan como ganado para entrar clandestinamente en Europa. Nunca falta alguien para contar la historia que, como por casualidad, siempre ha sucedido cerca de la aldea del que la cuenta, y siempre la buena idea se le ocurrió a uno de su propio clan, o de su propia aldea, un antepasado que gracias a esa inspiración súbita terminó para siempre con el despotismo irrazonable de los juglares.

Es cierto que la historia es más o menos la siguiente: dos reyezuelos al frente de dos tribus, enemigas desde tiempos inmemoriales, rivalizaban también en cuanto a la cantidad de griots empleados en su corte y habían tomado la costumbre de ir a la batalla envueltos en una nube espesa de cantores, de modo tal que no solamente eran invisibles en medio de esa muchedumbre, sino que también habían llegado a una condición

incierta de existencia, difícil de aprehender, a causa de los epítetos innumerables que los describían y de los atributos variados, y a menudo contradictorios que los diferentes versos les adjudicaban. Detrás de ese enjambre de griots, las lanzas no los alcanzaban y las flechas estaban imposibilitadas de llegar a su destino, y a causa de la incertidumbre que había creado esa situación, los hombres que podríamos llamar de la tropa, los guerreros indistintos y anónimos que nadie cantaba, reducidos a la pura desnudez material en las garras caprichosas de lo aleatorio, morían de a montones, empapados en la sal y en los hedores de su sudor, de sus lágrimas, de su sangre, de sus excrementos y de sus vísceras. Es innegable que las floraciones verbales con que los griots envolvían los acontecimientos terminaban volviéndolos borrosos, contradictorios, inasibles, y que la confusión que resultaba de esa situación prolongaba indefinidamente la masacre. Esos

griots, por otra parte, eran como parias, entidades vacías que carecían de verdadera existencia; eran transparentes, incorpóreos, sin otra manera de ser en el mundo que la que le otorgaban sus palabras, y casi podría decirse que eran únicamente reales en el momento en que las proferían, ellos y también sus palabras, y cuando empezaron a conservarlas por escrito, dándoles otra vez a quienes las leían la ilusión de seguir viviendo, también los inducían al error desde luego, porque ya no eran más que hueso y polvo desde hacía mucho tiempo. Los soldados creían en sus palabras y morían a causa de esa creencia, porque el sujeto verdadero que las palabras predicaban se había vuelto ya inaccesible a la experiencia, y las hipérboles que lo celebraban, habiéndolo extraído de lo contingente, lo hacían parecer invulnerable. Hasta que del amasijo chirle de barro, sangre, sudor y lágrimas en el que los soldados chapaleaban, una voz desesperada (y todos los que

cuentan la historia pretenden que con el acento de su clan, de su aldea, de su región) propuso, sin mucha convicción, pero jugando su última carta, la alternativa: *¡A los griots! ¡A los griots! ¡No le apunten al rey sino a los griots!* Es indiscutible que, después de una corta vacilación, debida no a los escrúpulos sino al escepticismo, las lanzas y las flechas cambiaron de dirección, atravesando los pechos bien reales de los juglares que, uno a uno, a medida que las puntas envenenadas los alcanzaban, se iban desplomando. Al mismo tiempo que los griots iban cayendo los atributos de los reyes —los dos bandos modificaron su estrategia casi al mismo tiempo— se evaporaban, se desvanecían, y sin nadie para nombrarlos iban dejando a los sujetos otra vez en la desnudez del azar, de cara a la perdición, en el mismo barrial en el que chapaleaban los soldados, y entonces fue fácil alcanzarlos. Un par de flechas bien dirigidas terminaron con sus reinos respectivos, es cierto. Y

es cierto también que los pocos griots que quedaron con vida, comprobando que también ellos estaban hechos de carne vulnerable, se dispersaron, y más muertos que vivos, sobreviven practicando las artes subalternas que la gente noble no podría ejercer sin perder de inmediato su prestigio, y sin poner en peligro su existencia e incluso la de todos los miembros de su clan.

Todo eso es cierto a su manera, y ahora flota en la cabeza del barrendero musulmán que, empujando su tarro de basura ambulante, cruza la Place Vendôme en dirección a la rue de la Paix, donde el otro está esperándolo, apoyado en la barra de su propio tarro, la barra que sirve para ponerlo en posición oblicua y, tirándolo hacia atrás o empujándolo hacia adelante, permite desplazarlo sobre sus dos ruedas. Basta calcular de una ojeada las dimensiones de la plaza para comprender que ellos solos no podrían barrerla en una jornada de trabajo, y tal vez ni siquiera en una

semana, pero después de las barredoras motorizadas que a la mañana temprano lavan las veredas y el espacio empedrado que circunda la columna central, y de las motonetas *junta-mierda* que pasan de tanto en tanto a cumplir la tarea que justifica su apelación, el trabajo de ellos consiste en mantener el lugar limpio durante el día, lo cual da una idea de la importancia de ese espacio vagamente octogonal en uno de cuyos lados principales se levanta el Ministerio de Justicia, y en frente las joyerías, las negocios de productos de lujo de las marcas más reputadas, la banca privada y los traficantes de diamantes, de oro y de piedras preciosas más ricos del mundo. Los millonarios de fresca o de antigua data, provenientes de rincones previsibles o inesperados del planeta, transitan por la plaza, y la municipalidad va casi literalmente barriendo el suelo ante sus pies para incitarlos a dejar en los comercios de lujo, efectuando compras que en el fondo son nuevas

inversiones, como oro, diamantes, cuadros que nadie verá nunca, enterrados en la oscuridad discreta de un cofre bancario, algunas de las divisas que acumularon gracias a las concesiones otorgadas para la extracción de uranio o de petróleo, la desforestación salvaje, la especulación bursátil, el tráfico de heroína, las coimas cobradas como intermediarios entre sus estados respectivos y los vendedores de armas, de aviones, las empresas multinacionales de construcción o de comunicaciones. Unos pocos años antes de esta mañana de invierno en que el barrendero musulmán va atravesando la plaza en dirección a la rue de la Paix, donde el otro lo está esperando, el propio ministro de Justicia en ejercicio la cruzaba también de tanto en tanto porque estaba en negocios sucios con una familia de joyeros instalados en la vereda de enfrente del ministerio, donde se desempeñaban también como banco clandestino, y proponían inversiones para

préstamos usurarios que el ministro había considerado como un negocio jugoso, transgrediendo por avaricia varias leyes a la vez, sin más consecuencias para su persona que la de no ser confirmado en su cartera un año más tarde, durante una renovación parcial del gabinete. Pero el barrendero musulmán no piensa en eso: no únicamente no lo sabe, sino que además ese lugar que junto con el otro barrendero debe mantener limpio por el sueldo que le paga la municipalidad le es totalmente indiferente, a pesar de su ministerio y de sus negocios de lujo, y lo único que tiene existencia concreta para él en el gran espacio octogonal son los paquetes de cigarrillos retorcidos, los soretitos de los caniches sacados a pasear por sus amos después de la ronda de las motonetas *junta-mierda*, los boletos de metro usados, las cáscaras de castañas tostadas y los cucuruchos de papel en que las sirven los vendedores callejeros, o las hojas sueltas de

diario que crujen y, sacudidas por el viento, se estremecen sobre el empedrado.

El otro, mostrando una sonrisa satisfecha que irrita todavía un poco más al barrendero musulmán, lo observa aproximarse, apoyado con indolencia en el carrito de metal sobre el que se desplaza el tarro de basura. Aunque no falta mucho para las once, la plaza está bastante vacía, seguro que porque el aire helado y sombrío de la mañana de invierno ha debido disuadir a más de uno de sacar la nariz a la calle. Pero ellos están ahí desde las siete. Aunque son físicamente muy distintos, están vestidos de manera similar, abultados por sus capas sucesivas de vestimentas de lana, ropa interior, camisas, pulóveres, pantalones y medias, una campera gruesa, enteramente abotonada, una gorra con dos bandas verticales que protegen las orejas y se abotonan bajo el mentón, y unos guantes profesionales de lana y cuero suministrados por la municipalidad del mismo

modo que el chaleco reglamentario que va encima de todo, cerrado a duras penas con su cierre relámpago a causa de la ropa acumulada alrededor del torso que los hace parecer mucho más corpulentos de lo que son. Si bien una franja ancha que cubre el pecho y la espalda es de un verde claro, fluorescente, destinado a volverlos más visibles para que no se los lleve un coche por delante cuando están barriendo la calle junto al cordón de la vereda, el verde frío, vagamente metalizado del chaleco, es exactamente el mismo con que están pintadas las motonetas y las barredoras motorizadas, el mismo de los uniformes de todo el personal de limpieza de la municipalidad, e incluso de la infinidad de cestos metálicos colocados en distintos puntos de la ciudad, como si los dos barrenderos, a los que tanto separa, al entrar en el servicio municipal de limpieza hubiesen sido obligados, por una obtusa arbitrariedad burocrática, a formar parte del

mismo clan, a ostentar contra natura el mismo emblema y los mismos colores, como consecuencia de un sistema cuya racionalidad se les escapaba y que, de tanto parecerles impenetrable y absurdo había terminado por resultarles completamente indiferente. Alto, elástico y, a pesar de haber pasado ya los cincuenta años, oscilando con elegancia y agilidad al caminar, el barrendero musulmán, originario de un región al sudoeste del desierto que por vaya a saber qué red enmarañada de causas ha producido las criaturas humanas más hermosas del mundo, es incapaz de reprimir, cada vez que piensa en el otro o que lo tiene enfrente, una ofuscación desdeñosa que desde luego la inconciencia un poco beata del otro contribuye a aumentar, pero cuya verdadera razón reside en que le es imposible mantenerse a distancia de lo que considera su locuacidad insensata. Desearía ignorarlo, no pensar en él, saludarlo apenas cuando se cruzan en la plaza,

haciéndole una seña distante y prosiguiendo como si nada su camino, pero el otro, que parece ignorar por completo su reticencia, imbuido como está del irresistible atractivo de su persona y sobre todo de la alta estima que tiene de sus propias dotes de orador, con su afabilidad envolvente y su buena voluntad ostentosa, lo intercepta húmeda, blandamente, como la selva de la que tal vez proviene, y lo inmoviliza, enredándolo en la telaraña de sus palabras.

Cuando llega a su lado, los ojos rojizos del otro tratan vanamente de captar su mirada, y la sonrisa que se acentúa deja entrever la cavidad rosa de la boca, la lengua ancha que se revuelve un poco en el interior como si, aletargada por el silencio obligatorio en el que la ha tenido sumida su propietario mientras ha estado limpiando un sector de la plaza, ahora, con la aparición de un oyente providencial, estuviese aprestándose para entrar en acción. Y lo que más teme el barrendero

musulmán, además del chorro de palabras, es el tufo a alcohol que suelen expeler los labios entreabiertos, única materia viva —la mirada, aunque intensa y movediza, parece siempre demasiado vidriosa— en su cara cubierta hasta casi los pómulos por una barba escarolada, dura y mineral, salpicada de negro, de óxido y de ceniza. Únicamente un *ñamakalá* puede tener el tupé de jactarse de serlo, piensa el musulmán, con saña secreta y vagamente rencorosa y al mismo tiempo que responde a su saludo se dice como todos los días, que de la casta inferior de los *ñamakalá*, de la que no se sabe bien si originariamente no se formó con esclavos y prisioneros de guerra, y que comprende a los herreros, a los talabarteros y a los griots, los griots son la capa inferior, y que entre los griots, entre los *jèlí*, que son cantores y músicos, y los *finá*, que únicamente son capaces de valerse de la palabra, son los *finá* los que están obligados a recibir presentes de los *jèlí* sin

derecho a ejercer la reciprocidad, y él, quién sabe a través de qué complicados razonamientos que el barrendero musulmán no logra entender, ostenta siempre un orgullo pueril cuando se presenta como *finá Kamara*. Es así como por otro lado se hace llamar cuando actúa en público, en ciertas fiestas de familia y también en algunos espectáculos organizados por asociaciones vecinales, en Saint Denis o en Aubervilliers, tal como el barrendero musulmán ha podido comprobarlo al toparse, en cierto negocio de Belleville, con un cartelito amarillo donde aparecían impresos la foto y el nombre de —¿qué tal?— Finá Kamara y de dos o tres de sus colegas. Lo subleva ese impudor incomprensible de presentarse como los descendientes de una casta formada por lo más bajo de la sociedad, de la que muchos de sus miembros provienen de los orígenes más oscuros, desde el fondo de la selva, y cuyos antepasados practicaban ritos abominables, respecto de los

cuales los ídolos absurdos que adoraban y los signos ridículos que creían percibir en las cosas del mundo representaban ciertamente un progreso. Ignoran al Dios único, al Sol único que alumbra al universo y lo percibe al mismo tiempo en su totalidad y en cada una de sus partes, por ínfima que sea, desconocen al Profeta y a sus descendientes, y son sordos y ciegos ante las palabras del Libro, en el que en cada letra sin embargo el error en el que se debaten y el castigo que los espera están ya previstos desde la eternidad.

A decir verdad, no es aquello en lo que reposa su fe y que lo distingue del otro lo que fomenta su malhumor, sino la remotísima molestia interior que lo asalta cuando se le ocurre que, finalmente, el otro y él no son tan distintos como él cree, y la prueba estaría en el hecho de que al fin de cuentas, esas historias que el otro se siente en la obligación de contar y que, con una satisfacción que linda con

la soberbia, va a a buscar en los lugares y en las épocas menos evidentes, no son del todo ininteresantes. En el fondo su malestar —y la mayor parte del tiempo ni siquiera se da cuenta de lo que le pasa— viene de la energía que le exige administrar los polos contradictorios de atracción y de repulsión que tiran a la vez, cada uno para su lado. El conflicto lo extenúa y lo sumerge en una especie de indecisión, porque el rechazo afirma sus principios y la inclinación los debilita. La vivacidad con que el otro cuenta sus historias, la cantidad de detalles que las adornan, muchos de un mal gusto evidente pero exactos en la caracterización de un personaje, de un lugar o de una escena, hacen vibrar su imaginación a pesar de los esfuerzos que realiza para conservar su inmutabilidad, y por más que quisiera afectar reprobación porque sospecha que la intensidad misma de esos relatos, su movilidad vívida y colorida, denotan la crudeza rústica de los que se

ganan la vida contándolos, le es imposible adoptar otra actitud que esa rigidez cortés con que se ha plantado frente al otro, como tantas otras mañanas, y que el otro considera, no sin cierta razón al fin de cuentas, como una incitación a mostrar su habilidad y su oficio. Desde el principio del invierno —las fiestas de fin de año ya pasaron hace casi quince días—, cuando empezaron a trabajar juntos en el sector, en cada cruce, en cada encuentro ocasional, en cada pausa del trabajo, al cabo de un par de frases anodinas el otro encuentra siempre un pretexto para contarle alguna historia, en la que resulta difícil separar lo verídico de la pura mistificación, la verdad de la mentira, el detalle exacto del error o de la exageración, y la historia puede ser corta o larga, cómica o trágica, provenir de tiempos inmemoriales, de antes de la llegada de los blancos, o haber ocurrido según el narrador la víspera o la semana anterior, en alguna aldea al borde del desierto o en plena selva, o en

Barbés, en Marsella, en la rue de Charonne o en Place Voltaire, o incluso en el depósito de implementos de limpieza de la municipalidad o en los corredores del metro. Como si fuera poco, el personaje execrable y rechoncho que cuenta esas historias, lleva su ligereza y su desenvoltura hasta un punto tal que se lanza de lleno en su relato, sin tomar la precaución, como lo hacen todos los poetas verdaderos, de invocar al Único, antes de proferir ninguna otra palabra, para implorarlo como está escrito en el Libro: *¡Otórgame la lengua de la veracidad hasta los tiempos más remotos!* La casta impenitente, olvidándose de lo que le ocurrió al enjambre de griots durante la batalla legendaria, retoma, piensa el barrendero musulmán, los mismos hábitos locuaces y temerarios que precipitaron su perdición.

Pero el otro ya ha empezado su historia en la mañana sombría: es sabido que, a los que sienten inclinación por contarlas, cualquier pretexto les

viene bien para comenzar a hacerlo. Una asociación fugaz, por tenue que sea, una alusión cualquiera, ingenua o intencionada, un relato acabado de oír con el que el suyo pretende tener ciertas analogías, un acontecimiento intrascendente al cual su relato, más clarividente y ejemplar que la realidad misma, vendría según ellos a suministrarle su sentido. Esta vez, la historia es la de un tal Traoré, un vulgar asesino y violador, que salió en todos los diarios y que el que la está contando, como cualquier hijo de vecino, debe haber leído en alguno de ellos, probablemente en el mismo diario lleno de marcas de birome o de lápiz en las páginas de turf, plegado y arrugado hasta volverse una ruina, y que ha debido leer entre dos carreras de caballos, en el bar de alguna agencia de apuestas, en Menilmontant o al fondo de la rue Alexandre Dumas. Saliendo de sus labios, sin embargo, si bien tiene una vaga semejanza con la que apareció en los diarios, es

irreconocible, y contada como él la cuenta, ningún diario la publicaría. La manía incorregible de los griots de Niani (o de Kayes, o de Odiené, o de X o Z), piensa, escuchándolo, el barrendero musulmán, de querer suplantar el mundo con su canto, sigue intacta todavía, y los que la padecen ni siquiera sospechan que esa obsesión, igual que a sus antepasados, los va llevando de la mano al abismo.

Pero los detalles que adornan la historia, exactos y vívidos (y da lo mismo que sean falsos o verdaderos) son más atrayentes que los hechos mismos, que las actas del proceso, que la requisitoria del fiscal, la defensa del abogado, los informes de los expertos psiquiátricos, los resúmenes periodísticos: en el relato del narrador profesional, las manos de Traoré son como las garras del leopardo, su lubricidad es legendaria, y los ritos que cumple con el cadáver de sus víctimas abominables. El tal Traoré (todo el

mundo lo sabe) tiene es cierto la particularidad de ser a la vez cristiano y musulmán, es decir *serere* por parte de madre y *bambara* por línea paterna, y como después de siete generaciones por primera vez un varón resultó el primogénito, y como el matrimonio religioso mixto (otra abominación para el barrendero musulmán) estrechaba los lazos entre dos tribus diferentes, la familia y la aldea al sur de Dakar donde nació lo consideraron como un Elegido. Lo paseaban de pueblo en pueblo y lo iban colmando de regalos. Él mismo decía de sí mismo durante el proceso que era considerado como un *ser aparte* o una *criatura sagrada*, un *presente de Dios*. Pero cuando cumplió tres años ya estaba viviendo con su familia en un tugurio al norte de la estación de metro Barbés-Rochechouart, a los diez ya era un violento y su propia madre lo calificaba de *hijo del diablo*. Cuando cumplió trece años la madre se mudó a lo de un amante, y cuando el padre se fue a Senegal,

la madre volvió con la familia pero se trajo al amante a vivir con ella. A Traoré lo enloquecían los celos, no podía soportar que su madre viviese con otro hombre, porque según el griot la *quería para él solo*, y eso porque cuando ella lo llevaba todavía en el vientre un brujo le había echado una maldición dejándolo pegado para siempre a la placenta. También a la madre la habían embrujado según el griot; era violenta como él: una noche había entrado en un garito clandestino de Belleville donde el padre acostumbraba a ir a jugarse el sueldo a los dados, y le había quebrado un brazo. El amante le tenía miedo y no abría nunca la boca; cuando ella se enojaba, el amante empalidecía de terror. Únicamente Traoré según el griot (eso no había salido en ningún diario) le hacía frente, y a veces, cuando él tenía trece o catorce años se iban a las manos hasta hacerse sangrar. Era una especie de gigante y tenía tanta fuerza en las manos que mataba a sus víctimas a

puñetazos, y en un primer momento la policía había creído que las golpeaba con un palo de béisbol. A los quince años robaba, se drogaba, vendía droga. Cuando cumplió veinte, el padre, en Senegal, lo llevó a ver a un brujo, el cual le dio un amuleto que, según dijo en el tribunal, fue su perdición. Hubiese querido ser campeón de fútbol, y tenía que contentarse con vender droga en la estación de metro Saint Ambroise; todo el mundo lo había considerado como un enviado de Dios, y resultó ser el hijo del diablo; y para colmo, a causa de ese embrujo que venía debilitándolo según el griot desde los tiempos en que no era más que un feto, y también del *gri-gri* que le dio el brujo cuando el padre lo llevó contra su voluntad a consultarlo, había atrapado el sida en el Senegal. Según el griot, a la primera víctima la mató porque, mientras la estaba violando, ella le gritó en la cara: *¡Imbécil, hubieras podido conseguir lo mismo de otra manera!* Y él, en el tribunal,

afirmaba que no había habido violación, porque la violación es un acto sexual y él no se acordaba de haber gozado. Violó a seis o siete mujeres, de las cuales mató a puñetazos a dos o tres, entre ellas a una anciana de setenta años. Pero estaba sereno, sonriente, amable con todo el mundo en el tribunal; les daba consejos paternales y explicaciones pacientes al juez, al fiscal, a los miembros del jurado, e incluso a las víctimas, una de las cuales oyéndolo hablarle con tanta dulzura después de haberla violado transmitiéndole el virus del sida, había tenido un ataque de nervios y se había desmayado en pleno tribunal. Traoré no reconocía su responsabilidad en los hechos porque consideraba que eran una consecuencia de las múltiples manipulaciones maléficas de que había sido víctima, cuando era un feto primero, y después de su nacimiento durante ciertos ritos vudú, y más tarde porque le habían hecho creer que esa mezcla de religiones era algo positivo

cuando en realidad los buenos elementos que componían a las dos se habían corrompido al mezclarse en su persona, y después su madre que lo había *denunciado* como hijo del diablo, y por último el *gri-gri* del brujo del Senegal que resultó ser, según las palabras textuales del griot, *la cerise du gateau* (la cereza del postre). A una de las víctimas la mató en la calle, la cargó sobre sus hombros (eran las cuatro de la mañana) para llevarla hasta su cuchitril en el sexto piso de la especie de ruina en la que vivía, la tendió en el suelo y, después de someterla a una serie de ritos mágicos de los cuales únicamente él conocía el significado, se tendió durante horas al lado de ella a fumar haschís y a tomar gin hasta vaciar a pico dos botellas. ¡Y todo según el griot a causa de ese maleficio, de cuando todavía no era ni siquiera feto, apenas un embrión del que no se sabía lo que iba a salir, si hombre o fiera, el conjuro que le habían echado y que lo había dejado pegado para

siempre a la placenta, de tal manera que, anduviera por donde anduviese en el ancho mundo, seguía estando encerrado en el vientre de su madre, o si no, peor todavía, como si esa mujer malvada hubiese aspirado al mundo entero a través de la vagina para encerrarlo con Traoré en su propio vientre!

El otro hace silencio, un silencio conclusivo quizás, o tal vez se trata únicamente de una pausa destinada a estimular el interés de su oyente, un recurso profesional utilizado mil veces, que el auditorio conoce igual que el narrador, y que sin embargo funciona todavía y probablemente seguirá funcionando hasta el fin de los tiempos. Un brillo satisfecho se enciende en los ojos rojizos y vidriosos de *Finá Kamara* cuando apoya el codo en el carrito de la basura e intenta atrapar la mirada de su interlocutor. En la cavidad rosa de la boca que dejan ver los labios entreabiertos y circundados de barba negra, óxido, ceniza, la

lengua rosa se ha inmovilizado. El barrendero musulmán está inmóvil también, con las manos enguantadas olvidadas a la altura de los muslos, en el extremo de sus brazos gráciles y largos que la superposición de prendas de lana hace parecer más gruesos de lo que son en realidad. En su imaginación flotan, en un chisporroteo lento, sin acabar nunca de extinguirse, las imágenes vivaces que el relato del otro, a pesar de su resistencia, han ido suscitando en su interior. Pero al mismo tiempo piensa que se trata de niñerías sin pie ni cabeza, y que todos esos detalles tan atractivos no pertenecen a la verdad de los hechos sino a las obsesiones inconfesables del narrador y que sobre todo, a pesar de la aparente multiplicidad de los acontecimientos, una sola historia ha ocurrido en el mundo, y que esa historia estaba ya inscrita en el sol Único antes de haberse transformado en Libro. Como de costumbre, esos sentimientos contradictorios lo paralizan, y lo inducen a adoptar

una actitud seria, casi solemne, sin dejar de ser cortés, y a esquivar la mirada del otro que, infructuosa, busca la suya a través del aire helado y sombrío de la mañana de invierno. Aun si el silencio del otro, que dura desde hace unos pocos segundos, significa que ha concluido, flota entre ellos todavía una especie de indecisión, de incertidumbre, de antítesis complementaria que, en lugar de separarlos, parece haberlos transformado en una pareja antagónica pero de la cual ninguno de los miembros podría existir separadamente.

O tal vez no sea para nada así, y habría que ahondar mucho tiempo para llegar a saber algo sobre ellos. Una sola cosa es segura: la Place Vendôme, con su ministerio y sus negocios de lujo, sus diamantes, sus grandes marcas internacionales, sus dividendos bursátiles, y sus millonarios de antigua y de fresca data, no tiene, para los dos hombres inmóviles que no logran cruzar la mirada, más valor y sobre todo más existencia que un

montoncito inadvertido de inmundicia en las juntas del empedrado. Cualquiera de los dos podría de pronto inclinarse distraídamente y, empujándolo con dos o tres movimientos suaves de la escoba, recogerlo en la palita de metal y después, pensando ya en otra cosa, volcarlo en el tarro de la basura.

Ligustros en flor

a Alejandra y Frederic Compain

Observé largamente mis pies esta noche, y me parecieron más misteriosos que el universo entero. Con ellos, hace algunos años, anduve caminando durante dos horas y cincuenta y cuatro minutos por el suelo polvoriento de la luna. Fue mi segunda misión por esos lados, aunque la primera consistió solamente en un vuelo de circunvalación; unas pocas revoluciones en la órbita lunar, y hasta más ver: de vuelta a casa.

En la segunda expedición, donde Brown y yo alunizamos realmente (Andy Wood nos esperaba girando en órbita en el módulo principal de la nave), el paseo duró un poco más, pero un desperfecto en las cámaras de televisión, semejante al que se produjo cuando la expedición

Apolo 12, rebajó el alcance del acontecimiento, y nos ocurrió a nosotros lo mismo que al alunizaje de esa expedición, que por no existir en imagen, se desvaneció también en la realidad y cayó en el más completo olvido. De la expedición Challenger 3, que tuve el honor de dirigir, la indiferencia del público y un olvido casi inmediato fueron el único resultado desalentador, lo que en mi fuero íntimo consideré altamente satisfactorio, porque ya desde antes de haber dado mi paseo por la luna, había decidido que al volver me retiraría para siempre de mi oficio de astronauta. Y hoy por hoy nada me impide considerar como mío el curioso pensamiento de un discutido filósofo austríaco: «¿Puedo siquiera considerar seriamente la mera hipótesis de haber estado alguna vez en la luna?».

El tedio, que desde luego considero más temible que los supuestos peligros desconocidos que acechan al explorador del espacio, fue la causa principal de mi retiro anticipado al que,

después de nuestro fiasco, habría que agregar mi negativa a persistir en el ridículo, ya que no podría dársele otro nombre al hecho de que nuestra expedición, concebida con fines de propaganda, a causa de unas cámaras defectuosas, pasó prácticamente desapercibida para el público mundial. Cuando mis superiores me informaron de que nuestra misión principal, a la que debíamos subordinar imperativamente todas las otras, consistía en clavar en la superficie de la luna y en directo para varios miles de millones de espectadores la bandera de nuestro país, supe de inmediato que acababa de confirmarse la sospecha que venía persiguiéndome desde tiempo atrás: todos los miembros del programa espacial, desde el director general hasta la señora de la limpieza, estaban locos.

Brown debía pensar lo mismo, pero aunque nos estimábamos y confiábamos uno en el otro, me hubiese resultado difícil desmantelar su prudencia

que, aparte de la rebelión, es en nuestro país la única arma de que disponen para sobrevivir los miembros de su raza. Probablemente también él, aunque no lo dijese, estaba cansado de ser, de los proyectiles que se lanzan en esas insensatas experiencias de balística que llaman programa espacial, la munición que va adentro. Mientras lo observaba puntear con su palita el suelo ajeno de la luna, como la tierra en que sus antepasados vienen haciéndolo desde hace siglos, no podía dejar de preguntarme en qué momento iba a tirar la pala lo más lejos posible dando fin con ese acto significativo a su carrera de astronauta.

Como lo demuestro en mi estudio inédito *Interés comercial y militar de la conquista del espacio 95 por ciento; interés científico 4,95 por ciento; interés filosófico 0,05 por ciento*, de esos tres aspectos es evidente que es el científico el que puede reivindicar para sí mismo con justicia el colmo del ridículo. El filosófico es inexistente, y

el financiero y político— militar, por rastrero que sea, parece corresponder mejor al verdadero nivel moral de la humanidad: y no tengo escrúpulos en escribir lo que antecede, aunque sé que los que creen conocerme a fondo, piensan de mí que, desde que volví de la luna, como si habiendo contemplado a los hombres desde tan arriba hubiese descubierto su tamaño verdadero, he caído en la misantropía.

Para nada: lo que pasa es que allá arriba — adverbio que por otra parte únicamente para nuestra situación singular tiene algún sentido— las sospechas se vuelven, de una vez por todas, evidencia. Cualquiera sabe que el universo es un fenómeno casual que, aunque desde nuestro punto de vista parezca estable, en lo absoluto no es más que un torbellino incandescente y efímero, de modo que allá arriba no es en ese sentido que la evidencia se presenta. Caminando por la semipenumbra polvorienta y estéril, si algo

aprendí no fue sobre la luna sino sobre mí mismo. Supe que si el conocimiento tiene un límite, es porque los hombres, adonde quiera que vayamos, llevamos con nosotros ese límite. Es más: nosotros somos ese límite. Y si vamos a Marte o a la luna, las dos o tres cosas más que sabremos sobre Marte o la luna, no cambiarán en nada, pero en nada, la extensión de nuestra ignorancia. No cabe duda de que sabemos un poco más de nosotros mismos cuando, dejando nuestro pueblo natal, vamos a una gran ciudad, y después a otro continente, donde los hombres son un poco diferentes de nosotros, por sus rasgos exteriores, su religión, sus costumbres, pero ese poco más que sabemos no modifica para nada la cantidad de nuestro saber, en relación con lo que ignoramos, y esto no es una reflexión moral sino un simple cómputo. De modo que el provecho científico de nuestras expediciones es más bien escaso. Que quede claro: como todas las otras, la conquista del espacio es principalmente obra de

comerciantes y guerreros, y sus aspectos científicos son puramente logísticos y pragmáticos. Si hubiese hombres en la luna, como los había en África y en América, los reduciríamos a la esclavitud o acabaríamos con ellos. Si los hombres fuesen mejores, tal vez hubiese valido la pena ir a la luna.

Mis valencias turísticas son limitadas. Ver la tierra desde la luna y pasearme por ese suelo polvoriento, oyendo el chasquido de mis zapatos gruesos contra las esférulas y los pedruzcos de piroxena, olivina y feldespato, chirriar la materia vitrificada y muerta bajo las suelas, no me produjo mayor entusiasmo que mis visitas (un poco obligadas por los hábitos de la época, como mi carrera de astronauta lo fue en cierto sentido por un padre militar) a las cataratas del Iguazú o al desierto de Gobi. No digo que no me haya producido ninguno sino que el que experimenté fue de lo más módico. Tal vez la única maravilla

auténtica de mi paseo haya sido que las huellas de mis zapatos quedarán impresas en ese polvo pardo durante millones de años, pero también eso tiene su lado negro, porque en las noches de insomnio, o en las mañanas indecisas y turbias en las que mi situación parece sin salida, la forma estriada y ancha de esas huellas, obcecada y autónoma, insiste en venir a estamparse, nítida y excluyente, durante horas e incluso durante días, en la zona clara de mi mente.

El fragmento de mundo que hollábamos, Brown y yo, igual que la tierra paciente que nuestra especie había desfigurado con sus pasos, dejaba intacto el infinito. (Sé que los llamados hombres de ciencia consideran que el universo es finito, pero si eso es cierto, lo es en una escala diferente a aquella en que se sitúan los que han formulado la hipótesis). Saber algo sobre la luna: tal era nuestra ilusión, ya que confundíamos experiencia y conocimiento. Encerrados en las

cápsulas de nuestros trajes espaciales, deambulábamos en la penumbra grisácea, indiferentes a la esfera azul que flotaba, fantasmal, a lo lejos, en el firmamento negro, mientras esperábamos que el módulo principal de la nave, con Andy Wood adentro, después de dar el número previsto de revoluciones en la órbita lunar, pasara a recogernos para llevarnos de vuelta a la tierra. Presentía a Brown encapsulado en su piel negra, igual que yo en la mía, y tuve la impresión, mientras dábamos nuestros pasos torpes y lentos, punteando aquí y allá con nuestras palitas especiales, unos cilindros metálicos que clavábamos en el suelo y retirábamos llenos de materia lunar, que estábamos aislados uno del otro por una serie de envoltorios y de cápsulas que nos volvían mutuamente desconocidos y remotos. ¿Para qué ir tan lejos a develar misterios si lo más cercano —yo mismo por ejemplo— es igualmente enigmático? La yema de los dedos y la luna son

igualmente misteriosos, pero los cinco sentidos son más inexplicables que la totalidad de la materia ígnea, pétreo o gaseosa, de modo que excavar la luna, sondear el sol o visitar Saturno, como han dado en llamar caprichosamente a esos objetos sin nombre apropiado y sin razón de ser, no resolverá nada.

Tales son mis pensamientos tenues cuando me paseo por las calles, tan polvorientas como las de la luna, pero en las que mis huellas se desvanecen, fugitivas, casi en el mismo momento en que las imprimo, de mi pueblo natal. La vejez y lo que sigue me ha dado cita para uno de estos días en alguna de sus esquinas desiertas. Es inconcebible que la luna exista, casi tanto como que exista yo. Que haya un universo es por cierto misterioso, pero que yo esté caminando esta noche de primavera en la penumbra apacible de los árboles lo es todavía más. Así como ver la esfera azul desde la luna permitía poseer un punto de vista

suplementario pero no volvía las cosas más claras, haber estado en la luna no me reveló nada nuevo sobre ella y, a decir verdad, me gusta más verla desde aquí, redonda, brillante y amarilla. Allá arriba, la proximidad no mejoraba mi conocimiento, sino que la volvía todavía más extraña y lejana. Desde acá sigue siendo un enigma, pero un enigma familiar como el de mis pies, de los que no podría asegurar si existen o no, o como el enigma de que haya plantas por ejemplo, de que haya una planta a la que le dicen ligustro y que, cuando florece, despida ese olor, y que cuando se la huele, es el universo entero lo que se huele, la flor presente del ligustro, las flores ya marchitas desde tiempos inmemoriales, y las infinitas por venir, pero también las constelaciones más lejanas, activas o extintas desde millones de años atrás, todo, el instante y la eternidad. Y sobre todo que, gracias a ese olor, por alguna insondable asociación, mi vida entera se haga presente

también, múltiple y colorida, en lo que me han enseñado a llamar mi memoria, ahora en que al pasar junto a un cerco, en la oscuridad tibia, fugaz, lo siento.

Las pirámides

Sollozando despacio en la cama para no despertar a su mujer, el hombre, que ya está despierto del todo, sigue sin embargo enredado en la pesadilla horrible que acaba de tener. En la oscuridad, siente las lágrimas calientes humedecerle las mejillas. El asco, la culpa, el horror, la desesperación lo asaltan y lo sobrecogen. Le parece que el universo entero se ha manchado para siempre con la vergüenza infinita que le da su sueño. El mundo ya no será nunca más el mismo después de haberlo tenido.

Es un comerciante egipcio próspero, importador de ciertas máquinas europeas. Ingeniero electrónico de formación (estudió en Londres), prefirió aplicar sus conocimientos al comercio siguiendo la tradición familiar, con el buen olfato de relacionarse más bien con

industriales franceses que ingleses, encontrando de ese modo una competencia menos seria, lo que le permitió al cabo de una década acrecentar y sobre todo afirmar la fortuna familiar. Asociado con su hermano mayor y con su cuñado, el marido de su hermana, logró constituir la firma más importante del ramo no únicamente en el país, sino quizás en todo los países de la región. Y ahora está en el dormitorio de su casa, confortable sin ostentación, en uno de los barrios residenciales de El Cairo, tratando de sofocar su llanto para no despertar a su mujer, que duerme a su lado en la penumbra.

El mes anterior cumplió cuarenta y siete años. Hubo una gran fiesta de familia, a la que asistieron también muchos amigos. Sus dos socios le regalaron un coche nuevo, francés, que habían obtenido a un precio ventajoso gracias a sus relaciones con los medios industriales y comerciales de París. La noche de su cumpleaños, cuando los invitados se retiraron y sus dos hijos ya

se habían ido a dormir, hizo el amor con su mujer —se llevaban muy bien, y aunque la frecuencia de sus relaciones sexuales había disminuido mucho con los años, él le era enteramente fiel— y después, antes de dormirse, pensó un rato en sí mismo, en sus antepasados, en su familia actual, en sus negocios, y durante unos pocos y raros minutos de exaltación austera, se dijo que tal vez había realizado plenamente su vida.

Y esta noche, un mes más tarde, como culminación de los acontecimientos desagradables de las últimas semanas, él, que no sueña nunca, acaba de tener esa pesadilla que lo ahoga de vergüenza, de pena, de desprecio de sí mismo. Acaba de soñar que sometía a Yussef, su hijo mayor, de diecisiete años, a una serie de repugnantes vejámenes sexuales. No solamente lo hacía, sino que lo divulgaba con cinismo, aunque en secreto ya empezaba a sentir vergüenza por los actos que había cometido, y tenía miedo de

encontrarse con el muchacho, en quien, en el sueño, sentía haber causado daños irreparables. Su conducta no tenía en apariencia ninguna motivación sensual, sino un odio desmesurado y gélido, y es ese odio quizás, junto con las imágenes abominables del sueño, lo que lo ha hecho despertarse aterrado y lloroso hace unos minutos, sin que el sentimiento de alivio al comprobar que esas escenas penosas no eran más que una pesadilla, se haya, piadoso, presentado todavía. Al contrario: a medida que va saliendo de él, tiene la impresión de que, por la misma grieta por la que él ha vuelto a la realidad, el sueño también se ha filtrado en ella y ahora contamina el universo entero.

El hombre cree saber la causa de ese odio, pero es eso justamente lo que aumenta su desconcierto y su pena. ¿Cómo es posible — piensa — que alguien sea capaz de experimentar esos sentimientos, ignorando lo que lo acecha en

los rincones oscuros de su propio ser? Todo empezó tres o cuatro días después de su cumpleaños, cuando encontraron el coche nuevo desbarrancado en una cuneta. Desapareció una noche y la policía, que había sido alertada en seguida, lo encontró unas horas más tarde en esa zanja profunda, con los faros delanteros rotos, una parte de la carrocería toda abollada y la dirección descalibrada. Él había decidido no entrarlo al garage esa noche, para poder salir más rápido hacia el aeropuerto a recibir a unos clientes que llegaban desde el extranjero a la mañana temprano, y como había una ronda de guardias privados en el barrio, se había ido tranquilo a la cama. Pero cuando salió a buscarlo a la mañana, el coche ya no estaba, así que llamó a la policía y salió para el aeropuerto.

A eso de las seis de la tarde, la policía se comunicó con él para decirle que habían encontrado el coche y pedirle que pasara por la

comisaría para cumplir con dos o tres formalidades. Cuando llegó y vio el estado del coche estacionado en la puerta, una cólera hiriente puso durante unos segundos su mente al rojo blanco, como si hubiesen volcado detrás de su frente una palada de cal viva, de modo que cuando insistió para que la policía prosiguiera su búsqueda hasta encontrar a los culpables, no le atribuyó ningún sentido preciso a la expresión un poco confusa del funcionario que lo atendía, y que, aunque no parecía atreverse a contradecirlo, lo hizo esperar unos minutos para hacerle firmar una denuncia escrita que un secretario redactó en la pieza de al lado.

Al día siguiente, el funcionario lo llamó al negocio y le preguntó si no lo molestaba pasar a verlo porque lo que habían descubierto era demasiado grave como para ser comunicado por teléfono, así que media hora más tarde, sentado frente a él del otro lado del escritorio y evitando

mirarlo a los ojos mientras hablaba, el funcionario le dijo que uno de los guardias privados del barrio residencial había visto a su hijo Yussef manejando el auto la noche del robo. Después de eso, tuvo que volver a declarar con su hijo a la comisaría, pero Yussef negó con tanta obstinación, que él terminó por ponerse de su parte, diciendo que haría echar al guardia que lo había denunciado. La expresión confusa del policía no se borraba de su cara mientras tenían lugar esas denegaciones, y al cabo de tantos tironeos, amenazas, interrogatorios y discusiones, el funcionario declaró que de todas maneras la justicia estaba en condiciones, gracias a ciertos métodos científicos infalibles, de encontrar la solución. Un pánico repentino se apoderó del adolescente, que se echó a llorar y reconoció que él era el autor del robo.

Desde ese momento, para el padre, el mundo simple y claro en el que vivía se ha desplomado. Poco tiempo después de la noche de su

cumpleaños, en la que durante unos minutos le pareció haber alcanzado la plenitud de su vida, las fuerzas confusas de las que él desde hacía años había olvidado hasta la existencia, brutales, lo alcanzaron. En las semanas que siguieron trató de obtener sin ningún resultado alguna explicación de Yussef. Era su hijo preferido: un poco callado y retraído, pero serio en sus estudios (lo que para el hombre era una prueba de su valor), y aunque no manifestaba demasiado sus emociones ni sus afectos, correcto y calmo en sus relaciones familiares. El padre estaba educándolo para que lo sucediera en la empresa y pensaba mandarlo a París a terminar sus estudios. Había tenido que humillarse yendo a pedirle disculpas al guardia privado que había querido hacer echar de su trabajo.

Y ahora, hace unos minutos, acaba de tener esa pesadilla horrible. Mientras trata de detener sus sollozos o de volverlos inaudibles, piensa que el

odio que ha revelado su sueño es desproporcionado en relación con la falta que ha cometido el adolescente. Aunque el robo del auto unas semanas antes ya había despertado no pocas dudas, abriendo algunas grietas en su conciencia satisfecha, el sueño que acaba de tener le confirma, inequívoco, que ya no es o que quizás no lo fue nunca, el que durante tantos años ha creído ser. Su desesperación aumenta cuando, entrando poco a poco en la vigilia, se acuerda de que su hijo está de viaje, acompañando en una excursión a los hijos de unos hombres de negocios, y que vienen bajando el Nilo desde el sur para visitar los monumentos antiguos. Una imagen empieza a obsesionarlo: los tres muchachos diminutos, indefensos, al lado de la mole aplastante de una pirámide, cuyas piedras arcaicas, carcomidas por la erosión del desierto, flotan en el presente como evidencias enigmáticas de un pasado que creemos familiar, porque nos lo representamos siempre con

las mismas imágenes simplificadas, pero que en realidad nos es desconocido y remoto.

Lágrimas calientes corren por sus mejillas, por los bordes de la nariz, le mojan los labios, se deslizan por las mandíbulas. Los sollozos mudos lo agitan en la penumbra. Las imágenes del sueño más nítidas que el sol ardiente y rugoso, y tan absorbentes y obstinadas que el universo entero se borra en su presencia, le causan un dolor sin límites, y cuando, al cabo de unos minutos, el dolor se empieza a atenuar, lo invade la idea extraña de que lo que ha soñado es la única realidad de su ser, y que no debe dormirse de nuevo todavía, para mantener despierto el dolor y castigarse de ese modo en la vigilia por haber tenido ese sueño.

Copión

...y podemos considerar que, a pesar de evidentes fluctuaciones, y a causa del carácter repetitivo de las mismas, el estado del paciente es estacionario y no requiere internación. Una visita semanal a su consultorio pareciera ser suficiente por el momento. En todo caso, estimado colega, créame que aprecio su dedicación escrupulosa a nuestro paciente, y estoy seguro de que el ponerlo en sus manos y en las de ningún otro especialista ha sido una decisión atinada de mi parte, que la familia ha aprobado con entusiasmo. Las actuales rarezas de comportamiento pueden ser consideradas como «normales», en el mismo sentido en que son normales los temblores de fuerza decreciente que suceden a un terremoto. Ya no pueden hacerle demasiado daño: podríamos decir que, igual que con el paisaje devastado que

deja un terremoto, no queda casi nada por destruir, pero después de las terribles perturbaciones que constituyeron el clímax, los leves disturbios que lo suceden podrían ser calificados —no sin cierta ironía desde luego— casi de satisfactorios. Por paradójico que parezca, para el caso que nos ocupa, como se lo anticipé telefónicamente el mes pasado, el paroxismo consistió en la inmovilidad total, más allá de la apatía y del estupor, en ese estado que, si me permitiese describirlo con una imagen, compararía con la inmovilidad glacial de un lago helado, salvo que, para nuestro paciente, bajo la capa de hielo exterior, el agua seguía hirviendo convulsivamente hasta el fondo.

Ese ostracismo pasajero, que duró un par de semanas sin embargo, y que nos obligó a alimentarlo con una sonda para que no se debilitara en forma irreversible, fue consecuencia de una larga serie de sacudidas emocionales y mentales a partir de la adolescencia, y que a los

treinta y cuatro años produjeron, como podía preverse, el derrumbe. En casos similares, tratados a lo largo de tres décadas de práctica hospitalaria, me ha sido posible observar una evolución semejante, con una temática delirante muy afín, pero el derrumbe, felizmente pasajero, que culmina el proceso, se presenta en muy pocas oportunidades: la agitación disminuye hasta la apatía, y poco a poco el enfermo se adapta a la situación y se resigna a vivir mansamente con el acervo de sus ideas fijas y de sus rarezas. (Es, *mutatis mutandis*, la situación del paciente en la actualidad).

Desde muy joven la pasión política se transformó en él en un verdadero frenesí reformador, y podemos considerar que, a partir de los veinte años más o menos, sus ideas empezaron a tomar un giro ligeramente extravagante. Aunque su familia era de origen bávaro, con ramificaciones austríacas, H. nació y se crió en

Berlín, donde realizó sus estudios de derecho, con la intención de hacer carrera en la administración alemana o como funcionario internacional, pero cuando obtuvo los diplomas necesarios, con notas realmente brillantes, ya la enfermedad mental estaba comenzando a hacer estragos en sus ideas y a pervertir su comportamiento. Por suerte, la situación económica de su familia, más que desahogada, permitió postergar la búsqueda de un empleo y afrontar los gastos inevitables de un tratamiento a fondo.

H. tenía diez años cuando construyeron el muro de Berlín. Algunos años más tarde, el sistema político que imperaba del otro lado del muro, extendiéndose con mayores o menores variantes locales hasta el extremo oriente, fue su mayor preocupación, y predicaba una verdadera cruzada contra las ideas que imperaban en esos vastos territorios. Pero al mismo tiempo consideraba que los gobiernos occidentales no eran lo bastante

enérgicos en sus acciones ni lo bastante lúcidos para juzgar la gravedad de la situación. Hasta ese punto, sus ideas políticas corresponden en general a las de la mayor parte de sus compatriotas, salvo que en su caso se expresaban con más vehemencia y que, en el momento de proponer soluciones, mostraban su carácter delirante. Por ejemplo, la queja corriente de los ciudadanos de cualquier país acerca de la inepticia de sus dirigentes, asumía en él aspectos grotescos y aun inquietantes, porque se transparentaba en ellos un fenómeno corriente en las crisis de demencia, sobre el cual usted ha escrito por otra parte dos artículos brillantes: la aparición en el sujeto de elementos arcaicos en sus sentimientos y en su conducta. El pasado prehumano, los olvidados matices salvajes y luctuosos de la especie que con designios inescrutables nos ha depositado en nuestro presente esquivo y confuso, empiezan a resurgir en sus ideas y en sus actos. H., por ejemplo, en sus

momentos de crisis, pretendía que se infligiese a los gobernantes occidentales (con particular fijación en el presidente de los Estados Unidos, en los vistosos Windsor y, quién sabe a través de qué alambicados pseudorazonamientos, en los inocuos monarcas belgas) la humillación de una ejecución capital transmitida en directo por la televisión mundial, o la sodomización ritual del papa por miembros de las tres religiones reveladas con el fin de obtener el perdón para la iglesia católica, aunque, como también usted habrá podido comprobarlo, estimado colega, recomendar vejámenes al sumo pontífice parece ser el rasgo común de todos los presuntos reformadores que se internan en la selva de la demencia. (Con mucho mejor criterio, durante su derrumbe mental definitivo de 1888, Nietzsche recomendaba el fusilamiento del Káiser y de los antisemitas, y al entrar en el asilo declaró: «Exijo una *robe de chambre* para una redención completa», que

únicamente podría parecer un dislate a quienes ignoran que en uno de sus aforismos había comparado el hecho de ser europeo a una vestimenta demasiado ajustada).

Pero toda la energía mórbida del paciente se concentraba en un solo punto: su desconfianza, su temor, su agresividad, su odio, convergían hacia esos territorios casi infinitos que se extendían al este del muro y que, en su imaginación desquiciada, suscitaban los fantasmas más caprichosos y más extraños. Parecía que, tal como él las concebía, las muchedumbres orientales hubiesen perdido todo atributo humano, transformándose en un hervor, viviente por cierto, pero de especies marginales que hubiesen seguido una evolución independiente de la nuestra, dando como resultado criaturas irreconocibles y equívocas, como esos seres que, en los orígenes de la vida, plasmaron en formas ilógicas y absurdas, transitaron un tiempo ciertas ciénagas

confusas, y después desaparecieron. Le advierto que estas imágenes y estas comparaciones son del enfermo y no mías, y provienen de las muchas conversaciones que, en los períodos más calmos de su enfermedad, mantuvimos regularmente, y cuyas versiones resumidas figuran en la historia clínica que mi secretaria está preparando para hacérsela llegar. Estos detalles muestran en él una cultura literaria y científica muy superior al término medio, en la que sin embargo, a causa del terreno favorable de una particular excitabilidad y de un temperamento razonador propenso a la idea fija, la propaganda desenfrenada de los dos campos enfrentados a lo largo del siglo causó estragos irreparables.

Pero pasemos a la fase mórbida sobre la que usted me ha pedido detalles más amplios mientras espera tener en sus manos la historia clínica. Esa fase singular, vista desde el exterior tiene en apariencia contactos con la catatonía, pero ya

sabemos que la catatonía propiamente dicha ha prácticamente desaparecido de la nosografía psiquiátrica gracias a los tratamientos neurolepticos, y además, si resultaba imposible indagar los estados de conciencia, si los había, en el sujeto catatónico, en el caso que nos ocupa, con la regresión de los síntomas, fue posible obtener del enfermo numerosas precisiones sobre esos estados.

La locura es como un alcohol violento: es obvio que esas criaturas dudosas que para su imaginación dislocada poblaban el más allá sombrío que se extendía del otro lado del muro, eran entidades enemigas y en constante acecho, munidas de las más elaboradas técnicas para observarnos en detalle y espiar cada uno de nuestros actos, por insignificante que fuese, y aun cada una de las intenciones, ni siquiera formuladas en voz alta, que los motivaban. El fracaso repetido de sus pretensiones reformadoras, de las que no le

quedaba más remedio que admitir que no producían ningún efecto en la realidad, lo fue llevando gradualmente a un verdadero delirio persecutorio. De acuerdo con su propia lógica, la falta de cumplimiento por parte del bando al que pertenecía de los sacrificios propiciatorios que proponía, apuntalaba necesariamente la prosperidad de nuestros enemigos. Un período de agitación intensa siguió a esas conclusiones, donde intentó varias acciones desesperadas, como interponerse en ceremonias oficiales, penetrar en el Parlamento de donde fue expulsado por la fuerza pública, que tuvo como consecuencia un período de internación en un asilo de Bonn, o incluso, después de haber sido dado de alta, interrumpir un programa de televisión en directo, proclamando la gravedad de la situación, y exigiendo de las autoridades la aplicación inmediata de una serie de medidas que proponía. Debo confesar que, personalmente, siempre me ha

intrigado en ciertos enfermos mentales el hecho de que, a pesar de que su mente parece haber sido acaparada enteramente por el delirio, conserven la ingeniosidad necesaria que les permite sortear los obstáculos racionales con que las personas supuestamente sanas pretenden defenderse de lo imprevisto. La perseverancia con la que H. era capaz de burlar todos esos obstáculos, le ganó cierta popularidad en nuestra región, y aun en el ámbito nacional, transformándolo, durante un par de semanas, en una especie de héroe que con su astucia demostraba la inepticia arrogante de los poderosos, pero esa euforia popular, pasajera por cierto, ignoraba la desesperación que inducía a nuestro paciente a actuar de esa manera y, por supuesto, se olvidó por completo de él cuando sobrevino el inevitable derrumbe.

Recién seis meses después de la crisis, cuando médicos y familiares alimentamos durante algunas semanas la ilusión de una recuperación completa,

el paciente accedió por fin a la confianza, permitiéndome completar la historia de su delirio. La inmovilidad corporal en la que se mantuvo durante casi dos semanas, tan completa que le era imposible realizar sus funciones vegetativas sin el auxilio de un enfermero, y que nos obligó a alimentarlo por sonda a partir del segundo día, tenía desde su punto de vista un motivo justificado, que era el siguiente: en Berlín Este, un individuo designado por la policía secreta, remedaba cada uno de sus ademanes, gestos, movimientos en el momento mismo en que los efectuaba. Esta convicción, que comenzó de manera esporádica, se fue afirmando cada vez más, hasta convertirse en una verdadera obsesión. La sospecha se volvió certeza y la certeza, de intermitente que era, se hizo continua, y en cada uno de los instantes de la vigilia lo habitaba la conciencia de que el acto que se encontraba realizando (servirse un vaso de agua por ejemplo) o que pensaba realizar, era o sería

ejecutado en forma simultánea por el otro, con una finalidad que nuestro paciente desconocía, pero de la que por supuesto daba por descontado que era de esencia maléfica. Durante cierto tiempo, cuando la impresión se presentaba a su mente, trataba de imaginar diferentes estratagemas para burlar el remedo del otro, aminorando o acelerando la velocidad de sus movimientos, o simulando iniciar una acción para derivar bruscamente hacia otra, y aun hacia su contraria, y si durante cierto tiempo creyó que esas maniobras bastaban para engañarlo, de un modo gradual lo fue ganando la convicción de que el otro poseía la habilidad necesaria para captar al milímetro sus intenciones y adecuar a ellas sus propios movimientos. Los miembros de su familia, con natural inquietud, lo veían realizar muecas y gestos de lo más extraños, por ejemplo comenzar a responder afirmativamente a una pregunta con un movimiento de cabeza, y en medio del movimiento cambiarlo

de signo y transformarlo en negación, o bien adoptar expresiones incomprensibles, que no figuraban en ningún repertorio de expresiones complementarias del lenguaje en nuestros sistemas de comunicación, o que eran antitéticas respecto de la situación a la que debían aplicarse, como por ejemplo afectar repugnancia cuando comía sus caramelos preferidos o satisfacción cuando alguien lo contrariaba.

Todos tememos que alguien copie nuestras ideas, nuestras ocurrencias, todo aquello que constituye el conjunto diferencial de nuestra persona, pero esa situación afirma más nuestra supremacía que nuestra dependencia; pero que un ser fantasmal remede, como en un espejo, cada uno de nuestros actos cotidianos, de nuestros automatismos, de todos los signos exteriores, conscientes o inconscientes, con los que la materia viviente de nuestro cuerpo y la movilidad aérea de nuestra mente nos guían por la substancia

translúcida del mundo, un personaje confuso y malvado, es desde luego muy diferente, y resulta evidente que si se prolonga, esa situación puede desplazarnos, desde el umbral en el que generalmente acampamos, hasta el centro mismo del infierno: con otras palabras, es más o menos esto lo que transmitió el paciente en el momento de sus confidencias, cuya transcripción casi literal le estamos enviando por correo separado.

La inmovilidad forzada lo fue ganando hasta que se hizo total. Pero en esos días en que hubiese querido volverse piedra, las más ínfimas manifestaciones de su cuerpo, como la palpitación involuntaria de un párpado, por ejemplo, le causaban tanta angustia, tanto pánico, que el dolor ocasionado era semejante al que inflige en la carne viva la saña del tormento. Esos movimientos mínimos eran según nuestro paciente los últimos vestigios de vida que salían al exterior, y si el otro los captaba absorbería a través de ellos las

últimas defensas de su víctima. Hasta que una mañana, bruscamente, sintió que el peligro había pasado y empezó a moverse otra vez. Debo decir que esa brusca extracción del ostracismo en el que había caído resulta para mí, desde un ángulo estrictamente científico, bastante problemática, induciéndome a no descartar del todo la hipótesis de una simulación, tan larga y minuciosa que ya en sí sería una prueba de demencia grave, y que sus supuestas confidencias sean una prolongación de la misma. Pero esto, estimado colega, es desde luego una simple hipótesis. Existe una elevada probabilidad de que, en el momento de la crisis, el tormento haya sido bien real.

Teniendo en cuenta que sus rarezas continúan, y aunque es posible hablar en su caso de un estado estacionario, la posibilidad de una nueva crisis no debe ser descartada, razón por la cual hemos decidido, la familia y yo, ponerlo entre las manos expertas de usted y sus reconocidos

colaboradores. Por el momento podemos decir que, a pesar del desequilibrio tenaz, ya casi orgánico, de su personalidad, y gracias tal vez al tratamiento químico severo que se le administra, el enfermo se encuentra bastante bien. Su estado de ánimo actual, aparte de los disturbios periódicos sobre los que le informaba más arriba, parece tolerar cierta dosis de jovialidad que, como ocurre a menudo con los enfermos mentales, puede ser producto de un obcecado solipsismo, y no siempre se manifiesta en la situación apropiada. Pero una prueba de su inteligencia, que hubiese hecho de él en circunstancias normales un individuo valioso para sus semejantes, pero sobre todo de la singularidad de su carácter, es la manera en que durante una de sus últimas visitas me comentó la caída del muro y la reunificación de nuestro país. Confieso que me ha dejado un poco perplejo, incapacitándome a formular un diagnóstico seguro sobre su estado actual, lo que, como se lo he

anunciado por teléfono, estimado colega, me indujo a solicitar su colaboración. Más que nadie, usted está al tanto de la ambigüedad esencial de todo discurso, que se vuelve aún mayor cuando a ese discurso es la locura quien lo profiere, impidiéndonos a veces distinguir la seriedad de la ironía, la prudencia del dislate, el delirio de la simulación.

Según nuestro paciente, al mismo tiempo que se aceleraban los contactos entre el este y el oeste, se multiplicaban las mutuas sospechas, las maniobras subterráneas, los golpes bajos de ambas partes, lo cual mantenía en estado de alerta a los servicios secretos respectivos. La supuesta apertura y el llamado deshielo en las relaciones eran pura fachada, ya que los intereses del este y del oeste seguían siendo divergentes, y mientras se intercambiaban mensajes y delegaciones, las actividades más sórdidas del espionaje, rumores calumniosos, propaganda y desestabilización

continuaban febrilmente.

Uno de los primeros signos de apertura fue el intercambio de delegaciones escolares que venían a visitar durante un día entero el lado de la ciudad opuesto a aquel en el que vivían. Apenas empezaba el buen tiempo, colectivos llenos de niños se cruzaban en la puerta de Brandeburgo pasando al este y al oeste, y los niños que realizaban las visitas eran recibidos por personalidades oficiales, instituciones, lugares de esparcimiento, etcétera. Poco a poco, los servicios secretos, según nuestro paciente, empezaron a sospechar que esas excursiones servían de pretexto para ciertas actividades de espionaje. Agentes dobles de los dos campos recibían información confidencial a través de esas visitas, pero todos los esfuerzos para descubrir el método de que se valían o descifrar los códigos que utilizaban resultaban infructuosos. Los colectivos, los guías y aun los niños eran minuciosamente

registrados en la frontera pero, aunque ningún elemento anormal se ponía en evidencia, las informaciones confidenciales y los mensajes ultrasecretos seguían circulando de un lado al otro del muro. Nuestro paciente me reveló que él, después de haber reflexionado largamente sobre el tema, había encontrado la solución: los espías, a través de organizaciones escolares, federaciones de padres, mutuales, etcétera, les suministraban a los niños remeras de colores diferentes, con los más variados dibujos y leyendas, que, según un código que habían creado especialmente, combinaban de muchas maneras para formar un sistema de comunicación que les servía para transmitir toda clase de mensajes: colores, dibujos y leyendas en los torsos inocentes de los niños, constituían un verdadero alfabeto de la traición. Según nuestro paciente, los mensajes enviados al este de esa manera precipitaron la caída del muro. Pero sus supuestas revelaciones dejaron entrever

al final un interrogante que, en tanto que psiquiatra, me parece más adecuado a su historia clínica: los espías del este, incorregibles, habrían adoptado el mismo método y, simulando haber perdido la partida, multiplicando al infinito el número de remeras, es decir de signos, van persuadiendo, con los discursos sibilinos que profieren, en silencio, los pechos infantiles, a sus supuestos vencedores, de aceptar la ineluctable invasión.

La tardecita

al ingeniero Saer

La historia, aunque a decir verdad los hechos escasos y simples que la constituyen, desde el punto de vista de las leyes del melodrama que imperan hoy en día en lo que podríamos llamar el mercado persa del relato, no alcanzarían a formar una historia, es más o menos la siguiente: un domingo a la mañana Barco, que acababa de cumplir cincuenta y dos años, buscando algún texto corto para leer antes del almuerzo, encontró una versión de *La ascensión del monte Ventoux* de Petrarca, y se instaló a leer en su estudio de abogado, en un sillón ubicado estratégicamente cerca de la ventana que daba al patio, para aprovechar al máximo la luz natural, de la que Barco era como se dice partidario ferviente

cuando se trataba de lectura, aunque a causa de su trabajo únicamente de noche le quedaba tiempo para leer un rato antes de irse para la cama. El texto de Petrarca hacía años que no lo leía, y si lo eligió fue más bien a causa de su extensión, para poder terminarlo antes de mediodía, porque Tomatis estaba en Buenos Aires y se había anunciado en Caballito para el almuerzo, con el fin de traerle su regalo de cumpleaños y presentarles, a Miri y a él, su nueva pareja, una chica arquitecta que, según el sarcasmo de Miri, «por suerte gracias a su profesión podía hacer cosas un poco más constructivas que ponerse de novia con Tomatis», aunque Miri se olvidaba de que, treinta años atrás, Tomatis había estado enamorado de ella y ella, durante un par de semanas por lo menos, estuvo a punto de dejarse tentar por la cosa.

Lo cierto es que Barco se sentó esa mañana de domingo a leer a Petrarca. San Agustín —o, a estar

con algunos, el colectivo publicitario de la iglesia primitiva que conocemos con el nombre de San Agustín— pretende que fue escuchando un sermón de San Ambrosio que se convirtió al cristianismo, lo que es igual que si hubiese sido leyéndolo, porque hasta entonces sólo se leía en voz alta, de modo que un sermón era una simple lectura comentada, semejante a lo que hoy llamaríamos una conferencia, y hay que reconocer que casi todas las grandes iluminaciones, exaltaciones, conversiones o revelaciones de los tiempos modernos provienen de la lectura. Pareciera ser que, en el estado actual de nuestra especie, siempre es necesario que lo poco que nos pasa de esencial le haya pasado primero a algún otro, de manera que sólo comparativamente podemos llegar a sentirnos, gracias a una lucidez pasajera, y muy de tanto en tanto, con fugacidad fragmentaria, lo que creemos ser o lo que tal vez somos.

A los pocos minutos de haber empezado a leer,

Barco tuvo una experiencia semejante, pero no le advino ni un éxtasis ni una revelación, sino algo más íntimo y más querido: un recuerdo. Petrarca, que tenía desde hacía cierto tiempo la intención de escalar el Ventoux, cuenta que uno de los dilemas que se le presentaban era la elección de una compañía que fuese al mismo tiempo útil y agradable, y que después de haber vacilado entre varios de sus amigos, decidió llevar a su hermano menor, por el que sentía mucho afecto, pensando que la subida, que no era a decir verdad más que un paseo largo y fastidioso, y no una verdadera aventura, le daría al muchachito a la vez instrucción y placer. Y, gracias a las imágenes que, mientras avanzaba en la lectura, iban formándose en la parte más clara de su mente, el recuerdo, desde la oscuridad sin nombre y sin extensión o forma definida en la que yacía arrumbado o en la que derivaba desde hacía más de cuarenta años, nítido y entero, constituido de mil detalles

hormigueantes y vivaces, hizo su aparición instantánea. Petrarca y su hermano menor escalando la ladera polvorienta y atormentada del monte, se asociaron de un modo explicable pero inesperado, con un viaje que su hermano mayor y él, que tenía en ese entonces alrededor de diez años, habían hecho una tarde de otoño.

Existe siempre durante el acto de leer un momento, intenso y plácido a la vez, en el que la lectura se trasciende a sí misma, y en el que, por distintos caminos, el lector, descubriéndose en lo que lee, abandona el libro y se queda absorto en la parte ignorada de su propio ser que la lectura le ha revelado: desde cualquier punto, próximo o remoto, del tiempo o del espacio, lo escrito llega para avivar la llamita oculta de algo que, sin él saberlo tal vez, ardía ya en el lector. De modo que después de atravesar en un estado más bien neutro las informaciones del prólogo escrito por el traductor que había vertido el texto del latín al

castellano, a los pocos minutos de empezar el relato propiamente dicho, Barco alzó la vista del libro y, con los ojos bien abiertos que no veían sin embargo nada del exterior, la fijó en algún punto impreciso de la habitación y se quedó completamente inmóvil, lleno hasta rebalsar del recuerdo que la lectura había suscitado:

un atardecer de Semana Santa, un miércoles al final de la tarde para ser más exactos porque, para aprovechar al máximo las vacaciones habían decidido lanzarse a la aventura el mismo miércoles al salir de la escuela, sin esperar hasta el día siguiente, con el fin de ganar la noche del miércoles y la mañana del Jueves Santo en el pueblo en el que pasaban todas sus vacaciones, de verano, de otoño, de invierno o de primavera. Casi todos sus tíos, tías, primas y primos vivían en el pueblo o en los pueblos vecinos y para Barco, hasta los 16 o 17 años por lo menos, el pueblo ése tirado en medio de la llanura, el puñado de

manzanas geométricas dividido en dos por las vías del ferrocarril, había sido una especie de paraíso: ninguna otra felicidad podía igualarse a la que lo asaltaba ante la perspectiva de ir a pasar en él unos días. Y era justamente a causa de la impaciencia que se apoderaba de él que se habían encontrado, él y su hermano mayor, que le llevaba cuatro años, en esa situación, o sea caminando los dos al atardecer en medio de la llanura vacía, por el camino de tierra de unos quince kilómetros, que unía al pueblo con la ruta de asfalto donde los había dejado el colectivo de Rosario.

Al bajar del colectivo, habían esperado en el cruce una media hora sin que pasase un solo auto, y como se acercaba la noche, habían decidido empezar a caminar por el borde del camino de tierra, y a medida que se alejaban del asfalto la llanura se iba volviendo más desierta y más silenciosa. Como avanzaban hacia el oeste, en el fondo del camino recto y grisáceo, el disco rojo

del sol, enorme y llameante, flotando no lejos del horizonte, parecía estar esperándolos con la intención de impedirles seguir adelante. Había llovido mucho la víspera, y el camino era un magma barroso en muchos trechos, donde algún vehículo, tirado a motor o a sangre, se había atrevido a pasar, formando huellas profundas de las que únicamente los bordes rugosos se habían resecado un poco. El estado en que había quedado el camino después de la lluvia explicaba la ausencia inusual de coches, aunque en aquella época los autos y los camiones no eran demasiado frecuentes en el campo, y de todas maneras la situación en la que se encontraban había sido prevista por sus padres, ya que la madre había querido oponerse a que viajaran esa tarde, argumentando justamente que había llovido y que la noche podía sorprenderlos en el camino, pero el padre, que tenía cierta predilección por su hermano mayor (o por lo menos Barco así se lo

imaginaba en aquel entonces y seguía imaginádoselo en la actualidad, aunque su padre había muerto hacía treinta años y su hermano el año anterior), había dicho que gracias a la prudencia y al sentido de responsabilidad de su hermano no iba a sucederles nada malo —de todos modos, en ese punto o en cualquier otro, bastaba que su madre tuviese una opinión para que su padre formulase exactamente la contraria, y lo mismo sucedía, pero al revés, cuando era su padre el que argumentaba en primer término.

La cuestión es que avanzaban, ansiosos por llegar pero lentos a causa del barro, por el camino solitario, hacia el gran disco rojo que, como se dice, ensangrentaba el cielo en el oeste. Las nubes que se arremolinaban en la altura no interceptaban el disco rojo vivo, como si, inmóviles y asumiendo las formas más diversas, se hubiesen apartado igual que cortesanos respetuosos para no ocultar, con sus masas fofas y toscas, la perfección

circular y ardiente de su presencia misteriosa. A cambio de esa discreción reverente, el sol las teñía de sus tonos innumerables, encendidos, claros y brillantes en las inmediaciones del disco, y que iban haciéndose cada vez más oscuros y más fríos —naranja, rojo, rosa, violeta, azul— cuando iluminaban los copos algodonosos suspendidos hacia el este, en la porción opuesta del cielo. En el otoño ya avanzado, los campos de maíz parecían ruinas, con los tallos quebrados y grisáceos y las hojas color beige desgredadas, reseca y colgantes, sugiriendo un ejército innumerable y fijo, aniquilado en una batalla reciente y del que hubiese vuelto a este mundo la muchedumbre de espectros, retomando el hábito de alinearse en orden para formar una teoría de almas en pena muda y amenazante. En un campo cercano, un rebaño de vacas negras había dejado de pastar, y los animales, orientados todos en sentido opuesto a la caída del sol, la cabeza un poco levantada

como si estuviesen tratando de captar una señal remota, completamente inmóviles, todos en la misma actitud como si se tratase de la misma imagen plana reproducida cuarenta o cincuenta veces, le sugerían a Barco, en el momento en que estaba recordándolas, esas manadas que aparecen en las pinturas rupestres, más misteriosas por la extraña vida interior que emana de los animales que por las intenciones de los hombres fugitivos que los dibujaron en la piedra. Durante unos minutos de marcha únicamente oyeron el ruido de sus propios pasos, vacilantes y demorados, buscando suelo firme entre los trechos removidos de barro blando y los charcos de agua lisa que enrojecía el anochecer, hasta que, de algún punto lejano de la llanura un ganado invisible empezó a mugir, sacando al que tenían a la vista del sopor en el que parecía haber caído e incitándolo a seguir tascando en silencio. La inminencia de la noche cuya llegada, para precipitar al mundo en la

negrura, parecía ir acelerándose, oprimía el pecho de Barco y le anudaba el vientre, de modo que para que no se pusiese a temblar, hundió la mano libre —en la otra llevaba una valijita— en el bolsillo del pantalón.

Al cabo de un rato de marcha, a la izquierda del camino, a unos cien metros adelante, divisaron el cementerio. Por temor de percibir en él el mismo terror apagado que empezaba a invadirlo, Barco no se animaba a mirar a su hermano, ni siquiera de reojo, y fue en ese momento en que se dio cuenta de que la llanura, en ese lugar que había atravesado decenas de veces, idéntico por otra parte a muchos otros en sesenta o setenta kilómetros a la redonda —camino de tierra, alambrados, maizales, campitos de pastoreo, redondel rojo enorme al atardecer, cuadrado de muros blancos del cementerio y cipreses negros sobrepasándolos—, de habitual que había sido hasta ese momento, se estaba volviendo

irreconocible y extraño. Era incapaz de formularlo así en ese entonces, pero una luz cintilante, ultraterrena, transfiguraba el espacio y las formas que lo poblaban, poniendo a la vista, del paisaje familiar, su pertenencia a un lugar desconocido en el que, hasta ese momento, ignoraba que había estado viviendo. Durante años sentiría el malestar de esa revelación hasta que, gradualmente, capas y capas de experiencia, como sucesivas manos de pintura sobre una imagen odiosa, terminarían por hacérsela olvidar, hasta que esa mañana la lectura de Petrarca la trajo de nuevo a la luz viva del recuerdo.

El chasquido de los pasos en el barro estallaba apagadamente y se dispersaba en el aire que ya empezaba a volverse azul, mientras que del disco enorme que interceptaba el camino en el horizonte ya no era visible más que el semicírculo superior, y desde hacía unos minutos las nubes multicolores de un rato antes ya se estaban poniendo negras. El

muro blanco del cementerio, por encima del cual, aparte de los cipreses, emergían las cúpulas y las cruces de cemento de algunos panteones, fulguraba a causa de esa luz que no era de este mundo, y del semicírculo rojo incrustado al final del camino, una turbulencia ígnea, de un rojo en fusión, barnizaba todo lo visible con una sustancia fluorescente en la que el rojo y el negro parecían neutralizarse mutuamente produciendo una luminiscencia insólita y glacial, una harina estelar, a la vez impalpable y magnética, de la que también ellos, su ropa, sus cuerpos, sus órganos internos, y hasta sus deseos y sus pensamientos hubiesen sido espolvoreados. Aunque únicamente esa mañana, cuarenta años más tarde, era capaz de formularlo de esa manera, Barco tenía la impresión de estar en el lugar remoto de un mundo cuyo centro podía estar en un punto cualquiera del espacio, y que si en ese punto se encontrara el sentido de la totalidad, aun cuando fuese contiguo al que estaban

atravesando, e incluso el mismo por el que en ese momento caminaban, para ellos sería siempre inaccesible y remoto. Por primera vez sentía, sin saber que lo sentía, experimentando el terror de sentirlo sin gozar de la clarividencia resignada de cuarenta años más tarde, que el mundo no estaba fuera de ellos, sino que eran ellos los que le eran exteriores, y que el paisaje familiar en el que había nacido y que consideraba semejante al paraíso, era una lisura sin accidentes que toleraba un momento que la atravesaran hasta que, de golpe, se los tragaba sin dejar de ellos en la exterioridad neutra y distante la menor huella de su paso. El terror que se apoderó de él ignoraba esa evidencia; el carecer de nombre lo multiplicaba, y ya estaba a punto de aullar y de salir corriendo cuando, con suavidad, la mano tibia y un poco húmeda de su hermano se apoyó en su cabeza, en un gesto cuya intención se le escapaba un poco, en razón de esa relación peculiar que suele existir

entre hermanos, íntima y distante a la vez.

—Me parece que oigo un motor —le dijo. Y era verdad: rateando, dando bandazos, el camioncito de la Liebre, el quiosquero, que había ido hasta el asfalto a buscar los diarios de la tarde y las revistas semanales que le llegaban por el colectivo de Rosario, frenó al cabo de unos minutos junto a ellos, y la cara rojiza de la Liebre apareció por la ventanilla, ostentando una sonrisa vagamente burlona en los labiecitos fruncidos que le habían valido el sobrenombre, y sin decir palabra, con un movimiento jovial de la cabeza los invitó a subir.

Apenas oscureció, el camino se volvió todavía más dificultoso. La Liebre conducía concentrado y tenso, y esa noche, su hermano contaría, durante la cena, en medio de la risa general, cómo la Liebre, agarrándose firme del volante, inclinado hacia el parabrisas para auscultar mejor el camino e ir previendo los peligros, frenando y acelerando todo

el tiempo, mientras ellos no se atrevían a desviar la vista de la luz de los faros que iluminaban el camino barroso, se hablaba a sí mismo en tercera persona, lanzándose advertencias, insultos o amenazas a cada resbalón o bandazo demasiado violento que desviaba al coche de la dirección que llevaba y daba la impresión de que iba a mandarlo a la cuneta o a volcarlo: «Tené cuidado, Liebre. No boludiés. Aflojá con el acelerador, Liebre. Ojo que hay un pozo adelante». Y así durante la hora que le pusieron para recorrer diez o doce kilómetros. Pero Barco no le prestaba atención: se iba calmando de a poco, como cuando al despertar de una pesadilla, cuesta un buen rato todavía convencerse de que se ha vuelto a la vigilia y que la substancia opresiva del sueño se ha disipado. En la entrada del pueblo, por fin, lo familiar se restableció: era otra vez él, *él*, Horacio Barco y estaba llegando al pueblo con su hermano para pasar las vacaciones de Semana Santa. Pero esa

vez no era felicidad lo que sentía, sino únicamente alivio. Cuando empezaron a rodar por la arboleda exterior que unía al camino con el pueblo, ya era noche cerrada desde hacía un buen rato. De las casitas pobres de las afueras, salían gritos, risas, ladridos de perros alertados por el motor del camioncito, música y voces que mandaba la radio, y por las ventanas, proyectándose sobre los patios, las paredes, las veredas de tierra o de ladrillos, las copas de los árboles, colgando en los cruces de las primeras calles, luces débiles pero cálidas, insignificantes en relación con la negrura sin fin de la llanura, pero amistosas, próximas, fragilísimas, y nacidas, como él, que las estaba viendo pasar, en ese mundo y en ningún otro, aunque a partir de ese día le quedara por averiguar, y seguiría intentándolo, sin conseguirlo, hasta el momento de su muerte, qué clase de mundo era.

Gens nigra

Las criaturas oscuras que observo todos los días desde mi oficina —trabajo en el sector administrativo de los ferrocarriles nacionales— dan la impresión de haber reglamentado al milímetro no únicamente su funcionamiento biológico, sino también su vida imaginaria. Parecen atrapadas en el círculo vicioso de sus costumbres, de sus creencias irrazonables, de sus fantasías. Las he bautizado para mí mismo la *gens nigra*, a causa como es obvio de su común aspecto exterior, pero también de las muchas afinidades que saltan a la vista cuando comparo sus diferentes comportamientos.

El verano pasado, alrededor de mediodía, a la hora del aperitivo, que tomaba en la terraza de una pensión modesta en una playa del Mediterráneo, me gustaba seguir con la mirada desde mi perezosa

el vuelo de una gaviota que, todos los días a la misma hora, recorría tres o cuatro veces el perímetro en semicírculo de la bahía, para ir a asentarse después en la misma roca, desde la que organizaba, planeando lento y bajo esta vez, expediciones de pesca por los alrededores. Esas expediciones cortas y casi siempre exitosas eran imprevistas y variadas, impuestas por algún estímulo exterior, la aparición de una presa por ejemplo o algún movimiento o brillo del agua que podía dar esa impresión, y su carácter aleatorio resaltaba todavía más comparado al vuelo circular con el que recorría el perímetro de la bahía, a una altura constante e impulsándose con un aleteo tan regular que daba la impresión, ese aleteo, de ser el motivo principal del vuelo, como si se tratase de un ejercicio deliberado. Parecía una reina recorriendo todos los días sus dominios para verificar, menos con el fin de exhibir su poder que con el de experimentar una exaltación íntima, que

cada uno de los elementos que los constituían seguía estando en su lugar.

Si en esta gran ciudad de Europa occidental en la que vivo (su nombre es secundario) algunos miembros de la *gens nigra* actúan en forma similar, no debemos engañarnos: no se trata para nada de casos idénticos. La *gens nigra* es más complicada; puede ser que la voluntad de poder y el éxtasis como fin en sí la tienen de vez en cuando, pero siempre llegarán hasta ellos por trayectos atormentados.

Vale la pena describir el paisaje que tengo el privilegio de contemplar todos los días desde mi oficina: aunque es considerada como una de las ciudades más hermosas de Europa, por la acumulación justamente de edificios y de conjuntos armoniosos que la componen, conservados de los siglos pasados, y cuya antigüedad puede llegar a veces hasta más allá de la Edad Media, el barrio en el que se encuentra mi oficina, si bien está en

pleno centro, es una isla de líneas rectas, de torres de veinte, treinta y hasta cuarenta pisos, en las que predominan el aluminio, el vidrio, la sucesión interminable de verdaderas y de falsas ventanas, las superficies blancas que enceguecen o están recubiertas de un curioso verde metalizado, todo dispuesto alrededor de una gran estación de ferrocarril (lo que explica la presencia de mi oficina), de un rascacielos administrativo, de un centro comercial, y de un hotel de lujo de treinta pisos. En el límite este, el conjunto que estoy describiendo termina brusco contra una avenida del siglo diecinueve y hacia el oeste, en una plaza amplia y circular, ventosa y desolada, más vieja por su aspecto que los barrios medievales aunque apenas si tiene una década de existencia, y que con sus falsas columnatas integradas a los frentes, sus dinteles dóricos añadidos caprichosamente como pretendidas citas clásicas, muestran la verdadera finalidad de la estética postmoderna, que es

convencer a concejales mareados por la argumentación, de la necesidad de poner dinero en costosas obras públicas, asegurándoles que lo clásico y lo moderno se armonizan lo más bien, para hacerles perder, con esos argumentos, el miedo a las vanguardias supuestamente dogmáticas y turbulentas.

Mi oficina es un punto privilegiado de observación: desde mi ventana puedo ver, del otro lado de la calle ancha, el hotel internacional que, con su torre de treinta pisos de un blanco deslumbrante, aplasta el centro comercial, los restaurantes y los bares que, a la altura de la planta baja, se abren a sus costados a todo lo largo de la cuadra. En ese rascacielos blanco de renombre mundial en el que se alojan temporariamente reyes, estrellas de cine y jugadores de fútbol, grupos de turistas japoneses y grandes industriales, vive aunque parezca mentira una pareja de cuervos, tan renegridos como blanco es el edificio que los

cobija. Me es difícil descubrir en qué lugar exacto del edificio está el nido, pero es en la altura, cerca del techo, donde se los ve más seguido, intensidad negra y en movimiento recortándose allá arriba contra los planos inmóviles y blancos del hotel, tan grandes y tan negros, con su pico amarillo y su vuelo singular, merodeando por las salientes geométricas del rascacielos, y tan perfectos en su género que, más que verdaderos cuervos, parecen esquemas de cuervos, el arquetipo ideal que presidió, antes de la repetición injustificada y demente de individuos más o menos idénticos, durante millones y millones de años, las diversas tentativas de la materia y las variaciones imperceptibles que se produjeron hasta dar con la forma definitiva. (Es evidente que en lo que llaman naturaleza, algún mecanismo empezó a funcionar mal a partir de cierto momento, y ese desperfecto es la única explicación más o menos racional de la sempiterna y superflua repetición de lo idéntico

que practica).

Pues bien: esa pareja de cuervos, instalada a espaldas y casi podríamos decir a costillas de las luminarias mundiales del espectáculo y de los autores de *best-sellers* planetarios, efectúa todas las mañanas, más o menos a la misma hora que, como por casualidad, entre las doce y la una, es la del aperitivo, el mismo vuelo circular de la gaviota, sacudiendo las alas con un ritmo regular y a velocidad constante, abarcando un perímetro bastante amplio que engloba, con exactitud maniática, todo el espacio ocupado por la edificación reciente, monoblocs administrativos, instalaciones y jardines de la estación, parques simétricos, canchas de tenis rojizas y rectangulares, circunferencia postmoderna declamatoria y desolada. El resto de la ciudad, con sus así llamados tesoros arquitectónicos de los siglos evaporados, no parece interesarles. Tal vez los colores claros de la arquitectura reciente son

un estímulo sensorial que, en medio del océano de pizarra y de fachadas grises desplegado a su alrededor, motivan su expedición cotidiana de reconocimiento, o quizás adivinan, por la posición del sol en el cielo que a nosotros, seres horizontales, nos es indiferente, que algo esencial sucede en el universo y ellos, a su modo, con su vuelo solemne, lo celebran. Lo cierto es que rigurosamente puntuales no según el convencional tiempo humano, sino el más férreo del cosmos, los cuervos realizan un par de veces su vuelo circular. Aun cuando su perímetro pudiera explicarse por los estímulos sensoriales específicos de la edificación moderna, queda todavía por explicar la razón de la hora y, sobre todo, la renovación cotidiana de la ceremonia, detalles que no parecen presentar el menor fin utilitario, ya que para alimentarse tienen varios jardines vecinos a su disposición, que no se abstienen de visitar, ruidosa e incluso brutalmente, a cualquier hora del día.

Tales son, entre otros, los comportamientos crípticos de la *gens nigra*, y es obvio que la ciencia ornitológica debe tener para explicarlos una serie de argumentos inconvincentes pero razonables.

Otros miembros de la *gens nigra* no son menos extravagantes: un jardincito de tres por cinco, en el sentido figurado y literal del término, ya que es un espacio rectangular de quince metros cuadrados, enmarcado por un cerco de arbustos bien recortados, con una alfombra de pasto y un círculo de rosales en el centro, recibe varias veces por día la visita de una pareja de mirlos, él de un negro renegrado, ella tirando a marrón. Vienen a comer con una aparente urbanidad burguesa, pero de tanto observarlos me parece haber detectado en ellos una ligera perversión.

Un gato del lugar, color noche cerrada, miembro eminente de la *gens nigra*, sin domicilio fijo, nacido en algún rincón discreto de los

jardines de la estación, viene a darles caza, varias veces por día, pero *únicamente cuando no están*: en ausencia de los mirlos, el micifuz despliega todas las artes, todas las astucias, todas las mímicas y todas las actitudes del felino que rastrea, acecha, y salta por fin, sin error posible, sobre su presa, reptante, cuadrúpeda o alada, hasta que por fin, un poco melancólico por lo superfluo de su representación, con la misma indolencia aparente con la que ha llegado, se retira, no sin evocar esa comprobación corriente entre los teólogos, según la cual cuando el demonio exagera de un modo teatral, para darnos miedo, su propia ferocidad, podemos considerar su conducta como un signo inequívoco de impotencia. Durante semanas realiza una y otra vez su expedición fantasmática, cuando no hay ningún ser viviente en el rectángulo verde. Pero apenas se ha retirado, digamos entre cinco y diez segundos más tarde, la pareja de mirlos, como si no hubiese advertido

nada, salida quién sabe de dónde, aterriza con displicencia y gracia en el pasto desteñido y raleado por el invierno. Ese ir y venir dura desde hace tiempo, pero más allá del aparente aire casual que adoptan los acontecimientos, me parece que, como sucede con cualquier hijo de vecino, para los miembros de la *gens nigra* espacio y tiempo, deseo y objeto, error y esperanza, desdén y crueldad, tienen la misma esencia problemática de todo aquello que, por capricho o indiferencia, nos pierde o nos salva.

Con el desayuno

a Juan Carlos Mondragón

Goldstein tenía 21 años en 1943, cuando lo deportaron a un campo de concentración, por el triple motivo de ser judío, comunista y miembro de la Resistencia. No lo mataron, porque es sabido que los campos nazis eran en principio campos de trabajo, y los alemanes pretendían ganar la guerra gracias al trabajo de los más vigorosos de sus enemigos. A los que no les servían, enfermos, chicos, ancianos, los asesinaban inmediatamente, pero a los más jóvenes los hacían trabajar. En cierto sentido los campos nazis, por la manera en que se había organizado el trabajo de los prisioneros, piensa Goldstein, representan un ejemplo *avant la lettre* de lo que podría llegar a ser la última etapa de la llamada desregulación del

mercado laboral. Por lo tanto, Goldstein está convencido de que fue su condición de mano de obra barata lo que le salvó la vida.

Los nazis estaban a punto de fusilarlo por tentativa de evasión, cuando justo llegaron los aliados (que no encontraron ni un solo soldado alemán en todo el campo), de modo que esta mañana, mientras desayuna en el bar Tobas, en Córdoba y Pueyrredón, tiene setenta y seis años y todavía sigue yendo a la librería, más para distraerse que otra cosa, ya que cinco años atrás le dejó el negocio a sus dos empleados, que le pasan una renta mensual. Su mujer murió hace tres años. Su hija mayor, que tuvo que irse del país con el golpe de estado del 76, se casó con un catalán y se quedó a vivir en Barcelona. La menor, que es psicoanalista, tiene poco tiempo libre los días de semana, así que únicamente ciertas noches y a veces ciertos domingos pueden verse para comer juntos, pero de todos modos, a causa de algunas

diferencias políticas, sus relaciones con ella son un poco más difíciles que con la mayor. Los jueves a la noche tiene una reunión en la Mesa de Derechos humanos, y los viernes, su partida de póker semanal. Es por lo tanto el día, desde la mañana bien temprano cuando se despierta hasta que anochece, lo más difícil de llenar.

Después de la vacilación matinal, ante las interminables horas que se avecinan, el desayuno que, como incluye la lectura del diario, dura un buen rato, es un momento de actividad, sobre todo interior, ya que la memoria y la inteligencia, reverdecidas por las horas de sueño y por la ducha tibia que relaja el cuerpo atenuando los pequeños dolores óseos y musculares que lo tironearán durante el resto del día, se concentran con mayor facilidad y acogen con nitidez imágenes y pensamientos. El desayuno es, desde hace unos doce años más o menos, siempre el mismo: café con leche azucarado, jugo de naranja, dos

medialunas, y un rato más tarde, después de haber leído buena parte del diario, un cafecito solo, concentrado y amargo, y un vaso de agua. La mesa es casi siempre la misma; entrando, a la derecha, la última junto al ventanal que da a Pueyrredón. Cada mañana, al entrar en el local, saluda al dueño que está detrás de la caja y se encamina a su sitio, sentándose en el rincón de cara a la entrada, bajo el televisor apagado.

—¿Siempre apechugando a la matina, don Goldstein? —le dice el mozo catamarqueño, depositando las medialunas y el jugo amarillo sobre la mesa, sin esperar el pedido mientras el dueño, detrás del mostrador, ha empezado a prepararle el café. Media hora más tarde más o menos, bastará una seña casi imperceptible de Goldstein en dirección a la caja para que el cafecito cuidadosamente preparado, acompañado por el vaso de agua, aterrice sobre la mesa. Por ahora, desplegando el diario, le responde al mozo

con jovialidad distraída y con el ligerísimo acento de los viejos judíos aporteñados del Once y de Balvanera.

—Qué querés, Negro, me opio si no en la cama.

El jugo fresco, recién exprimido, ácido y dulce a la vez, le da una pequeña sacudida de optimismo cuando toma el primer trago, lo que podría probar, puesto que el efecto energético de las vitaminas no ha tenido tiempo de actuar todavía, que el placer en sí mismo es un estímulo en la vida. Sopar las medialunas en el café, absorbiéndolo poco a poco, le dificulta la lectura del diario, lo que lo incita a engullirlas rápido, menos por avidez que porque quiere tener las manos libres para poder manipular con más facilidad las grandes hojas de papel impreso que se pliegan y se despliegan, indóciles y ruidosas. Por fin las domina y se concentra en las noticias políticas nacionales e internacionales, en las páginas de economía y en las de cultura, echa

una ojeada a las novedades deportivas y al estado del tiempo, para terminar con las historietas y los programas de televisión. Después vuelve atrás y lee con atención los artículos de fondo de los columnistas, a algunos de los cuales conoce personalmente porque son clientes de la librería, las cartas de los lectores y los editoriales. De tanto en tanto ha ido tomando un trago de café con leche o de jugo, hasta terminarlos, y por último, cuando ya no le quedan más que unos pocos minutos de lectura, hace una seña para que le traigan el cafecito y el vaso de agua.

Esa ceremonia que se repite todas las mañanas desde hace tantos años es en realidad el preámbulo a los minutos de meditación que le suceden. Pero tal vez es una licencia poética llamar a ese estado una meditación, porque una meditación presupone cierta voluntad consciente de pensar sobre temas precisos, y en su caso sólo se trata de mecanismos asociativos autónomos,

casi mecánicos que, todas las mañanas, después del desayuno, se instalan en su interior, y lo ocupan por completo durante un rato. Visto desde fuera, es un anciano apacible y limpio, vestido con sencillez y que, como tantos otros habitantes de la ciudad, toma su desayuno en un café de Buenos Aires. Por dentro, sin embargo, cada mañana, durante unos pocos minutos, a causa de esa asociación inconsciente a cuya repetición puntual ya se ha resignado después de tantos años, se dan cita, en la zona clara de su mente, todas las masacres del siglo. Él las contabiliza y a medida que se producen otras nuevas las va agregando a la lista, de tal manera que cuando las evoca y las enumera, no puede evitar que le vengan a la memoria los versos de Dante:

*...venía si lunga tratta
di gente, ch'i' non averei credutto
que morte tanta n'avesse disfatta.*

Tal cantidad de gente, que nunca hubiese creído que la muerte deshiciera a tantos: y de esa muchedumbre de fantasmas, estaban excluidos los que habían muerto en los campos de batalla, o por accidente, o de enfermedad, o se habían suicidado, o incluso habían sido ejecutados por los crímenes que habían cometido. No: contabilizaba únicamente todos aquellos que habían sido exterminados no por su peligrosidad, real o imaginaria, sino porque, por alguna razón que ellos solos consideraban legítima, sus asesinos decidieron que no debían vivir: los armenios para los turcos por ejemplo (1.300.000), o los judíos (6.000.000), los gitanos (600.000) y los enfermos mentales (cifra desconocida) para los nazis. En Rwanda, los tutsis (800.000) para los hutus. Para los norteamericanos, los habitantes de Hiroshima y Nagasaki (300.000), los opositores de Suharto en Indonesia (500.000) o los irakíes durante la guerra del Golfo (170.000). Para Stalin, que percibía la

totalidad de lo Exterior como una amenaza, varios millones de los espectros que, según en él, lo acechaban en ella. Y después esas masacres locales, en las que, en una tarde, en una semana, varias decenas, o centenas o miles de personas morían en manos de sus verdugos quienes, por razones inexplicables, en los que ningún interés razonable entraba en juego, no los toleraban en este mundo: indios, negros, bosnios, serbios, cristianos, musulmanes, viejos, mujeres (un asesino en serie había matado cerca de sesenta en Estados Unidos, todas rubias, de cierto peso, cierta silueta, cierto peinado, entre veinte y treinta años de edad). Bien mirado, todos eran crímenes en serie, puesto que las víctimas siempre tenían algo en común para los asesinos, y era por eso que las mataban: para los turcos, los armenios eran todos armenios y sólo armenios, y sólo porque eran armenios los exterminaban, del mismo modo que el asesino en serie norteamericano mataba

rubias y únicamente rubias, y únicamente porque eran rubias las mataba.

Aunque se definía a sí mismo como ateo y materialista, y se jactaba con frecuencia de serlo, Goldstein pensaba también que los dioses no salían indemnes de ese carnaval que desfilaba en su mente todas las mañanas, con el desayuno, y en la mayoría de los casos, ya sea que sus fieles estuviesen en el campo de las víctimas o de los verdugos, que muchas veces cambiaban de papel según las circunstancias, los dioses sufrían los efectos perversos de esa carnicería. Muchos desaparecían o, con los cambios de sus adoradores, cambiaban de signo, perdiendo su identidad o sus atributos más importantes, y otros revelaban aspectos ocultos en los que hasta ese momento nadie había reparado. Era probable que muchas veces hayan huido aterrados, lo que hubiese sido casi deseable, porque la indiferencia con la que abandonaban sus creyentes a la

crueldad de sus verdugos, era a decir verdad abominable. En otros casos, cuando los asesinos los invocaban como pretexto para sus masacres, o bien los tergiversaban o bien los desenmascaraban: no había otra explicación posible. Por otra parte, con cada serie que desaparecía —tal tribu del Matto Grosso por ejemplo, en manos de los grandes propietarios—, montones de dioses, que habían concebido, engendrado y organizado el universo para ofrecérselo como regalo a los hombres, se borraban para siempre con el universo que habían creado y con las criaturas que lo habitaban. Y si los sobrevivientes, después de lo que le había sucedido a la inmensa mayoría de la serie a la que pertenecían, seguían adorando a los dioses que habían permitido que tales cosas sucedieran, no solamente profanaban la memoria de los que habían desaparecido, sino que se ridiculizaban y, por esa misma razón, también volvían ridículos a

sus dioses.

«¡Que no haya eternidad, y si hay, que no haya, al menos, en ella, asociaciones!», empezó a repetirse en secreto Goldstein, en los primeros meses en los que esa asociación inconsciente y autónoma, cuya causa precisa (el primer término de la asociación) no podía descubrir, se apoderaba de él todas las mañanas, con el desayuno, y no lo abandonaba hasta que salía a la calle y, mezclándose al tumulto del presente, se dejaba envolver por el rumor de las cosas. La asociación mental como infierno: para Goldstein, en esos primeros meses, esa expresión hubiese debido ser el título de un imprescindible tratado. Los cálculos más absurdos agitaban sus pensamientos, y consideraba todos esos crímenes no desde el punto de vista de la compasión o de la ética, si no en cuanto a la cantidad de víctimas en relación con la extensión en el tiempo de las masacres, como si se tratara de un problema de álgebra. Pero tantos

meses, tantos años, duró esa posesión obstinada, ese odioso teatro matinal, que se fue acostumbrando a su presencia, hasta gastar la angustia que la acompañaba, y una buena mañana terminó por comprender, resignado: «el primer término de la asociación es mi vida». A la angustia de los primeros tiempos, la suplantó una impresión extraña, que persiste todavía y cierra el episodio cada mañana: la increíble sensación de estar vivo, ante el interminable desfile de fantasmas. El hecho le parece improbable, ficticio, fragilísimo, y su precariedad misma hace bailar, durante una fracción de segundo, al universo entero en el filo del abismo.

Los dos años que pasó en el campo de concentración, si bien fueron en su momento una intolerable pesadilla, al poco tiempo de salir, Goldstein, aunque parezca mentira, empezó a considerarlos como un azar favorable en su vida. Su argumento es el siguiente: a los 21 años, tenía

una visión demasiado optimista del mundo. Si al final de la guerra se hubiese encontrado sin esa experiencia, sus prejuicios optimistas hubiesen seguido distorsionando su percepción de la realidad. El crimen, la tortura, las masacres, definían mejor a la especie humana que el arte, la ciencia, las instituciones. Ante sus interlocutores perplejos, Goldstein (que algunos consideraban un poco excéntrico en sus opiniones, por no decir ligeramente chiflado) afirmaba que, en tanto que hombre, su cuerpo y su mente habían sufrido en el campo de concentración pero que, en tanto que pensador, esos dos años representaban para él su diploma «con felicitaciones del jurado» en antropología.

Cuando termina el café y pliega el diario, Goldstein deja sobre la mesa dinero suficiente para el desayuno y la propina, y lanzando un «¡Hasta mañana!» afable y general, sale al sol de la esquina y al estruendo de las dos avenidas que

se cruzan: para los clientes de paso, que lo observan con curiosidad fugaz, es un viejo limpio y jovial, bien conservado a pesar de los años, representando probablemente menos de los que tiene, y a quien a juzgar por su aire enérgico y satisfecho, no parece haberle ido tan mal en la vida.

Nochero

El hombre, de unos treinta años, se ha detenido hace un momento ante la vidriera de la confitería: parece absorto en la contemplación de las golosinas, acomodadas con meticulosidad para hacer resaltar cierta combinación de gustos, formas y colores. Los bombones, alineados sobre bandejas plateadas, envueltos en papel metálico verde, azul, colorado, según el relleno tal vez, o si no sin envoltorio ninguno, ocupan, en profusión ordenada, el centro de la vidriera; masas cuidadosamente colocadas dentro de unas bandejitas de papel blanco, duro y acanalado, cuyos bordes, terminados en una especie de puntilla gruesa que recuerda vagamente una prenda interior femenina, escoltan, alineadas alrededor, el centro ocupado por los bombones. El hombre fuma: la mano izquierda, metida en el bolsillo del

sobretudo de cuero rígido y brillante, que parece recién comprado, roza, sin que el hombre sea consciente de ello, los dos o tres billetes plegados unos dentro de los otros en el fondo del bolsillo.

En realidad, los ojos del hombre no miran las golosinas de la vidriera, sino el perfil de la nena que está casi pegado al vidrio. La nena, que por alguna razón se ha demorado a la salida de la escuela, ya que el delantal blanco se le divisa por debajo del ruedo del tapadito y lleva un portafolios de tela en la mano, tiene nueve o diez años y su mirada recorre, más como si estuviese haciendo un inventario imparcial que con verdadera avidez, el orden rococó que se despliega ante ella, detrás del vidrio. En la cara del hombre, limpia y bien afeitada, comienza a dibujarse una sonrisa imprecisa, un poco torpe, y se ve bien que está preparándola con anticipación para cuando la nena se dé vuelta, o tal vez piensa recorrer, de un momento a otro, sobre la vereda

gris, los pocos pasos que lo separan de ella con el fin de dirigirle la palabra. La gente pasa, apurada, en el anochecer helado, por la vereda y por la calle, cerrada al tránsito todavía, sin prestar la más mínima atención a la escena discreta que transcurre junto a la vidriera de la confitería. Hace demasiado frío; el día nublado se hunde ya en la noche sin estrellas, y dentro de pocos minutos los negocios empezarán a cerrar, de tal manera que las escasas personas que se han visto obligadas a salir a la calle se apresuran con el fin de llegar lo antes posible a sus casas para comer algo rápido antes de que empiecen los primeros programas nocturnos en la televisión.

Únicamente el Gato presta atención a la escena: sentado a una mesa junto a la vidriera del bar Gran Doria, en la vereda de enfrente, sin que nada en su expresión o en sus gestos traicione su interés, el Gato observa lo que está pasando junto a la confitería mientras su mano, distraída, hace

girar sobre la mesa el vaso de aperitivo rojizo del que ya se ha tomado más de la mitad. Un cigarrillo a medio consumir humea en la muesca del cenicero amarillo, triangular, en cada una de cuyas caras exteriores está incrita la publicidad del vermouth Cinzano. El Gato lo recoge y le da una pitada profunda antes de aplastarlo en el cenicero, y a través del humo que sale en chorros espesos por sus labios entreabiertos, ve ahora que el hombre recorre la distancia que lo separaba de la nena y le dirige la palabra. Casi en seguida, el hombre señala con la mano la vidriera y la nena, sin dejar de sonreír, sacude la cabeza. Pero el hombre insiste, y después de una resistencia blanda y no demasiado larga de la nena, el Gato los ve entrar en la confitería y dirigirse a una empleada de guardapolvo blanco que comienza a sacar bombones de la vidriera y a meterlos en una caja. En todo el campo visual del Gato, la confitería es el punto más iluminado: todo en su interior es

nítido, brillante, ordenado, pulido, y verlo a través de los dos vidrios lo vuelve irreal, visible pero incorpóreo, quizás como un decorado teatral o como un sueño, o, mejor aún, como un espejismo. Ahora que han salido de nuevo a la vereda y se han vuelto a parar, de espaldas a la vidriera esta vez, el Gato, con la imparcialidad esterilizada de un jefe de laboratorio observando el comportamiento de dos ratas en el interior de un laberinto transparente, se pregunta cuál será el próximo paso que habrán de dar. No ha terminado de formularse la pregunta que ya la acción empieza a materializarse: el hombre de sobretodo de cuero, que llevaba la caja de bombones, la extiende hacia la nena que, después de vacilar unos segundos, con la misma blandura un poco avergonzada con que ha recibido la primera invitación, termina por aceptarla. El hombre le dice algunas frases discretas, rígido, sin inclinarse hacia ella, tratando de no llamar la atención, y después empiezan a

caminar, lentos, el hombre ligeramente vuelto hacia la nena, como si la vigilara para impedirle arrepentirse, con su solo mirar férreo clavado en el perfil diminuto y en apariencia indiferente de la nena. Se desplazan contra el fondo iluminado de la confitería y el Gato, que los observa desde el Gran Doria, los sigue con la mirada hasta que desaparecen de su campo visual. Durante un momento, queda la vereda vacía, y si bien nadie pasa por la calle, detrás de las vidrieras iluminadas de la confitería, en el local iluminado, se inmovilizan las empleadas de guardapolvo blanco que, en la luz intensa que las favorece, parecen frescas y sanas aunque un poco fantasmales.

Después de darle la última pitada al cigarrillo y aplastarlo en el fondo del cenicero, el Gato se ha inmovilizado, siguiendo a la distancia los acontecimientos sin ningún sobresalto o emoción. Como si hubiese sido una máquina cuyo

funcionamiento se limitase a percibir y a comprender, ha registrado la escena con una claridad semejante a la del interior de la confitería, en la que, si bien hay un elemento remoto y fantasmal, nada interfiere el brillo, el orden y la transparencia. Ahora que se lleva el vaso de aperitivo rojizo a los labios y se toma un largo trago, su cuerpo, como si fuese de acero macizo por dentro, no manda ningún latido, ninguna palpitación, ninguna señal. Cuando ve reaparecer al hombre de sobretodo de cuero, en dirección contraria a la que llevaba al alejarse con la nena, marchando a paso rápido por la vereda de la confitería y desaparecer otra vez doblando la esquina sin darse vuelta, y uno o dos minutos más tarde a la nena en compañía de una mujer que visiblemente es su madre y que, entrando en la confitería, empieza a interrogar con vehemencia a las empleadas, el Gato se desentiende de la acción. Aunque, tal como se ha producido, el final

no estaba previsto, mientras vacía de un trago su vaso, el Gato ya ni recuerda los minutos que acaban de transcurrir: es un hombre rubio, de unos treinta años, que está sentado a la mesa de un bar en un anochecer de invierno y que, habiendo terminado de un solo trago su aperitivo, empieza a levantarse con la intención de ponerse el sobretodo de cuero plegado sobre el respaldo de la silla, antes de salir a la calle porque, en algún barrio oscuro, en un punto alejado de la ciudad, unos amigos lo esperan para la cena.

Deseos múltiples

En nuestro país, antes de la caída del dictador, se le atribuían todos los males del mundo a él y a su familia; después, fue fácil comprender que, en el tren de desgracias que viene arrollándonos desde hace siglos, la familia y la camarilla del dictador eran únicamente una plaga suplementaria. Antes de su llegada las cosas no iban mucho mejor, y mis compatriotas suelen atribuir esa persistencia de lo adverso a los componentes dispares de nuestra nacionalidad, tracios, dacios, romanos, judíos, eslavos, teutones, turcos, etcétera. A un habitante de esta región le cuesta siempre decidirse a aceptar como predominante uno de esos rasgos, y el único que llegó a elegir algo unívoco, el conde monomaniaco de Transilvania, tan inexplicablemente célebre en el mundo entero, debió resignarse, para expiar su

deseo original, repetitivo y excluyente, a llevar una existencia de cadáver. Estas reflexiones me ha inspirado el caso de un paciente del que vengo ocupándome desde hace algún tiempo.

Pero mejor me presento: soy la doctora Sofia Irinescu, psiquiatra, profesión que a muchos les parecerá sospechosa si agrego que hice una buena parte de mi carrera en los hospitales, en una época en la que encerrar a mucha gente en el psiquiátrico era una manera de aplicar, contra quienes emitían críticas razonables sobre el régimen, el odioso argumento *ad hominem*. El gran Conducator estaba tan convencido de su infalibilidad que, según él, únicamente a un enfermo mental se le hubiese ocurrido objetarla. Debe reconocerse sin embargo que también terminó siendo víctima de una confusión lógica, por no decir de un sofisma, de acuerdo con esa distinción de Aristóteles según la cual ciertos argumentos son verdaderos y otros únicamente lo parecen: los jueces del Conducator,

que eran en su mayor parte sus ex colaboradores, le hicieron creer a la opinión pública que, del hecho de mostrar por televisión el juicio sumario y la inmediata ejecución capital del dictador y de su esposa, debía inferirse la legalidad y la justicia de esos actos. Estas reflexiones generales por parte de un psiquiatra pueden parecer superfluas, pero quiero mostrar con ellas que mi vida profesional, ya que la íntima no viene al caso, transcurrió bajo regímenes políticos muy diferentes, de modo que más de una vez las circunstancias me llevaron a preguntarme si los trastornos mentales poseen una estructura propia, invariable e indiferente a lo exterior, o si sus manifestaciones cambian con los cambios de gobierno. ¡Cuántos colegas, al leer las frases que preceden, pondrán indignados el grito en el cielo!

Los ejemplos que me dispongo a exponer son sin embargo de lo más sugestivos. Durante la dictadura, muchos de mis pacientes presentaban

síntomas inequívocos de apatía. Poco a poco los iba agostando, hasta volverlos casi inexistentes, durante años, el desgano. Todo objetivo les parecía, más que inalcanzable, inútil o superfluo. Al principio atribuían esa incapacidad de acción a algún gusano misterioso que los iba royendo desde dentro, pero cuando el mal, por decirlo de algún modo, maduraba en ellos, creían encontrar la causa no en su propio ser, sino objetiva y general, ineluctable, en el mundo. El esfuerzo que cuesta siempre la satisfacción de algún deseo, el mundo, según ellos una pobre chafalonía sin brillo, no se lo merecía. Como consecuencia, la fábrica de apetitos en su interior se había detenido, transformándose en una ruina recóndita, herrumbrosa y polvorienta. Más aún, como hasta para sondearse a sí mismo hace falta el estímulo de algún deseo, ocupados como estaban en deplorar la nada gris del exterior, ya ni siquiera se asomaban hacia adentro, olvidando hasta la

existencia misma de esa fragua escondida entre las cenizas.

Como eran escasos los días en que un paciente de esa clase no se presentara en el hospital y como, si bien es cierto que a veces los disturbios mentales pueden ser contagiosos, los fundamentos de la doctrina que practico me prohíben atribuir esa abundancia a una epidemia, mis investigaciones se orientaron hacia otras causas posibles, y al cabo de cierto tiempo me pareció vislumbrar una solución que, desde luego, menos por temor de una repercusión política que por el de desacreditarme ante ciertos colegas, me abstuve de comentar en público: en nuestro país, regido por planes quinquenales y por campañas masivas de propaganda y de movilización, era por aquel entonces el gobierno el que administraba los deseos de sus habitantes. Los proyectos colectivos volvían innecesarios los individuales. El desarrollo de la petroquímica, el rendimiento

agrícola, la revolución cultural, debían imantar la personalidad entera de los individuos, orientando todas sus energías y sus esperanzas en ese sentido. Un hecho significativo es que el Partido y el gobierno suprimieron en las universidades la carrera de psicología, y restringieron severamente en todo el territorio de la nación el uso de la máquina de escribir. Parece evidente que, a fuerza de proponer planes comunes, el gobierno terminó por convencer a una buena parte de los ciudadanos de que los proyectos personales eran innecesarios, lo que originaba en ellos ese intenso desapego de sí mismos y del mundo que los inducía, al cabo de cierto tiempo de inmovilidad a requerir, como última carta, mis servicios.

Fue el caso de un joven que la familia me trajo una mañana. Aunque estábamos en la misma pieza, él parecía ausente, como si habitara un lugar remoto y gris, enterrado vivo bajo los pliegues rocosos de su apatía. Como tantos otros que había

examinado durante años, refractarios a los tratamientos químicos, a las exhortaciones morales, a los discursos vitalistas, su caso me pareció a primera vista sin salida, y fue con cierto asombro que al cabo de algunos meses de visitas infructuosas, empecé a notar en él cierta mejoría. Varios colegas me informaron de que les sucedía lo mismo a muchos de sus pacientes, y como en todos ellos la indiferencia universal incluía también, lo que resulta obvio, la indiferencia política, al principio no se me ocurrió relacionar la mejoría con el hecho patente de que el país estaba viviendo las últimas semanas de planificación voluntarista que le venía imponiendo desde hacía décadas el optimismo táctico del Conducator. Otra cosa que impedía establecer una relación causal entre los dos hechos era que el joven, a pesar de su evolución positiva que lo llevó en pocas semanas a un restablecimiento completo, era impermeable a lo que sucedía a su

alrededor. Se mostraba dispuesto según sus propias palabras, las de un discurso breve aunque un poco exaltado que pronunció el día que lo dimos de alta, a vivir plenamente su vida, pero resultaba claro que lo que ocurría a su alrededor, el derrumbamiento de algunas estatuas y la erección de otras que vinieron a ocupar el lugar de las primeras, no le interesaba para nada. Desde la ventana de mi consultorio, lo vi alejarse con paso firme, lleno de proyectos, eufórico y decidido, por las veredas arboladas del hospital. Un año más tarde, la familia lo volvió a traer.

Eran tiempos difíciles para la medicina pública. Al exceso de gobierno del pasado lo suplantó un desorden comprensible. La unidad ilusoria de la patria, predicada hasta la náusea por la propaganda del régimen depuesto, se descompuso en la variedad hormigueante de sus componentes. Los individuos eran los mismos, pero tal vez no era únicamente el oportunismo lo

que los hacía adoptar posiciones que estaban en total contradicción con las que habían sostenido unos meses antes. La masa omnipresente del partido único se fragmentó en una infinidad de grupúsculos que reivindicaban hasta los más contingentes particularismos, y eso hacía que resultara difícil formar un gobierno estable cuyas autoridades expresaran en todos sus matices las apetencias del público. Mi reputación profesional no varió de un régimen al otro porque, a diferencia de muchos colegas que fueron destituidos o trasladados a oscuros hospitales de provincia, fui no solamente confirmada en mi puesto, sino incluso ascendida a las esferas dirigentes del hospital: tal vez el ejercicio imparcial y desinteresado de la ciencia y del arte sea en nuestra época la única forma de probidad política.

Mi paciente me había preparado una sorpresa. Desde hacía dos o tres meses, la misma imposibilidad de actuar de los tiempos pasados

había vuelto a apoderarse de él. Pero esta vez, me explicó un miembro de la familia ante la indiferencia vagamente doliente del muchacho, no era la ausencia de deseo lo que lo inmovilizaba, sino su abundancia. Mil imágenes, mil esperanzas, mil proyectos, se presentaban a la vez, hirviendo en su interior, y un huracán parecía soplar sobre la fragua del deseo, avivándola más y más, transformándola en un incendio creciente y continuo del que le resultaba imposible dominar la violencia de las llamas. Al principio, una agitación permanente lo llevaba de un lado a otro, y antes de haber satisfecho algún deseo, ya había un segundo, un tercero, un cuarto que se manifestaba, y entonces ninguna satisfacción llegaba a su término, lo cual era motivo de una ansiedad constante. A veces sus deseos podían ser, si no idénticos unos a otros, por lo menos afines, pero la mayor parte del tiempo eran contradictorios y, o bien daban lugar a conflictos

dolorosos o bien, lo que terminó siendo peor, se anulaban mutuamente. El paciente era como un campo de batalla que sus deseos, que por ser tantos y tan dispares parecían ajenos, recios, se disputaban. Crecían y morían imprevisibles y efímeros, como hongos venenosos, o aparecían de pronto, viniendo desde la oscuridad ubicua y sin fondo que parece engendrarlos, siempre perseguidos por la jauría de los de su misma especie en la que cada uno de los miembros quería devorarlos, o se desprendían de la hoguera que se había avivado, súbita, en su interior, como chispas que brillaban una fracción de segundo en la negrura y de inmediato se desvanecían otra vez en ella. La agitación del principio, según el familiar, se había ido calmando, y al cabo de cierto tiempo lo venció el desapego de antes y adoptó el mismo aspecto exterior de la época en que me lo habían traído por primera vez, cuando todo deseo lo había abandonado: derrumbado en una silla, se pasaba el

día entero inmóvil, mirando por la ventana, sin hablar, resignándose a cumplir en forma mínima con el ritual cotidiano —higiene, convivencia, alimento y sueño a horas más o menos fijas— para volver después a su inmovilidad que, pensaba el familiar no sin cierta pertinencia, en el fondo no era más que aparente, porque en su interior debían seguir bullendo los deseos, o atravesando ardientes la oscuridad con un chisporroteo incesante, igual que el cielo negro de verano las estrellas fugaces, es decir semejantes a una luz atrayente y viva que es imposible poseer porque cuando alzamos la mano para atraparla ya se ha desvanecido. Lo cierto es que esa multiplicidad de apetitos, tal como había sucedido durante la ausencia de ellos, lo arrumbaba en la inacción con un peso todavía más inhumano, y lo había hecho declinar, de manera evidente, del entusiasmo a la apatía. El familiar, perplejo, me confesó que él ya no entendía más nada.

Me abstuve de explicarle.

De un fin de semana

En una ciudad del Middle West, en América del Norte (Estados Unidos), la policía descubrió, un lunes a la mañana, los cadáveres de un matrimonio joven en una casa burguesa del barrio residencial. Los miembros de la Brigada de Homicidios, con la ayuda de los «supergenios del laboratorio», como solían llamarlos en su jerga intralaboral, no tardaron en reconstituir los hechos: la esposa había ido a pasar el fin de semana a la casa de sus padres, a unos cien kilómetros al norte de la ciudad, y al volver el domingo a la noche, sin darle ni siquiera tiempo de descargar el auto, el marido le infligió diecinueve puñaladas con un cuchillo de cocina, y después subió a ahorcarse en el desván. Pero si los indicios eran elocuentes el motivo, en cambio, parecía inexplicable.

Amigos, parientes, compañeros de trabajo y vecinos, horrorizados por la tragedia, coincidían con energía en un único punto: casados desde hacía siete años, los esposos se llevaban muy bien, y mucho más aún, seguían tan enamorados como el día en que se habían conocido. Representaban para todos la pareja modelo. Habían franqueado no hacía mucho la treintena y eran hermosos, inteligentes y, desde un punto de vista profesional, estaban en pleno ascenso: ella dirigía una agencia bancaria relativamente importante, y él era ejecutivo en una empresa de computadoras. Si no habían tenido hijos hasta ese momento, era porque habían querido obtener primero cierta independencia económica y profesional pero, justamente (dos o tres amigas íntimas de la mujer lo sabían), desde hacía un par de meses habían decidido por fin tenerlos, y la esposa había abandonado los anticonceptivos. Les gustaban los viajes, el deporte, los productos de marca, la

buena mesa. Eran rubios, sanos, esbeltos, amantes de la música, clásica y popular. Esa imagen paradigmática de felicidad inculcó a los que los conocían y los apreciaban la tesis del doble asesinato, pero las conclusiones de «los supergenios del laboratorio» fueron inapelables: con un cuchillo de cocina, el marido había como se dice cosido a puñaladas a su mujer, y después había subido al desván poco menos que corriendo para colgarse de un travesaño. Pero aunque los hechos eran claros seguían faltando, como mascullaba el inspector Queen, que estaba a cargo de la pesquisa, «las putas razones».

Cuando el médico forense y los diferentes expertos en indicios materiales redactaron sus conclusiones, el inspector consultó a tres psiquiatras que después de estudiar el caso en detalle, sacaron por separado la misma conclusión, expresada en términos tan idénticos que Queen llegó a preguntarse si los psiquiatras,

de los que cada uno ignoraba que los otros dos habían sido consultados, no se habían puesto de acuerdo a sus espaldas. Pero no había ocurrido nada de eso: los tres dictaminaron un caso de demencia repentina, motivada según ellos por el hecho de que, al encontrarse solo durante un fin de semana, el marido, habituado al apoyo emocional de su mujer, había perdido de golpe el sentido de la realidad, y con él las referencias identificatorias, sociales, afectivas, morales, etcétera. Ese fenómeno psíquico era según los psiquiatras más frecuente de lo que la gente se imaginaba. El hombre no había matado a su mujer ni se había ahorcado a sí mismo, simplemente porque las nociones de «matar», «mujer», «sí mismo», habían sido barridas de sus representaciones, dejando al desaparecer del lugar que ocupaban una especie de agujero blanco y árido, igual que un pozo de cal viva. Una coincidencia tan asombrosa en los tres informes

convenció de inmediato al inspector de que «las putas razones» eran justamente que no las había, de modo que un mes más tarde el caso estaba archivado.

Ahora que policías, psiquiatras y hasta amigos y parientes se han olvidado de lo ocurrido, se podría tal vez tratar de explicar cómo ocurrieron los hechos. En realidad, varias coincidencias asombrosas originaron el drama. Cuando la esposa se fue, el viernes a la noche, el marido se quedó tranquilamente en su casa, esperando que su mujer lo llamara para asegurarlo de que había llegado sin problemas a lo de sus padres, porque los viernes a la noche hay demasiados autos en la ruta, y los accidentes son por desgracia demasiado frecuentes. El marido se sirvió un bourbon (tomaba con moderación) y se instaló frente al televisor a mirar la retransmisión de un partido de béisbol. Cuando la mujer lo llamó, se fue a la cama y, recogiendo de sobre la mesa de luz un

libro voluminoso que arrastraba desde hacía meses y que eran las memorias de un ex presidente, de las que no sabía bien si le interesaban o lo aburrían, leyó un rato hasta que se durmió. Tuvo un sueño confuso y atravesado de sobresaltos sensuales, del que se olvidó por completo al despertarse a la mañana siguiente. Antes del desayuno corrió una hora y trabajó un poco, tomando algunas notas para la reunión de los lunes por la mañana con los otros ejecutivos de la empresa. A la hora del almuerzo llamó a la casa de los suegros para hablar con su mujer, de modo que los suegros confirmaron a la policía que hasta ese momento todo parecía normal. Para la policía el misterio empezaba a partir del sábado a la tarde, y fue imposible reconstituir las actividades del marido desde el mediodía del sábado hasta el momento del crimen, el domingo por la noche.

Aunque parezca increíble, las cosas sucedieron de la siguiente manera: como

consecuencia del sueño olvidado, el marido, al atardecer, empezó a sentir una ligera excitación sexual. A la noche fue a comer solo a un restaurant francés del centro que acababan de inaugurar, y al que iba por primera vez, donde no lo conocían, y como fue sin reservar y pagó en efectivo, y no se encontró con ningún conocido, no dejó ninguna huella de su paso. A la salida, como la excitación aumentaba, decidió, con una sonrisita interior condescendiente para consigo mismo, ir a los barrios turbios en busca de algún estímulo suplementario. Iba sin proyecto definido, porque las relaciones con su mujer lo satisfacían plenamente, o por lo menos así lo creía, de modo que había no poca ironía y gratuidad en su comportamiento, que justificaba diciéndose que estaba yendo de un modo vago a la pesca de *otra cosa*, sin saber con exactitud qué. Indiferente a las prostitutas que lo llamaban, aterrizó por fin en un *sex shop* y, después de pasear un rato entre las

estanterías y los mostradores abarrotados de objetos, de cassettes, de libros y de revistas, sacó al azar un viejo video que estaba en una canasta de saldos y se lo llevó a su casa para verlo con tranquilidad desde la cama. Tenía también la intención, para que se divirtieran un poco, de mostrárselo a su mujer la noche siguiente, cuando ella volviese de lo de sus padres. De modo que cuando llegó a su casa se lavó los dientes, tomó un gran vaso de agua fresca y se metió en la cama a mirar el cassette.

Ahí fue donde se pusieron de manifiesto todas esas coincidencias asombrosas. Unos meses antes de conocerlo, su mujer había pasado una temporada en Los Angeles, buscando trabajo para terminar de pagar sus estudios, sin mucho resultado. Cuando las cosas se volvieron demasiado difíciles, una amiga la convenció de trabajar como *call-girl*, con clientes de mucho dinero que buscaban acompañantes hermosas,

jóvenes, y con lo que ellos consideraban que era cierta cultura, para fines de semana en hoteles de lujo en Las Vegas, en Nueva York, e incluso en Méjico City. Uno de sus clientes, que era productor de películas pornográficas, le propuso actuar en una, asegurándole que sus películas eran para distribución exclusiva en Extremo Oriente, y prometiéndole que jamás sería exhibida en Estados Unidos. Como le proponían una suma importante, la muchacha aceptó y el productor cumplió su promesa, pero, unos años más tarde, un negociante tailandés, que compraba por kilo los saldos de los negocios en quiebra, exportó una partida a los Estados Unidos. Entre los seis mil cassettes que mandó, había un solo ejemplar, que alguien había puesto en un cajón equivocado, del film en el que intervenía la muchacha, y ese ejemplar fue el que, pescándolo a ciegas del canasto, compró el marido la noche del sábado. Hay que aclarar que, después de actuar en ese

único film, la mujer se retiró de su oficio de *call-girl*, y, al mismo tiempo que terminaba sus estudios comerciales, consiguió empleo en un banco.

Echado en la cama, con su vaso de agua fresca en una mano, el comando a distancia en la otra y una sonrisa irónica en los labios, alrededor de medianoche, el hombre empezó a mirar el film. A los pocos minutos ya había encontrado, como había estado diciéndoselo irónicamente a sí mismo unas horas antes, «otra cosa». Durante toda la noche pasó y repasó el cassette, viendo a su mujer en compañía de otras mujeres, de un hombre, de varios hombres. Todavía despierto al alba miró infinidad de veces las mismas imágenes hasta que, exhausto de incredulidad, de sufrimiento y de asco, terminó por dormir un par de horas. A eso de las diez de la mañana tiró el cassette al tarro de la basura y, empujado por la costumbre, cumplió con media hora de gimnasia energética y abstraída. Se

dio una ducha y fue a almorzar a un Mac Donald's un big mac, una porción de papas fritas y dos coca colas. A la tarde se entretuvo mirando por el cable la difusión diferida de la semifinal de Wimbledon. A las seis y media afiló el cuchillo grande de la cocina y preparó el nudo corredizo con el que pensaba ahorcarse. A las nueve y diez, cuando oyó que su mujer estacionaba el coche en la entrada del garage, sabiendo que como de costumbre entraría por el patio trasero, fue a esperarla a la cocina y cuando ella estuvo dentro, en silencio, sin darle ni pedirle explicaciones, la mató a puñaladas. Después subió las escaleras casi corriendo y se colgó, no sin trabajo, de un travesaño en el desván. Esa misma noche los basureros se llevaron el cassette que, debemos repetirlo, era el único ejemplar que había vuelto a los Estados Unidos y, sin siquiera sospechar su existencia, lo hicieron desaparecer para siempre de la faz de la tierra.

La olvidada

a Jean-Luc Pidoux-Payot

No se asusten: esta vez la historia termina bien. En lo que a mí respecta, fui testigo ocular únicamente a partir del clímax. Por una de esas casualidades unas horas más tarde también presencié, en un bar a orillas del mar, dichoso, el desenlace.

Yo había bajado del Talgo Montpellier-Valencia, a eso de las seis de una tarde caliente de verano, y estaba esperando en la vereda de la estación a unos amigos que tenían que pasarme a buscar en auto para ir a un pueblito de la Costa Brava, cuando unas voces rugosas de catalanes que discutían en español me hizo volver la cabeza. La violencia desesperada del tono me turbó, y la agitación del grupo que discutía, más parecida al

pánico que a la amenaza, me indujo a acercarme con discreción para tratar de entender lo que pasaba. Tan concentrados estaban en el debate, que ni siquiera se enteraron de mi presencia. (Mi objetivo en la vida es pasar desapercibido en tanto que individuo, puesto que soy editor de obras clásicas de filosofía, que otros han escrito, o traducido, o anotado, y que yo me limito, en el más riguroso anonimato, a sacar a luz en la ciudad de Lausana).

Eran cuatro personas: un adolescente, una pareja de ancianos, y un señor de edad indefinida que parecía estar tratando de calmar los ánimos, y que debía ser sin duda un empleado de la estación. La mujer se limitaba a lloriquear y a retorcer entre sus dedos atormentados por la artrosis un pañuelito blanco con el que de tanto en tanto se secaba las lágrimas. Enseguida comprendí que los viejos eran los abuelos del adolescente.

Es imposible imaginar un contraste mayor en el

aspecto del abuelo y del nieto, que eran los que discutían con aspereza. El viejo limpio, calvo y bronceado, llevaba una camisa impecable, gris perla y de mangas cortas y unos pantalones de verano recién planchados, mostrando una vez más esa sencillez en el vestir tan agradable que suelen practicar los españoles. El adolescente, en cambio, tenía puesto encima o arrastraba consigo todo lo que la moda mundial destinada a estimular el consumo en esa etapa de su vida lo inducía a comprar, a causa de uno de esos imperativos universales que no se sabe bien quién los dicta, y que reducen a los miembros de la especie humana al papel de meros compradores ya desde cuando están en el vientre de sus madres: no bien se han instalado en el óvulo que ya hay alguien que, descubriéndoles una supuesta necesidad, tiene algo para venderles. A pesar del despojamiento del anciano y de la abundancia barroca de su nieto (gorra americana con la visera al revés, en plano

inclinado sobre la nuca, remera blanca con leyendas en inglés bajo una camisa abierta y demasiado amplia, color *kaki*, pantalones que caían en acordeón sobre unas espesas zapatillas deportivas de suela de goma, su walkman cuyo casco pendía alrededor del cuello, sus numerosas pulseras y collares y su cinturón ancho con compartimentos diferentes para guardar dinero, llaves, documentos, pasajes, cigarrillos, etcétera) y a pesar también del antagonismo obstinado que los oponía en la discusión que iba haciéndose cada vez más exaltada y violenta, un innegable parecido físico, no exento de comicidad, con las variantes propias de la edad de cada uno, delataba su parentesco.

En pocas palabras, el problema era el siguiente: el chico, que debía tener unos quince o dieciséis años, y que venía desde Francia a pasar las vacaciones en lo de sus abuelos, se había olvidado a la hermanita dormida en el tren. Así

como suena: se había olvidado en el tren a una nena de cinco años, la hermanita que, diez años después de su nacimiento y de su reinado absoluto de hijo único, sus padres, por accidente o con premeditación, habían decidido traer al mundo. La criatura gordinflona y rosada, de lindo pelo cobrizo a causa de sus antepasados catalanes, atiborrada de masitas, gaseosas y chocolate, se había dormido hecha como se dice un ovillo en el fondo de su asiento y el chico, al darse cuenta de que el tren llegaba a Figueras, con la cabeza perdida en un archipiélago imaginario de conciertos monstruo de salsa, y en proyectos de aprendizaje acelerado de *planche à voile*, poco habituado a viajar con otra compañía que la de sus padres o la de los profesores del secundario, los cuales tomaban por él todas las decisiones, había cargado su mochila y, atravesando el pasillo a toda velocidad, había saltado a tierra encaminándose hacia la salida. Cuando el abuelo, después de

saludarlo, le había preguntado por la hermana, el Talgo Montpellier-Valencia, que el chico se había dado vuelta para mirar un poco aterrado, ya había salido de la estación y, con la previsibilidad estúpida de las cosas mecánicas inventadas por los hombres, rodaba despreocupado hacia el sur. Y en medio de la discusión recia y amarga que siguió, entré yo en escena.

Si los abuelos daban la impresión de estar muy preocupados, el muchachito, en cambio, parecía más bien apesadumbrado y perplejo, e incluso vagamente indignado. ¿Cómo diablos —parecía insinuar su actitud— podía haber cometido semejante dislate? La falta enorme era desproporcionada a su capacidad de culpa, y en su fuero interno una vocesita insistente que él trataba de no oír, le susurraba que era a la nena a quien le incumbía la responsabilidad de lo que había sucedido, que no debía de haberse quedado dormida, oronda y displicente, acostumbrada como

estaba a que todo el mundo revoloteara a su alrededor para ocuparse de ella. Una rabia intensa comenzaba a cegarlo: quedándose dormida en el tren, la nena demolía sin delicadeza todos sus proyectos y sus ensoñaciones. Dejando vagar la mirada del otro lado de la calle, más allá de la parada de taxis, por la sombra espesa de los plátanos adensándose en el crepúsculo que parecía expandirse desde la plazoleta triangular, hubiese querido en ese momento que su hermanita fuese castigada como se lo merecía, para que aprendiese de una vez por todas las consecuencias que los otros debían sufrir a causa de su egoísmo monstruoso. Pero a pesar de sus sentimientos contradictorios (*Siempre soy yo, yo, el que paga los platos rotos*), únicamente un observador imparcial y exterior, un editor suizo de obras filosóficas por ejemplo, hubiese podido percibir algo más que pánico y real preocupación en su mirada. Como la discusión, cada vez más ardua y

estéril, se prolongaba inútilmente, el empleado de los ferrocarriles, dispuesto a la acción, desabrochó el teléfono portátil que llevaba en la cintura y, elevándolo hasta la oreja derecha, salió corriendo hacia las oficinas de la estación, justo en el mismo momento en que el coche de mis amigos estacionaba a mi lado, sacándome de mi ensimismamiento con un bocinazo discreto.

Un relato —una vida— no se compone solamente de elementos empíricos, así que, viéndolos esa noche, felices, en el bar de la costa, revolotear otra vez alrededor de la nena que devoraba un sandwich y una naranjada con la crueldad desdeñosa de una diosa que acepta, imbuida de su propia importancia, sacrificios humanos, deduje de inmediato que al salir corriendo con el teléfono contra la oreja, el empleado de la estación había llamado directamente al tren para advertir al guarda de lo que pasaba y sugerirle bajar a la nena en la

estación siguiente, adonde algún miembro de la familia fue a buscarla en auto. Así que ahí estaban: los abuelos, una pareja mucho más joven (los tíos sin duda), la nena y el muchachito, comiendo sándwiches y tapas de papas fritas y de calamares, tomando gaseosas o cervezas, aliviados por el reencuentro y por el desenlace provisoriamente feliz de la historia. La pequeña emperatriz rubia y regordeta, con los ojos entornados, devoraba con aplicación su interminable sándwich, empujándolo de tanto en tanto con un trago de naranjada, indiferente a la protección excesiva que los otros le prodigaban, bajo la mirada neutra y furtiva de su hermano mayor, como si de ella dependiese su supervivencia. Estaban todos inscriptos, nítidos y vivos, en mi campo visual y yo, distrayéndome de la conversación cortés y un poco irónica que reinaba en mi propia mesa, los contemplaba fascinado, moviéndose como estaban en ese espacio ambiguo, al mismo tiempo inmediato y

remoto, en el que lo familiar se transfigura y empieza a parecerse a lo desconocido.

Recepción en Baker Street

para Jean Didier Wagneur

La lluvia es tan densa que, al cabo de unos minutos de rodar por la estación, el colectivo de Buenos Aires se vuelve borroso, tragado por las masas de agua grisácea, tan ruidosas que hasta la vibración del motor se ha vuelto inaudible a partir del momento mismo en que retrocedía desde el andén, maniobraba brevemente rumbeando hacia el sur, y se alejaba a poca velocidad para salir de la terminal. Nula lo contempla perderse en dirección a la avenida del Puerto, porque ya a treinta o cuarenta metros se ha vuelto invisible, excepción hecha de los dos puntitos rojos de las luces traseras. Un relámpago terrible y prolongado lo restituye en su instantánea verdosa durante unos segundos, imagen fantasmal inserta en el fragmento

fantasmal de ciudad que la enmarca, y casi al mismo tiempo, un trueno interminable, consecuencia de ese relámpago o de alguno anterior —tanta es la rapidez con que se suceden— hace vibrar los ventanales, los andenes, el esqueleto entero de la estación de ómnibus, de la que todas las luces vacilan unos instantes para seguir por fin, como por milagro, prendidas. Prefiriendo que el viento disminuya un poco antes de arrancar, lo que sucede casi de inmediato cuando se larga la lluvia, el chofer ha salido con diez minutos de atraso, obligando a Nula a esperar con aire solícito en el andén, «por cualquier cosa», que la partida se produzca. Y puesto que la salida del colectivo con el gerente de ventas de *Amigos del Vino* a bordo es un hecho consumado, y que hasta los puntos rojos de las luces traseras han desaparecido en las profundidades gris-verdosas de la lluvia, Nula se da vuelta y entra en el gran vestíbulo de la estación casi desierto a esa hora —

no falta mucho para medianoche— y se encamina despacio hacia la entrada principal.

Han sido dos días arduos de los que, al fin y al cabo, Nula sale satisfecho. En medio de un calor matador, anormal a fines de marzo, ha ido ayer a esperar al gerente que llegaba en el avión de la mañana y, aparte de las pocas horas de sueño de la noche anterior, ha estado en su compañía todo el tiempo hasta que, con la salida del colectivo que ya debe estar rodando por la avenida del Puerto en dirección a la de circunvalación, ha podido quedarse otra vez a solas consigo mismo. El programa, ambicioso, bautizado *El tiempo del vino*, aludiendo a la llegada del otoño, si bien resultó un tanto anacrónico con un clima tan caluroso, fue cumplido religiosamente, paso por paso, a partir del cuartel general instalado en el hotel Iguazú, lugar obligado de todas las operaciones promocionales que se realizan en la ciudad: reuniones de trabajo el primer día con los

representantes de las zonas más importantes del litoral, que culminaron con una cena, y apertura al público durante el día transcurrido —un coloquio sobre el vino y la salud— más un banquete en el salón Premier del Iguazú con personalidades locales, políticos, deportistas, profesionales, estrellas de la televisión, etcétera, que todavía no ha terminado y del que él ha tenido la suerte de salir antes del final para traer al gerente al colectivo de las once y media, pensando ahora, mientras atraviesa el vestíbulo bajo el estruendo de la lluvia, que la tormenta sería tal vez un excelente pretexto para no volver.

En su vida, las cosas siempre ocurren demasiado temprano, y cuando las posee, al tiempo se da cuenta de que ya no las desea, o más incluso: que siempre ha perseguido la posesión de cosas que, en el fondo, no deseaba. Interpretada de esa manera, su corta vida —recién está por cumplir veintiocho años—, es una mezcla de

responsabilidad y de fuga, igualmente agobiantes y secretas, que le da la impresión de vivir en varios mundos simultáneamente, y a la cual se adapta bien el corretaje de vino, que le permite ganarse la vida y a la vez gozar de muchas horas de tiempo libre, de soledad y de vagabundeo. A los diecinueve años empezó a estudiar medicina; a los veintitrés, se pasó a la filosofía, y al cumplir los veintiséis, como ya se había casado y tenía un hijo de un año y el segundo estaba en camino, se vio obligado a trabajar, y un seminario de iniciación a la enología en el mismo hotel Iguazú al que, si paraba la lluvia, no iba a quedarle más remedio que volver, lo lanzó al comercio del vino. «Va mejorando», comentó distraídamente Tomatis cuando alguien le describió una vez su evolución. Pero Nula, que gana un poco de dinero para no depender de su mujer, y que aprecia el tiempo libre de que dispone, no llegaría a la misma conclusión si tuviese que formular una apreciación imparcial de

su existencia.

El estruendo de la lluvia retumba en el gran hall semidesierto. Las masas gruesas, pesadas, de agua ruidosa, han sacudido la somnolencia de las pocas personas que se pasean, acercándose a los ventanales para ver la tormenta, o se incorporan en los bancos de metal, donde se habían recostado contra sus bultos y valijas para esperar los colectivos de la madrugada o de la mañana siguiente, y cuando Nula llega a la entrada principal, el estruendo aumenta, reforzado por la explosión de los truenos, y teatralizado por los fognazos gris-verdosos de los relámpagos. El verano inmóvil, ardiente, seco, que empezó en noviembre y que se ha prolongado hasta esta noche de fines de marzo después de varias tormentas abortadas, está llegando a su fin. Nula alcanza la puerta principal de la estación y, manteniéndose a distancia del umbral para estar al abrigo del remolino de gotas que mojan las baldosas de la

entrada, se para a mirar la calle, sabiendo ya que, durante un buen rato, le será imposible salir para llegar hasta el coche, estacionado a un par de cuadras, del otro lado de la plaza España.

En el medio de la calle, gracias al asfalto abovedado, el agua densa y grisácea no se acumula, pero en los costados, junto a los cordones, corre en torrentes hacia los desagües, y en muchas partes ya ha desbordado sobre las veredas. Uno o dos autos pasan lentos, precavidos, relucientes y silenciosos, como si se deslizaran por un mundo submarino. El bar de la esquina parece remoto del otro lado de la calle, y junto a las mesas y a las sillas de metal, amontonadas contra la pared con precipitación y sin orden para mantenerlas a resguardo del viento, bajo el toldo plegadizo, también metálico, que chorrea agua por los bordes, un grupito de personas apretujadas en el espacio más o menos seco para evitar las salpicaduras, contempla la calle y la lluvia, y

como se encuentra en un punto de observación opuesto al suyo, también el portal de la estación en el que Nula está parado. De pronto, después de un leve tumulto, como si el tiempo de tomar la decisión hubiese variado para cada una de ellas, tres siluetas masculinas, borrosas, se largan a correr en su dirección, tomando impulso para saltar por sobre el torrente del cordón, rebotando contra el asfalto abovedado, alcanzando la vereda de enfrente, bordeando los palos borrachos y pisoteando sus flores tardías, blancas, rosas o marfil, derribadas por el viento, hasta subir por fin, con euforia precipitada, los dos o tres escalones que conducen al portal. A medida que van entrando, Nula puede comprobar que llegan chorreando agua. Soldi, como es el más joven, es el primero en llegar para ponerse a resguardo, dándole una palmada en el hombro al pisar el portal, siguiendo de largo durante dos o tres metros a causa del impulso que trae, y volviendo

atrás mientras lanza una risotada jadeante. El segundo, un tipo rubio, bastante calvo, vestido con un pantalón blanco y una camisa amarilla que Nula ve por primera vez en su vida y por último, resoplando y con bastante retraso, Carlos Tomatis, tan resignado ya a la mojadura, que los últimos metros los recorre caminando.

—¡Me cago en la mierda! —dice, apenas atraviesa el portal—. Miren cómo me quedó el cigarro.

Pero, a causa quizás de la carrera, que es una pequeña aventura en su vida sedentaria, o tal vez de la mojadura que lo ha despabilado un poco de los tragos que probablemente ha estado tomando en algún restaurant de los alrededores, parece más contento que contrariado. En la mano izquierda, entre el índice y el medio, mantiene la mitad de un grueso cigarro apagado, ennegrecido y fofo y ya tan deshecho por el agua que donde antes había estado la punta encendida cuelgan unos retazos

aguachentos de hoja. Y mostrándole a Nula los restos deshilachados de tabaco, le explica:

—Un *Romeo y Julieta* que me regaló Pichón. ¿Se conocen? El turco Nula, Pichón Garay: uno me vende vino, y el otro se lo toma.

Los presentados se dan un apretón, y mientras siente la mano húmeda del otro adherida a la suya, Nula comenta.

—Los *Amigos del Vino* vendemos también cigarros. No toleramos que falte nada en la mesa del nuevo rico. ¿De veras que era un *Romeo y Julieta*?

—De veras —dice Tomatis. Y sacudiendo los restos del cigarro con lentitud, adopta una expresión pensativa y reflexiona en voz alta—: Así se le debe haber quedado a Romeo después de la noche de bodas.

—Fue la única noche que tuvieron, pero le sacaron el jugo —dice Soldi. Y Pichón:

—¡Pobres chicos! Podríamos calificar el

acontecimiento de homérico y shakespiriano a la vez, que es la definición que dan de Laertes las palabras cruzadas.

Sacudiendo la cabeza al mismo tiempo que se ríe, para significar que los dislates que está escuchando lo superan pero que se ha resignado a tolerarlos, Nula interviene:

—Si el señor aquí —por Pichón— no se ofende, debo informarles, por si no se han dado cuenta, que parecen salir de un baile de carnaval.

—Anda de corbata y nos dice eso —dice Soldi.

—Obligaciones laborales —dice Nula, sabiendo que no necesita justificarse, ya que Soldi, al que conoce desde la escuela secundaria, y con el que suele tomar un café de vez en cuando, está perfectamente al tanto de la situación.

—Corbata y manguitas cortas —dice Soldi, tironeando con suavidad, y con admiración simulada, el borde blanco de la manga que llega

hasta un poco más arriba del codo.

Quedan en silencio, oyendo el estruendo de la lluvia, cuando un nuevo trueno interminable hace temblar otra vez la ciudad entera. A lo lejos, aunque tal vez, en el espesor de la lluvia, sólo da esa impresión de lejanía, pero viene de la vereda de enfrente, o de algún punto distante en el interior mismo de la terminal, alguien saluda la explosión con un grito jocoso, un *sapucay*, que expresa euforia, admiración, entusiasmo. Al cabo de un minuto de contemplar el diluvio ensordecedor, Soldi propone que se trasladen al bar de la estación a esperar que el agua pare. Las instalaciones de la terminal conservan todavía el calor acumulado durante el día transcurrido y aun, podría decirse, el verano entero, lo que hace que el aire del bar, en el que deben mantener las ventanas cerradas a causa del viento y de la lluvia, le resulta a Nula sofocante, pero los otros tres, que llegan empapados de la calle —la barba negra de

Soldi está blanda y húmeda como si su titular acabara de salir de la ducha, y la camisa azul de Tomatis se pega a su torso macizo— parecen satisfechos de la temperatura. A decir verdad, también Nula está satisfecho, pero por otras razones: habiéndose resignado desde hace tiempo a dedicarle dos días enteros a los *Amigos del Vino*, gracias a la tormenta y al encuentro casual con Soldi y los otros dos en el umbral de la estación, vislumbra la perspectiva de terminar la noche de manera más agradable que la que venía temiendo, a saber que al final del banquete se vería obligado a ir a tomar unas copas con un grupo de vendedores y clientes, en algún bar de putas del centro o de las afueras. Así que apenas están sentados, anuncia con decisión:

—Esta vuelta es mía —y le hace una seña al mozo que, sentado en una mesa cercana a la puerta para aprovechar una ilusoria corriente de aire, está leyendo un ejemplar manoseado de *La región*.

Mientras esperan el pedido —tres cervezas y un café para Soldi— Soldi le explica que, con los otros dos, han pasado el día en el río, ya que han ido en lancha hasta Rincón Norte a visitar a la hija de Washington Noriega, que hicieron un picnic en la isla a la hora del almuerzo, y que volvieron al anocheecer; y que estaban terminando de comer una picada en el patio cervecero de la otra cuadra, cuando se vino la tormenta; que se habían largado a correr en dirección al auto, pero que el aguacero era demasiado fuerte como para permitirles llegar, así que no habían tenido más remedio que protegerse del agua, con otra gente que se había juntado por razones similares a las de ellos, bajo el toldo metálico del bar; y como él, Soldi, y según sus palabras textuales, gracias a la intervención de la divina providencia, lo había visto esperando en el portal de la estación, le había propuesto a los otros cruzar de vereda afrontando los elementos desencadenados para venir a su encuentro. Nula

sacude la cabeza con una expresión deliberadamente exagerada de reconocimiento, pero a decir verdad se ha distraído un poco del relato de Soldi, tratando de escuchar el diálogo que mantienen Tomatis y el de camisa amarilla.

—¿Y por qué no? —dice Tomatis, refutando al parecer una objeción del otro que Nula no ha alcanzado a escuchar—. Para un tipo que es capaz de volver a poner el corcho en una botella de champán sin que se note que ya ha sido abierta, es de lo más fácil entrar en un departamento del que no tiene la llave. Y no hay que olvidar que ya había entrado no se sabe cómo en otros veintisiete.

Pichón aprueba riéndose, y como Nula no logra entender de qué están hablando, Soldi le informa:

—Un caso auténtico de asesino en serie, que ocurrió hace unos años en París.

—Yo estoy planeando un texto sobre uno que tuvo lugar hace unos cincuenta años en Inglaterra

—dice Tomatis—: el envenenamiento de una enfermera y de dieciséis recién nacidos. Y si lo escribo, el detective sería ni más ni menos que Sherlock Holmes —no puedo rebajarme a no poder usar, para un relato mío, los mejores productos que ha dado el género disponibles en plaza— y de quien se trataría, a causa de su edad avanzada, del último caso. Si me decidiese a hacerlo, no lo escribiría en prosa: sería un largo poema narrativo en verso libre, con algunos pasajes rítmicos y ciertos finales de estrofa en versos regulares, alejandrinos probablemente, y rimas consonantes. De esa manera ocuparía en la historia de la literatura un lugar junto a *Edipo rey*, ya que Sófocles y yo seríamos los únicos dos autores que hubiésemos tratado en verso un enigma policial. En cambio, en cuanto a mi asesino en serie, reivindico la exclusividad: sería, si me decidiese uno de estos días a escribirlo, el único relato en el que un asesino suprime

simultáneamente diecisiete víctimas.

—Está el caso de Harry Truman, que el 6 de agosto de 1945, alrededor de las ocho de la mañana, exterminó en unos pocos segundos ciento cuarenta mil personas en Hiroshima —dice Pichón.

—Que no se me interrumpa por favor —dice Tomatis. Y después de una pausa y de una mirada falsamente severa que no se dirige a nadie en particular, continúa—: La historia transcurriría en Londres, un poco antes de la segunda guerra mundial. Holmes y Watson, retirados desde haría mucho tiempo, serían muy viejos, pasados los ochenta ya, probablemente. Estarían cenando en el departamento de Holmes, en el 221 bis de Baker Street, en compañía del inspector Lestrade, jubilado de Scotland Yard desde por lo menos quince años atrás, y un inspector joven todavía en actividad, sobrino de Lestrade, que desde haría varios años habría estado rogando a su tío que lo

llevarse a conocer al detective legendario. Ya habrían pasado muchos años, más de cincuenta, desde el día en que el médico recién llegado de Afganistán, habiendo ido a tomar una copa al Criterion Bar se encontró con el ex enfermero Stamford el cual, al enterarse de que Watson necesitaba subalquilar una habitación, le propuso presentarle a un tal Sherlock Holmes que justamente buscaba un inquilino para compartir su departamento situado en 221 bis de Baker Street; y si bien un tiempo más tarde, en razón de su casamiento, Watson se mudó a su propia casa, y si durante largos períodos dejaban de verse, Holmes y Watson mantuvieron, como es sabido, y como se dice, una sólida amistad. Con la vejez sus encuentros volverían a hacerse más espaciados, pero el teléfono ayudaría a mantenerlos en contacto. Cincuenta años antes más o menos de la noche sobre la que yo escribiría si escribiese un día mi relato, el atardecer del 20 de marzo de

1888 para ser más exactos, tiempo después de haberlo perdido de vista a causa de su matrimonio, Watson, pasando por casualidad por Baker Street, tal vez sin sospechar que ese reencuentro los uniría para siempre, no en la realidad cotidiana sino en las regiones estilizadas del mito, decidió hacerle una visita a su amigo bohemio que, según sus propias palabras, *se adaptaba mal a cualquier forma de sociedad y, sepultado entre sus viejos libros, alternaba la cocaína y la ambición*. En mi relato en verso, deberían flotar esas constantes implícitas y explícitas del ciclo narrativo — estrellas fugaces del acontecer en el firmamento fijo de la leyenda.

La idea es que, después de haber tratado de presentarle varias veces a su sobrino, quien justamente habría sugerido desde la semana anterior una visita para esa noche, Lestrade recibiría una llamada de Holmes esa misma mañana, con la que Holmes confirmaba la visita,

pero imponiéndole misteriosamente al sobrino la condición de venir provisto de un par de esposas y de su pistola reglamentaria. Lestrade y su sobrino podrían pensar en un primer momento que se tratase de un capricho senil de Holmes, pero Lestrade, reflexionando un poco más, podría llegar a la conclusión de que Holmes debería tener algún motivo para actuar de esa manera. Watson por su lado y los otros dos tendrían que llegar a las siete en punto a Baker Street, encontrarse en la puerta y subir las escaleras conducidos por la señora Hudson, portera-gobernanta-cocinera de Holmes desde hacía varias décadas que, por tener por ejemplo un nieto empleado en la sucursal romana de un banco inglés, se habría puesto a experimentar después de cierto tiempo la cocina italiana, mereciendo la más firme reprobación de Holmes y Watson, que sin embargo no se atreverían de ninguna manera a hacérselo notar. Me gustaría también agregarle, a esas posibles

incursiones de la anciana por la cocina internacional, los errores y confusiones en los que podría caer a causa de su edad avanzada, equivocándose en los distintos ingredientes, leyendo mal las proporciones y los tiempos de cocción, etcétera, etcétera. Únicamente las bebidas —*single malt*, oporto, armagnac, chablis para los blancos y chambolle musigny en lo relativo a los tintos— serían perfectas, debido tal vez al hecho de que Holmes las encargaría al mismo proveedor de vinos y alcoholes al que vendría comprándoselos desde por lo menos treinta y cinco años atrás. Estoy pensando en trabajar con la situación siguiente: me gustaría contrastar las reacciones de los personajes a propósito de la comida, ya que Lestrade y su sobrino se declararían encantados ante el *vitello tonnato*, los *penne a l'arrabiata* y los *involtini*, el *gorgonzola*, la *provola affumicata* y el *tiramisù*, expresando su admiración a Holmes prácticamente a cada

bocado y felicitándolo por gozar de los servicios de tan maravillosa cocinera, en tanto que Holmes y Watson disimularían todo el tiempo la desolación que les producen las fantasías culinarias y los errores técnicos de la anciana, que tiene a su cargo el departamento de Holmes desde hace cincuenta y un años, y no admitiría la menor sugerencia y mucho menos la menor crítica u observación en cuanto al modo de poner en práctica sus atribuciones. Pero todavía vacilo en incluir esa situación porque tal vez no encontraré los versos apropiados para relatarla, y además porque ya vi una situación semejante en algunas películas, y porque en el fondo pienso que esa digresión cómica me haría correr el riesgo de retardar demasiado la historia principal.

A los postres, justamente, o cuando pasarían al salón a fumar una pipa —el joven inspector en ejercicio podría fumar cigarrillos rubios, lo que resultaría quizás más verosímil— y a saborear un

single malt o un armagnac del siglo anterior, los hábitos profesionales prevalecerían, y los cuatro investigadores, o los tres investigadores y el memorialista si prefieren, podrían evocar algunos hechos criminales recientes para terminar comentando el crimen horrible que desde hacía unos pocos días vendría conmoviendo no solamente a Inglaterra sino a como se dice por un abuso de lenguaje todo el mundo civilizado: la enfermera que en la maternidad de una pequeña ciudad situada al oeste, o al sur, o al norte de Londres —a algunas horas de tren de la capital en resumen— hubiese envenenado durante un ataque de demencia a dieciséis recién nacidos y se hubiese suicidado. La radio y los diarios no hablarían de otra cosa; en los anales mundiales del delito privado, nunca se hubiese visto un crimen más espantoso. Hasta el gobierno, e incluso la corona podrían tomar como dicen cartas en el asunto.

Aquí aparecería el personaje clave de toda la historia, un miembro de la más alta nobleza de Inglaterra, perteneciente a uno de los pocos linajes que, aparte de los Windsor, podrían aspirar al trono. En este punto, debido a las exigencias de la intriga y a la tiranía de la verosimilitud, me vería obligado a introducir cierta cantidad de información sobre el tema más ininteresante y fútil que un escritor se encuentre en la penosa obligación de tratar: la aristocracia inglesa. La perspectiva es tan desalentadora que sería capaz de obligarme a abandonar el proyecto, pero creo que podría arreglármelas para mantenerme en lo más general respecto de esos detalles, aunque dejaría en claro el más importante, ya que constituiría un elemento fundamental de la intriga: el hecho de que los dos hijos varones, adolescentes todavía, de este hombre al que podríamos llamar Lord W. por ejemplo, podrían aspirar con toda legitimidad al trono de Inglaterra.

Todos estos detalles, en el caso de que mi relato en verso se escribiese, irían saliendo durante la conversación de sobremesa en el salón de Baker Street.

Imagino que durante un buen rato, Holmes permanecería callado, un poco ausente, con los ojos entornados, como si no escuchase la conversación o como si —y esto habría que decirlo lindamente, acentuando el ritmo de los versos hacia el final de la estrofa y buscando las palabras adecuadas para subrayar la idea poética sin que un impulso lírico exagerado perturbe la fluidez de la narración— desde la somnolencia habitual que es el vivir del hombre, Holmes, internándose en la vejez, hubiese caído en un letargo más profundo. Si algún día me decidiese a escribirlo a este dichoso relato que se me ha ocurrido desde hace bastante tiempo a decir verdad, haría desfilas durante un buen rato muchos de los hechos principales de la trama ante la cara

impasible de Sherlock Holmes, su boca fina y apretada, su nariz de águila cuya curva filosa habría sido subrayada por la vejez, su cabello revuelto más gris que blanco y bastante abundante a pesar de los años transcurridos, y su piel lisa atravesada por unas arruguitas imperceptibles pero numerosas que la ajarían sin resquebrajarla. La pipa apagada reposaría en la palma de la mano izquierda, mientras que la derecha acogería la copa de armagnac para entibiarla entre los dedos que se adherirían al vidrio. Después de cierto tiempo, sus párpados entornados se replegarían, pero su mirada, ausente de lo exterior por un intenso retraimiento que para el doctor Watson sería bastante familiar, al posarse otra vez sobre las cosas de este mundo, buscaría la del joven inspector en ejercicio, y después de recordar un detalle de último momento, sacaría el reloj del bolsillo superior de su *fumoir* de terciopelo verde oscuro, y miraría con preocupación y cierta

dificultad la hora antes de empezar a hablar.

—Inspector —le diría gravemente al inspector en ejercicio—, usted que considera tal vez con razón que su talento no ha sido lo bastante valorado en Scotland Yard, y su ascenso injustamente postergado en relación con el de muchos de sus colegas, tal vez tenga esta noche la oportunidad de demostrar una vez más lo que realmente vale y vea sus méritos por fin recompensados.

Al oír estas palabras, los ojos del inspector en ejercicio se abrirían desmesurados de asombro, pero de inmediato, asumiendo una actitud reprobatoria, en la que se adivinaría una súbita indignación, el policía lanzaría una mirada de reproche a Lestrade quien, medio incorporándose en su asiento, con la escasa agilidad con que sus viejas articulaciones se lo permitirían, se pondría a balbucear unas protestas deshilvanadas y confusas.

—Por favor, inspector, no se confunda —diría Holmes con una sonrisa conciliadora—. Nuestro viejo amigo Lestrade no ha cometido ninguna indiscreción y, créame, aunque mis facultades se debilitan día tras día, todavía dispongo de algunos recursos en el plano deductivo, y aunque mi vista disminuye inexorablemente, no he perdido del todo mi capacidad de observación. El primer detalle que orientó mi razonamiento es el hecho de que, por su edad, usted tendría que haber llegado mucho más alto en la jerarquía de la institución a la que pertenece, lo cual desde luego podría deberse a su falta de talento o de rigor profesional. Sin embargo, los casos que hemos comentado durante la cena, en los que usted ha trabajado, resolviéndolos en forma brillante, y de alguno de los cuales he podido seguir en su momento las peripecias en los diarios sin que una sola vez su nombre figurara en ellos, demuestran que no se debe a su incapacidad sino a las injusticias

habituales de las decisiones burocráticas que su ascenso ha sido varias veces postergado. Y es la amable visita de esta noche la que me sugiere doblemente su legítimo descontento ante esa inadmisibile postergación. En primer lugar, su interés por conocernos, al doctor Watson y a mí, y el hecho de que un hombre en pleno vigor físico y mental haya querido pasar una velada apacible entre ancianos, mostraría desde un punto de vista psicológico un desapego ante las cosas del presente y una idealización del pasado, que suele ser frecuente en las personas que no se sienten del todo satisfechas con su suerte o con su situación. No niego que esa tendencia podría originarse en factores que no tienen nada que ver con la vida profesional, pero un segundo detalle, mucho más decisivo, me ha convencido de lo contrario. En todos los diarios de la semana ha habido el anuncio de que esta noche —en este mismo momento a decir verdad— tiene lugar en un hotel

céntrico el baile anual de Scotland Yard, del que desde luego usted no podía ignorar ni la existencia ni la fecha. Le hago notar que cuando usted propuso que la cena que veníamos proyectando tuviese lugar esta noche, la fecha del baile ya había sido fijada y anunciada con profusión, lo que me induce a pensar que usted optó deliberadamente por venir a encerrarse con tres ancianos moribundos entre estas viejas paredes en lugar de compartir una fiesta brillante con lo más granado de la policía londinense. Esa preferencia de su parte me confirmó que existe en usted cierta amargura a causa de su situación profesional, que le impide sentirse a gusto entre sus colegas.

—De la asistencia, las más variadas expresiones admirativas deberían saludar la hazaña —dice Tomatis, con una sonrisa al mismo tiempo satisfecha y ligeramente escéptica en cuanto al valor genuino de la supuesta proeza deductiva. Y después, dirigiéndose a sus oyentes

con calculado aire doctoral—: Al personaje mítico hay que presentarlo no a través de los detalles psicológicos de su personalidad verdadera, en el plano aleatorio de la duración, sino en un orden protocolar de rasgos cristalizados que nos permiten reconocerlo de inmediato y aceptar en él cualquier manera de pensar y de actuar, por inverosímil que parezca, siempre y cuando se adapte al esquema de ese reconocimiento. Pero ya van a ver que, si logro traspasarlo a lo escrito, mi Sherlock Holmes no habrá sido totalmente refractario a la contingencia.

Sus interlocutores sonríen, pero de manera diferente. El tal Pichón Garay exhibe una sonrisa ausente, como si las palabras de Tomatis hubiesen despertado en él no una emoción inmediata, sino una reminiscencia. Soldi, en cambio, mientras revuelve su café, esperando tal vez que se enfríe un poco, alza la cabeza y de un modo fugaz cruza su mirada alerta y sonriente con los ojos

sardónicos de Tomatis; y él, Nula, sin haber perdido una sola palabra del relato, inicia una sonrisa distraída que no llega a manifestarse claramente en sus facciones ya que, desde hace un momento, y sin saber bien por qué, observa al mozo que, después de haberles traído el pedido, se ha vuelto a sentar cerca de la puerta de entrada para continuar la lectura del diario de la tarde. Por una especie de curiosidad sin objeto, como sabe serlo por otra parte casi siempre la curiosidad, Nula trata de adivinar en cuál de las secciones del diario el mozo ha recommenzado la lectura y juzga que por la cantidad de páginas que sostiene en la mano izquierda, más numerosas que las que aferra en la derecha, hacia las cuales dirige la vista con la cabeza inclinada, debe tratarse de las noticias deportivas. El mozo pertenece en forma demasiado evidente al tipo «criollo viejo» como para que las páginas de sociales o de espectáculos, dirigidas más bien a la clase media y a la burguesía,

inmediatamente anteriores a las de deportes en la diagramación del diario, invariable desde tiempos inmemoriales, puedan atraer su atención, aunque Nula no descarta que de las primeras le interesen las necrológicas y de las segundas, más adecuadas a sus posibilidades de ocio, los programas de televisión del día siguiente. En cuanto al estado del tiempo, no es difícil, gracias a la lluvia densa y ruidosa que sigue cayendo, acompañada de relámpagos prolongados y de truenos interminables, verificar si el pronóstico de *La región*, viejo ya de varias horas, y por lo tanto caduco para toda la eternidad, era acertado o erróneo. Nula descarta en el mozo, por lo reconcentrado de su expresión o su indiferencia notoria ante la tormenta presente, esa curiosidad arqueológica, y opta por la página de deportes. Y, justo en ese momento una impresión, curiosa aunque ya familiar de tanto repetirse, lo absorbe por entero, como tantas otras veces en los últimos

tiempos, en los momentos más variados y en los lugares más imprevistos —puede estar en su casa o en la calle, en la ciudad o de viaje, solo o acompañado, puede ser de día o de noche, a la mañana o a la tarde, en invierno o en verano, en circunstancias agradables o desagradables, serias o divertidas— una presencia vívida de lo que lo rodea, como si de pronto se acrecentara la rugosidad y el espesor de la materia, o como si cada cosa inserta en el presente hubiese ganado súbitamente una dosis suplementaria de realidad, se impone nítida a sus sentidos y, por una especie de automatismo asociativo, suscita en él un pensamiento análogo, una convicción no verbal que, si se intentase traducirla en palabras, podría ser formulada de esta manera: *Esto y ninguna otra cosa es el mundo y no parece ni hostil ni acogedor, sino más bien neutro. Y esta impresión de ahora, sin ningún añadido o prolongación extramaterial, es realmente lo que soy yo.*

Mientras dure este mundo de materia pura que ha expelido de sí toda leyenda, ni amigo ni enemigo, y más bien claro y brillante para los sentidos, estoy al abrigo del tiempo, del dolor, de la muerte, aunque haya tenido que dar a cambio lo familiar, la alegría, el éxtasis. Pero ya está empezando a pasar, ya pasa. Ya pasó. En los pocos segundos que ha durado su retraimiento y que, en el orden de los fenómenos ha abarcado las últimas palabras de la digresión de Tomatis, algunos movimientos de la cucharita de Soldi en el pocillo de café y unos leves sacudimientos de cabeza reflexivos del mozo, motivados por alguna evidencia de la lectura, la expresión se ha presentado y se ha vuelto a ir, y la sonrisa de Nula, que apenas si se había insinuado en sus labios, se vuelve más franca y amplia —casi que demasiado— cuando su mirada se dirige hacia Tomatis quien, después de una pausa sopesada, y puramente retórica, decide proseguir.

—Sí —dice—. Sí. Es así como lo escribiría. Sherlock Holmes podría, después de esa demostración un poco pedante, de la cual Watson, por haber asistido a numerosas demostraciones similares a lo largo de los años consideraría, con un amago de impaciencia, más bien superflua, expresarse de la manera siguiente, en verso desde luego, aunque yo por ahora lo resuma oralmente en prosa, lo que daría algo así como: los acontecimientos terribles que se han difundido en estos días despertaron en mí una comprensible curiosidad, de modo que a través de la prensa, con la ayuda de mis archivos y también gracias al auxilio de ese benefactor moderno de la vejez, el teléfono, pude reunir una cantidad considerable de elementos que me permitieron hacerme una idea lo más completa posible de la situación. La enfermera en cuestión, a la que se le atribuye el horrendo crimen, envenenó la leche y otras substancias en la maternidad, e ingirió el mismo

veneno que les suministró a las dieciséis criaturas, es decir todos los niños que habían nacido en la región la última semana y que, lo mismo que muchas de las madres, todavía no habían sido dados de alta en la maternidad. Envenenó las sustancias a la madrugada, en la cocina, y después se suicidó, antes de que el veneno mortal fuese distribuido por medios diversos a los recién nacidos, circunstancias que hacen del caso presente un hecho curioso en los anales del crimen, no únicamente por los detalles particularmente horribles que lo caracterizan, sino también porque, si bien el arma del crimen parece haber sido preparada con anticipación, *las víctimas habrían sido asesinadas varias horas después de la muerte del criminal*. En cuanto a los motivos de ese crimen espantoso, los observadores y especialistas en general, como he podido deducirlo de sus declaraciones más o menos explícitas pero difícilmente comprensibles

para los legos, han formulado tres hipótesis. La primera atribuye la muerte de los recién nacidos a una negligencia de la enfermera que, al darse cuenta de su error, profundamente perturbada por las consecuencias que acarrearía, decidió suicidarse. Pero esta hipótesis se desmorona de inmediato por lo que he señalado más arriba, a saber que el veneno fue suministrado a los recién nacidos por lo menos dos horas después del suicidio de la enfermera, y ese lapso de tiempo le hubiese permitido corregir su error evitando de esa manera la tragedia. La segunda hipótesis favorece el acto deliberado y el suicidio, y la tercera, el crimen de la enfermera y su asesinato, por parte de alguien que decidió vengar a las criaturas, cometido de tal manera que, aun para la policía, debería presentar la apariencia de un suicidio. Éstas son las hipótesis que circulan más o menos confusamente en el dominio público, pero hay una cuarta que, para que podamos aceptarla

como verdadera, depende de la realización efectiva de ciertos acontecimientos *que no se han producido todavía*. Si, tal como vengo calculándolo desde esta mañana, esos acontecimientos se producen en el orden en que los tengo previstos, se convertirían en la demostración, sin necesidad de pruebas suplementarias, de la última hipótesis que, como ya habrán adivinado, he elaborado yo mismo. Ya les diré cuáles serán esos acontecimientos, pero puesto que tenemos bastante tiempo por delante, utilicémoslo para hacer un resumen general de la situación. Podemos dividir el caso en cuatro aspectos diferentes: 1º) la maternidad; 2º) su principal benefactor; 3º) la enfermera; 4º) los dieciséis recién nacidos.

La maternidad en la que sucedieron los hechos es una institución reciente: tiene poco más de un año de existencia, y fue inaugurada por el ministro de Salud Pública en persona, por tratarse de un

hospital dotado de los mayores adelantos científicos y técnicos en su especialidad, y también un acto político considerable en período electoral, en un distrito en el que el ministro era candidato a su propia reelección a los comunes. El día de la inauguración, en el palco oficial se encontraba también Lord W., miembro hereditario, naturalmente, de la cámara de los Lores, que había sido uno de los principales benefactores de la nueva maternidad, ya que la misma fue construida en unos terrenos que pertenecían a su familia y que donó a las autoridades sanitarias, además de presidir una campaña para recolectar fondos privados que, en su momento, obtuvo una enorme publicidad ya que como he podido comprobarlo en mi archivo personal, varios diarios nacionales y regionales publicaron en la primera página una fotografía de Lord W. firmando, en la municipalidad donde se implantaría el edificio, el acta de donación de los terrenos.

Confieso que esa mezcla de propaganda política, de cuestiones de salud pública y de beneficencia no es enteramente de mi agrado — ¿no es verdad que usted y yo coincidimos en eso, mi querido Watson?— pero reconozco que la donación era importante y que la construcción de la maternidad representó un verdadero progreso en esa pequeña ciudad durante demasiado tiempo olvidada por los poderes públicos y que, por una triste paradoja, desde hace dos o tres días se ha vuelto mundialmente célebre. Por otra parte, la intervención de Lord W. fue decisiva para la realización de la empresa, y sería mezquino de mi parte negarle ese mérito, pero aunque el doctor Watson me haya atribuido alguna vez un desinterés total por la filosofía, el ocio y la reclusión de los últimos años me permitieron frecuentar las obras de un pensador alemán no desprovisto de talento, el profesor Emmanuel Kant —no sé si habrán oído hablar de él porque se trata de un personaje

bastante oscuro, yo mismo el año pasado escuché su nombre por primera vez— de quien, ante tanta ostentación de generosidad y de nobleza, me viene a la memoria la siguiente reflexión, a saber *si no sería deseable de un carácter noble que evitase los títulos y que los desdeñara en lugar de aceptarlos y de andar exhibiéndolos*. Ya veremos si nuestro lord es también noble por su carácter, pero en todo caso es el representante principal de una de las familias más antiguas de Inglaterra, y como les decía, la única que podría constituir una alternativa a la dinastía reinante —si este detalle puede darles a ustedes la medida de su importancia política. Su familia tiene influencia y ramificaciones en toda Europa, y su patrimonio representa una de las fortunas más importantes del mundo, no solamente en campos, propiedades, obras de arte, sino también en industrias, inversiones comerciales, bancarias y bursátiles. En el país, su influencia es tan grande como la de

la corona, y aún mayor, ya que está menos expuesta a la indiscreción de la actualidad. Es sabido también que, si bien se mantiene siempre en una posición discreta, es uno de los principales líderes de la Cámara de los Lores y la referencia ideológica del partido Conservador. A los cincuenta años se encuentra en el apogeo de su poder social, político y financiero, y puedo afirmar sin exagerar en lo más mínimo que, por todos los atributos que acabo de enumerar, más una salud excelente, un físico de atleta y una familia ideal, su posición es, hoy por hoy, una de las más envidiables del mundo.

Ocupémonos ahora de la enfermera. Esta joven, según los diarios, trabajaba en la maternidad desde hacía siete meses solamente, y había sido recomendada para su cargo por algún miembro oscuro de la familia de Lord W., probablemente una de sus sobrinas, hija de su hermana mayor, que murió después de una larga

enfermedad el año pasado. Para estar seguro, llamé esta mañana a la sección necrológica del *Times*, donde me confirmaron que Lady M. murió de un tumor evolutivo en diciembre del año pasado. Ese tipo de enfermedad requiere una atención permanente, de modo que los servicios de una enfermera son imprescindibles, y fue la persona que hoy ocupa la primera plana de la actualidad la que tuvo a su cargo a la enferma durante los largos meses que precedieron su deceso. Y debe haberse desempeñado de manera óptima para que la familia que la había empleado la recomendara a la maternidad, donde no podían negarle nada a quienes habían permitido su construcción, arreglando por ese medio la situación de la enfermera que, a causa de la muerte de su paciente, se quedaba sin empleo.

Ya habrán visto ustedes su fotografía en los diarios: una joven muy atractiva, un poco ingenua quizás, pero con aire decidido, que andaría por los

veintitrés o veinticuatro años, de orígenes modestos sin duda, pero con la suficiente personalidad como para no sentirse incómoda si le tocaba frecuentar, por razones profesionales o de cualquier otro tipo, a miembros de clases sociales superiores a la suya. Según los diarios, desde que empezó a trabajar en la maternidad, todo el mundo pudo apreciar sus méritos profesionales, si bien algunos de sus colegas le reprochaban una reserva excesiva en su vida privada, que dos o tres llegaron incluso a calificar de «misteriosa», y aunque nunca esquivaba las tareas difíciles y aceptaba siempre las más penosas, tenía una predilección por el servicio nocturno, durante el cual, a causa del personal reducido que quedaba de guardia, le resultaba más fácil preservar su intimidad, lo que dio como consecuencia que ninguno de sus colegas llegase a tener relaciones estrechas con ella. Después de su muerte, los que la frecuentaban cayeron en la cuenta de que sabían

poco y nada de la enfermera. Una colega pretendía que debía tomar alcohol en secreto, porque al mes de empezar a trabajar en la maternidad tuvo un par de descomposturas, y había engordado bastante últimamente. En realidad, lo único que podía decirse de ella en concreto era que la semana anterior a los hechos había dado parte de enferma y había faltado a su trabajo hasta la noche antes del crimen. Con esos pocos elementos uno de los médicos del establecimiento diagnosticó, a posteriori desde luego, y en ausencia definitiva de la paciente, una depresión nerviosa de origen etílico, hipótesis que, estoy seguro, la autopsia inminente echará por tierra sin dificultad.

Ahora debo referirme brevemente a los recién nacidos. En ese medio rural, la maternidad cubre una zona de influencia bastante grande, y de muchos pueblos de los alrededores vienen a dar a luz en ella. Eso explica el número relativamente elevado de recién nacidos que se encontraba esa

noche en el establecimiento: dieciséis. Ahora bien, un hecho muy sugestivo me llama poderosamente la atención (no sé si ustedes lo habrán observado también): en la lista de familias de los bebés asesinados, figuran solamente quince nombres. Me he tomado el trabajo de cotejar todos los diarios, y el resultado ha sido concluyente. En todas las listas publicadas aparecen siempre quince nombres, jamás dieciséis. En un primer momento se me ocurrió que alguna de las madres podría haber tenido mellizos, pero en seguida descarté la hipótesis, porque la prensa amarilla, que extrae sus dividendos de lo luctuoso, no hubiese dejado de explotar ese detalle doblemente doloroso. No, la explicación había que buscarla en otra parte, y después de un buen rato de reflexión, la solución me pareció evidente: el decimiosesto recién nacido había sido introducido clandestinamente en la maternidad, y las autoridades, por razones obvias, con el fin de proteger la reputación del

establecimiento, habían decidido ocultarlo.

Los tres miembros del auditorio, inmóviles y silenciosos, están como en un segundo plano respecto de su propia atención, que ocupa el centro de la mente, absorbiendo uno a uno los pormenores del relato, la intención explícita o tácita de las palabras, y movilizando al mismo tiempo las otras funciones que se ponen a su servicio, la inteligencia, la memoria, la intuición, la percepción auditiva que registra el sonido de las palabras y la observación visual que va sacando, de la mímica, las miradas y los ademanes del narrador, un suplemento de sentido que solamente otorga la relación oral de la historia. Cuando un trueno fuertísimo hace vibrar la ciudad entera e, individualmente, cada uno de los objetos vibrátiles depositados en cada una de las habitaciones de cada una de las casas que forman la ciudad, Tomatis efectúa una pausa fugaz destinada a considerar el estruendo, y haciendo

una mueca admirativa que podría ser considerada como una especie de digresión gestual, se queda unos segundos pensativo, y después continúa.

—En la presentación que podríamos llamar analítica de los hechos, a la que optaría para hacer más clara su exposición, Holmes ya iría evocando suficientes elementos que otorgarían verosimilitud a su propia hipótesis sobre lo ocurrido. El poema narrativo —si llego a escribirlo alguna vez— subrayaría con vigor lo siguiente: esa hipótesis, Holmes la habría elaborado sin salir de su habitación, y casi podría decirse sin sacarse más que para ir a dormir su *fumoir* de terciopelo verde oscuro, y casi sin levantarse de su sillón favorito como no fuese para dar algunos pasos por la habitación con el fin de consultar sus archivos personales, desplegar sobre su escritorio recortes de diarios de distintas épocas —algunos incluso de muchos años atrás— y proceder a su estudio comparativo, o consultar alguna obra sobre la

aristocracia inglesa, un tratado acerca de diferentes variedades de sustancias venenosas, su procedencia y sobre todo sus efectos, o si no una guía completa de los ferrocarriles, sus tarifas, sus horarios, sus principales combinaciones, etcétera. Después de esa introducción minuciosa, Holmes expondría rápidamente lo que él llamaría a partir de ese momento «la cuarta hipótesis» fórmula que, por otra parte, si lo escribiese, le pondría como título a mi poema narrativo. Y esa cuarta hipótesis de Holmes sería más o menos la siguiente: durante los meses en que había atendido a Lady M., la enfermera debería haber tenido varias veces la ocasión de cruzarse con el hermano de la enferma, el deportivo y sobresaliente Lord W., de quien Holmes habría podido leer en las notas sociales de algunos viejos diarios que, antes de fundar una familia, habría tenido una vida sentimental agitada. Para Holmes, un temperamento semejante no se perdería con el matrimonio; simplemente se

volvería más discreto. Holmes, entonces, según la cuarta hipótesis, les atribuiría una relación íntima a Lord W. y a la enfermera. Después de la muerte de su hermana, Lord W., a través de su sobrina para no exponerse personalmente, recomendaría a la enfermera para el puesto en la maternidad, y durante las primeras semanas continuaría viéndola en secreto, aunque en determinado momento se produciría una ruptura impuesta no por Lord W., que hubiese preferido seguir gozando discretamente de los atractivos de una hermosa muchacha de veintitrés años, sino por la enfermera, que se habría separado de él con un pretexto cualquiera, sin decirle que estaría embarazada y que deseaba tener la criatura, lo que, debido a su posición social y política eminente, su amante no estaría dispuesto a permitir. Las indisposiciones de las primeras semanas de su llegada al hospital y el hecho de que hubiese engordado bastante en los últimos meses habrían

orientado las sospechas de Holmes en ese sentido y quizás también las de Lord W. Ciertos embarazos no son difíciles de ocultar, y la enfermera podría tener probablemente, según Holmes, dos proyectos diferentes; uno, desaparecer con el niño pocos días después de su nacimiento, otro, exigirle a Lord W. una reparación amenazándolo con un escándalo, lo que se llama vulgarmente un chantaje. Holmes podría comentar con una sonrisa amarga, en tres o cuatro versos sentidos, que eso ya el mundo no lo sabría nunca, pero que de todos modos para Lord W. las dos opciones eran igualmente peligrosas, ya que el padre de dos hijos legítimos que podían aspirar al trono de Inglaterra, no admitiría jamás la posibilidad de que un bastardo anduviese suelto por el mundo. De modo que comenzaría un asedio para obligar a la enfermera a deshacerse de la criatura. Como para un aborto ya sería demasiado tarde, la enfermera empezaría a temer por su propia vida, así que

probablemente, según Holmes, debería haber previsto algún seguro, una carta, un documento en el que, si le ocurría algo grave, se daría a conocer públicamente la situación. Ésa, según Holmes, debería ser la razón por la cual la enfermera había llegado viva hasta el momento del parto, pero las disposiciones que había tomado para sí misma no protegían al bebé, por la simple razón de que el mundo entero, aparte de ella y del eminente miembro de la Cámara de los Lores, ignoraría su existencia. Porque justamente la semana anterior, cuando faltaría varios días del hospital, se habría encerrado en algún lugar secreto a dar a luz a la criatura. Como buena profesional, habría tenido ya todo preparado, y desde los primeros síntomas, se apartaría del mundo en el sitio adecuado, provisto de todo lo necesario, al abrigo de miradas indiscretas y, sin la ayuda de nadie, traería al mundo a la criatura. Holmes —dice Tomatis— haría silencio en ese momento y se quedaría

pensativo, absorto en lo que estaría a punto de decir, y su cara adquiriría una expresión de profunda gravedad, más afín con la tristeza que con la indignación. Y sería en este punto del relato si, desde luego, lo escribiese, donde introduciría los cambios que, en los últimos años se habrían producido en la personalidad de Holmes, ilustrando una vez más cómo la supuesta inmutabilidad del mito se resquebraja y se transforma cuando lo mella, día a día, minuto a minuto, el asedio tenaz de la contingencia. Las ideas políticas y morales de Holmes, que hasta la primera guerra mundial fueron decididamente conservadoras, se habrían ido modificando en la versión que daría de ellas mi poema narrativo, bajo la influencia de ciertos hechos históricos, como la Revolución Rusa, el asesinato de Rosa Luxemburgo, la crisis económica de 1929, el ascenso del fascismo y del nazismo, la guerra de España y las innegables conquistas sociales del

Frente Popular. Habiéndose retirado de la escena pública a la existencia monótona de un rentista desocupado, no sin haber dejado como muchos otros pequeños ahorristas ingenuos, algunas plumas en la Bolsa, con el ocio suficiente para leer cosas un poco más independientes que las que aparecen en los diarios (Spinoza vivía de la óptica, Schopenhauer era rentista, y Nietzsche recibió una pensión vitalicia de la Universidad de Basilea por sus notables servicios prestados como filólogo durante diez años, cuando por problemas de salud tuvo que renunciar a la cátedra, de modo que ninguno de los tres estaba obligado a moderar sus ideas y su expresión para no malquistarse con los que pagan los avisos publicitarios, como lo hacen las empresas periodísticas), Holmes habría ido adoptando poco a poco ideas socialistas, incluso anarco-sindicalistas, para las que, según el juicio clarividente del doctor Watson, por su modo de vida singular y por su personalidad por cierto

inclasificable, parecía tener una predisposición innata. Y el doctor podría contar, sacudiendo suavemente la cabeza al tiempo que sonreiría, que Holmes una vez le habría dicho: *¿Qué se gana con defender el orden establecido, aparte de la aprobación mezquina de aprovechadores y de usureros, y de la admiración equívoca de las almas convencionales?*

—Inspector —dice Tomatis que, si él escribiese su poema, diría Holmes dirigiéndose al inspector en ejercicio—, los que pretenden que no hay nada nuevo bajo el sol, ignoran que la conciencia de los hombres, emancipándose de las condiciones históricas que la determinan, es el factor novedoso que analiza y juzga el acontecer de manera diferente cada vez, y por lo tanto es nuestra conciencia siempre renovada lo que hace que nada se repita. El plan de la enfermera consistía en ocultar el niño entre otros niños, trasapelándolo por decir así entre los quince

recién nacidos de la maternidad. Nada resultaba más fácil; los niños estaban todos en la sala común, de la que los sacaban a horas fijas para alimentarlos, y dejarlos durante un rato solamente, varias veces por día, con las madres que compartían de a tres o cuatro distintas habitaciones de la maternidad. Nunca estaban todos los niños en la sala común; siempre faltaban algunos y, desde luego, porque no existía ninguna razón para que eso sucediera, a nadie se le hubiese ocurrido contarlos. Después del crimen, se silenció la presencia del bebé desconocido para no perjudicar como ya lo he dicho la reputación del establecimiento, pero también hasta no haber averiguado a ciencia cierta de dónde provenía. De todos modos, cuando se efectúe la autopsia de la madre, que creo está prevista para mañana por la tarde, ya no quedarán dudas sobre el origen de la criatura.

Por horrendo que parezca, el crimen de Lord

W. no es sin embargo original; es el mismo crimen de Herodes, y en los dos casos, la masacre de los inocentes tuvo lugar por las mismas razones, porque con su sola aparición el recién nacido ponía en evidencia, en aquellos que estaban dispuestos a aniquilarlo, que el rango superior que se atribuían y que harían cualquier cosa por preservar, lo habían obtenido por medio del crimen, del disimulo y de la usurpación, y que ningún fundamento, como no fuesen la propaganda y la dominación en todas sus formas, les permitía mantenerse en él. Cuando el crimen, como en el caso de Herodes, encuentra un pretexto político, debe volverse ostentatorio para poder predicar su legitimidad. La abominación presente es un acto privado; al realizarlo, el autor ha puesto en juego su nombre, su estirpe, y su propia cabeza, sobre la que ya se proyecta la sombra del patíbulo. Sin embargo, aparte del documento oculto de la enfermera y de algún otro detalle, nada podría

probar lo que sostiene la cuarta hipótesis, a saber que Lord W., cuando comprendió dónde estaba escondido el bastardo, como no pudo obtener de la enfermera que lo identificara, la envenenó disfrazando el crimen de suicidio, y después echó veneno en la leche y en otras substancias que estarían en contacto con los recién nacidos, ya que el veneno es tan poderoso y sus efectos tan fulminantes y singulares, que aun a través del contacto externo es mortal, en todo caso para un recién nacido. Tal es, estimados amigos, mi propia hipótesis —dice Tomatis que Holmes diría si él escribiese su poema narrativo, y que al terminar su largo relato, sacaría otra vez su reloj del bolsillo superior de su *fumoir* verde oscuro, y alejándolo un poco para corregir un fuerte astigmatismo, intentaría descifrar la hora con no poca dificultad.

Durante el verano demasiado largo, la atención se empaña y la inteligencia cabecea; únicamente el cuerpo, a pesar del sopor general, parece gozar

por su cuenta de placeres que son más bien compensatorios, como la frescura, táctil o gustativa, que reequilibra la temperatura, el esfuerzo físico que, aumentando el sudor y el cansancio, permite adquirir por contraste después del reposo una impresión de levedad, o el sexo que, llevando el esfuerzo y la esperanza hasta el paroxismo es capaz de obtener, durante unos segundos, la anulación del Todo, cuya carga, sin saberlo, llevamos siempre a cuestas, o, más modestamente quizás, un relajamiento muscular y mental de lo más agradable. Pero con la primera gran tormenta de otoño, cuando la temperatura, en unas pocas horas, o incluso en unos pocos minutos, baja de varios grados, la alerta es general, y si los sentidos perciben de inmediato, eufóricos, la novedad, el cristal empañado de la mente, desembarazado del vaho del verano, se vuelve otra vez límpido, transparente, ubicuo, rápido y vivaz. En ese estado están ahora, en el bar de la

terminal de ómnibus, en el que empieza a sentirse el primer frescor de la lluvia que retumba en la ciudad entera, Soldi, Pichón y Nula, que escuchan casi sin parpadear las frases bastante bien redondeadas que Tomatis va dejando salir de entre los labios irónicos y oscuros.

En su poema, si él lo escribiese, Holmes diría que, cuando la prueba de un crimen horrendo no existe, habría que incitar al propio criminal a suministrarla. Y guardando otra vez su reloj en el bolsillo superior del *fumoir* de terciopelo verde oscuro, Holmes advertiría a su auditorio: dentro de siete minutos más o menos, mi hipótesis será confirmada o negada según el giro que tomen (o no tomen) los acontecimientos. Y Tomatis dice: Holmes, en verso desde luego, si él escribiese el poema narrativo, les explicaría a sus oyentes, que paladearían escuchándolo su *single malt* o su armagnac del siglo anterior, cuál habría sido su manera de proceder. Un tal Danny el Rata, el

ladrón más hábil de todo el bajo fondo inglés, le estaría debiendo un favor a Holmes, que habría ayudado a mandarlo un año entero a la cárcel —*El año más feliz de mi vida*, diría Danny aliviado y agradecido— salvándolo de esa manera de la horca, porque Danny sería un ladrón tan perfeccionista que, cuando Scotland Yard lo acusaría de un triple asesinato, a él le sería imposible demostrar que a la hora en que ese triple asesinato había sido cometido en Leeds, él estaba en Cornuailles desvalijando una mansión burguesa, a tal punto era el maestro indiscutido en el arte de borrar todo indicio de su paso por los lugares que visitaba. Holmes, que lo habría empleado dos o tres veces antes de esos acontecimientos, sabría que el robo era la pasión exclusiva del Rata y habría demostrado —el inspector Lestrade se acordaría todavía del caso— su culpabilidad en el robo, salvándolo de la horca. De modo que Danny, dice Tomatis que diría

Holmes, no podría negarle ningún favor, y como se habría retirado al campo y viviría a dos pasos de donde habrían tenido lugar los acontecimientos, podría cumplir con el encargo de Holmes de la manera más rápida y eficaz. Y la tarea, diría Holmes en el relato del que Tomatis pretende que, si lo escribiese, compartiría con *Edipo Rey* la particularidad de ser en toda la historia de la literatura los únicos dos relatos policiales escritos en verso, consistió en deslizar, en el departamento de la enfermera, un falso telegrama, fechado hace un mes y medio, redactado en términos misteriosos que únicamente el autor de la cuarta hipótesis y la persona al que esa hipótesis designa como al presunto culpable podrían entender, un telegrama que sugiere veladamente que el «documento» revelador está en buenas manos, en el departamento del firmante, un tal S. H., en 221 bis Baker Street. Holmes diría que el Rata debía dejar el telegrama, como si hubiese estado oculto ahí

desde semanas atrás, entre las hojas del Nuevo Testamento, en el capítulo 2 del Evangelio según San Mateo, y que, antes de irse, tenía que marcar con una cruz bien visible, el versículo 16 de ese capítulo ya que, con todos esos detalles, el asesino comprendería que sus intenciones ya habrían sido previstas por la enfermera y que otra persona estaría al tanto de la verdad, por lo cual no le quedaría más alternativa que venir a buscar la carta en la que la enfermera explicaría en detalle la situación. Lo que el asesino ignoraría según Holmes, dice Tomatis, es que al venir a buscar una prueba inexistente, traería consigo dos pruebas verdaderas, irrefutables, aplastantes, que bastarían para mandarlo a la horca. La primera, de orden material, lo condenaría de inmediato; y aunque la segunda sería de orden puramente intelectual y tal vez ningún jurado la aceptaría, para Holmes tendría un valor más decisivo que todos los indicios materiales reunidos, porque el telegrama

habría sido redactado de tal manera, en acuerdo tan estrecho con la cuarta hipótesis, que únicamente el asesino podría comprender su verdadero significado, arriesgándose por esa razón a venir a Londres a buscar el «documento», aunque sin duda pretextaría haber hecho el viaje para consultar al gran detective con el fin de solucionar el caso, secretamente convencido de que las facultades de Holmes habrían disminuido con la vejez, y que no corría ningún riesgo consultándolo sino que, muy por el contrario, con su elaborado sentido de la publicidad, mostrándose en público con el gran detective, del que muchos ignorarían que siguiera todavía vivo, acentuaría ante la opinión su supuesto deseo de querer resolver realmente el enigma.

Holmes diría que Danny el Rata habría puesto el Nuevo Testamento en ligera evidencia esa mañana, y, según Tomatis, Lord W. habría registrado por segunda o tercera vez el

departamento de la enfermera (en tanto que principal benefactor de la maternidad y en tanto que personaje eminente podría permitírsele todo y cualquier pretexto le serviría para entrar y salir a sus anchas por todas partes) y habría terminado por encontrar el telegrama, ya que si Danny el Rata lo decidía así, las cosas no podrían desarrollarse de otra manera. Tal vez podría declarar su intención de contratar a un gran detective londinense, sin dar nombres, pero Tomatis confiesa que ese punto todavía no lo tiene resuelto. Y Holmes diría que el único tren de la tarde que para en esa pequeña ciudad sale de ella a las 18.30 y le pone tres horas diez hasta Londres, de modo que habría llegado a las 21.40. El tiempo de recorrer el andén y el hall de la estación, llegar a la parada de taxis y esperar el turno de tomar uno, oscilaría para Holmes entre ocho y once minutos, y de Charing Cross a Baker Street, a esas horas de la noche un día de semana, calcularía entre veinte y

veintidós minutos, lo que en total agregaría a las tres horas diez entre treinta y treinta y tres minutos. O sea que si ha tomado el tren como lo tengo previsto, dice Tomatis que si él escribiese su poema diría Holmes, tendría que estar aquí entre las diez y diez y las diez y trece minutos. Yo miré mi reloj a las diez y seis minutos. ¿Qué hora marca su reloj pulsera, inspector? Y dice Tomatis que el inspector en ejercicio, con la voz un poco ronca, respondería: «Las diez y doce minutos, señor Holmes». Y dice Tomatis: un silencio total reinaría como se dice después de esas palabras en la habitación, un silencio semejante al que podría reinar en un universo extinguido. Durante treinta o cuarenta segundos no se oiría en todo Londres el más imperceptible ruido. Y de pronto podría empezar a oírse el motor inconfundible de un taxi, una frenada, el ronroneo del motor en marcha que deja oír en general un auto provisoriamente detenido, y unos instantes más tarde un portazo, el

taxi que arrancaría nuevamente y se alejaría por Baker Street al oeste, y un ruido de pasos y por fin, después de un silencio vacilante de cinco a seis segundos, el timbre de la puerta de calle.

Mientras oirían a la señora Hudson abrir la puerta, intercambiar dos o tres frases con el visitante e invitarlo a subir las escaleras, Holmes, en un murmullo casi inaudible según Tomatis, explicaría a sus visitantes que el veneno empleado para cometer la abominable masacre sería una sustancia rarísima, inconfundible por sus efectos, extraída de una planta que únicamente crece en la selva brasileña y que una sola tribu, ignorada por el mundo entero, salvo por los especialistas en sustancias tóxicas, lo fabricaría. Ahora bien, sería notorio, según Tomatis, que Lord W., poniendo en práctica el conocido espíritu deportivo de los ingleses, habría remontado el Amazonas en canoa, y que se habría hecho fotografiar con los miembros de esa tribu —sin

mencionar para nada el veneno desde luego— y que esa fotografía habría aparecido en todos los diarios a su regreso de la expedición. Holmes agregaría que, habiendo observado atentamente la otra fotografía de Lord W., la fotografía de la cesión de los terrenos para la construcción de la maternidad, habría podido comprobar que Lord W. aparecería en ella firmando el documento con la mano izquierda. Así que, si como Holmes lo pensaría, Lord W. vendría con la intención de recuperar el «documento» y suprimirlo después, debería ser en el bolsillo izquierdo del saco donde traería el frasco de veneno. Y que en ese momento golpearían a la puerta —Holmes le habría recomendado a la señora Hudson que si un hombre preguntaba por él alrededor de las diez de la noche le indicara la puerta del salón y lo dejara subir sin acompañarlo— y Holmes le haría una seña al inspector en ejercicio para que fuese a abrir. En el umbral, Lord W., desconcertado,

echaría una mirada al interior, sin ver más que a los tres ancianos que lo contemplaban, porque el inspector en ejercicio habría quedado oculto, con un movimiento deliberado, detrás de la puerta abierta. Con una expresión que después de unos segundos de vacilación aparecería en su rostro y que traducida a palabras significaría más o menos: *Después de una enfermera y de dieciséis criaturas, tres viejos decrepitos no le cambian nada al asunto*, Lord W. se decidiría a dar algunos pasos hacia el centro de la habitación, pero al oír la puerta que se cerraría a sus espaldas y al descubrir la presencia del inspector en ejercicio, y sobre todo la expresión con la que el inspector en ejercicio lo observaría, comprendería confusamente lo que estaba sucediendo. La apariencia civilizada de su cara se borraría y, en su lugar, los belfos intolerables de la bestia que, a causa de su deseo demente de supremacía y de persistencia, humilla, desgarrar y mata, se harían

manifiestos en sus rasgos atormentados. Dando un salto hacia atrás, metería la mano en el bolsillo izquierdo del saco y la volvería a sacar aferrando un frasquito de vidrio marrón, al mismo tiempo que el inspector en ejercicio se arrojaría sobre él. Y mientras tanto, parándose con agilidad y recobrando la voz imperativa y firme de sus años de madurez, Tomatis dice con voz calma en el bar de la estación que si él escribiese algún día su poema, Holmes gritaría:

—¡Impídale tomarlo, inspector! ¡La horca estaría menos ocupada en sofocar a los hijos del pueblo si recibiese con más asiduidad las testas coronadas!

En un cuarto de hotel

El cliente, durante un largo rato, se contempla, abstraído, en el espejo. Su vida pasada y sus proyectos inmediatos no bastan para distraerlo completamente de su cara, de su cuerpo desnudo. Ha engordado un poco tal vez. Ya no anda lejos de los cuarenta. ¿No está empezando a volverse transparente para las mujeres? Unos años más y será como esos hombres maduros, o esos viejos que se parecen todos entre sí, y que deambulan en las ciudades, ignorados por la muchedumbre, grises y anónimos. Recién ahora está empezando a comprobar que la vejez, que en su primera juventud había pensado que era la edad de la sabiduría, no es otra cosa que una inmersión irreversible y lenta en la bestialidad. De los años vividos ya no le va quedando más que la carne corruptible.

Pero esos pensamientos pasan rápido. Su compañera de viaje, que se ha demorado en la playa, entra brusca en el cuarto de baño y, rozándolo al pasar, comienza a desnudarse junto a la bañadera. El cliente la contempla a través del espejo: la carne firme, tostada, de la muchacha, se vuelve como más irrefutable y salvaje cuando ella se desata los cabellos y los desparrama con dos o tres sacudidas hábiles sobre los hombros. Después la ve refregarse la carne dura bajo la ducha, con los ojos cerrados y la cabeza alzada que esquiva sin embargo a medias y como por instinto la lluvia espesa. El recuerdo de su propia corruptibilidad se esfuma de la mente del cliente, arrasado por esa presencia densa, persistente, por esa masa de vida nítida que llena el cuarto de baño iluminado, dándole realidad y sentido.

Mientras lo ve pagar la cuenta en el restaurant, la muchacha piensa que ese hombre con el que vive desde hace quince meses no le ha entregado,

al fin de cuentas, todos sus secretos. ¿Cuál es la causa de esos silencios, de esas miradas sombrías, de esas respuestas bruscas a las que suceden, debe reconocerlo, disculpas inmediatas y sinceras? Y sin embargo, desde fuera presenta un aspecto tan saludable, tan compacto y enérgico. La enfermedad, se dice la muchacha, en esta pareja, vendría a estar más bien a mi cargo: soy bastante inestable, y mis exigencias de continuidad, de apoyo incondicional, tal vez representan para él una carga insoportable. Debería, piensa generosa, ser más abierta en el futuro, vivir el tiempo sucesivo sin obstinarme en organizarlo de antemano. Y cuando están saliendo del restaurant la muchacha, después de haber rechazado, con optimismo o tal vez con resignación, sus pensamientos problemáticos, se abandona al ademán amplio del hombre que le rodea los hombros con el brazo y la atrae hacia su pecho. Así atraviesan, lentos y felices, la ciudad desierta

en dirección al hotel, en el que una hora más tarde, echados desnudos en la cama, después de copular, se abandonan, separadamente, a sus propios pensamientos y a esa disgregación lenta que precede al sueño, de la que es difícil determinar si es producto del cansancio o bien si la negrura en la que culmina no es más que el estado verdadero y continuo de la mente. Ronquidos, espasmos, suspiros y quejidos llenan, intermitentes, el silencio oscuro del hotel.

El gerente, que está en la portería desde las ocho, los ve salir del ascensor con las valijas un poco antes de mediodía y les da la cuenta ya lista, recibiendo el dinero y guardando el vuelto que el cliente, con un movimiento de cabeza que indica los pisos superiores, ha dejado de propina para las mucamas. Después los ve desaparecer por la puerta de calle, amplia y entreabierta, y los olvida casi de inmediato, mientras hace desaparecer el original de la factura —el duplicado se lo ha

llevado el cliente— entre las hojas de un libro de caja clandestino en el que va llevando, para reducir sus impuestos, una doble contabilidad. En el hall del hotel, un poco pretencioso y ya pasado de moda, no hay nadie a esa hora. El sol de septiembre entra por el ventanal que da a la vereda. Los sillones están vacíos y el televisor apagado. Durante dos o tres minutos no pasa nada (el gerente se ha quedado inmóvil junto al mostrador, pensando no sabe bien qué), hasta que de golpe, el ruido familiar del ascensor, que alguien ha debido llamar desde los pisos superiores, empieza a oírse en el hall iluminado.

Madame Madeleine

Esta señora, que vive en París desde el final de la Segunda Guerra, es en realidad normanda. Se casó con un ingeniero, especialista en telecomunicaciones, en 1950, y tres años más tarde nació su única hija, Muriel.

En 1961, una avioneta del ministerio de Comunicaciones se estrelló en los Pirineos y el piloto y los cuatro pasajeros, todos técnicos de la compañía pública de teléfonos, murieron en el accidente. El marido de madame Madeleine era uno de ellos, pero al morir dejó un seguro importante, una pensión confortable y un interesante patrimonio inmobiliario, lo que le permitió a madame Madeleine encarar con cierta tranquilidad la larga viudez que comenzaba. Había sido feliz con su marido, de modo que la posibilidad de un nuevo casamiento ni siquiera la

rozaba. Ningún hombre hubiese podido substituir a su marido según ella pero, por sobre todo, no lo consideraba necesario. La evocación agradecida y melancólica del ingeniero y la educación de su hija ocupaban enteramente las horas de su viudez.

Muriel creció, atractiva y vivaz; era una adolescente un poco turbulenta en la que los tiempos que cambiaban parecían tener una influencia mayor que el departamento burgués en el que vivía con la viuda atildada y respetable que la había traído al mundo, pero a pesar de sus diferencias las relaciones entre la madre y la hija eran, no únicamente buenas, sino también afectuosas y sinceras. Se comprendían a medias, pero tenían confianza una en la otra. La soledad y el buen pasar, la inactividad sin apremios, volvían conformista a la madre, en tanto que la muchacha parecía haber heredado algo del alma aventurera del ingeniero, que creía en la mecánica ondulatoria como otros en las letras de un libro mágico, y

estaba convencido de que con su aplicación práctica el mal —la incomunicación— sería aniquilado. En 1968 Muriel, que tenía quince años, se mezcló con la muchedumbre de jóvenes que, en las calles del Barrio Latino, salían en las mañanas de mayo a *cambiar la vida*. Y aunque en los años que siguieron esa esperanza juvenil se disipó, Muriel se inscribió en la Facultad de Medicina movida por una especie de obsesión humanitaria.

Madame Madeleine, que no ignoraba esa obsesión, no se sintió del todo descontenta con la elección, pensando que la carrera era respetable, y que con la madurez un uso más convencional del diploma terminaría por imponerse a su hija, pero en realidad, con el tiempo, las cosas empeoraron. El pionero que la había engendrado una mañana de la que todavía, casi un cuarto de siglo más tarde, madame Madeleine guardaba fresco el recuerdo, hervía decidido y enérgico en las venas de la muchacha, y apenas tuvo su diploma Muriel se

inscribió en una de esas organizaciones de médicos que, desde las naciones ricas que contribuyeron a despojarlos, mandan misiones sanitarias a los países pobres.

Las relaciones entre las dos mujeres se degradaron. Los mismos rasgos de carácter que la habían seducido en el padre, le resultaban a madame Madeleine insoportables en la hija. Y, como sucede en ese tipo de rencillas familiares, de lo más banales por otra parte, por orgullo u obstinación, las posiciones, discretamente opuestas al principio, a medida que iba pasando el tiempo se radicalizaban. Casi de un modo sistemático, y aunque no había ninguna deliberación en ellas, sus opiniones eran siempre contradictorias. Mientras Muriel se abría al mundo, su madre se cerraba. A la hija, el confort europeo le resultaba moralmente abominable, un simulacro de civilización, y era en las aldeas perdidas de África, del Lejano Oriente o de

América latina donde según ella se manifestaba la realidad de la vida. Para la madre, por el contrario, en lo exterior del círculo claro de valores burgueses en cuya zona, cada día más, se atrincheraba, reptaban sombras confusas, tan poco humanas en apariencia que era difícil identificarse con ellas, y que le parecían incomprensibles y amenazadoras. Un desdén por lo extranjero, lo lejano, la inducía a arrojarse en una especie de culto por lo local, por las formas de vida que practicaban los que se le asemejaban en su aspecto físico, en sus costumbres, en su vestimenta, en las cosas que comían, en la decoración de sus casas, etcétera. Y para la hija, en una obcecación antitética, la pobreza, la piel oscura, la intemperie, eran prueba suficiente de integridad y de inocencia.

Durante los dos o tres primeros años de las actividades de Muriel, las dos mujeres sufrían y rabiaban, hasta que un día en el que la hija vino a

anunciarle su casamiento, la ruptura se produjo. No había habido ninguna provocación, consciente por lo menos, en la elección del marido, pero lo cierto es que era árabe, argelino para ser más exactos, o sea, para la madre, que revivía viejas conversaciones políticas con el ingeniero, originario de las filas del enemigo. A decir verdad, aunque su tipo árabe era pronunciado hasta la caricatura, lo realmente molesto era su adaptación casi demasiado perfecta al modo de vida francés, del que imitaba hasta los tics más superfluos y llamativos. Era médico como Muriel, pero sus ideas sobre la profesión eran más afines con las de la madre que con las de la hija, y había instalado su consultorio en un barrio bastante burgués de la Rive Gauche.

Todo eso madame Madeleine lo supo un año después del casamiento, cuando, al cabo de cierto tiempo de vivir distanciados, el viejo afecto terminó prevaleciendo y tuvo lugar la

reconciliación. Un domingo, la hija y el yerno vinieron a almorzar a la casa materna. Muriel se mostró afectuosa y contenta con el reencuentro, y su marido le pareció a madame Madeleine educado, discreto y lleno de consideración hacia su persona. Pero su aspecto tan típicamente árabe la incomodaba. Hubiese querido presentárselo a sus amigas, pero más de una vez había coincidido con ellas en lo desagradable que eran los rasgos exteriores de esa raza y de ese pueblo que tantos conflictos había motivado a su propio país. A causa quizás de su mimetismo con todo lo que fuese francés, Ahmed la fascinaba y la repelía a la vez. Aunque cualquiera que fuese el tema de discusión él estaba siempre más cerca de sus posiciones que de las de Muriel, madame Madeleine hubiese preferido tenerlo como antagonista y no como aliado. Y si bien no tenía nada concreto que reprocharle, no podía reprimir en su interior, aunque hacía muchos esfuerzos para

disimularlo, el inextinguible reproche de haberse casado con su hija, de haber traído lo extranjero al interior mismo de la fortaleza en la que, al igual que tantos otros semejantes a ella, se había retirado. Y al cabo de algunos meses de almuerzos dominicales íntimos y un poco aburridos, Muriel le anunció que estaba embarazada.

Cuando el niño nació, el parecido con su padre le resultó a madame Madeleine casi humillante: ni un solo rasgo normando se había intercalado en la criatura para atenuar la ortodoxia semítica de su aspecto físico. Muriel quería darle un nombre africano, pero Ahmed insistió y obtuvo Claude, por Claude Bernard, como homenaje al creador de la medicina experimental, lo que no dejó de sugerir a la abuela que ese nombre era un anacronismo si se tenía en cuenta al ser que designaba, y que tal vez hubiese sido preferible que un nombre más adecuado a su aspecto exterior lo nombrara. Esas reflexiones eran fugaces,

atenuadas, más parecidas a sensaciones vagas que a pensamientos, y una especie de estoicismo la inducía a ocultarlas, de modo que su reticencia se parecía menos al reproche que a la tristeza, y la hija y el yerno la ignoraban, aunque las relaciones, sobre todo con Muriel, eran a la vez cordiales y distantes. Madame Madeleine se sentía tironeada entre su familia y sus amistades, sin decidirse a romper con ninguna de las dos. A veces, cuando estaban demasiado ocupados, la hija y el yerno le dejaban al nieto un día entero, y ella lo cuidaba, le compraba juguetes, le daba de comer, y aunque no lo desquería, tampoco sentía un afecto particular por ese extranjero diminuto, de piel oscura, labios protuberantes y pelo enrulado que, a parte de sus padres y de ella, no tenía a nadie más en el mundo.

Una vez, como tenían que asistir a un congreso, Muriel y su marido se lo dejaron por un fin de semana, y aunque únicamente habían ido en auto hasta Avignon, nunca más volvieron a buscarlo: un

accidente en la autopista los mató a los dos, y la muerte de Muriel, si se piensa en la del ingeniero, podría darle la razón a los que piensan que también las muertes por accidente pueden ser hereditarias (después de todo, también existen los que afirman haber descubierto los genes del suicidio). Lo cierto es que cuando terminó de llorar a los padres, y madame Madeleine quedó sola con su nieto, el dolor empezó a disiparse al paso del presente que afloraba con su curiosa realidad. El chico, que tenía dos años y medio, parecía ignorar la muerte de los padres, y se aferraba al cuerpo caliente y blando de la abuela. Madame Madelaine sabía que nunca lo abandonaría, y que a pesar de haber rechazado siempre, sin saber por qué, lo extranjero, por una ironía del destino debería resignarse a admitir que, a causa del cuerpecito oscuro que se pegaba obstinadamente al suyo, de ahora en adelante lo extranjero, lo exterior, era ella la que lo

encarnaba.

Lo visible

A treinta kilómetros de la planta, una semana, quince días después del incendio y de la explosión del reactor, estaba prohibido quedarse y hasta pasar por ahí aunque más no fuese rápidamente, pero poco a poco la vigilancia se fue relajando y al mes nosotros, los viejos, nos dimos cuenta —y lo comentábamos riéndonos— de que a los jóvenes lo que los había hecho emprender la fuga no era tanto el miedo como la esperanza, eso de lo que nosotros, desde hace cierto tiempo, ya estamos al abrigo. Así que, sin ponernos de acuerdo, siguiendo cada uno por nuestra cuenta el mismo razonamiento, uno por uno, fuimos volviendo a instalarnos en esos pueblos donde habíamos nacido, esos pueblos por los que habíamos visto pasar los zares, la guerra civil, la revolución, las purgas, las invasiones, la tiranía, la muerte, pero

también los casamientos, los partos, la infancia, las fiestas, los trenes, las cosechas.

Más tarde, los jóvenes también empezaron a volver, pero los viejos fuimos los primeros y aunque como antes (aunque por ahí, entre treinta y cero kilómetro del sarcófago que cubre el reactor ya por muchísimo tiempo o tal vez nunca más nada volverá a ser como antes) respirábamos el mismo aire y caminábamos sobre la misma tierra, entre ellos y nosotros existía una diferencia de peso: si a ellos les costaba creer en la realidad mortífera de lo invisible que la explosión había desencadenado, a nosotros esa realidad nos era indiferente. Ya nos sabíamos condenados mucho antes de la explosión, a corto y a largo plazo. Así que, como habíamos evacuado el pueblo contra nuestra voluntad, a los quince días nomás volvimos. Después de tantos años de venir sobreviviendo, ya estábamos habituados a sentir cómo desde lo oscuro la punta de lo invisible taladraba el tiempo y las cosas.

Dicen que a los bomberos que fueron en las primeras horas a combatir el incendio, los pocos minutos en que cruzaron por el aire lleno hasta rebalsar de lo invisible bastaron para desintegrarlos, y a los que estuvieron a cincuenta metros, a las pocas horas no les quedaba, ni por dentro ni por fuera, ningún rasgo humano. Pero a treinta kilómetros, la acción de lo invisible se parece al designio habitual de lo exterior, que da y retira, edifica y derrumba, y con la misma obstinación imperturbable cuaja las formas repitiéndolas hasta la náusea con el solo fin de, un poco más tarde, desfigurarlas y disgregarlas, moliéndolas tan fino que terminan por ser otra vez irreconocibles, mezcladas al polvo gris y anónimo del tiempo abolido.

Cuando únicamente los viejos habíamos vuelto, fueron días verdaderamente felices. Nos conocíamos todos desde la infancia; habíamos trabajado en las mismas fábricas, en los mismos

campos, combatido en las mismas trincheras, bailado y bebido en las mismas fiestas, y muchos miembros de nuestra generación, en tiempos de guerra por ejemplo, habían compartido hasta la misma muerte y aun la misma tumba apresurada e ignota. Y por primera vez desde nuestra infancia, ya no había zares, no había partido, no había destacamento militar, ni superiores, ni espías, ni jefes, ni prédicas sinceras, ni consignas paternas, ni comisarios políticos, ni instructores militares o civiles, ni monjes ni popes: habíamos franqueado la línea más allá de la cual reinaba, omnipresente y mortal, lo invisible, internándonos en una zona en la que al parecer ninguna jerarquía ni ningún discurso eran todavía válidos, y esa situación inédita nos confería una libertad incomparable.

Todo nos pertenecía, casas, huertas, jardines, despensas y bodegas. Como habíamos conocido no pocas veces la escasez y también el hambre, no ignorábamos el valor de la abundancia, y por

primera vez supimos lo que era gozar de ella. Bastaba agacharnos para recoger la ensalada, los tomates, las frutillas que ni siquiera habíamos plantado —los que lo habían hecho estaban lejos, en la ciudad, en lo de algún pariente, en el hospital, en el cementerio tal vez ahora. Todo eso era secundario porque, a decir verdad, y aunque durante incontables generaciones sus antepasados habían vivido en la región, ellos nunca más volverían. En las bodegas, las botellas de vodka, de vino, y hasta de champagne en la casa de algún personaje importante, se alineaban, ofrecidas, esperándonos. Las vacas daban más leche de la que podíamos tomar, las gallinas más huevos de los que requería cualquier tortilla, y los pollos, los patos, los cerdos y los corderos que sacrificábamos, anticipándonos a los soldados que tenían orden de matarlos y de enterrarlos o quemarlos, y que poníamos a asar en los jardines (no hay que olvidar que estábamos en primavera),

más abundantes que en cualquier fiesta a la que, en nuestra vida ya demasiado larga, hubiésemos asistido. De manera que los perros y los gatos que se habían dispersado por el campo, porque también a ellos los soldados debían matarlos donde los encontraran, volvieron con la confianza restaurada, y si en los primeros días estaban todavía un poco ariscos, casi en seguida se apaciguaron. Así nos encontraba, en ese período feliz, el fin del día; reunidos alrededor de una mesa bien puesta, brindando y conversando, cantando las mismas canciones que contaban viejas historias acaecidas hacía años en la región, hablando de vivos y de muertos, y todos esos animales que se habían aliado con nosotros, pareciéndonos un poco en el hecho de que, por ignorarla, eran tan indiferentes a la muerte como habíamos llegado a serlo nosotros, resignados de saberla tan inevitable y cercana.

No habíamos sido en nuestra juventud

únicamente obreros, campesinos, soldados. Algunos, en nuestros ratos libres, tocábamos el violín, escribíamos versos o memorias, montábamos alguna que otra obrita de teatro. Yo, por ejemplo, en los años veinte, había ido un tiempo a la escuela de bellas artes de Vitebsk, y aunque mi talento es muy inferior a mi pasión por la pintura, desde entonces, cuando me venían ganas, dibujaba alguna cosa o distribuía un poco de pintura sobre una tela. Mi maestro había nacido no demasiado lejos de la zona, y había jugado de chico en lugares parecidos a los míos. Era capaz de observar las líneas ideales y las correspondencias secretas de lo visible, hasta vaciarlo de la materia perecedera, la que hoy es atacada y corrompida por lo invisible, y a pintar su forma inalterable y eterna. Cuando buscaba los contrastes, eran siempre los más despojados y sutiles, negro sobre negro, gris sobre gris, blanco sobre blanco. Al volver a las formas y a las

figuras, después de su paso por el despojamiento extremo, sus personajes habían perdido todo rasgo individual y no pocos de sus atributos humanos. Los que le reprochaban que pintara esas formas incompletas —campesinos sin cara, sin brazos, criaturas vagamente familiares y a la vez tan extrañas— ignoraban el elemento profético que las justificaba, porque unas pocas décadas más tarde en los mismos jardines de su infancia, a causa de la propagación de lo invisible, empezarían a proliferar seres sin cara, sin brazos, formas caprichosas y vivas en las que una especie nueva y diferente de la nuestra parecía estar encarnándose. Tal vez a través de esas formas genéricas, humanas e inhumanas a la vez, trataba de figurar también lo que nuestro siglo estaba haciendo de las criaturas que se agitaban en él y del lugar en el que habían surgido y las había cobijado. Cuando los que mandaban querían propagar el trabajo, mi maestro reivindicaba la pereza, y donde otros pretendían

imponer a toda costa el contenido edificante, él explicaba el esquema ideal del universo, saludando la enseñanza inagotable de la forma y de su centelleo colorido. De su proximidad rigurosa y mágica me quedó el gusto exaltante de lo visible.

En mis ratos de ocio, entonces, los que me dejaron las interrupciones causadas por el trabajo, la guerra, el exilio, mi vida familiar también, mi mujer, mis hijos, mis amigos y mis enemigos, el estudio de lo visible, las fases diferentes de un mismo objeto o de un mismo lugar en diferentes horas del día o en diferentes estaciones del año, fueron mi manera de buscarle un sentido al mundo. Ese sentido es simplemente la yuxtaposición, en la memoria, de los estados sucesivos de una presencia cualquiera, interna o exterior, al paso de los minutos, de las horas, de los meses o de los años. Tomar conciencia de esa sucesión es lo que le da sentido al mundo, no el sentido que preferiría

nuestro deseo, sino el de las cosas como son. Ningún objeto es constantemente idéntico a sí mismo. Un tomate, por ejemplo, nunca es única y verdaderamente rojo. Si creemos que es rojo y única y verdaderamente rojo, ese prejuicio nos impide percibir sus estados sucesivos y por lo tanto, al cegarnos para lo que las cosas son íntimamente, nos ciega también para entender el sentido de nuestra existencia. El mismo tomate cambia muchísimo al paso de los días desde que aparece en la planta hasta que es arrancado y depositado en un plato, pero no más de lo que cambia en ese plato durante las horas del día o en unos pocos segundos, cada vez que mi mirada se fija en él y me permite tomar conciencia de su presencia. En mi memoria sigue cambiando a través de infinitas e imprevistas transformaciones. Tanto como en lo exterior, cambia de forma, de color, de estado, y por último de sentido. En mis ratos libres, con mis modestos medios de

expresión, me dedicaba a pintar la misma cosa muchas veces —un tomate, una silla, un jardín o un árbol, una cara, una colina, siempre los mismos de ser posible, la misma silla, la misma colina, la misma cara (la mía) durante cincuenta años. Saber que las cosas son y no son al mismo tiempo: eso es lo que pone de manifiesto el sentido del mundo. Una cosa cualquiera, pero también su imagen pintada, aunque parezcan fijas y en reposo, son a pesar de esa firmeza aparente, el teatro discreto donde se representa a cada instante una escena vertiginosa.

La explosión, activando lo invisible, acabó con esa discreción benévola que, si al fin de cuentas terminaba también por dissociarnos, gracias a la lentitud con que nos derruía, nos permitía cierta ilusión de permanencia. La explosión vino a expulsarnos de nuestra patria común, que es lo visible. Únicamente los viejos, a causa del poco tiempo que nos quedaba, podíamos desafiar lo

invisible, ya que sus estragos se confundían con los términos habituales que nos fueron acordados. Cuando se ignora la esperanza la adversidad, por obra de ese desdén obligado, queda de inmediato abolida. Así que al empezar, uno a uno, a desplomarnos, la evidencia de ese final, inscripto ya desde hacía mucho tiempo en nuestros planes, no nos permitía derrochar las pocas fuerzas que nos quedaban con el gasto superfluo de la prudencia. Lo cierto es que durante cierto tiempo, en ese territorio que todos habían abandonado, por primera vez en nuestra larga vida el mundo estuvo hecho a la medida exacta de nuestros deseos. Fue un período breve de placer y de calma, durante el cual sin deberes, sermones o amenazas, gozábamos del mundo adverso y precario. Es verdad que las cosas, durante esa primavera —la explosión había sido en abril— eran, por su tamaño, su color o su forma, un poco diferentes de lo que siempre habían sido, como si a causa de la explosión un nuevo

mundo, colateral del primero, pero que terminaría suplantándolo por completo, hubiese empezado a proliferar. Al poco tiempo, también nosotros formábamos parte de él, porque lo invisible nos había alcanzado, infiltrándose en nuestro cuerpo, y cuando el ejército vino a evacuarnos, los soldados, que sin embargo actuaban con firmeza no exenta de compasión, evitaban en lo posible nuestro contacto, y aun nuestra proximidad, porque éramos ciudadanos de ese mundo nuevo que ellos creían circunscripto a un radio determinado pero que en realidad, gracias a esa explosión providencial, había comenzado una expansión tal vez ya infinita. Por otra parte, si fuimos los pioneros de ese mundo desconocido, las multitudes nos siguieron, porque al poco tiempo las leyes que anatematizaban el espacio prohibido se relajaron, y la circulación permanente entre ese espacio y el de afuera, fue haciéndose cada día más banal. Ya no se sabe quién está adentro o

afuera de esa germinación hormigueante.

Los militares y los hombres de ciencia nos trataban como a objetos o criaturas de esencia y de uso desconocido, aislándonos en habitaciones vacías y blancas después de haber quemado nuestra ropa y el resto de nuestras pertenencias, y de habernos hecho tomar varias duchas de las que salía una lluvia enérgica en cuya composición era evidente que entraban, además del agua, algunos aditivos que me hubiese resultado imposible identificar. ¿Pero acaso el agua que conocemos es únicamente agua, siempre idéntica a sí misma, siempre del mismo color, a la misma temperatura, compuesta por los mismos elementos? Todo lo que llamamos mundo, su totalidad o cada uno de los objetos que lo componen son, ya lo sabemos, uno y múltiples a la vez, como la luz, por ejemplo que, presente hasta en los más remotos confines del universo, es brillante o transparente, invisible o dorada, blanca o multicolor.

Ya me cuesta cada vez más levantarme de la cama, pero creo que ese desgano se debe menos a una supuesta enfermedad, que a la obligación que se me ha impuesto de no salir jamás de mi pieza blanca, en la que únicamente hay una cama metálica, una silla metálica y una mesita metálica. Así que me quedo en la cama echado de espaldas, mirando el cielo raso blanco. Una vez por semana cambian las sábanas, la ropa blanca, y las llevan a quemar. Creo que harán lo mismo conmigo: para muy pronto, me esperan íntimas, radicales, inconcebibles transformaciones. Por ahora, lo visible, concentrándose en el cielo raso blanco, me permite entrever, en los diferentes estados del torbellino vivaz que hierve bajo la superficie impasible, la inestabilidad esencial del universo, y los terribles dolores que me predicen ciertos destellos de compasión en la mirada de alguna enfermera, no son más que un instante pasajero en los cambios que se avecinan. Dejo mi patria

viviente y colorida por una oscuridad tal vez menos engañosa. Es más que probable que, privado de exaltación pero también de pena, visto desde algún imposible exterior, el mundo sea neutro y blanco.

Cosas soñadas

Para Carlos Giordano

Como dice Tomatis, a pesar de su diploma de letras, obtenido en uno de los establecimientos de la *Ivy League*, Gabriela, la hija mayor de Barco (la menor se ha aficionado a las disecciones en la facultad de medicina), «padece una fuerte vocación literaria». Y lo que es peor, agrega siempre con un aire resignado que no consigue disimular su intensa, por no decir infantil satisfacción, es que ha decretado declararme, para platicar sobre la materia, su —como se dice ahora— «interlocutor privilegiado».

La chica, si bien no somete a su consideración cada texto que escribe, tiene una inclinación marcada a discutir con Tomatis problemas de método, de teoría, de especulación literaria, sobre

los cuales ha leído desde luego mucho más que Tomatis pero a quien, con la ingenuidad de los jóvenes que suelen atribuirles a las personas mayores que quieren desde la infancia una especie de infalibilidad, considera como una autoridad en casi todas las ramas del arte, de las letras, de la ciencia y de la filosofía, reputación que con cierta inescrupulosidad y blandiendo vagos pretextos pedagógicos Tomatis se abstiene, desde que Gabriela era adolescente, de rechazar como innecesaria. «Ya se irá dando cuenta sola», murmura a veces, un poco molesto por la mirada irónica con la que Barco lo observa interpretar su papel de, como dicen, maestro de la juventud.

Como viene a enseñar a la facultad de Rosario, de tanto en tanto Gabriela se da un salto hasta la ciudad, para visitar a sus primos y primas y a algunos amigos de infancia, porque cuando Barco y Miri se mudaron a Buenos Aires, obligados por las circunstancias políticas, ella tenía ya trece

años. Antes de irse a los Estados Unidos a terminar su carrera, en la época en que la situación se calmó un poco, Gabriela había tomado la costumbre de pasar las vacaciones en la ciudad entre la playa de Guadalupe, antes de que la cubriera definitivamente la inundación grande, la casa de fin de semana que tenían en Sauce Viejo los padres de su primer novio, y la playita de Rincón. Tanto había oído hablar de los años dorados de la generación anterior —la de sus padres, Tomatis, Rita Fonseca, los mellizos Garay, etcétera— que se había dejado obnubilar tenuemente por una especie de bovarismo intelectual que transfiguraba el mundo a su alrededor convirtiendo los arduos lugares donde había transcurrido la juventud ardua de sus padres y de los amigos de sus padres en una sucursal del paraíso. Puedo entrar no dos, sino muchas veces en el mismo río, desde noviembre a marzo, y sobre todo si se trata del Coronda o del Ubajay, le

gustaba decir a Gabriela, suspirando de nostalgia, en los inviernos de Rosario o de Caballito. Era evidente que, a diferencia de sus mayores para quienes lo exterior había consumido ya su cuota exigua de magia, para Gabriela la magia empapaba el mundo, y la surgente de su chorro luminoso no debía estar lejos de Paraná, de la laguna Setúbal o de San José del Rincón.

En sus escapadas a la ciudad, con o sin novio, sola o acompañada, Gabriela nunca dejaba de visitar a Tomatis, al que llamaba Carlitos, como si ella fuese mayor que él o como si se tratasen de viejos camaradas, lo cual irritaba ligeramente a Alicia que, por ser mucho más joven que Gabriela y sobre todo por ser la hija de ese personaje desconocido que irrumpía cada vez que Gabriela profería el diminutivo, no se sentía con derecho a llamarlo de esa manera y al mismo tiempo experimentaba de un modo confuso la impresión de estar excluida de aquella parte de la

personalidad de su padre que el diminutivo, que ella creía destinado al uso exclusivo de las personas mayores, designaba. Tomatis sabía que en algún momento de la visita los temas literarios se introducirían en la conversación, y siempre lo divertía, aunque no lo dejara traslucir, ir previendo su aparición, que Graciela trataba de presentar como espontánea, como si un elemento inesperado, aleatorio, surgiendo en medio de la charla informal, suscitara la asociación necesaria que permitiría evocarlos. El modo de traerlos a colación era en general interrogativo, aunque Tomatis sabía que, detrás de la aparente humildad de la pregunta, se ocultaba un problema, un enigma e incluso una charada, para la cual ella tenía ya preparada su respuesta pero que por, como suele decirse, un sentimiento de inseguridad, no estaba demasiado dispuesta a revelar antes de haber averiguado si Tomatis pensaba lo mismo que ella. *Carlitos* —le decía—, *Fulano de Tal* (algún

académico que, por haber publicado artículos en la *New York Review* y haber pasado tres o cuatro veces por televisión era estudiado en todas las universidades norteamericanas) *dice tal o cual cosa a propósito de la obra de Zutano o de Mengano. ¿Vos qué pensás del asunto?* Tomatis no había leído una sola línea del autor en cuestión ni pensaba leerla pero, concentrándose al máximo, intentaba aislar el problema del contexto en que era presentado y respondía en términos generales a la pregunta, coincidiendo a menudo, por no decir siempre, con el punto de vista de Gabriela. Y cada vez que tenían una de esas charlas, en el momento de despedirse, Tomatis, con una sonrisa afectuosa, pero vagamente burlona y conminatoria, le decía más o menos lo siguiente: *Todos estos problemas al cuete que discuten los gringos en su salsa a base de ketchup están muy bien pero ¿cuándo me vas a mostrar algunos de tus textos para ver cómo están escritos?*

En uno de los viajes que Gabriela hizo especialmente para presentarle a su nuevo novio, un economista rosarino, Tomatis invitó a la pareja y a Alicia a cenar a una parrilla de lujo que acababan de inaugurar en los locales de la Sociedad Rural, y a los postres, a pesar del discreto aburrimiento del economista y del fastidio ostentoso de Alicia, Gabriela le anunció a Tomatis que le iba a hacer llegar por carta o por fax un texto brevísimo, de una página más o menos, que tal vez no tenía mucho valor en sí, pero en el que aplicaba un procedimiento de su invención, para terminar de una vez por todas con las teorías expresivas y biográficas de la creación literaria. Según Gabriela, su método había consistido en introducir en el texto toda clase de elementos opuestos a su persona: como ella era mujer, el personaje del fragmento, como Gabriela llamaba a su escrito, era un hombre; como ella era joven, su personaje era un jubilado, y le había elegido su

lugar de residencia al azar, haciendo girar un globo terráqueo y, después de cerrar los ojos bien fuerte para no hacer trampas, aplicando el dedo índice en un punto cualquiera del planeta, que resultó ser la ciudad de Paula, en el sur de Italia. Para atribuirle un nombre al personaje había utilizado un procedimiento semejante, hojeando a ciegas una agenda en la que en cada día del año figuraba el santo correspondiente, y como había caído el 30 de noviembre, el día de San Jerónimo, había traducido el nombre al italiano. En cuanto al contenido del fragmento propiamente dicho, según Gabriela, había decidido poner una serie de elementos opuestos a los de su biografía y, al mismo tiempo, optó por escribir, no sobre alguna escena de la vigilia, de la vida cotidiana, sino sobre un sueño, tomando como precaución que cada uno de los detalles —objetos o situaciones— del sueño, fuese rigurosamente inventado por ella y no correspondiese a ningún sueño suyo

verdadero. Gabriela pensaba que escribiendo un buen texto con ese método, se terminaría de una vez por todas con los prejuicios biográficos, y además, terminaba Gabriela exaltándose noblemente un poquito, gracias a la identificación de uno mismo, a través de la literatura, con lo heterogéneo del mundo, se probaba la unidad fundamental de la especie humana. Y a los pocos días, Tomatis recibió por correo el texto siguiente:

EL SUEÑO DE DON GIROLAMO

Una noche tormentosa (muy cálida) de primavera, don Girolamo, que ha estado leyendo hasta tarde en la cama un tratado de ingeniería civil, se despierta, aterrado y sudoroso, después de una pesadilla: su hermano mayor ha asesinado a su padre, a su madre y a su hermanita, y él está tan aterrorizado que duerme aferrando un cuchillo bajo las sábanas. También

descubre en un plato unas plumas y unos trocitos de piel que traen todavía pegados filamentos de carne sanguinolenta. Cuando se despierta, al terror sucede el alivio, y después una tristeza agri dulce, porque don Girolamo ha cumplido ya los sesenta y cinco años, y si bien su hermanita, que tiene sesenta y dos, vive todavía, su padre y su madre han muerto ya hace muchos años. En cuanto a su hermano, es tres años mayor que él, y sufre de una enfermedad incurable. Ciertas asociaciones han motivado el sueño: las sensaciones propias a la noche calurosa, que lo han retrotraído a la infancia, y el hecho de que antes de dormir haya tomado una bebida efervescente, que no probaba desde la infancia y que, mientras la aproximaba a los labios, haya pronunciado el nombre piamontés de esa bebida: BAGNA-NAS (moja nariz). Esas asociaciones explican el carácter infantil del sueño, pero no su contenido. Al cabo de un rato, don Girolamo se

duerme nuevamente, pero con una intensa sensación de paz, de reconciliación y de eternidad.

En el encuentro siguiente, al final del año universitario, a mediados de diciembre, Gabriela y el novio vinieron a tomar el vermouth al anochecer y a saludar a Tomatis para las fiestas que se avecinaban, y al cabo de un rato, ya estaban conversando sobre el fragmento que le había mandado Gabriela. Tomatis celebraba la buena invención del sueño, donde ciertos detalles imaginados parecían realmente oníricos, como las sensaciones infantiles de un adulto que se encuentra soñando, la condensación temporal, o las plumas y la piel sanguinolentas. También aprobaba la sobriedad de la prosa pero, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un pedacito de papel y le leyó la lista de elementos autobiográficos que le había parecido vislumbrar

en el texto: es sabido que en los sueños cada cosa puede aparecer distorsionada, disfrazada de otra, y él, Tomatis, pensaba que el dichoso don Girolamo era un personaje que, aunque mucho más viejo desde luego, le recordaba en varios de sus rasgos a Barco, el padre de Gabriela, cuyo hermano mayor había muerto no hacía mucho tiempo, y esa magnesia efervescente de marca BAGNA-NAS era un producto local, que Gabriela conocía de cuando era chica, de modo que ese detalle material del fragmento era verdaderamente autobiográfico. También, según Tomatis, un elemento puramente intelectual, no empírico, podía ser autobiográfico, y la asociación desencadenada por haber pronunciado las palabras en piemontés, requería un contexto preciso para ser imaginada: esa explicación asociativa no hubiese podido hacerse fuera de los marcos de la cultura occidental del siglo veinte, etcétera. Pero lo que más lo seducía del fragmento no estribaba en su supuesta

demostración de que la literatura no era ni objetiva ni autobiográfica —dos categorías que exigían un control consciente del texto en todos sus niveles desde el principio hasta el fin para ser operativas — sino porque ponía en evidencia que su modo de funcionar era en más de un aspecto análogo al de los sueños. Y Tomatis explicaba el fragmento de la manera siguiente: Gabriela debía pensar, sin darse cuenta tal vez, que el hermano de Barco, que había muerto no hacía mucho después de una larga enfermedad, había hecho sufrir demasiado a su padre a causa de su enfermedad, y con el egoísmo cruel de la juventud y mediante la astucia inmoral de que se valen los sueños, había transformado a su tío, de víctima que era, en un espantoso asesino. El final del fragmento, según Tomatis, confirmaba su teoría, porque esa reconciliación pretendía, por un lado, restablecer el bienestar de su padre y al mismo tiempo la satisfacción de la autora del fragmento por haber cumplido su venganza

simbólica.

A medida que Tomatis iba explicando su punto de vista, el ambiente, tal vez porque ya iban por el segundo vermouth, se animaba en el atardecer caluroso. Habían podido instalarse en la terraza porque Tomatis tuvo la precaución de regar las baldosas rojizas para refrescarlas, cuando había todavía mucha luz aunque, a causa de que el sol ya estaba demasiado cerca del horizonte —siempre en la llanura se lo ve ir hundiéndose gradualmente en él, hasta desaparecer— ya no castigaba tanto las cosas. Mientras conversaban, el aire había ido poniéndose cada vez más azul; dentro de poco nomás se volvería negro. Las explicaciones que Tomatis daba sobre el texto provocaban hilaridad porque estaban dichas de tal manera que podía percibirse la propia incredulidad del autor respecto de ellas y que, en circunstancias diferentes, opuestas a la actual por ejemplo, hubiese podido afirmar exactamente lo contrario.

Pero los detalles del sueño de don Girolamo seguían flotando, desde el momento en que los había leído, no únicamente en su memoria, sino en ciertos pliegues recónditos de la emoción que, de tanto en tanto, la hacían vibrar todavía. También Gabriela, cuando había escrito su «fragmento», sabía lo más bien que ciertos detalles autobiográficos lo habían motivado, el dolor austero de Barco por la muerte de su hermano y la propia pena de ella, a quien le era difícil, a pesar de que ya tenía veintiocho años, admitir que su padre, el héroe mítico de su infancia, al que ninguna adversidad podía ni siquiera rozar, era, como todo el resto, vulnerable y fugitivo. Pero un pudor más fuerte que su intensa lealtad la incitaba a presentar su texto como el mero ejemplo de una teoría totalmente ajena a su propia vida. Ella y «Carlitos» pensaban lo mismo, a saber que si la ficción y los sueños estaban hechos de la misma materia, por certeras que fuesen las teorías que se

les aplicaran, seguirían siempre su propio camino, inesperado, caprichoso y extraño, y que por arbitrarios y alejados de la realidad que pareciesen, los hombres se dejarían impresionar por ellos y les darían más crédito y más sentido que al mundo palpable y rugoso.

Sorbiendo un traguito de su vermouth, Gabriela lanzó por encima del vaso una sonrisa con la que trató de abarcar la mirada de los dos hombres que la escuchaban, y dejando otra vez el vaso sobre la mesa de hierro blanco, declaró que, como las obras literarias, los sueños también se expresaban a través de diferentes géneros, pero que los mejores eran aquellos que, justamente, se alejaban de los géneros y eran capaces de forjarse una forma y una simbología propias. Su novio contó que un par de años atrás, en un viaje por Europa durante el que había estado en un restaurant catalán, sobre el Mediterráneo, había comido un plato que figuraba en el menú con el nombre de

«plato soñado», porque el cocinero, a base de gelatina, colorantes y diferentes ingredientes que utilizaba en secreto, había reconstituido la forma y el gusto de un marisco del Atlántico, que justamente no existe en el Mediterráneo. Y el cocinero, que había venido a la mesa al final del almuerzo, porque tenía un amigo entre los comensales, les había explicado que el plato llevaba ese nombre porque las sensaciones gustativas y táctiles que producía eran semejantes a las de los sueños, en los que, a pesar de la ausencia material del estímulo, o a causa de un estímulo inapropiado (por ejemplo, el soñar con un incendio cuando nos sofocan las frazadas) las sensaciones ilusorias que tenemos mientras estamos soñando nos parecen reales.

Aunque el aire ya iba poniéndose casi negro, como estaban bastante cerca unos de otros, todavía podían verse en la penumbra tibia del anochecer. Sus voces resonaban demorándose un poco, y el

cielo en el que no había una sola nube estaba de un azul oscuro pero todavía luminoso; ya brillaban en él, con esa intermitencia vacilante con que van instalándose en los anocheceres de verano, las primeras estrellas. La dosis moderada de alcohol que acababan de tomar comenzaba a producirles efecto, manifestándose en una levísima efervescencia y una euforia que, aunque artificial como la sensualidad de los sueños, no era menos exaltante. Y la sonrisa de Tomatis se hizo más amplia, y secretamente orgullosa, cuando le oyó decir a Gabriela que, si se reflexiona un poco, todos los platos que nos ofrece el mundo son soñados, no únicamente el redondel de caldo, amarillo y humeante, que yace sobre la mesa, sino también cada una de las cucharadas que, con aceptación resignada, nos llevamos a la boca.

La mayor (1969-1975)

A ADOLFO PRIETO

pasos de un peregrino son errantes

La mayor

Otros, ellos, antes, podían. Mojaban, despacio, en la cocina, en el atardecer, en invierno, la galletita, sopando, y subían, después, la mano, de un solo movimiento, a la boca, mordían y dejaban, durante un momento, la pasta azucarada sobre la punta de la lengua, para que subiese, desde ella, de su disolución, como un relente, el recuerdo, masticaban despacio y estaban, de golpe ahora, fuera de sí, en otro lugar, conservado mientras hubiese, en primer lugar, la lengua, la galletita, el té que humea, los años: mojaban, en la cocina, en invierno, la galletita en la taza de té, y sabían, inmediatamente, al probar, que estaban llenos, dentro de algo y trayendo, dentro, algo, que habían, en otros años, porque había años, dejado, fuera, en el mundo, algo, que se podía, de una u otra manera, por decir así, recuperar, y que había, por lo tanto,

en alguna parte, lo que llamaban o lo que creían que debía ser, ¿no es cierto?, un mundo. Y yo ahora, me llevo a la boca, por segunda vez, la galletita empapada en el té y no saco, al probarla, nada, lo que se dice nada. Sopo la galletita en la taza de té, en la cocina, en invierno, y alzo, rápido, la mano, hacia la boca, dejo la pasta azucarada, tibia, en la punta de la lengua, por un momento, y empiezo a masticar, despacio, y ahora que trago, ahora que no queda ni rastro de sabor, sé, decididamente, que no saco nada, pero nada, lo que se dice nada. Ahora no hay nada, ni rastro, ni recuerdo, de sabor: nada. El fluorescente, que titila, imperceptible, hunde y saca de lo negro, alternadamente, en el atardecer, la cocina. Me paro, con la taza en la mano, y salgo a la penumbra azul. Es fría y cintilante. Está la escalera, desnuda, que sube hacia la terraza. Ahora voy avanzando, en el aire azul, en la terraza, y en la penumbra azul, en la altura, en el cielo, está la luna. El gran círculo

amarillo comienza, por decir así, a brillar. Y en la penumbra azul, desde el centro de la terraza abierta, los techos, las terrazas, las ventanas iluminadas, los monoblocs, el rumor de las seis que sube, monótono, desde las calles, mientras voy, con la taza en la mano, hacia mi cuarto. Ahora estoy sentado frente a la mesa, la taza vacía a un costado de las manos apoyadas sobre la carpeta verde donde dice, en tinta roja, en grandes letras de imprenta, PARANATELLON. Estoy inmóvil: una mano apoyada en el dorso de la otra, sobre la carpeta verde, cerrada, donde dice, en tinta roja, en grandes letras de imprenta, irregulares, rápidas, PARANATELLON. La taza vacía está a un costado, junto a la carpeta, contra un fondo de libros amontonados, de papeles, y un vaso lleno de lápices, de lapiceras, de biromes. Y en la pared amarilla, al alzar la cabeza, enmarcado por cuatro varillas negras, entre cuatro márgenes blancos, anchos, el *Campo de trigo de los cuervos*. No

pienso nada, lo que se dice nada. Y no recuerdo, tampoco, nada: no sube, por decir así, ¿desde dónde?, ningún relente, nada. No estoy tampoco en otro lugar: es siempre, ahora, el mismo, frío, iluminado, con los libros amontonados, y los papeles, y el *Campo de trigo de los cuervos*, lugar. Estoy estando siempre, ahora, en el mismo, con la taza vacía y las manos cruzadas sobre el PARANATELLON, sobre la mesa, lugar. Y ahora me estoy levantando, estoy yendo por la terraza ahora negra, entre las luces fijas que brillan, en círculo, a mi alrededor, desde los techos y las ventanas y las terrazas que se han borrado, viendo la luna dura, fría, redonda, que brilla, sin destellar, en el cielo. En el cielo de las siete, en invierno, está, redonda, fría, brillando sin destellar, decía, la luna. Y decía que otros, ellos, antes, podían. Mojaban, despacio, en el atardecer, en la cocina, en invierno, la galletita, y subían, después, la mano, desde la taza de té, a la boca, dejaban la

pasta azucarada, durante un momento, en la punta de la lengua, y en seguida, ¿y desde dónde?, subía, como un vapor, el recuerdo. Y decía: que dejaba atrás la cocina, entraba en el aire azul y subía, con la taza en la mano, las escaleras. Con la taza en la mano: las escaleras. Estaba, en el cielo de las seis, dura, brillante, sin destellar, decía, la luna. Y decía: que la luz del fluorescente, titilando, imperceptible, hundía y sacaba, alternadamente, entera, de lo negro, la cocina. Ahora estoy estando en la punta de la escalera, en el aire oscuro, frío, de las ocho: y ahora estoy estando en el último escalón, estoy estando en el penúltimo escalón, estoy estando en el antepenúltimo escalón ahora. En el ante antepenúltimo ahora. Y ahora estoy estando en el primer escalón. Decía que ellos, otros, en otro, como quien dice, lugar, mojaban, durante un momento, en la taza de té, la galletita, se la llevaban, en seguida, a la boca, dejándola un momento reposar sobre la punta de la lengua, y

empezaban, después, a drenar, por decir así, el bloque, empastado, de los años, porque había, todavía, para ellos, o en ellos, años, y decía que iba subiendo después, con la taza en la mano, las escaleras, que iba atravesando, en la penumbra azul, la terraza, y que miraba, alternadamente, la luna fría, las luces nítidas, girando, inmóviles, y en su lugar, alrededor, los techos, los patios negros, las terrazas, y que estaba mirando, más tarde, las manchas amarillas, azules, verdes, negras, pardas, enmarcadas, con mucho blanco alrededor, entre las varillas negras, que sobre un fondo, desordenado, de papeles, de libros, estaban la taza vacía, las manos cruzadas sobre la carpeta verde, bajo las letras irregulares, rápidas, en tinta roja, que decían PARANATELLON, que estaba estando, primero, en el último escalón, en el penúltimo, en el antepenúltimo escalón, en el ante antepenúltimo, en el primer escalón, en el patio, yendo otra vez, con la taza vacía, a la cocina que entra y sale, en

su lugar, una y otra vez, imperceptiblemente, como todo lo demás, de lo negro. El chorro de la canilla cae sobre la taza vacía, y el agua humeante desborda. Me llegan, desde la sala, peculiares, las voces de la televisión, y subrayándolas, por debajo, o por encima más bien, o detrás, si se quiere, de a ráfagas, la música. Como solo. La carne fría, fibrosa, y el pan de la mañana, amasijados, mezclados, pasan, de a pedacitos, por la garganta. El vino negro los disuelve y los empuja hacia atrás, hacia el fondo. Han de estar, en la oscuridad, uno detrás de otro, bajando. Han de irse depositando en el fondo, donde la maquinaria ha de haber comenzado, ya, a trabajar. Y cuando me levanto, la comida, que ya es recuerdo, queda, en otro, por decir así, y en el que estoy todavía estando, y que debiera, sin embargo, ser el mismo, lugar. Ahora estoy estando en el primer escalón, en la oscuridad, en el frío. Ahora estoy estando en el segundo escalón. En el tercer

escalón ahora. Ahora estoy estando en el penúltimo escalón. Ahora estuve o estoy todavía estando en el primer escalón y estuve o estoy todavía estando en el primer y en el segundo escalón y estuve o estoy estando, ahora, en el tercer escalón, y estuve o estoy estando en el primer y en el segundo y en el cuarto y en el séptimo y en el antepenúltimo y en el último escalón ahora. No. Estuve primero en el primer escalón, después estuve en el segundo escalón, después estuve en el tercer escalón, después estuve en el antepenúltimo escalón, después estuve en el penúltimo y ahora estoy estando en el último escalón. Estuve en el último escalón y estoy estando en la terraza ahora. No. Estuve y estoy estando. Estuve, estuve estando estando, estoy estando, estoy estando estando, y estoy ahora estuve estando, estando ahora en la terraza vacía, azul, sobre la que brilla, redonda, fría, la luna. Fija, en el cielo, lisa, borrando, a su alrededor, las

estrellas, y frente a mí, y refractaria, a su modo, chata, imaginaria, un nombre únicamente, una palabra, la luna. Enciendo, en el cuarto helado, la luz. Sobre la mesa, contra un fondo desordenado de libros, de papeles, a un costado del vaso lleno de lápices, de biromes, rojas, negras, verdes, azules, la carpeta verde, cerrada, en cuya tapa estoy escribiendo, en grandes letras rápidas, nerviosas, con tinta roja, PARANATELLON. Y en la pared, sobre el escritorio, con mucho blanco alrededor, detrás del vidrio, el *Campo*, ¿pero es verdaderamente un campo?, *de trigo*, ¿pero es verdaderamente trigo?, *de los cuervos*, y uno podría, verdaderamente, preguntarse si son verdaderamente cuervos. Son, más bien, manchas, confusas, azules, amarillas, verdes, negras, manchas, más confusas a medida que uno va aproximándose, manchas, una mancha, imprecisa, que se llama, justamente, así, porque de otra manera no se sabría, que no es, o que no forma

parte, del todo: un límite. Y la llama del fósforo que llevo, con cuidado, hacia el cigarrillo que cuelga de los labios, ondula, una mancha, amarilla y azul, móvil, y se estremece, después, entera, cuando la soplo, varias veces, antes de apagarse. El humo sube, en la habitación, inmóvil. Va, por decir así, dispersándose. En el aire, iluminado, arabescos y láminas, y una bruma tenue, grisácea ahora, en suspensión, alrededor, especialmente, de la lámpara. Han de estar oyéndose, allá abajo, en la sala, las voces, peculiares, de la televisión, y detrás de ellas, y debajo, o alrededor, si se quiere, intermitente, la música. Intermitentes, las voces, peculiares, de la televisión, han de estar oyéndose, allá abajo, en la sala, que es otro, con la luz azulada que titila, y ellas dos sentadas en los sillones desde el atardecer, en la penumbra, lugar. Al sacudir, sobre el cenicero, en la mesa, el cigarrillo, el humo tiembla todo, deshaciéndose. Porque ellos, antes, otros, por decir así, podían:

de una cara redonda, mate, con un hoyuelo, uno solo, en el pómulo derecho, de unos ojos, y de una frente en la que el pelo estirado hacia atrás, negro, nacía, de la ancha boca abierta, o cerrada, podían, proyectándose, algún signo, algún mensaje, una evidencia, o mejor, una certidumbre, como, por decir así, un diamante de su ganga, sacar. De un signo a otro, de un mensaje, o de una certidumbre, tiraban, por decirlo de algún modo, las líneas, y ponían, en el mundo, como una madre al parir, en el espacio, sólida, a la vista, externa, o como en el aire, volando, imaginariamente, en el vacío, una paloma, irrefutable, una construcción, que servía: una medida que por estar, solamente, cortaba, despedazaba, clasificando, dividiendo, adelante, atrás, después, antes, arriba, abajo, ahora, la mancha continua, vaga, errabunda, idéntica a sí misma, en cada punto, sin centro, y sin, más oscuro, o menos nítido, arrabal. Ningún mensaje, para mí, de ese hoyuelo, que se abre, con la risa,

solitario, en el pómulo derecho, ninguna certidumbre que sacar: nada. Y el humo del cigarrillo que retiro, en este momento, de entre los labios, sube, parsimonioso, complejo, hacia el cielorraso. Ha de estar estando, a mi alrededor, iluminada, fría, las calles rectas y desiertas entrecortándose cada cien metros, constante, la ciudad. A mi alrededor, y concéntrica, apretándome, como anillos, la muchedumbre de casas, en uno de cuyos cuartos, en cada una, la misma imagen titila, azulada, tocando vagamente las caras vacías, sin expresión, cambiando, organizada, dada, en la televisión: racimos de mundos dados, dentro de uno, más arduo, que no se da. Ha de estar estando, mientras sube, hacia el cielorraso, parsimonioso, el humo azul, a mi alrededor, indivisa, la ciudad, como un vagón, por decirlo de algún modo, viajando, ¿en qué camino?, ¿y hacia dónde? —en el espacio negro. Han de estar oyéndose, en cada habitación, en la

penumbra, las voces, y por debajo, o por encima, o alrededor, si se quiere, una sola, la música. Ha de ser, para cada uno, con la imagen titilante, y las voces, y por encima, o por detrás, e intermitente, la música, el mismo, para cada uno, y otro, para todos los otros, y uno solo, y el mismo, para nadie, con todos y cada uno de los cuartos y todas y cada una de las luces acero, titilantes, lugar: racimos de mundos dados, las casas, los árboles, las terrazas, las calles que se entrecortan cada cien metros, los edificios blanqueados, como huesos, por la luna, los parques negros, los ríos, los bares sucios, todavía abiertos, las siluetas borrosas de los últimos transeúntes que se distinguen más claramente al atravesar, en diagonal, bajo la luz del alumbrado público, las esquinas, los colectivos ocasionales, semivacíos, que pasan iluminados y bramando por las avenidas, con los vidrios de las ventanillas empañados por la helada, los tarros de basura esperando, en el frío,

la madrugada, los motores que se escuchan súbitos, a lo lejos, las calles del centro, más brillantes, por el momento, que las otras, el conjunto pétreo en el interior del otro, más arduo, que no se da. Y la mano, al aplastar, contra el cenicero, en la mesa, el cigarrillo, se sacude, desnuda, áspera, sin anillos, la piel llena de hendiduras, las uñas lisas, rosadas, cortas, la mano que ha tocado, una y otra vez, ¿y cuándo?, con los dedos rugosos, el hoyuelo, la mano que al tocar el hoyuelo, una y otra vez, no ha tocado, por decir así, nada, no ha sacado, del contacto, nada, ni experiencia, ni certidumbre, ni mensaje, ni signo, ni recuerdo: nada. Nada, como no sea, fluctuante, la creencia, de que algo, un poco más arriba, en la frente, y detrás, imaginariamente, sin ningún fondo, negra, fosforece, de vez en cuando, de unos cuerpos, fugaces, la emoción, el recuerdo, el placer, el deseo, la desesperación, el hambre. Nada que caiga, al exterior, de esas galaxias, del

gran espacio negro sin forma, sin sentido, sin dirección, sin nada más que el ir y venir, errabundo, de esas fosforescencias, de esos brillos que rayan, dejando una cola ardiente que se borra, gradual, a su vez, el vacío, o emergen, desde el fondo, si es que hay, por decir así, un fondo, que resplandecen, durante un momento, y después, en el mismo silencio, y con la misma parsimonia, sin dejar rastro, se esfuman, titilaciones rojas, verdes, amarillas, errabundas, violetas, blancas, cuyo mensaje, nadie, aunque escrute, atento, ese mapa estelar, podría, como quien dice, captar —porque no se dicen, ni dicen, de nada, nada. Los resplandores que a veces, rápidos, se vislumbran, inesperadamente, en el exterior, como suspiros, como una voz, como risas, no vienen, tal vez, de esos pantanos, de esa mancha. Vienen, nomás, desde fuera, de la membrana que separa, por decir así, del infinito, lo actual. La mano que ha sabido pasar, otras veces, sin dejar en él, ni traer, rastros,

del hoyuelo viene y pasa, tibia, por la cara. Por un momento se borra todo: la pared amarilla, la mesa, con el cenicero y los libros, con la carpeta verde en la que ha de decir, en letras rojas, irregulares, de imprenta, PARANATELLON, las manchas encuadradas de blanco, de negro, las manchas azules, amarillas, negras, el humo en dispersión, la luz, la biblioteca. Todo en el interior de la galaxia, se confunde, se sobresalta y queda, por un momento, temblando, cuando la mano se desliza, apretándose contra ella, por la membrana. Y mientras la mano va, despacio, a reunirse, sobre el abdomen, con la otra, la galaxia, el espacio negro queda, de un modo gradual, otra vez, inmóvil, mientras reaparecen, del otro lado de la membrana, más allá, el escritorio, los libros apilados detrás, contra la pared, el vaso con los lápices, la carpeta en la que estoy escribiendo, en grandes letras de imprenta, con tinta roja, irregulares, rápidas, PARANATELLON. Estuve o

estoy estando o estoy estando estando —
irregulares, rápidas, con tinta roja,
PARANATELLON. Estuve y estoy estando y estoy
estando estando —en grandes letras rojas,
PARANATELLON. Y ahora estoy teniendo, otra vez,
entre las manos, la carpeta verde en la que está
escrito, con tinta roja, en grandes letras
irregulares, rápidas, de imprenta, PARANATELLON.
Y ahora estoy dejando, otra vez, sobre el
escritorio, ¿sin haberla abierto?, la carpeta. Hay la
habitación fría, titilante, en la que cada cosa está, y
yo mismo, en el mismo, entrando y saliendo de
algo en su aparente reposo, lugar. Hay en la
habitación fría, titilante, la cama, el escritorio
verde, la carpeta, los libros, los papeles apilados
atrás, la biblioteca, titilantes, entrando y saliendo,
como quien dice, de algo, y en el mismo, siempre,
aparentemente, lugar. Ahí están: la biblioteca, la
carpeta, la silla, las rodillas, el cenicero, la
puerta, siempre en el mismo, mudos, con el *Campo*

de trigo de los cuervos y la luz ligeramente velada por el humo, titilante, lugar. No dicen, como quien dice, nada. Interrogar: interrogar, por orden, uno por vez, o todo junto, todo, interrogar el escritorio, la carpeta, interrogar el diario con las dos fotografías borrosas que no dicen, o no parecen querer decir, por decir así, nada, interrogar la cama, interrogar la silla, la luz, la biblioteca, interrogar, una y otra vez, las voces que hablaron, las caras sin expresión, los recuerdos que los ojos, elevándose, parecían ir a buscar ¿adónde?, y después, otra vez, el diario, las dos fotografías, borrosas, reproducidas, de una sola vez, sesenta y dos mil veces, y después otra vez las caras sin expresión, las voces, los ojos que se elevaban o giraban hacia un costado, como si buscaran, afuera, alrededor, como el que sopa una galletita en una taza de té y se la lleva después a la boca, el relente, el vapor, la imagen, interrogar el hoyuelo, para que diga, por decir así, y de una vez por

todas, algo, interrogar la mesa, el plato, interrogar la silla, interrogar la salida y la puesta del sol, los ríos, el verano, interrogar las hojas blancas, las hojas verdes, la llanura, la arena, probar, en definitiva, otra vez, para ver si algo dice, como quien dice, algo, interrogar lo que está siempre, y desde siempre, en el mismo, indefinido, grande, sin bordes que se derramen ni nada más allá de los bordes donde los bordes se puedan derramar, inmóvil, neutro, titilante, lugar. Borrosas, las dos fotografías, sesenta y dos mil veces, ubicuas, no son, sin embargo, nada. No muestran nada. Unas manchas confusas, negras, grises, blancas, que parecieran ser, un escritorio, una silla detrás, una pared, y entre el escritorio y la pared, en la mancha oscura del suelo, la mancha, un poco más oscura, del cuerpo, encogido, boca abajo, dejando ver, bajo la mancha oscura del cabello, una manchita gris, irregular, la cara: el perfil, con la boca abierta. Y después, abajo, la segunda, una

mancha blanca: la pared. Y sobre la mancha blanca, cuatro, ¿o cinco?, manchitas oscuras, entre negro y gris: ¿las balas? Y eso es, o pareciera ser, de todo el resto, todo. Interrogar, interrogar todavía: el escritorio, la silla, interrogar las cuatro, ¿o cinco?, manchitas entre negro y gris, en la pared, interrogar el cuerpo caído y encogido, interrogar la boca abierta, la cabeza, interrogar el día y la noche, y otra vez el hoyuelo, y la carpeta verde, y la pared, interrogar los árboles, las hojas de los árboles, interrogar las calles, las caras blancas, vacuas, sin expresión, para ver, una vez más, si algo es capaz de decir, de sí mismo o de algo, algo. Algo de la extensión llena, ondulante, entrecortada, continua, entrando y saliendo, una y otra vez, del baño negro, muerte, resurrección, muerte resurrección, y otra vez muerte y otra vez resurrección, a la deriva, hacia ninguna, y de ninguna, parte, estremecida, estremecedoramente presente, al ojo, al tacto, a la audición, hálitos,

nítidos que están ahí y que vienen, sin embargo, la mesa, el escritorio, el hoyuelo, el cuerpo caído y encogido, la salida y la puesta del sol, la biblioteca, ¿de qué mundo? Flotando, a la deriva, pasando, reapareciendo, desintegrándose, cristalizando, en una ondulación continua, ardua, deslumbrante. Ahora estoy encendiendo, la llama que ha subido, después de una minúscula explosión, hacia la boca, un cigarrillo, y el humo flota, a la deriva, pasando, reapareciendo, desintegrándose, cristalizando en una ondulación continua, ardua, deslumbrante. En la cabeza negra del fósforo que sostengo, vertical, entre el pulgar y el índice, la llama, anaranjada, ondula, cambia, y sigue siendo, si se quiere, la misma, se tuerce, se retuerce, ondula, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia arriba, se enrosca, lenta, en el cabo de madera del fósforo, ennegreciéndolo, consumiéndolo, la llama que ahora baja hacia los dedos, mientras a su paso, arriba, el cabo de

madera, negro, se dobla, se desintegra sin, sin embargo, desmoronarse todavía, el cabo negro que se parte, por fin, en dos, cuando la llama alcanza los dedos haciendo, rápidamente, sacudir la mano cuyo movimiento, violento, repetido, la apaga. Queda, entre los dedos, un pedacito de madera de medio centímetro, con la punta negra. Sobre el pantalón gris claro, la ceniza negra, cuya cabeza, dura, está todavía intacta. Mientras el índice y el pulgar de la mano izquierda sostienen, vertical, el cabito de madera con la punta negra, los dedos de la mano derecha recogen, delicadamente, la ceniza, la cabecita negra, del pantalón, desmenuzándola, dejándola caer entre el sillón y la biblioteca, en el suelo. Los pedacitos, las motas, apenas si se ven sobre el mosaico amarillo. Los dedos de la mano derecha han quedado, en la yema el pulgar, en el costado y en la yema el índice, ligeramente en la yema el medio, tiznados por la ceniza: manchas negras. Queda, entre los dedos de

la mano izquierda, no más largo de medio centímetro, con la punta negra, mudo, el pedacito de madera: ¿hubo, alguna vez, otra cosa, entre los dedos, que un pedacito de madera, ínfimo, no más largo de medio centímetro, con la punta negra?; ¿hubo, en el aire, moviéndose, viva, anaranjada, brillante, entre los dedos, una llama? El cigarrillo humea, consumiéndose, en el cenicero. Y si hubo, alguna vez, entre los dedos, brillante, en el aire, anaranjada, una llama, fue, por decirlo así, ¿en qué mundo? ¿Estuvo estando, estuvo estando estando, está estando, está estando estando, está todavía estando, está todavía estando estando? Estuvo estando y estuvo estando estando y está estando y está estando estando y está todavía estando y está todavía estando estando. El cabo con la punta negra cae, cuando los dedos dejan de aferrarlo, sobre el mosaico amarillo. Ahora los dedos tiznados recogen del cenicero, llevándolo de un solo movimiento brusco a la boca, el cigarrillo.

Por un momento no pasa, como quien dice, nada. No vienen, de abajo, de la televisión, ni voces, ni música: nada. Ni de más lejos, de las calles, de las esquinas, de las veredas, de las casas, de las luces inmóviles que han de estar, en el mismo, en la noche, en el frío, lugar, tampoco: nada. Ni de arriba, tampoco, del aire negro, en el que brilla, redonda, gélida, blanca, la luna, tampoco, pareciera, no, tampoco: nada. Hay, únicamente, el humo, que sube, lento, dispersándose, en la habitación, hacia la luz, velándola, ligeramente, y la cama, la silla, la biblioteca, las rodillas, el escritorio con los libros, los papeles, apilados detrás, contra la pared amarilla, el vaso con los lápices, las lapiceras, las manos, el cuadro en la pared, la carpeta verde en la que ha de decir, en grandes letras rojas, irregulares, rápidas, de imprenta, PARANATELLON. Vacío, y más acá, en la superficie, somnolencia. Sobre un fondo de vacío que no es, en rigor de verdad, ningún fondo,

aumentando, disminuyendo, avanzando, retrocediendo, acumulándose, el sopor. Y las sacudidas que debieran, por su violencia, disiparlo, son como las sacudidas, por, tratándolo de decir, decir así, de un animal, moribundo, destinadas a espantar una bandada de cuervos: un alejamiento rápido, un revoloteo lento, y después, de nuevo, a asentarse, a devorar. Ya no se sabe, en realidad, dónde queda, por llamarla así, la frontera, ni, en realidad, la realidad. En, por decirlo de algún modo, la probeta del cuerpo, el líquido, transparente, o turbio, del sopor, sube, hasta los ojos, pareciera, y, de golpe, sin, sin embargo, petrificarlos, los coagula. O un hormigueo, u hormiguero, tal vez, que, justamente, no hormiguea, y que se expande, en orden, comenzando, ¿por dónde?, hacia las puntas, desde el centro, hacia las puntas, eso es, para ponerme, en otra, más tarde, nítida, dimensión, después de haber pasado por una zona, digamos, de

turbulencia. Entresueño del que podría salirse ¿adónde? O se entra, se diría, más bien, al salir, y por un momento, a una suerte, digamos, de centelleo, de un pedazo, pulido, rápido, nítido, de mundo, que pasa a ser, después, en el recuerdo, lo que llamamos, o lo que creemos que debe ser, no solamente un pedazo, sino todo —el todo— el mundo. Somnolencia, entresueño: y el órgano, que debiera, en todo momento, aferrar, reposa, o se debate, más bien, débil, adormecido, en tanto que adelante, o atrás, o alrededor, desfila, en el humo, grisácea, la materia, y no hay manera, en este estado, de asir, lo que se dice, por el momento, nada. Nada del cenicero, del escritorio, de la carpeta verde, de las dos fotografías, borrosas, repetidas, de una sola vez, sesenta y dos mil veces, ni del hoyuelo, tampoco, nada, salvo, monótono, parejo, estable, el cabeceo. Y, por debajo, sucesivo, móvil, o fijo, tal vez, cambiando o idéntico, en todo momento, a sí mismo, desmedido,

el vacío. Fijar la vista en algo, mientras los dedos llevan el cigarrillo hacia el escritorio y lo aplastan, despacio, contra el cenicero. Fijar la vista. En algo. Mientras los dedos. El cuadro: manchas, negras, amarillas, azules, verdes, rojizas, pardas, girando, inmóviles, o en estampida, arremolinándose, trazos aglomerados, inestables, en suspensión, no de conflagración, ni de ruinas, sino de inminencia, sin nada, pero nada, ni de este lado ni del otro, nada más que el telón azul, amarillo, verde, negro, pardo, rojizo, ¿en estampida?, ¿en suspensión?, ¿aglomerándose? ¿dispersándose? ¿antes, durante, después? de la catástrofe, si hay lo que entendemos que es, o que debiera ser, una catástrofe, y sobre todo en torno a qué núcleo, a qué centro, si es que hay lo que entendemos que es, o que debiera ser, o lo que llamamos, un núcleo o un centro: Una mancha negra superpuesta, con violencia, a una mancha azul, sembrada de unos trazos negros quebrados, y

debajo, una mancha amarilla dividida, en el medio, por dos paralelas verdes, tortuosas que, inesperadamente, casi en seguida, arbitrarias, se juntan, y debajo, por fin, los fragmentos pardos, rojizos, en estampida —tortuosas, que inesperadamente, y debajo, por fin, los fragmentos, en suspensión, o aglomerándose, o en estampida. Y sin embargo, ni la mancha amarilla es enteramente amarilla, ni la mancha azul es enteramente azul, ni las manchas verdes son enteramente verdes, ni los fragmentos rojizos enteramente rojizos, ni los pardos enteramente pardos, ni los trazos negros, quebrados, ni enteramente negros ni quebrados — las manchas verdes enteramente verdes, ni los fragmentos rojizos, los pardos enteramente, ni los trazos negros, quebrados, ni puede decirse que no haya un centro, siendo, de todos modos, todo él, el centro. La mancha azul y negra se supone que debiera ser, sobre un campo de trigo, el cielo, y la mancha amarilla, debajo de la mancha azul y negra

que se supone que debiera ser, sobre un campo de trigo, el cielo, se supone que debiera ser un campo de trigo, y las paralelas verdes, tortuosas, que, arbitrariamente, y de un modo súbito, se juntan, dividiendo en dos la mancha amarilla que se supone que debiera ser un campo de trigo, se supone que debieran ser un camino, y las paralelas verdes, tortuosas, rojizas, pardas, que acompañan, sin embargo unirse, sino partiendo, a la izquierda del cuadro, de una mancha común, las paralelas verdes que se supone que debieran ser un camino, se supone que debieran ser, por debajo, ubicada, la tierra, y los trazos negros, nerviosos, rápidos, quebrados, diseminados, sin orden, en estampida, en vuelo, aglomerándose, en suspensión, contra la mancha azul y negra que se supone que debiera ser el cielo, y contra la mancha amarilla que se supone que debiera ser un campo de trigo, se supone que debieran ser ¿en dispersión? ¿aglomerándose? cuervos —de una

mancha común, las paralelas verdes que se supone que debieran ser, se supone que debiera ser, por debajo, ubicua, la tierra, los trazos negros, rápidos, nerviosos, en estampida, que se supone que debieran ser, y sobre la mancha azul y negra, vagos, amarillentos, blancuzcos, dos círculos, en una atmósfera no de catástrofe, ni de ruina, no de víspera ni de día siguiente, sino de inminencia, sin que haya, ni antes, ni después, ni de este lado, ni del otro, nada, lo que se dice nada. O fijar, la vista quiero decir, en algo, en otra cosa, y ver, durante un momento, lo que sea necesario, tratando de hacer salir, si fuese posible, por una vez, aunque más no sea, una, por llamarla de algún modo, señal. Pero no, no hay nada: nada en que fijar la vista, nada. Nada dice, por el momento, nada. Y viene, de golpe, o aparece, más bien, todo alrededor, y aquí mismo, sin ninguna cualidad, el silencio. Sopor: y silencio que es ¿permanencia? ¿cambio? ¿permanencia y cambio? ¿permanencia

cambio? De ningún modo, nada, pareciera, estaría dispuesto, en el exterior, si alguien, en algún momento, preguntara, a, más o menos claramente, responder. Ni a dejar, como por descuido, o voluntad, sobre todo, de sí o de otra cosa, una punta, rápida, entrever. No: silencio, de este y del otro lado, y de este lado, estable, denso, sopor. En ninguna parte, por el momento, un sonido que se pueda, por decir así, interpretar, o que viniendo, súbito, de las cosas, apareciendo, resonando, se transforme, durante una fracción de segundo, inteligible, en una voz, o sea, para decirlo mejor, o más intencionadamente, si se quiere, en un, anónimo, incluso, impersonal, para nadie en particular, y de nada en particular, para llamarlo de algún modo, llamado. Me paro: el sillón, al crujir, rompe, por decir así, en varios pedazos, y por un momento, el silencio, que en seguida, inmediatamente, se vuelve, como quien dice, a cerrar. Estoy parado, inmóvil, entre el sillón y el

escritorio, bajo la luz que el humo, ligeramente, vela, y no viene, desde abajo, desde afuera, ninguna voz, ni la música, tampoco, ningún sonido, de la televisión. No viene, desde afuera, desde abajo, ahora que estoy parado, inmóvil, entre el escritorio y el sillón, desde el lugar en el que ellas han estado, o están todavía, y pueden, muy bien, estar todavía estando, aun cuando estén, ahora, en la oscuridad del dormitorio, acostadas, ningún sonido, ninguna voz. Ahora que estoy abriendo la puerta llega, junto con el aire frío, inmóvil, de junio, desde un reloj lejano, oscuro, imperceptible, una campanada. Inmóvil otra vez, en la puerta, entre la habitación iluminada, llena de humo, cálida, con el sillón, el escritorio, la cama, la biblioteca, y la terraza gélida, oscura, nítida, transparente, sobre la que vigila, por decir así, desde la altura, helada, tersa, la luna. El eco de la campanada resuena, durante unos segundos, evanescente, en mí. No ha dicho, sin embargo,

para mí, y sin embargo quiso, probablemente, decir algo, nada preciso: pudo haber sido o bien la de la una, o bien la de la una y cuarto, o bien la de la una y media, o la de las dos menos cuarto, o bien la de la una menos cuarto, o bien la de las doce y media, o la de las doce y cuarto, o también, probablemente, ¿y por qué no?, la última de medianoche; o la última de las once, o bien la de las once y cuarto, o incluso, y probablemente, la de las once y media, o, más seguramente, incluso, y probablemente, la de las doce menos cuarto. Estoy parado en el hueco de la puerta, entre la habitación y la terraza. Y estoy todavía estando, pero no al mismo tiempo, sentado en el sillón. ¿Estoy todavía estando, y no al mismo tiempo, sentado en el sillón? ¿Estoy todavía estando sentado en el sillón y estoy todavía estando parado inmóvil al lado del sillón con el eco de los crujidos que han roto, por decir así, el silencio, y estoy todavía estando atravesando el espacio entre

el sillón y la puerta, y estoy todavía estando oyendo, al abrir la puerta, vaga, remota, la campanada, mientras estoy estando, inmóvil, parado, mirando en dirección al frío negro, en el hueco de la puerta, entre la habitación y la terraza? ¿Estoy? ¿Estoy todavía estando? Y si estoy, y estoy todavía estando, estoy y estoy todavía estando ¿en qué mundo? De uno del que no viene, por ahora, ningún llamado. Ninguna voz, en efecto, que obedecer, tampoco, que dé, por decir así, una dirección, cuando me muevo, a mis pasos: no, estoy parado, inmóvil, sin estar yendo, tampoco, a ninguna parte, en el hueco de la puerta, mirando hacia la terraza a la que controla, desde arriba, gélida, la luna, de espaldas a la habitación iluminada en la que el humo pone, delicadamente, una bruma, y he estado atravesando, despacio, el espacio entre el sillón y la puerta, he estado abriendo la puerta, he estado parado inmóvil un momento junto al sillón, he estado levantándome,

después de haber estado sentado, en silencio, del sillón, sin embargo haber oído, desde ninguna parte, que me diese, digamos, lo que llamaríamos, austeramente, una dirección, súbito, imperceptible, casi inaudible, viniendo del exterior, un llamado. Y ningún llamado, tampoco, me mueve, ahora, a atravesar, por decir así, el hueco de la puerta, dando un paso, un solo paso, hacia la terraza, hacia el frío, a franquear, como por primera vez, o, lisa y llanamente, por primera vez, la puerta: y hay, hay un estruendo, inaudible, cuando paso, a otro, sin la biblioteca, sin el sillón, sin el escritorio, sin el *Campo de trigo de los cuervos*, la luz ligeramente velada por el humo, lugar. Es otro, y es, sin embargo, y no más grande, el mismo ¿en movimiento? ¿en reposo?, lugar. Ningún llamado, tampoco, ahora, me fija en mi lugar, inmóvil, me hace girar ahora, y me hace, ahora, volver a atravesar, en dirección contraria, ¿y por qué dirección? ¿por qué contraria?, el hueco, por

llamarlo de algún modo, de la puerta. Y si hubiese, es un decir, lo que pudiésemos llamar, por decir así, un sentido, o sea un corte, arbitrario, irrisorio, en la gran mancha que se mueve, ¿cómo? ¿dónde? ¿cuándo? y sobre todo: ¿por qué?, si hubiese, entre dos puntos, uno al que pudiésemos llamar el principio, otro al que le pudiésemos decir el fin o, respectivamente, la causa y el efecto, se podría decir que, sin haber recibido ningún llamado, sin ninguna finalidad, paso, del principio al fin, del cuarto iluminado a la terraza gélida, atravieso, como quien dice, el hueco de la puerta, y, sin que haya intervenido ningún llamado tampoco, ningún llamado, del fin al principio, del efecto, por llamarlo así, a la causa, de la terraza oscura, fría, a la habitación cuya luz, tenuemente, el humo vela, sin que nadie, pero nadie, pueda decir verdaderamente cómo, ni dónde, ni cuándo, ni, sobre todo, por qué. Ahora estoy parado inmóvil, de espaldas a la terraza, bajo la luz envuelta en

humo, de frente a la pared amarilla, en algún punto de la habitación, entre el sillón y la puerta. En algún punto. De la habitación. Entre el sillón. Y la puerta. En algún punto de la habitación. Entre el sillón y la puerta. ¿En algún punto? ¿En algún punto de la habitación? ¿Entre el sillón? ¿Entre el sillón y la puerta? ¿En algún punto de la habitación entre el sillón y la puerta? Estoy estando, parado, de frente a la terraza ahora, a la puerta abierta, en algún punto de la habitación, que está, a su vez, en algún punto, inmóvil, que está a su vez en algún punto, entre el sillón y la puerta. Ahora estoy atravesando, despacio, por decir así, el hueco: y resuena, en el aire, por primera vez, inaudible, el estruendo: pero no, tampoco, primera no: resuena, así no más, inaudible, el estruendo, al atravesar, por decir así, despacio, el hueco de la puerta. El aire frío toca, o roza, o se instala en, mis mejillas. Avanzo, despacio, hacia el centro de la terraza, bajo la luna: gélida, redonda, amarilla, velando, a

su alrededor, las estrellas. Y toda en círculo, y alrededor, la ciudad: otro, en algún punto, con sus manzanas oscuras, las líneas de punto de las lámparas del alumbrado público, sus patios arbolados, sus ruidos súbitos, en permanencia, o cambiando, quizá, confuso, silencioso, lugar. Y las luces, en la enorme, tranquila oscuridad, indicando, cada una, en su lugar, un fijo, reducido, brillante, lugar. Hay, seguro, en alguna parte, a mis espaldas, otro punto, iluminado, con el escritorio, el sillón, la biblioteca, la carpeta verde en la que he escrito, con grandes letras rojas, irregulares, rápidas, de imprenta, PARANATELLON. ¿Hay, en alguna parte, iluminado, lleno de humo, con la lámpara, la cama, el cuadro, y el sillón, ese lugar? No baja, por decir así, de la luna, con la luz gélida, ningún rumor. Y no pienso, tampoco, nada. Por el momento, ahora, ningún rumor, nada. Ningún pájaro, chillando, en la oscuridad, en la altura, hacia otra parte, resaltando, por un

momento, negro, rígido, contra la luna, ni ningún signo, tampoco, de que algo, en este momento, vaya, como quien dice, en el cielo, o por aquí, alrededor, a moverse, o a aletear: nada. Ninguna sombra, tampoco, desempastándose, como quien dice, de la sombra, o cambiando, suavemente, de lugar: tampoco, no: nada. Salvo, naturalmente, el sopor, y encima, redonda, gélida, ahora, velando, a su alrededor, y por el momento, las estrellas, la luna. El frío me ciñe. El frío, que hubiese debido, o que debería, más bien, o quizá, ya no sé, que hubiese, si se quiere, o que probablemente, al atravesar, desde el calor de la pieza, el encierro, el hueco, y que viniendo, de golpe, a las mejillas, que debiera, al parecer, contrariamente, disminuir, se diría que hubiese, en efecto, aumentado, en la cara, o, si se quiere, atrás, paradójico, la somnolencia. Es de ese modo que hubiese debido, habitualmente, al parecer, disminuyendo, al salir, y sin embargo, pareciera, al contrario, más bien se

diría que, en la cara, o mejor dicho atrás, hubiese, por decir así, nítidamente, aumentado. Errabunda, en flotación, o inmóvil, tal vez, la oscuridad, trae, helada, en un flujo continuo, la luna, las estrellas, luces, manzanas, árboles, alrededor, y se lo vuelve a llevar, y despacio, otra vez, dando una ilusión, paradójica, de inmovilidad, flotando, alrededor, estrellas, luces, árboles. Inesperadamente, al contrario, y por otra parte, en lugar de haber, como se supone que debiera haber sido, en efecto, disminuido, pareciera que hubiese, la somnolencia, atrás, o adentro, mejor, ahora, claramente, al atravesar, desde la pieza iluminada, despacio, el hueco, de un modo nítido, aumentado. Al atravesar, viniendo, o instalado, ya, en la oscuridad, abriéndose, como quien dice, el frío, solidario con ella mejor, o, mejor, uno solo, con ella, me envuelve, ahora, aumentándola y no, como hubiese debido, disminuyéndola. Todo es uno. No pareciera poder, ahora, deslindar nada, lo que se

dice nada. No pareciera poder deslindar, en efecto, nada: no pareciera haber, en efecto, por decir así, separación, ni pareciera, tampoco, que hubiese, como parece que debiera haber, un adentro, un adelante, un afuera, un atrás, un, imaginario, alrededor: no, nada. Está, por decir así, la terraza, en el frío oscuro, y la luna, también, y en acumulación, en desorden, diseminados, los patios negros, y los árboles, las casas, las luces, las estrellas también, frías, verdes, inmóviles, todo adentro, probablemente, de algo, y viajando — errabundeando, se diría, más bien, sin ninguna, por llamarla de algún modo, dirección, y sin, por el momento, cohesión, la masa curva que, continuamente, pareciera, se consume, y sigue, sin embargo, igual, y que estando, sin embargo, al parecer, inmóvil, en su lugar, a cada momento, en su lugar mismo, ¿y hacia adónde?, pasa, pareciera, rápidamente en cierto sentido, y se va. Todo, por el momento, al parecer, sería, se diría, uno: sin

nada, sin embargo, particular, y ni un adentro, ni un afuera, ni ninguna, como quien dice, vistosa, alegre, diversidad —el flujo, sin períodos, sin ritmo, sin origen, en el que ahora, por decir así, se deriva, y que sería, pareciera, siempre, el mismo, con sus lunas, sus estrellas, sus manzanas abandonadas, sus terrazas frías, el escritorio, el sillón, la biblioteca, el punto entre el sillón y la puerta, renaciendo, consumiéndose, ¿dónde?, ¿cuándo? y sobre todo ¿por qué?, para llamarlo de algún modo, lugar. Está, por el momento, estando, como quien dice, continuo, entero, en su lugar: del sopor, una fragmentaria, sin aplicación, impresión, un magma, por decirlo de algún modo, y nada, pero nada, que sacar. Estoy parado, pareciera, entonces, inmóvil, en la terraza fría, pareciera, sí, momentáneamente, sin poder sacar, de todo esto, nada. Es un estado que, se diría, no debiese, o mejor, no hubiese debido, de ningún modo, en la condición o tal vez, en el nudo, en la raíz, no

hubiese debido, o no debiese, mejor, sin embargo, al parecer, apareciendo, confundir, o fundir, borrando los límites, si la expresión pudiese, en este momento, decir, de un modo preciso, algo, no hubiese debido, decía, o no debiese, no debía haber mejor, apareciendo, confundido o fundido. Se diría que, por decir así, de algún modo, fluyendo, y estando, siempre, más bien, en el mismo, nuevamente, lugar, no le queda, como quien dice, para fluir, ningún otro —ningún otro, es decir, en otra parte, donde no esté fluyendo inmóvil, como decía, lugar. Y ahora estoy dando la vuelta, estoy dejando a mis espaldas la luna, las estrellas, y confusa, silenciosa, la ciudad. Estoy, en este momento, dando la vuelta, dejando, como quien dice, a mis espaldas, veladas, las estrellas, la luna, y confusa, en claroscuro, la ciudad. Y voy, por decir así, avanzando, la izquierda, en el interior, ahora ¿de qué mundo?, la derecha, pasando, y no solamente en el espacio, ¿a qué

lugar?, la izquierda, otra vez un abismo, la derecha y de nuevo todo, todo, queda, como quien dice, y para siempre, atrás: avanzando, inmóvil, borroso, en la oscuridad, en el frío, habiéndose borrado, imperceptiblemente, los límites: adentro, afuera, abajo, arriba, alrededor, antes, ahora, atrás. La izquierda, la derecha, la izquierda, la derecha, la izquierda, la derecha: flotando, errabundeando, sin que haya lo que llamamos, por llamarlo de algún modo, un llamado, que imponga, arbitrariamente, lo que pudiese decirse, por decir así, una dirección, en alguna parte, somnoleando, cabeceando, sin que ningún sobresalto produzca, por el momento, un despertar, y distinguiéndose, a pesar de todo, de todo esto, el sopor, como si hubiese, o como si se pudiese estar seguro de que hay, o de que puede haber, en otro momento, otro estado. Es, pareciera, o está, más bien, aunque sería, en realidad, difícil, si se quisiera, en un momento dado, precisar, es, entonces, en ese,

parecería, sin de ningún modo querer, como otras veces, afirmar, en ese, continuo, curvo, tal vez, flujo, en el que lento, estragado, ciego, se deriva, donde hubiese debido, o debiese, mejor, debiese, sí, o no, hubiese debido, mejor, hubiese debido, sí, ¿o debiese?, sí, o no, mejor, hubiese debido, decía, al atravesar, aunque habiendo permanecido hubiese, de todos modos, en cierto sentido, continuado en él, el hueco, con un estruendo frágil, inaudible, que debiese, o hubiese debido, sí, hubiese debido, en lugar de, inesperadamente, decía, y tal vez, también, de un modo, por llamarlo de algún modo, imperceptible, aumentar, que hubiese debido, decía, al atravesar, al estar parado, en la oscuridad, frente a la luna gélida, redonda, blanca, a los techos, confusos, alrededor, a los patios, flotando, errabundeando ¿hacia adónde?, dando la posibilidad, improbable, por otra parte, a un cambio de estado, ligeramente, o gradualmente, incluso, en las mejillas, o atrás,

mejor, adentro, disminuir. Atravesando, ahora, el hueco, y entrando, por decir así, en la habitación iluminada. Estoy estando parado en la habitación iluminada, ahora, frente a la cama: y ahora estoy sacándome, sin cuidado, el saco azul de lana y colgándolo del respaldo de la silla; desanudándome, despacio, la corbata, desabotonándome el cuello de la camisa. La corbata, a rayas oblicuas, grises y azules, anchas, cuelga ahora del respaldo de la silla, sobre el saco azul. Ahora estoy sacándome el pulóver blanco, estoy todavía sacándome el pulóver blanco, estoy tirando hacia arriba el pulóver blanco para sacarlo por la cabeza, tirándolo por el cuello, y por un momento, ahora, por un momento, veo la habitación iluminada a través del tejido espeso de la lana que transforma el conjunto en una imagen cuadriculada, acribillada más bien de puntos luminosos y de puntos negros. Y ahora estoy dejando, después de acomodarlo un poco estirando

las mangas y doblándolo, el pulóver blanco sobre el saco y la corbata, en el respaldo de la silla. Ahora estoy estando parado inmóvil, en mangas de camisa, entre la cama y la silla, en la habitación iluminada. Hay, pareciera, algo, que quisiera, como quien dice, venir. Pareciera. Como una punta que estuviera, por decir así, desde abajo, desde el fondo, más bien, en este momento: pero no, nada. Inmóvil. En la habitación iluminada que es un, duro, inalterable, frío, velado por el humo, con la cama, la silla, el escritorio, la biblioteca, ¿el mismo? ¿siempre?, lugar. Y ahora estoy sacándome, de parado, ayudándome con los talones, los zapatos. Los pies, enfundados, como quien dice, en las medias azules, tocan, ahora, el mosaico helado. Las manos desabrochan el cinturón, desabotonan, sin apuro, la bragueta: estoy sacándome, apoyándome primero en la pierna derecha, en la izquierda ahora, elevándolo para doblarlo con cuidado tratando de hacer coincidir

las botamangas, y depositándolo sobre el pulóver blanco, en el respaldo de la silla, todavía caliente, el pantalón. Que estaba sacándome, sin cuidado, decía, el saco azul de lana, y, decía, colgándolo del respaldo de la silla. Y decía: que me desanudaba, despacio, la corbata, que me desabotonaba el cuello de la camisa, la corbata a rayas oblicuas, grises y azules, anchas, la camisa blanca, colgándola del respaldo de la silla, sobre el saco azul. Que tiraba hacia arriba, por el cuello, el pulóver blanco, para sacarlo por la cabeza, decía, y que veía, por un momento, a través de la malla de lana que me envolvía, como quien dice, decía, la cabeza, el conjunto de la habitación transformado en una imagen acribillada de puntos luminosos y de puntos negros. Que me quedaba un momento, inmóvil, por decir así, en la habitación. Y decía: que después de haber parecido, por un momento, que algo estuviese, como quien dice, tratando, o apareciendo, engañosamente, de

aparecer, me sacaba, de parado, ayudándome con los talones, los zapatos, pisaba el mosaico helado con las medias azules, mientras las manos desabrochaban, sin apuro, el cinturón, la bragueta, y decía que apoyándome primero en la pierna derecha, en la izquierda inmediatamente, elevándolo cuidadosamente tratando de hacer coincidir las botamangas, depositándolo sobre el pulóver blanco, en el respaldo de la silla, me sacaba, todavía caliente, de franela gris, el pantalón. Y ahora estoy desabrochándome, blanca, la camisa: tiritando. El calzoncillo, las medias azules, ahora, son, sobre el mosaico amarillo, tres montones oscuros. Estoy, durante un segundo, inmóvil, completamente desnudo, tiritando: en la habitación iluminada, fría, entre el cielorraso y el mosaico amarillo, entre las paredes amarillas, desnudo, durante un segundo, o una fracción de segundo, más bien, somnoliento, tiritando. Un segundo o una fracción de segundo, a la deriva, en

el interior de algo, somnoliento, tiritando. La piel entera, ceñida, enteramente, por el aire, apretándose, por decir así, alrededor, y, más que un momento, un estado: o un comienzo, tal vez, o el pretexto, mejor dicho, para un comienzo: porque ellos, otros, antes, podían: mojaban, despacio, detenidamente, llevándosela después a la boca, en la taza de té, la galletita, dejaban la pasta azucarada disolverse en la punta de la lengua, y del contacto venía, férreamente, subiendo, ¿desde qué mundo? el recuerdo. Y ahora estoy sacando, desde debajo de la almohada, plegado, el pijama de frisa, anaranjado. Ahora estoy metiéndome, con el pijama puesto, entre las sábanas heladas, tiritando. Estoy adentro. Y la mano, saliendo de entre las sábanas heladas, va palpando la superficie rugosa de la pared amarilla hasta encontrar, lisa, la llave de la luz. Ahora estoy en la más perfecta oscuridad. No se ve nada, nada, ni adentro, ni afuera, lo que se dice nada: y algo, sin

embargo, transcurre, parsimonioso, por decir así, en lo negro, a pesar de la aparente, y no solamente exterior, inmovilidad. Por un momento no pasa, como quien dice, nada, aunque se sepa, ¿desde cuándo?, que algo, en el interior, o en el interior de lo cual titila, por decir así, la negrura, transcurre: en la más ardua oscuridad. Y ver, ahora, pareciera, sí, ver, desde esta nada, si es posible, como antes, como otros, sacar, como un sueño, por decir así, un recuerdo, algo: porque ellos, otros, antes, podían: mojaban, despacio, en el atardecer, en la cocina, en invierno, la galletita en la taza de té, la alzaban hasta la boca depositándola en la punta de la lengua, y desde ahí, de golpe, o gradual, desde la lengua, o desde la pasta azucarada, desde alguna parte, como un vapor, de los pantanos, subía, victorioso, nítido, el recuerdo, el recuerdo que, aunque no sepa, de ningún modo, de qué es recuerdo, ni si hay algo, fuera, que recordar, podría fundar, sin embargo, en la negrura, algo.

Ver de ver algo, ahora: algo que, sin ser el comienzo, sirva, sin embargo, para comenzar, o como ejemplo de lo que, comenzando, seguiría. Ver, como quien dice, de ver algo, decía. Ver, aunque los ojos no tengan, en la cuestión, que ver para nada. Estoy, entonces, en la oscuridad, y, mirando, prestando atención, veo subir, lentamente, del pantano, como un recuerdo, el vapor: en una esquina del centro, o de la mente, o a una esquina, más bien, del centro, siempre, o de la mente, como decía, por decir así, hace un momento, si esquina, o centro, o mente, o si momento, pueden, todavía, como quien dice, querer decir, lo que viene viniendo ¿desde dónde?, a una esquina del centro, entonces, en el sol de las doce, voy, despacio, desembocando. He de ser yo, porque soy yo, me parece, el que recuerda. Y la esquina entera, con su sol, sus transeúntes, sus vidrieras, las sombras cortas que se proyectan sobre la vereda gris, los automóviles, cuyas partes

niqueladas, rápidas, destellan, las casas, el ómnibus lleno de estudiantes que dobla, lento, de Mendoza a San Martín, sube ahora de los pantanos, brillando, fosforesciendo, errabundeando, por un momento, y se esfuma. Nada, ahora, y todo negro otra vez: y otra vez, ahora, desde abajo, desde el fondo, si se pudiese concebir que hay, por decir así, un fondo, las cuatro esquinas, en el sol de las doce, y los cuerpos que se mueven, o están inmóviles, al sol, las vidrieras, los automóviles, el ómnibus lleno de estudiantes al parecer de otra ciudad, en el interior del cual uno de los estudiantes, a medio incorporar, apunta con su cámara fotográfica hacia la vereda soleada por la cual voy desembocando, despacio, a la esquina, brillando, errabundeando, y nada ahora: todo negro otra vez. En la ardua o neutra, más bien, oscuridad, se sabe que, sin embargo, algo transcurre, y sería, al parecer, más fácil, si se quisiera, detenerlo que encontrar, en la

confusión de las horas, entre las turbias visiones, en el desgano, una razón, férrea, constante, luminosa, para desearlo: que fluya, si quiere, constantemente, así, porque no puede, erosionándonos, gastarnos, como quien dice, nada, ya que no pareciera que hubiese, o que se nos hubiese dado, nada, pero nada, que gastar. Y se levanta, ahora, tenaz, como un sol, en el sol, otra vez, el recuerdo: las baldosas grises sobre las que las sombras que pasan, cortas, se estampan nítidas, las cuatro esquinas en las que se amontonan ya sea los desocupados abrigados con sus pulóveres gruesos de todos colores, que están ahí desde por lo menos las once, tomando sol y mirando pasar, una y otra vez, las mujeres que recorren San Martín entrando y saliendo de los negocios, ya sea los empleados de comercio que acaban de dejar su trabajo y que, o bien haraganean al sol o bien se dirigen, hacia las cuatro direcciones, hacia Salta, al sur, hacia Primera Junta, al norte, hacia 25 de

Mayo, al este, hacia San Jerónimo, al oeste, a esperar, seguramente, el colectivo, para ir, seguramente, a almorzar a sus casas, las vidrieras, perfectamente acomodadas, relucientes, de zapaterías, de tiendas, de confiterías, de joyerías, de bazares, de farmacias, de sederías, los kioscos de caramelos y cigarrillos, el bar Gran Doria, en cuya penumbra matinal que contrasta con la claridad deslumbrante del exterior, los clientes, que toman café o vermut, se han sentado estratégicamente de modo de poder ver, a través de las grandes vidrieras, lo que pasa en la calle, el interior del colectivo que dobla, cuando estoy desembocando en la esquina, hacia el sur, hacia Salta, el interior del colectivo en el que uno de los estudiantes, a medio incorporar de su asiento ubicado junto a la ventanilla, apunta con su cámara fotográfica en la dirección en que yo, en la vereda gris, voy, por Mendoza, de oeste a este, llegando a San Martín, enfundado, parsimonioso, en mi

sobretudo negro, mientras un hombre, doblando de San Martín hacia Mendoza, un hombre con un sombrero gris y un sobretudo del mismo color de entre cuyas solapas asoma una bufanda amarilla, me cede, educadamente, el paso, entre el ruido de las voces y de los motores de los automóviles, y de las risas, y de las puertas que se cierran y que se abren, y de los pasos que se arrastran sobre las veredas, y de los llaveros que los tipos hacen tintinear en sus manos enguantadas —si manos, si llaveros, si bufanda, si yo, si San Martín, si oeste, si vidrieras, si claridad, si comercio, si sombras y si esquina pueden, ahora, y otra vez, significar, como quien dice, y si se me permite la expresión, algo. Hay, por decir así, cuatro esquinas, también, en la mente, en el recuerdo. Y es desde la esquina inferior derecha que voy llegando, despacio, a San Martín, y en la otra esquina, en diagonal, en la esquina superior izquierda, los clientes del Gran Doria, sentados en la penumbra matinal del café

que contrasta nítida con la claridad exterior, miran, fumando pensativos, la calle; entre las otras dos esquinas se escalonan, se amontonan, los transeúntes, los coches, el ómnibus lleno de estudiantes, las dos calles que se cruzan, las vidrieras, y por encima de todo, el cielo, azul, que destella —si destella, si todo, si estudiantes, y si café y si matinal, tienen, incluso en el recuerdo, o en la mente, una, por decir así, significación. Y estoy estando siempre, ahora, en la negrura, en el mismo, flotando, errabundeando, dentro de algo, o en algo, que transcurre, con el recuerdo móvil que sube, desaparece, y vuelve, empecinado, victorioso, a subir, desde el pantano, incierto, cambiante y en reposo, reducido, helado, inabordable, desde dentro o desde fuera, lugar. En las esquinas del recuerdo, móviles, confusas, hay, hacia el centro, más claro, las manchas de la mañana que se mueven, las manchas negras, verdes, amarillas, azules, blancas, pardas, las

manchas de la mañana luminosa que flotan, cambiando, no únicamente, como organismos vivos, de forma, sino también, y continuamente, de lugar: el cielo azul, lleno de astillas brillantes, liso, por encima de las casas grises o blancas, los automóviles que avanzan lentamente por Mendoza, de oeste a este, rojos, blancos, verdes, azules, negros, amarillos, los motores ronroneando en primera, los gritos y las risas, y las voces, los pasos arrastrándose sobre la vereda gris, las cortinas metálicas que bajan con un estrépito brusco, los llaveros que las manos enguantadas hacen tintinear, las vidrieras perfectamente acomodadas, las bocinas, la semipenumbra matinal del Gran Doria, a través de cuyas grandes vidrieras los clientes que toman despaciosamente vermut o café contemplan, abstraídos, fumando con parsimonia, la calle, las mujeres que pasan, después de haber hecho las compras, cargadas de paquetes, del brazo, bajo la mirada de los tipos

abrigados con pulóveres azules, verdes, blancos, ladrillo, lila, rojo, que fuman al sol, apoyados contra las vidrieras o parados, rígidos, en el cordón de la vereda, el ómnibus celeste lleno de estudiantes que han de haber venido, seguramente, a visitar la ciudad, en el interior del cual uno de los estudiantes, a medio incorporar en su asiento, manteniendo un equilibrio difícil como consecuencia de la inclinación del ómnibus al doblar, de Mendoza a San Martín hacia el sur, la esquina, apunta, cuidadosamente, con su cámara fotográfica, que le oculta la mayor parte de la cara, hacia el punto de la vereda gris en el que estoy desembocando a San Martín, justo para obligar al hombre de la bufanda amarilla a desviarse hacia la calle y cederme el paso, a mediodía, en el sol, en la calle, en el invierno luminoso —y los bordes carcomidos, o grisáceos, más bien, del recuerdo, se mueven, se estiran, o se retraen, el recuerdo que ha venido subiendo, por decir así, desde lo negro,

y que titila, patente, en el centro del abismo, como si estuviese diciendo, o como si estuviese, más bien, tratando de decir, que hay algo, algo, de donde sacar, como quien dice, la prueba contraria, la negación de la negación de que haya habido, en algún momento, mediodía, invierno, semipenumbra del Gran Doria desde la que hombres silenciosos observan, mientras fuman, la calle a través de grandes vidrieras, ómnibus de otra ciudad en el que un estudiante apunta, con su cámara fotográfica, a la vereda, cuatro esquinas inmersas en un estruendo luminoso, y sobre todo, desembocando desde Mendoza a San Martín, lo que habría de traer, como un recipiente negro, con sus coches, sus vidrieras, sus sonidos, su bufanda amarilla, su luz helada, hasta este punto, el recuerdo. Y como si fuese posible saber, si es de verdad recuerdo, de qué, nítidamente, es recuerdo: o lo que puede haber de común, por decirlo de algún modo, entre la bufanda amarilla, y el

recuerdo que sube, ¿de qué mundo?, amarillo, en forma de bufanda que se extiende, ahora, de las esquinas hasta el centro. No pareciera, no, que hubiese, o que debiera haber, mejor, común a las dos manchas amarillas, la que recuerdo, la que recuerdo que recuerdo, o la que creo, más bien, al verla aparecer, recordar, que ha estado, fuera, en alguna otra parte, en otro momento, ningún puente, ninguna, por llamarla de algún modo, relación. Y de los hombres que, creo haber dicho, parecieran estar, en la semipenumbra matinal del Gran Doria, fumando, tomando un café, no sé, verdaderamente, por decirlo de algún modo, nada: no podría decir, probablemente, a esta distancia si toman, de verdad, café, o si fuman, o si son, verdaderamente, hombres, a menos que pegue, por decir así, en ese vacío, recuerdos que no son, en el fondo, recuerdos de nada, de nada en particular, y de los que no podría decirse, ni siquiera, que son verdaderamente, en el preciso sentido de la

palabra, si una palabra, ha de tener, obligatoriamente, un sentido preciso, recuerdos. La taza, por otra parte, de café que, se supondría, habría estado subiendo, en ese momento, a los labios, no sería, en realidad, en el recuerdo, ninguna taza, y el café, ningún café, ninguna cantidad de líquido negro, humeante, cubierto de espuma dorada, que no ha ocupado, en ninguna parte, y nunca, ningún lugar, ni pasado, después de no haber sido tomado por nadie, amargo, indiferente, por ninguna garganta: no, no hay, en el recuerdo de ese café, ningún café, y la bufanda amarilla, de la que debiera nacer la mancha amarilla que sube, ahora, sola, del pantano, flota, desintegrándose, ¿en qué mundo, o en qué mundos?

A medio borrar

para Bernard Le Gonidec

Una columna oblicua de luz que entra, férrea, por la ventana, y que deposita, sobre el piso de madera, un círculo amarillo, y en su interior un millón de partículas que rotan, blancas, mientras el humo de mi cigarrillo, subiendo desde la cama, entra en ella y se disgrega despacio, en esta mañana de mayo, de la que puedo ver, por los vidrios, el cielo azul: la vigilia. Dentro de un rato me levantaré, sacaré la ropa de sobre la cama vacía de mi hermano, me vestiré, saldré a la calle para tomar el primer café en la galería, fumando el tercer o cuarto cigarrillo de la mañana, parado al lado del mostrador, mirando en dirección al pasillo, sin hablar, sin percibir el gusto del café ni el del humo, hombre de alrededor de treinta años

para los que me miran desde afuera, confundido a veces con mi hermano —alguien vendrá seguro a saludarme creyendo que soy él y no yo, el que sé que soy—, y a través de los ventanales de la galería veré el sol cayendo sobre las mesas de metal de colores en el patio casi vacío: la jornada. Contemplo, ya desembarazado de la perplejidad de estar todavía vivo y despierto otra vez, el cuarto dividido en dos por la columna de luz, oblicua, y veo los muebles, mi propia ropa, la cama vacía de mi hermano, la luz misma, el humo: divorcio. Y en seguida, súbito, rápido, resonando más intenso todavía que mi propio silencio y más alto de lo que mi propio silencio puede soportar, desde lo que mi madre llama la antecámara, violento, el teléfono. Llegando remota, la voz de Héctor me pregunta si he oído anoche las explosiones, y uso mi voz por primera vez en el día respondiendo que cuando sonó la primera estábamos pasando con Tomatis exactamente por

el hueco de la puerta de la sala de juego del club Progreso, y que cuando sonó la segunda, jugaban, sobre la mesa, en el sector cubierto de paño verde, arriba el as contra el rey y abajo la sota contra el caballo. Exactamente como en la realidad, dice Héctor, y dice que me pasa a buscar en media hora para ir a ver las brechas abiertas por la dinamita en el camino de la costa. Veo venir, parado en la vereda, el coche, en el sol, el cigarrillo entre mis labios y el humo disgregándose un poco más arriba de mi cara, parado en el punto de la vereda que he estado contemplando desde el balcón, después de colgar y vestirme, en el aire soleado y sin viento pero frío. El coche avanza entre otros, negro, despacio, y sus partes niqueladas brillan al sol. Es una partícula del ruido monótono que produce, desde temprano, la ciudad, una partícula del tumulto de manchas y movimiento que empieza a funcionar desde la mañana. Vamos derecho, despacio, deteniéndonos a cada momento entre los

coches que nos siguen y que nos preceden cruzando transversales, y cuando llegamos al correo central y a la estación de ómnibus, doblamos por la avenida del puerto y empezamos a avanzar más rápido, desembarazados del núcleo apretado del centro, viendo venir hacia nosotros, y después quedar atrás, las palmeras carcomidas y como agrisadas por la proximidad del invierno. Los vidrios laterales del coche están empañados. La luz dura del sol se quiebra en ángulos rectos, filosos, sobre los árboles y las casas. Hombres que andan por las veredas y otros, que trabajan en la playa de maniobras del puerto, se bañan, como quien dice, en la luz fría. Héctor ha sacado, inclinándose, de la guantera, una petaca de cognac, ofreciéndome un trago. Yo he rechazado. Me ha dado, de todos modos, la petaca, forrada de cuero duro, para que desenrosque, mientras él maneja, la tapa de metal. Un olor de alcohol sube hasta mi nariz, más frío incluso que el aire que acabo de

respirar en la vereda y que todavía me hace picar la nariz. Detrás del perfil de Héctor, elevado durante el acto de tomar, pasa, detrás incluso del vidrio empañado, una pared blanca, recién pintada, interminable, detrás de la cual sé que unos hombres han de estar en ese momento fabricando barras de hielo. El empedrado grueso hace temblar la imagen blanca en la ventanilla borrosa. Y me acuerdo, de golpe, tranquilo, de un sueño, como si alguien me mostrase el interior de un cajón, abierto apenas, cerrándolo en el momento en que me inclino, cuando estoy empezando a adivinar lo que hay adentro. No recuerdo en qué consiste ese sueño, únicamente que lo he tenido. No ha habido, me parece, ninguna pared blanca en él, ningún coche, no ha aparecido tampoco Héctor en ese sueño, que no pasaba por otra parte en la avenida del puerto, y sin embargo lo he recordado, por un momento, cuando miré, por detrás del perfil elevado, y por detrás también de la ventanilla

borrosa, la pared blanca. Un policía, encapotado, serio, se niega, en el puente Colgante, a dejarnos pasar. No hay, parece, certidumbre de que el agua, subiendo incluso más arriba que las brechas, no corte el camino. Héctor saca de la guantera un carnet de periodista y se lo pasa al policía, cuya cara, color madera, medio oculta por la visera de la gorra y el cuello de la capota, asoma por la ventanilla. Al fin atravesamos el puente, empezamos a rodar sobre el camino a cuyos costados se ve únicamente agua: agua y, de vez en cuando, en medio del campo, un rancho semiderruido del que apenas si se divisa el techo de dos aguas y un poco de las paredes; de los espinillos, ni las copas; todo lo demás es agua, lisa y tranquila, a ras del terraplén. Cuando llegamos a la primera brecha paramos el coche y bajamos. El ruido de las puertas del coche al abrirse, el sonido de las voces y el de nuestros zapatos golpeando contra el asfalto sembrado de

escombros suenan y se esfuman. Héctor habla de ciencia ficción. Más tarde, cuando estamos inclinados entre los escombros mirando el torrente que atraviesa —¿en qué dirección?— la brecha, donde las dos planicies líquidas se juntan, casi sin ruido, recuerda a Faulkner. Demasiada literatura, para un pintor, digo yo. Héctor no me contesta. Saca la petaca de su bolsillo y vuelve a tomar un trago de cognac, arrugando la cara correosa. Yo paseo mi vista opaca del torrente en el fondo de la brecha a las dos extensiones lisas que el camino separa. No me dicen nada. Los primeros días traté de experimentar asombro, incluso miedo, piedad por los que el agua barría, algo, pero no logré nada. No veo más que una superficie tranquila, casi plácida, que se extiende hasta el horizonte a los dos costados del camino sembrado de escombros, y que no me hace ninguna señal. Lo que más me estremece, dice Héctor, es pensar que la idea que tenemos de que tiene que dejar de subir

algún día y después empezar a bajar, puede muy bien ser falsa. En el centro del camino, con las puertas abiertas, el coche negro, cuyas partes niqueladas brillan al sol, parece abandonado desde hace mucho tiempo. Parece, como quien dice, muerto. Y nosotros, que éramos lo único que se movía en ese paisaje estricto, monótono, ahora también estamos inmóviles. Aparece entonces el helicóptero. Da unas vueltas sobre nosotros, y después se aleja en dirección a la ciudad, hasta que se esfuma. Ha de habernos visto desde arriba, el piloto, dos hombres vestidos con sobretodos negros, en medio del sol, sentados entre los escombros, mirando la brecha, chiquititos, y más allá el coche negro, con las puertas abiertas, abandonado en el centro del camino. Las dos figuras negras aplastadas contra los escombros, al lado de la brecha, y el coche negro abandonado en el centro del camino, con las partes niqueladas refulgiendo al sol y las puertas abiertas. Damos la

vuelta despacio, con cautela, cosa de no venirnos al agua, y cuando quedamos apuntando en dirección contraria empezamos a marchar hacia la ciudad. Cuando estamos dejando atrás el puente, y Héctor le hace una seña amistosa al policía que nos ha interceptado el paso a la ida, veo otra vez el helicóptero que pasa sobre nosotros y se dirige hacia el otro lado del puente, sobrevolando el camino en dirección a las brechas. La estructura delicada, de metal rojo y de vidrio, vuela bajo y me pregunto qué ha de estar viendo el piloto desde arriba, aparte de la brecha y los escombros, la cinta azul del asfalto y las dos llanuras líquidas. Todo eso sin nosotros, sin el coche negro, quiero decir, y entonces, cuando empezamos a recorrer la avenida del puerto Héctor me dice que no me preocupe, que aún cuando el agua siga subiendo — y en la radio un informativo dice en ese momento que efectivamente, sigue subiendo, y que incluso seguirá subiendo— puedo quedarme lo más

tranquilo, porque después de todo dentro de cuatro días estaré en París. Sé que me mira fijo descuidando el volante, para ver qué efecto me han causado sus palabras —o por lo menos me parece que si me mira fijo es por esa razón—, pero yo sigo mirando la pared blanca a través de la ventanilla borrosa. En realidad, sus palabras no me han causado ningún efecto. Tengo la sensación de que hay como un cabrilleo en las puntas de todo lo que es metal, ahora que el sol sube hacia el mediodía. No he tomado café. Héctor propone que almorcemos juntos. Durante la comida Héctor dice, creo, que el viaje me hará bien, que me sacará un poco de mí mismo. Empieza en seguida, y como de costumbre, a hablar del Gato. El Gato, dice, creo, no quiere madurar. Fin previsible del Gato: el manicomio. Me pregunta si lo veré antes de irme. Y mientras Héctor habla, del otro lado de la mesa, por encima de su cabeza y de su cara correosa, de su cabello perfectamente revuelto y

limpio, el tumulto del restaurant, del cual nosotros somos también una parte, el ruido homogéneo en el interior del cual estamos situados, es como el acompañamiento orquestal sobre cuyo fondo la voz de Héctor se valoriza, me parece, ligeramente. Hay, sorda, una confusión de ruidos. Un tipo de sobretodo gris, alto, bien afeitado, abre la puerta de calle y entra, seguido por dos mujeres. Se acerca a nuestra mesa, sacándose los guantes de cuero negro. Tiene la mano fría cuando se la estrecho, porque Héctor me lo presenta. Es un pintor de Buenos Aires, o algo así; tiene el aire de haber progresado, o estar progresando, desde el punto de vista económico. Las dos mujeres lo esperan cerca de la puerta, sacándose los abrigos. Hablan de algo que han hecho juntos la noche anterior, en el momento de las explosiones. Han estado, parece, en una fiesta, o algo semejante. Comentan algo que pasó, algo cómico pareciera, porque se ríen y Héctor, que está parado junto a su

silla —lo mismo que yo, que estoy a medio incorporar, con las rodillas medio dobladas y un vaso de vino en la mano izquierda— dice que en el momento en que se escuchó la primera explosión yo estaba entrando a la sala de juego del club Progreso en compañía de Tomatis y que, según yo, cuando sonó la segunda jugaban arriba el as contra el rey y abajo la sota contra el caballo. Y yo le dije, dice Héctor. Le dije: exactamente como en la realidad. El tipo echa la cabeza para atrás cuando se ríe, mostrando el cuello rasurado. Después se va. Se sienta con las mujeres en una mesa que está detrás de la cabeza de Héctor y yo me quedo viéndolos todo el tiempo más allá de la cara correosa, mientras Héctor sigue hablando del Gato. No solamente madurar: al Gato le hace falta también mostrar interés verdadero y constante por alguna actividad seria. Es demasiado variable. Mientras Héctor habla su plato, sin embargo, va quedando vacío. Por fin pasa un pedazo de pan

para absorber la salsa rojiza, y la loza blanca queda atravesada por unas rayas rojizas, de textura árida y de consistencia blanduzca. Ahora el alimento debe estar acumulándose en su estómago, que ha comenzado a trabajarlo a su manera. Dos o tres eructos discretos atestiguan ese trabajo. Después Héctor se acomoda de un modo distinto sobre la silla y enciende, previa preparación meticulosa, una pipa. Yo fumo un cigarrillo. Héctor pareciera estar reflexionando sobre las cosas que acaba de decir del Gato, como si las hubiese dicho por primera vez, y estuviese tratando de pulirlas, redondearlas en su mente, para formularlas de nuevo de un modo más preciso. Pero ya las ha formulado muchas veces, con el mismo estilo inconexo, la misma retórica doblemente debilitada por la falta de convencimiento y por la repetición. Algo del invierno inminente diseminado afuera se ha instalado en el interior del restaurante, y yo pienso

un momento, de un modo frágil, en las brechas abiertas sobre el camino de la costa, en el asfalto agrietado en los bordes y sembrado de escombros en las inmediaciones. Creo que Héctor no ha estado mirándome mientras tanto. Creo que no ha estado mirando ni siquiera el humo de la pipa que se desenreda despacio frente a su cara, un humo azul, y que lo que parece contemplar ahora con los ojos entrecerrados no está ni en el humo azul ni en ningún punto del presente, ni en mi cara. Así que entrando a la sala de juego del club Progreso con Tomatis, dice, brusco. Le digo que sí. La cara correosa se arruga toda a causa del humo, y se ve bien que el cuero que la compone está adelgazado y lleno de arrugas, por los años. Y más que extrañar, le respondo, después, cuando me pregunta cómo me sentiré en el extranjero, me ocuparé en extrañarme de concebir una ciudad en la que he nacido y vivido cerca de treinta años que seguirá viviendo sin mí, y después digo que una

ciudad es una abstracción que nos concedemos para darle un nombre propio a una serie de lugares fragmentarios, inconexos, opacos, y la mayor parte del tiempo imaginarios y desiertos de nosotros. Y después, lento primero, tímido, pulido y perfecto por la continua repetición, como el pie de un santo de mármol alisado por los besos de interminables peregrinos, en un orden que varía cada vez menos, el chorro de recuerdos europeos de Héctor, su permanencia en París durante tres años, en la rue des Ciseaux primero, en la rue Gassendi después, sus veraneos en Italia, sus exposiciones en Londres, en Amsterdam, en Copenhague. En una de ellas estuvo Matta, el surrealista chileno, que lo vinculó con Breton. Había estado en casa de Breton varias veces, había traducido textos surrealistas que Edgar Bayley trató de hacer publicar en una revista que justo dejó de aparecer. Cuando salimos del restaurante, el chorro continúa, monótono. En la calle, mientras

caminamos hacia el coche, en la vereda del Teatro Municipal, ancha y entibiada por el sol, otro conocido que nos para, extendiéndonos una mano helada: si hemos oído las explosiones y si hemos escuchado el informativo de las doce que ha dicho que sigue creciendo y que incluso seguirá creciendo. Respondemos que hemos oído las explosiones; hemos oído también el informativo. Vuelta a estrechar la mano fría. En el coche, después de arrancar, tomamos un par de tragos de cognac de la petaca forrada de cuero, hasta que la vaciamos y la volvemos a guardar en la guantera. Ahora Héctor no habla más. Tiene la pipa apagada entre los dientes, como una prolongación rígida, un poco más pulida pero casi del mismo color, de esa materia inhumana de la que está hecha su cara. Como yo acabo de apagar el cigarrillo, hay un olor a ceniza, disgregado, fuerte, dentro del coche. Con el motor, la calefacción empieza a andar. Hay un contraste neto entre la luz fría del afuera y el aire

caliente y contaminado del interior del coche. Ahora estamos en la punta sur de la ciudad, en la Boca del Tigre. Está el control caminero en el centro de tres avenidas que se juntan y detrás del control el puente y la carretera. A los dos costados del puente, agua. Más acá, a nuestra izquierda, en el gran espacio abierto frente al estadio de fútbol, carpas, un campamento, camiones del ejército, y un desorden inacabable de objetos: camas, roperos, retratos, sillas, ollas, carros, colchones, animales, hombres. El sol entibia ese hormiguero desmantelado. Héctor habla del Marché Aux Puces y del Hôtel Druot, mercados de objetos usados que hay en París, lugares altamente surrealistas. Cita a Discépolo: ves llorar la Biblia contra un calefón. Deduce que la realidad es surrealista y que él ha renegado del surrealismo porque demasiado amor por los objetos perturba la reflexión metafísica. Pero el genio de los objetos, ellos, dice, lo tenían. Lo tenían. Los objetos tienden a aglutinarse, son

gregarios, dice. La decoración es a los objetos lo que el realismo del siglo diecinueve al surrealismo. Él, Héctor, sin embargo, dice, busca una nueva vía, una tercera posición. Por eso, cuando le hacen algún reportaje, dice riéndose, y le preguntan a qué vanguardia artística pertenece, él responde: al justicialismo. Cuando me deja en la puerta de mi casa, dice que esté a las ocho en punto en el taller. Estoy pasando por el cuartito que mamá llama la antecámara cuando suena el teléfono. La voz de Elisa pregunta si el Gato ha vuelto de Rincón. Le digo que no ha vuelto. Me pregunta si las explosiones han sido en Rincón y le digo que no, que han sido mucho más acá, a dos o tres kilómetros del puente colgante, mucho antes de llegar a La Guardia, y que justamente hemos estado viendo las brechas con Héctor, antes de comer. Elisa me pregunta si Héctor está conmigo y le respondo que acabamos de separarnos, que no sé dónde ha ido. Con mi marido nunca puede

saberse, dice Elisa, aunque uno lo puede imaginar lo más bien. Por las dudas, no respondo nada. Al silencio corto, reprobatorio, mutuo, sigue la despedida y después colgamos. Fumo alrededor de una hora echado en la cama, pensando. Mi sobretodo y mi saco están sobre la cama vacía del Gato. La habitación se llena de humo. Veo a través de los vidrios nítidos declinar la luz fría. Del otro extremo de la casa llega el rumor de la televisión. Es una mezcla opaca de voces y de música. De la calle, en cambio, el rumor homogéneo, idéntico, aunque quizá más profundo, al de la mañana, que irá despedazándose al anochecer, familiar, sube y resuena. Lo escucho por momentos, continuo respecto de mi atención, sin que quede el más mínimo recuerdo del contacto. Contra la pared, del otro lado de la cama, está la valija, lista desde ayer, al lado del bolso azul. La he cerrado bajo la mirada impaciente de Tomatis que, creo, jugaba con sus guantes, alzándolos con dos dedos hasta la

altura de su cara y dejándolos caer después sobre sus rodillas. O quizás no, quizás se golpeaba con ellos las rodillas, la palma de la mano. Es más seguro que haya sido la palma de la mano, o quizás el pecho, o incluso la cara, porque estuvo echado bocarriba en la cama del Gato mientras yo preparaba la valija, impaciente por salir a comer, o más exactamente por salir, porque después, mientras comíamos, también estaba impaciente y quería salir para ir no sé bien adónde. A otro lugar en el que no estuviésemos, supongo, a otro lugar en el que él, quiero decir, no estuviese estando en ese momento, pensando tal vez que había que pasar siquiera unos minutos para controlar un poco —no sé si soy claro en lo que quiero decir—, porque ha de resultarle penoso saber que al mismo tiempo que está en un lugar hay un montón de otros lugares en los que no está para nada. Me levanto y dejo el cenicero, que ha estado sobre mi pecho, en la mesa de luz. En la habitación hay una penumbra azulada.

He de haber estado echado como una hora. Me paseo un poco en la habitación azul y después me asomo al ventanal: en la vereda de enfrente pasan figuras borrosas frente a una vidriera en la que hay seis televisores, idénticos, encendidos. En los seis, colocados en dos hileras de tres, una encima de la otra, se ve la misma imagen titilante, azul acero, la cabeza enorme de un hombre que llora, la cara oculta entre las manos. Reconozco el teleteatro de la tarde. Después me retiro de la ventana, atravieso el dormitorio azul y el cuartito al que mamá le dice la antecámara, cruzo el living interfiriendo un momento el campo visual de mamá que mira la imagen del hombre que llora. Cuando llego al cuarto de trabajo enciendo la luz. Están los dos escritorios vacíos, uno frente a cada ventana, de modo que cuando el Gato y yo nos sentábamos a trabajar nos dábamos la espalda. Desde la ventana del Gato pueden verse las terrazas de baldosas color ladrillo, patios con

árboles oscuros, el edificio blanco de la municipalidad, contra un resplandor rojizo en el cielo. La mía da a un patio interior, de mosaicos azules y amarillos y macetas alineadas contra la pared. Estoy parado bajo la luz que cuelga del techo, entre las dos ventanas, frente a la biblioteca. No miro nada en particular. Ahora me siento frente a mi escritorio y abriendo el primer cajón saco unas hojas blancas. De sobre el escritorio alzo una birome verde y escribo: Querido Gato. Iba a pasar por Rincón para verte pero me faltó tiempo. No me queda más que desear que el agua no te haya llegado todavía al cuello. Todo parece indicar que ya te llegará. Espero que hayas tenido noticias de Washington. Mamá no te va a dar mucho trabajo durante mi ausencia: despertarla cuando termine la emisión diaria en la tele y decirle que ya puede irse a la cama y regularle de vez en cuando el sonido y la imagen durante las horas de transmisión. Yo estoy como siempre bien y ya te

escribiré apenas me instale en París. Esta noche me hacen una despedida en el taller de Héctor (que me dijo que no se te pudo avisar) así que termino aquí porque se me va a hacer tarde. Un abrazo. Pichón. Ahora abro el cajón del escritorio del Gato para dejar la nota y veo la fotografía: ahí estamos, en mangas de camisa, sonriendo a la cámara, a los seis o siete años, el Gato o yo, porque ya no se sabe quién de los dos es el que aparece, con parte de la casa de Rincón, blanca, atrás, a la izquierda, y a la derecha, más lejos, unos sauces y el río. Hay que estar dentro para saber quién es uno, y en esa foto, el Gato o yo, hace una veintena de años, en mangas de camisa, riendo hacia la cámara, estamos afuera. Hay otra foto, idéntica, no una copia, sino otra foto, o quizás una copia, en uno de los cajones de mi escritorio. Algún pariente lejano las sacó, el mismo día, en la misma pose, en el mismo lugar, con diferencia de minutos, y sin la previsión de mi madre, que

perdió su juventud sembrando el mundo de pistas que ayudaran a distinguirnos, nos mandó las copias unos meses después. Cuando estoy pasando otra vez por el living, interceptando un momento con mi cuerpo la pantalla del televisor, mi madre me dice que, según el informativo de la tarde, el ejército ha hecho explotar dinamita en el camino de la costa, para darle salida al agua y disminuir la presión que viene haciendo desde hace días contra el puente colgante, como si estuviera por llevárselo. Me pregunta si he oído las explosiones. Ahora estoy poniéndome el saco, despacio, y encima el sobretodo. Cierro detrás de mí la puerta de calle, calzándome los guantes. Ya es completamente de noche. El rumor decrece. Parado frente al mostrador del bar de la galería tomo un cognac, despacio, fumando. No hay casi nadie. La cajera, vestida con un guardapolvo verde, hojea una revista de historietas. Un hombre come aceitunas verdes de un plato y toma un vermouth, sentado a

una de las mesas del pasillo. Ahora que estoy yendo en el taxi en dirección al taller de Héctor, pienso que ya no estoy en el cuarto con los dos escritorios, en el dormitorio con las dos camas, ni interceptando con mi cuerpo la pantalla de televisión al atravesar el living, ni parado en el bar de la galería. Ya no estoy tampoco en el lugar en que estaba mientras iba pensando, porque el taxi corta la noche helada y va dejando atrás las esquinas cada vez más oscuras. Más que el haber estado un momento parado entre los dos escritorios, bajo la luz, o atravesando el living, interceptando la imagen azul acero de la pantalla de televisión, me llama la atención el hecho de que el living y el cuarto de los escritorios sigan estando en su lugar, vacíos de mí, en este mismo momento. De este mundo, yo soy lo menos real. Basta que me mueva un poco para borrar me. Y veo, mientras vamos alejándonos del centro, por calles cada vez más oscuras, más desiertas, a

través del vidrio helado, los barrios inmóviles en cuyas veredas los árboles sin hojas muestran los estragos de las primeras heladas. Constantes, ya casi sin vida, sin ningún rumor, alguna luz tardía de farmacia o de almacén proyectada sobre la vereda, algún llamado rápido dicho de una vereda a la otra, algún coche cruzando una transversal, se extienden, alrededor de mí, que paso rápido, los barrios que perseveran. Héctor viene hacia mí para recibirme cuando golpeo las manos. No hay todavía nadie. Ha citado, me dice, a todo el mundo para las nueve. Dice que quería preparar tranquilo el asado y conversar conmigo mientras tanto. Todas las luces del taller están encendidas y las paredes blancas, áridas, refractan la luz y multiplican la claridad. Únicamente el altillo está a oscuras. En el patio de atrás, mientras vigila el fuego y la carne, y el humo arranca a sus ojos lágrimas que se atascan en los pliegues de su cara correosa, Héctor, que ha puesto sobre una mesa

cubierta con una hoja de papel blanco una botella de vino y dos vasos, dice que si el agua sigue subiendo la carretera que arranca de la Boca del Tigre va a cortarse y que el ómnibus que debe llevarme a Buenos Aires no podrá pasar. Le digo que no exagere y Héctor se ríe. Está algo borracho; lagrimea. Dice que exagerar es un arte. En el que el Gato descuella, dice. Hace todo, dice, demasiado bien, el Gato, y está, todo lo prueba, demasiado dotado, como para que sea capaz, aunque trate, y ya por otra parte lo ha hecho muchas veces, de perseverar en algo. Entramos otra vez al galpón y Héctor me muestra el cuadro que está terminando. Es un rectángulo blanco, árido, que no difiere en nada de las paredes del taller. Es tal vez un poco más blanco y más árido que las paredes. La blancura de las paredes tiene, por otro lado, me parece, la facultad de dar la idea de una cierta anchura, además de una altura. En la del cuadro, la cualidad horizontal, tengo la

impresión, como quien dice, se borra. Es una blancura exclusivamente vertical. No sé si lo he visto o es el propio Héctor el que me lo ha dicho esta mañana. En los cuadros de Héctor, todo es vertical; no ascendente, ni descendente, sino vertical. Sirviendo vasos de vino, a la intemperie, cerca del fuego, en el patio trasero, Héctor fuma su pipa y trata de explicarme qué es lo que ha querido expresar. Alguien que golpea las manos en la entrada nos interrumpe. Es Raquel. Nos besa rápido, en la mejilla, y desaparece en el taller. Vuelve sin su tapado y con un vaso vacío en la mano. Después de tomar su primer trago de vino nos pregunta, mirando más bien a Héctor, si hemos oído anoche las explosiones. Héctor responde que él estaba con gente, en una fiesta, y que yo, cuando sonó la primera, estaba, en compañía de Tomatis, atravesando la puerta de la sala de juego del club Progreso. Dice que cuando sonó la segunda jugaban en la mesa el as contra el rey y la sota

contra el caballo, dice Héctor. Yo le dije que exactamente así pasa en la realidad, dice. Por un momento, mientras la carne crepita sobre las brasas y el humo, oblicuo, sube en una columna densa, fumamos en silencio, tomando vino, de a tragos cortos. Raquel me pregunta qué siento ahora que estoy a punto de irme a París. Le digo que nada. El vestido de lana verde de Raquel se aprieta contra su cuerpo espeso. Estamos, como quien dice, en el borde del frío, entre la intemperie pura y el resplandor cálido de las brasas. Héctor recomienza con el Gato. El Gato es la peste, dice Raquel, riéndose. Nueva interrupción: Héctor desaparece, hacia la puerta de entrada, y después nos llega, cada vez más alto, un tumulto de voces conocidas, masculinas y femeninas. Miramos, callados, el fuego. Ahora, antes de que Héctor y el grupo que acaba de llegar aparezcan en el patio, se oyen otros golpes en la entrada y el sonido de las voces se multiplica. Son todas demasiado

conocidas como para que les prestemos atención. En voz baja, Raquel me pregunta si iremos a tomar algo juntos después de la fiesta. Antes de que yo pueda responder, Héctor reaparece en el patio. Nos dice si queremos pasar. Los recién llegados, que son seis, contemplan, dispuestos en semicírculo frente al caballete, el último cuadro de Héctor, la superficie blanca. Lo admiran, cada uno de distinta manera. Ahora el semicírculo se rompe y nos saludamos, en grupos dispersos. Hablamos de las explosiones. El informativo de la noche, dice alguien, ha dicho que el agua sigue subiendo, y que incluso seguirá subiendo. Alicia, vestida de azul, desaparece en dirección al patio, porque Héctor se ha asomado por un momento a la puerta, observándonos con seriedad, la pipa apagada en la boca, sobresaliendo de la cara correosa. Exactamente en el momento en que Alicia desaparece, entra Elisa por la puerta delantera, sin llamar. Saluda seria, sin frialdad. Al besarme en la

mejilla, percibo que se crispa un poco, como si hubiese estado guardando para mí la poca hostilidad de que es capaz o tal vez porque ha visto, por sobre mi hombro, en el momento de darme el beso rápido, aparecer a Alicia desde el patio, seguida por los ojos como empañados de Héctor, que contrastan con la cara reseca, correosa. En la mesa, Elisa se sienta a mi derecha, Raquel enfrente. Como una radiación espontánea, lisa, incluso cálida, la hostilidad de Elisa choca todo el tiempo contra mi perfil circunspecto, que a veces gira, delicado, hacia ella, y rebota contra su cara pétrea, ancha. Nadie que no nos conozca bien, que no esté habituado a nuestras particularidades más secretas, e incluso a veces ni en esas condiciones, es capaz de distinguarnos, e incluso a veces nosotros mismos miramos las dos fotografías que están en los cajones de nuestros escritorios y dudamos, nosotros, el Gato y yo, espejo en el que nos contemplamos

recíprocamente, idénticos, y ella, que hace por lo menos cinco años que piensa noche y día en el Gato, que se acuesta con él dos o tres veces por semana desde hace por lo menos dos años, no puede estar a menos de dos metros de distancia de mí sin que empiece a irradiar en seguida repugnancia y hostilidad. Es como si yo fuese el negativo del Gato. Y él va a quedarse: va a seguir despertándose cada mañana frente al río, en la casa de Rincón, va a andar por los bares de la ciudad emborrachándose hasta el amanecer, va a atravesar la puerta de la sala de juego del club Progreso en compañía de Tomatis, va a mirar la municipalidad blanca sentado en su escritorio, sin escribir ni leer nada, va a salir después a la calle a encontrarse con ella, a tenderse desnudo sobre ella, desnuda, en algún hotel, en la casa de Rincón, a la que Héctor sabe que no debe ir sin previo aviso, idéntico a mí, saludando en la esquina de San Martín y Mendoza a algún tipo que le ha dado

las buenas tardes confundiéndolo conmigo, va a estar parado en la esquina en el atardecer, en mangas de camisa, recién bañado, en verano, fumando. Héctor habla de las brechas. Las ha visto, dice, conmigo, esta mañana. Tienen varios metros de ancho y los bordes resquebrajados parecen la boca de un volcán; todo el asfalto está sembrado de escombros; inspeccionan la zona con helicópteros; y alrededor, hasta el horizonte, lisa, monótona, amarillenta, cada vez más alta, el agua. Alguien cuenta que estaba durmiendo en el momento en que sonó la primera explosión; otro, haciendo el amor. Uno de ellos me pregunta desde dónde la escuché: Estaba entrando con Tomatis en la sala de juego del club Progreso, digo. Ahora, algunos atraviesan caminando el gran galpón blanco en que aparte del caballete con el cuadro, la mesa desordenada y las sillas, hay muy poca cosa. Estoy sentado en un diván adosado a la pared, entre Raquel y Alicia. Veo gente que cruza,

a lo lejos, el galpón, grupos que conversan, caras que se ríen, que se me acercan, y me hablan: de vez en cuando me sirvo vino y fumo, hablo. Las palabras se me forman entre los dientes y los labios, de modo que salen medio mordidas, medio húmedas. Y no estoy, todavía, sin embargo, ausente; estoy aquí. En ninguna otra parte. Aquí. Veo salir a Elisa; se ha despedido de algunos, no de todos, pero no de mí. Ha de haber sido por no aproximarse a Alicia. Veo su vestido de flores azules y rojas, estampado sobre un fondo blanco, desaparecer bajo el tapado negro y después desaparecer toda ella, de golpe, por la puerta de la calle. Ahora el gran galpón blanco está casi desierto. Héctor, Alicia y una pareja están parados frente al caballete, mirando el rectángulo blanco, árido y vertical. Alguien cruza, despacio, en diagonal, el galpón vacío, y va a sentarse en una silla, detrás del caballete. Raquel está estirada sobre el diván, la cabeza apoyada sobre mis

muslos, los ojos cerrados; la mano, que cuelga fuera del diván, sostiene un cigarrillo que se consume solo, humeando, entre los dedos. Las cuatro figuras, que se recortan nítidas contra el gran fondo, hablan en voz baja y de vez en cuando sacuden la cabeza o levantan una mano, que vuelven a bajar en seguida, señalando, sin euforia, el cuadro. Ahora no estamos más que los cuatro en todo el taller. Los cuatro sentados en el diván, Héctor, Alicia, Raquel y yo, mirando, sin hablar durante un momento, en la misma dirección, la pared blanca que está frente a nosotros, del otro lado del galpón vacío, donde termina el piso parejo de ladrillos. Ahora la luz está apagada; veo la forma del cuerpo de Raquel echado al lado del mío, en la penumbra rojiza producida por la estufa eléctrica que trabaja cerca del diván. Las paredes blancas, en la penumbra, emiten una ligera fosforescencia. El cuadro blanco, a lo lejos, es, como quien dice, como una ventana desde la que

se estuviese viendo el amanecer. Palpo, por debajo del vestido, la carne tibia, un poco blanda, de Raquel. Ahora estamos los dos desnudos, cubiertos por una frazada. Llegan, desde el altillo, ruidos de la madera del piso y de la cama que crujen, voces apagadas, risitas, y después los gritos y los quejidos de Alicia. Al oírlos, Raquel pega un grito rápido, que ahoga apretando su boca contra mi hombro. Queda así, un momento. Hay una boca contra mi hombro, abierta, la misma boca que unas horas antes me ha preguntado si iríamos a tomar algo después de la fiesta. La misma boca que me ha preguntado si he oído anoche las explosiones está ahora contra mi hombro. La boca va bajando por mi brazo derecho hasta la altura del codo y vuelve a pararse ahí. Todo el cuerpo ha estado removiéndose bajo la frazada. Ahora que la boca se para sobre el brazo, se queda quieto. Del altillo no llega nada. El cuerpo, parado, plegado, se mueve un poco, antes

de que la boca comience a hacerlo, y deja de hacerlo ahora que la boca sigue haciéndolo, ahora que la boca pasa del brazo al vientre y baja todavía un poco más. La boca comienza a hacer unos ruidos que suenan en el galpón vacío. Entreveo al Gato, durmiendo en Rincón. No es yo, él. Yo no soy, tampoco, el que ahora sueña, tan idéntico a mí el que él sueña que únicamente que porque es el soñador el que designa sabe que es él y no yo, así como no seré tampoco el que esté parado en la esquina, en verano, en mangas de camisa, recién bañado, saludando con la cabeza a alguno que lo ha confundido conmigo. Un verano demasiado grande como para que yo pueda, como quien dice, ocuparlo todo. Y la boca, sin el cuerpo, sin mí, trabaja, con ritmo regular, en la penumbra rojiza, mientras mi pensamiento, confuso, se mezcla, como si pasara del insomnio a un sueño nítido y después, gradual, comenzara a despertar. Ahora está otra vez la luz encendida,

Raquel y yo bajo la frazada, desnudos, y Héctor y Alicia, vestidos, parados al lado de la estufa, frente al diván. Hacemos un lugar en la punta de la mesa, entre los restos de comida fría y nos sentamos a picar, tomando vino. La boca de Raquel recibe los pedazos de carne fría, los mastica despacio, muestra la lengua cuando la pasa sobre los labios estriados, habla. Héctor habla: una vez, en París, habían hecho también un asado en un *atelier* que compartía con una pintora griega, surrealista. La pintora era lesbiana. Fumaba cigarros. Tomaba kirsch y a la madrugada salía a la calle a robar las botellas de leche que los repartidores dejaban en la puerta de los almacenes. Ahora se dirige a mí: si es verdad la historia que sabe contar el Gato, sobre un hermano de nuestra bisabuela que era interno en un hospital de Buenos Aires cuando la fiebre amarilla y que según el Gato hizo abandono de la guardia por miedo al contagio y se apareció en la ciudad, en

casa de nuestro tatarabuelo, sin que nadie supiese qué diablos había venido a hacer a la ciudad; y que, según el Gato, dice Héctor, había traído la fiebre con él y murió a los cuatro días, sembrando la peste. Héctor me pregunta si es verdad. Digo que si el Gato lo ha dicho, ha de ser verdad. Héctor se ríe. Pichón lo apaña siempre, al Gato, dice. Son muy diferentes, dice Alicia. El Gato es la peste, dice Raquel. Se necesita ese hartazgo, ese abandono, ese olvido, esa muerte, para que empiece, gradual, como un sol, levantándose, trazando una parábola con un cenit y un nadir, con su misma periodicidad, el tiempo de las historias que se mezclan, se confunden, se superponen, se corrigen, perfeccionándose, falseándose, en una madrugada fría y en un galpón iluminado, de paredes blancas, calentado con estufas eléctricas. El Gato, que una vez en la escuela de Bellas Artes, había hecho pedazos un calco de la Venus de Milo; la vez que el Gato y yo teníamos la misma mujer, y

nos acostábamos con ella una semana cada uno, haciéndole creer que éramos una sola persona; la versión que el Gato había inventado, según la cual también la mujer tenía una hermana melliza, que se turnaba con ella para recibirnos; el tipo que el año pasado se tiró por la ventana de los tribunales, desde el despacho del juez, mi primo; la época en que Héctor y la lesbiana hacían copias de cuadros célebres y los vendían en el Pont des Arts; historias de Washington. Fijas, cerradas, las barajamos como naipes durante dos horas. Pasan de boca en boca, como consignas. Se han como quien dice pulido tanto, lo mismo que piedras, sus contornos son tan precisos, se distinguen tan claramente unas de otras, que es como si, en cierto momento, dejaran de ser historias, algo que ha pasado en el tiempo y en el espacio, para convertirse en objetos, en algas, en floraciones. Es fácil, porque ya están en el pasado. Pero lo que está ocurriendo en el tiempo, lo que está

ocurriendo ahora, el tiempo de las historias en el interior del cual estamos, es inenarrable. Ahora estamos otra vez parados frente al rectángulo árido, vertical. La boquilla de la pipa de Héctor, cuya cara correosa se ha agrisado un poco, traza líneas imaginarias, verticales, frente al cuadro. Raquel pregunta si le ha llevado mucho tiempo pintarlo. Una punta de semanas, dice Héctor. Ahora estamos otra vez sentados en la esquina de la mesa, tomando café. Héctor echa un terrón de azúcar en un vaso de agua y nos dedicamos a mirarlo disolverse. La *durée* objetiva, dice Héctor. ¿La cómo?, dice Alicia. La *durée* objetiva. La *durée*. *Durée*. Duración, dice Héctor. Para que sea objetiva, dice Héctor, hay que medirla, hay que estar. Su cuadro, dice, es un fragmento ampliado de la *durée* objetiva. En el fondo del vaso queda un sedimento arenoso, de cristalitos. Después más nada. Queda el vaso solo, con el agua, sin ninguna *durée*. Vean: ni rastro de la *durée* objetiva, dice

Héctor. Para escuchar a Héctor, que ha explicado la significación del cuadro, he vuelto la mirada hacia su cara correosa, desviándola del vaso. Al volver a mirar, está primero el sedimento arenoso y después más nada: el vaso con el agua, sin la *durée*. Ahora estamos saliendo Raquel y yo a la madrugada helada, en dirección al coche de Raquel, estacionado al otro lado de la avenida desierta. El interior del coche está helado. Mientras calienta el motor, Raquel enciende un cigarrillo y me lo pasa, y después enciende otro, que deja colgar de su boca. Ahora acaba de estacionar frente a mi casa. Te reirás de mí, dice. Dirás que no avanzo, pero es más fuerte que yo. Le beso la mejilla. Ya querrás tener hijos, alguna vez, con alguien, digo. Me dice que ella también irá a la estación, pasado mañana, a las doce menos diez, para despedirme. Y ahora estoy acostado, fumando: veo por la ventana el cielo azul, frío, y un rayo de sol, en el que bailan un millón de

partículas, atraviesa el vidrio para inscribir un círculo claro en el parquet. Mi ropa está sobre la cama intacta del Gato. Parado junto al escritorio, veo, a través de la ventana, el bloque blanco, vertical, lleno de perforaciones rectangulares oscuras, de la municipalidad. Ahora estoy mirando los helechos del patio, en las macetas alineadas contra las paredes amarillas. Hay luz, en el patio, pero ni una sola mancha solar. Estoy parado junto al mostrador del bar, en la galería, mirando a la cajera enfundada en su guardapolvo verde. El dueño del bar sale de la trastienda, con una taza vacía en la mano, que deja sobre la cafetera. Mi taza tiene todavía, en el fondo, un resto frío de café. El dueño del bar me dirige la palabra, de un modo vago, habitual en él, debido, creo, a que nunca está seguro de si habla conmigo o con el Gato. Habla de las explosiones, dudando de los resultados: hubiesen debido esperar, dice, que el agua alcance el punto más alto pero —mira el

patio vacío, por encima de mi cabeza— ¿quién puede asegurar cuál ha de ser el punto más alto? ¿Qué se puede tomar como referencia? ¿El pasado? Hubo la inundación del año cinco, la del veintisiete, la del sesenta y dos; fueron todas de las grandes. Ninguna alcanzó la misma altura, todas diferentes. Se queda callado. Cuando suben, despacio, durante meses, enterrando, bajo un agua oscura, provincias enteras, estos ríos de agua confusa ganan no únicamente nuestras tierras, nuestros animales, nuestros árboles, sino también, y tal vez de un modo más seguro y más permanente, nuestra conversación, nuestro coraje, nuestros recuerdos. Sepultan, inutilizan nuestra memoria común, nuestra identidad. Y hay, aunque frío, el sol del mes de mayo cayendo sobre las mesas vacías de metal, de todos colores, acomodadas en el patio. Hay un silencio soleado. Hay la mancha verde, inmóvil, de la cajera sentada sobre el taburete, una mano apoyada sobre la

palanca de la registradora. El rumor de la ciudad, intermitente, continuo, llega apagado. Ahora que me dejo envolver por la muchedumbre, en la esquina del banco, parado inmóvil, fumando, pienso, sin premeditación, en el bar vacío de la galería, en el patio soleado, en la mancha verde de la cajera, la mano apoyada en la palanca de la registradora. Han de persistir, sin mí, vacíos. Súbito, suave, parado a cincuenta centímetros de mi cara, un tipo, en la solapa de cuyo sobretodo gris hay una escarapela, bien afeitado, de unos treinta años, me palmea el brazo, sonriendo, la cabeza algo inclinada hacia mí y los ojos verdes, entrecerrados: que qué es lo que ando haciendo tan pensativo parado en la esquina a las once de la mañana, aunque el solcito valga la pena. Su cara me es ligeramente familiar. Ha de ser, pienso, uno de esos amigos que el Gato hace cada vez que sale de farra con Tomatis o con Héctor, en el club Progreso o en el Copacabana. Uno de esos tipos

que creen que el Gato puede haberse olvidado de ellos —el Gato no se olvida de nadie que haya cruzado dos palabras con él, nunca— cuando me confunden con él en la calle y son recibidos de un modo seco. Ahora se ha ido. Pasa gente a mi alrededor, por la vereda y por la calle, y cuando lo tiro, mi cigarrillo choca contra el cordón y sigue humeando sobre el asfalto. Llevándome a la boca un pedazo de carne tibia, en el restaurant, en la misma mesa en que he comido ayer con Héctor, frente a la silla vacía de Héctor, entre ruidos acolchonados, me detengo, sin brusquedad, a mitad de camino, recordando la cara afeitada, los ojos verdes, el sobretodo gris, la escarapela: acostumbrado al error, a punto de irme, con la valija preparada al lado de la cama, el pasaje de avión, el desgaste, advierto que no haber reconocido en la esquina del banco al pintor que Héctor me ha presentado ayer, fugazmente, en el restaurant, demuestra que ser tomado por el que

soy no es concebible más que como duda y error. Sacudo la cabeza, riéndome; trago el bocado. El taxi se detiene antes de llegar al puente, cuando el policía parece querer separarse de la garita y hacerle alguna seña. Con vehemencia, mirándome de tanto en tanto por el retrovisor en uno de cuyos ángulos se refleja un fragmento de mi cara, el chofer, cuya cabeza calva y oval parecía incapaz de quedarse quieta un momento, ha venido diciéndome que las explosiones han sido una medida errónea, propia del ejército, y que esas brechas quedarán sin cerrar durante años. Pago y bajo. Hasta no ver el coche dar media vuelta, después de dos o tres maniobras trabajosas, y alejarse por el bulevar, el policía no me mira. En el sol de la siesta, una cabeza más alto que yo, las manos separadas del cuerpo, la cara oscura, bajo la visera, el cuerpo cubierto por el sobretodo marrón que ciñe la bandolera, las piernas abiertas, el policía, por estar fuera de mí, parece como más

nítido, más perfecto. Emplea no únicamente la mirada, sino todo el cuerpo en ver alejarse el coche negro. Ahora sus botas lustradas chasquean roncadas sobre el asfalto al girar hacia mí. Sí, salen vaporcitos y canoas para Rincón. Se baja en La Guardia, se toma una chata tirada por un tractor y después, en la entrada del pueblo, de nuevo canoas. Por hábito, se cuadra, sin ostentación, o me parece, cuando me alejo. La brisa enfría la luz en el medio del puente, plataforma débil por encima del agua, que domina todo y de la que sobresalen, intermitentes, árboles, postes, construcciones. Abajo, contra el pilar central, corrientes, visibles en la superficie, se arremolinan, rompiendo la tersura de la gran extensión líquida, mostrando crestas que se sacuden, ásperas y espumosas, como si alrededor del pilar hubiese, por así decir, un hoyo profundo en el que toda el agua viene a caer. Desde el puente, antes de salir por la otra punta, veo la

construcción del Yacht Club, de tejas rojas y paredes blancas, a medio sumergir: el agua entra y sale por las puertas, por las ventanas. Del otro lado del club hay una barranca y un caminito angosto que bordea el agua, entre los árboles. Se ven soldados, gente, canoas, un vaporcito. Un oficial dirige el embarque. Hay una franja seca de unos diez metros de largo y no más de dos de ancho. Me acerco al grupo y permanezco en silencio; casi nadie habla. Hay ya algunos subidos al vaporcito. Otros se preparan para subir. Otros miran, como si no fuesen a viajar. Suena, súbito, un teléfono. Veo, entonces, que el oficial, euforizado por su trabajo y por la situación general, da un salto hacia un costado y hunde los pies en el agua y diviso, sobre una mesita alta y estrecha, en el agua, cerca de la orilla, el teléfono. Sigo con la vista el cable que va, por encima de los árboles, a perderse en el interior del Yacht Club. El oficial habla un momento por teléfono,

los pies hundidos en el agua. Cuando termina, vuelve a dirigir nuestro embarque. Ahora, buscando a ciegas, después de haber dejado la costa, lo que hasta unos meses antes era el curso de un arroyo, navegamos, precarios, lentos, apiñados, en el vaporcito, el ritmo de cuyo motor se quiebra por momentos, en medio de la gran extensión acuática de la que sobresalen matas altas de pajabrava, camalotes, y a lo lejos, de vez en cuando, árboles y ranchos ya medio hundidos. Junto a uno de ellos distingo, ya casi sin pintura, el metal del techo comido por el óxido, un colectivo sumergido en el agua. Pasamos por detrás de La Guardia, toda inundada. Desembarcamos sobre el camino de asfalto. Hay gente que espera el vapor, parada en la orilla. No se ve ningún tractor. Cuando el motor del vaporcito se para, antes de atracar, y vamos aproximándonos despacio a la orilla, el silencio es tan grande, tan vasto, que percibo, de un modo fugaz, arduo, complejo, la

creciente, el éxodo, el miedo generalizado, la miseria, la muerte. Al tocar tierra tropiezo y me voy hacia adelante. Alguien me sostiene; se oyen exclamaciones y algunas risas. Muchas de esas caras oscuras, parecidas entre sí, me son familiares. Algunos me saludan. Gran parte de los que esperaban en la orilla suben al vaporcito. Soldados, un suboficial, dirigen el embarque. A un costado del embarcadero, armado rápido con madera y chapas de cinc hay, precario, un despacho de bebidas. Alguien informa que el tractor y la chata acaban de salir para Rincón y que no estarán de vuelta antes de una hora. Otros hablan de las explosiones, de los informativos, del ejército. Una familia entera, que no alcanza a subir en el vaporcito y que se queda en la orilla esperando su regreso, pide información a un soldado sobre el campamento de la Boca del Tigre. Por el modo en que le contesta, vago, rápido, indeciso, percibo que el soldado ni

siquiera sabe que existe ese campamento; el conjunto de una catástrofe es un privilegio de espectadores, no de protagonistas. En el despacho de bebidas tomo ginebra, entre dos hombres que hablan en voz baja. Compró una botella para el Gato. Hay algo más que recupero, por un momento, en el sabor de esa ginebra tomada en el sol tibio que ya empieza a declinar, más que mis años ya perdidos, más que un cierto olvido y una cierta inmovilidad, un cierto reparo, y es, mezclada al olor del agua y al olor de la pobreza, algo invisible y férreo como una raíz, un alimento, una relación preexistente mediante la cual mi divorcio no es la separación de dos partes distintas que coexisten, enemigas, dentro de mí, sino el fin de un matrimonio con algo que por falta de una palabra mejor designo como el mundo. Agujas, como quien dice, de oro, todavía altas, rayan el cielo azul. Antes que el tractor, dejando oír sus explosiones débiles, irregulares, llega, otra vez, cargado de

gente, maniobrando despacio para atracar, navegando por lo que antes ha sido una calle de La Guardia, frágil, antiguo, el vaporcito. Veo, con un vaso de ginebra en la mano, por entre el grupo que se ha apiñado en la orilla preparándose para subir, saltar la gente a tierra. Ahora estoy parado en la chata que remolca el tractor, trabajoso, y me aferro a los travesaños, mirando el campo a los costados del camino. No demasiado alta, almacenada, mostrando, sin embargo, en esa mansedumbre, que será la última en retirarse, el agua cubre los campos, ciñe los troncos de los árboles, golpea, imperceptible, contra las paredes, las alcantarillas, los terraplenes. El asfalto está manchado de barro, de detritus, de escombros. En Colastiné, en un trecho relativamente alto alrededor del cual el agua muerde tranquila, hay otro campamento. El tractor se para; hacia la gente que baja vienen, corriendo, niños y perros desde las carpas, y mujeres y hombres, ocupados en

hervir agua, en hachar, alzan la cabeza, interrumpiendo un momento su trabajo, para mirar en dirección a la chata. Soldados andan, ociosos, entre las carpas, alrededor de las cuales se acumulan, en desorden, cachivaches, colchones, cacerolas. Después el tractor, anaranjado, vuelve a arrancar, con el conductor, cuya espalda, cubierta por una campera de lana, se mantiene rígida delante de mí, y un soldado que lo acompaña, parado en el pescante, la cara enrojecida por el aire frío. No he tenido, en meses, del agua, ninguna impresión de violencia, sino más bien, y más todavía cuando el hábito de la creciente se instaló entre nosotros, de discreción, de placidez, de silencio, y ha sido necesario ver a los hombres en la Boca del Tigre, en Colastiné, en campamentos, amontonados frente a las pizarras de *La Región*, comentando las explosiones, los informativos, para percibir, como en ráfagas, como quien llega a zonas, las atraviesa y por fin las deja atrás,

estable, la violencia. Ahora salto de la chata, en la entrada de Rincón; mis pies, flexionados, se adhieren firmes al asfalto y me yergo para contemplar el agua que cubre, rojiza, la calle ancha, derecha, a cuyos costados las casas abandonadas, de material o de adobe, nítidas en el sol todavía alto, están sumergidas hasta la mitad en el agua. El sol de las cuatro, pálido, destella débil en un cielo verdoso. Hay, a pesar de las canoas que esperan en la orilla, contra el terraplén, a pesar de las carpas diseminadas en el camino, alrededor de las cuales se mueven figuras humanas, a pesar de eso y a causa del silencio, ahora que el tractor se ha parado y que las pocas voces que suenan se esfuman casi de inmediato, difusa, en todos nosotros, la sensación, más que de estar frente a un pueblo abandonado, de llegar, por primera vez y sobre todo los primeros, a un lugar virgen, sin vida animal, sumergido en un agua ciega en la que todavía no se ha formado la vida.

El hombre de la canoa, que rema frente a mí por el medio de la calle inundada, en dirección al centro del pueblo, inclinándose rítmicamente hacia adelante y hacia atrás, con un cigarrillo apagado entre los labios, girando de vez en cuando la cabeza para mirar los patios sepultados por el agua, me pregunta, después de un momento de remar en silencio, por encima del chapoteo regular de los remos que es el único sonido que se disemina en el aire verdoso antes de que se oiga su voz, si he estado en la ciudad o si he llegado únicamente hasta La Guardia, y si he ido únicamente para comprar la botella de ginebra y volver. Le digo que vengo de la ciudad. Ha hecho rápido, me responde, incrédulo. Después dice que no hubiesen debido volar el camino: que un soldado le había dicho la tarde antes que el ejército estaba preparando las explosiones y que él no había creído hasta que las oyó; que estaba durmiendo en la carpa y que no únicamente había

oído el ruido sino que había sentido, las dos veces, temblar la tierra sobre la que estaba acostado. Él, dice, no es del pueblo sino del norte, de más allá del Leyes, donde prácticamente no queda tierra seca. A San Javier, desde la ciudad, dice, se va en lancha; al pedo han parapetado el terraplén con bolsas de arena, porque el agua se filtró igual. Ahora está callado; avanzamos por las calles desiertas, y los remos, al golpear, levantan una marejada débil que va abriéndose a los costados, cada vez más, y choca sobre las veredas, contra el frente de las casas; donde no hay construcciones, la marejada leve atraviesa los tejidos de alambre y va a perderse, silenciosa, en el fondo de los patios, entre los troncos de los árboles. Al doblar por una calle lateral veo, de paso, por la puerta, abierta de par en par, de una casa, el agua que corre entre las patas de los muebles y, sobre la pared, a un costado de otra puerta abierta que da a una habitación interior, un

espejo, y sobre él, en la pared celeste, un gran retrato oval. Y después de doblar dos o tres veces, en completo silencio, en el cancel del crepúsculo, hacia las afueras del pueblo, adormecido más por el agua y por el atardecer que por el ritmo de los remos, sin ansiedad, sin euforia, diviso, por sobre la cabeza del hombre que se inclina hacia adelante, se yergue un momento y se inclina después hacia atrás, creciendo, aproximándose, único punto seco del pueblo a pesar de estar construida a la orilla del arroyo, sobre la barranca, nítida, compacta, con las ventanas abiertas, con alientos humanos que salen de ella aunque nadie sea todavía visible, separada del agua por muchos metros de tierra seca, en declive, un poco extraña para mí por el cambio salvaje del paisaje en el centro del cual se eleva, blanca, enorme, la casa. En el frío, parece todavía más blanca, más árida. Frente a la puerta hay algunas canoas que se sacuden un poco por la marejada

que levantamos al aproximarnos y atracar. Al empujar la puerta entreabierta escucho, apagado, el tableteo lento de una máquina de escribir. Ahora que he atravesado el primer cuarto veo, en el segundo, a la luz de una lámpara a querosén, rígido sobre la silla, contemplando la hoja puesta en la máquina, las manos elevadas a punto de golpear las teclas, la figura de Washington, cuya cabeza blanca, brusca, se mueve hacia mí, sin sobresalto. Se queda mirándome un momento, fijo, sin parpadear, mientras avanzo hacia el interior de la esfera de claridad que difunde el farol. Creí que era el Gato, dice Washington, tendiéndome una mano huesuda, reseca, que retira en seguida. Le pregunto como está. Ya lo ve, dice. Del patio llegan un grito de niño, una risa, voces. Es la familia de don Layo, dice Washington. El Gato los ha alojado, lo mismo que a él: no han querido parar en la casa y tienen unas carpas del ejército. Han perdido todo, esta vez, dice, porque la isla

está bajo agua. Se queda en silencio. La decepción al comprobar que era yo y no el Gato ha de mezclarse en él al sentimiento de ser un intruso, simplemente porque, a sus ojos, mi amor, mi veneración, que pudo haber sido en otros tiempos más grande que la del Gato, tiene el defecto de no ser la del Gato. Baja los ojos, jugando con el mate ya frío que está sobre la mesa. El Gato, me dice, circunspecto, ha ido a la ciudad, para verme: estará de vuelta a las seis. Pero a las seis sale también, por última vez en el día, el tractor hacia La Guardia, donde combina con el último vapor. Le digo que siga trabajando, que yo esperaré. Lo contemplo de un modo fugaz, dos o tres veces, mientras escribe a máquina. Ahora está sentado en esa silla. Ya no está, como la última vez que lo he visto, en noviembre, en el patio de su casa, con un mate en la mano, parado cerca del Gato y de Tomatis, hablando de los fundamentos Tendai, bajo el sol fuerte, contra un fondo, fresco y florecido,

de paraísos y laureles. Ahora está sentado frente a mí. Suenan las teclas de la máquina, golpeando contra la hoja blanca, en un clima de circunspección. Es, frente a mí, con su cabeza blanca, su cara reseca, color tierra, a pesar de su camisa de lana a grandes cuadros rojos y blancos bajo cuyo cuello entreabierto asoma la camiseta de frisa, a pesar de sus movimientos joviales que todos le conocen y que reduce en mi presencia, a pesar de lo invisible del tiempo que ha vivido, o quizá sobre todo por eso, en el que ha sido niño, adolescente, adulto, a pesar de su vida múltiple, sentado frente a la máquina, sin anteojos, pulcro, extravagante, un anciano. Continúan llegando, de aráfagas, desde el patio, rápidas, las voces, y cuando la máquina se para y Washington queda con las manos suspendidas en el aire, sobre el teclado, la mirada fija en la hoja de papel, se hacen más altas, más nítidas. Ahora estoy parado en la galería del fondo, viendo las carpas diseminadas en el

patio, entre los árboles, y entre ellas, una fogata, cuyas llamas más altas son más altas incluso que las carpas, expande un resplandor rojizo en el aire todavía claro. Me ha saludado, don Layo, entre el tumulto de sus sobrinos y de las mujeres que preparan ollas, pavas, en las proximidades del fuego. Después ha desaparecido en el interior de una de las carpas. Cinco o seis perros merodean en los fondos, detrás de las carpas separadas de la galería por una gran extensión de terreno abierto en la que no hay ni siquiera árboles, sembrada de baterías de auto medio enterradas en la tierra y entre el pasto amarillento, las puntas de cuyas hojas han sido calcinadas por el frío. Hombres, carpas, árboles, confusos, apagándose con el día, están envueltos y como amortiguados por una penumbra lila, ahora que he salido otra vez con un vaso de ginebra en la mano y me paseo por la galería mientras oigo, atenuado, parándose por momentos y recomenzando otra vez, intermitente,

débil, dubitativo, el tableteo de la máquina que llega, de a ráfagas, desde el interior de la casa. Nuestras dos sombras se proyectan, silenciosas, contra la pared blanca, enormes. Acaba de decirme que el Gato, salvo que encuentre medios excepcionales, ya no vendrá. Para poder llegar, dice, debería existir la posibilidad, remotísima, de obtener permiso de la policía o del ejército para atravesar, a pie, de noche, el puente colgante, y la posibilidad, después, de que salga, excepcionalmente, alguna embarcación particular desde el Yacht Club para La Guardia, y además caminar desde La Guardia hasta la entrada de Rincón, y conseguir que alguien lo traiga en canoa desde la entrada del pueblo hasta la casa, en plena noche, lo que obliga, se quiera o no, a descartar de antemano la idea de que pueda volver esta noche. Toma un largo trago de ginebra, uno más corto, deja el vaso sobre la mesa, introduce un cigarrillo, parsimonioso, en la boquilla negra, muerde la

boquilla sobándola un poco con los labios mientras busca los fósforos sobre la mesa, enciende el cigarrillo, echa una bocanada de humo, deja los fósforos otra vez sobre la mesa y retirando la boquilla negra de entre los dientes, apoyándola sobre el borde de la mesa y sacudiendo la mano frente a su cara para dispersar el humo, emite una sonrisa breve y agrega que si bien todo indica que ya no vendrá puede muy bien suceder lo contrario, porque con el Gato, yo lo sé por otra parte muy bien, nunca se sabe. Ahora estoy sentado frente a la máquina de escribir, las manos elevadas sobre el teclado, esperando que Washington me dicte. Si cuando suene su voz, y yo me incline rápido, golpeando las teclas con la yema de los dedos, alguien entrase, viéndonos, sin saber, desde el marco de la puerta, alzando la mano para saludarnos, afables, creería, y seguiría creyéndolo si no lo sacáramos del error que soy, inclinado sobre las teclas, otro. Y yo mismo, en el

momento en que comienzo a golpear, vacío de prevención, despecho, miedo, indiferencia, dedicado sencillamente a escribir, me suspendo, borrándome, sin ser yo, y teniendo, por un momento, si no la posibilidad de ser otro, la certeza, por lo menos, de no ser nadie, nada, como no sean las frases que vienen de la boca de Washington y pasan a través de mí, de mis brazos, salen por la punta de mis dedos y se imprimen, parejas, en el papel acomodado en la máquina. El humo de nuestros cigarrillos va llenando la esfera de luz que expande el farol y de afuera no nos llegan ni ruidos, ni voces, ni el horizonte de sonido animal, polifónico, que el agua empuja, como quien dice, según Washington, hasta las franjas secas, donde lo almacena. No hay, ahora que Washington, absorto en el texto de la traducción que me dicta, no piensa ni en mí ni en el Gato, sino únicamente en las frases que va puliendo con la mirada fija en su cuaderno mientras arruga la

frente y arquea, reflexionando, las cejas blancas, más que mi convicción, debilísima, mi certeza, pobre, para sostener que no he estado todo el día aquí, sentado frente a la máquina de escribir copiando la traducción de Washington, y que en cambio he debido llegar hasta aquí hace unas horas, en lancha, en un tractor anaranjado, en canoa. Únicamente yo conservo, débil, confusa, dispersa, la llamita encendida, que ahora, de golpe, en el momento en que me pongo a releer, a pedido de Washington, una frase ya escrita, cuando mi atención se desplaza, insignificante, se apaga. Salgo de eso pensando que estamos los dos afuera de algo, que algo nos ha despedido dejándonos afuera y cerrando la puerta por detrás, a costa de una oscuridad, aún cuando estemos, y quizá los únicos, en el punto negro de la noche repleta de agua, expuestos en plena luz, áridos y lentos, como para ser observados. En esa exterioridad yo no estoy; está, aunque ausente, el Gato. Ahora

Washington está dictándome: Una buena obrera
una buena obrera no hace con el huso
más que cinco una buena obrera no hace
con el huso mas que cinco puntos por minuto coma
más que cinco puntos por minuto coma
por minuto coma mientras que ciertas
máquinas circulares mientras que ciertas
máquinas circulares de tejer hacen treinta mil
en el mismo tiempo treinta mil en el
mismo tiempo punto mientras que ciertas máquinas
circulares de tejer hacen treinta mil en el mismo
tiempo punto Cada minuto de la máquina
Cada minuto de la máquina Cada minuto
de la máquina equivale entonces Cada
minuto de la máquina equivale entonces a cien
horas a cien horas equivale entonces a
cien horas de trabajo de la obrera
punto y coma cada minuto de la máquina equivale
entonces a cien horas de trabajo de la obrera punto
y coma o bien cada minuto de trabajo

o bien cada minuto de trabajo o bien cada
minuto de trabajo de la máquina le permite a la
obrero le permite a la obrera diez días de
reposo punto diez días de reposo punto
permite a la obrera diez días de reposo punto

Ahora voy caminando detrás de Washington, que
lleva el farol, con la botella de ginebra y los
vasos, siguiéndolo en dirección a la cocina,
atravesando, detrás del farol que se balancea y que
produce un movimiento irregular y continuo de
sombras y luces alrededor, dos de las grandes
habitaciones blancas, casi vacías. Ahora
Washington corta, en tajadas finas, una cebolla
sobre el fogón mientras yo voy pelando, el
cigarrillo colgándome entre los labios, una tras
otra, y metiéndolas en una olla llena de agua,
papas que ahora comienzo a secar y a cortar en
tajadas para echarlas en el aceite que crepita en la
sartén negra, sobre el fuego. Nacido del vientre de
una mujer, alimentado por dos grandes tetas

blancas y amparado en la falda dura y contra el vientre amplio de su madre, en los años de su infancia, obsesionado durante la adolescencia por el delirio de los cuerpos de las mujeres, casado, divorciado, vuelto a casar y a divorciar, padre de una hija, frecuentador de prostitutas a los sesenta años, rodeado de mujeres como un estambre de pétalos, Washington no parece, ahora que está inclinado sobre el fogón, mientras corta la cebolla, ni andrógino ni hermafrodita sino asexual, como si la compuerta del sexo se hubiese cerrado para él, en él, y ahora fuese, al mismo tiempo, una pareja de ancianos conviviendo al fin, tranquilos, reconciliados, en el mismo cuerpo. Y en la comida, ahora, separados por el pan y la botella de vino, veo, firme, su vejez. Mastica despacio, erguido, ascético, sin que ni sus manos ásperas, arrugadas, ni sus labios llenos de estrías, se manchen, se vuelvan brillosos por la grasa. Condesciende a hablar, aunque no soy el Gato.

Sostiene el vaso de vino en el aire, masticando, serio, y afirma: viajar, ya lo veré, es pasar de lo particular a lo universal, y a medida que uno va viajando lo particular va volviéndose universal y lo universal, particular; no hacen, dice, más que cambiar de lugar. Ahora está dejando el farol sobre la mesa, cerca de la máquina de escribir. Yo lo contemplo; puedo, si quiero, me dice, dormir, aunque más no sea unas horas, en la cama del Gato; don Layo, a la mañana, me llevará hasta el camino. Desde la cama oigo la máquina, en el otro cuarto. Sobre la mesa de luz arde, tranquila, una lámpara; ni titila. Echado boca arriba, mientras fumo, extendiendo, sin mirar, la mano hacia la mesa de luz y recojo el vaso alto de ginebra. Me incorporo para tomar un trago. Ahora la máquina no se escucha. No se oye nada. Sin oír nada, se sabe que se está dentro del punto negro del presente, un grano de arena, como quien dice, en la esfera lunar, el punto negro del presente que es tan ancho

como largo es el tiempo entero, en la cama de otro. Y ahora, en el sol, en el corredor de atrás, veo los chicos jugar contra las carpas y el humo, mientras escucho a don Layo que chupa el mate, un pie apoyado sobre una de las baterías de auto medio enterradas: le han dicho, sí, de las explosiones; en cuanto a la isla, está toda bajo agua. Un perro negro salta dos o tres veces a la cara del viejo y después se tiende a sus pies. Don Layo vuelve a llenar el mate y me lo ofrece. Washington sale de la casa, con su propio mate y otra pavita. Quedo entre dos viejos que hablan, tranquilos, de una catástrofe que, en cierto modo, ni los roza, yo, que me alejo de ella casi temblando. Dos viejos que hablan serenos, respetuosos, y que han tenido tiempo, pagándolo con sus años, de llegar a este punto en el que, rodeados por el agua que sube, y que incluso seguirá subiendo, están parados, firmes, pulidos, como huesos, mateando en el sol frío de la mañana, más cálido, paradójicamente,

que el de las doce. No dan, sin embargo, como quien dice, ninguna lección. No dan nada. Más exteriores que la casa, los árboles, el humo, y más fugaces, no sacan, ni siquiera para ellos, ninguna conclusión. Ahora miro a Washington chupar el mate, retirar la bombilla de la boca, tragar, y traga para él, en él, mientras don Layo, mirándolo, esperando, me tiende otra vez el mate lleno. Trago a mi vez, del otro mate. Vaya echarle un vistazo a la paré de los federados, cuando llegue, me dice, en la puerta, mientras estoy subiendo a la canoa. Le respondo que iré. Déle saludos a su mamá, me dice don Layo, cuando me deja en el camino. Y después, otra vez, en sentido inverso, parado en la chata que tira, lento, el tractor anaranjado, recorro el camino, viendo como se alejan, desvalidas, entre los perros, los niños, el humo, oscuras, las carpas. Y después: La Guardia bajo el agua, el puente, la ciudad. Atravieso, como quien dice, un lugar inmóvil del que creo, porque viajo, que va

quedando atrás. En la galería, Elisa, con un vestido azul, está sentada ante una mesa en la que hay dos pocillos, vacíos. Se volvió a Rincón, me dice. Me siento frente a uno de los pocillos; Elisa está sentada frente al otro. Te anduvieron buscando ayer, con Tomatis, dice. Me mira. Piensa que, sin embargo, no soy el Gato. Me pregunto qué es lo que tiene que ir a hacer a Rincón, dice. Washington está con él, digo yo. En el silencio que sigue, monótona, la voz del propietario comienza a llegar hablando, desde detrás del mostrador, con la cajera. La cara correosa de Héctor, detrás de la pipa, aparece por el corredor de la galería, y cuando se sienta con nosotros, Héctor, después de darme dos golpes suaves en el hombro, pregunta por el Gato: alguien, dice, le ha dicho que lo han visto ayer por aquí. Se volvió esta mañana. Ha debido venir a despedirse de mí, digo. Elisa dice que hay que pasar a buscar a los chicos a la salida de la escuela. Héctor le da las llaves. No creo que

yo pueda ir esta noche a la estación, dice Elisa, parándose. Siento, por última vez, contra mi mejilla árida, la suya, lisa, fugaz, fría, cuando me paro y la rozo, como despedida, mi mejilla izquierda contra su mejilla derecha, después de haber rozado, rápido, durante una fracción de segundo, mi mejilla derecha contra su mejilla izquierda. Héctor está mirándome mientras sigo parado, viéndola atravesar la puerta vidriera, entrar al corredor, desaparecer entre los locales iluminados, pensando, sin precisión, vagamente, que no es el amor lo que despierta la nostalgia, sino, más mecánicamente, la experiencia, la percepción, la familiaridad con lo que incluso nos rechaza, rodeándonos, inerte. Ahora estamos los dos parados en el sol, en la vereda, la pipa que sale de la cara correosa dejando subir una columna de humo débil entre la gente que pasa y que debe, distraída, desviarse para superar el punto de la vereda que interceptamos con nuestros

cuerpos. Ahora, después de haber rechazado la invitación para ir a almorzar que me ha hecho, diciendo que debo ir a mi casa a preparar un montón de cosas, después de habernos despedido hasta la noche en la estación, cruzo la calle soleada, gano la otra vereda, camino entre el rumor del centro como sumergido en un río transparente, opaco, continuo, en dirección a mi casa. Ahora estoy en el dormitorio, parado entre las dos camas, viendo la del Gato, deshecha, y la mía intacta. Sobre mi almohada hay una nota: No te encontré por ningún lado. No habrás ido a Rincón. Te estuvimos buscando con Tomatis. ¿Qué me contás de las explosiones? Volvé pronto que en una de esas no encontrás nada. Mandame tu dirección en seguida así te escribo. Abrazos. Gato. Otrosí digo: como no nos alcanzaba para pagar la cuenta —comimos en El tropezón— firmé la boleta con tu nombre. No te preocupes que Tomatis va a pasar a pagar apenas cobre. Más abrazos.

Ahora estoy mirando la municipalidad blanca por la ventana. Se hunde, como quien dice, en el cielo azul. Es un solo bloque blanco que relumbra al sol de las doce. Y yo estoy parado, mirándola. Yo estoy parado ahora al lado del escritorio del Gato mirando el bloque blanco de la municipalidad que relumbra en el sol de las doce y que se hunde, como quien dice, en el cielo azul. He llegado esta mañana de Rincón, he estado con Elisa y con Héctor en el bar de la galería, he venido caminando hasta casa, he estado en el dormitorio viendo la cama desarreglada del Gato y la mía intacta, he leído la nota que me ha dejado sobre la almohada, y ahora estoy parado al lado de su escritorio, mirando a través de la ventana el bloque blanco de la municipalidad que relumbra al sol de las doce y que se hunde, como quien dice, en el cielo azul. Masticando con dificultad, despacio, escuchando mi relato impreciso sobre la familia de Layo y la isla inundada, sin demasiada

fuerza, mi madre, más joven que su cabeza entrecana que le da el aire de una actriz madura maquillada para representar a una anciana en la televisión, disimula, bajo una pátina delgada de resignación, cierta indiferencia. Una suerte de cansancio le impide mostrar más efusión. De ese embarazo nos saca, súbito, el teléfono. La sirvienta viene a decir que es para mí. Estoy tragando un bocado cuando alzo el tubo y escucho la voz de Tomatis. Esto, dice, se hunde. Se hunde. Sigue creciendo. Esta noche van a volar más terraplenes. Dichosos los que se van. Le digo que he estado en Rincón para ver al Gato y que el Gato, en cambio ha venido a comer a la ciudad con otros atorrantes. Tomatis se ríe: él le ha sugerido, dice, que yo podía haber ido a Rincón. Bueno, Pichón, dice Tomatis, por última vez: desistí de ese viaje absurdo. Te prometo, a cambio, para lavar tus pecados, agua, mucha agua. Tus limitaciones, le digo, son las mismas que las del

demonio: no tiene poder más que para tentar. Único poder real, dice Tomatis: el resto es pura demagogia. Él será también de la partida, para eso ha llamado, dice, esta noche, a las doce menos diez, en la estación de ómnibus, y entre el final de su frase y el sonido del aparato al cortarse la comunicación, hay un silencio, una vacilación, algo impreciso, como si la voz, ya desvanecida, estuviese, infructuosa, tratando, indecisa, de decir algo, y no, de ningún modo, para rectificar, para ir más lejos, para consolar, sino simplemente, y de un modo casi mecánico, para continuar un poco hablando, para llenar, con un corte, la duración, que no es más que un momento al que la voz, fragmentaria, se adhiere, así como mi madre, ahora, en seguida, demora en terminar la comida, me ofrece dulce, una naranja, café, de modo de adherir algo neto, preciso, formal, a la duración sin medida que no es, si se quiere, más larga que un momento, y ancha, sin embargo, como el tiempo

entero. Ahora estamos sentados los dos frente a la luz azul acero del televisor, viendo el informativo. Sigue subiendo, e incluso seguirá subiendo, dice el informativo. Vemos soldados evacuar, por el norte, un barrio entero: catres, colchones, calentadores, animales, niños, pasan, precarios, a lanchas, a camiones, se recortan, en fila india, sobre terraplenes, rodeados de agua, contra un fondo de árboles desnudos y ranchos semiderruidos y sumergidos hasta la mitad en el agua. Vemos, por el lado de la costa, una cinta más clara y casi imperceptiblemente más serena que las dos grandes planicies que la aprietan, tomadas desde el cielo, las brechas, y al costado de la primera, como achatados contra el pavimento y los escombros, el coche negro y dos figuras humanas. Después que la imagen se esfuma me reconozco, retrospectivamente, parado al lado de Héctor que contempla, inclinado, el agua de las brechas. Ahora vuelven a verse las brechas, vacías,

siempre desde lo alto, y la imagen avanza, comiendo el camino, el agua, dejándola atrás, hasta que se ven los mástiles del puente colgante cuya plataforma, vista desde arriba, parece ya a ras del agua; en la boca del puente, saliendo, lento, en dirección al bulevar, un coche negro —nosotros— y las primeras casas. Me levanto, interceptando, por un momento, la imagen azul acero. Atravieso, despacio, la antecámara, el dormitorio, y veo, desde la ventana, en la pantalla de los seis televisores, otra vez, la imagen azul acero mostrando, achatadas, desde arriba, a un costado de las brechas, dos figuras humanas, Héctor y yo. Después me recuesto y fumo, en silencio, con el cenicero en el pecho mirando, sin verlo, el cielorraso. No pienso, propiamente hablando, durante quince minutos, mientras fumo, en nada. Soy, por así decir, el centro, la pared blanca, donde ondulan, como banderas, imágenes. Ahora estoy pasando otra vez frente a la pantalla

azul acero que titila, interceptando, durante un momento, con mi cuerpo, la visión de mi madre que se remueve, ligeramente molesta, en su asiento. Ahora, parado, inmóvil, estoy otra vez mirando la municipalidad blanca que se hunde, como quien dice, en el cielo azul. Un hombre, chiquitito, visible únicamente del torso para arriba, camina al sol, en la terraza, borrado hasta la mitad por el parapeto blanco. Se apoya un momento en él y mira para abajo. Es más fácil, así, a la distancia, estar parado, mirando hacia abajo, sin vértigos, recuerdos, sin el viento frío que ha de golpear, allá arriba, y más ahora que la luz comienza a declinar, de a ráfagas, sus mejillas. Está como a sus anchas, compacto, contra el cielo. No pareciera subir nada, desde el fondo de sí mismo, a su cabeza, ni subir tampoco, hacia los músculos, la piel, el rumor, inestable, continuo, de las entrañas que trabajan, complejas, en la oscuridad. Avanza, perfecto, opaco, indestructible,

media figura oscura emergiendo del parapeto blanco, en la terraza, y ahora que giro en dirección a mi escritorio desaparece, se vuelve un recuerdo nuevo que traigo conmigo y que comienza a bajar, como un alimento, hacia el nudo de combustión de la memoria que lo tritura, lo mezcla, lo pule, lo almacena en un gran recinto móvil en el que todas las cosas, cambiando sin embargo de tamaño y de lugar, permanecen. Voy, del tercer cajón del escritorio, abierto, sacando papeles, rompiéndolos sin mirarlos y dejándolos caer en el cesto de mimbre. Estoy en eso cosa de media hora. Miro, de vez en cuando, las macetas en el patio estricto, cegado por paredes amarillas. Y ahora estoy otra vez interceptando, fugazmente, con mi cuerpo, la imagen azul acero, que titila, en la habitación que a medida que avanza la tarde va poniéndose cada vez más fría y oscura. Los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza entrecana, demasiado lisa y bien peinada y pareja como para aparecer natural,

inmóvil y medio levantada en dirección a la imagen titilante, mi madre me pregunta, distraída, sin escuchar mi respuesta afirmativa, lacónica, si tengo ya todo listo. Ahora voy acomodándome el cuello del sobretodo mientras bajo, despacio, las escaleras. Al abrir la puerta, el rumor de la ciudad, homogéneo, se hace más variado y más fuerte de lo que ha estado llegándome mientras bajaba, acomodándome sin apuro, y sin éxito, el cuello del sobretodo. Me ciñe, innumerable, la ciudad. Es más que las veredas derechas, grises, por las que camino, más que las vidrieras de los negocios, abarrotadas y diversas, que voy flanqueando, que la gente que viene caminando en dirección contraria por la misma vereda, por la vereda de enfrente, que pasa al lado mío rozándome levemente, que cruza la calle, que se para frente a las vidrieras y a los quioscos de cigarrillos, que me mira pasar desde el interior de los bares, que pasa manejando automóviles, más

que las casas amarillas, blancas, grises, de una o dos plantas, y que los ómnibus y los coches que se amontonan en las calles principales y esperan la señal de los vigilantes, con el motor en marcha, más que los sonidos, los barrios, los olores, más incluso que los recuerdos entrecruzados en un espacio común que no es sin embargo el mismo que los cuerpos atraviesan, más que los baldíos, que el agua que sube, lenta, rodeándola, más que el material opaco siempre presente a la mirada y refractario sin embargo a la memoria entre el que avanzo moviendo los brazos y las piernas como si nadara, con los ojos abiertos, en un agua pétrea. Ciudad sin memoria, los que recuerdan, en tus calles derechas como destinos, erróneos, funestos, se equivocan, compongo, tratando, infructuosamente, de memorizar mientras llevo, a paso lento, a la estación de ómnibus. En tus calles derechas, corrijo, continúo, como rayos, erróneos, funestos, se equivocan. Cruzo los andenes,

manchados de lubricante, pasando entre grandes ómnibus amarillos y rojos. Suenan, confusos, perentorios, altoparlantes. Hay montones de valijas entre los quioscos de revistas y cigarrillos. Discuto durante unos minutos, inclinado ante el hueco de la ventanilla y consigo, por fin, urgido de un modo discreto por una cola impaciente, cambiar el pasaje. Y ahora estoy otra vez, el humo del cigarrillo mezclándose al más débil, más transparente, del café, parado frente al mostrador del bar de la galería, de espaldas al patio lleno sobre el que la claridad fría del fin de la tarde cae monótona, y a la cajera de guardapolvo verde las yemas de cuyos dedos prolijos rozaron la palma de mi mano en el momento de darme el vuelto de cien pesos. Los que recuerdan, establezco, por fin, desganado, flojo, sabiendo que olvidaré, en tus calles derechas como destinos, erróneos, funestos, crédulos, se equivocan. Y ahora estoy otra vez subiendo las escaleras de mi casa,

desembarazándome del sobretodo, interceptando otra vez con mi cuerpo, durante un momento, la imagen azul acero que titila en la habitación cada vez más oscura, percibiendo otra vez, al pasar, la cabeza blanca de mi madre que se sacude un momento, se hace a un lado, para recuperar sin pérdida de tiempo la imagen que yo he tapado. Ahora están la valija y el bolso de mano, azul, sobre la cama. Veo, por la ventana, en la vereda de enfrente, repetida seis veces, en dos hileras de tres, una encima de la otra, la cara de un hombre que habla y después de un cambio rápido, repetida también seis veces, otra cara, la cabeza cubierta con una gorra militar. Me paro un momento a escuchar cuando voy pasando del dormitorio a la biblioteca: es un coronel que informa a la población: sigue subiendo, e incluso seguirá subiendo. Están evacuando la Boca del Tigre, Barranquitas. Habrá nuevas explosiones. Y empiezan, después, mudas, las imágenes: camiones

del ejército que avanzan, oscuros, por una avenida, que tuercen por calles laterales, en un convoy monótono, que se dividen, al llegar a una esquina, en dos hileras que llevan dirección contraria; una gran extensión de agua de la que emergen, medio tapados, endebles, ranchos; carpas del ejército amontonadas en un enorme baldío, entre las que unas mujeres reunidas en círculo, vestidas de negro, hablan con dos soldados; otra vez, en detalle, sacudiéndose con un ritmo regular, comiendo el borde, reforzado con bolsas de arena, de un terraplén, firme, apacible, el agua. Y de nuevo, desde el aire, la cinta más clara del camino entre las dos extensiones interminables y al costado de las brechas, un poco más acá del coche negro abandonado en el medio del camino, con las puertas abiertas, dos figuras irreconocibles, achatadas, y en seguida, también desde arriba, los mástiles del puente colgante y su plataforma en cuyo extremo, en la entrada a la ciudad, el coche

negro de Héctor va saliendo despacio y entrando, con maniobras, en el bulevar. Otras imágenes, espontáneas, me acompañan cuando entro, quizá por última vez, al escritorio y me siento, mirando el patio cegado por las paredes amarillas y las macetas en las que los helechos empiezan ya a fundirse o a borrarse en la penumbra: la casa blanca, árida, al sol de enero, y el río, desde el que el Gato sale chorreando agua, pasando, estrecho, dorado, en dirección al sur; Washington hablando, mientras el humo de su cigarrillo sube en el sol, de los fundamentos Tendai —primera proposición: el mundo es irreal; segunda proposición: el mundo es un fenómeno transitorio; tercera proposición, y, atención, la fundamental: ni el mundo es irreal ni es un fenómeno transitorio—cerca del Gato y de Tomatis, contra un fondo, fresco y florecido, de paraísos y laureles; y por último, móvil, armoniosa: el Gato, bajando, recién bañado, las escaleras, en mangas de camisa, una

gota de agua cayendo desde el pelo aplastado por la frente quemada por el sol, el olor, crudo y salvaje, del río, impregnado todavía a su cuerpo, más fuerte que el del jabón y el del verano, llegando después, tan idéntico a mí que saluda dos o tres veces con la mano, de una vereda a la otra, a algunos tipos que lo han confundido conmigo, a una esquina del centro donde se para, fumando. No es, compongo, me doy cuenta, ni el amor, ni la nostalgia, ni ninguna raíz elemental lo que convoca, brillantes, estas imágenes, sino el misterio del tiempo, del espacio, sus operaciones inertes, densas, sólidas, más puras y más nítidas, más reales que nuestra adhesión, débil, compongo, como la sombra, acribillada de luz, de un árbol sobre el río; y así de espesa. Más aguerridas, más fuertes, las calles, las casas, amarillas y grises, parejas, sobre el cimiento del planeta, en las mañanas, en las tardes, no habrán de tener, como quien dice, más rastros que el del tiempo del que

están hechas, hacia el exterior, para nadie, constantes, ciegas, refractarias, mojadas de vez en cuando por el péndulo de la lluvia, calcinadas regularmente por el vaivén del verano, ahora que me levanto en el oscurecer y voy, silencioso, a la cocina, para ver humear, frente a mi madre, del otro lado de la mesa, mi plato de sopa. No hablamos casi, separados por el mantel a cuadros blancos y verdes, el pan partido en dos, la sopera que brilla a la luz de la lámpara y humea, la botella de vino a medio llenar y los vasos llenos, los platos blancos de loza gruesa, la carne, la pimienta, el aceite, las naranjas, la sal. Es cuando le digo que he cambiado el pasaje, que viajaré a las diez en vez de hacerlo a medianoche, que sacude, sin efusión, la cabeza entrecana, demasiado cuidada como para parecer natural, hipa dos o tres veces, y se echa a llorar. Es un llanto de segundos, que enrojece su cara y pasa en seguida. Y ahora estoy poniéndome el sobretodo,

acomodándome el cuello, recogiendo el bolso y la valija después de haberme despedido, bajando despacio las escaleras y llegando a la calle justo para ver tres camiones del ejército, en hilera, venir desde la oscuridad, pasar bajo la luz de la esquina, idénticos, lentos, y continuar envueltos en la oscuridad de la próxima cuadra. No pienso en nada, no compongo nada. Y no son, por otra parte, las calles, las esquinas, los letreros, lo que, mientras camino hacia la estación, va quedando atrás, retrocediendo, sino yo, más bien, lo que se borra, gradual, de esas esquinas, de esas calles. El ómnibus verde espera, semivacío, iluminado por dentro, en el andén. En el quiosco de revistas compro *La región*: sigue subiendo e incluso seguirá subiendo. Hay, entre otras, una fotografía borrosa, tomada desde el aire, de las brechas: las grandes extensiones blancas, la cinta un poco más oscura sobre la que se ve un coche negro, con las puertas abiertas, como abandonado, y al costado

de las brechas, franjas desiguales de una negrura árida, dos figuras achatadas, vestidas de negro. Es exactamente cuando pongo el pie en el estribo, el pie derecho en el estribo, alzando con la mano izquierda el bolso azul en el que he guardado el diario, que suena, súbita, lejana, la explosión. Vibran los vidrios, los metales, fugaces, del colectivo. Atravieso, como quien dice, entre un murmullo de comentarios discretos, el pasillo, buscando mi asiento. Hay todavía como un eco, vago, de la explosión en mi cabeza. No es ningún recuerdo, es demasiado fresco todavía como para ser algo más que un residuo, ya delgadísimo, de percepción. Y ahora, el colectivo iluminado por dentro arranca, despacio, va, como quien dice, porque soy yo el que está arriba, dejando atrás la estación, las calles del centro, como un nudo de luces rojas, verdes, azules, amarillas, violetas, las esquinas, las casas parejas, monótonas, de una o dos plantas, los parques entreverados en la

oscuridad, las avenidas humildes, los barrios diseminados entre los árboles, la ciudad que va cerrándose como un esfínter, como un círculo, despidiéndome, dejándome afuera, más exterior de ella que del vientre de mi madre, y ella misma más exterior, con todos sus hombres y los recuerdos y la pasión de todos sus hombres que se mezclan, sin embargo, en una zona que coexiste, más alta, con el nivel de las piedras. Nos paramos, antes de llegar al control, detrás de una hilera de camiones militares. Del otro lado de la avenida está el estadio de fútbol, y más acá, en el enorme baldío que separa el estadio de la avenida, las carpas tendidas en desorden, más oscuras que la noche helada que las envuelve y más bajas que la punta de las fogatas que arden, dispersas, en los claros y que forman unos círculos áridos, móviles, de luz amarilla en la oscuridad. La luz en el interior del colectivo se apaga: alguien, *algo*, contempla o mejor dicho mira, o, mejor todavía, *ve*, a través

del vidrio frío, el basural, el amplio invierno, las carpas mudas, las fogatas, y unas sombras anónimas que se mueven en la proximidad del fuego, pilas de objetos sin nombre almacenados en desorden, cuerpos, más densos, como las carpas, que la noche, pero más altos, a veces, que las llamas, cruzar la intemperie negra que ha de estar impregnada del olor del agua, y en la que han de sacudirse por momentos, con un ruido de llamas, los paños rotos de las carpas y el rumor de los camiones, y el cristal de la escarcha y el grito de las bestias acumuladas en las franjas angostas de tierra todavía firme. Arrancamos. Suena la segunda explosión. Entro en la Boca del Tigre.

1971

Argumentos (1969-1975)

a Arnaldo Calveyra

Pensamientos de un profano en pintura

Reflexiono más sobre los marcos que sobre la pintura. Mi predilección: los retablos y el Vía Crucis. Entre estampa y estampa, en el Vía Crucis, está la pared vacía. No se valora en su justa medida al marco, que contiene la magia patética del sentido sin permitir que se derrame por los bordes hacia el mar de aceite de lo indeterminado. El marco nos enseña que Cristo fue crucificado, nos conserva su sacrificio y nos ahorra la confusión de sus vacilaciones, de su testarudez y de su miedo. Al marco le debemos la perspectiva, perfiles perfectos, y la victoria más sorprendente de la pintura, la abstracción concreta.

El ordenanza del museo municipal me cree loco, porque me la paso mirando la pared vacía. Parece blanca en el sentido del rojo blanco: el rojo, símbolo del calor y de la pasión, se vuelve

invisible a fuerza de abundancia y de exceso. Tanto sentido junto se neutraliza y enceguece y entonces nos parece indigno mirar. ¿Cómo explicarles una cosa semejante a mis amigos pintores? Todo cuadro se me presenta como una pared blanca que ha sido atenuada, disminuida. La palabra cortada también puede servir, como cuando la usamos para decir que se corta el vino con agua. Por lo tanto, el arte de la pintura es para mí el arte de la reducción. Honremos al marco, porque saca de lo uniforme la variedad de la pasión. El arco iris reina en el cielo por un momento y después se va, al atardecer, en los brazos de una noche más negra y más pareja que el fuego.

De una discusión literaria

Empezamos a la mañana bien temprano. Cuando siete horas más tarde discutíamos todavía después de almorzar, algo había en la habitación en la que estábamos que ahora era diferente, y no hablo de la luz que desde luego había cambiado, ni del humo de los cigarrillos, ni de las anotaciones y los dibujos abstraídos manchando ahora las hojas que habían sido blancas. ¡Discusiones en el cancel del verano! Sé a qué me estoy refiriendo, pero por más que trato no lo puedo decir. Es un estado del mundo demasiado incierto y banal como para que alguien se haya puesto a inventar una palabra adecuada que lo nombre. Tal vez en realidad no está pasando nada y yo, por puro vértigo, me estoy dedicando a instalar lo innombrable en el centro mismo de la nada. Pero pongámosle que algo pasó: ni el humo, ni los papeles, ni la luz, ni las mesas, ni los hombres, ni los temas de discusión éramos

los mismos que a las nueve de la mañana. Variante barroca: no hubo nunca mañana o sea está este momento solo, la palabra estuvo es únicamente real cuando se la pronuncia (vale decir no es más que ruido), y ahora no hay más que el gran espacio amplísimo en el que todo está nítido, según lo veo ahora, acabando de brotar y hormigueando y al que llamamos el presente.

Bien empleado, un solo ejemplo puede servir para sugerir la diversidad, incluso lo infinito. Miembros de una comisión de cultura, discutimos la posibilidad de difundir y reactualizar para el público de la ciudad la obra de un clásico, digamos Cervantes. Partimos de la idea básica de la importancia del Quijote, producto de dos datos fundamentales. El primero, por decir así de orden histórico, es la gran envoltura en el interior de la cual nacemos y a la cual llamamos el mundo, una de cuyas partes es la opinión general de que el Quijote es una obra maestra. (Otra de sus partes es

el Quijote, naturalmente). El segundo dato es nuestra lectura del Quijote. Me gusta comparar esa lectura a las veces en que me he quedado jugando con un espejo durante horas, haciendo refractar contra su cara lisa la luz solar y llenando la habitación de manchas móviles de luz y de destellos deslumbrantes. Siete horas después de empezar, los dos supuestos se han alejado tanto de nuestra experiencia inmediata que sin atreverme a afirmar que se han borrado sostengo, sin embargo, que su relación con nuestro debate es la misma que mantienen los cimientos de una casa con su estilo y con la disposición de sus cuartos; los sostienen pero ya nadie los ve, nadie los ha visto nunca aparte de los albañiles que los han echado. En la boca del túnel de tiempo cálido que transcurrió desde esta mañana, lo que el mundo sabe de Cervantes y del Quijote está ahora empastado, denso, sin transparencia, no menos árido que las paredes áridas contra las que nuestras voces

repercuten ni menos compacto que las palabras que bajan continuamente de la mente a las bocas y suben continuamente del aire a las mentes. Y ahora otra vez empiezo a sentir que algo cambia, sin saber qué, sin saber cómo decirlo, sin saber ni siquiera si algo cambia de verdad, sin saber siquiera si podré o si valdrá la pena decirlo, si es que algo cambia. De este estado de extrañeza al horror no hay más que un paso. De ahí a la posibilidad de escribir un nuevo clásico, casi ninguno: por eso yo decía discusiones en el cancel del verano.

Biografía de Higinio Gómez

Higinio Gómez nació en una casa desde la que se veía el río Paraná, en 1915. Era una quinta de fin de semana, porque en aquella época los ricos buscaban el río. Fue hijo único. Su madre murió en el parto y, cuando Higinio cumplió diez años, el padre, que quería enseñarle a andar a caballo «para que se haga hombre», subió borracho a uno y se mató. El tutor de Higinio vendió la casa de fin de semana y puso a Higinio en un colegio inglés, en Buenos Aires. Cada tres meses, las tías lo visitaban. Cuando cumplió dieciocho años dejó el colegio y se fue a Europa. Vagabundeó, tuvo amoríos con una inglesa y conoció a André Breton y a los tipos de su gavilla. Asistía de vez en cuando a las clases de poesía que Paul Valéry dictaba en el College de France. Un anochecer de abril participó en una discusión literaria que terminó a los golpes y que produjo otro cisma

serio en el movimiento surrealista y después, cansado, tomó el vapor y se volvió a Buenos Aires, justo antes de la segunda guerra mundial. Le dijo a unos amigos que el extranjero lo mareaba, como el vino, y cuando se entrevistó con su tutor, que estaba ciego, se enteró de que no le quedaba un centavo. La mujer de Botana le consiguió un empleo en *Crítica*, después que pasaron los tiempos heroicos. Discutía con los otros periodistas sobre la imposibilidad de amar pasados los veinticinco años —pensaba en la inglesa mientras hablaba, sin que sus interlocutores se diesen cuenta— pero en realidad él sabía para sí que desde ese punto de vista ya le quedaba poco o nada por hacer. «Mi sexo», sabía decir a sus íntimos, riéndose suavemente, «es como un globo desinflado». Y otras veces: «Ninguna compañía de seguros me haría una póliza si yo quisiese asegurar mi sexo». Escribía poemas narrativos, larguísimos. Tomatis, que

después compaginó y prologó una plaqueta con dos poemas de Higinio —«El balneario» y «Regiones»— dice que entre sus papeles había un montón de aforismos escritos, cosa curiosa, a lápiz. Le costó descifrarlos porque ya estaban medio borrados. Uno de ellos decía que es más fácil caerse de un caballo y morir que encontrar alguien digno de ser amado desde los talones hasta la cabeza, aunque uno viva en un planeta donde no exista la especie de los caballos. Otro aforismo, según Tomatis, decía que se muere de parto por remordimientos, y un tercero que la poesía no es un río majestuoso y fértil sino una piedra firme en medio de la corriente que se deja pulir por el agua.

Carlos Tomatis tuvo el privilegio de conocer sus manuscritos porque una tarde de febrero, una vieja actriz que había sido amiga de Higinio en Buenos Aires, apareció con ellos en la oficina, en el diario *La Región*, y poco menos le puso una pistola en el pecho para que se ocupara del asunto.

La acompañaba un viejo de más de sesenta años, muy flaco, con el pelo teñido y vestido con una chomba color ladrillo, vaqueros y sandalias. Gracias a la actriz, porque el viejo ni se dignó abrir la boca, Tomatis se entusiasmó y se ocupó de la publicación de la plaqueta. Higinio había vuelto a la ciudad alrededor del año sesenta y estuvo medio mezclado con la vida literaria, pero un par de años más tarde alquiló una pieza de hotel y se envenenó. Dejó los aforismos y un montón de poemas narrativos en los que habla de un río amarillo y en los que se burla de la transparencia del mar.

El intérprete

Ahora me paseo por la orilla del mar, sobre una arena más lisa y más amarilla que el fuego. Cuando me paro y miro para atrás veo la guarda entrecruzada de mis pasos que atraviesa intrincadamente la playa y viene a terminar justo bajo mis pies. El borde blanco, intermitente, de espuma blanca, separa la extensión amarilla de la playa de la celeste del mar. Si miro el horizonte, me parece que empezaré a ver, otra vez, los barcos carniceros avanzando desde el mar hacia la costa, puntos negros primero, filigranas llenas de coladuras más tarde, y por último cascos panzones sosteniendo las velas y una selva de palos y de cables deslizándose rígida hacia adelante y mostrando de un modo gradual la fiebre de una muchedumbre de hombres activos. Cuando los vi, cerré los ojos porque sus pechos de piedra cintilaban, y el rumor del metal y de las voces

ásperas me dejó sordo por un momento. Me avergoncé de nuestras ciudades toscas y humildes y comprendí que no eran nada ni el oro ni las esmeraldas de Ataliba (que ellos pulverizaban a martillazos buscando la pepita, como se hace con una nuez), ni los grandes corredores pavimentados y amurallados de plata, ni nuestros calendarios de piedra, inmensos, ni la guarda imperial que reaparece, una y otra vez, en las fachadas, en la vestimenta de la corte y en los cacharros. Ví fluir desde el mar un chorro desplegado de gloria y abundancia. Los carniceros tocaron con una cruz la frente del niño que yo era, me dieron un nombre nuevo, Felipillo, y después, lentamente, me enseñaron su lengua. La vislumbré, gradual, y hacia mí, Felipillo, las palabras avanzaron desde un horizonte en el que estaban todas empastadas, encimadas unas sobre las otras para ser, otra vez, como los barcos, puntos negros, filigranas de hierro negro, y por fin una selva de cruces, signos,

palos y cables desagregándose de un grumo hirviente como hormigas despavoridas de un hormiguero. Entonces dejé de ser la criatura desnuda en cuyos ojos destelló el metal de las armaduras y en cuyos oídos resonó por primera vez el estruendo de las velas, y empecé a ser Felipillo, el hombre dotado de una lengua doble, como la de las víboras. De mi boca sale ya la bendición, ya el veneno, ya la palabra antigua con que mi madre me llamaba al atardecer, entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de la ciudad rojiza, ya esos sonidos que repercuten en mí como en un pozo seco y sin fondo. Entre las palabras que la voz le arranca a la sangre y las palabras aprendidas que la boca come ávida de la mesa de los otros, mi vida se balancea sin parar y traza una parábola que a veces borra la línea de demarcación. Me siento como atravesando una región en la que hay zonas diurnas y nocturnas, alternadamente, como el gallo que

canta a deshora, como el bufón que improvisaba para Ataliba, entre la risa de la corte, una canción que no estaba hecha de palabras sino únicamente de ruido.

Cuando los carniceros juzgaron a Ataliba, yo fui el intérprete. Las palabras pasaban por mí como pasa la voz del dios por el sacerdote antes de llegar al pueblo. Yo fui la línea de blancura, inestable, agitada, que separó los dos ejércitos formidables, como la franja de espuma separa la arena amarilla del mar; y mi cuerpo el telar afiebrado donde se tejió el destino de una muchedumbre con la aguja doble de mi lengua. Las palabras salían como flechas y se clavaban en mí resonando. ¿Entendí lo mismo que me dijeron? ¿Devolví lo mismo que recibí? Cuando mis ojos, durante el juicio, se clavaban en las tetas azules de la mujer de Ataliba, tetas a las que la ausencia de la mano de Ataliba permitiría, tal vez, la visita de mis dedos ávidos, ¿la turbación desfiguraba el

sentido de las palabras que resonaban en el recinto inmóvil? De una cosa estoy seguro: de que mi lengua fue como la bandeja doble sobre cuyos platos elásticos se asentaban cómodamente la mentira y la conspiración. Sentí el estruendo de los dos ejércitos, como dos mares que se juntan, el mar de la sangre y el agua negra del mar extranjero y ahora, en el atardecer, camino por la playa, un hombre viejo encorvado bajo la bóveda de voces enemigas que se extiende interminable sobre mis ruinas comidas por la selva. No morí con los que murieron cuando proferí la sentencia, como un chorro de agua que se sorbe, se gargariza y después se escupe, pero tampoco vivo la vida feroz de los carniceros cuyas voces el viento me trae de noche, cuando me acuesto en la selva.

Cuando los carniceros empezaron a construir su ciudad, hicieron una pared gruesa de adobe y la pintaron de blanco. Pero una parte se desmoronó y la abandonaron. Quedó esa pared blanca en medio

de un campo pelado, y a mediodía destella la luz sobre la superficie blanca que la intemperie ha mellado. A veces me siento en el suelo y la miro, durante horas. Pienso que la lengua carnicera es para mí como esa pared, compacta, inútil y sin significado y que me enceguece cuando la luz rebota contra su cara estragada y árida. Una pared para arañar hasta que sangren los dedos o para chocar contra ella, sin una casa atrás a la que entrar para que nos defienda su sombra. No soy más que un indio viejo que vaga por la selva en silencio, entre las ruinas, y ya no suena para mí, al atardecer, la voz de mi madre llamándome al hogar por entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de una ciudad rojiza escalonada hacia el cielo.

Memoria olfativa

En el interior, y en estos tiempos, no se puede ser empirista, aunque uno haya llegado a los sesenta y seis años y dé clases de filosofía en la Universidad. Yo diría que no se puede ser empirista sobre todo por eso, máxime si uno tiene tres hijos (el mayor también es profesor de filosofía pero está en el Canadá), ocho nietos, y una esposa que el santo día anda atrás de uno con las medias de lana, porque es consciente de que a esta altura un enfriamiento puede ser fatal. Y sin embargo, es la vejez, creo, la que me ha hecho empirista, porque prefiero un mundo que renace a cada momento, entero, a un pasado muy semejante a una fábrica abandonada en la que los minutos crecen como los yuyos entre los escombros y las máquinas. Me escribí con Francisco Romero durante años pero nunca me atreví a decirle que su humanismo me parece una locura —la mano que

escribe avanza ahora horizontal y segura y va llenando de signos el gran espacio blanco—, que todo lo que supone la existencia del pasado no es más que delirio, saludable en algunos casos, lo reconozco, pero al fin de cuentas delirio. Para mí —cómo se reirían los muchachos si yo dijese esto en clase— no existe más que el presente (no el hoy, porque «hoy» es un concepto demasiado «ancho» para la idea que yo tengo del presente): la mano que levanto en el aire, ahora, que se detiene a la altura de la lámpara (detención, lámpara y altura son tres presentes separados, absolutos, que únicamente la pereza me hace reunir en una sola frase), y la habitación de al lado, la biblioteca que está detrás de mí no son más que delirio. Es mi filosofía. Sería deshonesto exponerla en un sistema. Además, para mí la relación causa efecto no existe (no hay más que un universo entero que se sumerge en la nada y después reaparece, que se sumerge, entero, y reaparece indefinidamente), y

es de la relación causa efecto que se constituye el esqueleto de todos los discursos filosóficos, incluso de los que se proponen negar la relación causa efecto. Cicerón, Tomás, Kant y Hegel, y el francés pedante que fue a Holanda a buscar el «cogito», no son para mí más que espectros chisporroteantes en los que pienso tan poco que no pueden darme miedo. A veces, percibo un olor que despliega ante mí la fantasmagoría de un pasado tan vívido que por momentos me hace vacilar. Pero en seguida reflexiono que no he hecho más que percibir un olor nuevo, de una especie tan particular que despierta en mí sensaciones que llamo recuerdos pero que no lo son, simplemente porque no hay nada que recordar. Soy famoso entre los estudiantes de filosofía por mi gusto por los pescados a la parrilla y el vino blanco, por mi jovialidad y unos botines toscos y mal lustrados que mi mujer me obliga a usar en invierno y en verano para que me protejan del frío.

Insomnio de un historiador

Un mate envuelto en una ganga de plata va y viene hasta mi mesa de trabajo. A veces, el último se enfría sobre el pedestal. Mi estudio es un nudo de frescura y penumbra, amurallado de libros contra el verano que centellea detrás de toldos anaranjados. Mi ojo ávido recorre, incesante, daguerrotipos de hombres barbados y óleos que representan batallas inmóviles de las que no sube un solo rumor. La vida de esas muchedumbres, ¿ha sido más rica y ruidosa que esta vida mía que disminuye mientras mi cuerpo se atrofia entre cuatro paredes? A veces, un fragmento perfecto se despliega inesperado y creciente bajo mis ojos, un informe de San Martín, una carta, diamantes felices de un siglo de sol y de sangre. Pero, por lo común, todo se limita a copiar documentos de los archivos y a hilvanar pruebas que cambien una gloria por otra en un horizonte abarrotado de

muerte. Y sobre todo, la tensión de cuidar que esa pesadilla abierta en abanico detrás de mí —¿y por qué digo detrás?— no se evapore o se borre.

Trabajo hasta tarde en la noche antes de irme para la cama. Cualquier pretexto me sirve para demorar cada noche un poco más. Pero por fin ya no quedan excusas y me desvisto, lentamente, me pongo el pijama, y me extiendo al lado del bulto de calor y respiración que es el cuerpo dormido de mi mujer. En seguida comienza la procesión, el estridor mudo del insomnio, entretejido en formas cambiantes, que me asalta y no me abandona hasta el amanecer. Casi siempre, termina con una disgregación cada vez más enloquecida cuyas últimas fases la mayoría de las veces se me pierden porque, o bien ya me he dormido, o bien creo que ya me he dormido, o bien estoy absorto en un pensamiento del cual no soy consciente y que sin embargo creo dominar. Todo esto no es, después de todo, lo más grave. Algunas noches no

es el sueño lo que sucede al insomnio sino una lucidez ciega, una vigilia incandescente, que no es lucidez de nada ni vigilia para nada, y que me deja inmóvil, fascinado. Llegado a ese punto, me siento como vacío de recuerdos —yo, para quien el recuerdo es el brazo viril que separa las aguas y al mismo tiempo el río turbulento cuyo fondo va retirándose a medida que uno gana profundidad— y sin nada en qué pensar. Entonces, en el cielo lila, el agujero blanco de la luna comienza a subir lentamente y a cintilar sobre las telas metálicas.

El poeta septuagenario

Comí los alimentos del mundo. Mi mano tocó piedras de ciudades famosas y mi cuerpo, reducido ahora, pero sano y salvaje, atravesó calles más numerosas que las arrugas de un río. ¿Qué hombres no conocí? ¿Qué libros no he leído? ¿Qué ha de haber en el almacén de lo visible y de lo invisible que se me pueda vender como novedad? En las mañanas del mes de octubre, llenas de sol y de palomas, contemplo la explosión lenta de las flores del duraznero y me paseo tranquilo, gozando de buena digestión y de buena respiración, la lengua llena del gusto del café y un cigarrillo que humea entre mis dedos. Debí pasar por todo eso, la larga noche del deseo y la posesión, para llegar hasta aquí.

En mi mente martillean versos férreos, ajenos. Resuenan en mí como la primera vez. La belleza, que para Platón era reminiscencia, para mí,

indefenso y libre, no es más que actualidad. La misma música aliterada me estremece de nuevo, cada vez, con delicias flamantes. El café: una sombra en relación con su regusto, con esa pesadez perfumada que se irradia, sutil, desde la punta de mi lengua, ahora. Lo que nos salva a nosotros, los viejos, es ver arder detrás el mundo, depositado sobre un lecho de ceniza palpitante. Sobre ese colchón estoy parado contemplando mi propia sombra que encoge lentamente en la mañana.

Que otros gocen hoy de la maravilla del nacimiento y del sabor de la primera entrega perfumada del mundo, o de una muchedumbre de fiestas nocturnas. El sol de los ciegos es más negro que la noche y el nacimiento más perfecto es la muerte. Mi luz es única. No la puedo cambiar. Y el humo de mi cigarrillo es más sólido y más azul que un ramo de ciudades.

El parecido

Un amigo mío escritor que descubrió que la mujer lo engañaba con un empleado de banco cuando lo más común es que las mujeres de los empleados de banco sueñen que engañan a sus maridos con escritores, se fue un día de su casa y después de vagabundear un tiempo por la cordillera, trabajando en un diario de Mendoza, Los Andes, creo, y viviendo a costillas de un bodeguero que protegía a los poetas y a los pintores, desapareció por completo, sin que yo o algún otro de sus amigos tuviese la más mínima idea de dónde podía estar, hasta que una mañana de marzo en que tuve que levantarme temprano para ir a la ciudad (yo vivo en las afueras, en Colastiné Norte), cuando abrí la puerta de calle, me encontré de golpe con un hombre de a caballo que me dijo que había pasado por la estafeta y que como había dicho que venía en dirección de mi

casa le dieron para que me la trajera una carta que amarilleaba en la estafeta desde hacía más de dos meses: era correo aéreo, porque el sobre, de papel fino, estaba bordeado de franjas coloradas y azules, y cuando lo abrí comprobé que traía una postal —la reproducción de un cuadro de Hans Memling, el retrato de Sibylla Sambetha— al dorso de la cual mi amigo, desde Brujas, Bélgica, me mandaba decir que estaba lo más bien, que había rejuvenecido diez años, y que vivía con una japonesa chiquitita que no hablaba nunca y que había aprendido a cebarle mate.

La gente que no vive en la zona no puede imaginarse el calor que hace todavía en marzo, así que al sol de las ocho el rocío desde hacía horas ya no estaba en las hojas y la luz me calentaba la cabeza mientras esperaba el colectivo, al costado del camino, mirando el retrato de Sibylla Sambetha, tan familiar para mí, aunque era la primera vez que lo veía, que la cara de la que me

hacía acordar, aun cuando yo no supiese exactamente de quién era, crecía en mí desde la amplia y rígida mancha de rosa marmóreo, extendida todavía más porque los cabellos tensos desaparecían hacia atrás recogidos en un rodete cónico cubierto por un tul que caía en pliegues geométricos hacia los hombros, y porque el vestido de un color que llamaré petróleo se abría alrededor del cuello en un escote circular. Tenía la revelación de ese recuerdo, la identidad de ese rostro, en la punta de la lengua, por decirlo de algún modo, y con todas mis fuerzas trataba de saber por fin de quién era, trataba de conseguir que por fin el recuerdo avanzara desde las bambalinas negras hacia el círculo errático de luz en el gran escenario de la mente, que dejara de ser recuerdo que no tenía de qué acordarse y se convirtiera en una imagen palpable y actual. Estaba todavía en eso cuando llegó el colectivo, semivacío, lento, plateado, solitario en la cinta

azul del asfalto, brillando al sol y lleno de ruidos de metal y motores. Saqué el boleto y me iba a sentar cuando de golpe vi a Sibylla, sola y plácida, mirándome con sus ojitos pensativos desde el último asiento. La luz oblicua y porosa del sol le daba en la cara en la que el rosa marmóreo se había convertido en un resplandor dorado. Toda la piel estaba salpicada de pecas y de granitos, algunos coronados por un puntito blanco de pus. Pero la frente amplia era la misma y el cuello se elevaba también, libre, desde el escote redondo de un vestido de algodón estampado en grandes flores verdes y coloradas. Yo la había visto muchas veces —la cara estragada, el pelo oscuro y tenso recogido hacia atrás, la mirada más plácida y pensativa que una mano golpeando a la otra con un ramo de glicinas mojadas—, sentada en un banquito de madera, mirando el río desde la puerta del rancho de su padre, un pescador que yo iba a ver de tanto en tanto para encargarle un amarillo o

una yunta de patos salvajes. Estuve a punto de mostrarle el retrato pero soy un hombre tímido, casi débil de carácter, y después de todo ¿qué importaba?

He visto gemelos muy parecidos entre sí, pero nunca tan parecidos como Sibylla Sambetha y la chica de la costa. Y sin embargo, ¿puede haber dos personas más diferentes? Nada me hizo pensar que eran tan diferentes como el hecho de verlas tan parecidas. Durante muchos días ese parecido me inquietó y me hizo sentir, por contraste, la realidad de lo diverso más que la de lo semejante, porque la realidad de lo diverso revela la realidad de lo único, de la que Marx se burló, y, melancólicamente, pensé mucho en la infinidad de las piedras y de los árboles, de las caras, de los pájaros, de los excrementos, de las raíces, cada uno irrepetible y solitario, único; experimenté el lugar común de las impresiones, la de las infinitas olas del mar y la de la arena innumerable, la del

pasado, el presente y el porvenir que fluyen, según cómo se los mire, en distintas direcciones y se entrechocan entre sí formando nudos y colisiones que creemos inteligibles, y de golpe (era mediodía y yo estaba echado desnudo, al sol, para que la luz me socarrara, los ojos cerrados y los poros abriéndose lentamente con un estridor secreto), eufórico, deseé por un momento ser una clase especial de cantor, el cantor del mundo visible, el cantor de todas las cosas, considerándolas una por una, el cantor de las dos Sibyllas, para darle a cada cosa su lugar con una voz ecuánime que las iguale y las recupere, para mostrar en el centro del día un mundo completo en el que estén presentes todos los paraísos y todas las hojas de todos los paraísos y todas las nervaduras de todas las hojas de todos los paraísos, para que el mundo entero se contemple a sí mismo en cada parte y en el honor de la luz y nada quede anónimo.

Discusión sobre el término zona

Lugar: Un restaurant de nombre «El dorado», del otro lado del puente colgante, sobre el camino de la costa; en rigor, un cubículo desparejo de lata, dividido en dos por un tabique de madera, con una galería de madera que da sobre el camino y un patio trasero lleno de árboles, separado del río por una baranda de troncos. Después de la baranda viene un declive abrupto, la barranca, y en seguida el río. En la otra orilla, casas elevadas sobre pilares de madera dan sus fachadas frágiles al agua.

Época: Un día de febrero de 1967, a las dos de la tarde.

Temperatura: Treinta y siete grados a la sombra.

Protagonistas: Lalo Lescano, y Pichón Garay.

Han nacido el mismo día del mismo año, 1940, pero mientras que miembros de la familia Garay sostienen descender del fundador de la ciudad, Juan de Garay, el día en que Lalo Lescano nació unas vecinas tuvieron que hacer una colecta para mandar a la madre de Lalo al hospital ya que su padre, que era mozo en un restaurant, se demoró muchas horas antes de volver a su casa, se supone que en las carreras de caballos.

Circunstancia: Comida de despedida, porque Garay saldrá dentro de unos meses para Europa, donde se quedará a vivir unos años.

La discusión comienza cuando Garay dice que va a extrañar y que un hombre debe ser siempre fiel a una región, a una zona. Garay habla mirando hacia el agua —están sentados a una mesa defendida del sol por la sombra de los árboles— mientras amasa con el índice y el pulgar un pedazo de papel de diario, que ha servido de envoltorio a

los pescados a la parrilla. Ni Lescano ni Garay son sibaritas, pero van a ese restaurant (ninguno de los dos lo confiesa), porque saben que años atrás lo frecuentaban Higinio Gómez, César Rey, Marcos Rosemberg, Jorge Washington Noriega y otros que pasaban por ser la vanguardia literaria de la ciudad. Cuando el pedacito de papel está bien amasado, Garay lo tira en dirección al río, sin cuidarse de mirar dónde cae. Lescano sigue la trayectoria de la bolita gris con la mirada, y dice entonces que no hay regiones, o que es más bien difícil precisar el límite de una región. Y explica: ¿Dónde empieza la costa? En ninguna parte. No hay ningún punto preciso en el que se pueda decir que empieza la costa. Pongamos por ejemplo dos regiones: la pampa gringa y la costa. Son regiones imaginarias. ¿Hay algún límite entre ellas, un límite real, aparte del que los manuales de geografía han inventado para manejarse más cómodamente? Ninguno. Él, Lescano, está

dispuesto a admitir ciertos hechos: la tierra es diferente, tiene otro color, y en tanto que en la pampa gringa se siembran trigo, lino, alfalfa, en la costa, en cambio, pareciera que la tierra es más apta para el arroz, el algodón, el tabaco. Pero ¿cuál es el punto preciso en que se deja de sembrar trigo y se empieza a sembrar algodón? Étnicamente, la pampa gringa está compuesta más bien por extranjeros, italianos sobre todo, en tanto que en la costa predominan las familias criollas. ¿Pero acaso no hay italianos en la costa y criollos en la pampa gringa? La pampa gringa es más fuerte desde el punto de vista económico, y sabemos con precisión que mientras que ella está más cerca de Córdoba, la costa en cambio limita con Entre Ríos y con Corrientes. Todo esto supone un principio de diferenciación, admitido. Pero ¿no existe también la posibilidad de definir la pampa gringa como una costa que está más lejos de Entre Ríos (la parte de la costa más alejada de Entre Ríos, digamos), una

costa en la que por las características de la tierra se siembra más trigo que algodón? Yo admitiría que se trata de una región diferente si hubiese la posibilidad de marcar un límite con precisión, pero esa posibilidad no existe. La proximidad del río no es un buen argumento, porque hay partes de la costa que no están en la proximidad del río, y se las llama sin embargo la costa. No hay ningún límite preciso: el último arrozal está ya en el interior de los campos de trigo, o viceversa. Pongamos, si te parece, otro ejemplo: la ciudad. ¿Dónde termina el centro y dónde empiezan los arrabales? La línea divisoria es convencional. El boulevard Gálvez, digamos. Pero cualquiera de nosotros sabe muy bien, porque ha nacido aquí y ha vivido aquí y conoce por lo tanto la ciudad de memoria, que al norte del boulevard Gálvez hay muchísimas cosas que podrían estar, tranquilamente, en el centro: casas de varios pisos, monoblocs, negocios, buenas familias. Y la ciudad

¿dónde termina? No en la caminera, porque la gente que vive más allá de la caminera dice, cuando le preguntan dónde vive, que vive en la ciudad. Por lo tanto, no hay zonas. No entiendo, termina Lescano, cómo se puede ser fiel a una región, si no hay regiones.

No comparto, dice Garay.

Biografía anónima

A veces pensamos en las explosiones nucleares o en este planeta gastado que cuelga en el aire negro porque Dios es grande, y un estremecimiento nos recorre enteros y nos dan ganas de ponernos a gritar, pero en seguida nos olvidamos y empezamos a imaginar otra vez todo lo que seríamos capaces de hacer si un día recibiéramos una carta de California, lacónica, informándonos que un pariente desconocido nos acaba de legar un millón de dólares. En invierno esperamos el verano con impaciencia, pero cuando estamos bajo el sol de enero, dorándonos, lentos, sin hacer nada, empezamos a sentir que la mente gira alrededor de un agujero retráctil, un maelstrom diminuto que tira hacia abajo o hacia adentro, en espiral, implacable. Después vienen los días iguales: trabajo, la escuela para los chicos, la posibilidad de un ascenso o un cambio

súbito de dirección para nuestra vida, que discutimos cuidadosos con nuestras esposas en la cama, antes de dormir, o bien otro domicilio, un recuerdo, alguna fiesta en la que las primeras copas nos excitan un poco hasta el punto de hacernos decir locuras que nos envanecen un poco porque los demás las encuentran divertidas. Nuestro cuerpo cambia; si nos damos un baño a la mañana no pasa nada, porque hay que salir en seguida para la oficina y además estamos todavía un poco dormidos, pero a veces, de tarde, después de habernos tirado un rato a la vuelta del trabajo porque esa noche iremos con nuestra mujer al cine o a cenar a la casa de unos amigos, nos quedamos un rato bajo el agua tibia y después miramos con atención nuestro cuerpo desnudo en el espejo del baño o del ropero, en el dormitorio, mientras nos secamos. Con todo, nos mantenemos bastante bien. Un día que hubo revolución decidimos no trabajar y seguimos los acontecimientos con una radio a

transistores, discutiéndolos. Nos acordamos muy bien de que nos acaloramos, sobre todo contra un tipo nuevo, joven, que no nos gustaba mucho porque tenía los dientes amarillos, medio carcomidos, y que un día, de golpe y porrazo, desapareció sin siquiera dar el preaviso o despedirse de sus compañeros. Ya ni nos acordamos de cómo se llamaba. Si todo sale bien, el año que viene iremos al Brasil o a Punta del Este, en Uruguay. Cuando estamos melancólicos sacamos el auto y nos vamos a dar unas vueltas por la ciudad, solos; si podemos, nos gusta incluso pasar el control caminero para internarnos en el campo, y una vez llegamos hasta Esperanza. Era una noche de verano y la gente tomaba cerveza sentada en la vereda, en los bares desplegados alrededor de la plaza. A la vuelta, vimos cómo la luna blanqueaba el interminable trigo inmóvil, que parecía metálico. Dormimos muy bien y no soñamos nunca. En otros tiempos, antes de

casarnos, nos sabían dar ataques de insomnio y veíamos los listones verdes y colorados de un letrero luminoso colarse a través de las hendidias de la celosía, intermitentes, y proyectarse en la pared blanca del dormitorio. Más problemas de salud, gracias a Dios, no hemos tenido nunca, ya sea porque no fumamos o ya sea por pura casualidad, y venimos manteniéndonos a salvo de esas cosas terribles que siempre les pasan a los otros. Cuando nuestra esposa queda embarazada nos entretenemos, el último mes, en poner el oído sobre su vientre y oír lo que se mueve adentro, el rumor de la criatura que empieza a preparar su desprendimiento y su caída hacia el interior de esta maravilla múltiple que es el mundo. Instintivamente, cerramos los ojos, palpitantes, aterrados, porque nos parece que de un momento a otro podremos oír, nítido, el estruendo de ese choque formidable.

Manos y planetas

Los dedos diestros y familiares de Barco desenroscaron la tapa de metal niquelado del salero, volcaron la sal sobre el mantel y después, bajo la mirada tranquila pero atónita de Tomatis, comenzaron a diseminarla, apoyando las yemas sobre la sal y haciéndolas girar lentamente, de modo de desplegar bien desplegado el montoncito blanco sobre la tela azul. Las yemas de Barco tenían una forma extraordinariamente peculiar: eran ovaladas y terminaban en punta; se parecían a la forma clásica con que se representan las lágrimas. No debía haber en el mundo manos con yemas de esa forma, y Tomatis las hubiese podido reconocer de inmediato donde quiera que estuviesen.

—Probablemente —dijo Barco— en muchos de estos granos de sal hay Grecias antiguas en las que Heráclitos piensa que los acontecimientos

del mundo son el producto de un juego de dados jugado por criaturas.

—Probablemente —dijo Tomatis.

—Anoche vi por televisión el último viaje a la luna —dijo Barco—. Esos viajes a la luna ya no le interesan a nadie. Todo el mundo está convencido de que la luna ya pertenece al pasado, y la ciencia ficción se está convirtiendo en una antigualla. Ya no hay, dice, ficción que supere a la ciencia. Probablemente, dentro de quinientos años todos serán científicos, así como en la actualidad todos manejan automóviles.

—Probablemente —dijo Tomatis, sin dejar de mirar los dedos de Barco que ahora se habían apoyado sobre la sal diseminada y estaban inmóviles.

—Pasó algo curioso —dijo Barco—. Todo iba bien mientras se veía en la pantalla el interior de la nave espacial y las manipulaciones de la tripulación. Pero de golpe empezaron a verse

fotografías de la tierra que iba alejándose, volviéndose cada vez más chiquitita, y entonces los tipos que estaban mirando la televisión en el bar se pararon, o empezaron a incorporarse despacio sobre la silla, o a estirar el cuello, todo eso para tratar de ver la tierra de más cerca, haciendo contorsiones para ayudar a la tierra a detenerse, como cuando uno tira una bocha y empieza a retorcerse todo para que la bocha vaya por el camino que uno le ha fijado imaginariamente ¿viste? Tratábamos de que ese alejamiento impúdico se detuviera, para que la tierra no se borrara y desapareciese del todo. Yo me quedé tieso. Y cuando la voz del locutor anunció que los astronautas todavía distinguían Méjico, todos tuvimos un momento de alivio y por un segundo todos nos sentimos mejicanos: Méjico fue la última cresta, la más alta, amontonada en la ola de nada que empujaba desde atrás, la ola de nada que cuando Méjico dejó de divisarse inundó

todo y lo dejó más liso y más uniforme que esa pared. Entonces todos nos sentimos tristes y confundidos, un poco aterrados, y no creo que nos hayamos sentido mejor cuando terminó el programa sobre el viaje lunar y empezó la transmisión directa desde el estadio de Chacarita. Estoy convencido de que anoche rompimos la barrera de la identidad. La de la luz o la del sonido no son nada al lado de la barrera de la identidad. Nos fuimos poniendo cada vez más borrosos, hasta que desaparecimos del todo. Pensamos que la cosa iba a detenerse en un punto razonable, un punto desde el cual todavía pudiese divisarse Méjico, por ejemplo, pero no, nada de eso, desaparecimos del todo. Y yo tuve un vértigo adicional: sentado en la silla del bar, la pantalla me mostraba como la tierra iba disminuyendo de tamaño, es decir, cómo yo, la silla, el bar, la pantalla y la tierra que mostraba la pantalla, achicándose, íbamos siendo apretados por el puño

del cosmos que se cerraba, vertiginosamente, hasta macerar nuestros cuerpos y convertirlos en una lava endurecida. Y lo sentí hasta tal punto que cerré los ojos y esperé el momento en el que las paredes del bar comenzarían a avanzar, súbitamente, fundiéndose las cuatro en una sola con nosotros adentro, en una contracción inconcebible, hasta dejar la tierra reducida al tamaño de un dado de los más chicos con el que criaturas se pusieran a jugar el destino del mundo. Probablemente esas parrilladas que trae el mozo son las nuestras.

—Probablemente —dijo Tomatis, viendo las yemas familiares oprimir la sal y después subir hasta los labios gruesos de Barco, yemas que, como ningunas otras en el mundo —y ahora también por su sabor— hacían pensar en la forma densa de las lágrimas.

El que se llora

Un día de noviembre que amaneció lloviendo me desperté después que aclaró. Se oía el rumor del agua, complejo y monótono —¡cuántas veces se ha dicho lo mismo sobre la lluvia! Por las celosías entraba en el dormitorio una luz verdosa. Me quedé tirado en la cama, con los ojos abiertos, mirando la penumbra que era cada vez más débil pero que se espesaba cerca del cielorraso. Un sueño que acababa de tener permanecía en mi mente, obstinado, un sueño en el que había visto a mi tío Pedro, hermano de mi madre que trabajó mucho tiempo en la usina y que después se independizó y compró una panadería. Mi tío había muerto el mes antes. En el sueño aparecía llorando su propia muerte.

Los sueños me dan miedo, y sueño mucho. ¿Tengo miedo de lo que sueño o simplemente tengo miedo porque sueño? Me sentí triste esa mañana

pensando en mi tío Pedro que vino a morir justo cuando la panadería empezaba a andar bien pero después —afortunadamente— la curiosidad venció a la tristeza y medité sobre el significado del sueño hasta cerca de las nueve. Durante todo el tiempo llovió sin parar y el ruido de la lluvia me mantuvo como adormecido, así que ahora no sé bien si por momentos no me puse a soñar el sentido de lo que había soñado. Una chica amiga, maestra de escuela que después se casó con un profesor de matemáticas y se fue a vivir al Perú, me contó que ella siempre soñaba que lloraba frente a su propio cajón. Que se miraba muerta y lloraba. ¿Qué lloramos de nosotros mismos cuando nos lloramos en sueños? Lo sabe únicamente el que se llora. Buscar en esa fuente de llanto es un trabajo difícil y la mirada tranquila de la curiosidad no alcanza a ver tan hondo. Para ver el dolor, tenemos que estar en él. Pero lo que sorprende todavía más es que el que se llora, el

que ve su cadáver o se conduce de su propia muerte, está parado en un punto tan singular de la gran llanura de la pena que su llanto es al mismo tiempo recuerdo y anticipación. En las grandes llanuras el horizonte es siempre circular, idéntico, vacío y monótono.

De las siestas de otoño

El sol de los días de abril no declina, adelgaza. Salimos a caminar después de comer, tranquilos, evitando la sombra fría y parándonos a cada rato para mirar una fronda amarilla, el ornamento de una fachada. Discutimos de sexo y de política. Para mí, son siestas de estatuas y de sol fino; después de muchas cuadras, las sienes empiezan a picar. Pasamos por la plaza de las palomas, vamos a la costanera, nos inclinamos sobre la baranda y miramos el río. Calculo que es a esa hora que se achatan y se despliegan las ciudades. Me ha parecido, algunas veces, saberlo todo sobre las estatuas, sobre el orín que las desfigura y las mancha, sobre las casas viejas que atestiguan vidas más perfectas.

Más refinada, la luz solar —a una hora precisa—, polvorienta, es suave y omnipresente. Nos sentamos en un banco de madera, sobre caminitos

de ladrillo molido, para que se nos caliente la cabeza. De golpe nos quedamos sin hablar. Lo que llamamos el murmullo, el rumor de los años vividos, el ruido de lo que recordamos, va pasando, poco a poco, hasta que enmudece por completo. Entonces se empiezan a escuchar los sonidos de afuera: un auto, lejos, el grito de dos chicos que se llaman uno al otro más allá del parque y de la gran rotonda de la costanera, o bien los chasquidos de zapatos femeninos que se arrastran sobre el ladrillo pulverizado. No conozco nada más vívido. En el corazón —¿puedo llamarlo así?— resuena el eco vacío de esos susurros. Me he sorprendido, en esos momentos, preguntándome con un pavor súbito: «¿Quién soy yo y qué hago aquí?». Como después cuando caminamos de nuevo y entramos en el primer bar la sensación desaparece, he elaborado la teoría de que el sol de abril que fluye en declive lento sobre las ciudades no es saludable y de que sus efectos

son parecidos a los de la marihuana, pero más difusos.

Amigos

Ángel Leto, un viejo amigo de Barco y Tomatis del que éstos habían estado sin noticias durante años, estaba solo en una casa esperando el momento señalado para matar a un hombre. Era un amanecer de invierno, verde y lluvioso, y Leto, que acababa de levantarse, venía desde la cocina, por el pasillo en penumbra, al cuarto de estar iluminado, trayendo consigo una taza de café. Si el plan se cumplía, al día siguiente a las ocho y media de la mañana el hombre ya estaría muerto y Leto de regreso en la casa solitaria donde los libros de Tomatis, cuidadosamente alineados en la biblioteca, iban cubriéndose de polvo mientras su dueño se paseaba por el verano europeo.

Era, en efecto, el departamentito de Tomatis, del que Barco le había dado las llaves dos días antes. Barco lo había encontrado en la cocina de su casa, en otro amanecer lluvioso, y sin

indiscreción ni sorpresa, aunque habían pasado ocho años desde la última vez que se habían visto, le dio las llaves. Y, como pensó Leto esa misma noche, en la cama, mientras hojeaba con credulidad y placer los originales de Tomatis, fumando un cigarrillo a la luz de la lámpara contra el fondo monótono de la lluvia de junio que envolvía como un capullo la noche entera, si bien Barco no sabía exactamente qué era lo que Leto estaba haciendo en la ciudad, dos o tres días más tarde, al leer los diarios, lo comprendería de un modo inmediato.

Y ahora Leto, en su segundo amanecer en lo de Tomatis, venía hacia el cuarto de estar desde la cocina, por el pasillo oscuro, con la taza blanca sobre el platito blanco que sostenía en la palma de la mano. Se sentó dejando previamente la taza sobre la mesa, y se puso a leer un original de Tomatis que estaba en una carpeta verde sobre la que Tomatis había escrito, con tinta roja, en letras

de imprenta, una palabra cuyo significado Leto ignoraba: PARANATELLON. En la primera hoja, en el interior de la carpeta, había tres palabras escritas a máquina, con letras mayúsculas, una debajo de la otra, y separadas entre sí por varios espacios, con la disposición siguiente:

PARANATELLON

PARANATELLERS

O

PARANASO

y más abajo una inscripción en minúsculas:

antología comentada del litoral

Un poco más tarde, cuando el trago de café que quedaba en el fondo de la taza estaba ya frío, Leto alzó la vista de las hojas mecanografiadas, y

apoyando la nuca en el respaldo del sillón y contemplando el cielorraso, se puso a pensar en el hombre que tenía que matar. Esa atención al objeto que era el blanco de todos sus actos desde hacía varios meses duró poco, porque sus asociaciones lo fueron llevando, lentamente, a pensar en la muerte en general. El primer pensamiento fue que, por más que acribillara a balazos a ese hombre, como pensaba hacerlo, *nunca lograría sacarlo por completo del mundo*. El hombre merecía la muerte: era un dirigente sindical que había traicionado a su clase y al que el grupo al que Leto pertenecía hacía responsable de varios asesinatos. Pero, pensaba Leto como si hubiese ido sacando sus ideas del vacío grisáceo que se extendía entre la lámpara y el cielorraso, matarlo era sacarlo de la acción inmediata, no de la realidad.

Y Leto recordó que, cuando tenía dieciocho años, un amigo de su edad había muerto después de una operación. Ahora que tenía treinta y tres, le

parecía que después de quince años el tiempo había perdido su carácter temible, y que su amigo muerto seguía tan presente en el mundo como él mismo, independiente respecto de sus recuerdos y de sus representaciones. *Lo que entra al mundo, pensó Leto, ya no vuelve a salir.* La infinitud de estrellas seguirían, quieras que no, errabundeando con nosotros adentro. Y a medida que se desplegaba, como el pájaro que se come a sus huevos, el tiempo iba borrando los acontecimientos, sin dejar de la vida humana otra cosa que su presencia indeterminada, una especie de grumo solidario que iba reduciéndose y encostrándose en algún punto impreciso del infinito y del que todos los individuos, como consecuencia justamente de su condición mortal, formaban parte. Ese grumo, pensaba Leto, tenía una sola cualidad: era imborrable. Su presencia había producido una alteración irreversible, sacando al universo de su pura exterioridad;

después de su aparición, nada seguiría como antes, y la muerte —la muerte de su amigo, la del hombre que iba a matar, su propia muerte— era un accidente insignificante.

No se mata, pensó Leto, más que a los amigos, pero ni aun a ellos se los mata, porque no se mata lo que es inmortal

Balnearios

Pero en el río las orillas destellan, lentas, como señales: cabrillean. El mar es único y el mismo, siempre. No se mueven más que sus límites, y en el lugar, y cuando avanza una orilla, es todo el mar el que avanza. Nos paramos frente al mar, que nos contempla. Pero estamos siempre al costado del río que pasa sin mirarnos, desdeñosamente. Los balnearios son una caravana inmóvil de toldos colorados, azules, anaranjados, con rayas blancas, verdes, con lunares. La arena amarilla se despliega frente al agua caramelo en un semicírculo débil. Pasan cuerpos quemados corriendo sobre el borde del agua, y en la orilla se forma la franja triple de un arco iris insólito: el borde amarillo de la arena, el agua leonada, y la franja transparente, entre las dos, del agua sacudida por el repiqueteo de los pies que convulsionan la orilla. Siguiendo con la mirada los

pies que corren, sin tener en cuenta las sacudidas anteriores que ya se han borrado, manteniendo siempre la vista clavada en los pies que golpean el agua, se puede percibir la franja blancuzca, transparente, como una línea imaginaria de puntos, entre la arena y el río. Si esta descripción parece rebuscada, basta con recordar que franjas, por decirlo así, más estables, como las franjas blancas y coloradas de los toldos son también si se quiere, en el fondo, franjas imaginarias y discontinuas.

Ahora hemos vuelto del balneario y son las dos y media de la tarde. Estamos tirados sobre la cama, en una habitación blanca, fresca, protegida por cortinas oscuras; hay otro cuerpo, también desnudo, al lado del nuestro. En esa gruta vacía no nos visita, y únicamente por momentos, más que el recuerdo de orillas cabrilleantes, de caminos inmóviles, blancos y desiertos. Ahora vemos árboles con las hojas cubiertas por un polvo blanco que parece ceniza volcánica. Ahora no

vemos más nada. Sentimos que el otro cuerpo está caliente, espeso, socarrado. Imaginamos que el nuestro ha de estar así, también. Nos trenzamos en una lucha intermitente, alternada con momentos de completa inmovilidad, en los que vemos nuestra pelambre, nuestras rodillas, nuestros genitales que se corresponden, que se complementan, los pies plácidos, nudosos, separados en el extremo de la cama; comparamos las partes quemadas de nuestro cuerpo con las partes blancas, en el lugar en que acostumbramos llevar el traje de baño. Después nos trenzamos en la lucha final. Habíamos tocado el punto extremo, el fondo barroso del río, pasado el lecho y llegado a una zona translúcida más allá del fondo convulsionado y enceguedor, un punto lleno de luz como el centro mismo de un diamante. Esa luz era tan intensa que no dejaba ver nada, ni la misma luz. En la lucha subimos otra vez, compactos y en remolino, como el cuerpo de un ahogado, hacia la oscuridad confusa del fondo en

la que nos debatimos. Más arriba está todavía la superficie del mundo con el balneario, los caminos, la muchedumbre, la ciudad, la cámara oscura en la que nuestros cuerpos, ahora, están tirados inmóviles sobre la cama, mirando el cielorraso. A mediodía nos habíamos parado en la orilla tratando de escuchar el rumor múltiple del agua, polirrítmico y polifónico en el corazón de su lenta monotonía. No distinguimos nada en ese rumor, salvo que era un rumor que sonaba inquietándonos un poco y que no distinguíamos nada en él. Al mismo tiempo, del otro lado de la barrera, una raya, grumo de nervios y cartílagos, tendida a gozar cerca de la orilla el calor del agua menos profunda, cree de golpe percibir —en la gran confusión de sus sentidos subacuáticos— un rumor vago y monótono que manda el balneario, un rumor del que no sabe que está compuesto de muchas voces y es el canto del mundo.

El bar de Gandia

Que nadie se engañe: La noticia que salió en el diario la semana pasada, en «Policiales», si bien dice claramente que el propietario de un bar, llamado Gandia, fue detenido, nos da una imagen falsa del personaje en cuestión. Es verdad que, según parece, se jugaba a las cartas por dinero en la trastienda, y que en los cuartos del fondo alguna muchacha del barrio, uno de los más pobres de la ciudad, recibía a su clientela, lo que le valía a Gandia una pequeña comisión. Pero que nadie se engañe ni se indigne: Gandia no es el que muestran las noticias sino otro, diferente, que yo conocí.

Que lo hayan metido preso me hizo sonreír. No es, por otra parte, la primera vez que sucede. En esa barriada, el bar de Gandia es el centro de perdición, la vecinal del vicio. Es la parada obligada de todo proletario que se desvía. Y su dueño, Gandia, hijo de obrero o de campesino, no

sé bien, tiene las manos ásperas, callosas, pesa unos cien kilos, y está siempre sucio y mal afeitado. Es de esos hombres cuya hosquedad es demasiado pueril como para ofender, dar miedo, o simplemente convencer. Se ve de lejos que Gandia está como enredado consigo mismo, en discordia interna perpetua, por razones que sin duda él mismo desconoce, y que lo que se manifiesta a los otros es la dureza que se desprende de ese desarreglo, como el hombre que encontramos tratando de enroscar infructuosamente, desde hace horas, un tornillo microscópico, y nos saluda con malhumor.

Gandia es un gran jugador de cartas. Pero es un jugador especial: hace trampas. De esta característica, todo el mundo está enterado, y sin embargo nadie se niega a jugar a las cartas con él. Porque Gandia, a diferencia de otros jugadores, tramposos o no, hace trampas *y a pesar de todo pierde*. Pierde: hecho incontestable que toda la

clientela conoce. Más todavía: se han visto jugadores que en medio de una partida han tenido la previsión de considerar las trampas de Gandia como una coordenada racional del juego, lo que da una idea de la regularidad y del carácter definido y cognoscible de sus trampas. Se ha visto rara vez a Gandia ganar una partida. Con algún nuevo jugador a lo sumo, la primera vez, porque la segunda el nuevo jugador ya se ha adaptado a las reglas de juego que imperan en el bar de Gandia.

Yo creo que formular un juicio moral en el caso de Gandia no tiene ningún sentido. Una explicación es más pertinente y yo creo poder suministrarla: Gandia hace trampas por cortesía. Destinado a perder, Gandia disimula sus tendencias profundas haciendo trampas. Cortesía para consigo mismo en primer término, ya que las trampas darían a su existencia, puramente lineal, que cae como una piedra del vacío al abismo, la ilusión de una agonía; para con los otros jugadores

también, sacándoles, con la mediación de las trampas, los escrúpulos; y por último, cortesía sublime para con el mundo exterior, tan mudo y tenue, al suministrarle, a expensas de sí mismo, un espesor dramático.

Por eso la noticia de que lo habían metido preso la semana pasada me hizo sonreír. Y que nadie ponga el grito en el cielo.

Al rojo blanco

En esta familia, sabía decir mi hermano cuando había alguna discusión, el que no es loco es cantor. Murió la semana pasada en el hospital psiquiátrico. Había pasado adentro los últimos veinte años de su vida: me acuerdo de que cuando yo era chico, ya íbamos a verlo todos los domingos con un paquete en el que había bizcochos y naranjas, y que él no siempre se dignaba recibirnos. A veces un enfermero venía a avisar que mi hermano no estaba de ánimo para recibir visitas, y entonces empezábamos a caminar por la calle de tierra hacia la parada de tranvías, más confusos o humillados que entristecidos, en la siesta soleada de los domingos.

Según supe más tarde por mi madre, la enfermedad de mi hermano había empezado durante un verano de mucha sequía: la ciudad, el campo alrededor y los ríos se cocinaban despacio

al sol blanco de enero. Apenas si se podía salir a la calle o mirar el sol de frente. La ciudad estaba como vacía; uno podía caminar horas por las calles sin cruzarse con nadie. Las hojas de los árboles estaban grises y achicharradas, y la luz daba fuerte, un poco cenicienta, contra los patios.

Un día de ese verano mi hermano, que tenía dieciocho años y estaba por empezar a trabajar en el ferrocarril como mi padre, se negó a salir durante dos días de su habitación, diciendo que afuera había un gran diamante que quemaba la mirada. Con gran afabilidad, como si hablara con una criatura, le explicó a mi padre desde detrás de su puerta trancada, que el día anterior había visto en la calle, en la avenida del Oeste, frente al Mercado de Abasto, una larga línea oblicua, que iba desde los ojos de un hombre hasta una de las caras del diamante, la línea de la mirada, arder como una mecha de una punta a la otra y de un modo instantáneo. Dijo que había visto alejarse al

hombre con las pestañas chamuscadas. Cuando al segundo día mi padre y otros miembros de la familia decidieron por fin abrir la puerta a pechazos, encontraron a mi hermano tirado tranquilamente en la cama, una pierna plegada y la otra cruzada sobre la rodilla de la primera — detalle que, no sé por qué, hacía sonreír a mi madre cada vez que me contaba la historia.

Cuando lo encontraron sobre la cama, mi hermano tenía los ojos cerrados, bien cerrados, y nunca los volvió a abrir de verdad. Hubo que llevarlo a los médicos, a los tratamientos, y por fin al psiquiátrico, como si se tratara de un ciego, guiándolo a través de esa oscuridad voluntaria con la que protegía la integridad de su mirada. Y cuando, después de meses, de años de estar encerrado en el manicomio, abrió un día los ojos, tuvo la cortesía de explicarle a un médico, el que a su vez nos lo explicó a nosotros con una mueca irónica bajo el bigote bien recortado, que abría los

ojos *metafóricamente*, en apariencia, que durante los años en que había tenido los ojos cerrados había estado construyéndose, un poco más atrás de los ojos mismos, una mirada férrea, inalterable, a prueba de fuego, para enfrentar la luz terrible. Con una terminología científica altamente compleja, nos dijo el médico, mi hermano le había explicado su modo de proceder. Los términos que subrayo pertenecen a su léxico científico: con los ojos cerrados había ido absorbiendo partículas de la luz exterior cuyo *choque de combustión* disminuía al penetrar filtrada por los párpados y que se acumulaban detrás de los ojos y acorazaban su nuevo *aparato visual*. Mi hermano había seguido, según su propia expresión, las leyes de esa *ciencia rigurosa*, la homeopatía.

Dejo al lector especializado formarse una opinión independiente sobre la capacidad técnica y científica de mi hermano. Lo único que yo puedo decir es que la semana pasada, horas después de

haber pasado al otro mundo, seguía todavía con los ojos abiertos: así estuvo hasta que uno de mis tíos, molesto tal vez por un triunfo científico que saltaba a la vista, decidió ponerle una moneda de un peso en cada párpado para que se mantuvieran cerrados.

Cambio de domicilio

Hace un par de años, me cambié de casa y me cambié de nombre. La política favoreció un poco mi decisión; en Buenos Aires, la policía me había fichado durante una manifestación y como yo no tenía, a pesar de mis ideas avanzadas, ningún respaldo solidario por no pertenecer a ninguna organización clandestina, me pareció razonable cambiar de domicilio y desaparecer por un tiempo. Así que me tomé el ómnibus y me vine para esta ciudad, que en verano se cocina a la orilla del gran río.

Nada incentiva más la reflexión que los viajes. En la noche móvil y ruidosa del colectivo el ojo del viajero sigue abierto, insomne, o alerta más bien, a la música del mundo. Fue en el colectivo, en realidad, que la idea de suplantar un simple acto de autoprotección por un cambio radical de identidad, súbita, febril, se me ocurrió. Empezaría

otra vida con otro nombre, otra profesión, otro aspecto físico, otro destino. Emergería, con cinco o seis brazadas vigorosas, del mar de mi pasado a una playa virgen. Sin familia, sin amigos, sin trabajo, sin un *piccolo mondo antico* en cuyo vientre vegetar, el futuro se me presentaba liso y luminoso, y tierno sobre todo, como un recién nacido. Me instalé en una pensión, falsifiqué mis documentos, operé mi transformación física y me conseguí un empleo de vendedor de libros a domicilio. Los diarios me daban por muerto. La policía paralela, se decía, se había encargado de mí. Pero el terror que reinaba no dejaba pasar a la superficie más que alusiones ambiguas.

De esto hace ya más o menos dos años. Al segundo o tercer mes de mi nueva existencia, como me percaté de que mis hábitos no habían cambiado mucho, decidí modificar mis gustos y mis costumbres de un modo sistemático. Dejé de fumar; como siempre había detestado los porotos y

la carne gorda, me puse a comerlos todos los días hasta que empezaron a ser mi alimento preferido; decidí escribir con la mano izquierda, e introduje variantes capitales en mis convicciones profundas. De modo que al año mi personalidad había cambiado por completo. Me parecía ser, como se dice, otro hombre.

Digo «me parecía ser», como puede verse, y no «era». A la distancia, me doy cuenta de que fue un cierto empastamiento de mi vida, del que era apenas consciente, lo que me incitó a cambiar: la sensación de moverme en círculo, de no avanzar, de estar siempre un poco más allá o más acá de las cosas, de no encajar en ninguna definición, de no saber nunca de un modo preciso si soñaba o si estaba despierto, de no saber qué responder, a veces, a alternativas bien definidas que me presentaban los otros. Durante años me había parecido que esa inepticia era individual, subjetiva, que mi historia personal se había desenvuelto de

tal modo que yo había quedado como preso dentro de ella, sin mucha capacidad de decisión, y que los otros, tal como yo los veía desde fuera no experimentaban, en este mundo, la menor incomodidad. En dos años, sin embargo, desaparecieron mi voz atabacada, mi acento porteño, pero el pantano antiguo que yace y a veces se sacude, pesado, más abajo, mandando señales de vida, deja entender que, o bien no he elegido la máscara conveniente o bien nosotros, los hombres, cualquiera sea el color de nuestro destino, no estaremos nunca a la altura de las circunstancias o, mejor dicho, del mundo.

Al abrigo

Un comerciante en muebles que acababa de comprar un sillón de segunda mano descubrió una vez que en un hueco del respaldo una de sus antiguas propietarias había ocultado su diario íntimo. Por alguna razón —muerte, olvido, fuga precipitada, embargo— el diario había quedado ahí, y el comerciante, experto en construcción de muebles, lo había encontrado por casualidad al palpar el respaldo para probar su solidez. Ese día se quedó hasta tarde en el negocio abarrotado de camas, sillas, mesas y roperos, leyendo en la trastienda el diario íntimo a la luz de la lámpara, inclinado sobre el escritorio. El diario revelaba, día a día, los problemas sentimentales de su autora y el mueblero, que era un hombre inteligente y discreto, comprendió enseguida que la mujer había vivido disimulando su verdadera personalidad y que, por un azar inconcebible, él la conocía mucho

mejor que las personas que habían vivido junto a ella y que aparecían mencionadas a menudo en el diario.

El mueblero se quedó pensativo. Durante un buen rato, la idea de que alguien pudiese tener en su casa, al abrigo del mundo, algo escondido —un diario o lo que fuese—, le pareció extraña, casi imposible, hasta que unos minutos después, en el momento en que se levantaba y empezaba a poner orden en su escritorio antes de irse para su casa, se percató, no sin estupor, de que *él mismo* tenía, en alguna parte, cosas ocultas de las que el mundo ignoraba la existencia. En su casa, por ejemplo, en el altillo, en una caja de lata disimulada entre revistas viejas y trastos inútiles, el mueblero tenía guardado un rollo de billetes, que iba engrosando de tanto en tanto, y cuya existencia hasta su mujer y sus hijos desconocían; el mueblero no podía decir de un modo preciso con qué objeto guardaba esos billetes, pero poco a poco lo fue ganando la

desagradable certidumbre de que *su vida entera* se definía no por sus actividades cotidianas ejercidas a la luz del día, sino por ese rollo de billetes que se carcomía en el desván. Y que de todos sus actos, el fundamental era, sin duda, el de agregar de vez en cuando un billete al rollo carcomido.

Mientras encendía el letrero luminoso que llenaba de una luz violeta el aire negro por encima de la vereda, el mueblero fue asaltado por otro recuerdo: buscando un sacapuntas en la pieza de su hijo mayor, había encontrado por casualidad una serie de fotografías pornográficas que su hijo escondía en el cajón de la cómoda. El mueblero las había vuelto a dejar rápidamente en su lugar, menos por pudor que por el temor de que su hijo pensase que él tenía la costumbre de hurgar en sus cosas.

Durante la cena, el mueblero se puso a observar a su mujer: por primera vez después de treinta años le venía a la cabeza la idea de que

también ella debía guardar algo oculto, algo tan propio y tan profundamente hundido que, aunque ella misma lo quisiese, ni siquiera la tortura podría hacérselo confesar. El mueblero sintió una especie de vértigo. No era el miedo banal a ser traicionado o estafado lo que le hacía dar vueltas la cabeza como un vino que sube, sino la certidumbre de que, justo cuando estaba en el umbral de la vejez, iba tal vez a verse obligado a modificar las nociones más elementales que constituían su vida. O lo que él había llamado su vida: porque su vida, su verdadera vida, según su nueva intuición, transcurría en alguna parte, en lo negro, al abrigo de los acontecimientos, y parecía más inalcanzable que el arrabal del universo.

El espejo

En la oficina, para los muchachos ya es completamente natural, y casi todos piensan que soy un buen compañero. Incluso me protegen, y hay una especie de pacto tácito según el cual ellos me aceptan y yo guardo mi intimidad sin mezclarla con la oficina, aunque eso divide en dos mi vida. Me consideran culto, de buen gusto, delicado. Para una persona como yo alcanzar la cuarentena se hace difícil, me doy cuenta, y aunque ellos toleran mi singularidad, yo siento que el tiempo de las fiestas ya pasó y que la madurez es bastante dura.

Cuando llegan a la oficina vendedores de libros a domicilio, los muchachos me consultan antes de comprar alguna colección. Yo les aconsejo Huxley (Aldous), Mauriac, Shakespeare, primero porque a todo el mundo puede gustarle Shakespeare, y además porque Shakespeare es un escritor tan reconocido que alguien podría

ofenderse si yo le dijese que se abstenga de comprar sus obras completas. Nunca recomiendo Oscar Wilde o André Gide para no despertar desconfianza, pero yo los leo con un sarcasmo entusiasta, los esgrimo en silencio como pruebas, solitario, contra nadie, en nuestra antigua casa del sur en la que mi madre y mi hermana, viejas y sordas, se mueven al atardecer, dando gritos y como nadando en la luz violeta que filtran las glicinas. Como mi cuarto es el último de la galería y soy el que sostiene la familia, cuando no salgo a tomar vino hasta que cierran los últimos bares, a la madrugada, recibo «visitas». A veces, en los últimos años, he debido pagar, o por lo menos hacer algún regalito.

Es que verse a sí mismo a una luz capital tiene un precio muy alto, que no se puede calcular en dinero o en objetos. Los otros se transforman en mí, y yo soy los otros, así que recibo lo que pude haber dado. Para poder hacer el mundo a mi

imagen, he debido convertirme yo mismo en el mundo, y me tiendo como él, ofrecido, abierto. Paso por sobre el mundo con cada uno de los que pasan sobre mí. En el gran espejo del amor el mundo y yo nos contemplamos, sorprendidos, cada uno con la máscara del otro, tratando de leer en esa inversión multiplicada como en un palimpsesto imposible.

Me llamo Pichón Garay

Me llamo Pichón Garay. Vivo en París desde hace cinco años (Minerve Hotel, 13, rue des Ecoles, 5ème). El año pasado, en el mes de julio, Carlos Tomatis pasó a visitarme. Estaba más gordo que nunca, ochenta y cinco kilos, calculo, fumaba cigarros, como viene haciéndolo desde hace siete u ocho años, y nos quedamos charlando en mi pieza, sentados frente a la ventana abierta con las luces apagadas, hasta que amaneció. Todavía recuerdo el ruido complejo y rítmico de su respiración que se entrecortaba en la penumbra cuando la temperatura del diálogo empezaba a subir.

Dos o tres días después se fue a Londres, dejándome inmerso en una atmósfera de recuerdos medios podridos, medios renacidos, medios muertos. Algo había en esa telaraña de recuerdos que recordaba el organismo vivo, el cachorro

moribundo que se sacude un poco, todavía caliente, cuando uno lo toca despacio, para ver qué pasa, con la punta de un palo o con el dedo. Después la cosa dejó de fluir y el animal quedó rígido, muerto, hecho exclusivamente de aristas y cartílagos.

Me llamo, digo, Pichón Garay. *Es un decir.*

Recuerdos

Aquí me tienen con la voz a medio extinguir y lleno de recuerdos. Han de regirse por alguna ley; eso es seguro. Pero para encontrarla es necesario vaciarse de ellos, darse vuelta, como un guante. La cronología, en todo caso, es sabido, no les incumbe. La cárcel filosófica que nos tiene a todos adentro, ha tomado por asalto hasta nuestros recuerdos, decretando para ellos la ficción de la cronología. Y sin embargo siguen siendo, obstinados, nuestra única libertad.

A menos que se vuelvan obsesión. Entonces obedecen a una especie de ley de excepción, rigurosa y perentoria. Alguien los llamó «martilleantes». Con una regularidad que les es propia, ciertos recuerdos de anécdota mínima, sin contenido narrativo aparente, vuelven una y otra vez a nuestra conciencia, neutros y monótonos, hasta que, de tanto volver, nuestra conciencia los

viste de sentimientos y de categorías: como cuando a un perro vagabundo, que pasa a contemplarnos mudo, todos los días, ante nuestra puerta, terminamos por ponerle un nombre.

Una narración podría estructurarse mediante una simple yuxtaposición de recuerdos. Harían falta para eso lectores sin ilusión. Lectores que, de tanto leer narraciones realistas que les cuentan una historia del principio al fin como si sus autores poseyeran las leyes del recuerdo y de la existencia, aspirasen a un poco más de realidad. La nueva narración, hecha a base de puros recuerdos, no tendría principio ni fin. Se trataría más bien de una narración circular y la posición del narrador sería semejante a la del niño que, sobre el caballo de la calesita, trata de agarrar a cada vuelta los aros de acero de la sortija. Hacen falta suerte, pericia, continuas correcciones de posición, y todo eso no asegura, sin embargo, que no se vuelva la mayor parte de las veces con las

manos vacías.

Hay muchas clases de recuerdos. Por ejemplo, recuerdos globales. En mi infancia, en las siestas de verano, mis tíos llegaban en auto del pueblo vecino y el radiador niquelado, que brillaba al sol, estaba lleno de mariposas amarillas, aplastadas entre los alvéolos de metal. La representación que me queda no corresponde a ningún acontecimiento preciso. Es un resumen, casi una abstracción de todas las veces que vi radiadores llenos de mariposas. Y sin embargo, es un recuerdo.

Hay también recuerdos inmediatos: estamos llevando a los labios una taza de té y nos viene a la memoria, antes de que la taza llegue a su destino, la fracción de segundo previa en la que la hemos recogido, sin ruido, de la mesa. Y hasta me atrevería a decir que hay también una categoría que podríamos llamar recuerdos simultáneos, consistente en recordar el instante que vivimos mientras lo vamos viviendo: es decir, que

recordamos el gusto, de ese té y no de otro, en el momento mismo en que lo estamos tomando.

Hay recuerdos intermitentes, que titilan periódicos, como faros. Recuerdos ajenos, con los que recordamos, o creemos recordar, recuerdos de otros. Y también recuerdos de recuerdos, en los que recordamos recordar, o en los que la representación es el recuerdo de un momento en el que hemos recordado intensamente algo.

Como puede verse, el recuerdo es materia compleja. La memoria sola no basta para asirlo. Voluntaria o involuntaria, la memoria no reina sobre el recuerdo: es más bien su servidora. Nuestros recuerdos no son, como lo pretenden los empiristas, pura ilusión: pero un escándalo ontológico nos separa de ellos, constante y continuo y más poderoso que nuestro esfuerzo por construir nuestra vida como una narración. Es por eso que, desde otro punto de vista, podemos considerar nuestros recuerdos como una de las

regiones más remotas de lo que nos es exterior.

El viajero

Rompió el reloj el vidrio que protegía el gran cuadrante en el que los números romanos terminaban en unas filigranas prolijas delicadas lo diseminó sobre el montón de ceniza húmeda que dos noches atrás había sido la hoguera temblorosa que él mismo había encendido

Estuvo acucillado un momento entregado al trabajo pueril de espolvorear de vidrio la masa grisácea y pegoteada de la ceniza después se paró y miró a su alrededor

La llovizna seguía impalpable lenta adensándose pareciéndose más y más a la niebla a medida que se alejaba hacia el gran horizonte circular

Su cara permaneció más dura y más tranquila que si la hubiese alzado para mirar la hora en el

Big Ben

Estaba tan acostumbrado a esa llanura que parecía retroceder a medida que él avanzaba que sentía por momentos la ilusión de no progresar se había familiarizado tanto con ella y al mismo tiempo se concebía a sí mismo como un hombre tan resignado y gentil que el hecho de vagabundear por ella desde hacía cinco días su caballo había tropezado en un agujero se había quebrado la pata delantera el hecho de dar vueltas en redondo sin poder encontrar un punto de referencia un rancho un árbol ni la posibilidad de guiarse por las estrellas porque apenas si había dejado de lloviznar unas horas en cinco días y en todo caso en ningún momento el cielo se había despejado el hecho de estar perdido en la llanura sin nada con qué alimentarse sin hablar otra cosa que inglés sin haber visto nada viviente como no hubiesen sido

unos pájaros negros rígidos altos en el
cielo que emigraban no parecían producir
en él ningún sentimiento la comprobación
serena la desesperación fría la
perplejidad

Un momento antes de romper el reloj la
perplejidad creció un poco descubrir que
después de caminar dos días parándose
únicamente de tanto en tanto para jadear más
cómodo se llegaba otra vez al punto en
que la tregua de la llovizna había permitido
encender una hoguera débil con la esperanza de
que alguien divisase su resplandor la
perplejidad creció un poco instalándose en su cara
bajo la forma de una semisonrisa

Nadie había divisado nada ni la
hoguera que había encendido ni las otras hogueras
la cara rojiza las ojeras azuladas
los cabellos color zanahoria rodeando la gran

frente y la coronilla calva el agua
implacable las hace relucir

Está otra vez en el punto de la hoguera
sacó el reloj de su bolsillo lo rompió
diseminó los pedacitos de vidrio sobre la ceniza
acuclillado

Se paró y miró el horizonte el pajonal
no sabía que se llamaba así se
extendía hasta el horizonte gris parejo
monótono

Le llegaba a la altura de las caderas

A veces entre las matas había claros
estrechos estrictos un hombre podía
tenderse y desaparecer había que estar ahí
para saber que existían

Cuando avanzaba las hojas filosas se abrían
chasqueando se cerraban por detrás se
paraba se daba vuelta ni rastro de
su paso estaba dado vuelta no notaba
ninguna diferencia ninguna
su lengua su recuerdo decían me he dado vuelta
me he dado vuelta no estuve todo el tiempo
mirando en esta dirección

No se percibe la más mínima diferencia

Es exactamente igual la lluvia más
transparente o más densa ya esté más lejos o más
cerca del horizonte el cielo gris
bajo el pajonal no sabía que se
llamaba así hasta el horizonte gris
parejo monótono

Razonable y gentil acepto me he dado
vuelta estoy en otra dirección ahora
giro otra vez estoy de nuevo en la antigua

yo creo persevero Jeremy
Blackwood en nombre de la Compañía establece
los puntos cardinales encontrará el saladero

Miró el montón de ceniza el reloj roto
diseminado siguió caminando

Anduvo un tiempo incalculable
negrura más pareja todavía que el pajonal más
densa que la llovizna chasquido de las hojas
flexibles se hundía hasta las caderas
sonaba y resonaba en la mente en el recuerdo
 durante horas incluso y más si se
paraba un momento no dejó grieta el silencio
no se pudo colar

Un chasquido seco terminando en una especie
de deslizamiento al volver hacia atrás las
hojas desplegaban ese sonido y lo hacían
cimbreado y resonante

Amaneció

Todo sigue ahí idéntico férreo
implacable la llovizna el cielo el horizonte el
pajonal

Sé que avancé la Compañía desde
Londres sabe que caminé que avancé
veo en el alba un punto idéntico a los otros
un punto idéntico no el mismo
estoy seguro es mi propia palabra contra
los pajonales el cielo el horizonte la llovizna

Jadea

Está todo mojado el sacón de cuero
retorcido pegoteado al cuerpo el agua
chorrea por la cara los cabellos rojos
color zanahoria oscurecidos llameantes

Caminó todo el día voy a parar cuando el

agua pare parándose únicamente para jadear
llegó la noche y la llovizna

Paró

Se dejó caer hacia adelante sobre los
pajonales que se abrieron y se cerraron como un
látigo

Quedó dormido inmóvil

Al alba únicamente el sueño se desplegó
un abanico fosforescente vio Londres
flotando iluminada como una catedral
transparente Londres ladrillos rojos
el ruido de los coches de los caballos
resonando sobre el empedrado gritos de
comadres de ventana a ventana mercados
pirámides truncas de tomates pescados
blandos blancos abiertos como mujeres
cangrejos todavía vivos arrastrándose en los

mostradores de las pescaderías reses rojas
 impúdicas descuartizadas prostitutas
 mostrando sus senos manchados de pecas
 chicos corriendo entre los vendedores ambulantes
 la música de las tabernas y de los
 mendigos ciegos elevándose por encima de la
 muchedumbre

Se despertó inmóvil la cara aplastada
 contra los pajonales se movió un poco los
 ojos todavía cerrados la sonrisa deshecha por
 la posición y por el estremecimiento

Llegaré al saladero porque la Compañía me
 eligió digno honrado predestinado
 Jeremy Blackwood pelirrojo y gentil con la razón
 y la memoria de su parte para vencer la
 tentación de lo idéntico de lo inmóvil

Bendita sea Londres

Bendita sea la muchedumbre que camina por
sus veredas benévolas

Bendita sea la luz que sale por las ventanas de
sus casas

Benditos sean el ruido y el color de las
ciudades

Jeremy se sentó despacio se quedó un
momento con los ojos abiertos orgullosos

Baja la cabeza y ve otra vez el montón de
ceniza negruzco los fragmentos de vidrio
diseminados el reloj roto abierto el gran
cuadrante circular en que los números romanos
terminan en unas filigranas prolijas delicadas

Gloria

A los viajeros ingleses y sobre todo

Gloria

A Jeremías Blackwood que no dejó ni rastro
de su viaje

En el extranjero

La nada no ocupa mi pensamiento sino mi vida, me decía, hace unos días, en una carta, Pichón Garay. Durante las horas del día no le dedico el más mínimo pensamiento; y mis noches se llenan de sueños carnales. Ha de ser porque la nada es una certidumbre, y hay una raza de hombres a la que debo, presumiblemente, pertenecer, que no baila más que con la música de lo incierto.

Así me escribe a veces, desde el extranjero, Pichón Garay. O también: el extranjero no deja rastro, sino recuerdos. Los recuerdos nos son a menudo exteriores: una película en colores de la que somos la pantalla. Cuando la proyección se detiene, recomienza la oscuridad. Los rastros, en cambio, que vienen desde más lejos, son el signo que nos acompaña, que nos deforma y que moldea nuestra cara, como el puñetazo la nariz del boxeador. Se viaja siempre al extranjero. Los

niños no viajan sino que ensanchan su país natal.

Otra de sus cartas traía la siguiente reflexión: el ajo y el verano, son dos rastros que me vienen siempre desde muy lejos. El extranjero es una maquinaria inútil, y compleja, que aleja de mí ajo y verano. Cuando reencuentro el ajo y el verano, el extranjero pone en evidencia su irrealidad. Estoy tratando de decirte que el extranjero —es decir, la vida para mí desde hace siete años— es un rodeo estúpido, y tal vez en espiral, que me hace pasar, una y otra vez, por la latitud del punto capital, pero un poco más lejos cada vez. Releyéndome, compruebo que, como de costumbre, lo esencial no se ha dejado decir.

O incluso: dichosos los que se quedan, Tomatis, dichosos los que se quedan. De tanto viajar las huellas se entrecruzan, los rastros se sumergen o se aniquilan y si se vuelve alguna vez, no va que viene con uno, inasible, el extranjero, y se instala en la casa natal.

La dispersión

La gente de mi generación se dispersa, en exilio. Del ramo vivo de nuestra juventud no quedan más que dos o tres pétalos empalidecidos. La muerte, la política, el matrimonio, los viajes, han ido separándonos con silencio, cárceles, posesiones, océanos. Años atrás, al comienzo, nos reuníamos en patios florecidos y charlábamos hasta el amanecer. Recorriamos la ciudad a paso lento, de las calles iluminadas del centro al río oscuro, al abrigo en el silencio de los barrios adormecidos, en las veredas frescas de los cafés, bajo los paraísos de la casa natal. Fumábamos tranquilos bajo la luna.

De esa vida pasada no nos quedan hoy más que noticias o recuerdos. Pero todo eso no es nada, si se compara con lo que le sucede a los que no se han separado. Entre ellos el exilio es más grande. Cada uno ha ido hundiéndose en su propio mar de

lava endurecida: y cuando miran una conversación, nadie ignora que no se trata más que de ruidos, sin música ni significación. Todo el mundo tiene los ojos vueltos hacia adentro, pero esos ojos no miran más que un mar mineral, liso y grisáceo, refractario a toda determinación. Y si, por casualidad, uno logra contemplar sus pupilas, lo que sucede rara vez, alcanza a ver como el reflejo de un desierto desde el cual el Sahara ha de tener sin duda los atributos de la Tierra Prometida.

Cuerpo presente

El cuerpo manda avisos que dicen: «no se olviden, allá arriba». Palpita apagadamente. La muerte, salida elegante de tanta precariedad indecisa, viene viniendo desde el principio por un camino propio, hasta que llega, por decir así, a flor de piel. Subía contra todo obstáculo o interrupción.

El problema, continuaba diciéndose Barco, no consiste en tratar de no morir, sino en conservar un cierto equilibrio entre lo de abajo y lo de arriba, el azar y sus contrarios. El cuerpo es el azar. Sus contrarios varían históricamente —por no decir, en realidad, ideológicamente.

No, hoy no tengo fuerza, la verdad; ninguna fuerza. Ni siquiera esa fuerza alimenticia que llamamos fuerza de seducción. La inapetencia es el mal moral, se pretende, en este siglo de glotones. ¿Ven lo que quiero decir cuando digo que los

contrarios del azar varían históricamente?
Enfermedad, fatiga, desgano: ustedes prueban,
sabiamente, la pertinencia del azar contra la
dictadura del hambre irrazonable.

En la costra reseca

Al día siguiente de rendir el examen de geometría, Tomatis consiguió que el padre le renovara el carnet de socio del club de Regatas, así que pasó casi toda la tarde en la secretaría del club haciendo los trámites de la renovación. Mientras esperaba el carnet nuevo, sentado en una salita de la secretaría, concibió el plan del mensaje y cuando le entregaron el carnet pasó por el bar y llamó a Barco por teléfono. Barco estuvo de acuerdo con la idea. Dijo que él tenía lacre — porque había que lacrar el pico de la botella— y que era necesario reunirse esa misma noche para discutir el contenido del mensaje. Así que a eso de las nueve, cuando acababa de oscurecer, Tomatis oyó desde su cuarto la voz de Barco que hablaba con su padre en la cocina, y después sus pasos subiendo la escalera hacia la terraza. La ventana de la pieza estaba abierta y después de entrar sin

saludar Barco dijo algo sobre el cielo estrellado cuando se asomó por ella. Se desabrochó dos botones de la camisa y empezó a sacudírsela a la altura del pecho para secarse el sudor. Tomatis le gritó a su madre desde la ventana que le preparara una sangría, porque en su casa había inclinación a darle todos los gustos desde el día anterior, en que con el examen de geometría había terminado su bachillerato. Mientras esperaban la sangría Barco le ayudó a colgar en la pared amarillenta, sobre el sofá cama, al costado de la biblioteca, la reproducción del «Campo de trigo de los cuervos» que Tomatis había hecho enmarcar esa mañana en un taller de cuadros.

Discutieron el texto del mensaje durante más de dos horas, tomando la sangría que Barco revolvía con una cuchara para que el azúcar no se asentara en el fondo y el hielo que tintineaba en el interior de la jarra helada se fundiera más rápido. La idea de que el texto debía escribirse en verso,

propuesta por Tomatis, fue descartada inmediatamente. «Pueden llegar a creer que hablábamos así», objetó Barco. En seguida comenzaron a barajar posibilidades: una reseña de la historia de la ciudad, o bien un catálogo de los inventos de la época, o mejor todavía una síntesis biográfica de Carlos Tomatis y Horacio Barco, y hasta una descripción deliberadamente falsa del cuerpo humano para inducir en el futuro una teoría errónea de la evolución. Por un momento, esta última posibilidad los tentó y estuvieron riéndose un buen rato, a las carcajadas, tan fuertes que el padre de Tomatis, que se había acostado desde hacía rato, les chistó desde abajo, desde la oscuridad, para que bajaran la voz. Entonces Barco dijo que la inclinación al humor siempre echaba todo a perder y que, al fin de cuentas, el contenido del mensaje no importaba, que lo fundamental era el mensaje mismo, porque lo importante de un mensaje no era lo que decía sino

su facultad de revelar que había hombres dispuestos a escribir mensajes. Dijo que si un mensaje le daba tanta importancia al contenido no era en realidad un mensaje sino una simple información. «Lo mejor que puede decir un mensaje», dijo Barco, «es justamente, *mensaje*. Por lo tanto, aun cuando todo pareciera indicar que debiéramos escribir *¡Socorro!*, propongo que escribamos *Esto es un mensaje* o lisa y llanamente *mensaje*». Tomatis estuvo pensando un momento y por fin aceptó, y en seguida planteó la cuestión nueva, la de quién escribiría la palabra. «Teniendo en cuenta», dijo Barco, «de que la idea ha sido tuya y de que hay fuertes razones para pensar que con el tiempo te vas a convertir en escritor de profesión, propongo que la redacción del texto corra por tu cuenta». Así que Tomatis separó una hoja blanca, la colocó sobre la mesa bajo la luz de la lámpara, limpió la pluma de su lapicera, la probó en el margen de su cuaderno de geometría y

después, lentamente, con gran cuidado, sintiendo la mirada de Barco, por encima de su hombro, fija en la mano firme que sostenía la lapicera, fue escribiendo en grandes letras de imprenta, negras, la palabra: MENSAJE; y a medida que la mano iba moviéndose, de izquierda a derecha, la hoja blanca, rectangular, salía de la blancura extrema, indiferenciada, del limbo, del horizonte plano y anónimo, sacada al azar por una mano ciega de entre el montón de hojas idénticas que yacían polvorientas y mudas en el cajón del escritorio, hasta que la palabra estuvo toda escrita, nítida y pareja, y la identidad de la hoja se borró otra vez, comida por la titilación oscura del mensaje. Al otro día se levantaron al amanecer. Tomatis telefoneó a Barco diciéndole que en un minuto bajaba a tomar el tranvía, que esperara el próximo tranvía número dos porque en ése iba él y después vio, por la ventanilla, en la esquina de la casa de Barco, que éste traía la pala, la botella y la barra

de lacre. Él, por su parte, llevaba una lata de sardinas, tomates y duraznos, y una botella de vino que había sacado de la heladera. El mensaje lo llevaba doblado en cuatro, cuidadosamente, en el bolsillo derecho de la camisa. Llegaron al club, se pusieron los trajes de baño, guardaron todo en una bolsa de lona, salvo la pala, pusieron la pala y la bolsa en el fondo de la canoa, y después metieron la canoa en el río. Barco empezó a remar alejándose del muelle del club y del puente colgante, se metió por entre islas y riachos, bordeando orillas que por momentos se estrechaban, y cuando por fin fue maniobrando con pericia y aproximándose a la costa, eran más de las once. Barco tenía la cara roja y estaba cubierto de sudor. El sol estaba blanco, árido, y sus rayos perforaban la fronda de por sí porosa y abierta de los sauces llorones y proyectaban manchas de luz sobre el agua. Dejaron la canoa a la sombra —la canoa recibió las manchas de luz en el fondo— y

se internaron en la isla con la pala y la bolsa de lona. Vagabundearon cerca de media hora. Barco descubrió una culebra y con el filo de la pala de punta le sacó la cabeza, limpia, de un solo golpe; después eligieron el lugar. Era un claro rodeado por un círculo de árboles, pero tan chicos que sus ramas no se entreveraban en la altura para formar ninguna bóveda de sombra. El sol había resecado el suelo y la hierba de alrededor era rala y amarillenta. Tomatis empezó a cavar: los primeros golpes de la pala sonaron secos y la pala rebotaba contra la tierra, descascarándola y haciendo saltar astillas de barro endurecido en todas direcciones, pero la capa superficial cedió en seguida y después vino la tierra profunda, blanda, fría y oscura cuyo peso tiraba suavemente hacia abajo los brazos de Tomatis cada vez que sacaba una palada y la dejaba caer sobre el montón que iba formándose al lado del pozo. Después de un rato siguió Barco y Tomatis se apoyó jadeando en uno

de los árboles irrisorios y se dedicó a mirarlo trabajar. Cavaron un hoyo de casi dos metros, lo suficientemente ancho como para enterrar a un hombre en posición vertical. Después se sentaron a la sombra y Barco dobló cuidadosamente la hoja de papel, la introdujo por el pico de la botella, puso el corcho golpeándolo con la palma de la mano hasta hundirlo lo suficiente, y en seguida preparó el lacre y los fósforos y encendiendo uno comenzó a hacer girar la barra de lacre en la punta de la llama cuidando de que las gotas fuesen cayendo sobre el pico de la botella y la superficie redonda del corcho. Gastó muchos fósforos antes de terminar. Y la mirada de Tomatis iba alternativamente de la punta de la llama en la que la barra se fundía (a veces seguía la caída de las gotas rojas que destellaban diseminándose sobre el pico de la botella, gotas a las que Barco terminaba de empastar y distribuir con la punta fofa de la barra) al interior de la botella en el que

podía ver, a través del vidrio verde, la hoja doblada muchas veces hasta adquirir la forma de una cinta rígida una de cuyas puntas se apoyaba en la base de la botella y la otra en la pared verde, en posición oblicua. Aun cuando Barco moviese la botella, la hoja de papel quedaba inmóvil. Y cuando terminó, Barco la recogió y la sostuvo con tanta delicadeza que Tomatis se preguntó si no se trataba de otra de las bufonadas de Barco, pero en seguida, viéndolo alejarse hacia el hoyo sosteniendo la botella con las dos manos, y arrodillarse después junto a la boca e inclinarse metiendo el brazo con la botella para depositarla lo más suavemente posible en el fondo, hasta casi tocar la tierra con la frente, Tomatis comprobó que Barco no bromeaba, y que si bien no estaba rebajándose hasta la solemnidad, se sentía lisa y llanamente dispuesto a llevar las cosas hasta el fin. Barco dejó caer la botella en el fondo, consideró el resultado de la caída, lo juzgó adecuado, y

después se incorporó y empezó a echar tierra con la pala. Después le pasó la pala a Tomatis y cuando la tierra cubrió el hoyo hasta la superficie, volvió a tener la pala entre sus manos y empezó a emparejar la superficie tratando de no dejar rastros de la excavación. «Si esta noche llega a llover», dijo, cuando terminó, apoyándose en la pala y secándose el sudor, «mañana no va a quedar rastro de la tierra removida».

Y llovió. Tomatis oía la lluvia golpear contra el techo, en la oscuridad, acostado en su cuarto de la terraza. Después habían dejado otra vez la pala en la canoa, se habían dado un chapuzón, habían comido las sardinas y los duraznos y se habían tomado la botella de vino, habían dormitado un rato bajo los árboles y después habían vuelto remando lentamente, turnándose, río abajo, y llegaron tan tarde que cuando amarraron la canoa al muelle del club, enredados en una nube de mosquitos, ya era el anochecer, azul y lleno de

ruidos y de voces que llegaban desde la playa y desde el bar iluminado. Tomaron el tranvía y Barco bajó de un salto y desapareció por la puerta de su casa. Tomatis se dio una ducha fría, comió algo y se acostó. Casi en seguida estuvo dormido. Más que el rumor lo despertó el olor de la lluvia que hacía chisporrotear los techos caldeados, y después la frescura, como gruesa, del agua, entrando por la ventana abierta de par en par. Cuando estuvo lúcido, Tomatis pensó en la botella enterrada en la oscuridad de la tierra, como él mismo estaba enterrado en la oscuridad del mundo, y se preguntó cuál sería el destino del mensaje. Porque podía pasar que, o bien quienes lo encontraran hablasen ya un idioma diferente, o el mismo idioma conocido en el que, no obstante, la palabra mensaje tenía ya un significado diferente, incluso opuesto al que ellos le habían dado, incluso el sentido de «información» que Barco había querido eliminar, o bien que nadie

encontrara jamás la botella, se borrara la raza de los hombres, y la botella continuase perpetuamente enterrada en el interior de un planeta vacío, reseco, girando en el espacio negro. Pero, finalmente, antes de dormirse, Tomatis consideró que aun cuando hombres capaces de comprenderlo encontraran el mensaje, ellos, Barco y Tomatis, no estarían en él, así como no estaban tampoco las orillas que cabrilleaban, los sacudones lentos de la canoa a cada golpe firme del remo, el bar iluminado que divisaron desde el muelle, engastado en la oscuridad azul, y el olor de la lluvia fría que entraba por la ventana, de a ráfagas, en ese mismo momento.

Carta a la vidente

En la gran tradición de iluminados ocupo, continuo, el último lugar. Y no hablo en sentido cronológico sino jerárquico: el sopor, la somnolencia, la miopía, llenan mi carta de presentación. Del maremágnum frenético de Petronio no he retenido más que una frase: «Un día no es nada: el tiempo justo de volverse uno mismo, y sobreviene la noche». En esas condiciones la pereza no es, por lo tanto, un vicio, sino un tema ontológico. Ahora bien, ¿qué ve un hombre entre dos sueños, cuando no ha terminado todavía de desembarazarse del primero para caer en seguida en el segundo? No ve nada. Porque ver, señora, no consiste en contemplar, inerte, el paso incansable de la apariencia sino en asir, de esa apariencia, un sentido. En una palabra, el trabajo vertical, como el del rayo, del iluminado, que usted conoce y emplea, o por el que usted es, más bien, empleada.

Por eso le venía diciendo que en la gran tradición de iluminados yo ocupó, continuo, invisible, el último lugar.

El sopor, la somnolencia, la miopía: y la mano, también, que, en esa penumbra, se mueve, equívoca, cerrándose, abriéndose, mostrando abierta, lisa, que no ha aferrado nada. Lo grande, la subespecie, en relación con el sopor y con la mano, es, usted ya lo adivina, la oscuridad. La gran masa magnética, negra, que tira hacia el fondo, uno a uno, nuestros gestos. En esa negrura que es el mundo realizo mi trabajo desgano, torpe, a reglamento. Mi musa, por llamarla así, es, si se quiere, manual. La mecánica súbita del rayo, si a veces me toca, no es útil entre tanta oscuridad.

No le mando, por lo tanto, nada. Nada que someter a su videncia. El universo monótono, opaco, no difiere de los fragmentos monótonos, opacos, que quedan en mí. Y si hablo ahora, por esta vez, sin mediaciones, en primera persona, es

para mostrar claramente que, a través de mí, ninguna alteridad se manifiesta, nada que no esté en los manchones fugaces, fugitivos, intermitentes, cuyos bordes están comidos por la oscuridad, y a los que llamamos el mundo. De esta carta de semiciego, no le pido que saque ninguna conclusión. Porque una conclusión está siempre detrás y es, en relación con las partes, un «otro». Ahora bien; para un ciego puede muy bien existir la alteridad, el conjunto, el todo. Un ciego goza del derecho a la imaginación. Un miope debe ser modesto: la mancha móvil ocupa todo su reducido campo visual y aniquila, sin malignidad, lo demás. El ciego, lejos como está del mundo, puede, con una intuición vertiginosa, aferrarlo. El miope está demasiado cerca de unos pocos fragmentos como para salir, de un salto, a la llanura.

De un hombre que cabecea, entonces, ¿qué se puede esperar? Nada como no sea una hilera de fragmentos, espesos, en bruto. Que el mundo

resplandezca en ellos, si uno de los modos del mundo es el resplandor.

Unidad de lugar (1966)

Advertencia

La broma del rey al cochero a propósito del accidente de tránsito que el soldado narra al capitán en el cuento titulado «Paramnesia» está tomada del epistolario de Francisco de Quevedo (Carta LXIII, al marqués de Velada y San Román, 1624): «Salí del juicio y del coche. Hallé al cochero hecho santiguador de caminos, diciendo no le había sucedido tal en su vida. Yo le dije: “Vuesa merced lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho ya muchas veces”».

Sombras sobre vidrio esmerilado

A Biby Castellaro

¡Qué complejo es el tiempo, y sin embargo, qué sencillo! Ahora estoy sentada en el sillón de Viena, en el living, y puedo ver la sombra de Leopoldo que se desviste en el cuarto de baño. Parece muy sencillo al pensar «ahora», pero al descubrir la extensión en el espacio de ese «ahora», me doy cuenta enseguida de la pobreza del recuerdo. El recuerdo es una parte muy chiquitita de cada «ahora», y el resto del «ahora» no hace más que aparecer, y eso muy pocas veces, y de un modo muy fugaz, como recuerdo. Tomemos el caso de mi seno derecho. En el ahora en que me lo cortaron, ¿cuántos otros senos crecían lentamente en otros pechos menos gastados por el

tiempo que el mío? Y en este ahora en el que veo la sombra de mi cuñado Leopoldo proyectándose sobre los vidrios de la puerta del cuarto de baño y llevo la mano hacia el corpiño vacío, relleno con un falso seno de algodón puesto sobre la blanca cicatriz, ¿cuántas manos van hacia cuántos senos verdaderos, con temblor y delicia? Por eso digo que el presente es en gran parte recuerdo y que el tiempo es complejo aunque a la luz del recuerdo parezca de lo más sencillo.

Soy la poetisa Adelina Flores. ¿Soy la poetisa Adelina Flores? Tengo cincuenta y seis años y he publicado tres libros: *El camino perdido*, *Luz a lo lejos* y *La dura oscuridad*. Ahora veo la sombra de mi cuñado Leopoldo proyectándose agrandada sobre el vidrio de la puerta del baño. La puerta no da propiamente al living, sino a una especie de antecámara, y solamente por casualidad, porque está más cerca de la puerta de calle, que he dejado abierta para tomar aire, he traído el sillón de

Viena a este lugar y estoy hamacándome lentamente en él. El sillón de Viena cruje levemente. No podía soportar mi cuarto, y no únicamente por el calor. Por eso vine aquí. Es difícil soportar encerrada entre libros polvorientos los atardeceres de este terrible enero. Susana ha salido. No sale nunca, pero hoy dijo que su pierna derecha le dolía y pidió turno para el médico. Así que está afuera desde las seis. Hamacándome lentamente veo cómo Leopoldo se desabrocha con cuidado la camisa, se la saca, y después se da vuelta para colgarla de la percha del baño. Ahora comienza a desabrocharse el pantalón. Advierto que tengo la mano sobre el puñado de algodón que le da forma al corpiño en la parte derecha de mi cuerpo, y bajo la mano. He visto crecer y cambiar ciudades y países como a seres humanos, pero nunca he podido soportar ese cambio en mi cuerpo. Ni tampoco el otro: porque aunque he permanecido intacta, he visto con el tiempo

alterarse esa aparente inmutabilidad. Y he descubierto que muchas veces es lo que cambia en una lo que le permite a una seguir siendo la misma. Y que lo que permanece en una intacto, puede cambiarla para mal. La sombra de Leopoldo se proyecta sobre el vidrio esmerilado, de un modo extraño, moviéndose, ahora que Leopoldo se inclina para sacarse el pantalón, encorvándose para desenfundar una pierna primero, irguiéndose al conseguirlo, y volviéndose a encorvar para sacar la otra, irguiéndose otra vez enseguida.

(«Sombras» «Sombras sobre» «Cuando una sombra sobre un vidrio veo» No). Ese chico, ¿cómo se llamaba? Tomatis. Él me dijo una vez lo que piensa de mí, en la mesa redonda sobre la influencia de la literatura en la educación de la adolescencia. Yo no quería estar en ese escenario de la universidad. Pero vino el editor y me dijo: «¿No te parece que si te presentaras más seguido en público para exponer tus puntos de vista *La*

dura oscuridad podría salir un poco más, Adelina?»). Así que me vi sentada en el escenario frente a la sala llena. Había cientos de caras que me miraban esperando que yo diera mi opinión, en ese salón frío y lleno de ecos. Tomatis estaba sentado en el otro extremo de la mesa. Hice una corta exposición, aunque la presencia de toda esa gente expectante me inhibía mucho. (Leopoldo acomoda cuidadosamente el pantalón, sosteniéndolo desde las botamangas, con el brazo alzado para conservar la raya. Después lo dobla y comienza a pasarlo por el travesaño de una percha: lo veo). Cuando terminé de hablar, Tomatis se echó a reír. «La señorita Flores —dijo, riéndose y poniéndose como pensativo— ha dicho hermosas palabras sobre la condición de los seres humanos. Lástima que no sean verdaderas. Digo yo, la señorita Flores, ¿ha estado saliendo últimamente de su casa?» Los cientos de personas que estaban sentadas contemplándonos se echaron

a reír. Yo no dije una palabra más; y cuando terminó la mesa redonda y fuimos a la comida que nos ofreció la universidad, Tomatis se sentó al lado mío. Se lo pasó todo el tiempo charlando y riendo, fumando y tomando vino. Y en un aparte se volvió hacia mí y me dijo: «¿Usted no cree en la importancia de la fornicación, Adelina? Yo sí creo. Eso les pasa a ustedes, los de la vieja generación: han fornicado demasiado poco, o en su defecto nada en absoluto. ¿Sabe? Se dice que usted tiene un seno de menos. No, no estoy borracho. O sí, capaz que un poco sí. ¿Es cierto? ¿No piensa que usted misma lo ha matado? Yo pienso que sí. ¿Sabe? Usted me cae muy simpática, Adelina. Tiene un par de sonetos por ahí que valen la pena. Perdóneme la franqueza, pero yo soy así. Usted debería fornicar más, Adelina, sabe, romper la camisa de fuerza del soneto —porque las formas heredadas son una especie de virginidad— y empezar con otra cosa. Me juego la cabeza de que

usted es capaz de salir adelante. Usted que la tiene cerca, pásame esa botella de vino. Gracias». Recuerdo perfectamente el lugar: un restaurante del centro con manteles cuadriculados, rojos y blancos, los platos sucios, los restos de pescado, y las botellas de vino tinto a medio vaciar. Ahora Leopoldo se ha sacado el calzoncillo y lo observa. Ha quedado completamente desnudo. Se inclina para dejarlo caer en el canasto de la ropa sucia que está en el costado del baño, junto a la bañera. Puedo ver su sombra agrandada, pero no desmesuradamente, sobre los vidrios esmerilados de la puerta del baño que da a la antecámara.

En este momento, únicamente esa sombra es «ahora», y el resto del «ahora» no es más que recuerdo. Y a veces, tan diferente del «ahora», ese recuerdo, que es cosa de ponerse a llorar. Es terrible pensar que lo único visible y real no son más que sombras. Si pienso que en este mismo momento los bañistas se pasean en traje de baño

bajo los árboles tranquilos del parque del Sur, sé que eso no es ahora, sino recuerdo. Porque es posible que en este momento no haya ni un solo bañista en el parque del Sur, o, si hay alguno, no esté paseándose precisamente bajo los árboles que yo creo recordar; hasta es probable que estén todos echados en la arena de la playa, o en el agua, mientras el sol del crepúsculo vuelve roja la laguna y dos chicos se tiran uno al otro una pelota de goma que retumba en medio del silencio cuando choca contra la tierra. Pero me gusta imaginar que en este momento, en los barrios, las chicas se pasean en grupos de tres o cuatro tomadas del brazo, recién bañadas y perfumadas, y que grupos de muchachos las contemplan desde la esquina. Puedo ver las calles del centro abarrotadas de coches y colectivos y a Susana bajando lentamente, con cuidado por su pierna dolorida, las escaleras de la casa del médico. Es como si estuviera aquí y al mismo tiempo en cada parte.

¡Es tan complejo y sin embargo, tan sencillo!
Ahora vuelvo ligeramente la cabeza y veo la
mampara que da al patio. Entreveo los vidrios
encortinados y el último resplandor de la tarde que
penetra en el living a través de las grandes
cortinas verdes. También veo los sillones vacíos,
abandonados —¡y cuántas veces nos hemos
sentado en ellos Susana, Leopoldo, o yo o las
visitas!— forrados en provenzal floreado. Las
flores son verdes y azules, sobre fondo blanco.
Hay una lámpara de pie, al lado de uno de los
sillones, apagada. Pero yo me he traído el viejo
sillón de Viena de mamá desde mi habitación y me
he sentado en él —estoy hamacándome lentamente
— para que el aire de la calle atravesase el living y
se impregne como agua fría o como un olor sobre
mi cuerpo. Ahora que no veo la puerta de vidrios
esmerilados del baño, ¿qué estará proyectándose
sobre ella? Seguramente el cuerpo desnudo de
Leopoldo —¡el cuerpo desnudo de Leopoldo!—,

pero ¿en qué posición? ¿Tendrá los brazos alzados, se rascará el pecho con las dos manos, se tocará el cabello, o se habrá echado ligeramente hacia atrás para mirarse en el espejo? Es terrible, pero ese ahora, tan cercano, no es más que recuerdo; y si vuelvo la cabeza otra vez hacia la puerta que da a la antecámara el «ahora» de los sillones de funda floreada, vacíos y abandonados, y las cortinas a través de las cuales penetra la luz crepuscular, no será más que recuerdo. Vuelvo la cabeza; ahora. La sombra de Leopoldo ha desaparecido. Ha de estar sentado, haciendo sus necesidades. («Veó una sombra sobre un vidrio. Veó» «Veó una sombra sobre un vidrio. Veó.»)

En el vidrio vacío no se ve más que el resplandor difuso de la luz eléctrica, encendida en el interior del cuarto de baño. Es uno de esos días terribles de enero, de luz cenicienta; no está nublado ni nada, pero la luz tiene un color ceniza, como si el sol se hubiese apagado hace mucho

tiempo y llegara al planeta el reflejo de una luz muerta. Mi sencillo vestido gris y mi pelo gris condensan esa luz húmeda y muerta, y están como nimbados por un resplandor pútrido; y como acabo de bañarme no he hecho más que condensar humedad sobre mi vieja piel blanca llena de vetas como de cuarzo. Tengo los brazos apoyados sobre la madera curva del sillón de Viena. Con el tiempo, si es que estoy viva, tomaré el color de la esterilla del sillón, me iré volviendo amarillenta y lustrosa, pulida por el tiempo. En eso fundo su sencillez. En que solamente pule y simplifica y preserva lo inalterable, reduciendo todo a simplicidad. Me dicen que destruye, pero yo no lo creo. Lo único que hace es simplificar. Lo que es frágil y pura carne que se vuelve polvo desaparece, pero lo que tiene un núcleo sólido de piedra o hueso, eso se vuelve suave y límpido con el tiempo y permanece. Ahora Susana debe estar bajando lentamente las escaleras de mármol

blanco de la casa del médico, agarrándose del pasamanos para cuidar su pierna dolorida; ahora acaba de llegar a la calle y se queda un momento parada en la vereda sin saber qué dirección tomar, porque sale muy poco y siempre se desorienta en el centro de la ciudad; está con su vestido azul, sus anteojos (siempre creen que Adelina Flores es ella, por los anteojos, y no yo) y sus zapatones negros de grueso taco bajo, que tienen cordones como los zapatos masculinos; mira como desconcertada en distintas direcciones, porque por un momento no sabe cuál tomar, mientras a la luz del crepúsculo pasa la gente apurada y vestida de verano por la vereda, y un estruendo de colectivos y automóviles por la calle. Ahora con un movimiento de cabeza y un gesto que no revela el menor sentido del humor, sacándose los dedos de los labios, donde los había puesto mecánicamente al adoptar una actitud pensativa, Susana recuerda en qué dirección se encuentra la esquina donde

debe tomar el colectivo y comienza a caminar con lentitud, decrepita y reumática, hacia ella. Hay como una fiebre que se ha apoderado de la ciudad, por encima de su cabeza —y ella no lo nota— en este terrible enero. Pero es una fiebre sorda, recóndita, subterránea, estacionaria, penetrante, como la luz de ceniza que envuelve desde el cielo la ciudad gris en un círculo mórbido de claridad condensada. («Veo una sombra sobre un vidrio. Veo.») Veo a Susana atravesar lentamente el aire pesado y gris dirigiéndose hacia la parada de ómnibus donde debe esperar el dieciséis para volver en él a casa. Eso si es que ya ha salido de lo del médico porque es probable que ni siquiera haya entrado todavía al consultorio y esté sentada leyendo una revista en la sala de espera. El techo de la sala de espera es alto; yo he estado ahí cientos de veces, muy alto, y el juego de sillones de madera con la mesita central para las revistas y el cenicero es demasiado frágil y chico en relación

con ese techo altísimo y la extensión de la sala de espera, que originariamente era en realidad el vestíbulo de la casa. («Algo que amé» «Veo una sombra sobre un vidrio. Veo» «algo que amé» «hecho sombra, proyectado» «hecho sombra y proyectado» «Veo una sombra sobre un vidrio. Veo» «algo que amé hecho sombra y proyectado»)

Puedo escuchar el crujido lento y uniforme del sillón de Viena. Sé pasarme las horas hamacándome con lentitud, la cabeza reclinada contra el respaldo, mirando fijamente un punto del vacío, sin verlo, en el interior de mi habitación, rodeada de libros polvorientos, oyendo crujir la vieja madera como si estuviera oyendo a mis propios huesos. Desde mi habitación he venido escuchando durante treinta años los ruidos de la casa y de la ciudad, como celajes de sonido acumulados en un horizonte blanco. Ahora escucho el ruido súbito de la cadena del inodoro y el del agua en un torrente rápido, lleno de tintineos como

metálicos; después el chorro que vuelve a llenar el tanque. La sombra de Leopoldo reaparece en los vidrios esmerilados de la puerta; se pone de perfil; ha de estar mirándose en el espejo. ¿Se afeitará? Veo cómo se pasa la mano por la cara. Ha mantenido la línea, durante tantos años, pero se ha llenado de endebles y fragilidad. Al hamacarme, yendo para adelante y viniendo para atrás, la sombra da primero la impresión de que avanzara, y después la de que retrocediera. Vino a casa por mí la primera vez, pero después se casó con Susana. Todo es terriblemente literario. («en el reflejo oscuro») Fue un alivio, después de todo. Pero los primeros dos años, antes de que se casaran y Leopoldo empezara a trabajar como agente de publicidad del diario de la ciudad —el primer agente de publicidad de la ciudad, creo, y en eso fue un verdadero precursor—, los primeros dos años nos divertimos como locos, sin descansar un solo día, yendo y viniendo de día y de noche

por la ciudad, en invierno y verano, hasta un día cuya víspera pasamos entera en la playa, en que Leopoldo vino a la noche a casa y le pidió al finado papá la mano de Susana después de la cena. Pero el día antes había sido una verdadera fiesta. Fue un viernes, me acuerdo perfectamente. Leopoldo pasó a buscarnos muy de mañana, cuando recién había amanecido; estaba todo de blanco, igual que nosotras, que llevábamos unos vestidos blancos y unos sombreros de playa blancos como estoy segura de que ni hasta hoy se ha atrevido a llevar nadie en esta bendita ciudad. Yo llevaba conmigo los versos de Alfonsina. [Va a afeitarse, sí. Ahora ha abierto el botiquín y mira su interior buscando los elementos («en el reflejo oscuro» «sobre la transparencia» «del deseo») Alza los brazos y comienza a sacar los elementos.] Ya era diciembre, pero hacía fresco de mañana. Yo misma manejaba el Studebaker de papá, y Susana iba sentada al lado mío. En el asiento de atrás iba

Leopoldo, al lado de la canasta de la merienda, tapada con un mantel blanco. El aire («sobre la transparencia del deseo» «como sobre un cristal esmerilado») fresco, limpio, resplandecía, penetrando por el hueco de las ventanillas bajas que vibraban con la marcha del automóvil. Yo podía ver por el retrovisor la cara de Leopoldo vuelta ligeramente hacia la ventanilla mirando pensativa el río. Nos fuimos a una playa desierta, lejos de la ciudad, por el lado de Colastiné. Había tres sauces inclinados hacia el río —la sombra parecía transparente— y arena amarilla. Nadamos toda la mañana y yo les leí poemas de Alfonsina: y cuando llegué a donde dice: «Una punta de cielo/rozará/la casa humana», me separé de ellos y me fui lejos, entre los árboles, para ponerme a llorar. Ellos no se dieron cuenta de nada. Después extendimos el mantel blanco y comimos charlando y riéndonos bajo los árboles. Habíamos preparado riñón —a Leopoldo le gustan mucho las achuras—

y yo no sé cuántas cosas más, y habíamos dejado toda la mañana una botella de vino blanco en el agua, justo debajo de los tres sauces, para que el agua la enfriara. Fue el mejor momento del día: estábamos muy tostados por el sol y Leopoldo era alto, fuerte, y se reía por cualquier cosa. Susana estaba extraordinariamente linda. Lo de reírnos y charlar nos gustó a todos, pero lo mejor fue que en un determinado momento ninguno de los tres habló más y todo quedó en silencio. Debemos haber estado así más de diez minutos. Si presto atención, si escucho, si trato de escuchar sin ningún miedo de que la claridad del recuerdo me haga daño, puedo oír con qué nitidez los cubiertos chocaban contra la porcelana de los platos, el ruido de nuestra densa respiración resonando en un aire tan quieto que parecía depositado en un planeta muerto, el sonido lento y opaco del agua viniendo a morir a la playa amarilla. En un momento dado me pareció que podía oír cómo crecía el pasto a

nuestro alrededor. Y enseguida, en medio del silencio, empezó lo de las miradas. Estuvimos mirándonos unos a otros como cinco minutos, serios, francos, tranquilos. No hacíamos más que eso: nos mirábamos, Susana a mí, yo a Leopoldo, Leopoldo a mí y a Susana, terriblemente serenos, y después no me importó nada que a eso de las cinco, cuando volvía sin hacer ruido después de haber hecho sola una expedición a la isla —y volvía sin hacer ruido para sorprenderlos y hacerlos reír, porque creía que jugaban todavía a la escoba de quince—, los viese abrazados desde la maleza y oyese la voz de Susana que hablaba entre jadeos diciendo: «Sí. Sí. Sí. Sí. Pero ella puede venir. Puede venir. Ella puede venir. Sí. Sí. Pero puede venir». Los vi, claramente: él estaba echado sobre ella y tenía el traje de baño más abajo de las rodillas. La parte de su cuerpo que yo no había visto nunca era blanca, lechosa, y a mí se me ocurrió lisa y la idea de tocarla alguna vez me

revolvió el estómago. En ese momento se oyó un crujido en la maleza y Leopoldo se paró de un salto, dejando ver enteramente a Susana que había dejado correr los breteles de su traje de baño y había sacado los brazos por entre ellos de modo tal que el traje de baño había bajado hasta el vientre. Yo conocía ya esas partes del cuerpo de Susana que no estaban tostadas, las había visto muchas veces. Pero cuando Leopoldo saltó, dificultosamente, con el traje de baño más abajo de la rodilla, se volvió en la dirección en que yo estaba, por pudor, ya que el ruido se había oído en dirección contraria al lugar donde yo estaba. Vi *eso*, enorme, sacudiéndose pesadamente, desde un matorral de pelo oscuro; lo he visto otras veces en caballos, pero no balanceándose en dirección a mí. Fue un segundo, porque Leopoldo se subió enseguida el traje de baño y se sentó rápidamente frente a Susana —y no pude ver en qué momento Susana se alzó el traje de baño, se acomodó el

pelo y recogió los naipes, pero ya lo estaba esperando cuando él se sentó manoteando apresuradamente dos o tres cartas del suelo. Me quedé inmóvil más de quince minutos, hasta que los vi tranquilos, y yo misma me sentí así. Después nos bañamos desde el crepúsculo hasta que anocheció —me parece oír todavía el chapoteo de nuestros cuerpos húmedos que relumbraban en la oscuridad azul— y al otro día Leopoldo le pidió al pobre papá la mano de Susana.

En este momento puedo ver cómo Leopoldo, imprimiendo un movimiento circular a su mano, se llena la cara de espuma con la brocha. Lo hace rápidamente; ahora baja el brazo y la sombra de su cara, sobre el vidrio esmerilado que refleja también la luz confusa del interior del cuarto de baño, se ha transformado: la sombra de la espuma que le cubre las mejillas parece la sombra de una barba, un matorral de pelo oscuro. Alza el brazo otra vez y con la punta de la brocha se golpea el

mentón, varias veces y suavemente, como si se hubiese quedado pensativo; pero eso no puede verse. Deja la brocha y después de un momento alza otra vez las dos manos, en una de las cuales tiene la navaja, y comienza a rasurarse lentamente, con cuidado. Lentamente, con cuidado, Susana ha de estar bajando ya las escaleras blancas de la casa del médico, en dirección a la calle. Va a pararse un momento en la vereda, para orientarse, porque no va casi nunca al centro. La sombra de Leopoldo se proyecta ahora mostrando cómo se rasura, lentamente, con cuidado, con la navaja; ahora cambia la navaja de mano y se pasa el dorso de la mano libre por la mejilla, a contrapelo, para comprobar la eficacia de la rasurada. Sé qué va a hacer cuando termine de afeitarse y de bañarse: va a llevar la perezosa al patio, entre las macetas llenas de begonias, de helechos, de amarantos y de culandrillos, y va a sentarse en la perezosa en medio del patio; va a estar un rato ahí, fumando en

la oscuridad; va a decir: «¿Quedan espirales, Susana, querida?» y después va a ponerse a tararear por lo bajo. Todos los anochececeres de setiembre a marzo hace exactamente eso. Después de un momento va a servirse el primer vermut con amargo y yo podré saber cuándo va a llenar nuevamente su vaso porque el tintineo del hielo contra las paredes del vaso semivacío me hará saber que ya lo está acabando. Va a («En confusión, súbitamente, apenas»). Siento crujir los huesos del sillón de Viena. Apenas se haya afeitado y se haya bañado lo va a hacer: va a llevar la perezosa al centro del patio de mosaicos, la perezosa de lona anaranjada, después de ponerse su pijama recién lavado y planchado, y va a fumar un cigarrillo antes de («vi que estallaba» «vi» «vi el estallar de un cuerpo y de una» «y de su» «la explosión» «vi la explosión de un cuerpo y de su sombra» «En confusión, súbitamente, apenas», «vi la explosión de un cuerpo y de su

sombra») La brasa del cigarrillo, un punto rojo, va a parecer un ojo único, insomne y sin parpadeos, avivándose a cada chupada. Y cuando escuche el tintineo del hielo contra las paredes frías del vaso, voy a saber que ha tomado su primer vermut con amargo y que va a servirse el segundo.

El tiempo de cada uno es un hilo delgado, transparente, como los de coser, al que la mano de Dios le hace un nudo de cuando en cuando y en el que la fluencia parece detenerse nada más que porque la vertiente pierde linealidad. O como una línea recta marcada a lápiz con una cruz atravesándola de trecho en trecho, que se alarga ilusoriamente ante los ojos del que mira porque su visión divide la línea en los fragmentos comprendidos entre cruz y cruz. Lo de la cruz está bien, porque cruz significa muerte. Papá y mamá murieron en el cuarenta y ocho, con seis meses de diferencia uno del otro. El peronismo se llevó a papá: fue algo que no pudo soportar. Y mamá

terminó seis meses después que él, porque siempre lo había seguido. «Después del primer año de casados —me dijo mamá en su lecho de muerte— nunca tuvo la menor consideración conmigo. Pero, ¿qué puedo hacer sin él?» Yo estaba con un traje sastre gris, me acuerdo perfectamente; mamá se incorporó y me agarró de las solapas, y me atrajo hacia ella; tenía los ojos extraordinariamente abiertos y la cara apergaminada y llena de arrugas, y eso que no era demasiado vieja. Nunca la había visto así. Y no era que le tuviese miedo a la muerte. Nunca se lo había tenido. Comenzó a hacer un esfuerzo terrible, jadeando, pestañeando, estirando los labios gastados y lisos que se le llenaban de saliva o de baba —no sé qué era— y me di cuenta de que quería decirme algo. No lo consiguió. Murió aferrada a las solapas de mi traje gris y —(«ahora el silencio teje cantilenas») Durante todos estos años no hago más que reflexionar sobre lo que mamá trató de decirme.

Tuve que hacer un esfuerzo terrible para arrancar de mis solapas sus manos aferradas; y estaban tan tensas y blancas que yo podía notar la blancura feroz de los huesos y de los cartílagos. Cuando doce años después me cortaron el pecho, yo soñé que arrancaba de mis solapas las manos de mamá («más largas» «ahora el silencio teje cantilenas», «más largas») y que una de sus manos se llevaba mi pecho. Pero no se lo llevaba para hacerme mal, sino para protegerme de algo. Ese sueño vuelve casi todas las noches, como si una aguja formara con mi vida, de un modo mecánico y regular, un tejido con un único punto. Sé que esta noche va a volver. Voy a despertarme jadeando y sollozando apagadamente en mi cama solitaria, rodeada de libros polvorientos, cerca de la madrugada, pero después voy a respirar con alivio. Cada uno conoce secretamente el significado de sus propios sueños, y sé que si mamá quiere llevarse mi pecho a la tumba, hay algo bienintencionado en ella,

aunque su acto pueda parecer malo —y capaz que lo sea. No podemos juzgar nuestros actos más que en relación con lo que hemos esperado de la vida y lo que ella nos ha dado. A mamá y a mí nos dio también esa mañana —ese nudo, esa cruz— en la que papá se sentó muy temprano a desayunar con nosotros. Fue al día siguiente de haberse afiliado al partido peronista. («Ahora el silencio teje cantilenas» «más largas») Papá estaba sentado en la cabecera y no le dirigíamos la palabra porque nos dábamos cuenta de que estaba muy nervioso («que duran más.») No nos hablaba cuando estaba irritado. Siempre me había llamado la atención la piel de su cara por lo blanca que la tenía y cómo sin embargo, en la parte alta de las mejillas, cerca de los pómulos, se le habían ido formando unas redes tenues, complicadas, de venillas rojas. Papá tomó su segunda taza de café y después se recostó sobre el respaldar de la silla y empezó a roncar. Eran unos ronquidos silbantes, secos, recónditos y

cavernosos («que duran más que el cuerpo» «y que la sombra» «que duran más que el cuerpo y que la sombra»). Primero vi la mosca recorriendo la red de venillas rojas sobre la mejilla derecha, como una señal negra desplazándose por una red ferroviaria dibujada en líneas rojas en un mapa proyectado en una pared transparente. Pero no empecé a murmurar «Mamá. Mamá» —sin desviar ni un momento la mirada del rostro de papá— hasta que no vi cómo la mosca comenzaba a bajar, con la misma facilidad con que podría haberlo hecho sobre una piedra, desde el pómulo hasta la comisura de los labios, y después entraba en la boca. No parecía haber entrado en la boca de papá, haber estado recorriendo el cuerpo de papá, sino nada más que una reproducción en piedra de él, porque ya ni siquiera roncaba.

Ahora Leopoldo vuelve a cambiar la navaja de mano y sigue rasurándose. Cuando se inclina hacia el espejo para verse mejor el perfil de su sombra

desaparece, cortado rectamente por el marco de madera de la puerta, y sobre el vidrio se ve el reflejo difuso —como unas escaras de luz dispuestas de un modo concéntrico, puntillista— de la luz eléctrica. Me balanceo suavemente en el sillón de Viena. Doy vuelta la cabeza y veo cómo la luz gris penetra en la habitación a través de las cortinas verdes, empalideciendo todavía más. Los sillones vacíos saben estar ocupados a veces —pero eso no es más que recuerdo. Con levantarme y llegar al patio y alzar la cabeza, podría ver un fragmento de cielo, vaciándose en el hueco que dejan las paredes de musgo, agrisadas. Saliendo a la puerta miraría la calle vacía, sin árboles, llena de casas de una planta, enfrentándose en dos hileras rectas y regulares a través de la vereda de baldosas grises y de la calle empedrada. De noche, en las proximidades de la luz de la esquina se ve relucir opacamente el empedrado. Los insectos revolotean alrededor de la luz, ciegos y

torpes, chocan contra la pantalla metálica con un estallido, y después se arrastran por el adoquín con las alas rotas. Puede vérselos de mañana aplastados contra las piedras grises por las ruedas de los automóviles. De noche sé escuchar su murmullo. Y cuando había árboles en la cuadra, a esta hora empezaba el estridor monótono de las cigarras. Comenzaban separadamente, la primera muy temprano, a eso de las cinco, y enseguida empezaba a oírse otra, y después otra y otra, como si hubiese habido un millón cantando al unísono. Yo no lo podía soportar. El haber cedido y venirme a vivir con ellos ya me resultaba insoportable. Tenía miedo, siempre, de abrir una puerta, cualquiera, la del cuarto de baño, la del dormitorio, la de la cocina, y verlo aparecer a él con *eso* a la vista, balanceándose pesadamente, apuntando hacia mí desde un matorral de pelo oscuro. Nunca he podido mirarlo de la cintura para abajo, desde aquella vez. Pero lo de las cigarras

ya era verdaderamente terrible. Así que me vestía y salía sola, al anochecer; a ellos les decía que me faltaba el aire. Primero recorría el parque del Sur, con su lago inmóvil, de aguas pútridas, sobre el que se reflejaban las luces sucias del parque; atravesaba los caminos irregulares, y después me dirigía hacia el centro por San Martín, penetrando cada vez más la zona iluminada; de allí iba a dar una vuelta por la estación de ómnibus y después recorría el parque de juegos que se extendía frente a ella antes de que construyeran el edificio del Correo; iba hasta el palomar, un cilindro de tejido de alambre, con su cúpula roja terminada en punta, y escuchaba durante un largo rato el aleteo tenso de las palomas. Nunca me atreví a caminar sola por la avenida del puerto para cortar camino y llegar a pie al puente colgante. Al puente llegaba en ómnibus o en tranvía. Me bajaba de la parada del tranvía y caminaba las dos cuadras cortas hacia el puente, percibiendo contra mi cuerpo y

contra mi cara la brisa fría del río. Me gustaba mirar el agua, que a veces pasa rápida, turbulenta y oscura, pero emite un relente frío y un olor salvaje, inolvidable, y es siempre mejor que un millón de cigarras ocultas entre los árboles y — («Ah») Volvía después de las once, con los pies deshechos; y mientras me aproximaba a mi casa, caminando lentamente, haciendo sonar mis tacos en las veredas, prestaba atención tratando de escuchar si se oía algún rumor proveniente de aquellos árboles porque («Ah si un cuerpo nos diese» «Ah si un cuerpo nos diese» «aunque no dure» «una señal» «cualquier señal» «de sentido» «oscuro» «oscura» «Ah si un cuerpo nos diese aunque no dure» «una señal» «cualquier señal oscura» «Ah si un cuerpo nos diese aunque no dure» «cualquier señal oscura de sentido» «Veo una sombra sobre un vidrio. Veo» «algo que amé hecho sombra y proyectado» «sobre la transparencia del deseo» «como sobre un cristal

esmerilado» «En confusión, súbitamente, apenas», «vi la explosión de un cuerpo y de su sombra» «Ahora el silencio teje cantilenas» «que duran más que el cuerpo y que la sombra» «Ah si un cuerpo nos diese, aunque no dure» «cualquier señal oscura de sentido») Si podían oírse, entonces me volvía y caminaba sin ninguna dirección, cuabras y cuabras, hasta la madrugada. Porque estar sentada en el patio, o echada en la cama entre los libros polvorientos, oyendo el estridor unánime de ese millón de cigarras, era algo insoportable, que me llenaba de terror.

Ahora la sombra sobre el vidrio esmerilado me dice que Leopoldo ha terminado de afeitarse, porque ya no tiene la navaja en las manos y se pasa el dorso de las manos suavemente por las mejillas («como un olor» «salvaje» «como un olor salvaje») Había migas, restos de comida, manchas de vino tinto sobre el mantel cuadriculado rojo y blanco. Era un salón largo, y el sonido polítono de

las voces se filtraba por mis tímpanos adormecidos, atentos únicamente a las fluctuaciones hondas de mí misma, parecidas a voces. Me he estado oyendo a mí misma durante años sin saber exactamente qué decía, sin saber siquiera si eso era exactamente una voz. No se ha tratado más que de un rumor constante, sordo, monótono, resonando apagadamente por debajo de las voces audibles y comprensibles que no son más que recuerdo («que perdure»), sombras. Él me daba frecuentemente la espalda, mientras hablaba a los gritos con el resto de los invitados. Parecía reinar sobre el mundo. Yo lo hubiese llevado conmigo esa noche, me habría desvestido delante de él y agarrándolo del pelo le hubiese inclinado la cabeza y lo hubiese obligado a mirar fijamente la cicatriz, la gran cicatriz blanca y llena de ramificaciones, la marca de los viejos suplicios que fueron carcomiendo lentamente mi seno, para que él supiese. Porque así como cuando lloramos

hacemos de nuestro dolor que no es físico, algo físico, y lo convertimos en pasado cuando dejamos de llorar, del mismo modo nuestras cicatrices nos tienen continuamente al tanto de lo que hemos sufrido. Pero no como recuerdo, sino más bien como signo. Y él no paraba de hablar. «¿De veras, Adelina? ¿No le parece, Adelina? ¿Que cómo me siento? ¡Cómo quiere que me sienta! Harto de todo el mundo, lógicamente. No, por supuesto, Dios no existe. Si Dios existiera, la vida no sería más que una broma pesada, como dice siempre Horacio Barco. Somos dos generaciones diferentes, Adelina. Pero yo la respeto a usted. Me importa un rábano lo que digan los demás y sé que a la generación del cuarenta más vale perderla que encontrarla, pero hay un par de poemas suyos que funcionan a las mil maravillas. Dirán que los dioses los han escrito por usted, y todo eso, sabe, pero a mí me importa un rábano. Hágame caso, Adelina: fornique más, aunque en eso vaya contra

las normas de toda una generación.» Era una noche de pleno («contra las diligencias»). Era una noche de pleno invierno. Los ventanales del restaurant estaban empañados por el vaho de la helada. Y cuando nos separamos en la calle la niebla envolvía la ciudad; parecía vapor, y a la luz de los focos de las esquinas parecía un polvo blanco y húmedo, una miríada de partículas blancas girando en lenta rotación. Apenas nos separábamos unos metros los contornos de nuestras figuras se desvanecían, carcomidos por esa niebla helada. Me acompañaron hasta la parada de taxis y Tomatis se inclinó hacia mí antes de cerrar de un golpe la portezuela: «La casualidad no existe, Adelina», me dijo. «Usted es la única artífice de sus sonetos y de sus mutilaciones.» Después se perdió en la niebla, como si no hubiese existido nunca. Lo que desaparece de este mundo, ya no falta. Puede faltar dentro de él, pero no estando ya fuera. Existen los sonetos, pero no las

mutilaciones: hay únicamente corredores vacíos, que no se han recorrido nunca, con una puerta de acceso que el viento sacude con lentitud y hace golpear suavemente contra la madera dura del marco; o desiertos interminables y amarillos como la superficie del sol, que los ojos no pueden tolerar; o la hojarasca del último otoño pudriéndose de un modo inaudible bajo una gruta de helechos fríos, o papeles, o el tintineo mortal del hielo golpeando contra las paredes de un vaso con un resto aguado de amargo y vermut; pero no las mutilaciones. Las cicatrices sí, pero no las mutilaciones. El taxi atravesaba la niebla, reluciente y húmedo, y en su interior cálido el chofer y yo parecíamos los únicos cuerpos vivos entre las sólidas estructuras de piedra que la niebla apenas si dejaba entrever. («las formaciones» «contra las diligencias» «contra las formaciones») Afuera no había más que niebla; pero yo vi tantas cosas en ella, que ahora no puedo

recordar más que unas pocas: unos sauces inclinados sobre el agua, proyectando una sombra transparente; unas manos aferradas —los huesos y los cartílagos blanquísimos— a las solapas de mi traje sastre; una mosca entrando a una boca abierta y dura, como de mármol; algunas palabras leídas mil veces, sin acabar nunca de entenderlas; un millón de cigarras cantando monótonamente y al unísono («del olvido»), en el interior de mi cráneo; una cosa horrible, llena de venas y nervios, apuntando hacia mí, balanceándose pesadamente desde un matorral de pelo oscuro; una imagen borrosa, impresa en papel de diario, hecha mil pedazos y arrojada al viento por una mano enloquecida. Todo eso era visible en las paredes mojadas por la niebla, mientras el taxi atravesaba la ciudad. Y era lo único visible.

En este momento («Y que por ese olor») En este momento Susana debe estar bajando lentamente, con cuidado, las escaleras de mármol

blanco de la casa del médico. Puedo verla en la calle («y que por ese olor reconozcamos»), en el crepúsculo gris, parada en medio de la vereda, tratando de orientarse («el solar en el que» «dónde debemos edificar» «el lugar donde levantemos» «cuál debe ser el sitio»). Está con su vestido azul, que tiene costuras blancas, semejantes a hilvanes, alrededor de los grandes bolsillos cuadrados y en los bordes de las solapas. Sus ojos marrones, achicados por las formaciones adiposas de la cara, como dos pasas de uvas incrustadas en una bola de masa cruda, se mueven inquietos y perplejos detrás de los anteojos. Está tratando de saber dónde queda exactamente la parada de colectivos. Leopoldo pasa ahora a la bañadera. Lo hace de un modo dificultoso, ya que advierto que su sombra se bambolea y se mueve con lentitud. Trata de no resbalar («de la casa humana») Ahora Susana descubre por fin cuál es la dirección conveniente y comienza a caminar con dificultad, debido a sus

dolores reumáticos. Aparece envuelta en la luz del atardecer: la misma luz gris que penetra ahora a través de las cortinas verdes y se condensa en mi batón gris y a mi alrededor, como una masa tenue que resplandece opaca y se adelanta y retrocede rígidamente adherida a mí mientras me hamaco en el sillón de Viena. Atraviesa las calles de la ciudad, pesada y compacta. Puedo escuchar el rumor inaudible de su desplazamiento. Las calles están llenas de gente, de coches y de colectivos. El rumor de la ciudad se mezcla, se unifica y después se eleva hacia el cielo gris, disipándose. («el lugar de la casa humana» «cuál es el lugar de la casa humana» «cuál es el sitio de la casa humana») Ahora la escalera en la casa del médico está vacía. La vereda delante de la casa del médico está vacía. Susana extiende el brazo delante del colectivo número dieciséis, que se detiene con el motor en marcha. Susana sube dificultosamente. Alguien la ayuda. Susana siente («como

reconocemos por los») en la cara el calor que asciende desde el motor del colectivo. Se tambalea cuando el colectivo arranca. Le ceden el asiento y ella se sienta con dificultad, agarrándose del pasamanos, sacudiéndose a cada sacudida del colectivo, tambaleándose, resoplando, murmurando distraídamente «Gracias», sin saber exactamente a quién («por los ramos») Estaba verdaderamente («por los ramos» «de luz solar») hermosa esa tarde, alrededor de las cinco, cuando Leopoldo se levantó de un salto, volviéndose hacia mí con el traje de baño a la altura de las rodillas —la cosa, balanceándose pesadamente, apuntando hacia mí—, dejando ver al saltar las partes de Susana que no se habían tostado al sol. No era la blancura lisa y morbosa de Leopoldo, sino una blancura que deslumbraba. Pero no piensa en eso. No piensa en eso. No piensa en nada. Mira la ciudad gris —un gris ceniciento, pútrido— que se desplaza hacia atrás mientras el colectivo

avanza hacia aquí. Leopoldo abre la ducha y comienza a enjabonarse. Todos sus movimientos son lentos, como si estuviera tratando de aprenderlos («de luz solar la piel de la mañana») Como si estuviera tratando de aprenderlos y grabárselos. Se refriega con duros movimientos el pecho, los brazos, el vientre, y ahora sus dos manos se encuentran debajo del vientre y comienzan a refregar con minucia; eso es lo que me dice su sombra reflejándose sobre los vidrios esmerilados de la puerta del cuarto de baño. Mis huesos crujen como la madera del sillón, pulida y gastada por el tiempo, mientras me inclino hacia adelante y vuelvo hacia atrás, hamacándome lentamente, rodeada por la luz gris del atardecer que se condensa alrededor de mi cabeza como el resplandor de una llama ya muerta («Y que por ese olor reconozcamos» «cuál es el sitio de la casa humana» «como reconocemos por los ramos» «de luz solar la piel de la mañana»).

Envío

Sé que lo que mamá quiso decirme antes de morir era que odiaba la vida. Odiamos la vida porque no puede vivirse. Y queremos vivir porque sabemos que vamos a morir. Pero lo que tiene un núcleo sólido —piedra, o hueso, algo compacto y tejido apretadamente, que pueda pulirse y modificarse con un ritmo diferente al ritmo de lo que pertenece a la muerte— no puede morir. La voz que escuchamos sonar desde dentro es incomprensible, pero es la única voz, y no hay más que eso, excepción hecha de las caras vagamente conocidas, y de los soles y de los planetas. Me parece muy justo que mamá odiara la vida. Pero pienso que si quiso decírmelo antes de morirse no estaba tratando de hacerme una advertencia sino de pedirme una refutación.

Paramnesia

A Jorge Conti

No se ve cosa en el sol que no sea real.

(FRANCISCO DE QUEVEDO)

Más despacio todavía que en el crepúsculo del día anterior, el humo de la hoguera que acababa de encender ascendía disgregándose con compleja morosidad en el amanecer lento y sin viento, y el capitán olía el humo y el olor del fuego pero no las ráfagas de muerte que llegaban desde el patio cuadrado del real, así como escuchaba el rumor de la leña chisporroteante y no las voces, lamentos y maldiciones de los dos moribundos. Pero el crepúsculo del día anterior ya era un resplandor muerto, nítido y fantástico; su rígida imagen errabundeaba, entrando y saliendo, en la oscuridad

de la mente del capitán, que permanecía aferrado a la proximidad material del fuego, tan inestable y cambiante que incluso cuando las locas llamas se reflejaban sobre el rostro y el cuerpo inmóvil del capitán acuellado junto a ellas, mirándolas fijo, algo en la atmósfera indicaba que antes de que la luz del sol estuviese un poco alta las llamas habrían ya decrecido en forma completa y el fuego ya se habría apagado. Había hecho tanto calor que el capitán ya no lo sentía; de otro modo no habría desaprovechado la débil y algo irritante frescura del amanecer sentándose al lado del fuego. Aun cuando apenas si había dormido y no cabía por lo tanto transición entre un día y otro, podía percibir con claridad los cambios graduales de instante en instante y ver cómo todo se modificaba y desaparecía con que apenas algo hubiese cambiado. Bastaba un mínimo detalle, algo que otro no hubiese percibido. Y cuando recorría ese extraño desierto lleno de cadáveres, cuando venía

desde la playa amarilla al grupo de semiderruidas construcciones de adobe y troncos bastos denominado el real o el fuerte (cuando de veras daba a simple vista una sensación tan grande de fragilidad) el capitán sentía que no había esfuerzo que estuviera a su alcance, por mucho que intentara ponerlo en práctica, para impedir el cambio: alguien moría de pronto —no quedaban más que dos, aparte de él—, la gangrena avanzaba y volvía negro un brazo que la tarde anterior había sido encarnado, caían lluvias que cambiaban el color de la arena y el de los árboles, el sol aparecía, llameaba cada vez más intenso hacia el mediodía, comenzaba a decrecer y al anochecer se borraba por fin del todo. El capitán estaba inmóvil, en cuclillas, mirando el fuego: sus enormes ojos negros brillaban, reflejando las llamas, y eran lo único discernible y nítido en medio de esa cabeza cubierta de barba negra y enmarañado pelo negro y una dura costra de barro

seco adherida a la piel desde días atrás.

Había hojarasca en el suelo, en las inmediaciones del semicírculo de árboles que rodeaban el amplio claro cercano a la costa en cuyo centro se había levantado el real, pero no se trataba en este caso de la espontánea hojarasca natural de abril y mayo, dorada, sino de un polvoriento colchón de hojas grises y reseca calcinadas por los grandes calores de pleno febrero. Cuando iba hacia los árboles para contemplar desde la sombra cómo caía el sol a pique sobre las toscas construcciones de techo redondo, rodeadas por la empalizada de troncos, podía sentir los crujidos y los estallidos de las hojas quebrándose bajo el peso de sus borceguíes. En el amanecer los árboles se ennegrecían y las hojas aparecían rodeadas por un nimbo luminoso, debido al efecto de contraluz. El capitán no lo veía; estaba fuera de la empalizada, cerca de la puerta, dando la espalda al fuerte y acuclillado por

lo tanto en dirección al río, del que lo separaban la gran hoguera y un largo tramo de playa arenosa. Ahora el capitán creía recordar que al presionar sobre ellas con los borceguíes —con lo que quedaba de los borceguíes— las hojas crujían y estallaban. «Uno puede levantarse y caminar hacia allí», pensaba. «Puede caminar sobre las hojas y hacerlas crujir.» No podía sacarse esa idea de la cabeza. «Y puede», pensaba, «levantarse y caminar, y ver desde allí, a la sombra, todo el fuerte. Cuando salga el sol voy hacia allí y miro en esta dirección para ver el real entero y la parte de playa que lo separa del río». Estuvo cerca de una hora inmóvil, pensando. Desde fuera daba la impresión de que ni respiraba; de vez en cuando, con intermitencia irregular, sus enormes ojos negros se abrían un poco más, fruncía trabajoso el entrecejo, y emitía unos suspiros profundos, prolongados, como respuestas respiratorias a las pálidas manchas fosforescentes que se encendían y

se apagaban en el interior de su mente; tenía los codos apoyados en los muslos y se sostenía la cara con las manos, mirando el fuego; y al incorporarse al fin pensó que aunque no había dormido se había descuidado otra vez y ya el sol estaba muy alto, y de las llamas que había oído chisporrotear no quedaba más que una capa de ceniza que alcanzaba y sobraba para ocultar un diminuto rescoldo final. Cuando estuvo de pie notó que proyectaba una sombra larga, y que había estado sentado a la sombra de la empalizada, interferida de un modo regular por los rectos listones de luz que se colaban entre tronco y tronco. «Cuando me vuelva, mi sombra vendrá detrás», pensó el capitán. El quejido de uno de los moribundos llegó hasta él, brusco; en el débil sonido de la voz reconoció el timbre peculiar del fraile. El capitán entró en el fuerte y se detuvo, y su sombra detrás se detuvo: el fraile se hallaba a medio incorporarse, en el centro del patio cuadrado, rodeado de cadáveres, y

estaba siendo contemplado por el soldado de barba roja que permanecía sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el mojinete de una de las construcciones de adobe y que tenía las manos flojas depositadas sobre las rodillas. El capitán sacudió la cabeza y avanzó hacia el fraile, que hacía muecas y estaba tratando de erguirse; cerraba los ojos y volvía a abrirlos, como si le costara respirar. El capitán se acuclilló junto a él, sonriendo, contemplándolo.

—Tráeme agua, por el amor de Dios —dijo el fraile.

—No —dijo el capitán.

—Por el amor de Dios —dijo el fraile, con voz débil.

—Muérete —dijo el capitán—. Muérete, rufián.

Se paró otra vez y se dirigió hacia el soldado pelirrojo, que lo contemplaba desde la distancia.

—Y tú también —le gritó.

El soldado pareció no escucharlo. El capitán se inclinó hacia él; sus pasos chasqueaban y resonaban sobre la tierra endurecida por el ir y venir de meses de los pasos de los que habían muerto. El capitán les prestó a sus propios pasos una cuidadosa atención y aminoró la marcha, para oírlos mejor; por un momento hasta se distrajo y se olvidó de la pregunta que acababa de formular dentro suyo y que pensaba dirigir al soldado. Cuando llegó a su lado se inclinó hacia él y vaciló. Después volvió a sonreír, lleno de falsa jovialidad.

—¿De dónde eres? —dijo.

—Se lo he dicho mil veces, capitán —dijo el soldado—. De Segovia.

—Mientes —dijo el capitán.

—Está endemoniado —dijo el soldado—. Está endemoniado o es usted el mismo diablo.

—Háblame de Segovia —dijo el capitán.

—Es usted el diablo mismo, capitán —dijo el

soldado.

—Háblame de Madrid —dijo el capitán.

El soldado permaneció callado, mirando en dirección al fraile. Su barba roja y su pelo rojo estaban sucios y opacos, y tenía la piel llena de pecas y unas ojeras azuladas. Los ojos del capitán destellaron, sobre su barba enmarañada llena de salpicaduras de barro reseco. «Ahora me levantaré, saldré del fuerte y caminaré hacia los árboles», pensó.

—Muérete —murmuró, como para sí mismo.

Se irguió. El sol le daba de lleno en la cara. El cuerpo del capitán era breve y compacto y el hambre lo había reducido y como reseco pero no debilitado. Se paraba siempre con los brazos encogidos, como si a cada momento estuviera por apoyar las manos en las caderas; el sol lo obligó a dar unos parpadeos continuos y rápidos, que llenaron su expresión de un aire de perplejidad. Evocó el fuerte tal como se lo veía desde los

árboles, como lo habrían visto los indios diez días antes al vigilar desde el monte esperando el momento de saltar sobre ellos y sacrificarlos como a tigres: la empalizada de troncos terminados en punta por encima de los cuales sobresalían los techos redondos de paja y más arriba todavía las copas de los árboles del lado opuesto del monte, que rodeaba en semicírculo la construcción; y a la derecha la suave pendiente de la playa arenosa declinando hacia el río. El capitán sacudió la cabeza, como despertando de una especie de sueño. Se dirigió otra vez al soldado.

—¿Conoces al rey? —dijo.

—El diablo vendrá y lo llevará, capitán —dijo el soldado. Hablaba con voz débil, sin siquiera mirarlo. En rigor de verdad, no miraba nada, y si daba la impresión de estar mirando al fraile era porque por la posición de la cabeza, apoyada con una rigidez morbosa en la pared de la construcción, sus ojos enfocaban justo esa

dirección; pero la tiesa indiferencia con que parecía seguir los movimientos del fraile en sus débiles y como retardados intentos de incorporarse no hubiese sido mayor si hubiesen estado en planetas diferentes; el fraile estaba tan flaco que parecía una mancha oscura sobre el piso de tierra, la mancha de una materia viscosa refractaria a la absorción y capaz de unos mórbidos desplazamientos.

—Y los indios harán contigo una olla podrida —dijo el capitán, riéndose—. ¿Quieres agua?

—No, capitán —dijo el soldado—. Dele usted al padre, que le ha pedido. Dele usted agua al padre y le contaré del rey.

El capitán escrutó su rostro.

—Cuéntame primero —dijo.

—No —dijo el soldado.

Ahora el capitán no miraba al soldado de barba roja echado en el suelo, porque estaba de pie y tenía la cabeza erguida y no podía por lo

tanto verlo, pero no mostraba tampoco el más mínimo interés en hacerlo: su mirada parecía rebotar contra la pared socarrada de un rancho a medio quemar cuyo techo de paja aparecía negro por el fuego y el humo y hundido y agujereado en el centro. El capitán parecía conocer de antemano las respuestas del soldado y daba la impresión de que formulaba las preguntas por el placer de oír las contestaciones una y otra vez.

—No —dijo—. Primero me cuentas.

El soldado pelirrojo se quedó callado; tenía alrededor de cincuenta años, pero las pecas y esa piel blancuzca sobre la que el fuego de la luz solar rebotaba le daban un aspecto de vacío infantilismo; a primera vista se notaba sin embargo que el capitán podía haber sido su hijo. El capitán esperó. El sol le daba ahora de lleno en la cara y la débil frescura del amanecer se había esfumado o diluido en el calor creciente de la mañana, a medida que el sol subía en un cielo de un azul

desteñido, sin una sola nube ni rastro de celaje en todo el horizonte visible; pero el aire no estaba seco, sino más bien pringoso y húmedo. En una hora más el sudor comenzaría a dejar unas estelas oscuras en las costras de barro seco adheridas a la cara del capitán. El capitán no hizo ningún gesto o lo hizo tan imperceptible que detrás de su barba enortijada y sucia ni se notó. El barbirrojo siguió callado. Por fin el capitán echó una mirada a su alrededor, descubrió en el suelo, en dirección al fraile, un jarro todo abollado, fue hacia él y lo recogió. Pasó cerca del fraile sin siquiera mirarlo y salió del fuerte; su sombra lo precedía, deslizándose larga y rígida sobre el terreno arenoso. Los rotos borceguíes del capitán se hundían en la arena obligándolo a dar largos y enérgicos pasos. «Ahora estoy yendo en dirección al río», pensó. No lo pensaba con nada parecido a palabras: lo asaltaba de golpe la sensación de estar yendo, nítida, la sensación de estar en un

determinado momento adelantando una pierna y después otra, la sensación de estar hundiéndose con alternación en la arena uno y otro pie, enfundados en los borceguíes deshechos. Se paró y se volvió, mirando las huellas profundas que iba dejando impresas en la arena; todo el espacio arenoso estaba lleno de esas huellas, impresas en todas direcciones, y entrecruzadas en un diagrama intrincado. Parecían pequeños cráteres abiertos en una superficie lunar. El capitán siguió caminando y llegó al río; a no ser por el casi imperceptible movimiento de la orilla, que dejaba entrever al retirarse una estrecha franja de arena húmeda y apretada, se hubiese dicho que el agua estaba inmóvil, sin correr en ninguna dirección, o que más bien no era agua; si la luz del sol no hubiese destellado con tanta intensidad en la superficie podía haberse confundido con una extensión lisa de tierra parda. El capitán se inclinó hacia el agua opaca y llenó el jarro, sin ni siquiera enjuagarlo.

No se detuvo para hacerlo: se agachó al girar y de pasada nomás hundió el jarro abollado en el agua y lo sacó lleno siguiendo después en dirección al fuerte; el agua que se derramó al alzar el capitán otra vez el jarro destelló durante una fracción de segundo y cayó otra vez al río produciendo un sonido claro y violento. «Ahora estoy yendo otra vez al fuerte», pensó el capitán, seguido por su sombra. Cuando pisaba con demasiada fuerza su pie se hundía en la arena y eso lo hacía oscilar y trastabillar y entonces el agua saltaba del jarro demasiado lleno y las gotas que caían al suelo, absorbidas en el acto, dejaban unas manchas circulares sobre la arena. El capitán entró otra vez al fuerte y se agachó junto al fraile.

—Toma —le dijo, extendiéndole el jarro—. Toma y muérete.

—Déselo usted, capitán —gritó el soldado—. Déselo, que el padre no puede solo.

El capitán asió por los hombros al fraile y le

dio de tomar. El agua caía por las comisuras de los labios y corría por la barba del fraile, manchándole el hábito roto. El capitán lo sostuvo sin cuidado pero también sin brutalidad y cuando vio que el fraile no sólo no había logrado tomar más que un sorbo, sino que ya estaba vomitándolo, arrojó el jarro a un costado y dejó al fraile echado en el suelo, bajo el sol. El capitán se aproximó al pelirrojo y se acuclilló frente a él, mirándolo.

—Habla —dijo.

El pelirrojo ni lo miró.

—Fue antes de la leva, que me trajo aquí —dijo—. Yo estaba en el campo, cerca del camino real, y vi venir una gran comitiva de coches y caballos. Traían muchas banderas. Pensé que venía algún hombre muy principal, y me quedé a mirar. El primer coche iba custodiado por soldados que llevaban pica y banderas. —El soldado hizo silencio y miró al capitán—. ¿No va a enterrar a

los muertos, capitán? Esto apesta.

Los ojos del capitán destellaron.

—Sigue —dijo.

El soldado dejó de mirarlo.

—Después que pasó el primer coche, el que iba detrás perdió una rueda —delante de mí— y volcó. Señores muy principales volaron por los aires y el cochero cayó a mis pies. Se santiguaba y lloraba. Los coches que venían últimos pararon y empezó a salir gente de ellos: capitanes y duques y validos, ya sabe usted, capitán. Los que habían salido volando empezaron a levantarse, socorridos por los demás. Y estaban todos hablando acalorados, limpiándose la ropa y arreglándosela, cuando la primera carroza se vuelve y para delante de todos. Baja un hombre, y detrás de él un obispo; todos echan la rodilla en tierra y yo también, por lo que Dios quisiere. El principal pregunta si no ha habido heridos de gravedad y al responderle todos que no dice el principal, acercándose al cochero,

que temblaba de arriba a abajo: «Vuesa merced lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho ya muchas veces». Todos rieron, y yo también. Después el rey dijo a todos que siguieran viaje, que el mar esperaba, y se metió en la carroza y desapareció, junto con el obispo. Y el cochero me dijo que eran todos caballeros muy principales que iban a pertrechar las costas de España contra los moros. Después vino la leva y me trajo aquí. Escuche usted, capitán: ¿va aunque más no fuere echar un poco de arena sobre esos muertos?

El capitán estaba escrutándolo, pero él parecía no advertirlo: había hablado con una inenarrable placidez, distracción, y como falta de esperanza. El capitán hizo un gesto de incredulidad y desprecio y se paró. Se alejó pensativo, dando largos pasos, y sacudiendo la cabeza. Salió del fuerte y se encaminó al bosquecito. No miró una sola vez para atrás. Ahora le pesaba hasta la sucia y rotosa camisa de holanda que llevaba

entreabierta y dejaba ver su pecho lleno de vello negro. El sudor le hacía brillar la frente. Sus borceguíes se hundían en la arena, dejando huellas profundas. El capitán se detuvo y miró el río, volviéndose hacia él y quedando inmóvil. El río estaba tan inmóvil y liso que apenas si los reflejos y esa especie de polvo dorado y pálido que el sol depositaba y hacía girar sobre la superficie delataban su cauce. La orilla opuesta terminaba en barranca, no en playa; y como el río venía desde una curva pronunciada arriba y se perdía después en una curva pronunciada en la otra dirección, más parecía una superficie de agua encajonada en un dique estrecho que un verdadero río. Parecía no venir desde ninguna parte ni dirigirse a ninguna otra. Parecía no consistir más que en ese fragmento visible. Y volviéndose y continuando en dirección al bosquecito el capitán pensó que así parecía, que era probable que no hubiese origen ni continuación, que nada más que lo que estaba allí

era real, y ninguna otra cosa. El capitán sacudió la cabeza y emitió una sonrisa seca. «Él me ha contado del rey, y de Segovia y de Madrid», pensó. Entró en el bosquecito y sus rotos borceguíes, de los que colgaban de a pedazos los largos cordones, comenzaron a pisar la hojarasca que cubría el suelo alrededor de los árboles. La luz se colaba a través de la fronda y los rayos se quebraban y caían oblicuos contra los troncos y las ramas. Las hojas secas crujían y se quebraban. El bosquecito se extendía en abanico a partir de la primera hilera de árboles que rodeaban el espacio arenoso en cuyo centro estaba la construcción; estaba lleno de árboles ahogados por trepadoras y enredaderas que formaban bloques irregulares y macizos de vegetación; el capitán se detuvo y miró el interior del bosquecito: no se movía una sola hoja en esas grutas oscuras y apretadas. «Ahora me doy vuelta y miro el fuerte», pensó el capitán. Se dio vuelta y miró: ahí estaba la construcción,

los techos de cuyas dependencias medio hundidos y quemados o socarrados, eran más altos que la empalizada de troncos terminados en punta que las rodeaban; el bosquecito trazaba un firme semicírculo alrededor; y desde el fuerte, más próximo al centro del semicírculo de árboles que al río, el amplio espacio de arena, amarillo y lleno de manchones blanquecinos, descendía en un declive muy suave, casi imperceptible, hasta confundirse con el agua. El capitán estuvo quieto, mirando sin parpadear el espacio extendido delante suyo. Después pasaron dos pájaros negros, volando en línea recta y con gran lentitud, muy altos, como aplastados contra la superficie azul del cielo. El capitán los siguió con la mirada hasta que desaparecieron. «Tienen que estar yendo a alguna parte», pensó. «Hay otro lado de donde han venido. Deben haber venido de algún otro lado.» Pero no lo pensó con palabras: se trataba otra vez de esas manchas pequeñas que fosforescían

encendiéndose y apagándose en el interior de su mente y que eran lentas y trabajosas para cuajar y dar luz pero rápidas en desaparecer. Cuando los pájaros se desvanecieron, el capitán alzó más la cabeza y miró el sol. El resplandor lo cegó y al alzar la cabeza pareció recibir una descarga de calor más intensa que lo hizo cerrar los ojos y mantenerlos apretados y bajar la cabeza con un movimiento brusco; su retina quedó llena de manchas destellantes. Estuvo así un momento y después abrió otra vez los ojos y caminó, pisando la hojarasca que estallaba y se hacía pedazos bajo el peso de su cuerpo. Las calzas del capitán le ceñían los muslos cuyos músculos estaban tensos y se movían con el desplazamiento. El capitán fue bordeando los árboles del montecito hasta quedar detrás de la construcción que llamaban el fuerte. A esa altura, la distancia entre la construcción y los árboles era menor. El capitán podía oler la carroña. El olor le llegó primero por ráfagas

aunque no había viento, como si alguna compuerta se abriese en su olfato por momentos, para volver a cerrarse enseguida, hasta que el olor se coló del todo y se quedó adentro. Después se olvidó de él y siguió caminando. Recorrió todo el borde semicircular del bosquecito y después volvió al fuerte. El fraile estaba echado en el sol, en la misma posición en que había quedado cuando el capitán salió; su respiración apenas si lograba elevar su pecho. El soldado pelirrojo seguía sentado contra el mojinete del rancho. El capitán se acuclilló junto al fraile y se puso a mirarlo, entrecerrando los ojos; los del fraile estaban casi blancos, como si se le hubiesen borrado las pupilas; a esa distancia, el capitán notó que el ritmo respiratorio del fraile se había modificado, y no sabía si era que tardaba más en expeler el aire que en aspirarlo; el capitán apretó los dientes.

—Déjelo usted en la paz de Dios, capitán — gritó el pelirrojo desde la distancia, y su voz sonó

débil.

—¿Quieres que te corte la cabeza? —dijo el capitán.

—Le besaría las manos si lo hiciese, capitán —dijo el pelirrojo.

El pelirrojo hablaba sin mirarlo; parecía contemplar algo que estaba por encima de la cabeza del capitán, detrás, en el aire, hacia el cielo; miraba con tanta fijeza que la sonrisa que había comenzado a emitir desapareció de un modo súbito de entre la barba del capitán y algo lo hizo hacer un movimiento brusco con la cabeza y elevarla y mirar también él en esa dirección; pero no vio nada, salvo el cielo vacío por encima de las construcciones semiderruidas.

—¿Tú también me contarás el cuento del rey y de Madrid? —dijo.

De los labios del fraile salió un murmullo pero el capitán no entendió nada.

—Habla más fuerte, si quieres que te oiga —

dijo el capitán.

El fraile abrió la boca, pero no dijo una palabra; se quedó así, con la boca abierta, como si hubiese cedido la articulación de sus mandíbulas, y los ojos blancos y como recubiertos por una pátina de laca de los que parecían haberse borrado las pupilas. El capitán se inclinó todavía más hacia él, escrutándolo.

—A ver, cuéntame, ya que dices ser de Madrid; cuéntame, suelta la taravilla —dijo entre dientes, y con un tono muy resentido, el capitán—. Hazme el cuento de que hay un océano y que nosotros lo cruzamos con el adelantado y él nos mandó en expedición hasta aquí.

El capitán hablaba en voz baja y tensa, pero firme y clara. El fraile seguía inmóvil; parecía haber perdido el aire de fragilidad que había tenido una hora antes. Su cara estaba más dura y más prieta y su respiración casi no se notaba.

—Déjelo en paz, capitán —gritó el pelirrojo,

con voz débil, pero el capitán no lo oyó—. Tiene usted el demonio en el cuerpo.

—Dime, dime, cuéntame. A ver, cuéntame —dijo el capitán—. Cuéntame de los indios y de las picas envenenadas. Hazme creer que todo eso es real. Hazme creer que no hemos estado siempre tú y yo y Judas en este lugar, rodeados de carroña y que hay algún otro lugar que no sea éste. —Se inclinó todavía más. Oscilaba, acuclillado—. Házmelo creer, puto y rufián —dijo.

Se paró, de una manera brusca, adoptando un aire entre suficiente y despectivo. Había una especie de mezcla de orgullo en él. El sol le hacía arder la cara y tenía la frente llena de gotitas de sudor. Se dirigió hacia el soldado pelirrojo y se sentó junto a él, con expresión amistosa. El soldado no se movió: tenía las piernas estiradas, y tan flacas, que sus botas de caña alta parecían vacías. Parecía no haber pies dentro del calzado roto.

—Judas —dijo el capitán, con voz afectuosa —. Te cortaré las orejas.

—Ellos se las cortarán a usted, capitán —dijo el soldado.

El capitán se echó a reír.

—Eres un viejo loco y de la raza de Judas, pero me gustas —dijo. Alzó la cabeza y trató de mirar el sol, pero no pudo—. El sol gira siempre, ¿ves? Pasa siempre por aquí, para que podamos ver bien que estamos aquí y en ninguna otra parte —dijo—. Y tú me hablas de un rey y de una ciudad que no existen. Mereces que te corte la lengua.

—Juraría que el señor cura ha muerto —dijo el soldado.

—Déjalo en paz —dijo el capitán.

—¿No va usted a darles cristiana sepultura? —dijo el soldado.

—Cállate —dijo el capitán.

No se miraban. El pelirrojo seguía con la vista fija en ese punto del cielo vacío, por encima de las

construcciones, y el capitán recorría con atenta mirada el espacio del real: el suelo estaba endurecido por las pisadas humanas y sobre él se levantaban las construcciones de techo de paja y paredes de adobe que ahora aparecían semiderruidas y quemadas; los ranchos estaban contruidos sin orden alguno, y no eran iguales entre sí, sino apenas parecidos; de los cinco, tres estaban destruidos del todo, con el techo hundido y agujereado y las paredes chamuscadas y rotas, y de los otros dos uno solo parecía intacto, porque el otro estaba manchado de un humo negro que al parecer había salido desde dentro por el hueco de la entrada. Los cadáveres estaban tirados en distintas posiciones, desfigurados por la podredumbre, y dos de ellos tenían clavada una lanza en el pecho. El cura estaba inmóvil, lejos de las construcciones y del resto de los cuerpos. Parecía muerto. Más allá estaba la entrada del real y enseguida el espacio arenoso amplio y lleno de

pisadas, y después el río. De un salto, el capitán, apoyó la espalda contra el mojinete del rancho, al lado del pelirrojo, quedando hombro con hombro con él pero mirando en dirección opuesta. Parecían estar esperando la llegada de algo, desde el cielo; sudaban.

—¿Quieres un poco de membrillo? —dijo el capitán.

—No —dijo el soldado.

—¿Quieres vino? —dijo el capitán.

El soldado pelirrojo no contestó.

—¿Crees que ha muerto? ¿Te has comido la lengua? —dijo el capitán—. Anda, ve, cuéntale al Santo Oficio que me he cagado en Dios y en sus muertos. Tómate una nave, cruza el océano y ve a tu Madrid y cuéntale. Anda, ve; que tu Madrid es más real que esto.

El capitán se volvió hacia el soldado, que tenía los ojos muy abiertos.

—¿Te hace sufrir el sol? —dijo—. Ya se irá.

Los ojos empezaron a arderle y se los refregó con los nudillos. Al bajar los puños, sus ojos estaban enrojecidos y llorosos. Los abrió y los cerró y después parpadeó varias veces con rapidez como si estuviese tratando de comprobar lo frágil que era la constancia de lo que estaba viendo. Pero todo seguía ahí, nítido; el capitán alzó la mano y tanteó con la yema de los dedos la pared en la que estaba apoyado. Al bajarla, pensó que el contacto no era más que recuerdo y que si volvía a pasar la mano por la pared el contacto sería parecido al primero, pero otro; del otro no quedaba más que la memoria, que era igual a nada. Pero la memoria, no el recuerdo. Recuerdo tenía uno solo, que volvía, y era el recuerdo de no sabía qué; un recuerdo que no tenía la fuerza suficiente como para traer consigo lo que recordaba y que estaba como entreverado y diseminado entre los árboles y la hojarasca del montecito. El capitán cerró los ojos y el ritmo de su respiración cambió,

haciéndose más tranquilo. Podía sentir chocar la luz del sol contra su cara y erizarse y como estridar con fuerza inaudible su barba y sus poros cubiertos por el barro reseco y estuvo atento a eso y a la luz cuyos destellos se colaban incluso a través de sus párpados apretados y errabundeaban dentro, hasta que se llenó de oscuridad y se quedó dormido. Se despertó casi en el acto y se paró, de un salto, llevándose la mano al talabarte vacío. El pelirrojo lo miraba ahora por primera vez, con perplejidad. La voz del capitán sonó ronca.

—¿Has oído algo? —dijo.

—El demonio se ha reído de usted en el infierno y usted lo ha oído, capitán —dijo el soldado.

—Cállate —dijo el capitán.

—Ha oído la risa del demonio y se ha despertado —dijo el pelirrojo.

Ya no lo miraba. Tenía puestos otra vez los ojos en el punto preciso en que los había tenido

puestos toda la mañana y ahora su barba roja brillaba de vez en cuando en el sol que parecía haberla estado cociendo y recociendo hasta darle ese color. El capitán dio varios pasos en distintas direcciones y pareció no sólo reconocer el lugar y sus inmediaciones sino también oler el aire y ver el sol y el cielo y comprobar con una ojeada que todo seguía bien y en su sitio. Se acercó al fraile y se inclinó hacia él; parecía muerto, pero estaba vivo todavía porque respiraba apenas y podía verse algo en sus ojos —y no se trataba de brillo— que no había terminado de morir. Todo en él estaba muerto, salvo eso en los ojos y la débil respiración. El capitán se irguió y habló con el soldado.

—Está esperándote —dijo sacudiendo la cabeza hacia el fraile y hablando con jovialidad—. Me ha dicho que no lo dejan entrar en el infierno si no vas tú con él.

Tenía la camisa empapada en sudor y se la

sacó a tirones, haciéndola pedazos. También la piel de su pecho y de sus brazos estaba chamuscada, pero del sol. Con un pedazo de la camisa que después tiró al suelo se secó la cara y el cuello. El pedazo de tela cayó sobre la pierna del fraile: el capitán ni lo miró; salió otra vez del real, sacudiendo la cabeza y riéndose; cuando estuvo afuera se agachó y recogió un puñado de arena —estaba caliente; no lo esperaba y el contacto con la arena fue enseguida memoria cuando lo arrojó— y después lo arrojó al aire. Por un momento la luz se nubló y restalló en contraste con el millón de partículas que volaron y cayeron, interfiriendo su monótona intensidad. El capitán se sacudió la mano contra los rotos calzones; fue en dirección al río y entró en el agua sin detenerse ni vacilar. Sintió cómo el agua lo empapaba cada vez más —primero los pies, las pantorrillas, las rodillas, los muslos— a medida que avanzaba en el río. Antes de que el agua le llegara a la cintura

se detuvo y alzó los brazos, sintiendo el agua fría ceñida a su cuerpo y comprobando cómo al menor movimiento la sensación helada parecía renovarse y volverse más aguda. Después se zambulló, elevándose en el aire y arqueándose en su breve vuelo para caer dentro del agua con enorme estruendo y conmoción de la superficie y sumergirse. Anduvo un tiempo bajo el agua, cegado e incapaz de pensar, conteniendo la respiración y moviéndose en el líquido ciego entre tumultos de barro rojo y convulsiones acuáticas que producían un rumor continuo y apagado y le hicieron perder la vista y la dirección. Salió a la superficie sacudiendo la cabeza, y dando la cara a la playa arenosa y al real y no a las islas de la otra orilla como esperaba. Tenía el pelo pegado al cráneo y los pelos de la barba que chorreaba agua convergían, brillantes y alisados, hacia un vértice agudo que se le formaba bajo el mentón. Después nadó al azar, en una y otra dirección, lanzándose

como a la carrera en un sentido y produciendo un giro brusco a las dos o tres brazadas para volver en la dirección opuesta o bien cambiando de posición y estilo, llenando el aire de estruendo y salpicaduras que brillaban y se transparentaban en la luz del sol. Cuando salió del agua, con lentos y trabajosos pasos, se dejó caer en la arena y cerró los ojos, dejando que el sol lo secara. Quedó tendido boca arriba, con los ojos cerrados. En sus oídos perduraba una especie de eco del estruendo que su cuerpo había producido al chocar con el agua y agitarse y moverse en ella, y el capitán puso el antebrazo derecho debajo de la cabeza para apoyarla sobre él y descansar más cómodo. Sentía el contraste de su cuerpo enfriado por el agua y la arena caliente; su corazón palpitaba y el peso de la cabeza sobre el antebrazo derecho le dió por un momento la sensación de que su brazo derecho era algo diferente del izquierdo, que eran dos miembros que no se correspondían uno con el otro;

dejó estirada la pierna izquierda y recogió la derecha, apoyando la planta del pie y flexionando la rodilla. En esa posición y con los párpados bien apretados tuvo por un momento la ilusión de que sus miembros dejarían de obedecerle si él decidía por ejemplo levantarse y caminar hacia el bosquecito alzando por ejemplo los brazos o cruzándolos o metiendo las manos entre la cintura y el talabarte y la piel, contra las caderas. Después estiró la pierna y retiró el brazo dejando que su cabeza descansara contra la arena y estiró el brazo derecho hasta dejarlo en posición idéntica al izquierdo, separado del cuerpo en un ángulo de sesenta grados y con la palma hacia arriba, y quedó inmóvil. Le pareció como si se percibiera el agua evaporarse y su piel calentarse y tostarse en la luz solar, con un estridor sordo y casi inaudible semejante al que le había parecido oír en la lenta distensión de sus poros y de sus esfínteres. No se durmió de golpe, sino de a poco, y ni

siquiera se durmió del todo. Más bien era sentir y ver en completo silencio, en la zona de errabundeo de su mente, escasa en relación con la zona negra, fluctuar y después desaparecer las piedras de las ciudades ya muertas volviendo en procesión y las caras desvanecidas reaparecer por un momento y disolverse de pronto en humo amarillo, sin la constancia necesaria como para probar su antigua realidad. Después aparecía el cielo vacío. Durante unos minutos, el capitán vivió su marasmo con dura tranquilidad, hasta que abrió los ojos y se paró, desperezándose. «Ahora me vuelvo y voy en dirección al bosquecito para sentir otra vez el recuerdo de haber estado en él antes de haber entrado nunca», pensó. Avanzó con pasos largos pero lentos viendo crecer o venir hacia sí la hilera de árboles bajos manchados de polvo detrás de los cuales el bosquecito se agolpaba enmarañándose y retorciéndose en un tumulto inmóvil de enredaderas y lianas. El recuerdo llegó enseguida,

apenas pisó la hojarasca gris que los borceguíes hacían crujir y estallar, pero de nuevo, como la primera vez, venía solo, sin lo que recordaba, como si existiese nada más que la posibilidad del recuerdo y después ninguna cosa real a qué aplicarlo. El capitán se paseó con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, entre el rumor de las hojas, y recorrió toda la hilera semicircular de árboles, pasando por el punto en que los árboles se aproximaban al real y alejándose de él a medida que se acercaba al extremo opuesto del bosquecito; después volvió al sitio del que había partido y se apoyó en un árbol, mirando el espacio que se extendía delante: la sección opuesta del bosquecito, el real, con la empalizada de troncos terminados en punta y las construcciones de adobe y paja semidestruidas, y el terreno arenoso inclinado hacia el río; encima estaban el sol alto y lleno de destellos y el cielo azul y vacío. El capitán tenía la cara lavada y socarrada y el pelo y

la barba estaban secándosele y volvían a encrespase. Sus ojos negros tenían una expresión atenta y estaban como entrecerrados, escrutando el espacio. Al fin sacudió la cabeza, emitiendo una risa rápida, y avanzó hacia el fuerte, seguido por una sombra brevísima.

Al entrar al real fue en dirección al fraile y se inclinó sobre él, acuclillándose. Estaba muerto. El capitán miró la cara muerta con vacua curiosidad, los ojos muertos, ciegos y blancos, opacos, como si fuesen de piedra. Una mosca rondaba la boca. El capitán no la espantó: la observó revolotear y zumbar y después asentarse en la comisura, y después volver a levantar vuelo y zumbar y después volver a asentarse. Estaba por maldecir al fraile cuando presintió algo y levantó de golpe la cabeza y vio que el pelirrojo había desaparecido. Se paró con un salto tranquilo y miró a su alrededor: no vio más que los cadáveres y las construcciones, en pleno silencio. El capitán llamó

en voz alta.

—Judas —dijo—. Judas.

Su voz sonó extraña, lenta y ronca en el aire vacío. Dio dos pasos, pasando por encima del fraile, y se volvió a detener.

—Judas —dijo, y dirigió la mirada hacia la construcción intacta—. Sal de una vez. Sé dónde estás. Sal arrastrándote porque eres una serpiente colorada y te haré pedazos cuando te agarre.

El capitán avanzó en el pleno silencio hacia la construcción intacta sorteando los cadáveres o pasando por encima de ellos. Su cara lavada había vuelto a sudar y estaba húmeda, pero el capitán llevaba los dientes apretados y sin embargo sus ojos parecían reírse.

—Sal y no hagas que me ponga furioso —dijo, mientras avanzaba—. Te daré membrillo y vino y seré bueno contigo aunque Judas haya preñado a tu putísima madre. Eres un rufián pero no te haré nada porque te has vuelto loco y tienes miedo.

El capitán avanzaba hacia la construcción intacta, cuyas ásperas paredes de adobe refractaban la luz solar. El hueco de la abertura era un rectángulo negro, vertical.

—Ven y cuéntame esos cuentos que has inventado, pedo de Satanás. Ven o encomiéndate a Dios y santíguate. —El capitán reía al decir esto, avanzando.

Cuando llegó a la construcción se detuvo y se apoyó contra el borde de la abertura. Al principio no vio nada, salvo la oscuridad del recinto. Después su ceguera momentánea se disipó — estuvo parpadeando durante un momento— y vio al pelirrojo sentado sobre un arcón, las piernas que parecían inexistentes colgando, la espalda apoyada contra la pared y el arcabuz entre los brazos, apuntando a la cabeza del capitán.

—Tiene usted que darles cristiana sepultura, capitán —dijo el soldado.

El capitán se rió a carcajadas. Cuando su risa

paró, miró al soldado.

—Te la daré a ti, después que te haga pedazos —dijo.

—Vaya y deles cristiana sepultura y el demonio le dejará —dijo el soldado.

Su voz era plácida. El capitán fijó en él una mirada rencorosa.

—Cuéntame soplón —murmuró—. Cuéntame del rey y de Madrid. Cuéntame que yo te creeré.

—Agarre usted la azada que está en el patio y comience a cavar y ese demonio le dejará, capitán —dijo el soldado—. Vaya y yo estaré aquí oyendo los golpes.

El capitán dio un paso y se detuvo.

—Apártate —dijo.

—Si da usted otro paso, hago fuego, capitán —dijo el soldado.

—Déjame sacar el membrillo del arcón y te daré un pedazo —dijo el capitán.

Ahora veía con claridad en el interior del

recinto. El soldado estaba atento y lo miraba.

—Vaya usted a darles sepultura —dijo.

El capitán se acarició la barba, sacudiendo la cabeza.

—Diablo colorado —dijo, mientras avanzaba.

Su voz fue tapada por la explosión.

Barro cocido

Me acuerdo bien que fue el año de la seca, el sesenta y uno. Los primeros tres días no vimos más que la camioneta amarilla recalentándose al sol en el claro arenoso que hay entre el motel de Giménez y la cinta azul del asfalto. El que más tenía de nosotros era un caballo o una motocicleta y ver esa Chevrolet flamante requemarse al sol seco de enero nos daba al mismo tiempo lástima y una mezcla de respeto y admiración, máxime que un poco más allá del terreno del motel había un círculo de paraísos donde podía haberla dejado para que la defendiera la sombra. Daba la impresión de que hacía con los coches lo mismo que otras personas con los fósforos, que los usan una sola vez y después los tiran. Al cuarto día vino el chico que hace la limpieza en el motel con una lista escrita a lápiz y un billete de cinco mil pesos

y tuvo que hacer dos viajes para llevar todas las cosas: botellas de vino y cerveza, yerba, salamines y queso, masitas de agua y un montón de caramelos. El chico le dijo a Focchi que eran para «el de la camioneta», que estaba viviendo en el motel con una mujer embarazada y que tenía una pistola.

Al sexto día lo vimos, desde el patio del almacén. Parecía haber salido a tomar el fresco de la tardecita, porque caminaba despacio como para estirar las piernas y miraba todo con una lenta curiosidad, las manos en los bolsillos del pantalón, en mangas de camisa, la cabeza levantada como si hubiera estado respirando hondo, y el cuerpo encogido del hombre que ha estado mucho tiempo en la cama o encerrado. Lo vimos mirar un árbol, seguir con la vista el paso fugaz de un coche por el asfalto hasta que desapareció en dirección a la ciudad, y después inclinarse y palpar dos o tres veces una de las

cubiertas traseras de la camioneta. Después atravesó otra vez el hueco del portón del motel y desapareció. Fue Focchi el que vino hasta nuestra mesa y dijo que le había parecido que era el pibe de Blanco, del que sabíamos que había sido como nosotros hasta que una noche se jugó al nueve en un bar de La Guardia una plata que el viejo Blanco había cobrado ese mismo día por un campo de alverjas, y desapareció sin dejar rastro antes de que el viejo lo agarrara. Nadie se había atrevido jamás a hablar del asunto delante del viejo, que caía dos por tres al almacén a tomar un amargo dejando la chata en la puerta, sin cruzar una palabra con nadie.

Le hubiéramos prestado más atención desde el principio, de no haber sido el año de la seca. Pero esos días le pagábamos vinos al sordo Sebastián Salas para que nos contara de secas peores que él había visto y tener la seguridad de que esas calamidades ocurrían de tanto en tanto sin que esta

perra vida se acabara. El sordo era tan viejo que mi finado padre me sabía contar que cuando él era chico Sebastián Salas ya era viejo, y mi padre murió en el cincuenta y nueve de sesenta y dos años. Sebastián se daba cuenta de nuestro miedo y se aprovechaba de él contándonos historias de sequías que habían durado años y que habían borrado todos los ríos y hecho morir todos los animales y muchos hombres, pero cuando adivinaba en nuestra mirada la pregunta de si esta seca se le parecía, Sebastián hacía un gesto con su boca fina y rodeada de arrugas, y no le sacábamos una palabra más ni con tirabuzón. Entonces le pagábamos más vino. Lo tomaba siempre de parado, sin volcar una gota y vaciando la copa de un único y largo trago. Nosotros lo mirábamos con una furia secreta mezclada al asombro y al miedo porque sabíamos que era tan viejo y estaba tan solo que no había mal en el mundo que pudiera ni siquiera rozarlo. Dejando el vaso vacío sobre la

mesa sucia del patio, Sebastián simulaba estar ahí de casualidad, y que entre las historias que contaba y el vaso de vino que le pagábamos no había ninguna relación, porque nosotros estábamos tan asustados viendo esos mediodías blancos y cegadores y esos cielos verdes de la tardecita que no nos atrevíamos a confesarlo. Cada vez que pasaba un caballo al galope por el camino que va del asfalto a la costa se levantaba una polvadera amarilla que nos dejaba como ciegos y el olor de los animales muertos llenaba el aire. Casi que no se podía respirar. Que yo sepa, el sordo Sebastián nunca tomó tanto vino gratis como ese año, y eso que parece que no ha hecho otra cosa en toda su perra vida.

Pero ahí seguía esa camioneta amarilla, y desde el patio del almacén la veíamos. A la mujer la vimos recién como a la semana: era flaca y rubia y se veía fácil que el parto era cuestión de días, de semanas a lo sumo. Tenía un vestido

suelto estampado de flores rojas y verdes que se abultaba en el vientre. Salió con él a la otra tarde para dar la vueltita por el terreno en el que estaba la camioneta y entre los dos hicieron exactamente lo mismo que él había hecho solo la tarde antes: miraron un árbol, se fijaron en un coche que pasó rápidamente en dirección a la ciudad hasta que se perdió de vista, se inclinaron ante las ruedas traseras de la camioneta. Iban del brazo, caminando tan despacio que parecían estar paseando no delante de un motel sino de un hospital, como dos convalecientes apoyados uno en el brazo del otro para ayudarse mutuamente a soportar la respectiva debilidad. Fue justo en el momento en que atravesaron el portón del motel y desaparecieron de nuestra vista que la chata del viejo Blanco llegó desde la costa levantando un polvo amarillo y se detuvo delante del almacén. El viejo ató las riendas en uno de los travesaños de la chata y entró en el almacén saludando serio al

pasar delante de la mesa del patio. Al rato salió con su copa de amargo en la mano y se quedó parado cerca de la puerta, tomando cortos tragos, sin hablar, magro y quemado por el sol, el sombrero de paja ligeramente alzado y la mirada fija en los dos pesados caballos atados a la chata. Focchi salió detrás de él y se acercó a nuestra mesa, sin decir palabra y sin dejar de mirar hacia el portón del motel delante del cual no había más que la camioneta amarilla abandonada ahí desde hacía una semana, la caja cubierta por una lona. Después el viejo entró otra vez al almacén, seguido por Focchi, cargó unas mercaderías en la chata, volviendo a saludar seriamente subió a la chata y dando la vuelta se alejó hacia la costa. Todavía flotaba en el aire la polvadera amarilla que levantó la chata, cuando vimos salir la figura alta y gruesa del portón del motel, y encaminarse hacia nosotros; estábamos seguros ya de quién era, aunque algunos de nosotros no lo habíamos visto

nunca y otros hubiesen sido incapaces de distinguirlo a esa distancia, y aunque sabíamos también que se había tratado de una casualidad, todos tuvimos la impresión de que había estado esperando que el viejo Blanco se alejara con la chata, tan inmediata fue su reaparición. Ahora se había puesto un saco oscuro que le quedaba ajustado. Cuando cruzó el camino, bajando el terraplén, y entró en el patio del almacén en el que nosotros estábamos sentados tomando cerveza, lo vimos bien y por el modo como entró nos dimos cuenta de que ya había estado ahí muchas veces. Ni siquiera miró la cancha de bochas y saludó al pasar con acento aporteñado pero era parecido a cualquiera de nosotros por esa piel oscura y el modo de caminar, algo doblado hacia la tierra por el peso de los grandes calores. Focchi estaba en el patio con nosotros, y por la mirada que se echaron nos dimos cuenta de que se habían reconocido enseguida y que entendieron los dos al mismo

tiempo que había que hacer la vista gorda. A él se le notaba un bulto en la cintura, en el costado derecho. Entró en el almacén y Focchi lo siguió para atenderlo. Yo me levanté y me fui para adentro, porque dio la casualidad de que estaba quedando poca cerveza, y había que pedir una botella. Él acababa de pedir una naranja Crush y una cerveza y las mezclaba en un vaso. Del otro lado del mostrador Focchi lo contemplaba apoyado contra la estantería. No cruzaban una palabra. Focchi me preguntó entonces qué era lo que quería y cuando le dije una cerveza me preguntó quién la pagaba. «Yo», le dije. «Sí», dijo Focchi. «Sí. Vos. Pero cuándo.» Entonces yo le dije que me esperara hasta el sábado porque el sábado me iban a pagar unos trabajos que me estaban debiendo, y entonces iba a poder pagarle. «¿Qué trabajo vas a cobrar —dijo Focchi— si nunca trabajaste?» El de la camioneta amarilla se puso a reír y Focchi también. «Usted está

arreglado si le da crédito a estos muchachos», dijo Focchi. El de la camioneta amarilla se seguía riendo. «Deles a cuenta mía», dijo, sacando un montón de billetes del bolsillo.

Se quedó con nosotros hasta bien entrada la noche, tomando naranja Crush mezclada con cerveza. Se sentó en la mesa del patio, debajo de los árboles, y habló todo el tiempo él, como si hubiese salido, no a tomar una copa, sino simplemente a hablar. Antes de que oscureciera del todo vimos pasar al sordo Sebastián caminando lentamente por el camino pero no lo llamamos y el sordo merodeó el almacén largo rato hasta que por fin se acercó y se apoyó contra el tronco de un árbol y se quedó mirándonos, metido en ese saco de lana demasiado grande para su cuerpo consumido y roto. Por fin el de la camioneta amarilla lo vio y ordenó a Focchi que le sirviera vino y el sordo fue tomando vaso tras vaso, apoyado en el árbol, sin acercarse

demasiado a nosotros, como si no estuviese del todo a gusto. El de la camioneta amarilla hablaba de tal manera que parecía querer darnos a entender que era como nosotros y que conocía todo lo que cualquiera de nosotros debe conocer, pero que por alguna razón estaba obligado a no decir quién era. Habló de dorados y de moncholos, de alverjales, de grandes calores, de inundaciones que borran ranchos y caminos. Nosotros lo escuchábamos y de vez en cuando le mirábamos el bulto que se le notaba bajo el saco en la cintura, en el costado derecho. Bien entrada la noche se levantó y se fue, dejando un perfume de cigarrillos importados en el aire del patio y media docena de cervezas pagas para que las tomáramos cuando él ya no estuviese.

Después nos acostumbramos a él, como nos habíamos acostumbrado primero a la camioneta amarilla que refulgía de mañana cerca del portón del motel, y como hubiésemos querido acostumbrarnos a la seca, que dejaba un reguero

de animales muertos cuyo olor a muerte impregnaba el aire y un hilo de tierra lisa, gris y llena de grietas, en el lugar en el que antes había estado el río. Ahora venía directamente al almacén cuando salía del motel, siempre con el saco puesto, ajustado al cuerpo, con ese bulto visible en el costado derecho. Se sentaba a la mesa junto con nosotros y se ponía a contar historias de oficiales de gendarmería, historias que habían sucedido en la frontera con el Uruguay, y en las que, por el modo como las contaba, se veía que él mismo había intervenido. Nosotros escuchábamos todo el tiempo sin hablar, tomando cerveza a su costilla, preguntándonos qué pasos había dado por el mundo desde la noche en que se jugó la plata del alverjal en La Guardia, qué clase extraña de pasos había dado que lo habían traído otra vez al punto de partida, como si hubiese estado moviéndose en círculo y sin avanzar. También nos preguntábamos cuándo se encontraría por fin con el viejo Blanco,

si es que era que tenía que encontrarse, ya que por lo menos tres o cuatro veces en una semana, él se había levantado y se había ido un minuto antes de que la chata del viejo Blanco se detuviera delante del almacén, y un par de veces había llegado antes de que la polvadera amarilla que levantaban los pesados caballos y que nos dejaba como ciegos, hubiese terminado de evaporarse.

También hubo un asado. A la mañana vino y nos dejó la plata a Focchi y a mí para que compráramos las cosas. Focchi mismo lo preparó, encendiendo el fuego al atardecer. Cerró el almacén más temprano y fue asando la carne lentamente, tomando largos tragos de vino cada vez que se alejaba de la parrilla. Desde que anocheció estuvimos conversando y tomando vino bajo los árboles apenas iluminados por una lamparita, envueltos en una nube enloquecedora de mosquitos y oyendo el estallido de los cascarudos que chocaban enceguecidos contra la pared de

ladrillos donde estaba la lámpara. Él tomó vino sin parar durante toda la noche y a medianoche su alto cuerpo enfundado en el saco oscuro (el bulto en la cintura, en el lado derecho) oscilaba ligeramente. Cuando se le terminaron los importados empezó a fumar nuestros «Colmena», y su voz aporteñada fue haciéndose rápida y chillona como la nuestra, aunque entorpecida por el alcohol. Dijo que él conocía a una familia de la zona, la familia Blanco. Que había sabido andar mucho por estos lugares en otros tiempos, dijo. Después dejó de hablar y de reírse, y oímos silbar su respiración. Oscilaba cada vez más peligrosamente, y se paseaba con la frente fruncida, los ojos entrecerrados, y la boca abierta. «Gano lo que quiero, qué joder. No soy un seco», dijo de pronto. Nosotros lo escuchábamos en silencio, pero para él era como si no estuviéramos. «No tengo deudas. No le debo nada a nadie. ¿Qué se habrá creído? Como si yo no... Qué joder.» Se

fue moviendo la cabeza, oscilando, murmurando como para sí mismo. Lo vimos desaparecer del área de luz del almacén y perderse en la noche, y después oímos el golpeteo de sus zapatos sobre el asfalto, invisible en la oscuridad.

Al otro día no lo vimos de mañana. Vimos, eso sí, como siempre, la camioneta amarilla y el portón vacío del motel, y el círculo de paraísos inmóviles el verde de cuyas hojas parecía opaco y sucio de polvo. Al mediodía nos fuimos a nuestras casas, diseminadas a lo largo del camino o en el campo hacia la costa, y volvimos al almacén a la media tarde, después de la siesta. El olor a muerte nos ahogaba y teníamos mucho miedo. No podíamos estar solos. Ya ni siquiera las historias del sordo Sebastián nos servían, porque si bien había habido muchas sequías en el pasado, no eran *ésta*: esta sequía no había ocurrido jamás, y no había ninguna razón para que terminara en vez de ir empeorando. Así como no había habido ninguna

razón para que las otras sequías terminaran con lluvia, ni había habido ninguna razón para que la sequía simplemente comenzara, no había ninguna razón que impidiera que esta sequía continuara indefinidamente, se extendiera cada vez más, y acabara con todos nosotros. Todos pensábamos de esa manera, aunque no lo decíamos. Por eso nos sentábamos todas las tardes en el patio del almacén a tomar cerveza en silencio, bajo los árboles. Pero para el viejo Blanco no parecía haber sequía, ni ninguna otra cosa. Esa fue la impresión que nos dio cuando lo vimos bajar de la chata con ese aire agitado y febril que tienen los hombres cuando vuelven del trabajo. Nos saludó con seriedad y entró en el almacén. Llevaba una vara en la mano. Tenía unos sucios pantalones descoloridos y una sucia camisa gris, y cuando se sacó el sombrero para rascarse la cabeza canosa vimos la línea blanca en la frente que separaba la parte oscura de la cara quemada por el sol de la

que protegía el sombrero. Casi en el mismo momento en que el viejo entraba en el almacén, vimos emerger de la puerta del motel el alto cuerpo enfundado en el traje oscuro avanzando lentamente en dirección a nosotros. Se detuvo un momento a esperar el paso rápido y ruidoso de un gran ómnibus rojo y amarillo que hizo temblar la tierra, y cruzó el camino. Sonreía al acercarse. Instintivamente miramos el bulto que llevaba en el costado derecho, a la altura de la cintura. Estaba limpio y afeitado y parecía haber dormido desde la noche anterior hasta un momento antes. Pasó junto a la chata sin verla. Se detuvo junto a nosotros y nos saludó, sin dejar de sonreír. Estaba arrimando una silla para sentarse en la rueda con nosotros, dando la espalda a la puerta del almacén, cuando adivinó algo en nuestra mirada y se dio vuelta, justo para ver al viejo Blanco en el momento en que salía del almacén con paso lento, reflexivo, con la copa de amargo en una mano y la

vara en la otra. El viejo primero no lo reconoció, o no lo miró: fue comprendiendo despacio, palpando la cosa con cautela, efectuando un complicado rito de verificación, como si ciertos contactos de su cerebro, enmohecidos por la falta de uso, hubiesen necesitado un determinado tiempo para comenzar a funcionar con regularidad. Se quedaron tan quietos que no parecían ni respirar: el cuerpo del viejo, en la puerta del almacén, dirigido no hacia el de la camioneta, que se hallaba a un costado, sino más bien hacia la chata con los dos caballos inmóviles, detenida enfrente suyo a una distancia de cinco metros; el viejo volvía al de la camioneta solamente la cabeza. Y el de la camioneta, con la boca abierta en una semisonrisa, tenía todavía la mano izquierda apoyada en el respaldo de la silla. Después todo fue tan rápido que apenas si se puede contar: el viejo salió de su inmovilidad saltando hacia adelante con la vara en alto y empezó a golpear al

de la camioneta furiosamente. Al principio, el de la camioneta se limitó a encogerse, recibiendo los primeros golpes en el cuerpo y en la cara. Nosotros nos levantamos en medio de un estrépito de sillas caídas, mirando alternativamente al viejo, que hacía subir y bajar la vara cimbreada con los ojos cerrados y al bulto que el de la camioneta llevaba en el costado derecho. Focchi salió corriendo del almacén y se paró en la puerta. No se oía más que el silbido cimbreado de la vara y el ruido seco de los golpes contra el cuerpo del de la camioneta, pero cuando el de la camioneta cayó al suelo y empezó a sangrar empezamos a oír también la respiración enfurecida del viejo y el jadeo del de la camioneta que empezó a arrastrarse por el suelo hasta que lo detuvo la pared de ladrillos. Le saltaron las lágrimas. El viejo siguió golpeando hasta que vio que el otro dejaba de moverse. Cuando detuvo la vara vimos que no había dejado en ningún momento de apretar

el vaso de amargo y que lo había quebrado con la mano, de la que salía un chorro de sangre. El viejo dejó la vara, se inclinó hacia el otro, y comenzó a registrarlo, hasta que encontró un montón de billetes en el bolsillo del pantalón; separó dos o tres, los contó, volvió a contarlos, y dejando el resto de los billetes diseminados por el suelo se guardó los que había separado. Después subió a la chata, dio la vuelta y se alejó hacia la costa, levantando una polvadera amarilla que nos dejó como ciegos.

El de la camioneta fue incorporándose lentamente, pegado a la pared. Nosotros lo contemplábamos sin movernos. Estaba oscureciendo, y después que recogió los billetes y se sacudió torpemente la ropa, se alejó hacia el motel sin saludar, cruzándose en el camino con el sordo Sebastián, que bajaba hacia el almacén y que ni siquiera lo miró. Lo vimos alejarse oscilando como la noche antes, la ropa manchada

de polvo y el brazo izquierdo colgando como sin vida. Después atravesó el portón del motel y no lo vimos más. No quiero decir por ese día, sino nunca más. Al otro día la camioneta amarilla había desaparecido. No quedaban más que el portón vacío del motel, el círculo de paraísos, el sol seco de enero. Y en medio de las turbias historias de Sebastián sobre otras inundaciones y sequías, nos quedaban también nuestro silencio, nuestra soledad y nuestro miedo.

Fotofobia

A Marilyn Contardi

Vejo tudo impossível e nítido, no
espaço

(CARLOS DRUMMOND DE
ANDRADE)

La frescura del sótano era como un núcleo de sombra presolar, y tenía un olor denso, mezclado, lleno de estímulos que le sirvieron para recordar olores antiguos, tan vagamente que le resultó imposible determinar de qué clase eran. Estuvo un momento indecisa en la cima de la escalera, porque todavía se sentía débil. Aspiró con fuerza, no porque le agradara, sino porque imaginó que dejándose anegar por ese olor lleno de ecos podría comprenderlo mejor. No pasó nada, salvo

las vagas reminiscencias de cosas conocidas a medias que la desconcertaron todavía más. Pero no le iba nada en ese extrañamiento: estaba perfectamente bien. «Estoy perfectamente bien», pensó. «Tengo únicamente debilidad.» Bajó el resto de los escalones y deambuló por la penumbra fría del sótano, tanteando plácidamente en la oscuridad, sonriendo suavemente, pensando «Estoy débil, ésa es toda la cuestión»; y cuando se sintió llena de frescura, atravesada por esa sombra fría a la que el sol de enero no había podido ni siquiera rozar, dejó de dar esos pasos lentos y débiles por el sótano y se detuvo en medio de él, hasta que sus fríos ojos azules comenzaron a entrever los contornos confusos de los trastos amontonados. Las ratas hacían crujir la madera podrida de los muebles abandonados. Pero ella estaba bien, «Estoy perfectamente bien», pensaba, «porque no tengo más que debilidad».

Estuvo en el sótano cerca de media hora;

después subió. El sol tenía como sumergida la casa en una explosiva luz cenital, llena de destellos ardientes. Se colaba por los vidrios de la mampara que daba al patio y proyectaba unos locos, brillantes e incomprensibles dibujos sobre el piso y la mesa. Pero María Amelia se había bañado una hora antes. «Acabo de bañarme por primera vez desde el sábado», pensó. «Con agua fría», y además acababa de dejarse penetrar por la frescura del sótano, y sentía sus propios cabellos húmedos cayendo sobre sus hombros como un chorro de agua lisa, dorada. Se miró la muñeca, a la que se ceñía la venda cuyos bordes estaban deshilachándose y cuya superficie se ennegrecía lentamente. No hizo el menor gesto; pensó simplemente en lo tonta que era, y después fue a la heladera, sacó un durazno, lo lavó en la pileta de la cocina, y lo fue comiendo con lentos mordiscones hasta que no quedó más que el carozo, duro, rojo y refractario, envuelto apenas

por unos filamentos exangües de pulpa amarilla. María Amelia tiró el carozo a la basura y se lavó las manos. Se sentía cada vez menos débil, como si la sangre recuperada, la sangre vuelta a mezclar, purificar, distribuir y filtrar, recóndita y por lo tanto a salvo del sol de enero, hubiese ido vigorizándose con los primeros movimientos del cuerpo que la había producido. Por eso los movimientos con los que se sacó el camisón y se puso el liviano, limpio y almidonado vestido blanco de una sola pieza, apenas escotado, los gestos familiares, fueron rápidos, firmes y llenos de pericia. La luz solar no llegaba hasta el dormitorio, pero la atmósfera pesada de la habitación le desagradó y le hizo daño. Había pasado demasiados días ahí adentro, ya no lo podía soportar. La cama estaba desarreglada y sobre la mesa de luz de su lado había remedios, vasos, y una cucharita sobre la que revoloteaba una mosca. Sobre la mesa de luz del lado de

Rafael no había nada, salvo un cenicero lleno de puchos y ceniza y «La pequeña crónica». «¿Por qué se llevará siempre «La pequeña crónica» a la cama?», pensó María Amelia. Y enseguida: «Ahora voy a fumar el primer cigarrillo».

Lo encendió en la habitación que daba al patio, rodeada por la explosiva luz cenital, y las dos primeras pitadas la marearon y la obligaron a sentarse. El tapizado marrón de la silla estaba caliente, y eso le desagradó. Pero ver los arabescos azules del humo atravesado por los rayos solares —el humo del primer cigarrillo después de todos esos días (¿«Cómo he podido ser tan idiota?»)— era un espectáculo extraordinario, lleno de plenitud y felicidad. Lo contempló largo tiempo sin percibir el calor creciente en que la luz de enero sumergía la habitación. Su frente comenzó a brillar. No lo percibió tampoco. Estaba ocupada pensando en que la sangre se renovaba continuamente y en lo misterioso que era todo eso,

ese trabajo extrasolar, en las grutas oscuras y frías de su parte interna, hasta tal punto que apagó mecánicamente el cigarrillo contra un cenicero y los arabescos de humo azul que contemplaba absorta, con los ojos muy abiertos, se desvanecieron sin que ella lo advirtiera, de un modo terriblemente lento.

Se miró varias veces en el largo espejo del ropero peinándose el agua lisa del pelo y alisándose una y otra vez el vestido blanco, mirándose de frente y de costado. Por primera vez le produjo disgusto la venda sucia y deshilachada, cuyo aspecto contrastaba de un modo excesivo con la blancura del vestido. Se la hubiese arrancado, pero se sentía demasiado plácida y tranquila como para cometer un acto tan indebido y violento. Se demoró recogiendo una a una las cosas que fue guardando en la gran cartera de esterilla, que hacía juego con sus sandalias. Puso dinero, llaves, cigarrillos, fósforos, papel higiénico; pasó por la

biblioteca y se detuvo un largo rato frente a los libros alineados, sin mirar ninguno en especial, hasta que vio de golpe el lomo gris de Madame Bovary y lo sacó del estante. Después pensó que no iba a leerlo, que no iba a hacer lo mismo que Rafael con su «Pequeña crónica» y lo dejó otra vez en su lugar. Tuvo suerte, porque no vio las manchas húmedas que se le habían formado en las axilas, pero cuando salió a la calle los primeros destellos del sol la cegaron.

«Es que estoy demasiado débil», pensó, cerrando la puerta de calle con llave. Era justo el mediodía. El barrio estaba completamente desierto. Las dos interminables hileras de casas de una o dos plantas, separadas entre sí por la calle empedrada, no proyectaban ninguna sombra. Cuando empezó a caminar por la vereda de baldosas grises —un gris descolorido y calcinado— María Amelia no oyó más que el chasquido de sus sandalias y el golpeteo opaco de la cartera de

esterilla que colgaba del brazo contra el costado de su muslo derecho. La sombra que proyectaba su cuerpo sobre las baldosas era informe y contrahecha, debido a la posición del sol. Había demasiado silencio para su gusto, pero cuando llegó a la primera esquina y un automóvil blanco que refulgía hizo sonar dos veces la bocina, pensó que al fin de cuentas el silencio no estaba del todo mal, y que cuando llegara al centro —si es que llegaba, porque su caminata no se regía por ningún plan determinado, salvo el de salir de su casa después de tantos días, ahora que Rafael se había atrevido a dejarla sola para viajar a Rosario, cosa de arreglar de una vez por todas la cuestión del concierto— si es que llegaba, iba a tener ruido y movimiento de sobra.

No soplaban brisa de ninguna clase. Salvo el de su cuerpo, que atravesaba el pesado aire caliente, no se percibía el menor movimiento. Comenzó a sentir con nitidez el ritmo que se apoderaba de sus

miembros, de sus piernas, de sus brazos y de su cabeza, como si la sangre estuviese marcando desde dentro, con precisión y regularidad, cada uno de sus movimientos. Le pareció que nunca se había sentido tan bien, desde hacía mucho tiempo. Recién ahora que ese ritmo se había apoderado de ella se daba cuenta de lo tonta que había sido, del desprecio de sí misma con que había actuado, qué sabía ella cuántas cosas más. Ahora en el borde del labio superior se le estaban acumulando unas gotitas de sudor, en el borde del labio duro y reseco. Se pasó el dorso del dedo índice y después se secó el dedo con la yema del pulgar. «Qué humedad. Qué terrible», pensó. Los relumbrones del vestido blanco de lino crudo, limpio y quebradizo, hubiesen podido cegar al que lo contemplara, si es que hubiese habido alguien para contemplarlo. Pero no había nadie; la ciudad era como un corredor vacío, cuyo techo de porcelana hubiese comenzado a arder. María Amelia cruzó

de vereda, pisando con las sandalias de esterilla su sombra contrahecha por la dirección de la luz. Las fachadas de las casas dispuestas en esas dos largas hileras, de colores claros, blancas la mayoría, condensaban el áspero resplandor. Sobre los techos, las antenas de televisión, nítidas y complejas, aparecían como negreadas por el contraste con la luz solar. Sus siluetas parecían nimbadas por un resplandor transparente. María Amelia se puso la palma de la mano sobre la coronilla de la cabeza, sonriendo, como si con ese gesto se estuviese diciendo a sí misma que ella ya conocía la furia de ese sol de enero, pero que se sentía invulnerable, hasta tal punto que se burlaba de él simulando protegerse la cabeza con la mano. En la vereda opuesta apuró el paso sin dejar de sonreír, viendo lo ridícula que parecía su propia sombra, contrahecha por la posición del sol y encima grotescamente modificada por la mano que llevaba sobre la cabeza. Su piel, que se había

blanqueado durante los días que había permanecido en la cama, empezó a llenarse de puntos rojos en las mejillas hundidas y alrededor de los fríos ojos azules. Los ojos parecían empañados, como cuando uno echa su aliento cálido sobre un vidrio transparente. Pero María Amelia tenía la mente ocupada en evocar la gruta fría del sótano, esa sombra húmeda que la había penetrado cuando recién acababa de salir del baño —y se había dado el gusto de dejar correr agua fría durante largo tiempo sobre su cuerpo desnudo. Podía volverse cuando quisiera («Está tres cuadras atrás, en mi casa», pensó) y sumergirse en él, durante el tiempo que quisiera («Lejos de todo el mundo», pensó) y cuando Rafael volviera de Rosario podía buscarla por toda la casa llamándola su abejita, que no iba a poder encontrarla. Alzó la cabeza, súbitamente, y vio el sol áspero, lleno de duros destellos, como una mechadura llena de fulgor hendiendo la porcelana

turbia del cielo. La textura del sol le resultó insoportable. Parecía haber más de uno. Parecían dos o tres discos incandescentes y amarillos que fluctuaban concéntricos sin acabar de superponerse unos sobre los otros y unificarse de una vez por todas. Bajó la cabeza. Durante unos metros caminó con los ojos cerrados y sonrió, comprobando que el ritmo que se había apoderado de su cuerpo persistía, dándole cohesión y unidad, permitiéndole pensar acerca de sus piernas «la izquierda, la derecha, la izquierda ahora, la derecha ahora», sintiendo al mismo tiempo el rumor de las suelas de sus sandalias sobre las baldosas grises de la vereda y el golpeteo opaco, sordo, de la cartera de esterilla contra el costado de su muslo derecho. De golpe recordó el aljibe de la quinta en Colastiné: en el fondo, la penumbra era verde y subía frescura desde la oscuridad, y si uno dejaba caer una piedra tenía tiempo de cerrar los ojos, sonreír, dar vuelta la cabeza, muy

lentamente, antes de oír por fin el sonido lleno de ecos de la piedra chocando contra el agua.

Por fin dobló por una transversal arbolada: su propia sombra se desvanecía sobre la sombra de los árboles. Era un placer verla borrarse y reaparecer carcomida en el suelo, proyectada por efecto de los rayos solares que se colaban a través de la fronda de los árboles. El sol fulguraba entre las hojas verdes. Por un momento lo miró sin dejar de caminar, con la cabeza alzada, llena del ritmo que se había apoderado de ella, de tal manera que toda la fronda verde de los árboles detrás de la cual el sol y el cielo turbio se percibían como una miríada fija y como pétrea, parecida a la de un mosaico hecho pedazos y vuelto a pegar imperfectamente, daban la impresión de estar desplazándose lentamente hacia atrás, inermes y unificados. De un modo mecánico, María Amelia llevó la mano a la gran cartera de esterilla y la abrió, palpando su interior en busca de los lentes

negros. No los encontró. Una leve y rápida rigidez en su cara fue todo lo que pasó por ella al comprobar que no los había puesto en la cartera. Recién entonces advirtió que había estado confiando secretamente en ellos, que hasta el último sábado había estado usándolos desde que empezara el verano y que ahora había hecho casi seis cuadras y no iba a volver a buscarlos. «No tengo más que debilidad», pensó, con un fulgor riente en los ojos. «Todo ha sido y sigue siendo pura debilidad.» Recordó haber leído algo, alguna vez, no sabía bien qué, donde un monje se probaba a sí mismo todo lo que podía resistir poniendo la mano sobre una llama. Poner la mano sobre la llama significaba al mismo tiempo no sólo probarse a sí mismo hasta dónde se podía resistir, sino también manifestar el deseo secreto de quemarse.

En la primera esquina eludió la calle arbolada y siguió caminando otra vez por el pleno sol. El

cabello rubio comenzó a humedecérsele en las sienes. Tenía la cara cada vez más roja, con unos círculos encarnados alrededor de los ojos, y el ritmo que la había asaltado un momento antes acababa de desaparecer. Ahora percibía únicamente el silencio y la luz solar, y resaltando contra el silencio, el chasquido de las sandalias sobre las baldosas grises repercutiendo alternadamente respecto del golpeteo sordo de la cartera contra el costado de su muslo derecho. Su mente se vació de golpe: pero antes de que la incandescencia blanca y sin inflexiones la ocupara oyó por última vez el golpe lleno de ecos contra la oscuridad verde del fondo frío del aljibe y después el silencio que siguió, cargado de resonancias comprendidas a medias, como las del olor denso del sótano. Por fin se detuvo, arrimándose a una pared blanca, el montón informe y obediente de su sombra precediéndola. Era un muro recto, de unos diez metros de largo y casi

tres de altura, encalado, la textura de cuya superficie María Amelia percibió áspera, rugosa y caliente al depositar la palma de la mano izquierda contra él. Después se volvió y se apoyó de espaldas contra el muro, alzando la cabeza, con los ojos entrecerrados. Abrió los ojos y volviendo la cabeza observó que el muro terminaba en un alto portón gris con dos ventanales oblongos de vidrio esmerilado en la parte superior. Encima de su cabeza, contra el muro blanco, unas grandes letras de hierro negro, dispuestas horizontalmente y muy separadas entre sí, formaban la palabra FUNDICION. De espaldas contra la pared, María Amelia pensó que debía mirar el sol («Ahora levanto la cabeza, despacio, ahora»), y al abrir los ojos con la cabeza alzada pudo ver, otra vez, por un segundo, los pétreos discos dorados e incandescentes despidiendo llamas que carcomían los bordes de un cielo turbio. Sudaba y sentía el cuerpo caliente y el vestido blanco pegado a la

espalda hecha sopa. El fulgor del cielo la obligó a cerrar otra vez los ojos y estaba pensando en volver a abrirlos para resistir ahora todo lo que fuese posible, cuando oyó resonar el portón metálico y volvió súbitamente la cabeza justo para ver al hombre que la contemplaba perplejo desde la vereda. También el hombre proyectaba una sombra informe sobre las baldosas que, a diferencia de las del resto de la cuadra no eran grises sino blancas, y más grandes y lisas, llenas de unas pequeñas vetas negras. El hombre no tenía puesto más que el pantalón y mostraba un pecho lleno de vellos entrecanos que iban raleando a medida que se aproximaban al gran abdomen. La miraba con curiosa perplejidad. María Amelia se apoyó contra la pared y alzó la pierna izquierda simulando que se arreglaba la sandalia de esterilla y después se alejó en dirección contraria a la del hombre. Sentía los ojos húmedos y la mirada del hombre clavada en ella. Al llegar a la esquina se

volvió por un momento y vio que el hombre le hacía unas señas incomprensibles. Dobló la esquina y entró en otra transversal arbolada.

La sombra de los árboles no producía ninguna frescura. La proximidad gradual del centro hacía que el silencio y la soledad fuesen menores, pero la sensación de estar atravesando una larga, compleja y sólida construcción desierta no abandonó a María Amelia. Las pocas personas con las que se cruzaba en la calle parecían estar recorriéndola por última vez, como si se tratara del último día del tiempo. Ahora vio que su sombra había crecido, por la extensión de los fragmentos que se esfumaban y reaparecían en las baldosas grises, sobre la sombra más amplia y más complicada de los árboles. El sol, por lo tanto, había comenzado a declinar. Anduvo alrededor de media hora más hasta que llegó al centro. De tanto que sonó durante todo el tiempo, María Amelia dejó de escuchar el ruido de las sandalias y de la

cartera. Cuando estuvo en pleno centro, su paso se hizo más lento y llevaba la muñeca de la mano izquierda sostenida con la mano derecha, a la altura del vientre. Con la yema del pulgar de la mano derecha acariciaba continuamente el borde deshilachado y sucio de la venda. Había pasado el momento en que el sol estaba alto, y ella había atravesado ese momento en el que la incandescencia blanca había inundado su mente instalándose ahí, pero ahora el sol declinaba y seguiría declinando hasta que lo enfriara el crepúsculo y llegara la noche. «No olvidarme los anteojos negros. No olvidarme los anteojos negros», pensó. Entró en el bar Montecarlo, que estaba vacío o en penumbra, los ventanales protegidos por quietas cortinas azules. Abrió enormemente los ojos para ver mejor en la penumbra, pero golpeó una silla con el costado de su cuerpo y la hizo trastabillar. Se sentó inmediatamente, dejando la cartera sobre la mesa.

Estuvo un momento pensativa, jugueteando con los bordes sucios de la venda, hasta que de un modo súbito advirtió el manchón blanco de la casaca del mozo que se hallaba de pie a su lado y la contemplaba. María Amelia alzó hacia él la cara despavorida.

—No —dijo—. Si no es más que debilidad.

Verde y negro

A Raúl Beceyro

Palabra de honor, no la había visto en la perra vida. Eran como la una y media de la mañana, en pleno enero, y como el Gallego cierra el café a la una en punto, sea invierno o verano, yo me iba para mi casa, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, caminando despacio y silbando bajito bajo los árboles. Era sábado, y al otro día no laburaba. La mina arrimó el Falcon al cordón de la vereda y empezó a andar a la par mía, en segunda. Cómo habré ido de distraído que anduvimos así cosa de treinta metros y ella tuvo que frenar y llamarme en voz alta para que me diera vuelta. Lo primero que se me cruzó por la cabeza era que se había confundido, así que me quedé parado en medio de la vereda y ella tuvo

que volverme a llamar. No sé qué cara habré puesto, pero ella se reía.

—¿A mí, señora? —le digo, arrimándome.

—Sí —dice ella—. ¿No sabe dónde se puede comprar un paquete de americanos?

Se había inclinado sobre la ventanilla, pero yo no podía verla bien debido a la sombra de los árboles. Los ojos le echaban unas chispas amarillas, como los de un gato; se reía tanto que pensé que había alguno con ella en el auto y estaban tratando de agarrarme para la farra. Me incliné.

—¿Americanos? ¿Cigarrillos americanos?

—Sí —dijo la mina. Por la voz, le di unos treinta años.

El Gallego sabe tener importados de contrabando, una o dos cajas guardadas en el dormitorio. Si uno de nosotros se quiere tirar una cana al aire, se lo dice y el Gallego le contesta en voz baja que vuelva a los quince minutos.

—De aquí a tres cuadras hay un bar —le dije—. Sabe tener de vez en cuando. Tiene que ir hasta Crespo y la Avenida. ¿Conoce?

—Más o menos —dijo.

Me preguntó si estaba muy apurado y si quería acompañarla. «Zápate, pensé; una jovata alzada que quiere cargarme en el coche para tirarse conmigo en una zanja cualquiera.» El corazón me empezó a golpear fuerte dentro del pecho. Pero después pensé que si por casualidad el Gallego no había cerrado todavía y me veía aparecer con semejante mina en un bote como el que manejaba, bajándome a comprar cigarrillos americanos, todo el barrio iba a decir al otro día que yo estaba dándome a la mala vida y que estaba por dejar de laburar para hacerme cafisio. Para colmo, en verano las viejas son capaces de amanecerse sentadas en la vereda.

—Ya debe de estar cerrado —le dije—, y no sé en qué otra parte puede haber.

La mina me tuteó de golpe.

—¿Tenés miedo? —dijo, riéndose.

Encendió la luz de adentro del coche.

—¿No ves que estoy sola? —dijo.

Mi viejo era del sur de Italia, y los muchachos me cargan en cuestión minas, porque dicen que yo, aparte de laburar y amarrocar para casarme, no pienso en otra cosa. Dicen que los que venimos de sicilianos tenemos la sangre caliente. No sé si será verdad, y no pude ver mi propia cara, pero por la risa de ella me di cuenta de que con uno solo de los muchachos que hubiese estado presente, en lo del Gallego me habrían agarrado de punto para toda la vida. Era rubia y tostada y llena por todas partes, que parecía una estrella de cine. «No me lo van a creer», pensé. «No me lo van a creer cuando se los cuente.» Sentí calor en los brazos, en las piernas, y en el estómago. Tragué saliva y me incliné más y ella me dio lugar para que me apoyara en el marco de la ventanilla. Tenía un

vestido verde ajustado y alzado tan arriba de las rodillas, seguro que para manejar más cómoda, que poco más y le veo hasta el apellido. ¡Hay que ver cómo son las minas de ahora! ¡Y pensar que la hermana de uno es capaz de andar en semejante pomada, y uno ni siquiera enterarse!

—No —le dije—, qué voy a tener miedo. ¿Miedo de qué?

—Y, no sé —dijo ella—. Como no querés acompañarme...

A las minas hay que hacerlas desear; cuando uno más se hace el desentendido, a ellas más les gusta la pierna, sobre todo si se avivan de que uno es piola. Ahí nomás la traté de vos.

—¿Acompañarte adónde? —le dije.

—No te hagás el gil —me dijo ella, sonriendo. Después se puso seria—. Ando buscando gente para ir a una fiesta.

Cosa curiosa: se reía con la mitad de la cara, con la boca nada más, porque los ojos amarillos

no parecían ni verme cuando se topaban conmigo.

—No estoy vestido —le dije.

Ahí sí me miró fijo, a los ojos.

—Subí —me dijo.

Abrí la puerta, despacio, mirándola; ella se corrió al volante, y yo me senté sobre el tapizado rojo protegido con una funda de nailon. Pensé que ver la vida desde un bote así, siempre, es algo que debe reconciliarlo a uno con todo: con la mala sangre del laburo, los gobiernos de porquería y lo traicionera que es la mujer. Le puse la mano sobre la gamba mientras lo pensaba: tenía la carne dura, caliente, musculosa, y yo sentía los músculos contraerse cuando apretaba el acelerador. «No me lo van a creer cuando se los cuente», pensé, y como vi que la mina me daba calce me apreté contra ella y le puse la mano en el hombro.

—¿Dónde es la fiesta? —le pregunté.

—En mi casa —dijo vigilando el camino, sin mirarme.

Doblamos en la primera esquina y empezamos a correr en dirección a la Avenida. Dejamos atrás las calles oscuras y arboladas, y a las dos cuadras nos topamos con la Avenida iluminada con la luz blanca de las lámparas a gas de mercurio. Había bailes por todas partes, se ve, porque los coches corrían en todas direcciones y mucha gente bien vestida andaba en grupos por las veredas, hombres de traje azul o blanco o en mangas de camisa, y mujeres con vestidos floreados. De golpe me acordé que en Gimnasia y Esgrima estaban D'Arienzo y Varela-Varelita, y por un momento me dio bronca que se me hubiese pasado, pero cuando sentí la gamba de la mina moviéndose contra la mía para aplicar el freno, pensé: «Pobres de ellos». El Falcon entró en la Avenida y empezó a correr hacia el norte.

—Separate un poco hasta que pasemos la Avenida —me dijo la mina.

Ibamos a noventa por la Avenida por lo menos.

Se ve que a la mina le gustaba correr, cosa que no me gustó ni medio, porque había mucho tráfico a esa hora, y la Avenida no es para levantar tanta velocidad. Cuando la Avenida se acabó, doblamos por una calle oscura, llena de árboles, y la mina aminoró la marcha, para cuidar los elásticos por cuestión del empedrado. Yo volví a juntarme con ella y ella se rió. Se dejó besar el cuello y me pidió un cigarrillo.

—Fumo negros —le dije.

—No importa —dijo ella.

Le puse el Particular con filtro en los labios y se lo encendí con la carucita. La llama le iluminó los ojos amarillos, que miraban fija la calle adelante, como si no la vieran. La luz de los faros hacía brillar las hojas de los paraísos. No se veía un alma por la zona. Cuando le toqué otra vez la pierna me pareció demasiado dura, como si fuera de piedra maciza, y ya no estaba caliente. No voy a decir que estaba fría, la verdad, pero le noté algo

raro. A la mitad de la cuadra, en la calle oscura, aplicó los frenos y paró el coche al lado del cordón. La casa era chiquita y el frente bastante parecido al de mi casa, con una ventana a cada lado de la puerta. De una de las ventanas salían unos listones de luz a través de las persianas que apenas si se alcanzaban a distinguir. La mina apagó todas las luces del auto y se echó contra el respaldo del asiento, suspirando y dándole dos o tres pitadas al cigarrillo. Después tiró el pucho a la vereda.

—Llegamos —dijo.

A mí me la iba a hacer tragar, de que con semejante bote iba a vivir ahí. Era un bulín, clavado, pero no se lo dije, porque me fui al bofe enseguida, y ella me dejó hacer. Estuvimos como cinco minutos a los manotazos, y me dejó cancha libre; pero no sé, había algo que no funcionaba, me daba la impresión de que con todo, ella seguía mirando la calle por arriba de mi cabeza con sus

ojos amarillos. Después me acarició y me dijo muy despacito:

—Vení, vamos a bajar. No hagás ruido.

Bajamos, y ella cerró la puerta sin hacer ruido. La puerta de calle del bulín estaba sin llave y el umbral estaba negro, no se veía nada. Al fondo nomás se alcanzaba a distinguir una lucecita, reflejo de la luz encendida de alguno de los cuartos, la que se veía desde la calle, seguro. Por un momento tuve miedo de que estuviera esperándome alguno para amasijarme, pero después pensé que una mina que aparecía en un Falcon no podía traer malas intenciones. Enseguida se me borraron los pensamientos, porque la cosa me agarró la mano, se apoyó en la pared y me apretó contra ella, cerrando la puerta de calle. Me empezó a pedir que le dijera cosas, y yo le dije «corazón», o «tesoro», o algo así; pero ella me dijo con una especie de furia, sacudiendo la cabeza, que no era eso lo que quería escuchar,

sino algo diferente. Era feo lo que quería, la verdad; para qué vamos a decir una cosa por otra. Y cuando empecé a decírselas —uno pierde la cabeza en esos casos, queda como ciego y hace lo que le piden— me pidió que se las dijera más fuerte. Yo estaba casi gritándoselas cuando ella dejó de escucharme, me agarró de la manga de la camisa y caminando rápido, casi corriendo, me arrastró hasta el dormitorio, que era la pieza que estaba con la luz encendida. No había más que la cama de dos plazas y una silla. Me dio la impresión de que no había un mueble más en toda la casa. Con ese coche, y un bulín tan desprovisto. Pensé que no le interesaba más que la cama y una silla cualquiera para dejar la ropa.

Se desnudó rápido, y yo también. Nos metimos en la cama. Al inclinarme sobre la mina pensé que si no la hubiese encontrado en la vereda de mi barrio, en ese momento estaría durmiendo en mi cama, hecho una piedra, como muerto, porque yo

nunca sueño. Quién la había hecho doblar por esa esquina, y quién me había hecho a mí ir al bar del Gallego, y quién me había hecho retirarme a la hora que me retiré para que ella me encontrara caminando despacio bajo los árboles, es algo que siempre pienso y nunca digo, para que no me tomen para la farra. Ahí nomás me le afirmé y empecé a serruchar y ella me fue respondiendo con todo, cada vez más. Las minas se ablandan a medida que el asunto empieza a avanzar; tienen varias marchas, como el Falcon: pasan de la primera a la segunda, y después a la tercera, y hasta a la cuarta, para la marcha de carretera. Uno, en cambio, se larga en primera y a toda velocidad, y a la mitad del camino queda fundido. Algo siguió funcionando dentro de ella después que yo terminé, porque todo el cuerpo se le puso duro y áspero como un tablón de madera y cerró los ojos, y agarrándome los hombros me apretó tan fuerte que al otro día cuando desperté en mi casa todavía

sentía un ardor, y mirándome en el espejo vi que tenía todo colorado. Después la mina se aflojó y se puso a llorar bajito. Lloró sin decir palabra durante un rato y después empezó a hablar. «Siempre lo mismo», pensé. «Primero te hacen hacer cualquier locura, y después que te sacaron el jugo como a una naranja, se ponen a llorar.»

—¿Qué me hacés hacer? —dijo la mina, llorando bajito—. ¿Hasta cuándo vamos a seguir haciéndolo? ¿Todo esto en nombre del amor? ¿Para no separarnos? Es insoportable.

Lloraba y sacudía la cabeza contra la almohada húmeda.

—Insoportable. Insoportable —decía, mirando siempre fijo por encima de mi cabeza con sus ojos amarillos.

Yo no le dije nada, porque si uno se pone a discutir con una mina en esa situación, seguro que la mina termina cargándole el muerto. «Me he hecho llamar puta para vos en el umbral», dijo la

mina. Ahí empezó a pegar un alarido que cortó por la mitad, como si se ahogara, y siguió llorando. No tuve tiempo de pensar nada, y no por falta de voluntad, porque en el momento en que la mina dijo eso y trató de pegar el alarido, ya había empezado a trabajarme el balero y a hacerme sentir que esa mirada amarilla que la mina no parecía fijar en ninguna parte, había estado siempre fija en algo que nadie más que ella veía; tanto me trabajó el balero, que estuve a punto de pensar que yo no era más que la sombra de lo que ella veía. Pero el llanto del tipo sonó atrás mío antes de que yo empezara a carburar, y ése fue el momento en que salté de la cama, desnudo como estaba: justo cuando sonó su voz, entorpecida por el llanto.

—Dios mío. Dios mío —dijo.

Estaba parado en la puerta del dormitorio, en pantalón y camisa. Se tapaba la cara con la mano, y no paraba de llorar. Pensé que era el macho o el

marido y que nos había pescado con las manos en la masa, y me vi fiambre. Pero ni se fijó en mí. La mina estaba desnuda sobre la cama y lloraba mirándolo al punto que seguía con la cara tapada con la mano y no paraba de llorar. Si antes yo había sentido que era como una sombra, ahora sentía que ni eso era. «Dios mío. Dios mío», era todo lo que decía el tipo. Y la mina lo miraba fijamente y lloraba sin hablar. Cuando terminé de vestirme me acerqué a la cama.

—Señora —dije.

La mina ni me miró. Tenía los ojos amarillos clavados en el tipo y pareció no escucharme.

—¿Estás satisfecho? —dijo—. ¿Estás satisfecho?

—Amor mío —dijo el tipo, sin sacarse la mano de la cara.

Salí abrochándome el cinto y tuve que ponerme de costado para pasar por la puerta, porque el tipo ni se movió. Tenía una camisa blanca

desabrochada hasta más abajo del pecho y se le veía la piel tostada. Se notaba a la legua que estaba quedándole poco pelo en la cabeza, porque eso que la mano dejaba ver encima de las cejas medias levantadas, era más alto que una frente. Parecía recién bañado, por el olor que le sentí. Para mí que había estado todo el día al sol, en el río, tanta fue la sensación de salud que me dio cuando pasé al lado de él.

Atravesé el umbral negro y salí a la calle. El Falcon estaba ahí, con las luces apagadas. Me paré un momento delante de las rayitas de luz que se colaban a la calle, y arrimando el oído a la persiana del dormitorio los oí llorar. Traté de espiar por las rendijas de la ventana, pero no vi una papa. Solamente escuché otra vez la voz de la mina, diciendo esta vez ella «Amor mío» y después cómo lloraban los dos, y después nada más. Me paré recién un par de cuadras más adelante, porque empezó a fallarme la carucita, y

aunque no había viento me tuve que arrimar a la pared para poder encender el Particular con filtro que me temblaba apenas en los labios. Con el primer chorro de humo seguí caminando bajo los árboles oscuros, pero ni silbé nada, ni me puse las manos en los bolsillos del pantalón. Tenía la espalda pegada a la camisa, que estaba hecha sopa. Cuando tiré el Particular con filtro y encendí el otro, sobre el pucho, la carucita no me falló, y llegué a la Avenida. Pensé en el bar del Gallego y en los muchachos, y en la cara que hubiesen puesto si se me hubiese dado por contárselos. Había menos gente en la Avenida, pero seguro que al terminar todos los bailes las calles iban a llenarse otra vez. Miré y vi que estaba lejos del barrio, y sintiendo en la cara un aire fresco que estaba empezando a correr, me apuré un poco, cosa de no perder el último colectivo.

Fresco de mano

A Augusto Bonardo

1

Estoy bajo el paraíso y no sopla viento que enfríe la luz de mediodía. La fronda del paraíso es atravesada por la luz y sobre el libro y el cuaderno abierto con la frase a medio terminar, escrita en tinta azul, se proyectan unos círculos solares, de distinto tamaño. El aire calienta también la zona de sombra y siento el cuerpo húmedo y la espalda desnuda pegada al respaldo de madera de la silla. La mesa recibe también unos círculos de luz. Escucho los ruidos que mi madre hace en la cocina

con las ollas y las sartenes y los cuchillos y los tenedores, metálicos, y el golpe seco del cuchillo sobre la tabla de madera. El olor de la comida llega hasta aquí. Recojo otra vez la lapicera y miro la frase, releyéndola. Ocupa los cuatro primeros renglones de la página y consiste en realidad en dos fragmentos: el fragmento final de la frase comenzada en la página anterior y el fragmento de la frase inmediatamente comenzada después del punto, que no he terminado todavía. He tachado la última palabra, «alma», y he puesto encima otra, «corazón». También la he tachado, como se ve en la página. Puse encima otra palabra, con letra chica y casi ilegible: «espíritu». También la taché. En el cuaderno dice

y por esta razón el narrador no debe interesarse por las cosas en sí mismas. El único problema real del mundo es la conciencia del hombre, que ilumina el

misterio del mundo y lo constituye como tal, y el hombre que se interesa por las cosas en sí mismas y quiere comprenderlas prescindiendo de su propia condición humana, tiene necesariamente secas ciertas fuentes de su

y después vienen las palabras tachadas. Permanezco inmóvil con la lapicera en la mano, mirando la página. Después miro el patio lleno de luz solar: la pared de ladrillos rojizos, sin revocar, que lo separa de la casa vecina, la galería en el lado opuesto, con las cuatro puertas de las cuatro habitaciones que se abren sobre ella, los sillones de mimbre, y el largo umbral enfrente mío, con la altísima arcada que deja ver la altísima puerta de calle, cuyas pesadas hojas están pintadas de gris. El umbral y la galería, techados, están a la sombra. Yo también estoy a la sombra, la sombra del paraíso atravesada por esos círculos solares. Alzo

la cabeza y la fronda del paraíso refulge, cegadora, en la altura. Bajo la cabeza, y dejando la lapicera sobre el cuaderno miro mi piel tostada, el pantaloncito de azul descolorido lleno de manchas. Veo mis pies sucios. La parte de mi cuerpo que puedo ver está quemada por el sol, las piernas cubiertas por un vello suave, y el pecho sin un solo vello. El extrañamiento sale del pleno vacío, y después fluye y cuaja, como esos nudos de la madera, más oscuros, rodeados por un círculo de vacío. Oigo los ruidos metálicos que vienen de la cocina, mezclados al sonido seco de la tabla de madera. Después el chisporroteo del aceite hirviendo en la sartén y el olor del riñón cortado en pedazos que comienza a freírse. El sol refulge cegador.

La voz de mamá y la de él vienen desde el living resonando apagadas y mezcladas a risas graves y fugaces. El gusto del riñón —o su recuerdo— me secan la boca y tomo un trago de limonada, directamente de la jarra. El hielo tintinea contra las paredes de vidrio de la jarra, empañada y fría, llena de gotitas que se deslizan sobre el vidrio como las gotas de sudor que recorren lentamente mi cuerpo dejando un rastro tortuoso parecido al rastro de un suplicio. La risa de él repercute más alta y se corta de golpe, por encima de la voz de mamá que murmura monótona. Recojo la lapicera, releyendo los dos fragmentos de frases, pongo un punto después de la palabra «tal», y tacho lo demás. Superpongo sobre las palabras muchas rayas irregulares en tinta azul hasta que lo escrito casi no puede leerse. Después escribo:

Dada su posibilidad de reinar sobre los hechos, la narración debe superar las cosas englobándolas en una síntesis significativa guiada por el amor al conocimiento del hombre, y propender a

El ruido de la pesada puerta gris más allá de la arcada altísima me hace levantar la cabeza justo para ver aparecer la figura de Esteban que atraviesa el hueco de la puerta y la cierra después detrás suyo. Dejo la lapicera dentro del cuaderno y me levanto, mientras cierro el cuaderno.

—¿Trabajabas? —dice Esteban.

—Sí —le digo.

Tiene la piel tostada y una camisa blanca, recién puesta. Parece recién bañado. Se ha peinado el pelo rubio bien aplastado contra el cráneo, y como se lo ha secado mal unas gotitas de agua le corren desde las patillas hacia la quijada. Sus ojos verdes, pétreos, contemplan el patio y se

detienen en la segunda puerta que da sobre la galería. Hace un movimiento interrogativo con la cabeza.

—El novio de mamá —le digo, en voz baja.

Miro su pantalón gris de poplin. Está recién planchado. Está parado en medio del sol y su pelo mojado brilla. Avanza y entra en la sombra y toma un largo trago de limonada directamente de la jarra.

—Es hora de que averigües qué clase de intenciones son las que trae —dice, riendo secamente con la jarra en la mano.

—No sé si debí permitirle que la visitara en casa —digo.

—¿Será un muchacho de buena familia? —dice Esteban, dejando la jarra sobre la mesa.

—Dudo —le digo—. La juventud de hoy día ha perdido toda moral, así venga de la mejor familia.

Esteban va y se trae un sillón de mimbre y lo

instala en la sombra, cerca de mi silla. Se sienta y estirando el brazo toca con el dorso de la mano la corteza áspera y llena de cortes y de hendiduras del tronco del paraíso. El murmullo de las voces sigue llegando desde la segunda puerta de la galería. Los ojos pétreos de Esteban se clavan en ella.

—Se está bien aquí —dice—. ¿En qué trabajabas?

—Alrededor de una duda —le digo.

—Está bien —dice Esteban—. A otra cosa.

Inciso dos: la playa. ¿Vamos?

—No puedo —le digo—. Hice la promesa de no salir.

—¿Promesa? —dice Esteban—. ¿A quién?

—A mí. A mí mismo.

—¿A vos mismo? —dice Esteban—. ¿Y por qué a vos mismo? ¿Quién sos vos mismo?

—Nadie —digo.

La boca de Esteban se ríe, pero sus ojos

verdes no y me recorren, pétreos. Cuando hay una persona cerca de uno, las cosas desaparecen, y cuando los ojos de esa persona nos recorren, desaparece también la persona y quedan solamente los ojos. Si esos ojos son los de Esteban, hasta los ojos mismos desaparecen, y lo que queda es algo imposible de definir. Después Esteban señala con la cabeza la segunda puerta de la galería.

—¿Será casado? —dice.

—Vaya a saber —digo yo.

Las voces llegan desde la segunda puerta de la galería. Tengo la boca seca y el gusto del riñón — o su recuerdo— me la llena. Tomo un trago de limonada directamente de la jarra. El líquido helado pasa a través de mis entrañas, pero mi boca sigue seca. Los ojos de Esteban me miran fijamente, verdes.

—Dame la jarra —dice, y me la saca de las manos, rozándomelas con las suyas, sin dejar de mirarme.

—Esa promesa —dice— ¿fue hecha por odio?

—No —le digo—. No sé.

—¿Tengo algo que ver con ella? —dice Esteban.

—No. Creo que vos no —le digo.

—Me hiera —dice Esteban—. Me hiera mucho.

Me echo a reír. El sol de las dos arde en el patio y nosotros lo contemplamos durante un momento desde la sombra ardiente del paraíso. El libro está sobre la mesa, junto al cuaderno cerrado, dentro del cual está la lapicera. En el living se ha hecho silencio y el silencio llega hasta nosotros como una voz.

—¿Y si llenamos la bañera, y nos metemos adentro? —dice de pronto Esteban.

—No —le digo—. Acabo de comer.

—Tengo un terrible deseo de estar desnudo —dice Esteban.

—No empieces otra vez con eso —digo yo.

Esteban se ríe, sacudiéndose, y el sillón de mimbre cruje bajo su peso.

—De acuerdo —dice—. No tenés que tomártelo así, Angel. Te juro que no es por nada malo, te lo juro. No tengo ninguna mala intención. Te lo juro que no, Angel.

—No te hagas el gil —digo yo, riendo.

—He escrito un poema —dice Esteban.

—Venga —digo.

Esteban hace silencio, cierra los ojos, después comienza a recitar:

*—Alguien tocó por mí
el aire, con mis manos.
Alguien vivió
mis noches, mis veranos.
Alguien que no fui yo
Llegó hasta aquí.
Oh, cielo, danos...*

La segunda puerta de la galería se abre bruscamente. Esteban interrumpe el poema y abre los ojos. Mamá está en la puerta. Tiene un salto de cama sucio y lleno de flores rojas y la cabeza llena de rulos. Un cigarrillo cuelga de sus labios.

—¿Queda algo de limonada, Angel? —dice.

—Sí —le digo.

Mamá se acerca haciendo susurrar sus chinelas sobre la galería; baja al patio y su larga sombra la sigue hasta que llega bajo la sombra del paraíso y su propia sombra desaparece. El cigarrillo cuelga de sus labios y mamá entrecierra un ojo para que el humo no se lo haga arder. Sus arrugas se acentúan debido a la trabajosa expresión de la cara.

—¿Cómo te va, Estebancito? —dice mamá, con su voz áspera.

—Bien, señora —dice Esteban.

—¿Y tu mamá? —dice mamá.

—Bien —dice Esteban.

—¿De veras que te tocó marina? —dice mamá.

—Sí —dice Esteban.

—El nene tuvo más suerte que vos, entonces —dice mamá, señalándome con la cabeza.

—Ahí está la limonada —digo.

Mamá me mira rápidamente y recoge la jarra.

—Hasta luego, Estebancito —dice.

—Hasta luego, señora —dice Esteban.

Mamá se vuelve y se detiene. Esteban y yo miramos en dirección a la segunda puerta de la galería. Él está ahí, parado, y nos sonrío.

—La tomo con los muchachos. Vos andá a bañarte, Elvira —dice.

—Estoy lista en un minuto —dice mamá.

Deja la jarra sobre la mesa y desaparece. Tiene la cara redonda, pueril, oscurecida por la barba, y le queda muy poco pelo en la cabeza. Está vestido con un traje blanco, sucio y raído. Tiene demasiada barriga. Sus ojos evitan mirarme cuando me habla.

—En qué andan, muchachos —dice.

—Conversábamos —dice Esteban.

—Permiso —dice él—. Voy a servirme un trago de limonada.

Llena el vaso de limonada, sin mirarme, y se lo toma.

—Y, Angelito, ¿cómo marcha ese periodismo? —dice.

—Bien —digo.

—Se gana bien ahí, ¿no? —dice.

—Algo se gana —digo.

—De joven me gustaba el periodismo —dice él—. Y me gustaban los versos, también. Tu mamá me ha dicho que te gustan mucho los versos.

Evita mirarme. Los ojos verdes de Esteban, en cambio, me contemplan, pétreos. No respondo.

—Sírvasse otro vaso de limonada —dice Esteban.

—Gracias —dice él. Lo sirve y se lo toma. Una gota cae del vaso al suelo, mientras él

permanece tomándoselo, con la cabeza echada hacia atrás. Después deja el vaso sobre la mesa.

—Calor —dice—. Mucho calor.

Tiene la barba vetuada de gris. Carraspea.

—Mucho —dice—. Mucho.

Vuelve a carraspear. Los ojos de Esteban me contemplan, los siento. Los de él, en cambio, evitan mirarme.

—Permiso, muchachos —dice por fin—. Voy adentro.

—Atienda, nomás —dice Esteban.

—Angelito —dice él, indeciso—. Una de estas noches tenemos que ir a comer unos pescados por ahí, ¿no te parece?

—Sí. Lógico —digo yo.

—Bueno, muchachos. No los molesto más —dice él.

Oigo el chasquido de sus zapatos en la tierra y después el taconeo sobre las baldosas. Esteban lo mira alejarse por encima de mi cabeza. Oigo el

ruido de la segunda puerta al cerrarse.

—Tenía sed —dice Esteban.

3

De pie contemplo cómo el chorro de agua de la canilla cae en la bañera, con un estruendo rápido. La bañera está a medio llenarse y el agua salpica los mosaicos blancos y negros del cuarto de baño.

—Seguro que la llevó a tomar un helado —dice Esteban.

Esteban se mira durante un momento en el espejo. Se toca la mejilla con la mano.

—Es extraño —dice.

Toda su ropa cuelga de la percha. A través de los vidrios esmerilados de la puerta del baño veo

la refulgencia del sol de la tarde. En la atmósfera flota todavía el olor a perfume barato de mamá. Esteban sacude la cabeza, haciendo una mueca a su propia imagen, y después se mete en la bañera.

—¿Cómo sigue? —le digo.

—¿Qué cosa? —dice Esteban.

—El poema —digo—. ¿Cómo sigue?

Esteban cierra los ojos y comienza a recitar, metido en el agua hasta el cuello.

*—Oh, cielo, danos
una luz más ardiente para saber
—si es que eso puede ser sabido—
quién labró por nosotros nuestro
ayer
y vivió lo que hemos vivido.*

Esteban permanece con los ojos cerrados, acostado boca arriba en la bañera, con el agua hasta el cuello.

—Esteban —le digo—. Ellos sufren.

—¿Quiénes? —dice Esteban.

—Él —digo yo—. Ella. Sobre todo él. Ella, sobre todo.

—Yo abriría la puerta —dice Esteban—. Me gustaría ver desde aquí el paraíso.

—No se ve desde aquí —le digo.

Me saco el pantaloncito descolorido y voy hacia la bañera.

4

No escucho más que el ruido de la lluvia en la casa sola. He puesto la mesa en la galería para ver la lluvia mojando incansablemente el paraíso, a la luz de relámpagos verdes. El agua a veces me salpica la cara. El cuaderno está abierto sobre la

mesa y a su lado está la lapicera, cerrada. Tengo la boca seca. Cuando los relámpagos iluminan el patio veo los charcos que el agua ha ido formando sobre la tierra. La luz de la galería alumbra apenas el cuaderno y la mesa y me he ubicado de modo tal que mi sombra no me impedirá trabajar. Siento el rostro reseco, y un gusto a sal, y la boca seca. La copia del poema de Esteban asoma de entre las páginas del libro. Releo lo escrito en tinta azul, inmediatamente después de lo tachado:

Dada su posibilidad de reinar sobre los hechos, la narración debe superar las cosas englobándolas en una síntesis significativa guiada por el amor al conocimiento del hombre y propender a

Tomo la lapicera y después de releer «y propender a» escribo a su lado «la». Vacilo un momento, miro la lluvia mojando la fronda

brillante del paraíso, y después me inclino otra vez sobre el cuaderno y pongo la palabra «sabiduría».

Esquina de febrero (1964- 1965)

Para Nicolás Sarquis

Esquina de febrero

Era preferible mirar cómo la luna atravesaba las copas de los árboles raleados por la sequía antes que pensar en eso; mirar ese largo tejido caído en la vereda a lo largo de toda la cuadra, esos locos arabescos ilegibles de sombra y luz lunar que formaba la inmóvil proyección de los árboles, mirar y no pensar en nada salvo en la brasa del cigarrillo que colgaba oblicuo de sus labios entreabiertos. Si pensaba iba a perder la serenidad. Le vino a la memoria la palabra sequía y la asoció enseguida a extinción gradual y a muerte. El planeta iba también a morir, había enfermado y estaba secándose: el río ya casi había desaparecido, las copas de los árboles aparecían veteadas de amarillo en pleno febrero, y un polvo malsano y un olor sutil pero insoportable impregnaban el aire de la ciudad. También sobre

su cara tostada y sobre el blanco pantalón y la blanca camisa deslumbrantes las hojas proyectaban sus sombras caprichosas y sin significado. Con dos dedos retiró el cigarrillo de los labios y la brasa trazó un lento semicírculo rojo en el aire negro. No tenía que perder la serenidad, y el pensamiento obstinado, lleno de vueltas, atravesado de miedos oscuros, de circunloquios que no se expresaban con nada que fuese parecido a palabras, todo eso se la hacía perder. Se apoyó contra los barrotes de esa larga verja que separaba la vereda del parquecito, y, pasando el parquecito, del oscuro edificio del Colegio, una masa de sombra difusa manchada de luz lunar en la que la larga hilera de ventanas parecía una serie de rectángulos de una oscuridad más densa pegados con regularidad en toda la extensión del muro. Ella cruzaba la bocacalle en ese momento, bajo la luz del foco de la esquina, y se acercaba a él. Su vestido floreado fosforecía

tenuemente en la oscuridad y sus tacos resonaban secos al chocar contra las baldosas de la vereda. Él permaneció sin moverse, apoyado contra la verja de hierro, fumando. Trataba de no pensar.

—Hola —dijo, emitiendo una débil sonrisa pálida, cuando ella se detuvo a su lado y pudo percibir su olor, un olor fresco y agudo, natural.

—Hola, Cacho —saludó ella, con voz sombría.

Cacho se irguió, la abrazó y le dio un beso seco, fugaz, en la mejilla. Ella ni siquiera se movió, ni siquiera volvió la cara; no hizo más que alzar el brazo y tocarse con levedad el cabello cuando él se separó desordenándosele ligeramente con la mano. Cacho le dio dos o tres pitadas más al cigarrillo y después lo tiró en silencio, tratando de no pensar.

—Bueno —dijo—. He estado pensando. Creo que no queda otro remedio.

La voz de ella sonó grave y violenta.

—Ya te he dicho que no quiero. Ya te he dicho que eso no puede ser.

Cacho trató de que en su voz no se mezclaran ni el furor ni el fastidio, que solamente expresara convicción y buena voluntad, pero apenas si pudo lograrlo.

—No hay otra alternativa —dijo. Pensó que «alternativa» era una palabra inadecuada para usar con ella, y se corrigió rápidamente—. No hay nada que hacer, querida. No veo otra solución.

Le pareció ver que los ojos de ella fosforecían en la oscuridad todavía más que su fosforescente vestido floreado de rayón. Eso le dio miedo.

—Te vas a arrepentir —dijo ella—. Te juro que te vas a arrepentir.

—Querida —murmuró.

—Vos me empujaste —dijo ella—. Fue todo por culpa tuya.

—Voy a pagar lo que sea —dijo Cacho.

Ella jadeaba furiosa, inclinándose hacia él con

los ojos furiosamente entrecerrados.

—Tengo una partera conocida que lo va a hacer. No vas a sentir nada —dijo Cacho—. Es un ratito y se acabó.

—Te he dicho que no —gritó ahogadamente ella con los dientes apretados.

Cacho sintió que la marea del pensamiento empezaba a ascender, y cerró los ojos, tratando de detenerla. No lo consiguió. El dique de su mente, que la contenía, estalló en mil pedazos y esa ola negra llena de pensamientos confusos y furiosos lo dejó como ciego haciéndole mover lenta y tensamente la cabeza.

—¡Hija de...! —murmuró, y después hizo un esfuerzo tan violento para no continuar que le saltó una lágrima. Ella retrocedió, expectante y sorprendida.

—Estás queriendo hacerme daño —dijo Cacho, jadeante y furioso y sin poder parar—. Estás queriendo armar un escándalo. Querés irle

con el cuento a mi familia.

—Cacho —dijo ella.

—Puedo darte lo que quieras. Cuando reciba la mensualidad de mi familia puedo dártela. Puedo presentarte un amigo.

—Cacho. Cacho —murmuró ella. Después se echó a llorar.

—Pue... —comenzó a decir Cacho, pero al advertir que ella lloraba se calló la boca y esperó. La ola negra del miedo retrocedió, dejando unos fragmentos podridos de pensamientos, pero después también eso se disipó y no quedó nada, salvo el llanto de la chica, ahogado y lleno de reproches inaudibles. Después Cacho comprendió que ella estaba diciéndole que lo quería y que no siguiera diciéndole esas cosas que ella no las podía soportar y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa si es que él no la abandonaba. Cacho respiró hondo y el olor sutil y espúreo del aire reseco y contaminado le llenó la nariz y la

boca. Pero sobre ellos caía ese complicado dibujo de la fronda calada de los árboles y ella estaba llorando a su lado, como prueba pura y palpable de que él ya no necesitaba pensar.

—Un amigo va a darme los cuatro mil pesos —dijo Cacho mientras sacaba un cigarrillo y se lo llevaba a los labios—. La partera me dio turno para el lunes. Vas a tener que quedarte el lunes a la noche y el martes.

—Pero es que no puedo. No puedo faltar al negocio. ¿Y qué voy a decir en mi casa? —dijo ella, en medio de su llanto apagado. Cacho encendió el cigarrillo con un encendedor niquelado que emitía reflejos en la oscuridad y que produjo un chasquido metálico al encenderse. La llama le iluminó el rostro tostado.

—Decí que vas a la casa de una amiga, como hiciste aquella noche —dijo—. En la tienda podés pedir permiso para faltar.

Ella dejó de llorar y meditó un momento.

—Sí —dijo—. Puede ser.

Cacho volvió a apoyar la espalda contra la verja, fumando. El cigarrillo trazaba semicírculos rojos, erizados, cada vez que lo alzaba hasta los labios. El olor de ella, frío y agudo, que por un momento había sido más fuerte y definido que el del estío seco y caliente, se había borrado, era como un montón de ceniza fría en el fondo de un brasero apagado. Por un momento se olvidó de que ella estaba ahí y pensó en el río reseco, con ese hilito inmóvil de agua sucia y esos pescados muertos y podridos que despedían mal olor y que se deshacían si uno los tocaba con la punta del zapato.

—¿Hacés algo esta noche? —dijo ella.

—Rindo el dos de marzo —dijo Cacho.

—¿Me invitás a tomar un helado? —dijo ella.

—Rindo el dos de marzo —dijo él—. Si no apruebo, no me pasan más la mensualidad. No puedo perder ni un minuto.

—¿No querés que vaya a cebarte mate, hasta las doce?

—Voy a estudiar con otros dos muchachos. Vamos a darle fuerte. Uno de ellos es el encargado de cebar mate. Si estuviese solo, podría ser.

Cacho creyó conveniente tocarle la mejilla, y se la tocó.

—El viernes, en todo caso —dijo.

—Cacho —dijo ella—. Tengo miedo.

—No seas tonta, si es una cosa de nada. En diez minutos está todo listo. Esa señora tiene mucha experiencia.

—Dame un beso —dijo ella.

Cacho la abrazó y la besó, sintiendo una oleada fugaz de ese olor peculiar de su cuerpo, un olor que era de ella y de nadie más. El vestido floreado se abultaba y se hacía tenso a la altura de los senos. Ella lo apretó fuertemente contra su cuerpo.

—No me dejes —murmuró.

—Tonta —dijo Cacho.

Volvió a besarla, primero en los labios y después en la mejilla. Ella se separó de su abrazo y se alejó caminando rápidamente, sin despedirse, sus tacos resonando secos y múltiples en la vereda y su vestido floreado fosforeciendo de un modo leve en la oscuridad atravesada por la luz de la luna. Cacho la miró un momento y después comenzó a caminar en dirección contraria. Su cuerpo delgado y juvenil enfundado en la camisa y el pantalón blanco proyectaba sobre la vereda una sombra difusa. Por qué le había pasado una cosa semejante, era algo que no podía sacarse de la cabeza. No el hecho de haberla conocido en un baile y haberse acostado con ella un mes después, cuando estuvo solo en la casa y ella fue a hacerle compañía mientras estudiaba. Eso era frecuente, le había pasado antes un par de veces con otras chicas. Tampoco lamentaba la complicación final, porque todos los muchachos la habían tenido

alguna vez, e incluso al Gorrión mismo le había pasado y había resuelto la cosa en un par de días. Lo que le resultaba intolerable era que ella hubiese puesto tanta obstinación en no querer hacerlo, en insistir con eso de que era algo que no se debía hacer. Esa originalidad, cuando lo habitual era resolver el asunto cuanto antes, a Cacho le resultaba incomprensible. No pensó más en la cosa, cruzó la calle y se encaminó al centro. Eran alrededor de las diez. El Gorrión estaba esperándolo en el bar de la galería. Otra vez se le llenaron la nariz y la boca con ese olor pútrido, y tuvo miedo. La tarde anterior habían estado caminando con el Gorrión bajo el sol, por la orilla del río —o por la orilla del sitio donde hasta hacía un mes había estado el río— y habían visto ese caballo muerto, hinchado, que despedía un olor imposible y estaba cubierto por un enjambre de moscas verdes que zumbaban siniestramente a su alrededor. El Gorrión se había dado vuelta en ese

momento, señalándole con el dedo el cielo por encima de la ciudad, agolpada sobre el río seco: en el cielo, a una altura regular, parecía flotar una capa de ceniza, pálida y gris, la ceniza de una luz putrefacta. Estaba suspendida inmóvil, y el sol, cuya contemplación los ojos apenas toleraban, proyectaba una incandescencia hiriente, pétrea y gris. Cacho se estremeció recordándolo.

Ahora no había árboles por las calles que atravesaba, a medida que iba acercándose al centro. Cuando divisó los primeros letreros luminosos comenzó a caminar más rápidamente. Las calles estaban llenas de gente. En San Martín, las hileras de coches, rodando con lentitud en ambas direcciones, producían un rumor oscuro y múltiple y se detenían de vez en cuando en las esquinas. Las innumerables luces de los letreros y de las vidrieras parecían sucias. La gente caminaba lentamente o permanecía en grupos, detenida junto a las vidrieras, hablando en voz

baja. Cacho encontró al Gorrión sentado solo en una mesa de la galería, frente a una sangría de vino blanco. El Gorrión apoyaba los brazos en los respaldares de dos sillas desocupadas, mirando melancólicamente el vacío. Cacho miró a su alrededor las mesas ocupadas por gente que conversaba en voz baja, y después se sentó.

—¿Me demoré? —dijo.

—No me había dado cuenta —dijo el Gorrión.

Su pelo rubio parecía calcinado y su rostro tostado estaba hecho con unas líneas duras y regulares. Tenía unos ojos azules y acuosos, fríos.

—Estuve arreglando un asunto —dijo Cacho.

El Gorrión no le contestó. Él fue hasta el mostrador de rafia amarilla y se trajo un vaso con un pedazo de hielo transparente dentro. Se lo llenó de vino rubio y se lo mandó de un trago.

—¿Qué hacés esta noche? —dijo.

—Posiblemente nada —dijo el Gorrión.

Cacho vaciló; vacilaba antes de hacerle

invitaciones al Gorrión por miedo de que se las rechazara. El Gorrión era independiente y brutal, y él le tenía miedo. El verano anterior lo había llevado a pasar un mes entero con él, a la quinta que su padre tenía en las afueras de Paraná, en la orilla del río. Habían pescado y una noche se habían llevado a dos chicas de Paraná con ellos y a veces se levantaban a la madrugada y se bañaban desnudos en el río. Además habían leído un apunte entero de Derecho Romano.

—¿Cuándo vas a traerme la ficha de afiliación? —preguntó Cacho.

—Cuando hagas el mérito suficiente —rió el Gorrión.

Cacho sonrió; estaba empezando a sudar el vaso de sangría que acababa de tomar. La cara del Gorrión estaba húmeda y brillaba. Tenía la camisa desabotonada y se le veía el pecho tostado cubierto por un vello ralo. Cacho se sirvió un nuevo vaso de vino, hasta el borde, y tomó un

largo trago, vaciándolo hasta la mitad.

—Me gusta cuando está así, bien frío —dijo.

—Conviene ir pidiendo otra jarra —dijo el Gorrión.

Cacho fue a pedir la segunda jarra al mostrador y regresó con ella. El Gorrión revolvió su contenido durante un rato con una larga cuchara de material plástico de color verde.

—Estuve tratando de sacarme de encima una mina —dijo Cacho.

—¿La de la tienda?

—Sí. Quiere casarse. Menos mal que la convencí de que se deje tratar con la partera, si no se me iba a armar un lío grande, de los que no se empardan.

—A mí siempre me pasa al revés —dijo el Gorrión—. Nunca me dejan hacer la experiencia de la paternidad. Quieren ir a toda costa a lo de la partera.

El Gorrión lanzó una carcajada, feliz de lo que

le acababa de decir y él le devolvió una obediente sonrisa.

—Después de los exámenes podríamos irnos una semana a Entre Ríos —dijo—. ¿Qué te parece?

—¿Al rancho? —dijo el Gorrión.

—Sí. ¿Te gustaría?

—Depende —dijo el Gorrión—. Tendría que juntar unos mangos. A mí no me mandan ninguna mensualidad.

—Allá no hay problema —dijo Cacho—. Le tiro la manga a mi viejo y nos llenamos la heladera de cosas. Una semana sin ver la cara de nadie. ¿Qué te parece?

El Gorrión sacudió la cabeza, pensando. Tomaron un par de vasos de vino en silencio. Cacho sentía la cabeza llena de pensamientos confusos, una masa informe de pensamientos como un nudo atormentado de víboras, tan enredadas que el cuerpo de cada una se perdía en medio de esa

masa convulsionada y furiosamente móvil. El cuello del Gorrión estaba atravesado por unas venas gruesas y nudosas. Cacho recordó el caballo muerto, las moscas verdes zumbando siniestramente a su alrededor. Creyó percibir un olor, tan intenso y desagradable que lo hizo sacudir la cabeza.

—Lo pasamos bien el verano pasado, eh, Gorrión —dijo.

—Bien, sí —dijo el Gorrión, melancólicamente.

—Yo he pasado todos los veranos en esa casa desde que nací. Era de mi abuelo.

—Sí, me habías dicho —dijo el Gorrión.

—Con todas mis hermanas, y con mi madre. Mi viejo se quedaba trabajando en la ciudad y nos iba a visitar los fines de semana.

Tomó otro vaso de vino, bajo la mirada fría del Gorrión que lo observaba curiosamente.

—Tengo la lengua pesada. Creo que se me está

yendo la mano. ¡Hija de puta! Venir a laburarme la moral con el cuento del amor.

—Supongo que no le habrás dado tiempo —dijo el Gorrión.

—No. No se lo di —dijo Cacho, como para sí mismo. Tomó un poco más de vino y arrugó la cara—. Estoy con el estómago vacío. Iba a estudiar esta noche. Pero ahora no tengo cinco de ganas.

Se palpó con torpeza el pecho y el pantalón, buscando el paquete de cigarrillos. Al fin sacó el paquete y se llevó un cigarrillo a los labios, dejando el paquete sobre la mesa llena de manchas de vino. Tuvo el cigarrillo entre los labios sin encenderlo.

—¿Viste cómo estaba el cielo ayer a la tarde? Me asustó —dijo.

El Gorrión se echó a reír, estirando sus hermosas y pétreas facciones. Pero sus ojos acuosos no sonreían nunca.

—¿Qué pasaría si la tierra se seicara? —dijo

Cacho.

—Quedaría el vino —dijo el Gorrión.

Cacho sonrió.

—De veras. No lo había pensado —dijo. Sacó el encendedor y lo hizo funcionar. La llama devoró el extremo del cigarrillo y Cacho echó el primer chorro de humo gris.

—Tenemos que ir a Entre Ríos, Gorrión —dijo después.

—Podemos llevar el apunte de Penal, y ver algo —dijo el Gorrión.

—Perfecto —dijo Cacho—. ¿Qué pensabas hacer esta noche?

—Nada —dijo el Gorrión.

—Tengo unos pesos. Podemos hacer algo.

—Preferiría irme a dormir —dijo el Gorrión.

—Podríamos ir a comer algo por ahí —dijo Cacho.

—No —dijo el Gorrión—. Ya comí.

—¿Y si tratamos de levantarnos unas minas?

El Gorrión se encogió de hombros.

—No es tan fácil —dijo—. Además, tengo sueño.

—Qué lástima —dijo Cacho—. Bueno. Me quedaré solo. Qué le vamos a hacer.

El Gorrión no le contestó. Terminaron la jarra de vino y el Gorrión se puso de pie; era alto, fuerte, bien proporcionado. Cacho lo miraba fijamente. Salieron; el Gorrión caminaba con un paso lento y firme, y Cacho lo seguía con unos pasos torpes, trabajosos. En la calle, el olor empezó a percibirse otra vez. Le llenó la nariz y la boca como algo corpóreo, compacto. Dejaron atrás el centro y comenzaron a caminar por las oscuras calles transversales, arboladas y desiertas.

—¿Cuándo diablos lloverá? —dijo de pronto Cacho.

El Gorrión lo miró sorprendido. Después Cacho se detuvo y se apoyó contra la pared, cerrando los ojos.

—Gorrión —dijo—. Creo que estoy por vomitar.

¡Ah, si encontrara el camino de regreso!

Los últimos dos meses, Gloria estuvo dándole demasiado trabajo a doña Margarita y a Cristina. Cuando hablaba en la pieza con la Visita, podía pasar. Su voz era un murmullo ronco y casi inaudible, un zumbido grave y monótono, atenuado por esas cuatro paredes entre las que se le estaba yendo la vida. Estaba bien ese zumbido monótono, podía pasar. Pero cuando se acostaba ebria —cosa que pasaba todas las noches— y soñaba con ese río negro del que recordaba oscuramente haber salido, bañada de agua negra, cuando soñaba con ese río negro que quería volver a tragársela, entonces empezaba a chillar sin parar, apretándose fuertemente las sienes con los dedos rígidos, y salía disparando de la habitación, dando gritos enloquecidos y furiosos, y Cristina y doña

Margarita, pálidas y asustadas, la corrían por el vasto patio de mosaicos rojos de la pensión, hasta que echándosele encima lograban aplacarla y reducirla llevándola otra vez a la cama para que se volviera a dormir. Entonces Gloria se dormía y ellas dos se quedaban largo rato al pie de la cama, jadeantes y con la mano apoyada delicadamente en el pecho, para apaciguar y medir la intensidad de los latidos del corazón.

Pero no era solamente ese río negro, que parecía haberla engendrado, y que sin embargo ahora quería devorarla, sino esa confusa y múltiple claridad situada entre las dos orillas de sombra, claridad a la que Gloria llamaba su vida. Esa vida era la que trataba de aclarar el zumbido monótono de su terca conversación cuando la Visita estaba en su cuarto, del que Gloria no había salido más que a buscar bebida durante los últimos dos meses. Cristina y doña Margarita dejaban por un momento la costura o el bordado, o si estaban

en la cocina, las sartenes y las soperas, y alzando la cabeza y afinando el oído percibían el murmullo grave que se filtraba por los ladrillos, retumbaba apagadamente en el patio y llegaba hasta ellas incomprensible pero lleno de sentido. Entonces les parecía que la Visita se había detenido un momento antes frente a la puerta alta y antigua de la pensión, había mirado hacia adentro brevemente para cerciorarse del lugar, había atravesado el largo zaguán cuyo viejo zócalo de azulejos obsidiana estaba cayéndose de a poco dejando ver en la pared unos cuadrados ásperos de un blanco sucio, y después había cruzado el vestíbulo cuyos muebles treinta años atrás habían sido quizá nuevos, pero nunca elegantes, observada por el severo y evanescente retrato del difunto marido de doña Margarita, enmarcado en un óvalo de caoba negra, y había salido al patio, nítida y lenta a la luz del atardecer que se filtraba por entre la intrincada glicina cuyo reguero lila las lluvias calientes y

repentinas de enero esparcían por el patio. La Visita cruzaba después el patio y penetraba en la habitación de Gloria, la última de la hilera derecha. A la noche, cuando la Visita se retiraba, Gloria se dormía y soñaba con el río negro.

¡Si Gloria se hubiese conformado solamente con la copita de marsala acompañada de los pedazos de torta casera, triangulares y amarillos por el abundante huevo, que doña Margarita y Cristina tomaban al atardecer! Pero Gloria no se conformaba con eso, y cada siesta se iba hasta el almacén de la esquina a hacerse una provisión de vino tinto y de ginebra. Salía a la siesta enfundada en esos batones floreados demasiado llamativos, con los ojos todavía entorpecidos por el sueño matinal, porque desde la época del cabaret le había quedado la costumbre de levantarse después del mediodía. Esa costumbre y la inclinación a la bebida y el asco por los hombres y un montón de dinero le habían quedado de esa época como

fragmentos podridos de una vida desaparecida adheridos a ese cuerpo fulgurante y blanco, ya ajado, de giganta, a esa ronca voz que sonaba jovial cuando Gloria estaba fresca. ¡Si se hubiese conformado con esa copita de marsala! Pero (y doña Margarita y Cristina juntaban con las yemas de los dedos las miguitas amarillas, dulzonas y pegajosas, y se las llevaban a la boca mientras parloteaban entre suspiros sobre el asunto, al atardecer) Gloria se había mandado ya por lo menos media botella de ginebra a esa hora, y estaba por lo tanto borracha. Era una lástima, murmuraba doña Margarita, frunciendo su ajada boca llena de estrías, paladeando los porosos átomos de masa dulzona, una verdadera lástima, una picardía, porque al llegar a la pensión, cinco años atrás, aunque ya tomaba y se emborrachaba de vez en cuando, Gloria no había sido ni la sombra de lo que era ahora. De otra manera ella y Cristina no le habrían tomado tanto cariño. Las

flacas mejillas de Cristina rodeadas por esas mandíbulas huesudas, se contraían y se hundían todavía más por los efectos de la pena, al recordar lo compañeras que habían sido las tres durante los primeros dos años que Gloria pasó en la pensión. Gloria misma lo había confesado aquella noche en que festejando su resolución de retirarse de la vida nocturna, ellas dos le ofrecieron una cena íntima. Comieron una paleta de cordero al horno con papas doradas, y Gloria aportó un par de botellas de vino tres cuarto. Con las últimas migas marrones de la torta de chocolate y el último trago de la segunda copa de marsala, la voz ronca de Gloria tembló un poco al decir que había estado buscando toda su vida un hogar, y que por fin lo había encontrado. Doña Margarita simuló que iba a llevar unos platos sucios a la cocina, pero Cristina, que tenía un año más que su hermana y la conocía muy bien, sabía que doña Margarita había ido a la cocina a llorar. Para Cristina ese recuerdo

era oro puro entre la ganga de su pasado de solterona, porque desde que había perdonado a su hermana por haberle arrebatado al único hombre que despertó en ella alguna vez el deseo fugaz de dejar por fin de ser una niña, desde que no había entre ellas más que soledad y perdón —apenas turbados a veces por la muerte—, toda su vida no había sido más que como uno de esos largos días de invierno en los que la llovizna pareciera borrar el mundo entre dos paréntesis de oscuridad: algo peor que algo imposible de ser visto; algo que no vale la pena mirar. Ni siquiera dolor ni odio: un simple renunciamiento gris y un retroceso leve e imperceptible que la convirtieron en una niña amarilla y reseca cuyos ojos intactos habían contemplado su propio despojamiento primero, y después la desaparición de lo que se le había quitado, y después cómo la vencedora ilusoria de ese combate ilusorio, su propia hermana, trataba penosamente de recuperar para sí misma esa

inocencia que la había obligado a preservar. Por eso era siempre doña Margarita, y no Cristina, la que lloraba. Pero era Cristina la que hacía el recuento oscuro de aquellos momentos en los que sentían que valía la pena vivir, aunque doña Margarita hubiese dado la impresión de vivirlos más hondamente.

¡Y si Gloria se hubiese conformado con todo eso! Pero Gloria llevaba el exilio en el corazón, no podía por lo tanto encontrar un hogar. Gloria veía cada noche un río negro que se abría para devorarla y se ponía a correr enloquecida por el patio con el camión transparente empapado en sudor y pegado a la espalda blanca. Cuántas ásperas manos masculinas debían haber acariciado esa espalda blanca, sabía pensar Cristina cuando por fin dejaban a Gloria dormida nuevamente en la cama, y a ella le quedaban en las yemas de los dedos y en la palma de la mano los rastros invisibles del contacto con aquel cuerpo

formidable. Y cuando Gloria se despertaba al día siguiente, si estaba de buen humor, iba a visitar a las chicas al comedor y charlaba largamente con ellas, con su voz ronca y jovial y un cigarrillo colgando oblicuo de sus labios entreabiertos, antes de tomar un trago de nada.

También la noche que habían salido a comer afuera era parte del breve inventario de vida que Cristina se repetía continuamente a sí misma. Gloria las había invitado el día anterior, y ellas dos estuvieron preparándose durante todo el día. Habían sacado del fondo del ropero los viejos vestidos de salida, pasados de moda en el momento mismo de ser confeccionados, muchos años atrás, e incluso en el momento de haber sido soñados y concebidos por las mismas interesadas. Los limpiaron, sacudiéndoles el polvo, borrándoles con un trapo impregnado de bencina las antiguas manchas polvorientas, los recortaron y los volvieron a hilvanar y coser, y se los probaron

varias veces frente al gran espejo oval del ropero. Ya a las siete de la tarde estuvieron listas, bañadas, peinadas y discretamente pintadas en los ojos y en las mejillas, Cristina delgada, reseca y rígida, como si la vida estuviese filtrándose hacia afuera como aire por entre los pliegues de su vieja carne, y doña Margarita obesa y ávida, llena de blandas redondeces decrepitas, como si fuese ella la destinataria de esa vida evanescente y frágil que estaba de un modo continuo escapándose de su intacta hermana. Esperaron que Gloria estuviese lista sentadas en el comedor, tomando la copa de marsala del atardecer, impacientes y nerviosas como no lo habían estado nunca en su vida, pero tan cohibidas que se sintieron incapaces de ir a buscar a Gloria temerosas de que ésta se hubiese olvidado o arrepentido de la invitación. No se atrevieron siquiera a mirarse a la cara por temor de encontrar en el rostro de la otra la confirmación de ese miedo secreto. Por fin Gloria apareció,

desenvuelta y espléndida, y ellas oyeron antes que nada el ruido seco y resonante de sus tacos atravesando el vasto patio de mosaicos rojos protegido en la altura por la techumbre apretada y lila de la glicina. La huesuda mandíbula de Cristina colgó como sin vida, y su huesuda mano infantil subió instintivamente hasta la mejilla, el meñique rozando apenas los labios separados, impulsada por el súbito asombro y la sorprendida admiración que se parecían más que nada al pavor: la espléndida figura de Gloria, blanca y ceñida por ese maravilloso vestido amarillo, locamente escotado, tanto que permitía ver los blancos senos ya flácidos encimados uno sobre el otro, ese vestido de organdí con un calado de flores cuyos pétalos estaban bordados en un hilo color oro, ese vestido del que Gloria emergía rodeada de un olor perfumado, agudo, limpio e inolvidable. Como era verano fueron a un patio llamado *El Rincón Español*, cuyo piso era de

polvo rojo de ladrillo, fresco y regado, y en una de cuyas paredes celestes alguien había pintado la figura de un torero, con su traje de luces y su capa plegada sobre el brazo, firme y erguido, alzando majestuosamente el brazo libre por encima de la cabeza. ¡Todo era tan limpio, festivo, y reluciente! Tomaron dos botellas de vino blanco, que el mozo trajo dentro de un baldecito plateado lleno de hielo. Al final de la comida, Gloria fijó sus ojos demasiado pintados en algún punto de la mesa, y haciendo girar con distracción su copa vacía, mientras Cristina devoraba con su intacta mirada el vasto cuerpo blanco, habló largamente, y como para sí misma, de un pueblito cercano a Rosario que tenía una plaza por la que las chicas paseaban los domingos tomadas del brazo, y en cuyas esquinas los muchachos se congregaban a fumar y a reír hasta que llegaba la noche. Habló de una casa de ladrillos sin revocar ni pintar, situada en las afueras del pueblo, en el que una chica de

diecisiete años soñaba cada noche que un hombre estaba sobre ella, inmóvil o muerto, y que era un hombre distinto cada noche. Habló de una mañana tan luminosa que el cielo parecía una cúpula de oro, y de una humilde valija hecha rápidamente, dejando la mitad de las cosas —incluso ese sueño del hombre muerto que la vejaba con su sola presencia y era distinto cada noche—, y de un ómnibus tomado furtivamente en las afueras del pueblo, y de un asiento reservado junto a ella para un hombre que debía subir al ómnibus un pueblo más adelante, y que no estaba en la parada del ómnibus, y que por lo tanto nunca subió. Después habló de una, dos, tres, mil ciudades. Después hizo un largo silencio durante el que doña Margarita y Cristina la contemplaban aterrorizadas y expectantes, y ella hacía unas muecas fugaces de perplejidad y extrañamiento antes de empezar a hablar otra vez y preguntarse implacablemente a sí misma, con ronca voz, quién era ella, cuál era el

camino que había recorrido hasta entonces, si es que había habido algún camino, y si es que había hecho algo que pudiera nombrarse con la palabra recorrer, y si era así por qué lo había recorrido. No había reproche, pena o desesperación en su voz, sino simple extrañamiento. Y Cristina y doña Margarita contenían la respiración viendo cómo el hermoso cabello negro se sacudía silencioso y turbulento a cada movimiento de cabeza. Cuando volvieron a la pensión, Gloria estaba borracha, y esa noche apareció en sus sueños por primera vez el río negro que la había tal vez engendrado, bañada en agua negra, emergiendo de entre misteriosos remolinos oscuros, y que ahora quería devorarla. Esa noche no gritó; se despertó extrañada y con miedo, creyendo que el sudor que humedecía su cuerpo era un rastro repugnante de ese líquido negro, pero después volvió a dormirse, según le contó ella misma a Cristina al día siguiente en el comedor, a la hora de la siesta.

Con el tiempo, Gloria empezó a emborracharse cada vez más seguido, y después apareció la Visita. De las largas conversaciones que mantenía con ella, doña Margarita y Cristina oían solamente la voz monocorde de Gloria, respondiendo a las frases silenciosas que, con desconcertante ubicuidad, desde algún lugar remoto, la Visita debía estar mandándole por telepatía, para que nadie más que Gloria pudiese escucharlas. Miraba un momento el frente de la casa, atravesaba el zaguán y el vestíbulo, cruzaba el patio bajo la glicina, y después, invisible, penetraba en la habitación de Gloria. Solamente Gloria podía verla, con esos ojos que se le habían achicado tanto que parecían dos heridas a medio cicatrizar, y durante los últimos dos meses en los que Gloria les dio tanto trabajo, la Visita parecía haberse instalado de un modo definitivo en la habitación, porque el murmullo ronco y monótono no paraba nunca, salvo cuando Gloria se dormía a la

madrugada y se despertaba dando gritos y corriendo enloquecida por el patio con las manos crispadas apretándose las sienes y toda bañada en sudor. Por culpa de esas carreras y esos gritos doña Margarita y Cristina habían ido perdiendo uno a uno todos los pensionistas, y si no hubiese sido por la pensión por Ernesto que doña Margarita seguía cobrando del gobierno y el aporte mensual que hacía Gloria, no hubiesen tenido con qué vivir.

Pero ellas dos seguían tomando su copa de marsala al atardecer, sin embargo, y hablando de Gloria mientras la voz de ésta zumbaba incansablemente cuando hablaba con la Visita en la última habitación de la hilera derecha. Gloria era el último tema de conversación que les quedaba ya para la hora del marsala, porque desde el día siguiente de la muerte de Ernesto, después de ese relámpago negro que le partió en dos el corazón, cuando la causa de la soledad y del

perdón había sido borrada para siempre de la faz de la tierra, ya no les había quedado nada de qué hablar. Tiempo antes de los últimos dos meses, Gloria prometía cada día que al siguiente iba a dejar de tomar y eso daba entre las hermanas lugar no solamente a la conversación, sino también a la esperanza. Por eso la tarde en que el zumbido ronco se detuvo de golpe, mientras las dos hermanas conversaban en voz baja mordisqueando delicadamente sus respectivos trozos de pan de España, el silencio se hizo tan súbito y pesado que las indujo a ellas mismas a callarse, y a permanecer con la boca abierta, el movimiento de masticación detenido, y la mano con el pedazo de pan de España que iba a ser depositado en el plato, inmóvil a mitad de camino. Les pareció sentir que la Visita salía de la habitación, cruzaba el patio, el vestíbulo y el zaguán y abandonaba la casa para siempre. Después no oyeron más nada, salvo el sonido de sus voces gastadas, y recién a

la mañana siguiente, cerca del mediodía, empujaron con un horror incapaz de ser alterado por el más mínimo destello de esperanza la puerta de la habitación, y vieron el cuerpo blanco y desnudo, más blanco y rígido todavía por obra del veneno, y más desnudo todavía por obra de la muerte, el cuerpo cuyas manos yacían una sobre la otra en el amplio vientre ya muerto y cuyos ojos muertos no despertaban en quien los contemplaba sino un sentimiento de paz.

Fue doña Margarita la que lloró, como de costumbre, y no Cristina, que miró largamente y más con admiración que con miedo la abarrotada habitación, la nota en la que Gloria se despedía de ellas y les legaba todas sus pertenencias, y el largo cuerpo vencido. Pero fueron las dos las que la velaron todo el día y toda la noche y las que la acompañaron a la mañana siguiente al cementerio y ahí la dejaron. Exactamente un año después, el redondo cuerpo de doña Margarita fue haciéndose

cada vez más magro, de un color parecido al papel de molde que guardaba en su propio costurero. Murió lentamente y mal, llena de dolores, invocando a Dios, sentada en la cama contra las sucias almohadas, y mirando fijamente algo por encima del hombro de Cristina.

Cristina le cerró los ojos y al día siguiente la llevó a enterrar. El olor de las tortas caseras y del marsala se ha borrado para siempre de la casa, no viene nunca una Visita, y los azulejos verdes del zaguán caen uno tras otro todos los días, dejando un áspero cuadrado de un blanco sucio en la pared; pero en la alta noche una mujer delgada y reseca se prueba frente al espejo oval del ropero un vestido amarillo lleno de unas flores bordadas en hilo de oro, un vestido demasiado grande para su cuerpo intacto que ella se ciñe con esperanza y orgullo aferrándolo por detrás con una gris y huesuda mano infantil.

La relación de oro

—¿Y cómo es eso? ¿Cómo es eso? —dice Eva riendo, inclinándose hacia mí mientras cruza las piernas tostadas y sus labios sin pintar se llenan de estrías profundas.

—Muy sencillo —le digo—. Un pensamiento puro es un pensamiento que no viene mezclado con nada.

Eva se entristece de pronto y murmura con una voz ronca:

—Estás viejo, Ángel. Dame un cigarrillo.

Se lo alcanzo obedientemente y se lo enciendo con el encendedor de oro que ella me ha regalado dos años atrás, el día de mi cumpleaños. Ella agarra mi mano y la pone entre sus senos. La angorina rosada del suéter está caliente, pero mi mano sigue fría. Eva me mira fijo y mis ojos recorren fugazmente su cara: los años son como

cicatrices de viejos suplicios, infligidos a nuestra cara. Si fuera verano, yo estaría echado en la arena solitaria, quemándome al sol. Pero es inevitable que cada otoño se repita en mí el deseo de fornicar con Eva. Cada año tengo que elegir entre desear a Eva o quererme a mí mismo.

Retiro la mano del pecho de Eva para levantar la copa de vino. Con la copa en la mano hago un ademán circular que abarca toda la habitación.

—Esto es mucho mejor que la casa en la costa —le digo.

Eva echa una mirada al departamento. La mitad de los chirimbolos es demasiado antigua y la otra mitad demasiado moderna, y el conjunto es afectado y costoso, pero cálido.

—Hace treinta y dos años que vengo cambiando de casa —dice Eva—. El día que nació papá y mamá y mi hermano estaban preparándose para volver de la estancia a la ciudad. Nunca conocí esa dichosa estancia.

Fuma pensativa. No sé si ha llegado el momento de pedirle dinero. Cuando ella intuye que lo necesito sabe negármelo. Lo que me conviene es excitarla y dejarla colgada en su deseo y hacerla sufrir. Pero yo también sufro con su deseo. En diez años, la relación con Eva me ha enseñado que no hay modo de no sufrir, excepción hecha de la muerte. Pero la muerte no enseña nada.

—No entiendo cómo puede no venir mezclado con algo —dice Eva.

—Pasa, a veces —le digo.

Tomo un trago de vino tinto, cálido. Me inclino hacia la mesita y deposito en ella la copa vacía. Eva sigue mis acciones con la mirada. Después abre la boca y emite una risita sorprendida, estéril, y sigue fumando.

—Mi segundo marido era un tipo puro —dice Eva, pensativa—. ¿Él entonces no venía mezclado con nada?

—No sé —le digo—. Probablemente no tenías

la experiencia necesaria para saber cuáles eran sus impurezas.

—Puede ser —dice Eva.

Agarra otra vez mi mano fría y la deposita en su pecho. La angorina rosada está caliente. Eva se acerca a mí. Todo su cuerpo quema.

—¿Te sobra un poco de plata? —digo.

—Sí —dice Eva—. Creo que sí.

Su corazón palpita, me doy cuenta porque mi mano fría está sobre su pecho. No está muerta por lo tanto. Estamos en el departamento de Eva, en el séptimo piso. Soy su gran amor, constante respecto de sus tres maridos. Su tercer marido acaba de salir. El ambiente es cálido. Es el mes de mayo, y anochece. Por lo tanto no estoy muerto.

—Tu cuerpo quema —le digo.

Ahora está seria, vuelta hacia sí, los ojos entrecerrados, la cabeza alzada, y murmura. Nunca me he atrevido a preguntarle qué. Cuando empieza a murmurar, Eva desaparece y en su lugar queda

alguien que no es ella, pero es en la cara de la Eva que vuelve donde quedan las cicatrices de las heridas que yo le he infligido a la otra. Y lo terrible del asunto es que yo, a diferencia de Eva, no tengo a nadie que haga todo esto por mí. Me paro y Eva abre los ojos. Ella también se para. Tiene una pollera gris, ajustada. Está descalza. Los zapatos permanecen caídos cerca del diván. Doy unos pasos y contemplo las luces de la ciudad a través del ventanal. Arriba, el cielo está negro y frío, lleno de estrellas gélidas y verdes. En la casa de la costa me asomaba al ventanal y veía el río. Eva venía a buscarme a mi casa en su coche y me llevaba a la costa.

—Sentémonos —dice Eva.

—Después. Tengo ganas de mirar ahora. ¿Te molestaría servirme un dedo de vino?

Ella va hasta la mesa y comienza a servir. Desde el ventanal vigilo su trabajo.

—Un dedo. No. Sí. Suficiente —digo.

Eva deja la botella. Me vuelvo y miro a través del ventanal después de verla recoger la copa y dirigirse hacia mí. Sus pies desnudos susurran sobre la alfombra.

—¿No estás bien? —me dice cuando me da la copa.

—Estoy perfectamente —digo.

—¿Qué te pasa?

—Si digo que estoy bien, quiere decir que no me pasa nada —digo.

«Estoy perfectamente»: eso sí que es una frase pura. Eva se apoya en mí.

—No te enojés —dice.

Las luces de la ciudad empalidecen en lo negro. La oscuridad es fría. Eva se abraza a mí.

—¿Has estado jugando al póker? —dice.

No le respondo.

—Podríamos organizar una partida en casa y marcar las cartas —dice Eva—. Los amigos de mi marido tienen mucha solvencia.

Eva mete la mano en el bolsillo lateral de mi saco sport. Lo he comprado a crédito a un avisador del diario. El director del diario ha firmado mi garantía. Eva saca mi llavero del bolsillo y lo hace tintinear. Se ríe y lo guarda otra vez en el bolsillo. Su pelo rubio cálido me toca la mejilla. Tomo un trago de vino.

—¿Leés, últimamente? —dice Eva.

—No, casi nada. Sí. Leí unos versos de Catulo.

—¿Por qué Catulo?

—No sé.

—Yo he estado leyendo un libro de Henry Miller.

—Ah, ese tipo. Sentémonos —digo.

Atravesamos la habitación hacia el diván. Nuestras piernas se mueven con el mismo ritmo. Primero la izquierda, después la derecha, como si desfiláramos. Mantenemos el equilibrio, caminamos. Es extraño.

Me siento en el diván y Eva en mis rodillas. Me abraza y me besa, furiosamente, y se vuelca el vino de mi copa sobre la alfombra.

—No importa —dice Eva—. No importa —dice Eva o quienquiera que sea ahora, apretándome y besándome con furia.

Ahora es cuando pienso cómo sería matarla. Me echo a reír. Cada vez que la cosa va a empezar, pienso cómo sería matarla. He leído no sé dónde que los hombres son sombras de algo. Los cuerpos no son sombras. Los hombres son cuerpos, no sombras. Y pienso en su muerte para imaginar qué es lo que podré comprender cuando no esté su cuerpo, para saber si hay en ella alguna sombra más nítida que su cuerpo. Digo sombra, y no misterio. Porque su cuerpo es el misterio, no su sombra. Dejo caer la copa, que choca contra la mesita y se rompe. La he dejado caer para que se rompa.

El cuerpo ardiente de Eva me aprieta todavía

más. Luchamos y después fornicamos. Al acabar, Eva grita. Después jadea. Después se separa de mí y va a lavarse al cuarto de baño. Cuando vuelve su cara ha cambiado; no sé exactamente en qué, pero ha cambiado. Me encuentra mirando la noche fría a través del ventanal. Me pregunta la hora.

—Las ocho y media —digo.

—Lo sensacional ahora sería comer algo —dice Eva.

—Más tarde, en todo caso —digo. La miro a los ojos—. ¿Sabés que a veces se me ocurre matarte?

—Sí —dice Eva—. Me dijiste algo el año pasado.

—Es una cuestión experimental —digo.

—Sí, me explicaste, creo.

—¿Y no te da miedo?

Eva baja la mirada.

—No —dice.

—Curioso —digo, suspirando.

Eva va y se sirve vino y se calza los zapatos. Después enciende un cigarrillo.

—Deberías trabajar, Ángel —dice—. Deberías alquilar una casa en la costa y trabajar.

—El trabajo distrae del conocimiento —digo, riendo.

—Son macanas —dice Eva con seriedad, y toma su vino.

—Hablo en broma —digo.

Es el mes de mayo y anochece. Miro mi mano. Es mi mano. Ese cuerpo es Eva. Yo soy yo. Ninguna sombra. No estoy por lo tanto muerto.

—¿Vas a darme esos pesos, Eva? —le digo.

Eva se pone primero rígida, y después se distiende. Sonríe.

—No estoy segura —dice—. Creo que no va a alcanzar más que para invitarte a comer.

El camino de la costa

Beltrán bajó del colectivo en la esquina del hotel y se detuvo en la vereda, percibiendo el olor hondo y fresco de la tierra recién regada. En el otro lado de la plaza el camión regador de la comuna continuaba salpicando la tierra con su lluvia mecánica. Desde la esquina, de pie en medio de la vereda de ladrillos desparejos, el saco oscuro doblado sobre el brazo, Beltrán contempló al final de la calle, hacia el oeste, en el suburbio de la población, cómo un carro silencioso en la distancia desaparecía envuelto en una nube de polvo rojo contra el telón de fondo de la opulenta luz crepuscular. La poca gente que bajó del colectivo detrás suyo se dispersó enseguida, y el gran ómnibus colorado y amarillo, dando una vuelta entera a la plaza y haciendo sonar intermitentemente la aguda bocina, pasó otra vez

frente al hotel y retomó en dirección contraria, hacia la carretera, la callecita sin veredas, bordeada de árboles, por la que había entrado al pueblo. En el barro superficial de la calle quedó la doble huella de sus ruedas. Beltrán lo miró alejarse y envolverse de súbito en una nube de polvo rojo, igual que el carro. Permaneció quieto en la vereda, sin mirar a ninguna parte, sobrio, tranquilo y pensativo. Después de unos minutos se volvió hacia la puerta del bar del hotel y con pasos lentos y juiciosos penetró en el local. No estaba ni siquiera el patrón. Desde la entrada, contempló el vasto recinto desierto: el piso de madera acabado también de regar, medio hundido en el centro, el viejo mostrador con el despacho de cinc, las estanterías cubiertas de botellas, la heladera amarilleada por el tiempo y la mugre. El fondo del local, lleno de mesas vacías, se hallaba envuelto en una atenuada penumbra, pero cerca de la entrada, por una de las ventanas, se colaba un

haz de luz rojiza, un chorro recto de claridad crepuscular en cuyo interior bailaban locamente miles de partículas de polvo nimbadas por un halo luminoso. Beltrán se volvió, suspirando. «Estaba escrito que no tenía que tomar nada», pensó. «Después, en todo caso.» Al salir a la vereda su actitud de leve desgano se modificó: miró a su alrededor como para orientarse, como tratando de reconocer el pueblo que cinco años atrás había dejado para ir a la cárcel, y bajando a la calle comenzó a caminar hacia la costa.

El pueblo era el mismo; solamente Beltrán había cambiado. Las veredas, semiocultas por la fronda de los paraísos que noviembre acababa de restablecer, eran las mismas; las casas que las bordeaban tampoco habían cambiado. La gente que lo cruzaba parecía no reconocerlo, sin el duro bigote negro a cuya ausencia los rasgos de su cara se habían habituado en la cárcel, pero eran los mismos hombres y mujeres que cinco años más

jóvenes lo habían visto una mañana atravesar el pueblo hacia la comisaría, flanqueado por dos serios agentes uniformados. Cinco años antes, aquella mañana, él no habría podido decir quiénes eran, porque no se había permitido la debilidad de mirarlos, pero durante todo el trayecto había sentido que, desde la puerta de los bares, de las casas de familia, desde la puerta de los almacenes y las carnicerías, los ojos del pueblo en el que había nacido y vivido durante veinticinco años, lo contemplaban con curiosidad y hasta con malevolencia. Recordó que había pensado, confusamente, que si entre todos los que lo contemplaban hubiera habido uno solo que fuese capaz de explicarle por qué él había nacido, y por qué había nacido allí, en ese pueblo, y por qué en ese momento, cercado por dos agentes, recorría el pueblo hacia la cárcel por haber golpeado a un hombre hasta casi matarlo, él se habría desembarazado de los agentes y habría corrido

hasta ese hombre para caer de rodillas ante él, y pedirle o cuentas o una incierta absolución. Beltrán se estremeció recordando ese sentimiento, pensando que una explicación más honda y más amplia necesitaba ahora que había regresado, dos días después de salir de la cárcel, a matar al hombre que cinco años atrás sólo había golpeado. ¿Quién iba a explicarlo (meditaba avanzando hacia el camino de la costa) ahora que insistía, ahora que la espontaneidad inicial se había descompuesto en una serie de lúcidas razones, pensadas y repensadas a lo largo de cinco años? La vez que, cinco años antes, había golpeado a Clemente Salas, había sido impulsado por un rencor creciente, sordo e inexplicable, rigurosamente alimentado durante ocho meses, nada más que porque su madre se había juntado con ese hombre, eligiéndolo con entera libertad. Por alguna extraña razón, Beltrán se había negado a ventilar el asunto con ella, absolviéndola de

antemano y cargando todo su odio en la cuenta del hombre que, en definitiva, no había hecho más que aceptar a su madre y llevársela con él a su casa. Beltrán no los visitó nunca durante el año en que su madre y Clemente Salas vivieron juntos; cuando su madre murió, Beltrán ni siquiera fue al entierro. En su rancho de la costa, mientras preparaba sus elementos de pesca, se dedicó a imaginar, solo, fumando cigarrillo tras cigarrillo, todos los pormenores del entierro, pensando primero «Ahora sueldan el cajón», después «Ahora se la llevan», y finalmente «Ahora la han dejado bajo tierra, sola, y yo estoy aquí. Me la han quitado». Esa noche se había emborrachado, y también la noche siguiente, y la otra, y la otra; durante ocho meses se había emborrachado todas las noches, esperando el momento de saldar su cuenta, de restituir por medio de la venganza todo lo que por medio del odio había arrojado fuera de sí mismo. Cuando su conciencia se halló lo suficientemente

trabajada, así como la tierra arada y preparada se vuelve dócil y receptiva, Beltrán pudo instalar en ella la idea de que, a pesar de que tal vez había querido a su madre, Clemente Salas había obrado con maldad al llevársela con él y dejarla morir; así que resolvió matarlo. A pesar de que durante ocho meses había estado evitando encontrarse con él, fue derecho a su casa, al alba. Había andado la legua larga que lo separaba de su rancho con paso lento y acompasado, con la mente clara y fresca después de un sueño tranquilo. Había hallado a Salas sentado a la puerta de su rancho, en una silla baja, contra el mojinete, aprovechando la primera luz del día para trabajar unas redes. Parecía como si lo hubiera estado esperando, pero no desde el amanecer, sino desde hacía ocho meses. Se había puesto de pie al verlo, lentamente. Y Beltrán, deteniéndose a menos de un metro de distancia de él, había mirado a aquel hombre maduro, casi viejo, silenciosamente y como con extrañamiento.

Salas comenzó a emitir una larga serie de palabras, que él no pareció ni oír ni comprender, y sólo empezó a pegarle al percibir, vagamente, la palabra «hijo». Entonces todo desapareció: la mañana, el rancho limpio y pobre, con el río detrás, el río sobre el que los primeros rayos solares producían unos reflejos quebradizos y dorados. Le pegó con los pies y con las manos, y después recogió un palo seco, recto y pesado, y siguió dándole en el suelo. Dejó de golpearlo no por piedad ni por miedo, sino porque creyó que estaba muerto. El hijo de Salas, un chico de trece años, lo miraba llorando desde la puerta del rancho. Beltrán regresó a su casa y en ella esperó a la policía.

Ahora salía ya al suburbio del pueblo. Las casas comenzaban a hallarse más distantes unas de las otras, humildemente levantadas bajo grupos de árboles. El atardecer decaía sin una sola brisa. Todo aparecía quieto y tranquilo, y el calor de la

tarde se atenuaba gradualmente. Beltrán se calzó el saco oscuro y se abrochó el cuello de la camisa, al que no adornaba ninguna corbata. En todo el oeste el horizonte se hallaba decorado por una tensa franja color té; pero encima de su cabeza el cielo estaba azul, a veces rosado. De vez en cuando en el aire resonaba un grito lejano, el ladrido débil de algún perro cohibido por el crepúsculo. El sudor se secó en el rostro moreno de Beltrán y sus facciones se volvieron más duras y como más austeras. Se internó en un angosto sendero de arena floja y amarillenta, abierto entre dos grupos de espinillos, y avanzó costosamente por él. De los árboles, quietos en el silencio de la tarde, parecía salir un murmullo leve y sordo, incomprensible y casi inaudible.

Pensó que sin embargo no había comprendido, que a pesar de los cinco años ocupados en ordenar una lúcida y minuciosa resolución, su comprensión permanecía todavía intacta. Todavía no sabía ni

por qué había nacido, ni por qué había reunido tanto odio contra aquel hombre tal vez inocente, ni por qué lo había golpeado una mañana hasta casi matarlo, ni por qué ahora, después de cinco años, recorría con paso tranquilo y acompasado, otra vez, el camino hacia la casa de Clemente Salas, el camino de la costa, como lo llamaba la gente del pueblo, para quitarle por fin la vida. Pensó que le quedaba poco tiempo para resolverlo, pero que de todos modos lo iba a hacer, aunque no le encontrara un sentido. Recordó también el rostro de su madre, un rostro oscuro como el suyo, como el de Salas, y como el del hijo de Salas. Tal vez Clemente Salas era su propio padre y él no lo sabía. Al meditar sobre ese hecho dedujo gradualmente que ya nunca podría saberlo, que ni siquiera le importaba, y la vehemencia de ese pensamiento ocultó otro que, surgiendo leve, fugaz y silencioso, se apagó enseguida: la simple consecuencia de que si tampoco hubiera sabido

que aquella mujer era su madre, no estaría en ese momento, en esa circunstancia, recorriendo el camino de la costa.

El senderito de arena salía de entre los árboles a un campo amplio, abierto, de pasto verde, más allá del cual, al pie de una barranca, corrían paralelamente la costa amarilla y el río ahora violado. La figura solitaria de Beltrán recorrió el campo. Sobre sus ojos, frente a él, dos pájaros cruzaron el espacio como dos piedras prietas y oscuras. Beltrán se detuvo y siguió su vuelo con la vista, hasta que fueron dos puntos negros en el cielo. Encendió un cigarrillo y contempló, mientras arrojaba distraídamente el fósforo apagado entre los pastos, cómo el humo se dispersaba con lentitud, hasta formar una especie de tejido evanescente que demoró en desaparecer; después siguió caminando hasta el borde de la barranca y descendió a la arena por una pendiente irregular de tierra gredosa y rojiza. Avanzó hacia

el río hasta casi tocar el agua con la punta de sus alpargatas. El río enviaba a la costa unas suaves ondas silenciosas; Beltrán lo conocía, sabía de memoria todos los movimientos del río, sus estados, sus exigencias y sus caprichos, su desorden y su paz. Ahora su superficie aparecía quieta y luminosa, violácea, pero Beltrán sabía que por debajo de la superficie el agua oscura en la que tantas veces había sumergido su cuerpo, viajaba constantemente hacia el mar, se renovaba y era otra. «Es y no es el mismo río», pensó. Recordó sus mañanas de pescador, sus noches de luna en la canoa quieta, inmóvil sobre el agua, la piel del surubí, semejante a la pelambre del tigre, el dorado lujoso y brillante como una joya. Pensó que ya nunca más pescaría en ese río, que nunca más lo atravesaría hacia las islas inmóviles que lo ceñían en la otra orilla, y que ahora contemplaba quizá por última vez. Sabía que lo aguardaban la muerte o la cárcel. Pero no era eso lo que le

importaba: la muerte o la cárcel las recibiría con alivio y con gusto si le hubiera sido posible encontrar un sentido a lo que estaba haciendo, ya que por lo menos sabía que no podría dejar de hacerlo.

Reanudó la marcha cerca del agua, dejando unas huellas profundas en la arena. La mitad de su larga sombra se proyectaba en el río. Así era la vida de cada hombre: una sombra tenue proyectándose sobre un espacio que pasa fugaz bajo la apariencia de permanecer. A pesar de la soledad, Beltrán palpó como con ostentación el cuchillo envainado que llevaba en el bolsillo interior del saco, quizá por desear oscuramente que alguien con mayor experiencia y astucia para comprender contemplara en ese momento lo que estaba sucediendo. Cuando divisó el montecito junto al que se levantaba semioculto el rancho de Salas, y que por encima de la copa de los árboles ascendía al cielo una delgada columna de humo

amarillento, el corazón de Beltrán comenzó a golpear en su pecho con un ritmo acelerado. Tampoco ahora sentía piedad ni miedo; pasando una revista fugaz a toda su vida, Beltrán experimentó un sentimiento que se parecía al mismo tiempo a la desilusión y a la tristeza. Sentía como si la hubiera vivido hasta ese momento contra su voluntad, como si los hechos incomprensibles que componían la trama de su vida hubiesen pertenecido a otros hombres, a todos los hombres, vivos o muertos, que habían marcado de cerca, férreamente, los pasos de su existencia. Este sentimiento le proporcionó, inesperadamente, una débil tranquilidad, y apurando el paso penetró en el bosquecito. En un claro frente al rancho, de espaldas a Beltrán, Clemente Salas se hallaba sentado en un sillón de mimbre, junto a un brasero. Beltrán lo reconoció enseguida por la cabeza canosa y cuadrada y la ancha espalda agobiada. Cerca de Salas, en el

brasero redondo de tres patas, de hierro negro, ardía un montón de leña. Salas se hallaba inmóvil, como si estuviera dormido. Silenciosamente, Beltrán cruzó el espacio que lo separaba del sillón y pasando junto al brasero lleno de leña ardiente, se paró frente al hombre que iba a matar. Éste ni siquiera se movió; tenía la cabeza echada sobre el pecho y respiraba pesadamente. Estaba dormido. Beltrán lo contempló, y el aspecto del hombre redujo el ímpetu de su furia. En esos cinco años Salas parecía haber envejecido mil años; el sueño le daba un aspecto de desamparo e inocencia. Tenía las manos cruzadas sobre el abdomen, los codos apoyados en los brazos del sillón cuyo mimbre estaba roto y lustroso por el uso. El resplandor de las llamas le iluminaba ligeramente el rostro. Más allá estaba el rancho, cerca de cuyas paredes dos gallinas picoteaban estúpidamente el suelo apisonado, limpio de todo pasto. Detrás del rancho corría el río. Y detrás de

Clemente Salas, pasando el bosquecito envuelto en una penumbra incipiente, la luz color té del crepúsculo coloreaba parejamente el horizonte y el cielo. Beltrán sintió que su situación era absurda, que no podía matar a ese hombre dormido, pero que tampoco podía despertarlo para darle muerte. Miró a su alrededor con extrañamiento, otra vez, igual que cinco años atrás, distrayéndose durante un momento en el que pensó que tal vez irse era lo mejor, pero cuando volvió la cabeza hacia Salas se sobresaltó comprobando que éste había abierto los ojos mirándolo fijamente, con la boca abierta, y que el movimiento de la vida, por un momento detenido, había recommenzado. Ahora Beltrán advirtió que la expresión de Salas no era de inocencia ni de desamparo sino de idiotez y torpeza. Al tratar de hablar, Salas emitió unos sonidos pesados e incomprensibles; con una mano levantó la otra, fofa y muerta, y la depositó trabajosamente sobre sus rodillas. Beltrán

comprendió enseguida; un tío suyo había muerto tiempo atrás de lo mismo. Se aproximó a Clemente Salas; el terror, un terror súbito y profundo, iluminó, como una chispa de vida, los ojos del viejo. Beltrán se inclinó hacia él, y le habló sordamente, con los dientes apretados.

—¿Me oye? —dijo.

El viejo sacudió afirmativamente la cabeza, con gran dificultad, y murmuró algo que Beltrán creyó comprender. «Antonio. Me dice Antonio. Me llama por mi nombre», pensó. El viejo murmuró algo más, y repitió lo que Beltrán había entendido como su nombre. «Me pide que lo mate. Me dice ‘matame, Antonio’», pensó Beltrán.

—¿Por qué? —preguntó Beltrán. El viejo se limitó a repetir los mismos sonidos en los que Beltrán había creído entender que le pedía la muerte. El terror del viejo crecía más y más. Beltrán demoró en comprender por qué el viejo tenía tanto miedo si al mismo tiempo le pedía que

lo matara. Sólo lo supo cuando comprobó que el viejo miraba con los ojos muy abiertos, por sobre su hombro, algo que se hallaba detrás suyo, y notó que la expresión de terror del viejo se convertía en una mueca de desesperación. Beltrán se dio vuelta de un salto, llevándose la mano al bolsillo interior del saco y manoteando el cuchillo envainado. Cayó parado, con las piernas abiertas, viendo cómo ese muchacho corría hacia él con un gran cuchillo de trabajo, de un solo filo, gritando cosas que, otra vez, igual que cinco años atrás, Beltrán no entendía, tal vez ni siquiera oía. El viejo, detrás suyo, murmuraba débilmente con su voz inhumana. Beltrán tiró el cuchillo al suelo y esperó, con los brazos abiertos. Cuando sintió los jadeos, y hasta el aliento del muchacho en su propio rostro, todo se desvaneció a su alrededor. Sólo tenía conciencia de que estaba luchando, de que él y el muchacho se sostenían férreamente por los brazos, con el cuchillo en medio de los dos, y que daban

vueltas, sin parar, como si bailaran sin música un baile absurdo. Después, como si el baile continuara con otro paso se juntaron otra vez férreamente, se apretaron uno contra otro, hasta que en medio del abrazo el muchacho cedió, encogiéndose como si pidiera calor o perdón; Beltrán se separó de él de un salto. El muchacho tenía el cuchillo clavado en el estómago, y mientras llevaba las manos abajo lo miró, sacudiendo la cabeza; tomó el mango del cuchillo con las dos manos y lo arrancó de su vientre; la hoja estaba manchada de sangre y sobre la camisa desgarrada aparecía un húmedo manchón rojo que se expandía por todo el vientre. El cuchillo cayó de las manos del muchacho y el muchacho lo siguió, cerrando los ojos: se fue todo de boca contra el suelo después de permanecer un momento inmóvil, de pie, en actitud de desplomarse, como si el paso de la vida a la muerte se produjera en un destello de duración al margen del tiempo, o en un

destello sin duración, a través del cual la vida fuera penetrada y desterrada del tiempo por la muerte. Detrás de Beltrán, el viejo Salas lloraba tratando en vano de incorporarse. Beltrán miró al muchacho, y a pesar de que su rostro se había convertido en una tensa máscara aplastada contra la dura tierra apisonada, algo en él le reveló al niño que, cinco años atrás, había contemplado llorando desde la puerta del rancho cómo él castigaba a Clemente Salas hasta casi matarlo. «Ni siquiera sé por qué lo he hecho», pensó Beltrán. ¿A quién iba a preguntárselo? Ese paralítico había vivido con su madre, y su madre había muerto. Se llamaba Salas. Clemente Salas. Ahora él acababa de matar a su hijo. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. «El Negro le decían, creo», pensó. Súbitamente Beltrán pensó que otros hombres, antes que él, habían creído conocer las redes reales de sus vidas, el tejido verdadero que las componía, y habían vivido de acuerdo a esa

creencia, y que esa creencia los había hecho matar o amar, dormir durante la noche y levantarse con la primera luz del día. Pensó que sin embargo no habían tratado de comprender, que habían llenado con sus vidas una huella dejada por otros, como el río llenaría de agua las huellas que él mismo había dejado esa tarde con sus pies sobre la arena de la playa. Se volvió hacia el viejo que lloraba desconsoladamente, sacudiendo débilmente la cabeza, con la única mano sana, lo único vivo en su cuerpo muerto, aparte de sus ojos, apoyada tristemente en el pecho. «Él también llena con su vida una huella dejada por otros; la huella del amor y de la enfermedad; la huella del desconsuelo ahora», pensó. Al recordar al muchacho se estremeció. Lo miró; estaba muerto, con las manos crispadas contra la dura tierra, con las piernas encogidas. «Tal vez él también, ahora», pensó con cierta duda.

Anocheceía. Beltrán permaneció inmóvil

durante largo tiempo; a medida que el aire se oscurecía las llamas parecían volverse más espesas, más vivas y más resplandecientes; ellas solas iluminaban todo el patio. Entre los árboles del bosquecito la penumbra era ahora densa y casi total, mezclada a las copas oscuras. En el cielo azul, la estrella de la tarde, bella y tranquila, parecía ignorar en su altura el llanto interminable del viejo. Por pura costumbre, suspirando, Beltrán se inclinó para recoger su cuchillo, y sacudiendo la vaina de cuero claro se lo guardó en el bolsillo interior del saco. Miró al viejo y comenzó a caminar hacia el bosquecito para regresar al pueblo por el camino de la costa. En mitad del bosquecito se detuvo. «Pero yo no estoy libre», pensó. No, no estaba libre; hiciera lo que hiciese, con un pie llenaría una huella antigua, y con el otro pie dejaría abierta una nueva. Y mientras se volvía hacia el rancho, viendo otra vez el contorno borroso del hombre sentado contra el resplandor

de las llamas, el hombre al que seguramente ya no podría consolar, Beltrán pensó que de haber sido libre habría elegido para sí mismo un mito que le hubiese permitido crear o liberar a un hombre en vez de matarlo.

Palo y hueso (1961)

Por la vuelta

A Lala

Resulta en realidad difícil soportar el crepúsculo. El día empieza a descender con lentitud, con una minuciosa aplicación que exaspera. Yo no puedo resistir el encierro a una hora determinada, en especial cuando está próximo el verano. Así que salgo de mi casa. A mucha gente le sucede lo mismo: eso explica la presencia de la muchedumbre en las calles, en los bares, en las estaciones, entre las seis y las ocho de la tarde, todos los días, hasta que llega por fin la noche. Los domingos la cosa se vuelve horrible.

Estábamos con Barra en el centro, frente a la vidriera de una librería, un jueves, para noviembre del año pasado, un poco después de las siete. La calle estaba llena de gente. Barra la tenía con

tocarse el bigote a cada momento, sin hablar, la nariz pegada al vidrio, mirando un cuaderno francés de reproducciones de Fra Angélico, en cuya portada se exhibía un detalle lleno de unos celestes quietos y plácidos y unos ásperos dorados. Yo miraba pasar la gente, una manera entretenida de matar el tiempo. En una de éstas Barra se da vuelta y me dice:

—Pancho está de regreso en la ciudad, ¿no sabías?

—No sabía —le digo.

—Con muchísima plata en el bolsillo —me dice Barra—. Mucho más mejorado.

—Supongo que querrá salir una de estas noches —le digo.

Barra adopta de nuevo su aire distraído, vuelve a pegar la nariz al vidrio observando el cuaderno con las costosas y cálidas reproducciones de Fra Angélico, y me dice:

—Supongo que sí —como si él no tuviera nada

que ver con la cosa.

Entonces se le ocurre algo de repente, porque se da vuelta y me dice:

—Podemos ir a buscarlo a su casa.

—¿Estará? —digo yo.

Barra adopta entonces la expresión de quien se encuentra realizando cálculos mentales.

—Creo que sí —dice con cierta duda.

Pancho se había tomado una temporada de descanso a base de insulina, electroshocks y psicoanálisis en un sanatorio para enfermos nerviosos, en Buenos Aires. Había estado adentro cosa de cuatro meses. Reconozco que no me habría gustado en absoluto encontrarme en el lugar del médico. Pancho conoce Freud y familia bastante bien, de manera que está al tanto de todos los trucos de que se vale la psiquiatría para hacer tirar un par de meses más al enfermo y sacarle un poco de dinero antes de internarlo definitivamente en un manicomio. A mi modo de ver, internarse

temporariamente es una especie de broma pesada que Pancho se hace a sí mismo, y ya lo ha hecho tres veces, una por año. Por lo menos desde un mes antes de que parta para el sanatorio, Tomatis, Barra y yo ya estamos al tanto de que por un par de meses Pancho va a faltar de entre nosotros. Empieza por adquirir cualquier manía chocante. La última vez, por ejemplo, y entre otras cosas, se empecinaba en no ceder el paso en el tranvía a su compañero de asiento cuando éste se disponía a bajar. Se hacía pedir permiso tres o cuatro veces antes de correrse ligeramente hacia el pasillo, tan ligeramente que el pasajero tenía que pasar la mayoría de las veces por encima de sus rodillas. Otra de sus manías consistía en tomar un café, pagar con cien pesos, y dejar el vuelto de propina. Lo terrible del asunto era que ningún mozo se sentía capaz de aceptarle semejante propina, actitud que enfurecía a Pancho de un modo indecible. En esa época quería ser tomado a toda

costa por un caballero. Sostenía que uno debía hacer un esfuerzo para no volver la cabeza cuando oía un chistido en la calle, porque esa indiferencia era propia de un caballero, y una vez que Barra comentó en forma distraída que un caballero de verdad no necesita hacer ningún esfuerzo para no darse vuelta porque un caballero de verdad no oye sencillamente el chistido, Pancho lo desmayó de un golpe en la cara. Esto nos llamó la atención a todos porque Pancho no es un tipo violento, sino todo lo contrario: fue siempre de modales tímidos y dulces, y hasta melancólicos. Cuando sus tratamientos le dejan algún tiempo libre, Pancho enseña literatura argentina en el Colegio Nacional.

—Aquí me tienen —nos dice después, otra vez en el centro, los tres, antes de cenar, sentados frente a rubios «Claritos» en el bar de la galería—. Han hecho de mi esquizofrenia una neurosis compulsiva. El médico me aplicaba todos los días inyecciones de objetivación axiológica.

—Estás mucho más gordo —digo yo.

—De veras —dice Pancho.

—Bueno —dice Barra—. Ahora antes de pegarme tenés la obligación de considerar que por el peso no pertenecemos a la misma categoría.

—Lo tendré en cuenta —dice Pancho, tomando un trago de su «Clarito». Se quedó durante un momento pensativo, diciendo en seguida—: ¿Qué pasó al fin de cuentas con el contrabandista desaparecido?

—Pero eso es una historia vieja —dice Barra.

—Eso fue el verano pasado, Pancho —digo yo.

—¿El verano pasado? —dice Pancho—. ¿Tanto?

—Tanto, efectivamente —dice Barra—. Quien lo mató no se sabe; se sabe que la mujer lo quemó. Ella misma confesó. Después se suicidó.

Pancho me mira sonriendo, sin atender a Barra.

—Dios mío —dice—. ¡Cómo me voy a aburrir

la semana que viene!

—La mujer era camarera en el «Copacabana» —digo yo—. Le echó nafta al cadáver y en seguida un fósforo. Dijo que para ocultarlo de la policía porque la habían amenazado. No dijo quién. Se cortó las venas en la correccional.

—¿Allá en el sur? —dice Pancho.

—Sí —digo yo—. Me parece que sí. Parece que fue para no batir.

—¿Y que tal estaba? —dice Pancho.

—Yo la vi un par de veces en el «Copacabana» —digo yo—. Tenía sus años.

—No me explico esa contradicción entre la lealtad y el suicidio.

Entonces Barra se pone de pie en ese momento. Se despereza, tocándose después los bigotes, y dice:

—Voy al baño.

Se alejó caminando lentamente entre las mesas.

—Me parece que está un poco resentido

conmigo —me dice Pancho entonces, aproximándoseme a través de la mesa de hierro pintada de rojo.

—No, qué va a estar —le digo.

—Me parece que sí —dice Pancho—. Como si se sintiera molesto de andar con nosotros.

—Hace un par de meses que está así —le digo—. Tiene problemas con la mujer. No es un muchacho rencoroso.

—Sin embargo lo encuentro algo tenso —dice Pancho.

—Ideas tuyas —le digo—. Barra es un buen muchacho. Ese golpe tuyo fue un hecho inexplicable.

—Horacio —dice Pancho— ¿por qué no nos vamos a Córdoba una temporada?

Me parece que lo miré con alguna desconfianza.

—¿Quiénes? ¿Con qué elemento?

—Tengo más de veinte mil pesos guardados.

Mi sueldo de cuatro meses —dice Pancho echándose sobre el respaldar de la silla y estirando las piernas por debajo de la mesa.

—Habría que pensarlo —le digo.

Ya habíamos hecho juntos un veraneo en Capilla del Monte, un par de años antes. Habíamos ido a quedarnos diez días, gastando a cuenta de una retroactividad que Pancho cobraría unos meses después. Llegamos un domingo a la noche. El lunes lo pasamos durmiendo hasta el mediodía. De tarde, después del almuerzo, dice Pancho: «Creo que no voy a soportar el aire de las sierras». «¿Podrías hacerme el favor de alcanzarme esas cañas de pescar?» —le digo yo. Pancho se tiró entonces en la cama murmurando: «Tengo ganas de estar en la ciudad. Me revienta el aire de las sierras». A los diez minutos roncaba. Yo me fui de pesca a un arroyo bellísimo, en las afueras de la ciudad. Cuando volví a la noche, bastante tarde, Pancho dormía todavía. Enciendo

la luz de la habitación y él se despierta, mira con los ojos entrecerrados a su alrededor, se rasca la cabeza y me dice: «¿Todavía estamos en Capilla? ¿No nos van a fusilar de una vez por todas?» Entonces yo me desvestí y me eché de un salto en la cama. Estaba rendido, no le contesté una palabra. Él se incorporó, se levantó, fue al baño, regresó trayendo un vaso de agua y se sentó en el borde de la cama, con aire pensativo. Por ahí suspira y me dice: «Extraño la ciudad». «Sí, claro, sin duda», le digo yo. «¿Apago la luz?» Pancho no dijo una palabra: se tumbó de espaldas y al minuto roncaba fuertemente, emitiendo unos silbidos raros, rítmicos y largos. A la mañana siguiente sentí que me sacudían con suavidad: «Barco, Barco», me dice Pancho. Me desperté en seguida. Pancho estaba completamente vestido. Su valija cerrada se hallaba sobre la cama.

—Me voy —dice—. Me vuelvo a la ciudad.

Debo haberlo mirado con una cara demasiado

rara, porque Pancho agregó: «Sobre la mesa de luz hay mil pesos para que los gastes la semana que viene». Salté de la cama, me vestí, y me vine con él de regreso a la ciudad.

—Tengo exámenes la semana que viene —dice Pancho—. Tendría que ser antes de Navidad.

—Oh, Navidad, Navidad —digo yo.

Entonces Pancho se bebe otro sorbo de su «Clarito» y dice:

—¿Y cómo se suicidó?

—Se cortó las venas —le digo.

—No es buen método —dice Pancho.

Hizo silencio.

—Lo mejor es un tiro en la sien, para eliminar inmediatamente el pensamiento —concluye diciendo con un suspiro.

—No es el pensamiento —digo yo, medio en broma, medio en serio—. Es el recuerdo.

—Ahora —dice entonces Pancho, quedándose un momento pensativo antes de continuar,

tocándose repetidamente la frente con la yema de los dedos— lo que yo no entiendo es: ¿por qué se suicidó antes que denunciar a los asesinos de su propio marido?

—Qué sé yo —le digo—. Lo más probable es que haya querido negar el asesinato apropiándose del finado.

—¿Era camarera en el «Copacabana»? —dice Pancho—. ¿Era una morocha, bajita, media viriloide?

—No —le digo—. Era rubia y alta. Tenía más de cuarenta años. En el «Copacabana» nunca hubo ninguna camarera bajita, ni morocha, ni viriloide, por lo menos que yo recuerde. Hay una ligeramente viriloide, pero es alta y pelirroja. Es la protectora de una cantante. Además no es camarera. Es adiconista.

—No —dice Pancho—. Yo no la conocía.

—Es probable que no —digo yo.

—Eso fue el verano pasado —dice Pancho—.

¿Qué hice yo el verano pasado?

Barra regresó, sorteando lentamente las mesas, con su aire distraído.

—Tengo hambre —dice entonces, y se sienta, las piernas abiertas, tocándose una y otra vez el duro bigote negro.

—¿Qué diablos fue lo que hice yo el verano pasado? —dice Pancho.

—Nada posiblemente —dice Barra. A pesar de que ha hablado en sentido irónico, su rostro no pierde ni un momento su aire grave, pensativo y remoto.

—Seguramente anduviste de prostíbulo en prostíbulo —digo entonces yo, riéndome, dándole a Pancho unas suaves y tiernas palmadas en el hombro.

En eso aparece Tomatis por el pasillo de la galería. Habíamos convenido por teléfono encontrarnos allí a las nueve. Tomatis se detuvo en la entrada del patio, en medio de la muchedumbre

raleada por la hora de comer, y desde allí saludó seriamente, alzando la mano. Se aproximó con lentitud, mirando despaciosamente a uno y otro lado, como si buscara a alguien.

—Hola, inútiles —dijo, dejando caer la mano.

—Aquí está el hombre que se ha hecho solo —digo yo. Y mirando a Pancho y a Barra agregó—: Así también ha salido.

Tomatis estiró la mano con displicencia. Sonriendo con aire paternal tocó el hombro de Pancho. Éste había alzado la cabeza y lo miraba, sonriendo.

—Pancho —dijo— ¿Esa neurosis? ¿Progresas?

Pancho sin embargo ya estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué hicimos el verano pasado? —le dice.

—¿A qué hora? —responde Tomatis, sin mirarlo, sentándose, paseando la mirada por el patio iluminado. Estaba recién bañado y afeitado, con su remera bordó, y sus pantalones blancos

impecables. Tenía un aire irónico y plácido al mismo tiempo, al parecer producto de la higiene minuciosa.

—Hoy va a haber crisis —digo yo en voz baja, no tanto como para que él no me oiga.

Tomatis entonces enarcó las cejas mirándome afectadamente de soslayo.

—¿Cómo dice, doctor Barco? —me dice.

—No, nada —digo yo—. En serio que nada. Meditaba en voz alta. Palabra que no dije nada.

—Suficiente —dice Tomatis. Mira a Pancho; después a Barra y a mí. —¿Nadie le va decir a Pancho que *me pague a mí*, o *pague a mí* o *me pague*, un miserable «Clarito»?

Pancho hizo una seña al mozo con gran seriedad, mecánicamente, y le pidió cuatro cócteles. Nadie habló por un momento.

—¿Y qué hizo con el cadáver después de quemarlo? —dijo Pancho de pronto.

—Y —le digo—. Lo enterró en el fondo del

patio. Un perro del barrio empezó a rondar el lugar, y los vecinos comenzaron a sentir olor a podrido. Hicieron la denuncia a la policía. El pesquisa llegó y le preguntó a boca de jarro: «¿Dónde está el finado, asesina», para ponerla nerviosa y hacerla caer en contradicción, y ella le respondió tranquilamente: «Ahí en el patio».

—Al diablo —dice Pancho—. ¿Y por qué lo quemó?

—Yo no sé qué habrá alegado —digo yo—. Cuando le preguntaron quién lo había matado, ella dijo que ella lo había quemado. Pero le encontraron cuatro balas en el cuerpo.

—Pero, y ¿por qué lo quemó? —dijo Pancho.

—No sé qué habrá dicho ella —digo yo—. Ni qué habrá pensado.

—Habría querido purificarlo —salta Tomatis.

En eso regresa el mozo con los «Claritos». Los deposita cuidadosamente sobre la mesa; primero el mío, después el de Pancho, después el de

Tomatis, y por último el de Barra.

—¿Y por qué se suicidó? —dice Pancho.

Me parece que entonces suspiré.

—Para no denunciar a la policía la gente que lo mató. ¿Por qué lo mató esa gente? No sé. Alcaloides, me parece.

—Pero eso es un pretexto —dice Pancho—. Miedo de que la mataran no puede ser, porque ella misma se mató. Si ella hubiera querido, podría haberlos denunciado y después matarse. No quería denunciarlos.

—Código del hampa —dice Barra.

—Qué código ni qué diablos —digo yo—. No sé por qué tiene que ser más moral el asesinato que la delación: si un código me permite dejar en libertad a los asesinos de mi marido, hay con toda seguridad algo en ese código que no funciona.

—«Libertad», «asesino», «marido» —dice Tomatis—. Esos términos también pertenecen a un código.

—Es cierto —digo yo—. Pero solamente pueden tener valor cuando hay circunstancias reales que los sustentan.

—Lo cual quiere decir que ese código que abarca los términos «libertad» «asesino» y «marido», es falso —dice Tomatis.

—Exactamente —digo yo—. Por lo menos en este momento.

—Perfecto —dice Barra—. Los invito a comer a mi casa.

—¿Tu mujer? —dice Pancho.

—Está en casa —dice Barra, tocándose con suavidad el bigote.

—Entonces no acepto —dice Pancho, poniéndose de pie—. Vuelvo en seguida.

Barra lo miró alejarse, sorteando las mesas con displicente lentitud. Pancho caminaba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba vestido con un saco sport liviano, jaspeado, de un color verdoso, y unos pantalones

de tropical gris. Debajo del saco llevaba una remera de un color marrón obscuro.

—¿Cómo lo encontrás? —dice Barra, y Tomatis alza en ese momento la cabeza para mirarlo con una distraída desconfianza.

—Bien —digo yo—. ¿Por?

—Lo encuentro algo maniático.

Tomatis sonrío.

—La piña que te dio antes de internarse —dice —desenfoca notablemente tu visión.

—No hombre, por favor —protesta Barra—. Esa cuestión está completamente olvidada.

—Mucho peor —dice Tomatis—. Has dejado de reflexionar sobre ella. Está incorporada a tu personalidad. Eso es gravísimo.

Barra se ríe. Le da a Tomatis unos golpecitos en el pecho con el dorso de la mano.

—Al carajo —le dice.

Tomatis, con las piernas estiradas a un costado de la mesa, hacia mi lado, las manos en los

bolsillos del pantalón blanco immaculado, ronronea riéndose, diciendo:

—Sí, sí, buena piña te dio Pancho.

Había menos gente en la galería a esa hora que un par de horas antes. Alrededor de las diez el patio de mosaicos borravino comenzaría a llenarse nuevamente. Con todo, nos hallábamos envueltos en el incesante murmullo monótono de la conversación y de la música de los altoparlantes. En general era casi toda gente joven la que se hallaba en el lugar, bebiendo cerveza, whisky o café, o comiendo casattas. Faltaba el grupo de la guitarra: un grupo de siete u ocho, varones y mujeres, que durante la primavera pasada se sabían sentar en uno de los rincones del patio y cantaban hasta la hora de cerrar, acompañándose con una guitarra. Pancho no los podía sufrir, pero a Tomatis y a mí nos gustaba escucharlos.

En ese momento Tomatis se palpa el bolsillo del pantalón, saca un paquete de «Saratoga» y

convida, primero a mí, luego a Barra. Ninguno de los dos aceptó. Tomatis se coloca entonces cuidadosamente un cigarrillo entre los labios, se guarda el paquete, saca una caja de fósforos del bolsillo de su deslumbrante pantalón y enciende el cigarrillo. Echa una bocanada de humo y arroja la caja de fósforos sobre la mesa.

—Lo terrible del asunto —dice— es que tengo hambre.

—Mi mujer nos espera —dice Barra.

Pancho se aproximaba de regreso del baño, sorteando las mesas, alto y encorvado; los pantalones grises demasiado angostos, la remera oscura estirada sobre la barriga incipiente.

—¿El verano pasado estuvimos en las sierras de Córdoba? —me pregunta.

—No —le digo— Eso fue el anteaño.

Entonces Pancho rodea la mesa y va a dejarse caer distraídamente sobre su silla vacía.

—El verano pasado no nos movimos de la

ciudad —le digo—. No había metálico.

—¿Estuvimos una semana en la isla? —dice Pancho.

—No —dice Barra— yo era virgen todavía en marzo.

—Eso era en noviembre —digo yo—. El verano pasado estuvimos yendo casi todos los días a la playa. El río tenía un altura adecuada. Me acuerdo perfectamente porque al final de febrero empezó a crecer y en una semana barrió la playa y nos desbarató completamente el veraneo.

—¿No se había formado un grupo grande —dice Pancho— con una gente de Derecho, unos tipos insoportables, que yo no los aguantaba, que se nos pegaron en la playa arruinándonos el veraneo?

—Exactamente —digo yo—. Estuvo Conde también.

—Bueno. Sí —dice Pancho—. Pero Conde^[1] es un tipo excelente.

—Por supuesto —digo yo—. Conde estaba con nosotros.

—¿Qué es de la vida de Conde? —dice Pancho.

—Hace dos meses vino aquí —digo yo—. Anda atrás de unas cátedras de psicología.

—¿En el Colegio Nacional?

—No, hombre —digo yo—. ¿A quién se le va a ocurrir enseñar en el Colegio Nacional?

—A mí —dice Pancho golpeándose el pecho con la palma de la mano, sonriendo.

—Enseñar no se puede en ningún lado —salta Tomatis—. No hay nada que enseñar.

—¿Qué hora es? —dice Pancho.

Barra se echa hacia atrás en la silla y mira hacia el bar, estirando el cuello.

—Las nueve y media pasadas —dice.

—Yo *podría* invitar a comer —dice Pancho—. Pero también *podría* no invitar. *Podría* irme a comer solo.

—Vamos, Pancho —dice Tomatis—. No seas tacaño.

—¿Así que me estás proponiéndome un mecenazgo? —dice Pancho.

—Exactamente —dice Tomatis.

—¿Escribirías una oda en mi alabanza? —dice Pancho.

—Por supuesto —dice Tomatis—. Todo hombre tiene su precio y yo no soy de los más caros.

—Siendo así —dice Pancho— vamos a comer una parrillada.

Así que nos levantamos y nos fuimos. Era una excelente noche de noviembre. Tomamos un taxi y fuimos a un restaurante que se encuentra ubicado al final de la avenida del puerto, cerca del puente colgante, frente al Club de Regatas. Desde el patio de la parrilla, más allá de la calle, por debajo de los vastos árboles, podía verse, pasando la explanada del viejo atracadero de la balsa, el río

tocado por unos quebradizos reflejos lunares. El fresco olor a humedad de la costa llegaba hasta el patio de la parrilla. No debe haber habido en todo el mundo noches mejores, en octubre y noviembre, o en marzo y abril, que las que hemos pasado de muchachos caminando lentamente por la ciudad, hasta el alba, charlando como locos sobre mil cosas, sobre política, sobre literatura, sobre mujeres, sobre el viejo Borges, sobre Faulkner, sobre Dostoievski, sobre Sócrates, sobre Freud, sobre Carlos Marx. Puede decirse que todavía somos jóvenes. Excepción hecha de Pancho, que tiene veintiocho años, ni Tomatis ni Barra ni yo hemos alcanzado todavía los veintisiete años. Tomatis ni siquiera los veintiséis. Sin embargo, aquella época extraordinaria no se volverá a repetir: del sur al norte, del este al oeste, por plazas, por avenidas, por bares, hemos ido y venido, desde los quince años, durante todas las horas del día, en especial las de la madrugada,

charlando, como he dicho, de mil cosas, hurgueteando la ciudad, no diré felices, porque, excepción hecha de algún condenado especialmente por la suerte, nadie puede siquiera atisbar la felicidad, pero invadidos al menos por una pasión singular, una curiosidad por todas las cosas, suficiente para hacer la vida soportable. Recordamos a menudo esa época con Tomatis. Barra no entra mucho en el cuadro; siempre fue para nosotros un poco sapo de otro pozo. No hay duda de que le falta algo, y no me atrevería a echar de lado la posibilidad de que esa carencia sea sólo la consecuencia de una pretensión absurda de nuestra parte, una imperfección decretada exclusivamente por nosotros. El primer contacto con la gente nunca es intelectual, ni siquiera emocional o afectivo: es epidérmico, casi de respiración, y de su resultado depende toda la relación futura. Además la simpatía es algo que tiene su origen fuera de nosotros, existe como una

secreta coincidencia, no expresada en los primeros momentos de una relación, que ofrece la tranquilidad y la certeza de que el otro no creará ninguna tensión tratando de lograr la supremacía de sus preferencias. De ahí que a lo primero que apela el individuo que se encuentra frente a un tipo antipático es a mirar con fastidio a su alrededor tratando de demostrar que hay algo en el ambiente, no en la persona, que no resulta de su agrado. Trata de lograr la supremacía de sus gustos simulando que han sido desmerecidos. Con Barra pasó desde el principio una cosa parecida. Lógicamente, si hemos andado juntos tanto tiempo quiere decir que esa sensación original desapareció, pero estoy seguro de que nosotros, digo Tomatis, Pancho y yo, no hicimos jamás el menor esfuerzo para que eso sucediera. Fue el mismo Barra el que optó por limar las asperezas. Esto puede comprenderse perfectamente si se tiene en cuenta que Barra está casado desde los

veintidós años y ha andado siempre bastante escaso de amigos. Es un tipo afectivamente complicado. Me da la impresión de que ese modo de ser suyo, excesivamente consecuente y al mismo tiempo crítico, vago y remoto, es el resultado de su intuición de ese rechazo epidérmico, de esa antipatía original, y ahora está vinculado a nuestro círculo a través de una relación sellada por la culpa.

«Yo sé identificar esas caminatas con la idea del bien», sabe decirme Tomatis cuando recordamos las viejas épocas, en los días tranquilos del presente. A esos días Tomatis los llama «días del tabaco de Macedonio». Dice que le merecen un respeto especial los tipos que fuman si tienen tabaco y que si no lo tienen no hacen el menor esfuerzo para conseguirlo, olvidándose por completo de las ganas de fumar. Dice que el arquetipo de una mentalidad así era el viejo Macedonio Fernández. Tomatis admira a los tipos

que, procediendo de una familia acomodada, eligen vivir modestamente. «Una clase acomodada es una clase dominante» —sabe decir—, «y... una clase dominante tiene necesariamente que armar un complot tácito contra el resto de la humanidad». Les tiene más confianza que a los intelectuales, dice, porque es raro que un intelectual avale con acciones su toma de posición teórica contra la clase dominante de la que procede. «En cambio, esos tipos modestos» —sostiene Tomatis—, «que se alejan por repugnancia de su propia clase, avalan con su vida su aparente falta de radicalismo ideológico». No hace falta aclarar que considero a Tomatis un flor de muchacho, inclusive con talento para la literatura. (Por otra parte, para hacer una buena literatura no hace falta mucho talento: basta un poco de mala suerte). Entiendo perfectamente qué quiere decir cuando sostiene que nuestras caminatas nocturnas son identificables con la idea del bien: «es que él es un hincha rabioso de

Sócrates». «El... viejo Sócrates es el hombre más grande y hermoso que ha producido la humanidad», dice Tomatis. Lo he visto conmovirse repitiendo las palabras de la «Apología»: ¿Y si condenáis a Sócrates al destierro, creeríais que Sócrates se sentiría bien mal gastando su palabra con extraños? Para Tomatis el bien es una especie de pasión intelectual que en su concentración lleva implícita una aceptación básica de la vida. En un tiempo estuvo ligado a esta idea un poco compulsivamente, cuando andaba por los veinte años; se veía bien que la desesperación lo impulsaba a aferrarse a ella, hasta que por fin se lanzó a cometer toda clase de barbaridades, estoy seguro que por lo menos en gran parte conscientemente. Dos años después debe haber pensado, como yo por otra parte lo he sostenido siempre, que también el desenfreno y el desorden obran en nosotros por compulsión, y que entre dos conductas anormales conviene adoptar siempre

aquella que es capaz de hacernos menos daño. Esa simulación de la pasión intelectual intensa durante un período en el que en realidad se sentía desesperado fue realmente cómica, porque se le dio por usar maneras de sabio y estuvo un año entero leyendo a los positivistas. Andaba con los libros de Aldous Huxley por todas partes.

La idea de la pasión intelectual intensa lo condujo a excesos por otro lado: lo indujo a aceptar indiscriminadamente todo lo que se relacionara con la pasión en general. Según su modo de pensar un avaro era un humanista radical, un optimista recalcitrante cuya codicia era la prueba más indiscutible de su aceptación del mundo. «Un amante de los caballos de carrera no tiene tiempo de cuestionar la validez de la vida», me dijo una vez. El tiempo lo ha hecho evolucionar en ese sentido, lo cual me alegra bastante, porque ahora está más próximo que nunca a mi manera de pensar, en especial cuando huelo

en él una incurable desconfianza hacia todos aquellos tipos de los que intuye que jamás se les ha ocurrido sospechar, ni siquiera por un momento, que la vida no tiene ningún sentido.

Otra cosa que conviene aclarar acerca de Tomatis es eso de la «idea del bien». No tiene nada que ver con la felicidad. Es más bien lo contrario, porque esa idea del bien implica un conocimiento intenso de la realidad que predispone a impedir cualquier tipo de abandono que no tenga por objeto enriquecer ese conocimiento. Además dice que la felicidad es la aspiración de los desequilibrados y de los idiotas, y que el tipo inteligente que por casualidad llega a probar el sabor de la felicidad, no quiere volver a saber nada del asunto para toda su vida. «No quiere más guerra», dice Tomatis. «Tiene que ser muy cretino para tentarse nuevamente». «De acuerdo», le he dicho yo más de una vez, «pero si la felicidad no es posible, ¿para qué vivimos?»

«Qué tonto es este muchacho, Dios mío» —ha salido diciendo él, agarrándose la cabeza— «¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Si el hombre ha continuado viviendo hasta ahora quiere decir que la felicidad es algo de lo que puedo prescindir». «De acuerdo», le digo yo. «Pero ¿quién la inventó? ¿Dios?» Tomatis sonrío pensativo cuando oye la palabra: «Dios no existe» —dice con voz suave y serena—. El hombre. Pero no la inventó. Surge en él de un modo natural, como una condición permanente que la insuficiencia de su conciencia inmediata impone a la realidad». «Ahora bien» —le digo yo— «¿qué necesidad hay de ponerle condiciones a algo que no tiene sentido?». «Para dárselo» —dice Tomatis—, «y antes de que me lo digas, prefiero aclararlo por mi propia cuenta: aunque esa condición pretenda exigir como gratificación algo que no existe». También hablando de cosas parecidas hizo mención a lo que nosotros llamamos el grito de

Dostoievski: «El viejo estaba completamente errado en ese punto. La existencia de Dios permitiría todo. Una de las cualidades de su perfecta perfección tiene que ser necesariamente la responsabilidad por todo lo creado, hasta las consecuencias del libre albedrío. Si Dios existiera la vida no sería más que una broma pesada. El peor de los crímenes del más perverso de los hombres pasaría a ser un simple juego de niños. Es justamente porque Dios no existe que no nos queda más remedio que reconocer que hay una serie de cosas que no pueden estar permitidas». Y así hasta el infinito. De estas chácharas hemos tenido a montones en estos diez años de atorrantear por la ciudad. En los últimos años han ido perdiendo frecuencia. Se requiere un clima especial para hablar como lo hacíamos, una atmósfera interior que no puede improvisarse. Las cosas van ahora bastante mal: ahí está el caso de Pancho o el de Conde como prueba.

Bueno, estábamos en que estábamos en el restaurante del final de la avenida del puerto, en el patio, frente al Club de Regatas. «Este es un país rico. *Vive la abondance*», dice Pancho, cuando el mozo deposita sobre la mesa la fuente llena de olorosa carne asada.

Empezamos a comer, masticando en silencio durante largo rato: Pancho excesivamente inclinado sobre su plato, dejando de vez en cuando los cubiertos sobre el borde del plato para cortar un trocito de pan con el que absorbe cuidadosamente el rico jugo de la carne, que brilla oscuramente en la superficie del plato. Barra corta primero la carne en muchos trozos, deja el cuchillo y después, con gran lentitud, uno a uno, va pinchando los pedazos, reuniéndolos luego de una especie de dubitación, como si jugara al «oso fete» antes de cada bocado, sentado junto a Tomatis, frente a mí, con Pancho del otro lado. Tomatis se ha sentado vuelto ligeramente hacia la

calle, hacia la explanada del viejo atracadero, visible entre los troncos de los árboles, y en esa posición mastica lentamente, alzando de vez en cuando la cabeza para observar las copas de los árboles tocadas por la luz del farol de la esquina, o bien el cielo espléndidamente estrellado. Hacia la mitad de la comida, dice Pancho:

—Y esa media viriloide, esa pelirroja, ¿está todavía en el «Copacabana»?

—Si —dice Barra—. Está todavía.

—Podríamos darnos una vueltila por allí esta noche —dice Pancho.

—No estaría mal —dice Tomatis, pensando en otra cosa.

—Es igual para mí —digo yo.

—De todas maneras, no sería el primer jueves que uno se acuesta temprano —dice Tomatis—. Yo me acuerdo bien, que allá en mi infancia, una vez...

—No, no, pero vamos —dice Pancho.

Entonces Barra cruza los cubiertos sobre el plato, produciendo un rápido y leve tintineo, y dice:

—Yo no puedo. No quiero llegarle tarde a mi mujer. La cosa anda un poco tirante.

Pancho alza la cabeza y lo mira.

—¿Cuándo vas a tirar a tu mujer a un tarro de basura, de una vez por todas? —dice.

—En serio que no puedo —dice Barra, carraspeando. Retoma los cubiertos, dejando el cuchillo sobre el mantel, a un lado del plato, y después se inclina sobre la fuente, eligiendo un trozo de carne. Con excesiva atención da vuelta un trozo, lo mira, y lo recoge con el tenedor, llevándoselo para su plato. Agarra el cuchillo y comienza a cortar la carne en trozos pequeños.

Pancho deja de comer, los cubiertos en ristre, y lo mira.

—¿Por qué no vas a ir? —le dice.

—Es que no puedo —dice Barra.

—¿Cómo no vas a poder? —dice Pancho.

—Y —dice Barra—. No puedo.

—No jodas —dice Pancho, reiniciando su comida—. Vos venís con nosotros y listo. Si es por la plata te aviso que tengo tres mil quinientos pesos en el bolsillo.

—Al diablo —dice Tomatis, mirando a Pancho con los ojos muy abiertos—. ¿Acabás de asesinar a tu hermano?^[2]

—No —dijo Pancho—. Le pedí un préstamo solamente.

Tomatis lo miró con curiosidad.

—¿Existen hermanos que dan tanto? ¿Padres que dan tanto?

—Depende de como se pida —digo yo.

—Pancho debe pedir revólver en mano —dijo Tomatis.

Barra se echó a reír. Pancho alzó súbitamente la cabeza y lo miró, dejando de comer.

—¿Vas a ir?

—Pancho —digo yo—, el verano pasado, en la playa, ¿estuvieron las chicas con nosotros?

—¿Qué chicas? —pregunta Pancho sin dejar de mirar a Barra; y le dice: —¿En serio que no vas a ir?

—Pocha y Miri —digo yo.

—Podría ir un ratito —dice Barra, recogiendo un trozo de carne con el tenedor.

—Pero un ratito, nada más —agrega, mordiendo el trocito de carne.

Entonces Pancho continúa comiendo.

—Bravo —dice—. Así me gusta.

—Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo —salmodia Barra.

Pancho queda en silencio, masticando, inclinado sobre el plato. Tomatis lo mira con una atención pensativa y melancólica.

—¿Las chicas? —dice— ¿El verano pasado? Si hace dos años que no están en la ciudad.

—Pero el verano pasado estuvieron aquí una

semana —dice Barra.

—De veras —dice Tomatis.

—Quisiera saber si fue en realidad el verano pasado —digo yo—. Este Pancho me ha hecho mezclar todas las cosas.

—Pancho viejo —dice Barra.

—Pancho —dice Tomatis; Pancho se vuelve y lo mira, sonriendo; Tomatis sonríe por lo que se halla a punto de decir, despu es lo dice: — Qu e es eso de no dejar paso a la gente en los tranvías?

Entonces Pancho se echa a reír sacudiendo la cabeza, con la expresión del chico que ha sido pescado en una falta.

— Acaso los tranvías no pertenecen a la comunidad? —dice Tomatis.

Pancho me mira, riendo, deja el tenedor sobre el borde del plato, me toca el codo con la mano, y siempre riendo, cabecea hacia Tomatis, señalándolo, como diciendo: «Atiendan lo que dice.»

—¿O es que no sabías que pertenecen a la comunidad? —dice Tomatis. Nos mira a Barra y a mí.

—Él con su neurosis, se da el tremendo gustazo de incomodar a la gran familia argentina.

—Ha tenido la diabólica sabiduría de encontrar el pretexto —digo yo.

Pancho alza su copa de vino y toma un trago. La deja. Se seca los labios con una servilleta. Me mira.

—¿Cómo es eso? —me dice— ¿Qué pretexto?

—El pretexto que le permite a uno hacer algo —fuera de lo común —digo yo. De las otras mesas casi todas ocupadas, nos miraban de vez en cuando con curiosidad y sorpresa. Hablábamos en voz un poco alta—. Permitimos que alguien cometa una barbaridad siempre que deje bien claro el motivo. Además nos permitimos hacerla atendiendo a las mismas condiciones.

—¿Qué es eso? —dice Pancho—. ¿Qué

condiciones?

Tomatis me mira, sonriendo. Vuelve lentamente la cabeza y mira a Pancho.

—Me parece que, por ejemplo, si en tu manía de no dejar paso a la gente como todo el mundo, no les ofrecieras la explicación paralela de la crisis neurótica, ellos se volverían locos de desconcierto y espanto —dice.

—Exactamente —digo yo.

—Y esa es la razón por la cual vas a internarte de vez en cuando a un sanatorio. Es para darle un *sentido* a tu conducta.

—Exacto —digo yo.

—Y al diablo —dice Tomatis.

—En definitiva ¿no soy más que un farsante? —dice Pancho—. Sí al diablo.

Hablamos media hora más sobre el asunto, hasta que terminamos de comer. «Lo peor que puede, sucedernos es que nos consideren extrahumanos. Queremos darle una explicación

razonable a todos nuestros actos», dijo Tomatis. «Por supuesto», dijo Pancho. «Pero... ¡Un cuerno la vela! A qué hora es el primer varieté?» Tomatis miraba a Pancho sonriendo; creo que yo también. Barra no miraba a nadie ni sonreía: se hallaba invadido nuevamente por esa distracción triste o casi desesperada que lo hace levantar a menudo la cabeza, como si estuviera tratando de escuchar algún murmullo resonante y lejano, y tocarse muchas veces y con lentitud el bigote, con el pulgar y el índice como probando su consistencia. «Pensemos en el arte; en el arte sin ir más lejos», decía Tomatis. «Para justificarlo le adherimos la explicación de que es útil; pero en realidad no sabemos de qué se trata.» «La literatura es lo peor que hay» dijo Pancho, como para sí mismo. «En especial la literatura argentina: está llena de viejos de la calaña de Guido y Spano.»

Entonces dice Tomatis:

—No nos olvidemos de Leopoldo: ese pícaro

tiene que encabezar la lista,

—Eso es —dice Pancho.

—Bueno —digo yo—. Acábenla.

Media hora más tarde, alrededor de las once y media, descendimos de un taxi frente a los pasillos iluminados de la galería. Recorrimos rápidamente una de las alas, entre los pequeños locales iluminados, envueltos en el sordo estruendo borroso de la música, y nos sentamos en una de las mesas del patio. Había muchísima gente; parloteaba y reía, diseminada en grupos de tres o cuatro alrededor de las mesas de hierro de todos colores. El grupo de la guitarra no estaba. Tomamos café.

—Sin embargo —dice Pancho—, ir a la playa no fue todo lo que hicimos el verano pasado.

—¿Qué estás tratando de inventar? —le digo yo.

Pancho se toca la frente con aire confuso;

—No —dice—. En serio. Yo decía algo que

no tiene nada que ver con la playa. Lo de la playa está bien; lo recuerdo perfectamente. Tengo prácticamente en blanco el otro período. Es bastante desagradable.

Ninguno de los tres dice nada; Pancho continúa tocándose la frente, y haciendo gestos de confusión. Habla como para sí mismo.

—Es bastante terrible —dice—. ¿Nunca les pasó? Deben ser los efectos del shock insulínico.

—No, hombre —dice Barra—. Qué va a ser.

Pancho alza de golpe la cabeza: los ojos le brillan furiosos y terribles. La sangre afluye rápidamente a su rostro pálido y áspero.

—Con vos no es la cosa —dice, mirando fijamente a Barra, haciendo gestos con la mano—. Bueno. Con vos no es la cosa.

Tomatis hace un rápido ademán, dejando con estrépito el pocillo de café sobre el platito.

—Bueno —dice.

Pancho se echa sobre el respaldo de la silla;

sus facciones se distienden y cuajan en una creciente sonrisa.

—Se me hace tarde. Me voy —dice Barra, poniéndose de pie.

Entonces Pancho lo mira nuevamente, de un modo súbito también, y la sonrisa desaparece de su rostro, que ha adquirido ahora una expresión como de temor y sorpresa.

—Hasta mañana —dice Barra, y comienza a alejarse sorteando las mesas. Tomatis golpea lentamente, manteniendo un ritmo regular, con expresión pensativa, la cucharita de café contra el pocillo. Barra desaparece por la ancha boca del pasillo iluminado.

Estuvimos varios minutos sin decir palabra. Yo escuchaba la música. No sé en qué estarían pensando los otros. Pancho se hallaba con las piernas estiradas debajo de la mesa, encogido sobre su silla, sosteniendo el mentón con la palma de la mano derecha, el codo derecho asentándose

sobre la palma de la mano izquierda, el brazo izquierdo doblado a la altura de la barriga. Tomatis observaba la ruidosa gente que mataba el tiempo charlando en el patio. Nuestras miradas no se cruzaron ni siquiera una vez sola.

En eso Pancho se pone de pie rápidamente y nos dice:

—Vuelvo en seguida. No se vayan —y sale dando grandes trancos entre las mesas, desapareciendo por la boca del pasillo iluminado.

Todavía permanecemos un par de minutos sin decir nada.

—Bueno —dice por fin Tomatis, suspirando.

—Va a traerlo —digo yo.

Tomatis se pasa la mano por la frente en un gesto de cansancio.

—Mañana no trabajo —dice. (Tomatis y Barra pertenecen al cuerpo de redacción del único diario de la ciudad. Barra hizo hace tiempo un par de años de estudios de Derecho en la Universidad

Nacional; después abandonó la carrera. Tomatis está inscripto en la Facultad de Filosofía de Rosario y rinde alguna materia de cuando en cuando, muy de cuando en cuando. La facultad le sirve de pretexto para hacerse alguna escapada mensual a Rosario. Él y Barra trabajan hace como cinco años en el diario, aunque en realidad a ninguno de los dos le interesa la profesión. Están en otra cosa: Barra, por ejemplo, se interesa por el cine, aunque creo que hasta él mismo sabe conscientemente que esa dudosa vocación le sirve en gran medida de pretexto para justificar el tiempo que pierde. A Tomatis lo único que parece interesarle seriamente es la literatura. De todas maneras, a él no le queda más remedio que trabajar en el diario, porque a esta altura, y como van las cosas, en este país la literatura no es una profesión: es una changa).

—Pancho está echándose a perder con tanto psicoanálisis —le digo a Tomatis.

—Sí —dice Tomatis—. Se va a arruinar la salud.

—Sin embargo, lo pensás seriamente. No querés decirlo por pura lealtad.

—Gracias por echármelo en cara —sonríe Tomatis con dulzura.

Entonces me inclino hacia él a través de la mesa. La música resuena sordamente en el patio; la gente ríe y parlotea.

—¿Qué te parece si mañana temprano, a las seis, nos tomamos el ómnibus y nos vamos a pasar el fin de semana a Colastiné? La costa está estupenda, me han dicho.

Tomatis suspira.

—Estoy terriblemente fatigado —dice, tocándose la frente con la palma de la mano—. Estoy terriblemente fatigado.

Estuvimos allí hasta las doce y media. La gente empezó a irse y el ruido disminuyó. Pero nosotros no teníamos ganas de hablar. Daba lo mismo que

hubiese o no silencio. En todo el tiempo cruzamos alguna que otra frase perdida. Nosotros podemos estar juntos en silencio, durante largo tiempo, y no sentirnos incómodos por eso.

Alrededor de las doce y media regresaron Pancho y Barra; venían conversando con gran animación.

—Estuvimos charlando con una ginebra de por medio —dice jovialmente Barra al detenerse junto a la mesa.

—Nos alegramos —dice Tomatis.

Pancho y Barra permanecen un momento de pie junto a la mesa, mirándonos sonrientes.

—¿Una ginebra? —dice Pancho; y sin consultar golpea las manos y rodea la mesa para sentarse, mientras el mozo se aproxima hacia nosotros—. Cuatro ginebras con hielo —dice Pancho, sentándose. El mozo se aleja hacia el bar. Barra se sienta; el silencio continúa, pero ahora se trata de un silencio incómodo.

En eso Pancho se remueve lenta y nerviosamente sobre la silla y, mirándome, pregunta:

—¿Decidiste lo de Córdoba?

—Todavía no —le digo.

—Dame la respuesta mañana. Estuve hablando con Barra. Tal vez me acompañe.

—Perfectamente —le digo—. Mañana te contesto.

Debo aclarar que fue con Barra, durante la semana de las fiestas. Ese viaje trajo bastante complicaciones. Estela, la mujer de Barra, quiso separarse de él a raíz del asunto. Como sus vacaciones no le correspondían hasta marzo, de acuerdo a los turnos distribuidos entre el personal, Barra pidió diez días de licencia sin goce de sueldo. La mujer de Barra puso el grito en el cielo; tuvieron una pelea descomunal antes de que Pancho y Barra salieran para Córdoba. Estela le juró que se iba a matar si él se iba. Barra le

contestó que le parecía una idea excelente. Estela no se mató: eligió un camino completamente diferente: sedujo a un pibe de unos dieciocho años, alumno de ella en el colegio secundario, donde dicta clases de psicología, y lo trajo a vivir con ella durante los diez días en que Barra estuvo afuera. Todo eso haciendo gran ostentación en el barrio, de tal manera que al tercer día ninguna respetable ama de casa de tres cuadras a la redonda le dirigía el saludo. Durante esos días en que Barra estuvo afuera, Estela se encontró con Tomatis en el centro y le pidió que la acompañara hasta la casa. Esto me lo contó el propio Tomatis. Dice que llegaron («la noté rara desde el principio, me dijo; después me di cuenta de que estaba un poco borracha») y que ella llamó al pibe («Ricardito, amor, bajá que hay visitas»), dice que gritó melosamente asomándose a la escalera de la planta alta) y que lo sentó junto a ella en un diván, y que lo acariciaba y lo besaba, acomodándole el

pelo y la ropa delante de Tomatis, dando muestras de gran cariño. Dice Tomatis que mientras él estuvo presente, Estela se tomó tres cuartos de botella de ginebra. «Yo, Carlitos», le decía, dice Tomatis, «siento compasión por toda la humanidad. No soy una cualquiera: soy una profesora de psicología, y siento compasión por toda la humanidad». Dice que el pibe la miraba con ojos muy abiertos, como aterrorizado, sin decir palabra. «Parece que si se quedó todo ese tiempo en la casa fue porque le tenía miedo», me dijo Tomatis. «Él anda diciendo por ahí que no tenemos hijos porque yo soy estéril», dice que le dijo Estela después. «Bueno. Te lo puedo decir: él es el estéril. Él es el que anduvo con putas. Él es el que no puede tener hijos». Después miró furiosamente al pibe: «Andá para arriba. Carlitos se queda a cenar conmigo. Tenemos que hablar. ¿No es cierto, Carlitos?» El pibe subió al piso alto y ahí se quedó el resto de la noche. «Yo tenía la

impresión que estaba echado de panza en el piso del dormitorio», me dijo Tomatis, «con el oído pegado al suelo, tratando de oír lo que nosotros hablábamos, con el corazón en la boca». Estela insistió para que se quedara a comer. «No me dejes sola, Carlitos. Estoy tan aburrida. ¡qué barbaridad! A ese chico no lo aguanto». Después se aproximó a Tomatis y le habló en voz baja como si le contara un terrible secreto: «Estuve todo el año caliente con él. ¿Es un Adonis, no es cierto? Pero es terriblemente obtuso al mismo tiempo. Es incapaz de pronunciar correctamente la palabra *psiquis*. ¿Hace falta una técnica especial, no es cierto, Carlitos?» Entrecerraba los ojos, echando la cabeza hacia atrás, como en éxtasis, degustando y demorando las sílabas y los sonidos. «*Psiquis. Psiss... iquis*». «Bueno, pero ese no es el caso, Carlitos. ¿Un poquito más de ginebra? ¿Sí? Sí, hombre, un poquito». «Yo le dije» (medio en broma, medio en serio, aunque después me

arrepentí). «No termines proponiendo que nos acostemos», me dijo Tomatis. «Ella me miró sorprendida por un momento, con los ojos muy abiertos, y después se echó a reír: “Buena idea — me dijo—. Estoy hasta la coronilla de hacerlo tres veces por semana con mi marido. Y él también está hasta la coronilla”». «Después hizo silencio y me miró», dijo Tomatis. «Sos un vago de primera, vos, Tomatis», me dijo. «¿Cómo marcha esa literatura? ¿Cuándo vas a dar con el gran tema para que Alfredo (Barra) lo ponga de una vez por todas en imágenes? En imágenes: es la jerga de mi marido». «Después pasamos a la cocina, dijo Tomatis. Ella hizo unos bifés y unos huevos fritos. Yo la miraba trabajar pensando que mil años antes, dos, tres, cinco mil años antes, Estela había estado también en una cocina, friendo unos huevos, paseando silenciosamente por un recinto sombrío de piedra gris, y ahora estaba todavía ahí, de donde salía accidentalmente tres horas semanales

para hablar frente a treinta adolescentes distraídos, desinteresados, tratando de enseñarles a pronunciar con la debida corrección la palabra *psiquis*. Pero pensaba también (en ese momento, mientras freía los huevos, se hallaba sosegada, tranquila, se movía con una pericia singular en la cocina, entre las ollas y los platos, no hablaba casi, parecía haberse olvidado completamente de mí, de Adonis y de su marido) que había algo deliberado en esa monotonía, en esa repetición; algo de lo cual la propia Estela estaba al tanto: en la cocina ella parecía moverse con la mecánica placidez que sólo puede conferir el confort interior de una envolvente y voluptuosa concha marina. Bueno, después comimos, tomamos un litro de vino sobre la ginebra y seguimos con la ginebra después del café», dijo Tomatis. Después regresaron a la sala y se sentaron a escuchar Bach. «No es lo más apropiado», dice Tomatis que dijo Estela. Después alzó la cabeza, señalando la

planta alta: «Es una hermosura el muchacho. Lo vi por primera vez en la playa, el verano pasado. Llevaba un short piel de leopardo divino. Te juro que no dormí esa noche pensando en él. Tenía la piel tostada divina. En marzo resultó siendo alumno mío. En seguida, apenas lo vi, me puse a pensar cosas». «No hagas tanta alharaca por nada, Estela —dice Tomatis que le dijo—. Estás tratando de que yo se lo cuente a tu marido». «Por mí puede morirse mi marido» —dijo Estela—. Estoy un poco borracha, ¿no es cierto? Es un espectáculo desagradable. ¿Me vuelvo pesada? No tengas escrúpulo en decírmelo. Si me vuelvo pesada vos me lo decís en seguida, y amigos como siempre. A una mujer no puede pasarle nada peor que ser tildada de pesada”. Todo eso no era nada, dice Tomatis. Estaba un poco borracha; no era nada del otro mundo que hablara un poco de más. Después quiso que nos sentáramos en el diván. «Para nada, por sentarnos en el diván nada más».

Y antes de que él le respondiera nada, dice Tomatis, ella agregó: «Y no me digas que se te hace tarde, porque eso te desenmascararía: se vería bien que estés adoptando una actitud de superioridad moral». Nos sentamos en el diván, dijo Tomatis. Y ella se echó sobre mí, tiernamente («para nada; por estar echada sobre el hombro de alguien») y estuvimos así casi media hora. De vez en cuando ella se incorporaba por un momento, me miraba parpadeando preguntándome: «¿Estás cómodo?» «¿No me pongo pesada?», y volvía a echarse sobre mi hombro, fumando pensativa; mandándose un largo trago de ginebra de vez en cuando. Finalmente la sólida Suite Inglesa terminó; en la habitación no quedaron más que un par de frágiles personas humanas, dijo Tomatis. «¿Puedo aflojarte el nudo de la corbata?», me dijo. «Estoy terriblemente excitada». «Yo, en cambio —le contesté— estoy *terriblemente* molesto». «¿Estás tirándotelas de santo, ahora?», dijo ella. «Todo lo

contrario», le digo yo. «Bueno», me dice Estela. «Vámonos para arriba entonces». «¿Y Adonis?», le dije yo. «Adonis es el leitmotiv», dice Estela. «Para mí pasó esa época, Estela», le digo yo, me dice Tomatis. Dice que ella entonces le dijo, «Adonis no es ni siquiera capaz de pronunciar correctamente la palabra *psiquis*: una puede utilizarlo como le plazca». «Es lo mismo», le dice Tomatis. «Quiero dormir en paz. Ni Estela, ni Adonis, ni nadie, por lo menos de esta manera. Terminaríamos haciéndonos señas por debajo de la mesa, en presencia de tu marido». «¿Tanto despreciás a mi marido como para no molestarte en traicionarlo?», dijo ella. A esta altura de su relato Tomatis se detuvo por un momento. Estábamos en casa. Era la hora de la siesta: hacía un calor pesado y gris y estaba lloviendo sin cesar desde la mañana. El estruendo del agua cayendo sobre los techos de la ciudad hacía más borroso el rumor de la conversación. Carlos se levantó y se

aproximó a la ventana; se quedó mirando largamente la lluvia, con aire pensativo. Después regresó a sentarse, suspirando: «En tardes así, como esta —dijo— uno termina reconociendo que no sabe nada». Cambió de tono: «Le pegué» —dijo—. «Dos veces, en la cara. Después nos acostamos. Lo hicimos en el suelo, debajo de la mesa. Uno es capaz de hacerlo en cualquier parte. En eso el sexo es como la muerte: ineludible y momentáneo. Después me sentí culpable, aunque creo que fui demasiado injusto conmigo mismo, porque en realidad, durante esa situación absurda, yo me sentía tan mal como ella». Dice Tomatis que cuando se levantaron y continuaron tomando ginebra y charlando, y escuchando música de Bach, una Sonata para violín, dice Tomatis, ella lo miró y le dijo: «Yo no soy una cualquiera, soy una profesora de psicología y te lo puedo decir: siento compasión por toda la humanidad». Eso era casi a las dos de la mañana. «Mañana es Nochebuena»,

comentó Estela «Mañana voy a agarrarme una tranca de primera», le dije yo, dijo Tomatis. «No te vayas, Carlitos», dijo Estela. «Tengo que irme. Trabajo mañana». «No te vayas. Acostémonos. Vayámonos juntos a cualquier parte. Vámonos a vivir la vida». «¿Qué vida?», dice Tomatis. «No te hagas el cínico, Tomatis: la vida es hermosa». Me acompañó hasta la puerta, dijo Tomatis cuando me lo contaba. «Andá. No te vayas. No me dejes sola con ese estúpido». «Tengo que irme, Estela». «¿Con quién vas a pasar Navidad?», me dice. «Con mi gente», le digo yo. «Tu gente es toda una familia. Hay que desintegrar la familia», dice Estela. «Es verdad», le digo yo. «Pero tengo que irme». «Yo estoy sola». «Hasta pronto, Estela. Feliz Navidad». Entonces ella me agarró del brazo, dijo Tomatis. «No te vayas», me dijo. «Tengo que irme», le digo. Ella me soltó y me miró con furia: «Hijo de puta. Porquería», murmuró. «Sí. Sí. Lógicamente», le dije. «Buena

suerte, Estela. Hasta mañana». Salí a la calle y comencé a caminar bajo los quietos árboles. Era una noche espléndida. Ella salió detrás mío, se paró en medio de la vereda, y empezó a gritar: «¡Se lo voy a contar a mi marido! Y... Y... ¡Se lo voy a contar todo! ¡A mi marido!» No me di vuelta. Caminé una cuadra y al doblar la esquina Estela seguía gritando todavía.

Eso fue lo que me contó Tomatis. Cuando Barra regresó Adonis estaba todavía en la casa. Era la madrugada del seis de enero. Barra se lo contó a Pancho y Pancho, por supuesto, en seguida, me lo transmitió a mí. Barra entró, encendió la luz del dormitorio, y ahí estaban los dos en la cama de matrimonio, uno junto al otro, durmiendo. Era pleno enero: una noche de calor pesado; las ventanas estaban abiertas. No hacen falta, en esas noches, ni frazadas, ni sábanas, ni nada. En esas noches el roce de una seda delicada lastima ásperamente la piel. Las noches de enero son

lentas y ardientes, difíciles de soportar. «Bueno», dijo Barra al ver el cuadro; y golpeando las manos gritó: «¡Arriba todo el mundo!» Adonis fue el primero en despertar; abrió los ojos con gran asombro y espanto y se quedó sentado en la cama. «Póngase un pijama» le dijo Barra. «¿Quién es usted?», preguntó Adonis. «El marido», dijo Barra. «La ley me ampara. Puedo matarlo y salir inmediatamente en libertad». Estela roncaba. Comenzó a moverse incómoda en ese momento. El pibe dio un salto y quedó de pie junto a la cama: «Yo no tengo la culpa, diga. Fue ella la que me trajo —dijo—. Yo no sabía que era casada. Me dijo que era separada. Además estuvo aquí con otro tipo la semana pasada». Estela dejó de roncar y entreabrió los ojos. «Póngase un pijama le digo», dijo Barra. «No tengo pijama». El pibe estaba a punto de llorar. Tenía un susto terrible. «Yo no me las tiro de vivo, diga», murmuró. «Echalo a la calle, Alfredo», dijo Estela

lentamente. «Es terriblemente ordinario. Estuvo conmigo toda la semana». «Yo no soy un vivo», dijo Adonis. Al fin se vistió y se fue. Estela, continuó durmiendo. Barra se desvistió y se acostó. A la mañana siguiente Estela preparó un desayuno ejemplar: jugo de naranja, leche fría, queso de cabra que el propio Barra había traído de Córdoba, uvas y melón frío. Se lo llevó a Barra a la cama: «Estoy segura de que sos incapaz de separarte de mí», le dijo. «Yo tampoco soy capaz de una cosa semejante. No te hagas más problemas sobre el asunto. Me has engañado muchísimas veces desde que estamos casados con mujeres que otros hombres no tocarían ni con una caña. Esta uva es moscatel. Es deliciosa. No dejes de probarla».

Así fue como me contaron las cosas Pancho y Carlos Tomatis. Pero eso sucedió casi dos meses después de la noche en que nos habíamos juntado porque Pancho acababa de regresar de Buenos

Aires. Esa noche, después que nos tomamos un par de ginebras (cada uno, se entiende) nos levantamos por fin para ir a ver el varieté del «Copacabana». Tomamos un taxi frente a la entrada misma de la galería y descendimos bajo el resplandor rojo y verde del letrero luminoso del cabaret. Como el barrio es algo desierto y silencioso, si bien no está nada lejos del centro, la música del cabaret se oye siempre desde por lo menos una cuadra a la redonda. El «Copacabana» es un galpón largo, frío y rectangular. La pista rectangular está separada del espacio donde se hallan esparcidas las mesas por medio de una baranda de caños, pintados de todos colores, con cuatro aberturas, una por lado, destinadas al acceso de las parejas. Las mesas se hallan dispuestas junto a la baranda, en una o dos hileras. En uno de los extremos del salón se abre un escenario de tipo italiano, ocupado por un piano vertical y abarrotado de sillas y atriles. En la pared del fondo del escenario hay un terrible

mural pintado al parecer por un pintor de brocha gorda que representa un morro, con un caserío en el fondo, una palmera, ingenuamente fálica, y la correspondiente pareja de negros bailando. El salón está iluminado por luces indirectas, rojas, verdes y azules, como las del letrero luminoso de la fachada exterior. Ese tipo de iluminación crea una penumbra incómoda y por esta misma razón inquietante, en medio de la cual nada puede percibirse ni ocultarse completamente.

El techo del salón es altísimo, como el de un depósito o el de una iglesia. Tanto el lugar como los clientes, o como el personal o los números del varieté, son especiales para hacer que el tipo más o menos inteligente que va al «Copacabana» experimente de un modo constante la sensación de que está pasando una noche horrible.

A veces me río para mis adentros cuando oigo decir a alguien que se ha divertido en el cabaret. Ningún tipo con dos dedos de frente puede ir

seriamente a buscar diversión a un cabaret. No hay lugar en la tierra más aburrido que el cabaret, además de ser un estilo de espectáculo completamente pasado de moda. Ir al cabaret entre nosotros (me estoy refiriendo a Tomatis, a Barra, a Pancho y a mí, o a cualquiera de los otros muchachos) significa ir a un lugar que permanece abierto después de media noche, cuando todos los otros lugares están cerrados, un local del que no pueden echarnos hasta después de las cinco de la mañana. El único encanto que puede tener un lugar como el «Copacabana» es la posibilidad que ofrece de escuchar algunos viejos tangos que debido al flujo y reflujo de la moda de la música popular no se tocan en otro lado.

Entramos. Estaba semidesierto, como de costumbre. La orquesta (un violín, un bandoneón, un piano) ejecutaba «Rosas de otoño». Al otro lado de la pista había tres mesas ocupadas; del lado que nos sentamos nosotros sólo una, aparte de

la nuestra. Era un hombre solo, muy flaco, al parecer de más de cincuenta años, vestido con un traje claro, visible en la penumbra, y un sombrero con el ala doblada sobre la frente. Observaba silenciosamente a una pareja que recorría la pista girando sin cesar al compás del vals. En su mesa había una botella de vino, sumergida en un baldecito de hielo. Nos miró atentamente cuando entramos: su cabeza giró y mantuvo su rostro fijo hacia nosotros. Yo vine a quedar enfrente de él, de modo que pude observar cómo nos contemplaba de vez en cuando como si tuviera interés en decirnos algo.

Cuando vino la camarera le pedimos una botella de vino blanco. La mujer, una rubia gruesa de edad bastante imprecisa, nos miró con un aire maternal y desconfiado.

—¿Y la pelirroja? —dijo Pancho tocándose el brazo con la mano después que la camarera se alejó.

—No la veo —respondí.

—Me excitan las pelirrojas —dijo Pancho, volviendo a pasear indolentemente su mirada por la pista.

En eso veo que el tipo flaco de la mesa vecina le toca el hombro a Tomatis que le daba la espalda. Tomatis se dio vuelta y el tipo le dijo algo, señalándole un cigarrillo que sostenía en la mano derecha.

—¿Nadie tiene fuego? —dice Tomatis, entre el estruendo de la música—. Aquí el señor quiere fuego.

Le alcancé a través de la mesa mi encendedor. Tomatis se lo entregó. El tipo encendió y a la luz de la llama alcancé a ver su rostro: un rostro nervioso y chupado, pero ingenuo. Después que apagó la llama alzó un poco el encendedor, como para observarlo mejor a la escasa luz. Le dijo algo a Tomatis. Tomatis se encogió de hombros, recibiendo el encendedor de manos del tipo.

—Dice si es de oro —dijo Tomatis.

—No —le digo yo—. Es dorado nada más.

Tomatis le dijo algo y el tipo hizo un gesto desmesuradamente afirmativo y después continuó mirando a la pareja que giraba sin cesar al compás de «Rosas de otoño».

Después que la camarera rubia nos trajo la botella de vino, sumergida en un baldecito idéntico al de la mesa de al lado, y la cobró (trescientos pesos, los pagó Pancho, separando minuciosamente tres billetes de cien de un fajo bastante abultado, que la camarera alcanzó a distinguir, cambiando de golpe la actitud hacia nosotros). Desde ese momento empezó el desfile de chicas a la mesa. Vinieron cuatro, que regresaron por donde habían venido, una por vez, y cada vez que una de ellas se aproximaba el tipo de la mesa de al lado se volvía hacia nosotros y escuchaba el diálogo con una sonrisa de interés y expectativa. Se veía que tenía unas ganas bárbaras

de sentarse con nosotros.

Después se encendieron las luces de la sala y dio comienzo el varieté.

—Ahora viene lo bueno —dijo entonces el tipo de al lado, moviéndose impaciente sobre la silla. Me miró y me guiñó el ojo, cabeceando hacia la pista.

Entonces pude verlo con mayor precisión: tenía el cuello de la camisa abrochado, pero no llevaba corbata; el rostro amarillo y tierno, unos labios finos, las mejillas ajadas y rasuradas y unos ojos pequeños y sumisos, inquisitivos.

—¿No es cierto, muchachos? —repetía—. ¡Ahora viene lo bueno!

Y guiñaba el ojo, cabeceando con una expresión entendida y connivente hacia la pista; excepción hecha de mí, que me hallaba sentado frente a él, nadie le hacía caso. Yo trataba de responder en la mayor medida posible a su comunicatividad, pero confieso que no estaba con

buena disposición de ánimo para eso. En cuanto a Pancho, Barra y Tomatis, ninguno decía nada: los tres parecían hallarse ensimismados y taciturnos y Tomatis tenía un aire soñoliento y melancólico.

El varieté contaba con cinco números. Un dúo vocal centroamericano: una mujer de unos cuarenta años, gruesa, que llevaba un vestido muy ajustado lleno de lentejuelas, de color rosa, y un hombre bajito, de aspecto raro, con una gran dentadura, como la de un caballo, que quedaba al descubierto apenas abría la boca: se hallaba vestido con unos zapatos combinados, bastante viejos, blancos y negros, un pantalón negro, y un smoking celeste de tela ordinaria. El hombre tocaba la guitarra y la mujer sacudía torpemente unas maracas; no daban con el tono de voz adecuado, se confundían al principio de cada estrofa, se olvidaban de la letra de las canciones, y en un momento dado, cuando quisieron cambiar de lugar, efectuando una especie de esbozo coreográfico, para quedar parado uno

en el sitio en el que hasta entonces se había hallado el otro, el vestido de la mujer se enredó en el cable del micrófono, desgarrándosele un penacho de gasa que llevaba en el ruedo y haciendo trastabillar ruidosamente el micrófono, todo de un modo tan lento y complicado que debieron interrumpir por un momento la canción que se hallaban cantando. Aproximadamente en la mitad de la primer canción, un poco después del incidente, Pancho y Barra comenzaron una cháchara interminable, inclinándose uno hacia el otro, hablando en voz un poco más baja que lo normal y haciendo amplios gestos con la mano, de un modo tan descarado que el tipo de la guitarra comenzó a mirarlos nerviosamente de reojo, sin suspender su sonrisa profesional, que dejaba al descubierto sus grandes dientes amarillos de caballo, y la mujer clavó definitivamente su mirada en nuestra mesa, con una expresión de creciente cólera.

El segundo número del varieté era una bailarina española, Amparo de Sevilla, vestida, como es corriente, con un amplio vestido de cretona ordinaria, lleno de volados. Su indumentaria se complementaba con un rulito engominado sobre la frente, un gran clavel rojo entre los pechos, las castañuelas, etcétera, y a pesar del tremendo estruendo que creó su paso por el salón, no pudo lograr que Pancho y Barra interrumpieran su súbita y animada conversación, así como tampoco logró interrumpirla una bailarina tropical que era el tercer número del varieté, y que apareció dando unos pasitos cortos y arrastrados por la pista, llevando como única indumentaria un corpiño y una bombachita de un raso verde bastante desvaído, llenos de lentejuelas, y un tocado de plumas de todos colores en la cabeza: era, para decir la pura verdad, bastante vieja, y bailaba asimismo bastante mal, y como si no bastara con que su piel

fuese repugnantemente blanca, tono completamente pasado de moda para la piel femenina, y algo ajada y flácida, no había tenido el cuidado de ocultar la cicatriz de una operación que dividía su vientre, cicatriz cuya presencia descomponía de un modo definitivo y total todo el espectáculo.

El cuarto número del varieté era un bailarín folklórico que zapateaba un malambo, y lo cómico del asunto, en lo que se refiere a Pancho y a Barra y a su dichosa conversación, fue que al finalizar el número, antes de que comenzara el próximo, me incliné hacia Pancho para preguntarle si él también había advertido que el bailarín tenía cierto parecido físico con Tomatis (algo cargado de hombros, una cabeza de forma rara, la nariz ganchuda, los ojos separados entre sí como los de una ballena), y entonces tuve la sensación de que Pancho y Barra no sólo habían estado conversando sin atender el espectáculo, sino que ni siquiera se habían dado cuenta de que el espectáculo había

tenido lugar, porque cuando le hice la pregunta Pancho se volvió bruscamente hacia mí, me miró con los ojos muy abiertos, con expresión de sentirse realmente sorprendido, y me preguntó: «¿Qué bailarín folklórico?», mirándome sin parpadear durante un largo momento.

Solamente cuando se presentó el número central del varieté, Pancho y Barra se callaron la boca, cambiaron de posición sobre sus sillas y se dedicaron a mirar el espectáculo, una joven de unos veinticinco años, graciosa y bien formada, cuya especialidad era el *streap-tease*, que se presentó vestida de pies a cabeza con un traje de novia hecho de una tela transparente, con las manos juntas en actitud de quien se encuentra rezando, y caminando con gran lentitud, entonando con unas modulaciones infantiles, buscadas deliberadamente, las estrofas de una canción picaresca que hablaba de una novia abandonada la noche misma de la boda, antes de que la cosa

sucediera; la letra explicaba que la chica se ponía a disposición de quien quisiera realizar el trabajo, y después dejaba de cantar y comenzaba a despojarse de sus prendas con exasperante lentitud, amagando dos o tres veces con cada una antes de sacársela, hasta quedar con una estrella pequeñísima, dorada, sobre cada uno de los pezones, y otra de mayor tamaño en el pubis; a esa altura las luces se encendieron y se apagaron tres o cuatro veces, y el tambor redobló en el escenario para dar la sensación de clímax, y entonces la chica se cubrió con una capa completamente transparente y dio una vuelta a la pista, en cuyo extremo se detuvo, y en medio de los compases de la «Marcha Nupcial», resonando pesada y paródicamente, se volvió hacia el público, arrojó un beso con la mano, estirando el brazo y haciendo una leve genuflexión, y salió al trotecito para los camarines.

A todo esto el tipo de la mesa de al lado

demostraba un entusiasmo singular: se movía nerviosamente sobre la silla, decía cosas que la música impedía escuchar, se volvía hacia mí guiñándome repetidas veces el ojo, cabeceando hacia la chica con expresión pícaro y connivente. Pancho y Barra miraban sonriendo el espectáculo. Tomatis dormitaba. Cuando la música cesó y las luces se apagaron, devolviendo la semipenumbra al local, Tomatis se despertó como sobresaltado.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —dijo.

Los músicos dejaron sus instrumentos en el escenario y bajaron al salón para descansar. Se hizo un momento de silencio en todo el salón que interrumpió la risa prolongada y áspera de una de las chicas. El tipo de la mesa de al lado se levantó, con la copa en la mano y se aproximó a la mesa; por la manera de caminar me di cuenta de que estaba un poco ebrio.

—Buenos noches, muchachos —dijo de un modo entusiasta, apoyando su mano sobre el

hombro de Tomatis. Carlitos lo miró, dejando caer levemente la cabeza hacia un costado—. ¿Cómo marcha la cosa?

—Bien, nomás —dijo Tomatis.

—Gorosito, a sus órdenes —dijo el tipo.

—Mucho gusto —dijo Tomatis.

—¿Qué le pasa? —dijo Pancho, como emergiendo de una honda meditación, sin mirarlo, alzando más bien la cabeza hacia la pista.

—Pancho —dije yo— El señor Gorosito.

—Gorosito, a sus órdenes —dijo el tipo.

—Bueno, está bien —dijo Pancho.

El hombre oscilaba ligeramente, sosteniendo la copa con una mano, la otra apoyada sobre el hombro de Tomatis. Nadie decía nada.

—¿Andan de garufa, muchachos? —dijo tímidamente.

—Eso es —dijo Tomatis.

—No, claro —dijo el tipo; se inclinó más hacia mí, al advertir que yo era el único que le

prestaba cierta atención—. En mis tiempos era diferente, se lo puedo asegurar.

—¿Si? —le dije yo.

—Seguro —dijo él—. Era otra gente, viejo.

Entonces Pancho se inclina hacia mí, de costado me toca el brazo y dice:

—¿Quién es este tipo?

—Qué se yo —le digo.

—Me pone nervioso ahí parado —dice Pancho.

—Ya pasaron esos tiempos, mi amigo —dice el tipo.

—¿Qué tiempos? —dice Pancho, alzando la cabeza hacia él, invadido por un real y súbito interés.

—Ustedes ni siquiera habían nacido —dijo el tipo, y viendo el interés inesperado de Pancho se separó de Tomatis y vino hacia nosotros—. Aquello sí que era diversión.

Pancho hizo una especie de espiral en el aire,

con el dedo, con lo cual señalaba el local.

—¿En el cabaret? —preguntó.

—En todos lados. Y antes de que yo naciera también, según sabía contarme mi finado padre —miró a su alrededor con gesto de repugnancia—. Antes el tango se bailaba de corazón —dijo—. ¿Me puedo sentar un ratito con ustedes, muchachos?

—Cómo no, don —dijo Pancho—. Déle. Siéntese nomás.

Su rostro adquirió una expresión de brillante satisfacción; dejó cuidadosamente su copa sobre la mesa, inclinándose en forma exagerada, y dijo:

—En seguida.

Fue hasta su mesa y arrastró de vuelta una silla, caminando ligeramente, dando saltitos. Colocó la silla con gran entusiasmo, entre Pancho y yo. Cuando estuvo sentado se dio unos golpecitos sobre la rodilla, con aire de satisfacción; después alzo su copa y tomó un trago.

Los cuatro lo mirábamos. Cuando dejó de tomar, sosteniendo todavía la copa en la mano, la sonrisa desapareció de su rostro, pareció sentirse completamente confundido, y carraspeó tres o cuatro veces.

—Andamos con el ánimo por el suelo, don — dijo Tomatis, suspirando.

El tipo aprovechó la grieta para colarse.

—¿Problemas con las mujeres, muchachos? — dijo, mirándonos, buscando en especial conversación con Pancho debido al interés demostrado por éste un momento antes—. Por eso yo soy soltero. Me fui quedando, quedando, y aquí me tienen, sin problemas, solterito.

—Es una suerte —dije yo, al ver que nadie le respondía—. Esta gente es muy amarga —dije sonriendo, señalando a los muchachos—. Siempre son así.

—En mis tiempos era diferente, se lo puedo asegurar —dijo el tipo—. Y antes de que yo

naciera, según sabía contarme mi finado padre, mucho mejor. Era gente de otra pasta.

—Antes el tango se bailaba de otra manera, ¿no es cierto? —le dije.

—Efectivamente —dijo el tipo—. Y la juventud era otra cosa.

—¿Otra cosa? —le dije—. ¿Cómo otra cosa?

El hombre dudó; meditó, y creo que se puso un poco colorado.

—Y —dijo—. Otra cosa.

Está demás decir que Tomatis había recommenzado a dormitar y Barra observaba distraídamente el salón, acariciándose el duro bigote con los dedos. Pancho se puso de pie.

—Voy al baño —dijo. Al baño se va en el «Copacabana» por una pequeña puerta abierta junto al escenario; el alto y lento cuerpo de Pancho se dirigió al baño, y al pasar frente al escenario pálidamente iluminado resaltó como un escorzo sombrío. Pancho iba tocándose la cara con la

mano, cargado de hombros, la cabeza caída, en una actitud como pensativa.

—¿Qué hora es? —preguntó Barra. Al efectuar la pregunta volvió el rostro hacia nosotros, y en seguida, sin siquiera esperar la respuesta, continuó mirando el salón, tocándose el bigote, como si tratara de olerse los dedos. El tipo sacó trabajosamente su reloj de bolsillo, lo abrió, y echándose para atrás lo elevó acercándolo a su rostro, para tratar de ver la esfera en la atenuada penumbra. Con voz vacilante respondió que eran las dos pasadas.

—Yo vengo aquí casi todas las noches —dijo después, con aire raro.

—Cierto. Le encuentro cara conocida —le digo yo.

—Pero me aburro —dijo el tipo—. No es como antes, cuando yo era joven. Qué mujeres. Cómo bailaban, se lo puedo asegurar. Ahora, ¡qué! ahora no es nada en comparación con aquella

época.

Se inclinó hacia mí haciendo gestos de complicidad:

—Yo no dormía nunca —dijo—. Había un patio con una glorieta, en el sur. Se bailaba las veinticuatro horas del día. Dos por tres el baile terminaba con un finado. ¿Ahora? —dijo, con aire de superioridad—. Qué me van a venir a hablar de diversión. Hace por lo menos desde el año cuarenta que no me divierto en ninguna parte, se lo puedo asegurar.

Me tocó el brazo cabeceando hacia Tomatis. Carlitos dormía, apoyando el codo en la baranda y sosteniéndose la cabeza con la palma de la mano.

—Fíjese —dijo el tipo—. Eh, mi amigo —le gritó. Tomatis ni siquiera se movió—. Eh, oiga, oiga, diga —dijo el tipo. Como Tomatis seguía sin responderle el tipo se paró torpemente, y lo tocó inclinándose hacia él a través de la mesa.

—¿Qué? —dijo Tomatis, despertándose.

—No se duerma, mi amigo —dijo el tipo.

Tomatis bostezó.

—No —dijo—. No dormía.

—Bueno —dijo el tipo, disponiéndose a sentarse. Tomatis apoyó nuevamente el codo sobre la baranda y la cabeza en la palma de la mano. El tipo se inclinó de nuevo hacia él—. No. No —le dijo, sacudiendo el índice delante de él, como reprendiéndolo.

—No, si no dormía —dijo Tomatis, con voz soñolienta.

—Che, Tomatis —digo yo—. Dice el señor que no te duermas.

—Apenas suba la orquesta típica —le prometió el tipo a Tomatis— voy a bailar un tango.

—Perfecto —dijo Tomatis—. Está en su casa.

—Pero como se bailaba en mis tiempos —dijo el tipo.

—Mejor todavía —dice entonces Tomatis—. Nos trasladaremos gracias a usted a los limbos de

nuestra tradición.

En eso Barra da un golpe suave sobre la mesa y con la palma de la mano.

—Creo que me voy a ir —dice.

El tipo estaba por alzar su copa de vino de sobre la mesa en ese momento; se volvió rápidamente hacia Barra.

—¿Se va? Pero no mi amigo, quédese —dijo sacudiendo pesadamente su flaca mano ante el rostro de Barra. Ahora vamos a pasar un buen momento. Ahora va a ver cómo se baila el tango de puro corazón. Este punto —se golpeó el pecho suavemente con la palma de la mano— va a dar cátedra esta noche.

—Es que mi mujer me espera —dice entonces Barra.

—Ah, si se trata de eso —dijo el tipo con suma gravedad— yo no voy a retenerlo, viejo, se lo puedo asegurar.

—Pero no —salta Tomatis —si no tiene nada

que ver la mujer con el asunto.

—Realmente —dice el tipo—. Si el hombre es casado y tiene sus obligaciones.

—Qué va a tener obligaciones —dice Tomatis — si es un atorrante. Dígale que se quede. —Se volvió hacia Barra—. Me extrañaría mucho de vos, Alfredo —dijo— hacer un desprecio al hombre justo cuando va a bailar el tango de puro corazón.

—Había un patio que le decían la «Glorieta» —dice el tipo—. Yo he estado bailando veinticuatro horas seguidas, sin parar, con la misma pareja. Empezamos a la tardecita de un sábado y terminamos el domingo a la noche.

—Una especie de fakirismo —dice Tomatis.

El tipo ni siquiera lo oyó; se inclinó trabajosamente hacia la mesa y alzó su copa; bebió un trago largo, minucioso, y se quedó con la copa en la mano.

—¿Actualmente? —dijo—. Por favor. Qué me

van a decir a mí de diversión.

Quedó en silencio, como ofendido.

—Bueno —dijo Barra—. Me quedo. Siempre y cuando esta noche no trate de batir su propio record.

El tipo le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Así me gusta —dijo.

Pancho apareció de golpe junto a la mesa.

—Habiendo cumplido con las exigencias impuestas por el más inevitable de los tiranos, el cuerpo —dijo, corriendo la silla con el fin de sentarse— Pancho regresa ahora para continuar solazándose en compañía de sus viejos camaradas.

El tipo terminó de beberse su vino y dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Claro que sí —dijo—. Todos somos camaradas, muchachos.

Inmediatamente abrazó a Pancho. Este lo palmeó.

—Pancho tiene el placer de expresar su

solidaridad con un representante de la vieja generación —dijo.

—Ahora el señor Gorosito va a bailar con el objeto de demostrar qué hacían durante todo el tiempo nuestros gigantes padres mientras los ingleses desembarcaban en la Patagonia.

El tipo se puso de pie, tambaleándose, tocándose el sombrero.

—A ver —gritó hacia el escenario desierto—. Música, maestro.

Se oyó una risa de mujer en el fondo del salón, detrás mío. El tipo se volvió en esa dirección, miró un momento, alzó la mano con un gesto de ligera perplejidad, y en seguida se echó a reír.

—Un momento, muchachos —dijo. Avanzó hacia la mujer que continuaba riéndose, con tensas carcajadas de expectativa. Me di vuelta y observé en el fondo del salón un grupito de chicas y dos o tres tipos, distribuidos en dos mesas. El tipo se paró junto a la mesa de las chicas, se inclinó hacia

ellas y comenzó a hablar en voz baja; su voz se oía como un pesado y trabajoso murmullo. Las chicas respondían con amplias carcajadas. Dejé de mirar.

—No hay ninguna pelirroja a la vista —dice Pancho entonces, apenas me doy vuelta.

—¿Te fijaste en el bar? —le digo—. Es adiconista.

—No está; hay una vieja —dice Pancho.

—Tal vez esté franco hoy —le digo—. ¿Qué día es? ¿Jueves?

Barra y Tomatis conversaban en voz baja; Barra se hallaba inclinado hacia Tomatis, y escuchaba con la cabeza puesta de perfil hacia él. Tomatis hablaba sin moverse, como en medio de un plácido abandono. Yo alcanzaba a oír fragmentariamente algunas palabras: «...el viejo Borges», «...fantasía...», «...mayor oposición...»; en un momento dado desvié la cabeza hacia ellos, mirándolos un momento, y vi que Tomatis se acomodaba sobre la silla, como invadido por una

súbita energía, y sacudiendo el índice en un ademán vagamente didáctico, dijo, con un tono casi despectivo: «...en su plenitud recoge mágicamente».

—Jueves, sí —dijo Pancho.

—Bueno, a lo mejor está franco hoy —le digo entonces. Y él me dice, paseando la vista por el salón largo y rectangular:

—Estas mujeres van de un lado a otro.

—No —le digo—. Pero la colorada es de aquí. La he visto muchísimas veces por la calle.

—¿Es homosexual? —pregunta Pancho.

—Anda siempre con una cantante del «Bambú» —le digo—. Viven juntas. Y ella tiene un aire raro. Por supuesto que juraría que es lesbiana. Ya sabés cómo son las mujeres.

—Un exceso en la búsqueda de independencia social —dice Pancho.

—No seas tonto, hombre —le digo yo.

Pancho alza su copa de vino y bebe un trago.

Busca al parecer cigarrillos en el bolsillo de su saco.

—¿Tenés un cigarrillo? —me dice.

Saco el paquete y le doy uno; dejo el paquete sobre la mesa; enciendo el encendedor ante el rostro de Pancho. Este se inclina, con el cigarrillo sesgado en los labios y aproxima el extremo del cigarrillo a la llama. Al chupar la llama crece, y su rostro rasurado, a la luz viva, parece hecho de una áspera roca trabajada descuidadamente. Las cuencas de sus ojos se llenan de sombra. Su amplia frente, un poco húmeda, refleja resplandores recibidos de un modo indirecto. Se echa hacia atrás, lanzando humo por la boca; apago el encendedor y lo guardo en mi bolsillo.

—Nada de tonto —dice Pancho, fumando y mirando la brasa de su cigarrillo—. Es el resultado de su independencia social, y casi siempre...

—¡Muchachos! ¡Muchachos! —se oye la voz

del tipo detrás mío, mezclada a las ásperas y prolongadas risas de las mujeres.

Pancho alza la cabeza hacia él, por encima de mi hombro.

—¿Eh? —dice—. Sí, hombre, sí. Ya va —y agrega por lo bajo, mirándome—: Este tipo ya me tiene hasta la coronilla. —Vuelve a mirarlo—. En seguida, don —dice en voz alta.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra —digo yo.

En ese momento los músicos comenzaron a subir lentamente al escenario.

—¡Muchachos! —gritó el tipo, detrás mío. Y en seguida comencé a oír sus pasos arrastrados aproximándose a la mesa. Inmediatamente estuvo parado entre Pancho y yo. Nos puso un brazo en el hombro a cada uno y comenzó a cabecear hacia la mesa de las chicas.

—Ahora voy a bailar con una morocha —dijo. Fue hasta su propia mesa y trajo consigo el

baldecito de hielo con la botella de vino adentro.

—Para tomarlo entre los amigos —dijo, guiñando repetidas veces los ojos, que brillaban en la penumbra como dos amarillas brasas húmedas, con vetas rojizas. Estaba de pie, oscilando ligeramente, con las piernas abiertas, agarrando el baldecito por el borde con una mano y sosteniéndolo por la base con la palma de la otra.

—Muchas gracias —digo yo—. Ya hemos tomado.

—No faltaba más —dijo el tipo—. Somos todos camaradas, muchachos. Lo que es de uno es de todos. —Se inclinó, un poco bruscamente, de modo que una gota de agua fría, del interior del baldecito me dio en pleno rostro—. Y ahora voy a bailar con una morochita, un kilo y medio la piba —dijo. El baldecito se halla peligrosamente inclinado hacia mí.

—Sin duda —dije, empujando el baldecito por

el borde para enderezarlo. El tipo advirtió mi gesto, echándose ligeramente para atrás.

—Perdonen, muchachos —dijo—. No quise ofender. No faltaba más. Estoy un poco, ¿eh?, ya me entienden.

Decidió palmearme, con el objeto de mostrarme su gran afecto, de modo que separó la mano que sostenía el baldecito por la base y me dio dos golpecitos cariñosos en el hombro, resultando que el baldecito, agarrado con una sola mano por el borde, se inclinó nuevamente hacia mí, en un ángulo peligroso. Cerré los ojos. Cuando sentí que retiraba la mano del hombro volví a abrirlos comprobando que colocaba nuevamente la mano bajo el baldecito.

Ahora los músicos revisaban lentamente sus instrumentos, recogiénolos del suelo; el pianista se hallaba ya sentado frente al viejo piano vertical y tocaba distraídamente unas notas. El tipo volvió rápidamente la cabeza hacia el escenario.

—«La cumparsita», maestro —gritó.

Nadie le hizo caso.

—Eh —repitió— «La cumparsita».

Las chicas rieron detrás mío. El pianista miró hacia el salón pero al parecer no vio a nadie y continuó probando su piano.

—Eh, maestro —dijo el tipo encaminándose hacia el escenario, con el baldecito en las manos—. A pedido: «La cumparsita».

Cuando se alejó unos metros oímos el ruido de un chorro de agua chocando contra el suelo. El tipo se detuvo.

—«La cumparsita» —gritó tímidamente desde donde estaba. Por el tono de su voz se advertía de que tenía conciencia de haber metido la pata, e insistía para arreglar un poco las cosas. La camarera rubia se aproximó rápidamente a él y le dijo algo en voz baja.

—No —respondió el tipo con su voz pesada—. Yo quería que tocaran «La cumparsita».

—De acuerdo, señor. Perfectamente. Pero vaya y siéntese —oí decir a la camarera.

Todos los presentes mirábamos hacia el tipo y la camarera.

—Sí —dijo el tipo con voz tímida y apagada—. Pero yo quería...

—Comprendo —dijo la camarera— Pero ahora va y se sienta.

El tipo volvió, con el baldecito en la mano, y al pasar frente a su mesa lo dejó sobre ella, al parecer olvidando por completo la invitación que nos había hecho un momento antes. Después se aproximó a Pancho y cabeceando hacia el lado del escenario le dijo:

—Son unos hijos de puta.

—Sin duda alguna —convino Pancho.

El tipo siguió viaje hasta la mesa de las chicas, ubicada en el fondo del salón, detrás mío. En el escenario los músicos, el violín, el bandoneón y el piano, terminaron por fin de acomodarse,

quedando inmóviles por un momento: el primero se hallaba de pie en el extremo opuesto del escenario en que estaba el piano, el bandoneonista sentado entre los dos. No alcancé a distinguir cuál, dio dos golpes con su zapato en el piso de madera, y en seguida comenzaron a ejecutar «La cumparsita».

Sin embargo el tipo no bailó: apenas el tango comenzó a escucharse regresó a su mesa, se sentó y se quedó inmóvil durante un momento. En seguida se levantó, aproximándose a nuestra mesa; pidió permiso y retiró su copa vacía llevándosela con él. Regresó a sentarse en su propia mesa, quedando completamente inmóvil y en silencio, moviéndose solamente de vez en cuando para llenar su copa y bebérsela de a cortos tragos.

Nos quedamos en el «Copacabana» hasta cerca de las tres. Cuando estaba a punto de comenzar la segunda sección del varieté nos levantamos y nos fuimos. A esa hora se habían ocupado un par de

mesas más. El tipo de la mesa de al lado nos corrió hasta la puerta cuando advirtió que salíamos.

—Eh, eh, oigan, diga —nos gritó. Nos detuvimos.

Quedó parado a un metro de distancia del grupo cerca de la puerta de salida, junto al guardarropa.

—¿Ya se van? —dijo.

—Y, sí —dijo Tomatis—. Ya nos vamos.

—¿No quieren tomar una botellita de vino? —dijo el tipo.

—No —respondió Tomatis vacilantemente—. Es un poco tarde para nosotros, don. —Y agregó entre dientes—: Mañana tenemos que madrugar para continuar construyendo el sólido edificio de nuestra literatura.

—Al carajo la literatura —dijo Pancho.

—¿En serio que se van? —dijo el tipo—. Bueno. Buenas noches, muchachos. Y perdonen,

muchachos.

—Es una lástima —digo yo—. Nos hubiera gustado verlo bailar el tango como se bailaba en las viejas épocas.

El tipo vaciló antes de responder.

—Fue la morocha la que no quiso saber nada, se lo puedo asegurar —dijo.

—No importa —le digo—. Otra vez será, de todas maneras.

—Claro que sí, muchachos —dijo, dándonos la mano a todos—. Y no se olviden, ¿eh?

No sé en realidad qué era lo que quería que recordáramos. Finalmente, haciendo una especie de reverencia, dijo:

—Gorosito, a sus órdenes.

En seguida salimos. La calle estaba desierta, excepción hecha de un camión y un automóvil estacionados junto a la vereda de enfrente. Comenzamos a caminar hacia el centro, Tomatis, Barra y yo sobre la vereda, Pancho en la calle,

haciendo a veces equilibrio sobre el cordón, como un chico.

—Que noche espléndida —dijo Tomatis.

En efecto, era una noche singular, cálida y liviana. En cada esquina malamente iluminada por los faroles del alumbrado público, el empedrado relucía a consecuencias de la humedad. No soplaba brisa. En la lejanía resonaba sordamente el motor de un coche.

—Tengo una idea vaga de un día del mes de enero, a la tardecita —dice entonces Pancho.

—¿El año pasado? —digo yo.

—Sí —dice Pancho— el año pasado creo.

—¿Dónde? —le digo yo.

—No sé —dice Pancho—. Sé que era en el mes de enero, a la tardecita, pero no sé dónde. Han hecho conmigo una limpieza poco efectiva. A propósito, ¿qué es de la vida del gran Conde?

—Estuvo en la ciudad —digo yo.

—Durmió en casa —dice Tomatis.

—Andaba a la pesca de unas cátedras de Psicología —digo yo—. Trabaja un poco por hacer algo, nada más. La familia de Conde está bastante bien; el gran problema son las diferencias políticas. Claro que siempre hay algún otro mar de fondo. Pero son una caterva de reaccionarios. De no ser así, Conde tendría la vida asegurada.

—¿Qué hacemos mañana? —dice Pancho.

(Debo aclarar que a la noche siguiente volvimos al cabaret, y, a propósito de esto, conviene decir que he notado en todos nosotros una tendencia malsana a repetir nuestras visitas a un lugar determinado. He tratado de explicarme esta singularidad, y he llegado a la conclusión de que se trata de una elección simbólica del pasado, por lo que éste tiene de seguro y voluptuosamente acogedor para nuestra existencia. Enriqueciendo este sentimiento, he podido descubrir que el hábito es la expresión de esa misma tendencia, manifestada crónicamente.)

A la noche siguiente, sin embargo, la cosa fue mucho más divertida, ya que se produjeron cambios importantes en el varieté y comenzó, a raíz de esos cambios, un período nuevo en la vida de Carlitos Tomatis, un período que todavía dura. Tal vez sea conveniente, por esa misma razón, pasar por alto el asunto. Sin ir más lejos, hoy charlamos de la cuestión con Tomatis. Pasé a buscarlo por la redacción. Tomatis se hallaba a punto de terminar y salir. Esperé que redactara los últimos párrafos de una crónica (la redacción es una sala larga, con siete u ocho escritorios de madera, cada uno con su correspondiente máquina de escribir, en actividad desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde), sentado frente a él, del otro lado de la máquina de escribir. Carlitos meditaba cada frase, golpeando nerviosamente el borde del escritorio con los nudillos del índice y el medio, y después castigaba las teclas de su Remington con una especie de

descuidada pericia. Cuando terminó la crónica sacó la hoja del rodillo de la máquina de escribir y la leyó, retocándola con una lapicera fuente. Después llevó la crónica al despacho del jefe de redacción y regresó sonriendo: «Esto es lo que se llama la opinión periodística: un asalariado que copia con objetividad, dando una forma sencilla y accesible a la mayoría, los detalles más salientes de una asamblea de la Bolsa de Comercio. Por supuesto, no hay que olvidar el acompañamiento musical de los gritos de los colegas, de las diez máquinas de escribir resonando simultáneamente y de los campanillazos del teléfono que ha sido inventado por un tal Graham Bell con el objeto de que fuese distribuido en todas las redacciones del mundo, para que a cada minuto un señor con voz grave y cordial pregunte: “¿Podría informarme si mañana saldrá el sol?” o “¿Cómo formó el equipo de San Lorenzo de Almagro durante el campeonato del año treinta y ocho?”. Lamento confesar que el

periodista es una especie de parásito: es una especie de testafarro de la mentira.» «El mundo está mal hecho, etcétera», le digo yo. «De acuerdo» —me dice Tomatis— «pero no hay que olvidar que los seres humanos somos los únicos responsables.» Dicho esto se calzó su saco sport liviano, de color claro, y se ajustó el nudo de la corbata. Comenzamos a bajar las escaleras hacia la calle. «Carlos...», comienzo a decir yo, exactamente cuando trasponemos la puerta de calle. «Un octubre casi otoñal el de este año», dice Tomatis, apenas ponemos el pie en la vereda. Es cierto que estos días no parecen de primavera sino de otoño: las noches son frescas y no sopla viento, ese viento amarillo y pesado, cargado de polen, característico de la primavera en la ciudad. La luz del sol no es áspera y cruda, color madera, sino de un amarillo fino y pálido, como la de marzo y abril. Pero por supuesto, ese no es el asunto: «¿Qué es de la vida de Vera?», le digo.

«Es que ha llovido mucho», dice Tomatis.

«Ha llovido muchísimo este año.» «En efecto» —le digo, pacientemente—, «ha llovido todo lo que ha querido.» «¿Vera» —dice Tomatis—. «Está bien. Perfectamente.» «Pongamos que sí» —digo yo—. «¿La viste?» «Pongamos que sí», dice Tomatis. «A ver —le digo yo—. En forma sencilla y accesible para la mayoría: ¿qué es lo que pasa?» «Nada», dice Tomatis. «¿Qué papel juega Ivonne en todo esto?», digo yo. Tomatis se echa a reír: «El papel del marido», dice. «¿Pancho no ha podido hacer nada?», le digo yo. «Absolutamente» —dice Tomatis—. «A propósito; Pancho sale el lunes para Buenos Aires.» «Ya sabía» —digo yo—. «He recibido la visita del hermano.» «La cosa es mucho más grave ahora», dice Tomatis. «Pancho llora y se ríe, llora y se ríe, continuamente. Ha hecho una fogata con todos los libros del viejo Borges.» «¿El viejo Borges?» —digo yo—. «Eso no lo sabía. Sabía que había

quemado una serie de libros pero no sabía que eran los del viejo Borges.» «No tiene ninguna importancia», dice Tomatis. «Sí que la tiene», digo yo. Estábamos en pleno centro en ese momento: eran un poco más de las cinco de la tarde. El sol comenzaba a dorar las cornisas de los edificios, el día comenzaba a declinar: uno empieza a sentir la proximidad de la hora terrible. «¿Vamos a echar un vistazo a la librería?», digo yo. «Vamos», dice Tomatis, y después, en el largo salón abarrotado de libros, acomodados en altos estantes que tocan el cielorraso, libros que hablan de libros que a su vez hablan de otros libros (y lo que puede servir a cada hombre, en medio de esa interminable charlatanería, muchas veces no pasa de ser una simple página, un párrafo, una frase, una línea, una palabra), mientras nos paseábamos entre las mesas de ofertas y novedades, entre los tomos de literatura, crítica, poesía, filosofía, o, Dios nos libre a todos, psicología, Tomatis se da vuelta y

con voz seria y preocupada me dice: «Ivonne quiere conocerte.» «Estoy volviéndome cada día más popular», digo yo. «Un cuerno la vela», dice Tomatis. «Me parece que es para que la ayudes a disuadirme.» «Las pelirrojas son singularmente astutas», digo yo. «Puedo asegurarte que estás equivocado», dice Tomatis mientras hojea una edición compendiada (en forma sencilla y accesible a la mayoría, supongo) de «La Guerra y la Paz.» «¿En qué sentido?», digo yo. «Ivonne está completamente desesperada. Ahora simula aprobar nuestras relaciones. Y afirma que quiere conocerte para completar el cuarteto. Creo que inconscientemente sabe una cosa: así como su presencia neutraliza e inhibe a Vera, la tuya puede producir el mismo efecto sobre mí.» «No veo ninguna razón», le digo. «Andamos a la pesca de traiciones que exalten nuestra inocencia», dice Tomatis. «Los que nos quieren lo saben y, si tienen un grado elevado de conciencia, las evitan. Si

carecen de la conciencia necesaria las evitan por otra razón: para establecer la culpa en el otro. Es la clave del sacrificio.» «Excelente», digo yo. «Elemental, mi querido Watson», responde Tomatis sonriendo. Deja la edición compendiada de «La Guerra y la Paz» y comenzamos a caminar hacia la calle. Miro a Tomatis de reojo; él no lo advierte: camina con la cabeza gacha, como si buscara algo en el suelo. «Carlos» —le digo yo— «¿y si yo indujera a Ivonne a la normalidad?» Tomatis me mira, sorprendido, parpadeando: «No seas pedante, Horacio», me dice. «No, en serio», le digo. «¿Si la trajera a la normalidad?» Tomatis vuelve a mirarme. Ni siquiera sabe que estoy bromeando; claro, no es totalmente una broma, como se puede comprender. «Eso es imposible», dice Tomatis en forma terminante. «Nadie podría resistirlo.» «Es verdad», le digo yo de un modo pensativo, mirándolo. «El mundo no sería mundo. Pero entonces, ¿para qué tanto análisis? Al carajo

con el análisis. ¿Coincidimos, eh, Carlitos? ¿Para qué tanto análisis». Tomatis me miró parpadeando durante un momento; después comenzó a sonreír: «No te hagas el estúpido, Barco», me dijo.

Decidimos salir esta noche con Vera e Ivonne.

—¿Mañana? —dice Tomatis—. Nadie es profeta aquí para decirlo.

Llegamos a la primera esquina. Nos detuvimos.

—Aquí me separo —dice Barra, que vive en el norte de la ciudad.

Hay un momento de silencio. Tomatis bosteza.

—Bueno, perfecto. Hasta mañana —dice Pancho.

—Hasta mañana, Alfredo —digo yo—. Mañana te llamo por teléfono si se produce algo.

—Sí, sí. De acuerdo. Exactamente —dice Barra, tocándose el duro bigote con los dedos.

Así que entonces nos separamos. Barra dobló en la esquina, nosotros cruzamos la bocacalle y

continuamos en la misma dirección, a través de la angosta calle cuyo empedrado reluce en las esquinas a consecuencia de la humedad; una calle sin árboles, de casas de una o dos plantas, dormidas debajo del amplio cielo.

—Barra está verdaderamente mal —dice Pancho, haciendo equilibrio sobre el cordón de la vereda.

—No ha sido una noche feliz para él —digo yo—. Tiene problemas con Estela.

—No es un tipo para el matrimonio —dice Pancho.

—No es eso —digo yo.

Tomatis alza súbitamente el brazo, señalando el cielo estrellado con la mano, en un ademán displicente.

—Allá, en el cielo —dice—. No. Ya pasó.

Continuamos caminando en silencio. En una de esas Pancho se lleva la mano a la frente y murmura:

—¿Qué diablos fue lo que hice? ¿Qué hice yo el verano pasado? ¿Qué fue lo que hice?

Al fin llegamos a la puerta de la casa de Pancho, una casa de una sola planta, con una alta puerta trabajada y barnizada, abierta en medio de dos balcones bajos con balaustradas de bronce y celosías de hierro pintado de un color verde oscuro.

—Bueno —dice Pancho.

Tomatis le estrecha la mano, le da unas palmaditas en el brazo.

—No olvidar los consejos del médico —le dice—. Higiene mental sobre todo. Nada de malos pensamientos. Fe en el porvenir de la humanidad. La bomba atómica es solamente un solipsismo radical, ¿entendido?, un solipsismo radical. Contracción al trabajo. Para el matrimonio, una chica de buena familia, con certificado de virginidad. Viejos maestros italianos a discreción. Frecuentes contactos con la naturaleza, no tan

intensos como para que lleguen a producir algún tipo de misticismo histérico, desde todo punto de vista deleznable.

Pancho se ríe.

—No, Carlitos, en serio —dice—. No es para broma.

—Claro que no —dice Tomatis, con alguna dulzura—. ¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto —dice Pancho—. Al medio día, en la galería.

—De acuerdo —digo yo.

Pancho se halla junto a la puerta, pero no hace ademán de sacar la llave del bolsillo; está parado, mirándonos, sin decir nada, y de pronto mueve la cabeza y mira el suelo.

—Bueno —digo yo, después de un momento de silencio.

—Es el pasillo —dice Pancho de pronto, ahora con los ojos fijos en la punta de sus zapatos, tartamudeando levemente—. Es el pasillo, o el

living, o la cama. No sé bien.

Tomatis saca un cigarrillo de su paquete y se guarda el paquete sin convidar.

—Dame fuego —dice. Le alcanzo el encendedor dorado. Pancho continúa inmóvil.

—No sé bien —dice, tartamudeando levemente. Su voz resuena arrastrada y pesada. No hace ademán de moverse.

Tomatis enciende el cigarrillo. Su rostro se ilumina a la oleosa y brillante luz de la llama; su rostro alerta y absorto al mismo tiempo.

—Bueno, hasta mañana, Pancho —dice con voz decidida, alcanzándome el encendedor. Pancho no responde: permanece inmóvil, mirándose la punta de los zapatos.

—¿Mañana en la galería entonces, Pancho? —digo yo.

Pancho continúa sin responder. Miro entonces a Tomatis: éste se halla abstraído, mirando con minuciosa atención la brasa de su cigarrillo.

—Bueno, está bien, es lo mismo —digo, con voz tranquila.

Pancho alza la cabeza y mira el cielo, y permanece con la cabeza alzada, como probando la calidad del aire. En la claridad de la noche los rasgos de su rostro resaltan obstinados, como hechos de un áspero granito de un tono verde, y sus ojos brillan vivaces.

—Vamos —dice Tomatis, después de un breve silencio.

Comenzamos a caminar. Antes de doblar la esquina me volví: la confusa figura de Pancho continuaba encogida e inmóvil junto a la puerta de su casa. Tomatis recitó gravemente dos estrofas del «Cántico Espiritual». Al hacerlo extendió hacia adelante el brazo con un gesto delicado, y señalaba lentamente a su alrededor. Su voz, aunque suave y lenta, bien modulada, tratando de ser natural, dejaba entrever una especie de temblor, un sedimento de amargura.

—Imposible ir al campo este fin de semana —
dijo después.

—De todos modos —respondí— nos vemos
mañana en la galería.

—Estoy terriblemente fatigado —dijo Tomatis
—. Estoy cansado, viejo.

Nos detuvimos en la esquina de mi casa. Le di
unas palmaditas en el hombro.

—Nos vemos mañana en la galería —sonreí.

—Hasta mañana —dijo Tomatis. Siguió su
camino y yo empecé a andar hacia mi casa.
Tomatis comenzó a silbar fuertemente, mientras se
alejaba. Me detuve, me volví: su lenta figura se
alejaba en la penumbra de la calle, su blanco
pantalón era un manchón relumbrante en la tenue
obscuridad.

—Carlitos —le grité. Él se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Vas a tu casa? —le dije.

—Sí —respondió—. Sí, claro. ¿Por?

—No —dije yo—. Por nada. Andá a tu casa.

—Sí, hombre —respondió Tomatis, riéndose—. No hay otro remedio. Claro que sí. Hasta mañana.

Respondí en voz muy baja; él no me oyó. Puse la llave en la cerradura y abrí la puerta de mi casa. Es que de pronto, súbitamente, de un modo obscuro y malsano, yo había pensado que... Pero, al diablo, son las diez y media de la noche. Carlos me espera con Vera e Ivonne para ir a tomar juntos una copa. Veremos qué pasa. El futuro es tramposo como una vampiresa: deja entrever siempre mucho más de lo que está dispuesto a dar. Eso es lo que lo hace tentador en tan gran medida. No, no; no alarmarse. No diré una palabra más. Yo también he pensado que ya es hora de cerrar por esta vez el cuaderno.

Palo y hueso

Esto fue contado en un pueblo de la costa. Estábamos de paso, sentados alrededor de una mesa en la vereda del hotel, y era el final del crepúsculo: era el verano pesado y lento, junto al río hinchándose para reventar en marzo y anegar el incesante y cambiante litoral desde Misiones hasta el Plata. Los dos de la ciudad, enloquecidos por los mosquitos, tomábamos vermouth, comiendo queso y salame, y el dueño del hotel que era también el dueño del cine y de la tienda más importante del pueblo, y el principal acopiador de pieles de la zona, que había invitado, un hombre muy alto de ojos saltones y húmedos, un gigantón algo flácido y crédulo de treinta y cinco años, habló largamente hasta que fue la noche y pasamos al comedor, y él se olvidó del asunto para dedicarse a hablar de

la cosecha del arroz y del aumento de las mercaderías. Así que, mientras los mosquitos zumbaban, y todo el crepúsculo espeso y gradual zumbaba entre los árboles increíbles, entre la grave y cargada vegetación y la arena cambiante y pesada, y los gritos, quejidos y silencios prenocturnos, comenzados a oír poco a poco después de ese momento de la tarde inmóvil en que no hay luz, ni oscuridad, ni gritos, ni nada, ni se ve ni se oye nada, supimos cómo el viejo Arce compró en doscientos pesos a Rosita Rolón al propio padre de ella, Cándido Rolón, unos años atrás, en la vereda misma del hotel, llevándosela después para su casa. Supimos, asimismo, que el viejo Arce tenía en ese entonces sesenta y siete años, Rosita quince, y el menor de los hijos del viejo, Domingo, que era el último de los diez que había tenido el viejo con dos mujeres que se habían ido del pueblo o muerto, y era el único que quedaba con él en el rancho, tenía

diecinueve años. Así que trasmitimos tanto lo escuchado como lo supuesto y lo dedicamos a Milton Roberts.

1

Echado en el catre (era de noche), Domingo oía la voz incesante del viejo Arce aproximándose al rancho. Estaba en la penumbra. Acababa de anoecer. A unos cincuenta metros de allí el agua del San Javier venía a morir en la costa, al parecer con un murmullo rítmico y largo.

Por la voz, Domingo supo que el viejo había estado tomando en el hotel y ahora venía con alguien, ya que hablaba sin cesar explicándole alguna cosa a la otra persona que parecía seguirlo en silencio. También por las vacilaciones y los

cambios de voz, Domingo adivinaba con exactitud en qué punto cercano a la casa se hallaba su padre, si tropezaba o se tambaleaba, o si se volvía para mirar a la otra persona, imaginando la encogida figura del viejo Arce, con el sombrero de paja, los pantalones y la camisa rotos, descoloridos y sucios, caminando delante de su silencioso acompañante. No entendía las palabras; oía sólo la voz rápida, exasperada y chillona, dificultosa a veces y entonces Domingo pensaba *viendo* «ahora salta el zanjón,» «ahora cruza el alambrado,» «ahora se ríe de lo que acaba de decir y mira al de atrás por un momento»; echado en el camastro, en la penumbra del cuarto en el que se colaba por el ventanuco rectangular abierto sobre la pared de adobe un complicado motivo blanco y negro que la claridad ultralunar proyectaba a través de la fronda de los árboles y que iba a reproducirse inmóvil, como dibujado, como una muestra de tejido arcaico con un marco oblongo expuesto

sobre la cortina negra de un museo, un poco más allá del camastro, sobre el piso.

Había estado trabajando en la arrocera hasta las seis, regresando y echándose en su camastro permaneciendo despierto y pensando hasta entonces, y eran como las nueve. Domingo se quedaba distraído muchas veces, donde estuviera, sin que nadie pudiese saber en qué pensaba. Él sí. Él estaba al tanto de que pensaba en la ciudad, en tomar el gran ómnibus amarillo y rojo de las seis de la mañana frente al hotel y viajar de una vez por todas a la ciudad para instalarse allí con un trabajo fijo y cambiar de vida. Comenzó a oír los pasos: las descoloridas y rotas alpargatas del viejo Arce resonando opacamente sobre el sendero de arena, o quebrando la maleza polvorienta que crecía en las inmediaciones del rancho. Después llegaron y el viejo dejó de hablar. Domingo oyó los golpes de las alpargatas contra el piso de tierra frente a la puerta del rancho y la voz de su padre, próxima y

nítida por un momento.

—Perá —dijo la voz a la persona que lo acompañaba.

«Es algún pielerero», pensó Domingo, «o a lo mejor es Cándido Rolón; han estado tomando en el hotel», pensó. Se incorporó sobre la cama, sosteniéndose por los codos, en el mismo momento en que la silueta de su padre, de pequeña y oscilante figura, apareció en la puerta, resaltando sobre la grisácea claridad lunar del exterior.

—Domingo —dijo el viejo.

—Acá estoy —respondió, él.

—Bueno —dijo el viejo desde la puerta, con voz ensimismada, habiendo confirmado la presencia de Domingo; y mientras se volvía al exterior:

—Prendé el farol —dijo.

—Perá que prenda —oyó Domingo que el viejo decía a la otra persona; y él se palpó el bolsillo de la camisa, sacó la caja de fósforos y

fue a descolgar el farol que pendía del travesaño. Lo trajo consigo hasta la mesa, encendiéndolo; primero se trató de una llamita tenue, más intensa en seguida; después volvió a mermar un poco echando un humo negro pringoso y por último se convirtió en una incandescente lengua blanca de luz inmóvil, que expandía una exigua claridad de un tinte ligeramente verdoso.

El viejo entró sin esperar que él lo llamara, apenas la luz estuvo encendida.

—Pasá Rosa —dijo volviéndose para hablar a la persona que lo acompañaba—. Es la Rosita del Cándido. Es mujer mía ahora —dijo el viejo.

El viejo Arce estaba tomado. Él lo supo apenas escuchó su voz, pero ahora con el sombrero echado hacia atrás dejando ver sobre la frente un mechón de pelo entrecano y como húmedo, viéndole los ojos, chicos y brillantes e inmóviles, como pintados y laqueados sobre su exigua cara color tierra, la certidumbre de

Domingo se fortificaba. Cuando tomaba, el viejo Arce se ponía desconfiado y miedoso. No miraba a nadie. A veces le daban accesos de furia y se la agarraba con Domingo.

Rosa emergió en la habitación saliendo de detrás del viejo, como colándose sin que él la viera.

—¿Qué decís, Rosa? —dijo Domingo—. Pasá y sentate.

—Háganos un poco de comer, chica —dijo el viejo. Por debajo del ala de su sombrero de paja se tironeaba el mechón de húmedo pelo gris, como pensativamente, mirando el suelo.

—Sí, don Arce —dijo la chica, quedándose inmóvil, mirando a Domingo.

Domingo la miraba.

El viejo fue y se sentó en una desvencijada silla de paja junto a la tosca mesa apoyando un pie sobre el travesaño de la silla. Encogido como estaba, su pequeño cuerpo parecía mucho más

pequeño de lo que era.

—¿Qué hay de la arrocera? —dijo como hablando para sí mismo—. Bueno —agregó rápidamente.

Rosita se hallaba de pie, una mano estrujando un pañuelo, el dorso en la palma de la otra a la altura del vientre, de modo tal que los antebrazos se apoyaban en las caderas. Tenía un vestido de algodón estampado con flores azules, abrochado en la parte delantera, apenas ceñido a la cintura. Calzaba unas zapatillas rojas de goma, nuevas. Viéndola Domingo recordó el baile en la pista del club, el último sábado. Recordó la salida del baile, a la madrugada, y lo que él y Rosita habían hecho en el pasto, echados cerca de la costa.

—Ahí hay carne —dijo Domingo señalando el travesaño con la cabeza.

—Haga un asadito si le viene bien —dijo el viejo Arce.

Rosita fue hasta el travesaño y descolgó una

tira de carne oreada que dejó sobre la mesa.

—Indíquele la cocina —dijo el viejo a Domingo, tironeándose el mechón de pelo, los ojos clavados en el piso de tierra—. Después vení, Domingo, así te vas al almacén a traer vino.

La cocina estaba en el exterior, una chocita unida transversalmente a la pared del rancho. Desde hacía por lo menos cinco años el viejo decía que iba a construir una galería para protegerse en los días de lluvia en el trayecto de la cocina al rancho.

Domingo iba adelante; sentía detrás suyo a Rosita.

En la cocina, mientras trataba de encender el farol, dijo en voz baja, en la oscuridad:

—¿Qué decís, Rosita?

—Y, nada —dijo Rosa.

La sintió sonreír tímidamente en la oscuridad. La llama vaciló antes de cuajar, se movía, y después fue una moneda blanca e inmóvil, dura. La

cara obscura de Rosa emitía reflejos oliváceos; su nariz mocha brillaba.

Al hacerse la claridad, Domingo observó que ella lo miraba seriamente, con una curiosidad atenta y expectante.

—Bueno —dijo Domingo, señalando unos trastos—. Ahí tenés todo. Afuera hay leña y el braserito lo vas a encontrar atrás.

Ella lo miraba. Tenía la tira de carne en una mano.

—Dice la Juana que vos le dijiste que se viniera para acá —dijo—. ¿De veras?

Domingo se volvió para irse.

—Por lo que precisés llamame —dijo.

Regresó al rancho. El viejo estaba encogido sobre la silla.

—Fijate que esta chica era un peso para el Cándido —dijo al entrar él, sin mirar hacia la puerta, como si hubiera estado esperándolo—. Él andaba pensando en casarla. «¿No conoce un

hombre bueno, don Arce, para la Rosa?», me dijo.

Parecía haber estado reflexionando sobre lo que iba a decir. Se había echado tan atrás el sombrero que media cabeza, con su desordenado pelo gris, quedaba en descubierto, y la parte posterior del ala del roto pajizo le rozaba la espalda.

—«¿Bueno cómo?» le digo yo —continuó diciendo el viejo—. «Usted sabe, don Arce, un hombre bueno», dice. Ya sabés que yo siempre he sido como un padre para Cándido. «Yo que querés que te diga», le contesté. «Uno sabe como es uno, pero de los demás, quién sabe. Quién dice que no te aconseje y después tengas un sinvergüenza en tu casa». —Miró a Domingo—. Estuvo bien dicho, ¿no te parece?

Domingo miró al viejo pero éste se hallaba con los ojos clavados en el piso.

—Seguro que sí —dijo con algún énfasis.

—Bueno —dijo el viejo—. «Eso no sería

culpa suya», dice el Cándido. Entonces yo le dije que para casar a la chica tenía que buscar un hombre asentado, con experiencia, y que él conociera bien: que lo buscara de por aquí, sin ir tan lejos. «¿Usted no sabe quién puede ser, don Arce?», me dice el Cándido. «Y, yo no sé», le digo. «Hombres buenos no abundan en estos tiempos»; miró a Domingo. «¿No te parece que dije bien?», dijo.

Domingo movió rápidamente la cabeza tratando de no encontrarse con la mirada de su padre. Más bien dejó deslizar su mirada por todo el rancho, semejante al interior de una cueva: cerca de la mesa la luz era más intensa que en los rincones, y todo el rancho estaba lleno de cosas, camastros, travesaños, cueros, y también de sombras, y si por casualidad el viejo tocaba con el codo o la pierna la tosca mesa haciendo temblar el farol, todas las sombras y al parecer también todas las cosas se movían en el interior del rancho por

un momento.

—Seguro —dijo Domingo sin mirar a su padre.

—«Si usted me aconseja», dijo Cándido, «yo voy a seguir su consejo al pie de la letra» —siguió diciendo el viejo—. «Pero que consejo te puede dar un hombre viejo como yo. Veinte años atrás, todavía. Ahora corren otros tiempos». «Bien dicho, don Arce —me dice—. Usted es un hombre con experiencia: hombres así no abundan en estos tiempos». «Y así como ves, Cándido,» le digo, «vivo solo, sin mujer, teniendo que hacerme la comida y lavándome yo solo la ropa. Si no fuera por el Domingo, que de vez en cuando me cocina, me habría muerto de hambre hace rato». «¿Y cómo, don Arce?», dice el Cándido, «usted, un hombre tan bueno, viviendo en esas condiciones». «Bueno», le digo, «la verdad es que yo estaba pensando en conseguirme una compañera, pero sin apuro, ¿sabés Cándido? Primero quiero hacer una

galería que cubra la puerta del rancho y de la cocina, para que la pobre no trabaje a la intemperie». El viejo hizo silencio por un momento, como reflexionando. En eso el Cándido me mira fijo —continuó— y dice «¿No quiere tomar un vino, don Arce?» «Cómo no iba a ir. Habíamos estado hablando en la plaza, donde nos hallamos de cruce, y nos fuimos para el hotel. El Cándido no dijo una palabra hasta que llegamos, más, miento, hasta después que tomamos el vino y volvimos a salir, y empezamos a cruzar de vuelta la plaza. Dice: “Don Arce, estuve pensando, ¿sabe? Yo sé quién es el hombre que le conviene a la Rosa”». «Ah», digo yo, «¿y puedo saber quién es?» «Pero cómo no», dice el Cándido, y después, dándome un golpecito en el hombro, me mira muy serio y dice: «Usted, don Arce». Me llevó hasta el rancho, la hizo cambiar a la Rosita y le dijo que se viniera conmigo. Y así fue como me la traje.

—Sí —dijo Domingo—. Deme para el vino.

Estaba de pie frente al viejo, la camisa y los pantalones descoloridos, los brazos separados del cuerpo. Era bajo como su padre, pero mucho más macizo y tenía la piel oscura y brillante. El viejo buscó un momento en sus bolsillos, de sentado, con gran dificultad, y después se puso de pie para continuar buscando; después de dar vuelta los bolsillos delanteros del pantalón de uno de los cuales cayó un paquete de «Colmena» que Domingo vio dar contra el suelo sin moverse para recogerlo, sin hacer siquiera un gesto, con la vista clavada en el viejo, su padre empezó a registrarse los bolsillos traseros haciendo un gesto con la cabeza que al parecer quería decir que no se explicaba dónde diablos había ido a parar el dinero.

—Pero yo no sé —dijo dejando de buscar. Después empezó a acomodarse el forro de los bolsillos y se agachó para recoger el paquete de cigarrillos. Sacó uno y se guardó el paquete—.

Bueno —dijo al fin— Compralo de tu plata que después yo te doy.

Domingo salió al patio, a la noche. Por la abertura de la cocina veía la gran sombra de Rosa moviéndose en medio de la tenue claridad verdosa que expandía el farol. La noche estaba límpida, llena de estrellas inmóviles brillando sobre la superficie tensa y lisa del cielo. Todo el lugar estaba iluminado por la claridad lunar, y más allá, visible entre los árboles que formaban un angosto bosquecito anterior a la costa, el río era una plácida planicie atravesada por cambiantes reflejos. Domingo se encaminó a la cocina; Rosa estaba salando la carne sobre una mesita. Junto a ella se hallaba el farol.

—Buscá leña —dijo Rosa.

—Voy al almacén —dijo él.

Rosa dejó de salar. Echaba sal con la mano sobre la carne y después pasaba la mano para desparramarla. Dejó de salar.

—¿Es cierto lo de la Juana? —dijo, mirando a Domingo. Éste metió los dedos en la bolsa de sal y después empezó a chupárselos. No dijo nada. Volvió a meter los dedos en la bolsita y volvió a chupárselos, y Rosa todavía lo miraba.

—¿Cierto? —volvió a decir Rosa.

—Voy al almacén —dijo Domingo, dándose vuelta y saliendo de la cocina.

Los perros se le aproximaron y comenzaron a saltar y a ladrar a su alrededor. Domingo atravesó el espacio abierto frente a la casa y tomó el sendero paralelo al bosquecito, internándose entre la maleza que crecía a los costados de la angosta cinta de tierra arenosa. Los perros llegaron con él hasta el alambrado; él lo cruzó, saltó el profundo zanjón y al retomar el paso normal oyó detrás suyo a los perros, cuyos ladridos comenzaban a alejarse en dirección a la casa.

Regresó con dos botellas de vino, una en cada mano. Cerca de la casa comenzó a sentir el aroma

de la carne asándose. Cuando llegó vio a Rosa en el patio, detrás de la cocina, inclinada sobre el brasero del que se elevaba una columna de humo oblicua y lenta. El viejo la contemplaba apoyado en el marco de la puerta del rancho, su figura nítidamente recortada contra la claridad verdosa del interior.

Rosita se incorporó cuando él llegó:

—Eh, Domingo —dijo, pasándose el dorso de la mano por los ojos.

—Domingo —dijo el viejo—. Sacá afuera la mesa para comer al fresco. Dejá por ahí las botellas.

Domingo dejó las botellas en el suelo y fue hasta el interior del rancho. El viejo le dio paso en la puerta, saliendo al exterior, tambaleando.

Domingo retiró el farol de la mesa y lo colgó del travesaño; al hacerlo todas las sombras se movieron, y como el farol quedó oscilando levemente pendiendo del travesaño, mientras

Domingo alzaba la mesa con las dos manos y la llevaba al patio, todas las sombras en el interior del rancho estuvieron moviéndose lentamente; cada vez más lentamente hasta que el farol colgado quedó inmóvil y las sombras se detuvieron.

Domingo depositó la mesa en el patio. Rosa se hallaba inclinada cerca del brasero. El aroma de la carne asándose se mezclaba con el de la humedad, el de los árboles y el de la noche. Detrás de Domingo, contra la claridad rectangular de la abertura, el viejo Arce encendía un «Colmena» y sacudía después el fósforo arrojándolo lejos de sí, hacia la noche. Los perros se hallaban lejos de la casa, moviéndose y ladrando sin cesar, y de pronto, amarillos o verdes, duros como piedras preciosas, sus ojos brillaban.

—Chichos, chichos —les gritó el viejo distraídamente, sibilinamente, avanzando unos pasos para recoger una botella de vino del suelo —. Tráí una sillas, Domingo —dijo mirando la

botella.

—¿Quiere que la destape, don Arce? —dijo Rosa viniendo hacia él— Domingo, trái un tirabuzón.

—Está en la cocina —dijo Domingo, yéndose para el rancho. Había dos sillas de paja completamente desvencijadas y un cajón precario. Domingo juntó las sillas por los respaldares, las levantó por los travesaños y con la otra mano alzó el cajón, regresando. En la puerta se puso de costado; sacó las sillas primero, y después el cuerpo, y detrás el cajón. Al salir vio la gran sombra de Rosita en el interior de la cocina. El viejo estaba con la botella en la mano, aguardando junto a la mesa. Domingo distribuyó las sillas y el cajón alrededor de la mesa. El viejo se sentó en una de las sillas.

—Dame el tirabuzón —dijo en voz alta hacia Rosa, en la cocina.

—No lo encuentro, don Arce —dijo la voz de

Rosa desde la cocina.

—Vaya enséñele, Domingo —dijo el viejo.

Domingo fue a la cocina. Antes de entrar vio la sombra inmóvil de Rosa proyectada contra la pared y el bajo techo de la choza. Al entrar vio a Rosa con el tirabuzón en la mano, sonriendo malévolamente. Domingo se detuvo.

—¿Es cierto? —dijo Rosa, en voz muy baja—, ¿eh? ¿Es cierto?

—Dame el tirabuzón —dijo Domingo en voz baja, aproximándose a Rosa. Ella no se movió—. Dámelo te digo —dijo Domingo, tratando de quitárselo. Ella no lo soltaba y se reía.

—¿Es cierto? ¿Es cierto? —dijo en voz muy baja. Soltó el tirabuzón. Domingo regresó al patio y le entregó el tirabuzón a su padre. Éste se dispuso a sacar el corcho a la botella.

—Rosita —gritó hacia la cocina—. Trái unos vasos.

—Ya va, don Arce —dijo la voz de Rosa

desde la cocina.

Domingo se sentó en el cajón, de modo que tenía enfrente el bosquecito y más allá el río. Los perros se movían en el espacio abierto frente a la casa, saltando y corriendo, perfectamente visibles en la claridad nocturna. Ahora toda una franja dorada, la luz de la luna, se había asentado sobre el río, y Domingo podía verla. Sólo el bosquecito permanecía envuelto en una penumbra más densa.

Domingo encendió un cigarrillo. Echó una primera bocanada de humo y después sopló el fósforo. Rosa vino con los vasos: un alto vaso de vidrio verde, un vaso pequeño y panzón y un jarro abollado. El viejo Arce sostuvo la botella con los muslos y de un tirón sacó el corcho. Echó vino en el vaso verde, hasta el borde, y dejó la botella sobre la mesa. Domingo sacó el tirabuzón del corcho, distraídamente y tapó la botella. Los mosquitos zumbaban alrededor de la mesa y el viejo los espantaba con manotazos cortos y

negligentes. Mientras tanto alzó el vaso y de un solo trago se bebió tres cuartas partes del contenido.

—Esta semana vamos a hacer la galería —dijo dejando el vaso sobre la mesa, pasándose después la lengua por los labios.

—Sí —dijo Domingo, pensando en otra cosa.

—¿Y, de ahí? —dijo el viejo a Rosita.

—Ya va, don Arce —dijo Rosita. Fue hasta el brasero y se inclinó para mirar la carne, regresando. Después dijo:

—¿De veras, don Arce que Domingo está por juntarse con la Juana de lo Baucedo?

El viejo se rió.

—Yo no sé —dijo—. Primero va a hacer la milicia, ¿no es cierto, Domingo? Con el traje de militar va poder elegir mejor. ¿Cuál de las Baucedo decís vos? Si tiene como una docena.

Domingo habló con un tono vagamente rencoroso.

—¿Ahora por una vez que la vi —dijo— voy a tener que juntarme con ella? Por favor.

A Rosa no le gustó eso.

—¡Por favor! —repitió.

Comieron. El viejo se durmió antes de terminar la comida. Domingo encendió un cigarrillo y se levantó de la mesa. El viejo tenía las piernas estiradas bajo la mesa, y había entrecruzado las manos sobre el vientre apoyando la cabeza contra el travesaño superior del respaldar de la silla. Continuaba con el sombrero puesto, a punto de caérsele para atrás. La parte visible de su pelo gris estaba revuelta y como húmeda; parecía pegada al cráneo como una peluca. De vez en cuando el viejo se movía, cabeceaba, gruñía, o roncaba.

—Voy a ver si sale algo —dijo Domingo. Rosa no le contestó. Él fue al interior del rancho y dirigiéndose hacia uno de los rincones se agachó donde había una cantidad considerable de redes,

líneas y cañas para pescar; había también un mediomundo con sus tiros y su palo. Domingo hurgó un momento entre el revoltijo de elementos de pesca, deteniéndose de vez en cuando con alguna línea para observar sus anzuelos. Por fin eligió una. Con el cigarrillo pendiendo de sus labios, el humo ascendiendo en una lenta columna gris contra su cara, Domingo trabajó cuidadosamente con la línea verificando el estado de los anzuelos y desenredándola. Después se la puso bajo el brazo, enrollada, descolgó el farol del travesaño, entre las sombras moviéndose, y se encaminó afuera, con el farol en alto, dejando tras de sí, en el interior del rancho, toda la sombra.

Rosa limpiaba la mesa. A la luz del farol aproximándose, su rostro fue tocado por un destello malévolos. Domingo dejó el farol y la línea sobre la mesa, pasó junto a Rosa encaminándose al brasero, sacó un pedazo de carne y regresó con él hasta la mesa, mientras

Rosa se dirigía a la cocina con los platos y los vasos. El viejo dormía. El sombrero se le había caído por fin. Respiraba profunda y rítmicamente balanceando la cabeza desnuda. Domingo cortó en pequeños trozos la carne y después, llevando la carne en la palma de la mano, alzó el farol y la línea dirigiéndose al río. Al caminar movía el farol, que llevaba en alto aunque la noche era clara y todas las sombras y las cosas se movían rápidamente alrededor suyo. Los perros saltaban y corrían a su alrededor, en silencio.

La costa era una estrecha franja de arena blanca, hecha también como de materia lunar, y matas de pasto ralo. A un metro de la costa, el río se volvía considerablemente profundo. Domingo colgó el farol en la rama de un sauce caído sobre la corriente; el árbol tenía mucha raíz afuera y su tenue fronda era atravesada por la claridad cálida de la luna. Sobre el río flotaba un reflejo fluctuante, quebradizo. Domingo dejó la carne en

el suelo y comenzó a desenredar lentamente la línea. Bajo la claridad verdosa del farol su figura se movía inclinándose, dando pasos en una u otra dirección, moviendo las manos que hacían correr diestramente el piolín. Después dejó la línea lista en el suelo, buscó los trozos de carne y encarnó uno por uno los anzuelos. Ató el extremo de la línea a una de las raíces del sauce y después, alejándose unos pasos de la orilla revoleó por sobre su cabeza la línea, arrojándola. Al caer sobre el agua, los anzuelos y las plumadas produjeron un «floop» prolongado desintegrando por un momento el reflejo lunar, y convirtiéndolo en un rápido torbellino de esquiras doradas.

Se sentó sobre la arena y encendió un cigarrillo, arrojando el fósforo al agua. De vez en cuando se inclinaba sobre la raíz del sauce para probar la tensión de la línea. Los perros habían desaparecido. Domingo trató de escuchar, hacia la casa, en medio del profundo silencio. Le pareció

oír la voz de su padre diciendo «Rosa», y a Rosa responderle.

Despertó estirado sobre la arena, y debían ser más de las cuatro. Un silencio impresionante lo rodeaba. Se hallaba todavía semidormido, de modo que le costó un poco recordar que había tirado la línea, se había sentado a esperar y que al parecer se había quedado dormido. Se puso de pie, sacudiéndose la arena de la ropa, y después buscó un cigarrillo en el bolsillo de la camisa, pensando: «Otra vez hoy a la arrocera» y ayer, al crepúsculo, desde la seis hasta las nueve había estado echado en el camastro fumando cigarrillo tras cigarrillo y pensando en la ciudad.

Encendió un cigarrillo. El farol se había apagado. En la oscuridad, ahora un poco más densa que unas horas antes, la llama del fósforo fue una forma súbita, brillante, que después cruzó el aire en semicírculo apagándose antes de llegar al agua. La incandescencia del cigarrillo era un

punto débil de resplandor rojizo en la oscuridad.

«Otra vez hoy a la arrocera», pensó. Era peón. Trabajaba ocho horas acarreando bolsas o bien barría el patio, o hacía mandados a los empleados de la administración, pero él había ido a la escuela hasta cuarto grado y no se conformaba con eso.

Ahora se sentía cansado. Pensó regresar a la casa, y recordó a Rosa y al viejo. Se sentó nuevamente en la arena, con lentitud, como dejándose caer, viendo, al hacerlo, el sábado anterior, a la salida del baile: Rosa lo había escuchado atenta y pensativamente cuando él le habló, con cierta cautela y de un modo muy vago, de su proyecto de irse a la ciudad. Ahora ella se había venido con el viejo. «Justo Rosa tuvo que ser», pensó.

«Otra vez al patio de la arrocera», pensó recostándose sobre la arena. Se adormecía en aquella penumbra quieta, estirado de espaldas, con un brazo encogido sobre el pecho, sosteniendo en

la mano el cigarrillo consumiéndose. Le dio una última pitada (el resplandor mínimo de la brasa se hizo más intenso) y arrojó el cigarrillo hacia el agua. La brasa fue desintegrándose en el aire, llenándolo de chispas rojas y fugaces, y al caer sobre el agua se apagó súbitamente. Después Domingo se durmió.

2

Con el sol muy alto ya detrás suyo, Domingo caminaba precedido por su larga sombra tenue que serpeaba sobre los pastos y el terreno. Detrás quedaba el río (la luz del sol, blanca y quebradiza, temblaba sobre la superficie) y ahora Domingo atravesaba el bosquecito. El sol se colaba por entre la fronda de los árboles y sus rayos caían

oblicuamente en el pasto húmedo, al pie de los troncos. Se oía un rico y enloquecido canto de pájaros. Domingo caminaba lentamente, llevando el farol y la línea, y veía ya, al tiempo que hundía sus alpargatas en el terreno compuesto de algo que era tierra y arena al mismo tiempo, al viejo Arce sentado junto a la puerta del rancho chupando el mate que Rosa acababa de entregarle. El viejo siempre se levantaba temprano. Todos los días, al despertar, la primera certeza de Domingo era que el viejo se hallaba junto a la puerta del rancho, en el verano, o en el interior de la choza lateral, llamada la cocina, en el invierno, mateando desde mucho antes que él hubiera comenzado a despertar. El viejo tenía una botella de caña junto a la cama: despertaba, se vestía, iba a orinar largamente en la letrina que se hallaba a diez metros de la casa, detrás, en dirección contraria al río, y después, antes de lavarse la cara, si es que se la lavaba, o poner agua al fuego, tomaba un trago de caña, se

hacia una especie de buche o gárgara con él y después se lo tragaba.

Si bien, y como desde que tenía uso de razón Domingo lo había observado, el viejo se levantaba todas las mañanas muy temprano, antes de la salida del sol, hubiera dado lo mismo que lo hiciera al mediodía o a cualquier otra hora. Se quedaba sentado dos o tres horas mateando y fumando, corriendo la silla a medida que el sol avanzaba de modo de quedar siempre a la sombra. Después se iba al pueblo y no regresaba hasta muy tarde la noche, salvo algunas veces en que volvía al mediodía para poner una tira de carne a la parrilla y aguardar que estuviera a punto para mandársela con un poco de galleta y un litro de vino. Si se quedaba en el pueblo siempre se las ingeniaba para que alguno lo invitara con un poco de mortadela o queso, o con una lata de sardinas y unos vasos de vino en el almacén o en el bar del hotel. Si había estado recolectando conchilla o

pescando y había vendido el producto de su actividad o tenía en el bolsillo unos pesos que Domingo le había dado para los vicios, era él el que invitaba entonces a algún otro, o bien juntaban el dinero de cada uno y formaban un solo capital que era indefectiblemente comido y bebido.

Así que daba lo mismo que el viejo se levantara a las cuatro de la mañana o al mediodía, y ahora estaba sentado junto a la puerta del rancho, tal vez desde las cinco o las seis, fumando o sorbiendo pensativamente el mate que Rosa, de pie junto a él, con el vestido floreado de la noche anterior, acababa de entregarle. El viejo estaba con el sombrero puesto, las piernas separadas, y un poco encogido sobre la silla. Rosa se hallaba mirándolo, cruzada de brazos, vio Domingo saliendo del bosquecito, entre los perros que habían salido disparando desde detrás de la casa y ahora lo rodeaban saltando y ladrando a su alrededor. Él los ahuyentaba tirándole suaves

golpes con el pie y el farol.

Rosa ni siquiera lo miró cuando él llegó junto a la silla baja en que se hallaba sentado su padre. Tomó el mate que el viejo le devolvía y fue caminando indolentemente hacia la cocina.

—¿Salió algo? —dijo el viejo.

—No —dijo Domingo, pasando junto al viejo y penetrando en el rancho. El camastro del viejo se hallaba desordenado. En el suelo, junto a él, había un espiral consumido: sólo quedaba un trocito incrustado en la base de la lata, y el resto era un montoncito de ceniza intacta en el piso. Domingo colgó el farol en el travesaño y dejó la línea en el lugar donde se hallaban los otros elementos de pesca. Quedó un momento de pie, como pensativo, y se encaminó nuevamente al exterior.

—Esta noche podemos comenzar la galería —dijo el viejo. Ya lo había dicho por lo menos mil veces en los últimos tres años. Hacía referencia al asunto tres o cuatro veces por día.

—Sí —dijo Domingo, mirando hacia el bosquecito.

Rosa regresó con el mate desde la cocina, dándoselo. Domingo lo agarró y comenzó a sorberlo. Miró a Rosa: estaba recién lavada, el rostro todavía un poco hinchado por el sueño, el pelo estirado hacia atrás sobre las sienes, todo mojado. De un borbotón de pelo oscuro sobre la frente, había comenzado a deslizarse una gotita de agua que dejaba sobre la oscura superficie lisa de la frente una estela brillante. La gota se detuvo en el entrecejo. Domingo recordó el último sábado, a la salida del baile, él y Rosa echados sobre el pasto, cerca del agua.

—Ando con ganas de cruzar a la isla —dijo el viejo, como hablando para sí mismo— y probar con la nutria. Lástima que no tenga escopeta. El Cándido tiene dos. Dice que una anda queriendo venderla: dice que con darle cincuenta pesos en el acto y ciento cincuenta más cuando se vaya

pudiendo, la entrega. Dice que no hay más que engrasarla para que ande lo más bien.

Domingo terminó de sorber el mate y se lo devolvió a Rosa. Ésta regresó a la cocina. Domingo la miraba alejarse: el vestido floreado producía un tumulto indolente y tembloroso al ser sacudido por las nalgas.

—La conchilla no da para nada —decía mientras tanto el viejo—. Hay muchos juntadores y en el depósito te dan lo que quieren. La nutria sería un buen negocio, ¿no te parece?

Rosita desapareció por la puerta de la cocina, el negligente tumulto floreado, y Domingo se volvió hacia su padre. Éste miraba pensativamente el bosquecito y, más allá, el río.

—Y —dijo Domingo— seguro.

—Ahora claro —dijo el viejo en seguida—. Harían falta esos cincuenta pesos para la entrega. El Cándido vende el arma porque necesita. —Alzó la cabeza y miró a su hijo por un momento; su

frente se llenó de arrugas inquisitivas. Rápidamente volvió a dirigir la mirada hacia el bosquecito, aunque no parecía mirar nada en especial, sino reflexionar lenta y vivamente sobre algo—. ¿No podrías pedir un adelanto en la arrocera? —dijo por fin.

Domingo lo miró.

—A los peones no dan —dijo—. Pagan por día.

—Ya sé —dijo el viejo— ya sé.

Quedó pensativo un momento. Domingo lo miraba. El viejo se movió sobre la silla, volvió la cabeza y sus miradas se encontraron.

—No —dijo el viejo— yo decía cobrar un poco del mes que viene, por ejemplo.

Domingo habló con voz muy suave.

—A los peones no dan —dijo.

Rosa regresó de la cocina, secando con el dedo el borde del mate.

—¿Dónde dormiste? —dijo a Domingo.

—En la costa —dijo él.

Rosa se echó a reír.

—¿Seguro? —dijo.

Él la miró. Ella lo miraba.

—Seguro —dijo Domingo mirándola. Sus ojos emitieron un leve destello, y también los de Rosa brillaron sonrientes por un momento. El viejo miraba el bosquecito con aire reflexivo, sosteniendo el mate con la palma de la mano, sin sorber. Uno de los perros salió a la carrera de detrás de la casa y cruzando velozmente el patio se internó en el bosquecito.

—Va a hacer mucho calor hoy —dijo el viejo, sorbiendo el mate. Domingo y Rosa dejaron de mirarse.

—Sí —dijo Domingo.

El viejo devolvió el mate a Rosa. Ella se dirigió a la cocina y Domingo la sentía alejarse detrás suyo, las suaves zapatillas rojas tocando el piso de tierra, y «vio» el tumulto floreado, las

nalgas prietas y duras debajo, el último sábado.

—No —dijo el viejo lentamente—. Yo decía que si se pudiera conseguir ese adelanto, con la escopeta ya las cosas mejorarían mucho. En todo lo demás se pagaría con la misma nutria. ¿No te parece que digo bien?

—Sí —dijo Domingo. Y después, pensándolo —: ¿Y por qué no junta un poco de conchilla para la entrega?

—También —dijo el viejo, accediendo, en una impostación connivente y prolongada, moviendo pausadamente la cabeza en señal de acuerdo—. ¿Pero no te parece que va a llevar muchos días? Hoy no puedo ir a juntar porque tengo que ir al pueblo por unos asuntos.

—¿Qué asuntos? —preguntó Domingo rápidamente. El viejo no lo miró. Estuvo como distraído por un momento, como si no lo hubiera oído, y después dijo:

—Unos asuntos.

—Bueno —dijo Domingo— me voy. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo el viejo.

Rosita salió de la cocina con el mate.

—Perá Domingo —dijo—. Tomá el último.

Domingo se detuvo, agarró el mate que Rosa le entregaba y comenzó a sorberlo. Ahora su padre, desde la silla, lo miraba pensativo, como si no lo viera. Domingo estaba casi de espaldas a él; lo percibía de soslayo. Sentía que su padre estaba mirándolo. Empezó a enrojecer.

—Hacé la prueba —dijo el viejo, sin embargo—. Hablá con alguno de la administración. A lo mejor te adelanta cincuenta pesos. Con la nutria, y con un poco de conchilla, y tu trabajo en la arrocera, vamos a terminar mejorando un poco. ¿No te parece que está bien pensado?

Domingo regresó al rancho al mediodía. Rosa se hallaba en el bosquecito. Domingo tenía la cara sucia de tierra y llena de pequeñas estelas oscuras dejadas por las gotas de sudor al deslizarse sobre la dura piel. El bosquecito era un lugar fresco en medio del intenso calor, tanto por la sombra de los árboles como por hallarse más cerca del agua que la casa. El río, sobre el que esplendía la luz cenital, estaba quieto y casi transparente, o exangüe, de una turbulencia marrón, como equívoca.

Rosa había llevado una silla y la mesa al bosquecito y leía una revista. No advirtió su llegada. Los perros corrieron hasta el zanjón y cuando él lo saltó y cruzó el alambrado, emitieron unos rápidos ladridos y comenzaron a dar saltos y a correr alrededor suyo. Él les hacía señas para que se callaran. Uno se escurrió bajo el

alambrado, saltó el zanjón y desapareció husmeando entre la maleza. El otro se sentó sobre sus cuartos traseros y se quedó mirando a Domingo. Este se inclinó hacia él, sonriendo, y le hizo un gesto indicándole que se callara. El perro lo miraba atentamente, los ojos amarillos muy húmedos y brillantes, la lengua rosada temblando a un costado del hocico negro, las orejas caídas, con un aire de desconfianza y perplejidad. Domingo se inclinó más hacia él, cada vez más, mirándolo, hasta que se vio reflejado en los ojos amarillos del perro. Estuvieron contemplándose por un momento. Domingo sonreía y el perro parecía tratar de comprender, moviendo las orejas, todos los músculos de su cuerpo temblando en una expectante tensión bajo la pelambre grisácea.

—Fuera, chicho —dijo Domingo, con voz suave, muy baja, y el perro jadeaba. Su larga lengua rosada temblaba más vivamente que su cuerpo.

Domingo se enderezó y comenzó a caminar lentamente hacia Rosa. El perro continuó mirándolo con extrañeza. Tres o cuatro pasos adelante Domingo se volvió, mirando al animal. Éste le echó una breve mirada, se escurrió bajo el alambrado y dando un salto hacia el otro lado del zanjón, desapareció entre la maleza.

El silencio total del mediodía fue interrumpido, muy lejos, por la voz de un niño. Domingo caminaba muy lentamente aproximándose a Rosa para sorprenderla. Llegó casi junto a ella; sonreía mirándola, y trataba de contener la respiración para no delatarse. Una torcaz, en algún sitio entre los árboles, volvió a romper el silencio por un momento. Su arrullo fueron dos notas breves y una prolongada. Después hubo silencio de nuevo. Rosa estaba leyendo su revista de historietas con mucha atención. Domingo la veía girar concentradamente la cabeza, con una grave expresión, y volver la página en un solo gesto

rápido. Leyó un momento la página y a cierta altura se detuvo y volvió nuevamente a la página anterior como para verificar algo ya leído, retomando después la lectura de la otra página. De pronto se volvió hacia Domingo con cara de sorpresa y sobresalto.

—¡Oh! —dijo.

Domingo se echó a reír y avanzó tranquilamente hacia ella. Al llegar a su lado había dejado de reírse.

—¿Y el viejo? —dijo.

—No vino —dijo Rosa.

Domingo la miró. Estaba muy cerca de ella. La cara de Rosa era oscura, brillante y prieta. Tenía los labios gruesos y estriados. Sus ojos eran oscuros.

—Ya sé —dijo Domingo—. Está en el hotel ahora.

—Chupando, seguro —dijo Rosa—. Tanto que hizo para comer el asado anoche, y al final se

durmió en la mesa —dijo riendo.

Domingo se rió.

—También. Si no veía del pedo —dijo.

Hicieron silencio. De nuevo se oyó el canto cálido de la torcaz; dos notas prolongadas ahora.

—El viejo es bueno —dijo Domingo, en tono reflexivo—. Está muy viejo, eso es lo que pasa.

Rosa lo miraba y sonreía. Era por lo que se hallaba a punto de decir y se rió más todavía cuando lo dijo:

—Quién iba a decir que yo iba a terminar de madre tuya —dijo.

Domingo miró el río, sonriendo. La luz solar esplendía sobre la superficie del agua. La arena estaba como más blanca, y, aunque opaca, parecía incandescente.

—Ahora que estás con el viejo voy a ver si me voy a la ciudad —dijo.

—Andá al diablo —dijo Rosa, hojeando distraídamente la revista—. ¿Qué tengo que ver yo

con don Arce?

—Estás con él —dijo Domingo.

La miró.

—¿No vas a comer nada? —dijo Rosa. Se puso de pie, acomodándose el vestido en la cadera. No lo miraba—. Vení —le dijo.

Domingo permaneció inmóvil.

Ella lo tironeó de la camisa. «Vení», repitió, encaminándose hacia el rancho.

Domingo la siguió lentamente. Ella caminaba con seguridad y displicencia. Él veía el silencioso tumulto floreado en las nalgas, la ancha espalda sobre la que la tela floreada se ceñía. Las zapatillas rojas relumbraban sobre el sendero de tierra arenosa, dejando huellas profundas.

Ella entró en el rancho, no en la cocina. El interior del rancho estaba barrido y recién regado, envuelto en una fresca penumbra. Rosa se detuvo junto al camastro del viejo y se volvió. Domingo se detuvo.

—Vení, Domingo —dijo ella.

Domingo permaneció inmóvil. El silencio era total. Debido a la caminata que había hecho desde el pueblo, Domingo sentía la cabeza y el cuerpo calientes y húmedos; caminaba con frecuencia bajo el sol.

—Me voy a la ciudad, Rosa —dijo lenta y roncamente.

—Andá al diablo —dijo Rosa, y avanzó algo.

4

...Y hay huesos enterrados en otro tiempo, y si uno escucha, oye las voces a medida que el suelo cambia. Un buen día los huesos están afuera, sobre la arena. Tienen exactamente el color de la luna. Hay que estar solo, haber mirado largamente las

estrellas y oír el primer quejido sin proponérselo, porque las voces se dan a quien ellas quieren, y no a quién las busca, y no dicen palabras sino momentos y noches; se oye como un batir de llamas, y un crepitar de leña, y pasos sobre la tierra.

Junto al raigón, bajo la luz de la luna, Domingo descabezó el pescado dándole de filo tres o cuatro veces con el cuchillo; después lo abrió por el vientre, le sacó los órganos con la mano y los arrojó al agua. El sauce estaba como encalado por la luz lunar. Domingo se puso en cuclillas junto al agua, lavó el gran cuchillo y después se lavó las manos secándose con el pantalón. Mientras recogía las líneas, los pescados y el cuchillo, oyó la voz furiosa del viejo en el rancho. Se incorporó y miró a través del bosquecito el verde resplandor que emergía de la puerta del rancho, tratando de escuchar. No oyó nada más. Comenzó a caminar hacia la casa. Los músculos de su rostro apretado

estaban tensos, él lo sentía, y sentía también la misma tensión en todo el cuerpo. Recordó la tarde pasada: su rodilla entre las piernas de Rosa, ella echándose hacia atrás, el cuerpo tirante, y después los dos cayendo sobre el camastro del viejo. Atravesaba el bosquecito. La luna espléndida tendía como pequeños velos claros en la fronda y en el pasto. A veces una porción de arena blanca parecía también un fragmento de materia lunar. No había brisa. Los mosquitos zumbaban en la oscuridad. A medida que avanzaba hacia la casa el aire iba haciéndose más cálido y pesado.

El viejo estaba parado en la puerta del rancho. Los perros merodeaban silenciosos, husmeando la tierra, sus dóciles cuerpos maleables serpeando en la penumbra, el pequeño espacio abierto frente al rancho. Domingo saludó.

El viejo no dijo nada. Estaba apoyado contra el marco de la abertura; no se movía, oscilaba involuntariamente, y no se movió cuando él pasó

hacia el interior, mirándolo solamente; lo miraba pasar, los ojos rientes y escrutadores, y Domingo (no lo miraba) tocándolo al pasar de modo que el cuerpo del viejo osciló un poco más, dejándose oscilar levemente un poco más; al rozarlo Domingo atravesando el espacio exiguo de la abertura hacia la claridad verdosa expandida en el interior del rancho, pensó «me está mirando» y de nuevo vio la rodilla entre las piernas, la resistente y tirante anuencia doblándose hacia atrás y el tumulto floreado y jadeante cayendo sobre la cama.

Dejó los pescados sobre la mesa, la carne húmeda y casi palpitante todavía, amarilla y rojiza, y el cuchillo. La gran hoja, cuyo mango era negro, con dos pequeños círculos de cobre, era gris y veteada, de un solo filo.

Regresó.

El viejo no se había movido. Él debió pasar de costado tocándolo, y el viejo oscilaba contra la

puerta, la mirada riente, el sombrero echado hacia atrás. Fue hasta el espacio abierto, caminando con lentitud, y quedó ahí, de pie, en medio de la penumbra cálida; encendió un cigarrillo. Primero se palpó el bolsillo de la camisa (los ruidos resonaban en el aire inmóvil), sacó el paquete y los fósforos, se colocó cuidadosamente un cigarrillo entre los labios, guardó el paquete y encendió un fósforo. La llama ascendió hasta el extremo del cigarrillo y al aspirar él, creció un poco. Él la arrojó hacia adelante y la llama cayó al suelo permaneciendo encendida. Domingo miró hacia un costado, hacia la cocina. Había luz, la difumada claridad verde, y la gran sombra de Rosa moviéndose o permaneciendo inmóvil por un momento.

La llama del fósforo se apagó. En el espacio abierto frente a la casa los perros erraban silenciosamente. Se arrimaban a Domingo husmeando sus alpargatas, y después se alejaban

de él y él los veía evolucionar, los contornos como vetas grandes o nudos inquietos de la misma penumbra.

—Rosa —dijo el viejo.

Rosa no respondió.

El viejo pareció moverse molesto detrás suyo.

—Rosa —repitió.

Uno de los perros se detuvo. Alzó la cabeza mirando hacia el rancho, con una de las patas delanteras doblada en el aire, el paso interrumpido.

Rosa emergió en la puerta de la cocina. Trataba de acomodarse un mechón de pelo caído sobre su sien, con el dorso de la mano. Al parecer tenía grasa en las manos, o las tenía mojadas, o algo así. Tenía una expresión de enojo en el rostro, como si hubiera pasado algo entre ella y el viejo un momento antes.

—¿Qué pasa? —dijo de mala manera.

Domingo estaba vuelto ligeramente hacia ella,

el viejo detrás suyo. El viejo se dio tiempo, quedando un momento sin hablar, como para que el silencio dejara perfectamente demostrado que él había llamado a Rosa y que ahora Rosa estaba ahí.

—¿Tengo un hijo o un perro rabioso? —dijo el viejo.

—No sé —dijo Rosa.

Domingo alzó levemente la cabeza. Una gran sombra marrón comenzó a cubrir la luna.

—No. Un hijo no. Un perro rabioso —dijo el viejo.

Avanzó al parecer. Domingo se volvió. El viejo lo miraba.

La nube cubrió toda la luna. No era en realidad una nube; era el extremo de una tormenta que ascendía. El bosquecito desapareció casi; quedó sólo un comienzo de murmullo de brisa, y un tumulto indiscernible de contornos confusos. El río también había desaparecido y los perros eran unas cosas veloces y sólo presentibles moviéndose en

la masa negra del patio. En el cielo, hacia el sur, no se veía nada; hacia el norte eran visibles algunas estrellas cuyo brillo había disminuido. Eran unas verdosas piedras opacas incrustadas en un cielo ahora negro.

El viejo Arce y sus ojos sonrientes frente a Domingo, mirándolo.

—¿No te dije que pidieras un adelanto? — dijo.

Domingo no respondió. Avanzó, fumando, hacia el viejo, pasó junto a él, rozándolo de nuevo, el viejo quedó bamboleándose detrás, y Domingo penetró en el rancho. Sorteó la mesa y fue a echarse de espaldas en el camastro. Por el ventanuco, hacia el sur, vio que relampagueaba. Oyó la voz del viejo.

—Para qué los cría uno —decía en un tono salmódico y pesado—. Rosa. —Al parecer Rosa se hallaba nuevamente en el interior de la cocina, ya que oyó un «Eh», remoto y distraído por toda

respuesta—. Rosa —repitió el viejo—. Vení para acá. Vení te digo.

—Lávese la cara, don Arce —oyó Domingo echado en el camastro que respondía Rosa—. Vaya, lávese la cara.

No oyó nada más por un momento. Estaba echado con el antebrazo bajo la nuca, la cabeza vuelta hacia el ventanuco, viendo el cielo negro en el sur, entre los árboles, el sur donde relampagueaba. Oyó los pasos del viejo. Retumbaban sordamente. «Ahora va a hacer algo» pensó viendo «Ahora está yendo para la cocina».

—Si yo te digo que vengas vos vení —oyó decir a la voz pesada del viejo Arce.

Domingo dejó de respirar por un momento.

—¿No? —dijo la voz del viejo, furiosamente reprobatoria. Y después de un breve silencio.

—Bueno. Ahora vení.

—Lávese la cara, don Arce —respondió la voz de Rosa—. Vaya, lávese la cara.

«Ahora está parado en la puerta de la cocina», vio Domingo pensando «Va hacer algo».

—Bueno —oyó decir a la voz del viejo—. Bueno.

Oyó ruidos.

—No, don Arce —comenzó a decir rápidamente la voz de Rosa—. No, don Arce. Le digo que no.

—Dejá, Rosa. Déjá te digo —decía la voz del viejo.

Domingo saltó de la cama. Tiró el cigarrillo, lo pisó rápidamente, y al sortear la mesa golpeó el vértice con la cadera de modo que el farol tembló, tambaleándose, y todas las sombras se movieron. Él salió al exterior, al aire pesado, las sombras moviéndose detrás suyo por última vez y deteniéndose, y el viejo y Rosa forcejeaban en la puerta de la cocina. El viejo la tenía agarrada de la muñeca, y Rosa le daba golpes cortos y rápidos en el hombro. El viejo estaba afirmado contra el

marco de la abertura, con las piernas abiertas, y parecía cómodo en esa posición. Domingo avanzaba rápidamente hacia ellos.

—Pero, pero... —dijo Rosa.

—Dejá Rosa —dijo el viejo. Le dio un empujón, soltándola hacia Domingo. Rosa venía como volando hacia él. Domingo la sostuvo, doblándose él también por la violencia del golpe. Los tres quedaron inmóviles, mirándose al resplandor magro de la luz de la cocina. El viejo se enderezó, irguiéndose. Al hacerlo se le cayó por detrás el sombrero. Domingo y Rosa lo miraban. El viejo se agachó recogiendo el sombrero. Lo limpió con el codo y volvió a colocárselo tomándolo con dos dedos por la punta de la copa y ayudándose a calarlo por detrás con la otra mano. Después se acomodó la camisa rotosa y el pantalón. Ellos lo miraban. El viejo avanzó lentamente, pasó junto a ellos y penetró en el rancho. Cada relámpago iluminaba con destellos

azules el patio y el bosquecito. Era no como si el bosquecito estuviera ahí, sino como si emergiera de algo y no completamente, cada vez que era iluminado. Parecía uno de esos barcos que en las noches de tempestad sumergen rítmicamente el contorno borroso de la proa en la profundidad del mar negro. Domingo soltó a Rosa y caminó hacia el espacio abierto, donde los perros vagaban inciertos, sus húmedos ojos emitiendo de vez en cuando pétreos reflejos amarillos. «Ahora va a venir, va hacer algo», pensó Domingo. «Está junto a la mesa, inclinado, esperando, decidiendo». Encendió otro cigarrillo. El primer fósforo se apagó debido a la brisa creciente. Encendió otro resguardándolo con las manos. Las manos le temblaban levemente. Por un momento, su piel fue translúcida, casi como el coral. El fósforo se apagó. Quedó la punta incandescente del cigarrillo, una vaguedad rojiza en la oscuridad. Se volvió, de golpe. El viejo estaba en la puerta,

mirándolo. Rosa entraba en la cocina, desapareciendo por la puerta. El viejo estaba con una mano apoyada en el marco, el cuerpo inclinado y oscilante. No sonreía. Los ojos sí: sonreían. A pesar de su cuerpo menudo el viejo parecía más macizo, más sólido. Salvo los resplandores de luz verdosa emergiendo de las aberturas de la cocina y del rancho, todo se hallaba a oscuras. La luz de los faroles era absorbida casi inmediatamente por la densa oscuridad del contorno. Domingo se hallaba en el límite impreciso de la claridad.

—¿Yo no te había dicho que pidieras el adelanto? —dijo el viejo, y como si hubiera estado aguardando detrás, escondida, esperando el parlamento, Rosa reapareció en la puerta de la cocina, y quedó allí, inmóvil. Tenía el dorso de una mano apoyado en la palma de la otra, a la altura del vientre.

Domingo dio un paso.

—No podía —dijo calmosamente. Y después, como si suspirara—: ¿Qué pasa?

El viejo también avanzó un poco. Ahora nada en él sonreía.

—¿Qué me pasa? ¿Qué te importa a vos qué me pasa?

Domingo fumó largamente, echó el humo, y después, como si ayudara al viejo a sacar una conclusión:

—Yo sé lo que le pasa —dijo—. Cándido le reclamó la plata de la Rosa.

El viejo se aproximó y le pegó en la cara. Domingo no se movió. Uno de los perros salió velozmente de la oscuridad y se paró junto al viejo, mirándolo. Domingo arrojó el cigarrillo lejos de sí, con mucha calma.

—Para eso busque la plata en otro lado —dijo. El viejo volvió a pegarle en la cara.

—Domingo —dijo Rosa desde la puerta de la cocina—. No lo dejés.

—Entrá a la cocina —dijo Domingo.

El viejo le pegó por tercera vez. La nariz comenzó a sangrarle.

—Don Arce —dijo Rosa—. Hoy me hizo. Hoy a la siesta yo me dejé hacer. Yo me dejé hacer. Yo misma lo traje para la cama.

—Entrá a la cocina —dijo Domingo. El labio superior le temblaba. Él lo sentía. La sangre le corría tibia y abundante por la boca y el mentón.

El perro salió disparado y se perdió nuevamente en la oscuridad.

Entonces el viejo alzó los brazos, con los puños cerrados y empezó a golpearlo en los hombros y en el pecho. Domingo no se defendió. No eran golpes tan violentos. «Basta con dejarme caer», pensó. «Me dejo caer y listo». «Después se va a tranquilizar». Se dejó caer. Cayó arrodillado. El viejo le dio una patada, jadeando, murmurando. Lo tumbó. Desde el suelo vio a Rosa correr hacia el viejo y las piernas del viejo volverse hacia

Rosa. Se puso trabajosamente de pie. El viejo no le pegaba a Rosa, la sacudía solamente. La había agarrado por los brazos y la sacudía violentamente, sin pegarle. Por encima del hombro del viejo, Rosa lo miraba casi con sorpresa, a pesar de la violencia de los sacudones.

—Putá —dijo el viejo—. Putá.

Domingo sacudía la cabeza como para despejarse. Se dirigió al rancho, limpiándose torpemente la ropa con las manos, sintiendo detrás suyo a Rosa y al viejo. «No va a pegarle», pensó. Entró en el rancho. Se detuvo junto a la mesa. «No va a...» Vio el cuchillo.

—Putá —oyó que el viejo decía a Rosa. Oyó un golpe. Rosa comenzó a lloriquear.

—Domingo. Me mata. Me mata. Domingo —gimoteó.

Domingo manoteó el cuchillo y regresó corriendo al exterior. Rosita estaba en el suelo protegiéndose la cabeza con los brazos, y el viejo

le daba patadas con los dos pies. Domingo agarró al viejo de un hombro, lo elevó y lo dio vuelta. El viejo se encogió. Alzó la vista y vio el cuchillo sesgado en el aire a punto de caer. No dijo nada. Lo miraba con los ojos muy abiertos solamente.

—Oiga. Oiga —dijo Domingo. Movía la cabeza, los ojos semicerrados por la furia. El viejo apenas tocaba el suelo con la punta de los pies. Parecía un muñeco de trapo. Parecía consistir solamente en la cabeza y la ropa. Los pantalones le colgaban como vacíos.

—¡Escúcheme! ¡Escúcheme! —dijo Domingo. El cuchillo estaba alzado en el aire a punto de caer y el viejo lo miraba. Domingo comenzó a sacudir violentamente a su padre. Rosa se incorporó con lentitud y retrocedió mirándolos. Había como una expresión de terror incrédulo en su rostro y se tocaba la mejilla con una mano. Violentamente sacudido, el viejo intentaba abrir la boca como para decir algo. Miraba el cuchillo.

—¡Escúcheme! ¡Escúcheme! —dijo Domingo, y arrojó al viejo lejos suyo.

El viejo parecía volar hacia atrás, arqueado. Cayó en el patio quejándose. Quedó tendido inmóvil. Uno de los perros se separó de la sombra súbitamente y empezó a husmear al viejo.

—Entrá a la cocina —dijo Domingo. Todo su cuerpo temblaba furiosamente. Rosa quedó de pie en la puerta y Domingo se volvió hacia ella mirándola.

—Bueno —dijo—. Entonces vámonos.

Un relámpago azul iluminó por un momento el bosquecito. Fugazmente se percibieron los troncos grises inclinados, inmóviles e intactos.

—Sí —dijo Rosa.

Domingo entró en el rancho. De un baúl sacó una campera vieja de lana, toda descolorida y un saco muy viejo también. Los dejó sobre su camastro. La nariz había dejado de sangrarle. La roja mancha sobre el mentón y la boca, distribuida

como una pequeña mata de barba, se secaba y oscurecía. Salió nuevamente al exterior. El viejo estaba sentado en el suelo, donde había caído, calándose cuidadosamente el sombrero. Domingo fue a la cocina, pasando junto a Rosa, trajo un balde con agua y comenzó a echarse agua en una mano para lavarse la cara. Rosa fue, le quitó el balde y comenzó a echarle agua en las manos. Él se lavó refregándose bien la parte manchada de sangre, secándose después con las mangas de la camisa.

El viejo se puso de pie sacudiéndose la ropa. Los miró sin decir nada y fue para el rancho. Domingo se detuvo un momento mientras se secaba viéndolo atravesar la puerta y desaparecer en el interior del rancho. Quedó un momento pensativo. Después continuó secándose.

—¿Dónde vamos a ir? —dijo Rosa. El labio inferior había comenzado a hincharse. Lo tenía partido pero no sangraba: solamente era una estría

roja, una raya vertical y profunda que dividía la carnosa protuberancia oscura en dos mitades. Rosa sostenía el balde por la manija, conteniéndolo por la base con la otra, como a punto de echar agua. Domingo la miró. Sacó un poco de agua del balde y aplicó suavemente la mano mojada sobre el labio de Rosa. Ella lo dejó hacer entrecerrando levemente los ojos. Domingo retiró la mano y se la secó en el pantalón.

—A la ciudad —dijo.

Rosa abrió desmesuradamente los ojos, en un gesto que parecía mezclar asombro y alegría.

Domingo se alejó hacia el interior del rancho. Cuando entró vio al viejo bebiendo un trago de caña de la botella que sabía guardar junto a la cama. Al entrar él, el viejo dejó de beber y lo miró sin tragar la bebida, haciendo un furioso y lento buche con ella. Él fue hasta el camastro, retiró de encima el saco y la campera y regresó al exterior. El viejo lo miraba pasar, la botella en la mano,

haciendo su interminable buche con el trago de caña.

Rosa estaba afuera en actitud de aguardar. Ahora tenía en la mano, enrollada, la revista de historietas del mediodía. Con la base del angosto cilindro de papel impreso y roto se golpeaba distraídamente la mano libre. Mientras salía, Domingo oyó toser al viejo.

—Vamos —dijo a Rosa.

Le dio la campera.

Comenzaron a caminar. Los relámpagos eran más frecuentes y prolongados ahora y su resplandor azul había adquirido un tinte verde, siniestramente amarillento. Lejos, muy lejos, se oían truenos. Domingo avanzaba adelante, con pasos rápidos, oyendo detrás suyo el leve tumulto de los pasos y los jadeos de Rosa. En medio de la cerrada oscuridad del espacio abierto frente a la casa, Domingo se detuvo dándose vuelta. Rosa siguió caminando, pasando junto a él. Domingo

miró por última vez al viejo. Estaba de pie en la puerta contra la verde y difumada claridad que emergía del interior del rancho. Encogido y pequeño, su cuerpo oscilaba involuntariamente. Uno de los perros, sentado sobre los cuartos traseros, el hocico alzado hacia el viejo, se hallaba junto a él. Domingo se volvió y continuó caminando tan rápidamente que en seguida Rosa quedó atrás. Tomaron el sendero paralelo al bosquecito.

Fue en el momento en que llegaron a la esquina del hotel cuando empezó a llover: primero se trató de unas gotas grandes y lentas como lágrimas. En seguida fueron más rápidas, más finas y más tumultuosas. Después empezó el viento y, contra la luz del farol de la esquina, que se sacudía locamente como si colgara de una jardinera, el agua parecía descender en masas, en períodos, con todas las formas posibles y en todas las direcciones. Bajo la luz de la esquina la tierra

arenosa brillaba y en seguida comenzaron a formarse pequeños charcos que reflejaban fragmentada y fugazmente la luz del foco. Ellos se guarecieron bajo el angosto portal del hotel. Rosa se echó la campera sobre los hombros primero, después se la calzó, y más tarde se abrochó los dos últimos botones que le quedaban y se alzó el cuello. Aún cuando el viento cambiaba adoptando por un momento una sola dirección, y los remolinos de agua fina descendían rápida y oblicuamente más allá del portal del hotel, ellos, apretados contra la puerta cerrada, sentían sobre el rostro y el cuerpo las salpicaduras del agua constante e incansable. «No va a salir el ómnibus», pensó Domingo.

En efecto, no salió. El alba llegó lentamente; continuaba lloviendo. La atmósfera negra fue tornándose azul, después verde y finalmente adoptó una tonalidad grisácea que no desaparecería hasta la noche. Mientras aclaraba no

dejó de llover ni un momento. «No va a salir», pensó Domingo. El alba verdosa parecía originarse en el centro de la plaza. Cuando no dormitaba de pie bajo el angosto portal, Rosa miraba hacia allí con los ojos muy abiertos, con una expresión entre asombrada y pensativa. El alba mostró los árboles lavados, lavándose.

Alrededor de las seis y media vieron por fin al viejo Arce cruzando la plaza en diagonal hacia ellos. Se había puesto sobre el sombrero una arpillera que lo protegía malamente del agua. La arpillera le caía sobre la espalda a modo de capa. Venía caminando ni rápida ni lentamente, sorteando los charcos, sin mirar hacia el portal del hotel, fijándose más bien con una rápida pericia donde ponía el pie, para no resbalar y caer. Por fin llegó a la esquina de la plaza y comenzó a cruzar la calle. Pisaba con la punta de las alpargatas rotas, los brazos separados del cuerpo para mantener mejor el equilibrio, mirando hacia

cualquier parte menos hacia el portal del hotel. Llegó a la vereda. Se detuvo a un metro de distancia del portal. Detrás suyo estaban la calle y la plaza, los altos árboles increíbles, lavados, la lluvia derramándose incansable y sombría.

Domingo cerró los ojos, como fatigado, y en seguida volvió a abrirlos.

—¿Qué pasa? —dijo.

El viejo carraspeó. No lo miraba.

—Bueno —dijo, carraspeando—. No es para tanto, me parece.

Hizo silencio. Domingo no le respondió. El viejo cambió de posición.

—Me estoy mojando —dijo—. ¿No me hacen un lugarcito en la puerta?

Domingo se corrió hacia Rosa. El viejo se acomodó junto a él y empezó a dar saltitos, como si tuviera frío, frotándose las manos y mirando hacia la plaza. Después quedó inmóvil.

—Estoy muy viejo ya —dijo—. Si vos y la

Rosa se van, me voy a morir de hambre. ¿Quién me va a cuidar? ¿Quien me va a hacer la comida? La Rosa con nosotros no deja de ser un adelanto.

Domingo lo miró. Estaba furioso.

—Usted no vuelve a levantar la mano. ¿Estamos? —dijo.

El viejo lo miró por un momento. Después miró a Rosa.

—A tu padre no, Domingo —dijo—. A un padre se le debe respeto. No podés decirme una cosa así.

Domingo no dijo nada.

—Tiene razón —dijo Rosa, muy seria, tironeándolo del saco—. Es tu padre.

Domingo suspiró.

—Vamos —dijo el viejo.

Comenzaron a caminar. Cruzaron la calle. El viejo iba delante, dando pequeños saltos para evitar los charcos. Detrás iba Rosa. Estaba completamente mojada. Llevaba en la mano la

revista de historietas, mojada y hecha pedazos. Domingo iba a un metro de distancia de los dos, caminando lentamente bajo los árboles cargados de agua. En mitad de la plaza el viejo se detuvo. Miró a Domingo por encima de Rosa.

—Apenitas pare de llover y haga buen tiempo
—dijo— vamos a hacer la galería.

1961

El balcón

1

Amparo despertó alrededor de las cinco de la tarde. La ventana de la habitación del hotel que daba a la calle se hallaba cerrada, pero a través de la claraboya sobre la puerta, del otro lado de la habitación, frente a la cama, penetraba una luz gris, sin destellos, que producía en la habitación una claridad relativa. La puerta daba a la galería del primer piso. Del cuarto vecino llegaba el apagado rumor de un ventilador. Primero Amparo abrió los ojos (estaba echada de espaldas sobre la cama, un brazo cruzado blandamente sobre el pecho), vio el cielorraso, en esa porción de su superficie que se mostraba agrietada y manchada por la humedad y

volvió a cerrarlos durante un lapso incalculable, sin saber si se hallaba despierta o dormida. Cuando tuvo conciencia nuevamente y se consideró completamente despierta, oyó el zumbido del ventilador en la pieza vecina, supo de qué se trataba, y abrió los ojos otra vez, sintiendo de inmediato la espalda y los brazos húmedos por la transpiración, la nuca caliente y pesada y ese gusto entre amargo y áspero, y algo seco y maloliente, que sienten en la boca cuando despiertan las personas que trasnochan demasiado. No se movió cuando estuvo despierta. Solamente sus ojos, unos ojos grandes, cálidos y oscuros, de los que Amparo solía decir con un orgullo un poco irónico que jamás se los había pintado, vagaban lentamente por el cielorraso, desde la porción de su superficie agrietada y manchada por la humedad hasta la trabajada y amarillenta moldura central de la que pendía el negro cable pringoso de la luz eléctrica, y de allí hasta las pequeñas rosetas de

las esquinas de una de las cuales se había desprendido un fragmento en otro tiempo dejando como rastro visible de su paso una porción más áspera y más blanca, muy pequeña, que contrastaba con aquella lisa y amarillenta superficie. El resto de su cuerpo permanecía quieto. En seguida oyó también, viniendo desde el exterior, las bocinas de los automóviles y el súbito y metálico campanillazo de los tranvías. Hacía mucho calor. Era pleno enero. Pero Amparo, observando la calidad de la luz que penetraba en la habitación a través de la claraboya de la puerta que daba a la galería del piso alto, dedujo que se estaba formando una tormenta, una de esas pesadas, rápidas y sombrías tormentas de verano que impregnan la atmósfera de un peligroso tinte verde, y cuya amenazante preparación excede en gran medida a las consecuencias reales que produce.

Estaba vestida con una combinación sobre las

prendas más íntimas, y uno de los breteles se había deslizado hacia el brazo desde su reluciente hombro moreno. El chico dormía a su lado: salvo una bombachita blanca, se hallaba completamente desnudo, uno de los pequeños brazos doblado cerca de la cara, la mano cerrada. Dormía al parecer con una gran placidez. Amparo desvió la cabeza y lo miró. La expresión de su rostro no se modificó al dirigir la mirada a su hijito. Más bien adquirió una ligera dureza que cuajó en sus facciones durante un momento, arisándolas, haciéndolas como más filosas, hasta que fluyeron nuevamente, dando paso a una expresión que si en un principio pareció sombría fue volviéndose, poco a poco, como nostálgica o como melancólica.

Estuvo alrededor de quince minutos recostada, inmóvil, pensando. Después se levantó, dio unos pasos sin finalidad por la habitación, descalza, y en seguida se vistió con un batón sencillo, floreado y algo viejo, que abrochaba en la parte delantera

mediante una hilera de grandes botones blancos. Fue y abrió la ventana: la verdosa claridad exterior, una luz profunda y penetrante, de tormenta, iluminó de inmediato la habitación. Asomándose al balcón espió el cielo: unas pesadas y grandes nubes de un azul metálico lo cubrían totalmente, cernidas sobre la ciudad, inmóviles e implacables como un sólido monumento. Entre los ásperos e informes nubarrones destellaban ya unos débiles relámpagos. Permaneció un momento apoyada sobre la balaustrada de concreto, mirando el cielo y la ciudad de casas grises o blancas, de uno o dos pisos. Aquí y allá se destacaban con unos colores más fulgurantes y vivos en medio de la atmósfera húmeda, los edificios más altos: monoblocs de ocho o diez pisos, de fachadas de un blanco deslumbrante, verdes persianas, y unos toldos de lona anaranjada sobre los balcones idénticos. El aire estaba quieto, pero con una quietud que olía a

provisoriedad, a preparación, como uno puede decir que una granada está quieta por dentro antes de estallar. La calle era toda gris ocho metros más abajo; y entonces Amparo contempló durante un momento el paso de la gente, de los automóviles y de los ruidosos tranvías, apoyada con aire pensativo sobre la balaustrada de concreto, hasta que recordó que ni siquiera se había lavado la cara al levantarse, y que su escotado batón floreado no era la prenda más adecuada para asomarse a la calle a las cinco de la tarde. Entró nuevamente a la habitación, se lavó la cara en la pequeña pileta (rajada también, sostenida por un caño que se hundía en el piso de madera) y después se detuvo un momento a arreglarse frente al espejo del ropero. Comenzó a peinarse con una rápida pericia, no con un peine común sino con un cepillo de plástico de duros dientes que chasqueaban al deslizarse con dificultad sobre su áspero cabello oscuro. Al mirarse con mayor

atención en el espejo, Amparo fue moviendo la mano con una lentitud cada vez más marcada, hasta que, aproximándose un poco más a la lisa superficie en que estaba reflejándose, la expresión de extrañeza y atención hacia su propia figura aumentó en su rostro, y detuvo el movimiento de la mano por completo. Hacía tiempo que no se contemplaba: ahí estaba su rostro: los grandes ojos cálidos, el óvalo moreno de su cara rodeado por el áspero pelo corto, aquella nariz recta y dura, un poco fría, que contrastaba con los ojos y creaba el equilibrio necesario dando como resultado una expresión de gravedad, una gravedad y una tensión discreta ocultando, según Amparo pensaba de sí misma, un corazón apasionado. Pero no eran esos rasgos, tan familiares y extraños al mismo tiempo, los que llamaron la atención a Amparo, sino una expresión de su boca, una expresión que ella no conocía, o no había visto antes, consistente en una leve torción del labio inferior, en el lado derecho,

junto a la comisura, viniendo a cambiar de un modo completo la atmósfera de su cara. Sus labios eran, aunque un poco anchos, agradables: eran el otro tono cálido de su cara. Pero esa torción, no advertida anteriormente, los había vuelto rígidos, tensos y duros. Continuó peinándose. «Los años pasan», pensó Amparo. Y recordó cómo, cuando joven, sabía sostener que una bailarina debe retirarse de su profesión a los treinta años cuando mucho, recordando asimismo que ella iba ya por los treinta y cuatro y continuaba bailando cada noche en clubes nocturnos de baja categoría, en toda la república. Terminó de peinarse, dejó el cepillo sobre la mesa de luz y miró a su hijo. El chico abrió los ojos, le devolvió una demorada mirada de entresueño placentero y abúlico y volvió a cerrarlos. «Comer y dormir», pensó Amparo, «lo mismo que su padre». El padre del chico era un músico en desgracia que había vivido con ella un tiempo, en Buenos Aires. Cuando

Amparo quedó embarazada (el médico le había advertido un tiempo antes que otro aborto sería sumamente peligroso para su vida) el músico, que había estado viviendo a costillas de Amparo todo el tiempo que estuvieron juntos, desapareció del hotel sin dejar rastro. El chico era rubio, de piel muy blanca y sonrosada, como el padre. Era además muy parecido físicamente a él. Al ver a su hijo, Amparo lo asociaba de un modo mecánico a la persona de su antiguo amor, y eso la inducía involuntariamente a tratar a la criatura de un modo no se diría frío o duro, sino algo áspero, como suelen tratar esas mujeres demasiado independientes a los hombres que dominan.

Amparo sacudió levemente al chico.

—Vamos, vamos —dijo.

El chico abrió los ojos y sonrió. Quedó acostado con los ojos abiertos, mirándola, y en seguida dejó de sonreír para hacer un gesto de pereza, indiferencia y desgano.

—Vamos, que hay que bañarse —dijo Amparo.

El chico no respondió. Amparo se separó de la cama, abrió el ropero, y sacó unas prendas del niño y una toalla de baño.

—Vamos, vamos, haragán —dijo Amparo, con aire pensativo, de un modo mecánico, mientras cerraba el ropero. Alzó al niño, que se apoyó sobre su hombro cerrando los ojos, y abriendo la puerta salió al pasillo del primer piso: era un largo pasillo con un amplio ventanal que daba al pleno cielo. En sus extremos se hallaba recogida una cortina de lona anaranjada con lunares blancos. El cielo visible desde allí era todo un enorme nubarrón oscuro, de un azul humo, pesado e inmóvil. Amparo fue hasta el baño, una puerta más pequeña que las pertenecientes a las habitaciones, y entró con el niño. El baño carecía de ventanas y claraboyas, de modo que debió encender la luz. Había un olor pesado y caliente en el interior, una mezcla de vapor húmedo y

excremento. Bañó al niño, que al entrar en contacto con el agua se reanimó por completo, lo secó allí mismo, y después, envuelto en la amplia toalla de un color amarillo pálido, lo llevó de regreso a la habitación y lo dejó sobre la cama, desnudo y sonriente, y el chico aguardó en una cómoda y tranquila actitud, las rubias piernitas cruzadas, los brazos extendidos, que su madre lo vistiera. Amparo lo secó nuevamente, le espolvoreó con talco el culito y las entrepiernas, y lo vistió con un ajustado pantalón rojo, una remera blanca, y unas zapatillas livianas de suela de goma. Mientras su madre lo vestía, el chico se tocaba la nariz con el dedo, mirando con una relativa curiosidad a uno y otro lado, o hacía alguna pregunta, por ejemplo: «¿Cómo se llama esta ciudad?», o bien, «¿dónde vamos a ir, mami?», o tranquilamente, mirándola con sus pequeños ojos azules (los ojos de su padre): «¿Por qué nos quedamos aquí, mami?»

Después Amparo llevó al chico al balcón y lo dejó allí. El balcón era una pequeña balaustrada de material, sostenida por unas bajas columnas panzonas; había un espacio regular entre una y otra. El chico se acomodaba entre dos balaústres y miraba desde allí la calle. Amparo aprovechó para espiar ella también un rato más, antes de ir a cambiarse. Primero fue nuevamente a la habitación, encendió un cigarrillo, y al pasar frente al espejo volvió a detenerse. Ese rictus en el extremo del labio inferior continuaba. «Una no conoce ni siquiera su propia cara», pensó Amparo. Y en seguida: «Estoy poniéndome vieja, y eso empieza a verse en la cara. Dios mío», pensaba, pasándose la mano con suavidad y extrañeza por la mejilla. «No tengo nada ahorrado; y estoy sola, y para colmo volviéndome vieja. No hay hombre que me caiga simpático; no hay hombre para mí por el momento. ¿Qué pensarán de mí los que me ven en la pista, a mi edad (y no bailo bien, nunca

bailé del todo bien), una madre de familia de treinta y cuatro años, bailando con un clavel rojo entre los pechos?» Dio una larga pitada al cigarrillo y devolvió una densa nube de humo que chocó contra el espejo expandiéndose sobre la lisa superficie.

Amparo regresó a la ventana, apoyándose en el marco de la celosía, y contempló el cielo. Los relámpagos eran ahora más intensos, y la atmósfera, oliendo a humedad y a polvo chamuscado, se había vuelto marcadamente más oscura. El chico estaba inmóvil, con la cabeza metida entre dos balaústres, dándole la espalda. «Su padre, igual que él, salía al balcón del hotel a la tardecita», recordó Amparo, echando pensativamente el humo del cigarrillo. En la lejanía, en los confines del cielo, resonó nuevamente un trueno prolongado: parecía una pesada piedra irregular rodando sobre una superficie de tablones.

La ciudad se hallaba envuelta en ese hondo silencio que precede a las tormentas. Cada sonido que llegaba hasta el balcón lo hacía envuelto en una especie de halo de silencio que lo transformaba en un separado y sólido cuerpo, único y abarcable. Amparo salió al balcón, dando dos fáciles y lentos pasos y alzó al niño que comenzó a patlear sin alegría ni enojo, mirando la vidriera de una casa de música en la vereda de enfrente. La vidriera estaba llena de afiches y de cubiertas de discos de todos colores: en su interior había una pequeña luz verde encendida. Amparo depositó al niño sobre la balaustrada, de pie, apoyándolo sobre su hombro, y mirando la calle, abajo, lo sostuvo durante un largo rato. El niño miraba todo lo que sucedía abajo, el paso de los tranvías y de los automóviles, la gente que de vez en cuando señalaba en el cielo la inminencia de la tormenta, las carteleras de un cine unos metros más adelante, hacia la esquina, sobre la vereda de

enfrente. «Y esta noche otra vez al cabaret», pensó Amparo, suspirando. Y más en el fondo: «Estoy sola». Miró al niño: «Él no sabe nada; come y duerme, como su padre», pensó. Miró la calle. Ahora estaba desierta. Sólo un tranvía, avanzando con lentitud una cuadra y media más abajo, un amarillo y viejo tranvía, haciendo sonar con insistencia su dura campanilla. Una leve brisa comenzó a soplar. Amparo miraba avanzar el tranvía como subyugada, inmóvil, sosteniendo al niño de pie sobre el borde de la angosta balaustrada, y el ruidoso tranvía, en la calle desierta, hacía sonar la campanilla urgentemente, de un modo cada vez más intenso y rápido, llenando aquel impresionante, pesado, y oscuro silencio. Así hasta que, acercándose cada vez más, Amparo creyó que aquella campanilla resonaba no en la calle, sino dentro de su cabeza. Por fin pasó bajo el balcón, Amparo vio su techo gris y la roldana del trolley deslizándose rápidamente sobre

el cable bajo el balcón, casi al alcance de la mano, y después se alejó con lentitud y estrépito calle arriba.

Amparo dejó al niño en el suelo, en el balcón, y entró nuevamente en la pieza, echándose sobre la cama. Fumaba pensativa. «Por mí pueden morirse todos», se dijo a sí misma. Miró el cielorraso manchado y agrietado por la humedad. «Por mí puede reventar toda la humanidad», pensó Amparo, apagando el cigarrillo en el cenicero de la mesa de luz.

Oyó las primeras gotas suaves cayendo sobre el techo. Llamó al niño, pero el chico no respondió. «¿No se habrá...?», pensó Amparo, afinando el oído, dejando de respirar por un momento. No oyó nada, salvo las grande gotas de agua cayendo con alguna intermitencia, sobre el alto techo, el balcón, la calle. La atmósfera se había oscurecido aún más. Amparo saltó de la cama y fue con rapidez hasta el balcón: el niño se

hallaba inmóvil, entre dos balaústres, mirando la calle con sus límpidos ojos azules.

—Vení para acá —dijo Amparo, con furia.

Lo alzó violentamente y le pegó dos veces en la cara.

—¿No te dije que entraras? —le reconvino.

El chico lloraba asustado y sorprendido. Amparo lo dejó en el suelo, en la habitación, y el chico se fue llorando a un rincón y sentó allí, en el suelo, contra la pared, mirando a su madre, sin dejar de llorar, envuelto en la semipenumbra.

—Mocoso de porquería —dijo Amparo.

Encendió otro cigarrillo; sus manos temblaban. «Comer y dormir», pensó. «Mocoso de porquería». Después fue serenándose gradualmente. El chico continuaba llorando: después se calló la boca, pero permaneció sentado en el rincón, los ojos azules, como unas piedras húmedas y brillantes, mirando con insistencia a su madre para obtener el perdón y la reconciliación.

Amparo ni siquiera lo miró. Con el cigarrillo en la mano, olvidándose del mal rato, se aproximó otra vez a la ventana apoyándose en el marco de la celosía. Ahora llovía intensamente, relampagueaba y tronaba. «Otra vez esta noche al cabaret», se dijo Amparo, mirando la calle con expresión melancólica. El agua le salpicaba el rostro: era una agradable sensación de frescura. Estuvo allí casi media hora, inmóvil, mirando el agua.

Cuando se volvió, el chico continuaba mirándola, los ojos azules abiertos en una expresión de terror y sorpresa, sentado encogido, como si esperara un golpe, en el mismo rincón de la habitación al que la lluvia, desgarrando los pesados nubarrones de un color azul humo, había envuelto en una claridad singular, áspera. y verdosa.

El taximetrista

a Frida y Federico Padilla

Para decir la pura verdad, y para hacer de paso algo de historia, habrá que declarar que él había manejado camiones antes de los veinte años, camiones grandes y pesados aunque capaces de movimientos dóciles, como los elefantes de los circos. En el ejército continuó manejándolos: entonces se trató de las mochas trompas kaki de los camiones militares, uno de los cuales estuvo a su cargo durante quince meses, al que con gran cuidado lavó, engrasó, raspó, pintó, probó y ajustó como preparándolo a caer ya para siempre en manos que no serían las suyas, tratando de dar a entender a la máquina que el minucioso cuidado que le prodigaba debía ser el aliciente de su resistencia futura, el fundamento moral de la

misma. Lógicamente, el servicio militar terminó y, de vuelta a su pueblo, pudo comprobar que el pesado «Leyland» que había sabido manejar antes de los veinte años, tenía ahora otro conductor: un muchachón alto, dos o tres años mayor que él, decidido, charlatán, un tipo admirado en el pueblo que terminaría, sin duda alguna y, gracias a su siniestra actividad, convirtiéndose en el propietario del vehículo. Eso no lo desconcertó mucho; nada lo desconcertaba mucho. La nostalgia de la autoridad le hizo sentir durante dos o tres días el obscuro y apremiante deseo de regresar al cuartel, presentarse al jefe de compañía y ofrecerse para una conscripción vitalicia, arreglando por ese camino y para siempre todos los problemas. Un aviso en el diario de la capital produjo un considerable cambio de dirección: necesitaban un chofer con el servicio militar hecho. Él se encontraba en esas condiciones. Viajó a la ciudad y no dejó de experimentar cierto

sentimiento de sorpresa al enterarse de que era el único postulante. Al parecer, Coria, el dueño del coche, tenía problemas con la administración del diario. Debido a un capricho, por una cuestión de bonificaciones (la bonificación pertenece al orden de la cortesía, no de las finanzas, porque casi siempre la cantidad que descarga la bonificación ha sido previamente recargada sobre el precio corriente de la venta), estaba debiendo unos avisos. No se trataba de un problema de pesos: era una cuestión de ética comercial y amor propio. Cuando el administrador del diario revisó los primeros ejemplares de la edición y vio el aviso, pasado al taller por un empleado de administración que recibió de rebote una considerable filípica, detuvo la edición y modificó la plancha. El administrador era un tipo empecinado y riguroso: no tragaba a Coria. La relación psicológica que mantenían, la relación fuera de comercio, se hallaba signada por una

intolerancia recíproca, una antipatía siempre conectada que daba como resultado una especie de tensión chestertoniana-shawiana exactamente al revés. La primera tanda del tiraje, con el aviso insertado en ella, fue al interior de la provincia, a dos o tres pueblos a los que la edición se enviaba antes de ser repartida en la ciudad, con el objeto de que la aparición del diario fuese simultánea en distintos puntos de la provincia. Siendo el único postulante, y demostrando pericia como conductor, y muchos conocimientos de mecánica, lo que significaría mensualmente un considerable ahorro en el rubro reparaciones, Coria le dio el empleo. Así fue en realidad cómo empezó la cosa.

Era alto, muy flaco, de piernas muy largas y brazos largos, y su cabeza era grande y huesuda: la frente, los pómulos, el mentón, las quijadas, la nuca. Algo en la atmósfera de su cara daba la impresión de que siempre se hallaba sonriendo o a punto de sonreír, pero eso era un espejismo

producido por la expresión de sus ojos, algo saltones y sin embargo angulados, y de un modo bastante raro de arrugar la nariz, una nariz grande y filosa, pero no ganchuda, que caía a pique sobre unos labios finos y afables de campesino que al sonreír de verdad lo hacían de una manera delicada y demorada, a punto de ceder siempre ante el interlocutor, no tanto por falta de carácter como para sacárselo de encima, en un rasgo de cortesía interesada que le permitía ganar siempre de mano y regresar tranquilamente a sí mismo.

El trabajo terminó por gustarle: alquiló un cuarto con pensión completa en una casa de familia que daba hospedaje a dos o tres inquilinos más, no demasiado lejos del centro, y tomaba el servicio durante ocho horas, de día o de noche, según el aumento o la disminución del trabajo, ya que las noches de la semana sufren la desvaída invasión de esa especie parasitaria y desigual que son los calaveras recalcitrantes y que difícilmente

separan del dinero conseguido para cada noche de juerga lo necesario para regresar en taxi a sus domicilios, y en cambio los sábados y domingos, cuando los empleados públicos o bancarios, o las chicas y muchachos de buena familia deciden tirar la casa por la ventana yéndose al cine, o a un baile, o a cenar afuera, o a los bares y confiterías del centro que los feriados permanecen abiertos un par de horas más, la calle se puebla de gente cansada y desilusionada de la expansión social que desea tomar un taxi aunque no sea más que para regresar rápidamente a su casa, desvestirse en medio de suspiros de desaliento y fatiga, y acostarse de una vez por todas para llegar cuanto antes a esa decepcionante tabla de salvación a la que se aferra todo ser humano mentalmente desocupado: el día siguiente. Su experiencia del trabajo diurno era la repetida visión del arribo de los ómnibus de todos los puntos del norte de la provincia, de Rosario, de Buenos Aires y de

Córdoba, y los grupos apurados de sucios viajeros precipitándose a las colas de la parada de taxis, arrastrando valijas y criaturas asustadas y desconcertadas, despedidos por las bocas de los andenes de la estación sin una frecuencia regular, en un clima de inercia y desorden, análogo al que uno puede percibir cuando observa cómo se abre la rampa de un lanchón en el puerto para dejar caer una muchedumbre de mojarras todavía vivas en la canasta de una pescadería. En cambio, su experiencia de la noche era diferente y hasta opuesta: se daba el lujo de elegir las calles lejanas del centro para recoger de vez en cuando una pareja (un hombre y una mujer, jóvenes, caminando lentamente bajo los árboles, una noche de verano: un pantalón blanco deslumbrante, y un vestido floreado, amplio y vivo, de colores atenuados por la penumbra, sobre los que cae, mezclándose al desorden artificial de la tela, la sombra diligentemente perforada de los árboles) y

llevarla al discreto Averno de un hospedaje clandestino, o bien una familia completa (padre, madre, hijo, nuera, nietos) o un par de matrimonios jóvenes que han dejado por esa noche los chicos en casa de los suegros y que comentan entre bostezos el final del film que media hora después olvidaran como ficción e incorporarán como aspiración de logro imposible en el mínimo y mezquino tejido inseparable de sus vidas.

A fin de mes cobraba su sueldo, separaba una cantidad determinada de billetes, iba al Correo Central, hacía un giro con ellos a nombre de su madre y esa noche, antes de acostarse, garabateaba unas líneas que adjuntaba al giro, ensobrando después con sumo cuidado, como lo hace la gente no acostumbrada a escribir cartas con demasiada frecuencia, la hoja escrita con una letra apretada y legible, propia del individuo que ha terminado de un modo normal y satisfactorio el sexto grado primario. A la mañana siguiente, cruzándose desde

la parada de taxis hasta el Correo Central, un alto y moderno edificio alzado frente a la terminal de ómnibus, despachaba la carta de un modo frío y diligente al mismo tiempo, como puede hacerlo solamente una persona que cumple con una obligación que nadie, excepto ella misma, le ha impuesto. Su madre y su padre vivían todavía en el pueblo en compañía de la única hermana soltera que le quedaba, una chica menor que él que había tenido la desgracia de ser embarazada a los diecisiete años por un viajante de comercio. Después del incidente la chica había tenido la criatura y el viajante había cambiado de zona. Su padre era también camionero, por cuenta de un cerealista del pueblo que era el propietario del camión. Transportaba trigo y maíz a la ciudad y de vez en cuando se aparecía por la estación de ómnibus, donde el taxi tenía la parada, para entregarle algún paquete enviado por su madre. Si no estaba el coche, su padre lo esperaba. Era

también un campesino, alto como él, pero grueso, de un rostro áspero y seco, de unas manos grandes, como de madera, ásperas y rojas. A raíz del incidente de su hermana con el viajante, su padre había adoptado una actitud sádica, que él no había podido perdonarle: determinó no mudarse del pueblo, y se empeñaba en mandar a la chica a todas partes, al almacén, al bar, a la carnicería, sobre todo en los meses en que los signos exteriores del embarazo se habían tornado más visibles. Su hermana había intentado envenenarse, y el chico nació muerto, al día siguiente, a raíz de un parto de emergencia. Eso había sido para la época en que a él lo incorporaron al ejército. Ahora, desde que estaba en la ciudad, su padre adoptaba una actitud tímida y vacilante cada vez que venía a visitarlo. Él intentaba darle un trato afable, pero esa marcada tendencia a la humildad y al reconocimiento de la falta cometida que su padre trataba de evidenciar a toda costa, lo

inhibían mucho más que la maldad o el orgullo. Así que, por lo general, sus conversaciones no pasaban de ser trabajosos y pesados intentos de llenar lo mejor posible, sin ningún resultado positivo la mayoría de las veces, media hora de tiempo. Esa situación era el motivo por el cual no iba a su casa más que para las fiestas de fin de año a pesar de que el pueblo se hallaba a menos de cien kilómetros de la ciudad.

De haberlo querido, en un solo día habría podido partir a la mañana en ómnibus, desayunar, almorzar y cenar en su casa, con su familia, y a medianoche acostarse en su cama de la pensión, en la ciudad. No lo había hecho nunca: de su padre no le molestaba tanto la falta cometida como los remordimientos y a esa tensión insoportable creada por la sumisión de aquel hombre que alguna vez le había enseñado con una plácida y orgullosa pericia a conducir aquellos pesados camiones que él había observado y admirado

desde los siete u ocho años, se agregaba la conducta irregular de su hermana que se estaba cobrando, ya a perpetuidad, con esa característica usura para la venganza que es más frecuente encontrar en las mujeres que en los hombres, aquella crueldad circunstancial de su padre. Su madre permanecía ajena a todo, era una mujer silenciosa, tímida y anuente. Jamás discutía y lloraba a menudo tratando de que nadie lo advirtiera. Por esa razón él enviaba a su nombre el dinero, aunque estaba seguro de que era incapaz de gastar cinco centavos para ella y de que los billetes que separaba de su sueldo con naturalidad y cuidado cada fin de mes, y depositaba religiosamente sobre el mostrador del Correo Central, eran utilizados en su totalidad por su hermana, que alimentaba con ellos a un atorrante del pueblo, un hombre casado que, además de mantener relaciones con ella, equilibraba los gastos de su casa mediante ese dinero,

recuperando de esa manera las horas que perdía haciendo el amor con su hermana (circunstancia que todo el pueblo conocía) en la casa de un amigo soltero.

De ahí que las visitas de fin de año le resultaran tan oprimentes e insoportables y que no permaneciera en su casa más que la Nochebuena y el feriado de Navidad y la noche de fin de año y el feriado del primero de enero. La noche del veinticinco de diciembre regresaba a la ciudad y volvía al pueblo la noche del treinta y uno. Llegaba alrededor de las once. Esperaba el fin de año junto a la mesa servida, tomaba una copa de sidra y comía un pedazo de pan dulce (había observado también que en su casa no encontraba gusto por la comida; que él, que no era goloso aunque sí frugal, no podía sentir en la mesa de su casa el mismo placer que sabía experimentar ante la mesa servida de la pensión en la ciudad) y se iba a dormir para apresurar el día siguiente, que

ocupaba realizando visitas a sus viejos amigos del pueblo. Regresaba a la ciudad por la noche. Y ya en el ómnibus, más de una vez, al experimentar ese obscuro sentimiento de alivio que lo invadía apenas el ómnibus se ponía en marcha, había sentido una especie de nostalgia, algo semejante a la amargura, originada por el hecho de que no podía explicar a su familia aunque hiciera un poderoso esfuerzo para lograrlo, que él no se sentía ni ofendido ni enojado por esa situación irregular que ellos pretendían que él aceptara, que no había tampoco ninguna cuestión moral de por medio, y que él le habría permitido a su padre una sumisión mayor o un sadismo mucho más marcado, y a su hermana una disipación sin límites, con tal de que no pretendieran, como lo hacían, obligarlo a él a ser el juez en última instancia de esa causa perpetua que se estaba ventilando en su casa.

Por otra parte, y a diferencia de los otros choferes, no tenía franco. No lo había pedido. No

habría sabido qué hacer con él. Es cierto que su trabajo no era estricto ni severo, que nadie controlaba su horario y que, si hubiese querido, habría podido hacer más de un viaje extra con el coche, pero ese no era el asunto. El asunto era que no tenía franco, que no disponía, por ejemplo, de todos los miércoles del mes, para hacer con ellos lo que le diera la gana. Durante los días de trabajo llegaba a la estación, se sentaba ante la mesa del bar, frente a la parada, junto con los otros choferes, y se quedaba oyéndolos hablar sobre mil cosas, los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza sostenida por la quijada con la palma de la mano, o bien echado plácida e indolentemente sobre la silla, sin abrir jamás la boca. Nadie se dirigía a él cuando conversaban. No era más que un perpetuo oyente, silencioso, quieto, que ni siquiera ocupaba las manos en encender o sostener un cigarrillo, porque no fumaba, que nunca tomaba otra cosa que no fuese café, o una naranjada en el

verano, porque tampoco bebía por iniciativa propia, y cuyo placer mayor consistía en eso: en estar ahí, sentado, en silencio, oyendo a los choferes parlotear sobre mil cosas, sin decir jamás una palabra. Cuando se hallaba en el coche, efectuando un viaje, si por casualidad recordaba el bar de la estación, donde se hallaban en ese momento los choferes desocupados conversando, le recorría la espina dorsal una especie de escalofrío de voluptuosidad, sabiendo que apenas dejara al pasajero podría dar vuelta la esquina, regresar, detener el coche frente a la parada y con un par de largos trancos aproximarse a la mesa, sentarse y permanecer en silencio el resto del tiempo. De haber sido condenado al día franco, habría resuelto el conflicto de la misma manera: se habría levantado temprano, a la hora acostumbrada, habría desayunado rápidamente en la pensión, habría tomado el coche con la banderilla enfundada en la sucia gamuza amarilla

con que la cubría cuando se iba a comer y se habría dirigido a la estación; habría detenido el Chevrolet (con un ligero sabor de envidia o de nostalgia en el corazón) unos metros más allá de la parada para no confundir a los pasajeros y se habría quedado el santo día en el bar de la estación, esperando con una desmedida impaciencia la mañana siguiente, en que podría comportarse de un modo similar sin sentirse de ninguna manera un extraño o un intruso entre los otros.

A pesar de no haberle acordado día franco, Coria lo protegía, tratándolo con un aire jovial y paternal al mismo tiempo. Coria era un hombre bajo, algo grueso, de nariz quebrada, y unos ojos grises pequeños y rápidos como los de un pájaro. Había sido boxeador amateur durante un tiempo, hasta que, durante una discusión extraprofesional, le vació el ojo de una trompada a un entrenador, incidente que interrumpió su carrera justo cuando

se hallaba a punto de incorporarse al profesionalismo. Su nariz quebrada era el saldo de su rápido paso por el deporte. El incidente con el entrenador lo favoreció en gran medida ya que, interrumpida su carrera, al quedarse sin saber qué hacer, se despertó en él una súbita inclinación por el comercio. Le fue al pelo. A los cuarenta y cinco años era propietario de un coche que explotaba como taxímetro y un puesto mayorista de verduras y frutas en el Mercado de Abasto, atendido por un ex inspector de policía que gozaba de una parte de los beneficios del capital en carácter de habilitado. Coria era un hombre activo y enérgico. A medida que su capital fue creciendo fue haciéndose característico en él un modo de obrar rápido y terminante, con pretensiones de ecuanimidad, que lo hacía jactarse delante de sus amigos de la singularidad de su carácter. Para él las cosas debían hacerse en seguida o no hacerse. Debían, hechas en seguida, hacerse bien. Y hechas

en seguida y bien, en la concepción del mundo de Coria, significaba oscuramente hacerlas con el máximo de provecho personal, la más límpida y rigurosa ostentación y el menor peligro posible de ridículo. Sin embargo, y a pesar de todo, en el fondo de su corazón Coria sustentaba una concepción trágica del pequeño comercio, y estaba seguro de que, en cuanto a capital y a posición social, no podría exceder jamás de determinado límite. Eso lo ponía en una situación análoga a la del condenado a muerte que sabe que ningún exceso ni ninguna salida de tono pueden hacerle el menor daño. Lógicamente, esa impunidad lleva en el fondo una carga de amargura muy grande, en especial dirigida hacia los responsables de la situación, e impele en gran medida a exhibir, con fines verdaderamente ambiguos, las causas que han llevado a ese aparente estado de privilegio.

De ahí que la vida de Coria fuese irregular, ociosa y desordenada. Por el Mercado de Abasto

aparecía nada más que de cuando en cuando, y se pasaba la mayor parte del tiempo jugando al billar por dinero o bebiendo en los bares del centro. Tenía crédito en todos los lupanares de la ciudad. Como excepción hecha de un hermano que se hallaba en una situación económica todavía más sólida que la de él, Coria no tenía familia, iba muy poco a su casa, viajaba a menudo a Rosario o a Buenos Aires siguiendo la pista de alguna bailarina, o bien para asistir al hipódromo o a alguna pelea de importancia, durmiendo muchas veces donde la noche lo pescaba, incluso cuando se hallaba en la ciudad misma. A veces tomaba de más y entonces se ponía siniestramente sentimental: era capaz de matar al que no escuchaba sus quejas, sobre todo cuando hablaba de su finada madre. Cualquiera le habría tomado el pelo de no haber estado al tanto de que, hallándose fresco, Coria era rápido y astuto para los negocios, y que una súbita mirada de sus crueles

ojos grises, en un momento de furia, era algo verdaderamente difícil de soportar.

2

El viento de octubre, cargado de polen, un viento espeso soplando en una atmósfera amarilla desde el principio de la primavera, se detenía solamente al crepúsculo, en una especie de palpitación tensa que disminuía con lentitud; hasta el oscurecer la ciudad permanecía quieta. De noche el viento recomenzaba, arrasando una niebla tenue que el largo atardecer formaba en el cielo, iluminado por una luna tibia y clara, y unas estrellas suaves y cálidas de un inquietante brillo verde. Soplaban hasta el crepúsculo del día siguiente: y entonces, nuevamente, a la caída de la

tarde, volvía a detenerse en medio de unos tensos aleteos cada vez más lentos, parecidos a los de una extinción gradual o a los de una derrota.

El viento agitaba los árboles cuando detuvo el coche frente al bar de la estación y vio a Coria en compañía de la mujer vestida con un suéter liviano de color rojo y una pollera negra, ajustada a los muslos. La mujer era joven, de baja estatura, bien formada, y apretaba un monedero y un pañuelo en la mano derecha. Lo miró atentamente, como para saludarlo, y no la reconoció en seguida, pero al poner la palanca de cambio en punto muerto, cerrar el contacto y comenzar a abrir la portezuela para descender, ya había recordado quién era. Coria se había vuelto hacia él, sin aproximarse, y la mujer quedó algo relegada. Dio dos trancos rápidos hacia la pareja mientras la portezuela del Chevrolet se cerraba con estrépito detrás suyo.

—¿Cómo vamos? —dijo Coria. Su nariz quebrada era una forma obscena entre sus duros y

rápidos ojos de pájaro.

Respondió con un tono distraído.

—Bien —dijo, sintiendo que la mujer lo contemplaba.

No la miró. Miró hacia el bar, por encima de la cabeza de Coria. Las cabezas de dos criollos, de piel oscura y olivácea, bajo las alas de unos anchos sombreros de fieltro negro eran visibles a través del ventanal. Volvió la vista hacia la mujer: el viento le sacudía el cabello, levantándose por detrás, y ella se había puesto una mano sobre la coronilla de la cabeza para sostenerlo.

—Vamos al bar —dijo Coria—. Vení, Dora.

Caminaron él y Coria delante, detrás Dora. El reloj hexagonal del bar marcaba las cinco y veinticinco. Había mucha gente hablando en voz alta, de modo que un murmullo desordenado llenaba el recinto. Era un largo salón con un mostrador de tres alas, en forma de U, dispuesto en el centro. El rectángulo se cerraba en el fondo del

salón con una heladera baja que exhibía tras su vidriera postres, pescados, frutas, aves muertas, quesos y fiambres. En uno de los extremos del mostrador un hombre manipulaba con cierto aire rutinario una caja registradora. Se sentaron en una mesa próxima a la puerta de calle, junto a la de los dos criollos. Ahora vio que llevaban anchas bombachas y zapatillas de goma blancas, nuevas.

Dora se sentó; él no la miraba. Coria se sentó con el brazo extendido hacia él, la palma hacia arriba, indicándole cortés y distraídamente que se sentara. Dora quedó a su costado, Coria enfrente, y por encima de su cabeza, a través de los anchos ventanales que daban a los andenes de la estación, podía ver los ómnibus pintados de diferentes colores, congestionados en los estrechos andenes, y una gran cantidad de gente revisando sus boletos, dándose besos de despedida, corriendo de un lado a otro o haciendo pacientes colas en los andenes correspondientes a los ómnibus suburbanos. Se

oían la música y los avisos publicitarios a través de los altoparlantes de la estación, vagamente. Coria pidió cerveza para los tres.

—¿Ustedes se conocen? —dijo. Señaló a Dora. Él se puso de pie y le estrechó la mano. Dora lo miraba; la miró fugazmente, por un momento y después miró a Coria que bebía un largo trago de fría cerveza dorada. Volvió a sentarse. Bebió un corto trago de cerveza y quedó con el vaso en la mano. El vaso de Dora continuaba intacto sobre su plato. Ella se hallaba rígidamente sentada en la silla.

—Tenés que llevar a Dora a esta dirección —dijo Coria. Comenzó a rebuscar en los bolsillos de su saco sport, de un color mostaza. Sacó un papel con unas anotaciones garabateadas a lápiz sobre su superficie—. A las nueve la traés aquí de vuelta. Yo voy a estar esperando.

Él leyó la dirección y la guardó en el bolsillo de su pantalón, estirando su larga pierna flaca a un

costado de la mesa para facilitar sus movimientos. Coria se volvió hacia Dora. Le acarició el mentón haciéndole tiernas guiñadas. Dora le sonrió con pereza.

—Hay gente aquí, corazón —le dijo.

—¿Esta noche sí? —dijo.

—Sí —dijo Dora.

—Tomá un poco de cerveza —dijo Coria.

—No —dijo Dora—. No tengo ganas.

—¿Aunque yo te lo pida? —dijo Coria. Ponía un rostro siniestramente tierno al decirlo.

—Sí, corazón —dijo Dora, con la misma pereza de antes—. Aunque vos me lo pidas.

Coria lo miró:

—Estoy por casarme —dijo—. ¿Qué te parece?

Él estaba bebiendo en ese momento; lo miró por encima del vaso.

—¿Con quién? —preguntó. En seguida advirtió que su voz había estado demasiado mezclada con

un tono de asombro—. ¿De veras? —dijo.

—Con Dora —dijo Coria— ¿No es cierto, Dora?

—Sí, corazón —dijo Dora.

—Dora no está de buen humor hoy —dijo Coria—. Vas a ver que es una chica excelente. Tomá un poquito de cerveza. Sí. Sí. Un poquito —dijo a Dora.

Dora bebió un trago y dejó la copa sobre su platito, con una expresión de desagrado.

—No tengo ganas —dijo.

—Bueno —dijo Coria—. Vayan.

Él terminó de un solo trago su cerveza. Se pusieron de pie. Dora se alisaba la pollera con las manos. Recogió el pañuelo y el monedero de sobre la mesa.

—A las nueve —dijo Coria poniéndose de pie y dándole un golpecito en el brazo.

Salieron. El viento soplaba todavía afuera. Dora se llevó la mano a la coronilla de la cabeza,

para no despeinarse. Desde la vereda sintió que Coria lo llamaba. Regresó. Coria lo esperaba en la puerta del bar.

—Dame un poco de plata —le dijo.

Él sacó la cartera y le dio todo lo que tenía en billetes grandes: doscientos cincuenta pesos. Se guardó dos billetes de diez. Si Coria se encontraba en el centro sin dinero se llegaba hasta la estación y le pedía lo recaudado durante la jornada; lo hacía bastante a menudo.

—Perfecto —dijo Coria— Hasta luego.

Entró nuevamente en el bar. Él regresó. Dora lo aguardaba junto al Chevrolet. Él abrió la portezuela trasera, la hizo pasar al interior del coche, y cerró nuevamente la portezuela. Vio por última vez a Coria en el interior del bar, charlando y riendo con el cajero.

Dobló frente al edificio de Correos. Por el retrovisor veía a Dora contemplarle la nuca. Ella desvió la cabeza (detrás suyo, en el retrovisor, la

ancha calle empedrada, la larga hilera de camiones estacionados, el sol dorando las copas de los árboles, iban alejándose, agrupándose en una abigarrada y viva mezcla de colores y de movimientos brillantes) y lo miró a través del retrovisor, sonriendo. Se apoyó en el respaldo del asiento delantero, de un cuero color café con leche. Le tocaba el hombro con el codo.

—¿No te acordás de mí? —dijo, mirándole el perfil primero, y al verlo mirar con atención el camino, sonriéndole después por el retrovisor. Le dio un golpecito en el hombro con la mano libre. En la otra apretaba el monedero, un monederito de plástico floreado, y el húmedo pañuelo floreado —. ¿Me puedo sentar adelante?

El coche dobló frente al parque del Palomar y tomó por la avenida del puerto, hacia el río. La luz solar penetró en el coche con unos reflejos súbitos e intensos, a través del vidrio trasero, refractándose sobre el retrovisor. Lo movió para

no encandilarse.

—Al principio no te reconocí —dijo, mirando hacia la calle y comenzando a sonreír. Delante del coche un camión tanque aminoró la marcha para doblar por la primera transversal, frente a la entrada del puerto. Él aminoró a su vez, cambió la marcha, y se colocó detrás del camión. El camión de «Shell» dobló lentamente pesado y cuidadoso y el Chevrolet lo sorteó por la parte trasera, acelerando la marcha junto al cantero central de la avenida. Las palmeras y las tipas se inclinaban agitadas y sacudidas por el viento. Al fondo de la calle, que hacía una curva varias cuadras más adelante, el viento incesante formaba unas vagas nubes de un polvo fino y blanco. El cielo se hallaba límpido y brillante.

—No te reconocí porque estás muy cambiada. Giménez me dijo la semana pasada que estabas otra vez en la ciudad.

—¿Puedo pasar adelante? —dijo Dora—. Hay

mucho sol aquí.

Detuvo el coche. Dora descendió mientras él abría la puerta delantera, pasó adelante y él, estirando el brazo por detrás de ella, cerró la portezuela nuevamente. No arrancó en seguida. La miró. Ella lo miraba sonriendo: ahora tenía los ojos pintados, azules, los labios pintados, y el pelo cortado de una manera diferente. Estuvo mirándola un momento, como para descifrar con lentitud el significado de aquel cambio. Ella se puso de costado hacia él, dejando ver los gruesos y duros muslos, las pétreas rodillas encimadas sobre el asiento. Tenía la piel del rostro algo requemada y tensa, algo gastada.

—Pavote —dijo.

El coche arranco. Él sonreía.

—Estuve por buscarte. —dijo Dora—. Le pregunté a Gabriel. Pasé un par de veces por la estación. No te vi.

—¿Qué hacés ahora? —dijo.

—¿Ahora? —dijo Dora—. Nada. Lo de siempre.

—¿Podés? —dijo—. ¿Podés ahora?

—Trato. —dijo Dora, secamente, sentándose derecha y mirando hacia adelante—. Dame un cigarrillo.

—No fumo —dijo, con gran calma. Está bastante enojada, pensó. Pero aquella noche no, aquella noche había estado silenciosa, cautelosa, había estado humilde y como derrotada. Aquella noche del final del último verano la había encontrado en la «Arboleda» sola y callada, cavilando bajo las casuarinas, sentada en un banco semicircular de piedra a una mesa redonda de piedra, junto a las cabañas donde las chicas recibían a la clientela. El propio Gabriel Giménez lo había conducido hasta ella. Le había puesto una fría copa de whisky en la mano, diciéndole: «Es una pobre chica; necesita ayuda; conviene que se vaya de aquí esta misma noche», y lo había

sentado junto a ella en el banco semicircular de piedra. Lo recordaba: el final del verano bajo las casuarinas murmurando en el viento de la madrugada, entre los árboles, cuyo verdor refractaba apenas la atenuada y sucia discreción de las lámparas culpables. Ahí le contó ella que la oficina de Correos que atendía en el pequeño pueblo de Misiones había estado siempre exclusivamente a su cargo. Lo repitió varias veces, hasta que él, lo recordaba, supuso que en el corazón de Dora existía algo que le impedía olvidar ese hecho. Se lo dijo. Entonces ella le contó que se había tomado dos días de vacaciones, poniendo un reemplazante, y que al regresar se había encontrado con que el reemplazante había hecho un pago indebido, por cuenta de la Caja de Ahorros, a un hombre que había pasado en automóvil por el pueblo, siguiendo al norte, y que se había presentado con una libreta adulterada. «El reemplazante lo puse por cuenta mía —dijo ella—.

Yo le pagaba. Dejé todos los papeles firmados, como si yo no hubiera faltado a la oficina». Cuando se enteró de la estafa pidió diez días de licencia antes de declararla, y se vino a la ciudad. Había viajado más de mil kilómetros hasta la casa de su hermana. Trabajaba en el prostíbulo para restituir el dinero. La hermana y el cuñado creían que ella dormía en la casa de una amiga. Ella no lloró ni adoptó un tono lastimero al contárselo; se lo contó sencillamente, jugando con los botones de su vestido, y casi sonriendo. En realidad no sonreía. Parecía estar sonriendo, pensó ahora, mientras lo recordaba. «Gabriel no sabe nada — había dicho Dora esa noche—, piensa que no sirvo para esto y me parece que tiene razón. No sabe nada y no se lo diría tampoco. No sé por qué se lo digo a usted». Entonces se había quedado mirándolo; ahora lo recordaba. «¿Qué tengo que hacer?». Él había respondido sin vacilaciones. «Pierda el empleo o vaya a la cárcel». «Estaba

pensando en eso», había dicho ella. «Antes de venir aquí, le aseguro, que ni siquiera con mi novio...» «Eso no importa», recordó que había dicho. «Eso no importa nada».

Las casuarinas silbaban y murmuraban en el viento. Ahora Dora se hallaba sentada junto a él en el Chevrolet. No la miraba: sólo se hallaba escrutando calmosamente la avenida soleada, las palmeras, percibiendo sin mirar, a su costado, la roja mancha del sueter, la rígida figura de Dora, tensa y al parecer ofendida contra sí misma. Había sido diferente aquella noche, pensó, rememorando el sabor de la fría bebida color té, las luces entre la pesada y murmurante vegetación de estío, las cabañas de madera ocupadas de vez en cuando por alguna pareja, la proximidad del río aromando el aire.

—¿Y con Coria? —preguntó— ¿Qué pasa?

—Lo conocí en la «Arboleda», la primera vez que estuve aquí. Nos encontramos de nuevo la

semana pasada. Me quiere con preferencia y me dice que tengo que dejar de trabajar. Es una buena oportunidad, pero a mí no me gusta el trato porque yo quiero ser libre.

—Coria te conviene —dijo—. Para qué diablos querés ser libre.

—No me gusta. Me conviene, sí, y es bueno conmigo, pero no me gusta —dijo Dora, con fastidio—. Dame un cigarrillo.

Él sonrió.

—No fumo —dijo.

—Ah —dijo Dora—. Cierto. —Estaba contrariada. Súbitamente cambió de actitud, se pegó a él y le puso la mano en la nuca—. Comprame un «Chester» corazón —rogó juguetonamente.

Enrojeció.

—No tengo plata —dijo carraspeando.

Ella volvió a separarse de él, ni enojada, ni ofendida, ni despreciativa, ni nada, «Se ha

olvidado completamente de aquella noche», pensó sintiéndola cerca suyo. En cambio él se había acordado a menudo de ella: al pasar por determinado lugar, al percibir un olor cualquiera, a veces al llevar a una pareja al amueblado del sur, donde habían estado juntos aquella noche. Si hacía un esfuerzo a veces, si se entregaba a sí mismo con una lenta dedicación, y en estado especial de ánimo, era capaz de lograrlo: ahí reaparecían entonces los dos, mágica y atenuadamente, como enmarcados en un óvalo de polvo, en el bulevar, por ejemplo, junto al gigantesco palo borracho al que se habían acercado descendiendo del coche, en la madrugada, buscando hongos comestibles, porque los dos se habían declarado capaces de distinguirlos de los hongos venenosos; en el coche mismo, respirando el olor común de los cuerpos; aún en la estación de ómnibus, hacia el mediodía asociándolo al momento en que había ido a despedirla.

Ahora pasaban por la usina, separada de la calle por un largo muro oscuro. Sobre el borde de la vereda, los grandes árboles de fronda perenne reverdecida por la primavera se hamacaban en el viento. Una ráfaga de pronto los inclinaba hacia un lado y los mantenía así, temblando y resistiendo por un momento, como si quisiera quebrarlos o vencerlos. Recordaban una cabeza desvalida que una mano obstinada y rigurosa sumerge por la fuerza en el agua.

Dora habló pensativamente.

—Coria es demasiado nervioso —dijo—. Está decidido a darme todos los gustos.

—¿Cómo se arregló lo del correo? —preguntó.

Ella se alzó levemente la pollera y se hacía viento en la cara con la mano libre, mirando por la ventanilla.

—¿Qué correo? —dijo—. Ah, sí. Me dejaron cesante. —Lo miró—. Tu consejo —dijo.

Se sintió enrojecer nuevamente. Dora se

volvió hacia él mirándolo con una sonrisa tierna y burlona.

—No es nada, corazón —dijo—. El empleo no me importa nada.

—Sin embargo —dijo él con lentitud—, me parece que sí, que te importa.

—Estás empeñado en demostrarme que tengo buen corazón —dijo Dora—. No te hagas problemas. No es así, y te puedo asegurar que vivo mucho más tranquila.

—Ya lo sé —dijo él.

Dora hizo unos gestos de pereza y aburrimiento consistentes en echar los brazos para atrás, tensamente, irguiendo el pecho y hundiendo en él el mentón.

—Para que tanto buen corazón —dijo.

La miró de reojo, sin que Dora lo advirtiera, deseándola. Recordó su vientre y sus senos, sus muslos, aquella noche, al final del verano, y Gabriel despidiéndose de ellos casi con alivio,

bajo el letrero luminoso de la «Arboleda». Gabriel era un tipo bastante singular: metido en ese cuarto lleno de libros al frente del motel, charlando el santo día con esos amigos que al parecer no hacían otra cosa que no fuera estarse echados bebiendo cognac o vino o whisky hasta la mañana. Todos tipos raros, ese Barco, por ejemplo, él lo conocía: un tipo simpático. Lo había llevado más de una vez hasta lo de Gabriel o en algún viaje por la ciudad. Un tipo alto y algo bocón, moviéndose lenta pero nerviosamente.

El vientre de ella, lo recordaba, redondo, atezado, y en el extremo, en la suave pendiente, entre las piernas encimadas en una actitud de abandono delicado, un mechón de vello rubio húmedo y suave. El alivio de Gabriel contenía una mezcla de piedad, de anuencia evangélica. Lo recordaba, bajo la luz verde y roja del letrero luminoso, alzando la mano, la melena rubia y desordenada, los ojos ocultos tras los anteojos

oscuros. Podía recordar el trayecto desde la «Arboleda» hasta el amueblado del sur: una atmósfera de luces rojas y verdes mechando aquí y allá la oscuridad, y después, a lo largo de la avenida costanera, desde el camino, las luces de la ciudad, repitiéndose sobre la superficie del río; después el trabajoso puente de cables, hierro y tablones retumbando bajo las ruedas del Chevrolet, y por fin, llana y desierta en la madrugada, la incommovible y solitaria ciudad.

Ahora doblaban hacia el Club de Regatas.

—¿Me vas a pasar a buscar a las nueve menos cuarto? —dijo Dora—. Es la casa de mi hermana.

—Ahí fuimos a buscar la valija aquella mañana —dijo—. Me acuerdo perfectamente.

Quedaron en silencio. El coche pasó frente al Club de Regatas, tomó hacia el paseo de la costanera, y allá adelante estaba de nuevo, el trabajoso y pesado puente de cables, hierro y tablones. El sol declinante le daba al agua, de un

modo misterioso, una tonalidad semejante a la del acero. Los árboles del parque, del otro lado del paseo, eran atravesados por una luz cuya consistencia parecía ser la de un metal duro, polvoriento y rojizo.

Pero ella se había entregado con una anuencia casi mecánica, silenciosa y perpleja, desnuda, sobre la cama, en el amueblado del sur, pensó recordando el incesante zumbido del ventilador, unos pasos retumbando tras la puerta, a lo largo del sombrío pasillo, el reglamento de la casa, con la cortés advertencia final «¿No se olvida usted de nada?», clavado sobre la puerta de salida. En un momento dado todo aquello había desaparecido, y el recuerdo se convertía en la imagen de un torbellino gradual de cantos afilados mezclándose, de sustancias húmedas y pesadas fundiéndose, para ir después ordenándose nuevamente, devolviendo cada cosa al reposo, a su lugar, moviéndose apenas, cada vez menos, hasta

detenerse por completo, como en la fase final del ciclo entero de un tiovivo. Y después la melancólica voz de Dora: «Hace frío. Vámonos».

Pasaron junto a la entrada del puente y el Chevrolet continuó rodando por la costanera. Vio el puente alejarse, moviendo el retrovisor. Le costó hacer la pregunta; sentía la lengua pesada y un temblor en el corazón, así como también un calor especial en las sienes.

—¿Cómo estás ahora? —dijo. No era eso. Se había expresado mal, eligiendo erróneamente las palabras. Intentó hacerlo de otra manera.

—¿Te cuesta tanto todavía? —dijo.

Ella no lo oyó. Se hallaba al parecer pensando en otra cosa. Había estado mirando por la ventanilla: el paseo, el río, las islas, el terraplén del camino de asfalto serpeando hacia el este desde la salida misma del puente, entre los sauces, y ahora se volvía hacia él con lentitud, la voz todavía insegura y ensimismada, como si hubiera

dispuesto sin demasiada decisión comunicar sus pensamientos:

—No me gusta estar con vos —dijo—. En serio. No es que no te quiera. Pensé mucho en vos mientras estuve fuera de la ciudad. Pero no quiero complicaciones. Quiero ser libre y no pensar en nada. ¿Entendido? Lo tengo así decidido. —Alzó una mano y la dejó caer sobre la negra falda de la pollera. —Coria me conviene, es otra cosa.

Él sonreía, se sentía sonreír dulcemente, sin dejar de mirar la costanera: los álamos se inclinaban en dirección al río.

—¿Así que no querés complicaciones? —dijo.

—Así es —dijo Dora—. Ninguna.

—Vaguita —murmuró.

Ella se rió.

—Pará un momento, corazón —dijo—. Vamos a bajar.

Él miró su reloj pulsera y frenó. Descendieron del coche y caminaron hacia el paseo. Sentía que

el viento hacia flamear su corbata y sus pantalones. Dora caminaba adelante, a dos metros de distancia de él, sosteniéndose el pelo con una mano apoyada en la coronilla de la cabeza. El sol declinante emitía unos reflejos horizontales que pasaban sobre el río relumbrando más allá de la otra orilla, sobre el terraplén del camino. Frente a la costanera, sobre la otra calle, detrás de los álamos inclinados ahora hacia ellos, se alzaba la larga hilera de chalets con sus tejas rojas, sus blancas paredes con ventanales abiertos a unos ordenados y tranquilos jardines de hierba transplantada artificialmente, atravesados por unos vivos y angostos senderos de polvo de ladrillo.

Iba detrás de Dora. Ella miraba con distracción el agua, el puente y el terraplén. Sobre el puente, ahora, pasaban lentamente dos camiones con acoplado y un coche verde. «Dora está hasta la coronilla de todo el mundo», pensó, y recordó el regreso del amueblado del sur: cómo no habían

hablado una sola palabra, cómo ella parecía a punto de llorar, cómo fueron a tomar sopa a las cinco de la mañana, de aquella mañana cálida del final del último verano. «De todo el mundo, excepción hecha de mi persona», pensó, sin palabras, recordando más bien esas fugaces miradas de nostalgia y pesadumbre que ella había dejado entrever un momento antes, cuando le hablaba de su libertad. Ahora Dora se hallaba caminando a lo largo del paseo y él la veía yendo detrás suyo, viendo cómo Dora había dejado de sostenerse el pelo, y viendo cómo el viento se lo desordenaba. Su rojo sueter relumbraba concentrando la muriente luz roja de la tarde, y él veía las firmes piernas, la pollera ajustada al trasero redondo y a los muslos; las piernas se afinaban hasta desaparecer en sus zapatos negros, de tacos altísimos. «Está ahí», pensó. Se detuvo. Dora continuaba caminando. Viéndola alejarse regresó una vez más hasta aquella lenta madrugada

del final del verano, y entonces comenzó en su interior la corriente cálida y obscena que, sin ninguna palabra, en medio de unos rápidos desasosiegos voluptuosos, lo inducía a pensar: «Habríamos tenido una suerte muy grande si no hubiéramos nacido, ni yo ni ella», hasta que unas tiernas y frágiles risas y voces de polvo y humo cobraron corporeidad en su interior, y lo ayudaron a pensar: «Pero existimos».

Dora se había detenido, apoyada en la baranda de cemento del paseo, mirando el agua.

—Eh —lo llamó.

Se aproximó con lentitud, sintiendo el viento que le daba en pleno rostro.

—Recién saltó un pescado —dijo Dora. El viento encrespaba nerviosamente la superficie del agua—. Lo vi lo más bien. Era dorado y brillante —dijo, y clavó la mirada melancólicamente sobre la superficie del agua.

«Ahora va a levantar la cabeza y va a

mirarme», pensó él. «De golpe. Ahora». Fue así, en efecto, pero él se hallaba mirando ya hacia el río. Sintió el movimiento, y continuó sintiendo la mirada de Dora sobre su rostro.

—Ey —dijo Dora, suavemente.

—Era un amarillo —dijo él—. Es raro en esta época. Andan mucho más con el frío.

«Ahora va a tocarme el brazo».

Dio un paso hacia el costado, fingiendo hallarse distraído. Dora quedó con el brazo a medio camino. «Oiga, chófer» —dijo Dora—, «lléveme para mi casa». Él se volvió sonriendo, hizo una reverencia y Dora pasó junto a él, hacia el automóvil. La siguió de cerca. «A las nueve menos cuarto en punto, eh» dijo Dora sin mirarlo. «¿En punto flaco, eh?» —dijo.

—Perfecto —respondió.

La espalda de Dora era, como todo su cuerpo, firme al tacto y a la vista: una espalda algo hundida, flexible y corta, de saludable piel dura.

Recordó a Gabriel, bajo la luz verde y roja del letrero luminoso. Él había ido a llevar un pasajero hasta la «Arboleda». Gabriel se hallaba en la cocina, leyendo. Gabriel no daba la mano como todo el mundo: te tomaba la mano entre las de él, oprimiéndola tiernamente, daba dos o tres pasos nerviosos sin soltarte la mano, como si le costara decidir en seguida de qué manera celebrar tu llegada, y recién después te soltaba. Estaba solo, no se hallaba con él ninguno de aquellos amigos desocupados que iban a visitarlo casi todas las noches, y él, pensándolo, estaba seguro de que ésa era la razón por la cual Gabriel le había confiado a Dora, además de intuir que lo que deseaba realmente Gabriel era poder continuar su lectura sin mayores complicaciones y con la conciencia perfectamente tranquila. Él había conocido a Dora por el hecho casual de que a Barco esa noche se le había ocurrido ir a dormir temprano, o porque se le había presentado la oportunidad de ir a matar el

tiempo a otro sitio que no era la «Arboleda».

Subieron al Chevrolet. Arrancó y continuó avanzando hacia Guadalupe, por la costanera. Los techos rojos de los chalets, cuyas sombras se extendían hasta el medio de la calle, brillaban bajo el sol. El asfalto deteriorado de la costanera, lleno de cortes y grietas y manchas de lubricante, era atravesado por las largas y finas sombras de los álamos. Sobre la vereda, en el paseo, sentados en un banco de piedra sin respaldo, conversaban un hombre y una mujer jóvenes. Los vio al avanzar, desaparecieron por un momento de su vista, y reaparecieron en el retrovisor, uno junto al otro, cruzados de piernas, efectuando límpidos gestos en la tarde.

Dora estaba mirándolo; lo sabía. Recordó «Hace frío. Vámonos», y en seguida cómo se vistieron en silencio, rápidamente, y cómo salieron del amueblado comprobando que ya era el alba, un alba azul abierta y muy calma, ascendiendo en el

cielo; cómo fueron al restaurante, en silencio también durante todo el trayecto. Tomaron sopa; comieron carne asada con vino tinto. Si a Barco se le hubiese ocurrido ir esa noche a la «Arboleda», pensó, él nunca habría podido recordar «Hace frío. Vámonos», ni la cena en el restaurante, ni tampoco a Gabriel de pie bajo el letrero verde y rojo de la «Arboleda», alzando la mano en un lento, demorado y distraído ademán de saludo; ni tampoco el Chevrolet ascendiendo al liso asfalto, él en el volante, con Dora a su lado, retomando el camino de la ciudad.

—¿Vivís en casa de tu hermana? —preguntó.

Dora dejó de mirarlo.

—No —dijo—. Vivo en una pensión en el centro ahora. Mi hermana no sabe nada. Mi cuñado sí sabe. No me dirige la palabra. Cuando está presente mi hermana disimula.

—¿Qué hace tu cuñado?

—Trabaja en el ferrocarril —dijo Dora—. Es

una porquería. Menos mal que se pasa la mayor parte del tiempo fuera de la casa.

—¿Y tu hermana? ¿Qué se cree?

—Cree que trabajo en el hospital provincial, en la guardia nocturna. Soy enfermera. Tengo diploma.

—¿Y de puta? —dijo—. ¿De puta también tenés diploma?

Dora le dio un golpe suave en el brazo, con el puño. Él miraba el camino sonriendo reflexivamente.

—¿Por qué me decís eso? —dijo Dora con tristeza.

—No me gusta que lo hagas —dijo, poniéndose rojo.

—Andá al diablo —dijo Dora.

—Dora —dijo—. Coria te conviene. De veras que sí.

La recordó inclinada sobre el plato de sopa. Un brazo no visible, sobre la falda, alzando una y

otra vez, con gran lentitud, la cuchara hacia la boca. Detrás de ella, por la ventana abierta de par en par, la cálida mañana del final del verano ascendiendo en la plaza, como ahogada entre los árboles, el comienzo de una mañana extraña y mórbida.

El coche entró en la costanera nueva, una ancha carretera de asfalto, menos poblada que el tramo antiguo. Desde allí el río se abría, ensanchándose al pie de una barranca; la orilla opuesta desaparecía, todo era una vasta superficie de agua resquebrajada por el viento, un agua de un matiz ahora violáceo. El horizonte era una zona imprecisa y blanquecina envuelta por una tenue niebla inmóvil.

—Bueno —dijo Dora—. Terminémosla con Coria.

—No —dijo—. Yo decía.

—Sí —dijo Dora—. Dame un cigarrillo.

Él no contestó. De haber estado ese Barco en

la «Arboleda» aquella noche, pensó, y en seguida la corriente del obstinado recuerdo devolvió las casuarinas, murmurando en el viento débil, las cabañas de madera entre los árboles, el banco semicircular de piedra, la mesa redonda de piedra, las luces refractadas tenue y suciamente por la grave fronda. «Perder el empleo; ir a la cárcel», recordó. Y la lenta voz reflexiva de Dora: «En eso estaba pensando».

—Y tu cuñado —dijo—. ¿Cómo se enteró?

—Se enteró —dijo Dora.

—¿De qué manera?

Dora se volvió hacia él.

—Se enteró. Qué sé yo —dijo—. ¿A qué viene el interrogatorio? Me hizo seguir. ¿Qué hay con eso? Él se cree que hace una linda vida. ¿Por qué tiene que meterse conmigo? ¿Qué le importa si yo me divierto a mi manera? Tiene más de treinta años y no sabe nada de nada. Se las tira de santo. La única vez que subió a un taxi en su vida fue

para llevar a mi hermana a la maternidad. Pobrecito. —Hizo silencio durante un momento; después suspiró—. Es comunista mi cuñado —agregó en tono explicativo.

—Quién sabe —dijo él, después de un breve silencio—. A lo mejor, tu cuñado...

—Bueno —dijo Dora—. Es mejor que la terminemos.

No respondió. Llegaron al final del ancho pavimento, cerca de la rambla, en la parada de los ómnibus y los tranvías. «Hace frío. Vámonos», recordó. «¿Ya?» «Sí. Vámonos. Vámonos». Y después, humildemente inclinada sobre el plato de sopa, Dora se lo había dicho sin que él le preguntara nada, quedando con la cuchara suspendida a medio camino entre el plato y la boca, con una expresión entre nostálgica y pensativa, en tanto la lenta y mórbida mañana ascendía gravemente detrás suyo, de modo que su oscura figura encogida resaltaba contra la

creciente claridad: «Cuando pienso que tengo que acostarme con un hombre me entran unos deseos terribles de morirme: tengo tanto miedo. Me gusta la dulzura. Pero eso no puedo soportarlo. Creo que es algo físico. Una pluma me hace daño. No te lo dije por miedo de que me abandonarás en el camino». «¿Qué?» «Un miedo terrible de que me abandonarás». «¿Qué?» Con los ojos abiertos, la boca abierta, el corazón palpitando fuertemente, la había oído contarle que hasta diez días atrás había sido virgen. Un cliente la había tenido por primera vez en la «Arboleda». Había sangrado toda la noche, creyéndose a punto de morir. La hemorragia se había detenido sola. La mañana del final del verano ascendía lentamente detrás suyo mientras lo contaba, podía recordarlo ahora. Cuando ella terminó de hablar, de golpe, de la misma manera que había comenzado, él se había puesto a hablar confusamente, con gran rapidez, poniéndose colorado, y temblando, como a punto de llorar y

había dicho muchas cosas de las que ahora sólo recordaba: «Tenés que volver hoy mismo a tu pueblo y declarar la estafa, aunque pierdas el empleo y vayas a la cárcel».

Dobló a la izquierda, hizo dos cuadras, y dobló a la derecha, internándose en una callejuela de tierra. El Chevrolet avanzaba lentamente, dando bandazos. La de la hermana de Dora era una pequeña casa, no muy nueva, de color amarillo desvaído, con un descuidado jardín al frente y un tejido de alambre que separaba el jardín de la vereda, desde donde se penetraba a la casa a través de un irregular sendero de ladrillos. El Chevrolet se detuvo.

—A las nueve menos cuarto en punto, eh — dijo Dora. Descendió. Él la miraba.

—Sí —dijo, mirándola—. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo Dora, rodeando el Chevrolet por la parte delantera y dirigiéndose a la casa.

Arrancó, avanzó en primera hasta la próxima esquina, dio la vuelta, lentamente, dando bandazos, en medio del polvo, y volvió a pasar frente a la casa del cuñado de Dora. Dora ya no estaba afuera; pero la puerta de hierro y vidrios granulados de un color dorado que daba al jardín se hallaba entreabierta. La casa quedó atrás, el Chevrolet llegó al asfalto de nuevo, doblando hacia la izquierda, y de nuevo, entonces, pasó junto a la parada de los ómnibus y los tranvías, cerca de la rambla, entró en la costanera nueva con su ralo caserío a un costado y la vasta superficie violácea del agua en el otro, acelerando después en la recta de la vieja costanera: el paseo, los álamos, los brillantes y limpios chalecitos de techo rojo se desplazaban a los lados del coche. El hombre y la mujer continuaban charlando sentados en el banco junto al paseo, impasibles en el viento, cruzados de piernas, haciendo gestos contra el pesado y trabajoso fondo del puente, cuya boca

sorteó el Chevrolet en seguida, disminuyendo la marcha, pasando después frente al Club de Regatas, tomando la avenida del puerto con su lento y complicado tránsito de camiones, hasta que llegó al parque del palomar, avanzó por la Avenida Rivadavia pasando junto a los fondos del correo y después dobló, disminuyendo la marcha, arrimó a la vereda y frenó en la parada frente al bar de la estación.

Descendió y penetró en el bar. Las agujas del reloj hexagonal marcaban las seis y diez. Coria no estaba. El cajero lo llamó desde detrás del mostrador: era un hombre de pelo rubio y piel blanca, de torpes manos rubias y un fino bigote dorado bajo la nariz.

—Dice Coria que se va a demorar. Va a estar aquí a las diez y media —dijo el cajero—. Dice que puede tomar lo que quiera a cuenta de él.

—Nada —dijo, llegando al mostrador y dando la vuelta en seguida, comenzando a regresar a la

calle—. Gracias.

Una pareja acababa de subir al coche. Traían un par de bolsos y una valija. Se sentó frente al volante y volviendo ligeramente la cabeza hacia el asiento trasero preguntó la dirección. El hombre se la dijo. Por el retrovisor vio su rostro: era una de esas caras preocupadas, de color chocolate, llena de arrugas prematuras y de fluctuaciones sombrías. Estaba vestido con un traje marrón, y llevaba una corbata negra. La mujer se hallaba totalmente vestida de negro; era un poco gruesa, de unos treinta y cinco años, los senos desarrollados por la maternidad, abultados bajo el suéter negro. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando mucho, y los del hombre, brillantes e inquietos, evidenciaban un malestar algo vago que le formaba unas hondas arrugas en la frente; al hablar con la mujer movía nerviosa y lentamente la cabeza de un lado al otro. Hablaban de alguien que había muerto. Él podía oírlos; sólo veía el rostro

del hombre a través del retrovisor, un rostro oscuro y preocupado. La mujer se echó a llorar. «Es injusto que se haya muerto así», dijo. «Bueno —dijo el hombre con voz tímida y dulce—. No llores». La mujer le respondió con un ligero aire de reproche en la voz. «Sí —dijo—. Es fácil para vos; es muy fácil». «¿No era también hija mía? ¿Acaso no era también hija mía?» dijo el hombre con aire paciente. La mujer se sonó la nariz. «Sabías desde hace tiempo que se iba a morir». El hombre suspiró. «Sí», dijo. «Lo sabía». Hicieron silencio. Vio el rostro del hombre a través del retrovisor: se hallaba a punto de decir algo, estaba al parecer tratando de redondear la frase; después comenzó a hablar. «Es cierto. Yo sabía» —dijo—. «Sin embargo...» —el hombre vaciló; por el retrovisor vio que sus ojos se tornaban brillantes ahora, inmóviles y húmedos—. Sin embargo todo este tiempo vos tenías alguna esperanza. No sabías. Ella estaba viva para vos. Yo sufría porque

sabía que la vida de Teresa era imposible. —Hizo silencio nuevamente, por un momento, y después continuó hablando en un tono delicado y reflexivo —. Más adelante, cuando esto pase, vos vas a recordar a Teresa como cuando ella vivía. Para mí, aunque te parezca horrible, no era más que una muerta, siempre, porque yo sabía. Y tenía que tratarla como si estuviera viva. Tenés que creerme”, dijo el hombre. La mujer comenzó a llorar, dejando de escucharlo. El hombre se calló. Mirando por la ventanilla (lo vio a través del retrovisor), un momento después, suspiró con pesadumbre, y murmuró para sí mismo: «Es inútil intentar vivir».

Los dejó en una esquina del sur. El viento se había detenido. La ciudad parecía silenciosa e inmóvil. La esquina era una de esas casas bajas, de tipo colonial, sin ochava, pintada de amarillo, con rejas bajas y techo de tejas sucias por la intemperie. Una vieja casa a cuya puerta golpeó el

hombre, separándose después de ella hasta quedar junto a su mujer, en medio de la vereda, aguardando que salieran a recibirlos. Él los miró antes de partir: la mujer tenía una mirada distraída, los brazos cruzados sobre el pecho, como si sintiera fiebre o frío, de pie junto a la valija y los bolsos apilados sobre la vereda. El hombre se alisaba nerviosamente el pelo, con una gran mano color chocolate, mirando hacia la puerta.

Arrancó y dobló en la esquina hacia el centro, alzando la banderita roja. La atmósfera estaba tornándose ligeramente azul; solamente al oeste, el cielo y el aire estaban tocados por unos plácidos matices color té. El Chevrolet rodaba lentamente, sorteando los pesados y ruidosos tranvías, a través de calles angostas de grueso empedrado. Los rápidos automóviles pasaban frente a él zumbando, adelantándose rápidamente hasta mezclarse con el abigarrado tránsito del centro. Recordó a Dora: «Hace frío. Vámonos». Pero él se hallaba ahora

regresando a la parada de taxis frente a la Terminal: el claustro tranquilo del trabajo, sin un solo día franco (no le interesaba, nada le interesaba demasiado) y comer y dormir, y defecar y fornicar de vez en cuando en algún lupanar de la zona del puerto. Frenó en la esquina: un automóvil cruzó velozmente la bocacalle, desapareciendo en seguida, y entonces reanudó la marcha en segunda velocidad, y pudo asistir a la extinción en su memoria del nostálgico rostro de Dora, registrando en cambio el demorado sabor cálido de aquella voz sibilina, lenta y siniestra que sin palabras ni nada que se le pareciera (un palpitante y pesado coágulo húmedo color ocre estallando), repetía haciéndole entrecerrar los ojos de placer, aquellos inconfesables «no soy nada», «nadie es nada», mezclándose ahora, por primera vez, al recuerdo de aquel sombrío rostro color chocolate que acababa de murmurar, como sin inocencia: «Es inútil intentar vivir». El mundo era

transparente y sólido como un diamante tibio, calentado entre almohadones de tibia lana; y el obscuro sentimiento ascendía y descendía modelándolo, alisando la superficie de su conciencia, una planicie semejante al desierto de los santos, vasta y vacua, pero voluptuosamente aceptada. Todo aparecía perfectamente claro y ordenado: levantarse temprano por las mañanas, ir al garage en busca del coche, trabajar durante toda la mañana, hacer un paréntesis para almorzar, reanudar después el trabajo hasta la noche, cenar, y acostarse de nuevo para levantarse a la mañana siguiente: había que tener demasiada mala suerte para que le pasara algo diferente a eso; y cuando lo pensaba, cuando recordaba que hasta entonces, desde que llegara a la ciudad, él estaba viviendo en un mundo ordenado y claro, esas obscenas ondas cálidas lo inundaban una y otra vez, lenta y dulcemente, lo sumergían en una dulce nada que resultaba finalmente blanca y ciega como el limbo.

Llegó al centro. Fue entrando en él de un modo gradual, entre un tránsito cada vez más numeroso de automóviles, ómnibus, motocicletas, bicicletas, tranvías. En las veredas caminaba más gente, cada vez más a medida que se internaba en el corazón de la ciudad, gente entrando y saliendo de los comercios, yendo por las veredas o descendiendo a la calle para sortear grupos de caminantes menos apresurados, y ascendiendo después de dar cuatro o cinco pasos sobre las vías del tranvía, para continuar sobre la vereda su apurado paseo. A medida que se internaba en el centro también los comercios iban haciéndose más numerosos y elegantes: casas de venta de artefactos eléctricos, heladeras, lavarropas, licuadoras, máquinas de afeitar, cocinas, calefones; zapaterías, camiserías, tiendas, bazares, mueblerías, perfumerías de precarias vidrieras iluminadas con luces de colores o cortinados de terciopelo, confiterías, joyerías, armerías, cigarrerías, infinitos e inútiles

comercios cuyos letreros luminosos se hallaban ya encendidos contaminando la atmósfera azul con resplandores violetas, amarillos, rojos, verdes y azules. El tránsito se desplazaba lentamente; un camión con altoparlante propalaba música brasileña, mezclándose al murmullo de la gente, a las bocinas de los automóviles, a los motores y a las campanillas de los tranvías.

Detuvo el Chevrolet con el motor en marcha, a mitad de cuadra, tras una larga hilera de vehículos. Vio entonces avanzar a Barco, desde la vereda, con un aire apurado y nervioso; le hacía señas. Se acercó al coche y su gran cara emergió sonriendo en el marco de la ventanilla.

—Hola —dijo—. ¿Está libre?

—Suba —dijo.

Barco abrió la portezuela delantera y se sentó junto a él. Vestía un traje claro y liviano de confección mediocre. Al parecer acababa de higienizarse minuciosamente, y desde su pelo

asentado y húmedo una gotita de agua descendía por su frente, dejando sobre ella una pequeña estela brillante. Con un pañuelo immaculado que extrajo del bolsillo superior del saco se secó cuidadosamente la frente.

—¿Qué tal? —dijo guardando el pañuelo. En seguida le dio la dirección.

—¿Hace mucho que no va por la «Arboleda»? —dijo.

—Estuve anoche —dijo Barco—. Vine esta mañana.

El tránsito comenzó a moverse con lentitud. El Chevrolet avanzó en primera, pesado y lento como un escarabajo; un ómnibus dobló en la esquina, a la derecha, en dirección a la Terminal, descongestionando un poco la aglomeración, y los vehículos comenzaron a apresurar la marcha. Cambió a segunda velocidad, detrás de una «Estanciera» azul, pasó la esquina, cambió a tercera sorteando la «Estanciera» que Barco miró

distraídamente al pasar, y en la esquina dobló hacia la izquierda. Barco sacó un paquete de «Saratoga» sin abrir, tiró con minuciosa lentitud de la cinta roja, hizo una pelotita con el celofán arrojándolo por la ventanilla, abrió el paquete y le ofreció un cigarrillo.

—No fumo. Gracias —dijo.

Barco extrajo un cigarrillo, se guardó el paquete, y encendió el cigarrillo con un pequeño encendedor dorado. El coche pasó frente a la Jefatura de Policía y el Consejo de Educación, hacia el oeste, y después dobló a la derecha, hacia el norte, bordeando la plaza San Martín.

—Se olvidó de bajar la bandera —dijo Barco, señalando el taxímetro.

—No importa —sonrió—. Es un obsequio de la casa.

—Bueno —dijo Barco—. Gracias. Pero la próxima vez voy a tener que tomar otro coche.

Recordó a Gabriel, de pie bajo el letrero

luminoso, alzando lentamente la mano en señal de despedida; y en seguida: «Hace frío. Vámonos», y el banco semicircular de piedra, la mesa redonda de piedra, las cabañas de madera ocupadas de vez en cuando por alguna pareja, las murmurantes casuarinas en el débil viento, la cálida mañana del final del verano ascendiendo tras la cabeza de Dora, entre la grave vegetación de la plaza junto a la cual ahora se hallaban pasando. Era sin duda preferible mil veces no haber nacido, pensó, mientras el Chevrolet dejaba atrás la plaza.

—Tengo una despedida —murmuró Barco en un tono melancólico.

Respondió algo que debía entenderse como una muestra de interés hacia lo que Barco estaba diciendo.

—Una mansión que se liquida —murmuró Barco, hablando como para sí mismo—. ¿Se acuerda de Tomatis?

—El periodista —dijo.

—Exactamente. El mismo. La vez pasada estuvo buscándolo para hacer un viaje a la «Arboleda». No lo encontró. Lo buscó a usted porque andaba escaso de fondos.

—¿Fue a la estación? Es una lástima. Yo podía haberlo llevado —dijo.

—No se preocupe —dijo Barco riendo—. No le va a faltar oportunidad. Nosotros siempre andamos escasos de fondos.

Siempre habla así, pensó, mitad en serio, mitad en broma y siempre desde afuera, y si por casualidad aquella noche no hubiera faltado, entonces él... Ahora estaba oscureciendo, las luces del alumbrado público se encendieron simultáneamente en toda la ciudad y podían verse ya los puntos rojos de las luces traseras de los automóviles.

—¿Y esta noche? —dijo—. ¿No va a la «Arboleda»?

—No creo —dijo Barco, mirándolo con alguna

curiosidad en la penumbra del coche—. Esta noche tengo una despedida. Unas chicas amigas se van de la ciudad. Creo que esta vez no vuelven, Dios quiera que no.

Él se rió.

—¿Por? —dijo.

—Nada —dijo Barco, mirando la brasa de su cigarrillo y echando un poco de humo hacia ella—. Dios quiera que se acomoden y puedan vivir —agregó, con un tono irónico.

—Vengo de llevar a un matrimonio —dijo—. Parece que se les había muerto una hija, o algo así. La mujer lloraba. El hombre dijo en un momento dado que no se podía vivir.

—En realidad —dijo Barco, moviéndose perezosamente sobre el asiento—, razón no le falta. Lo que me parece mal es que se den cuenta de eso cuando les pasa algo grave. Mientras tanto, viven haciéndole porquerías al prójimo.

—No me dio esa impresión —dijo—. Más

bien me pareció que quiso decir que no se podía vivir de ninguna manera y... y nunca.

—¿Usted qué entiende por vivir? —dijo Barco, algo brutalmente y como si no esperara respuesta.

—No entiendo nada —dijo.

Barco se incorporó y lo miró. Parecía sorprendido. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y se cruzó de piernas. No dijo nada. El coche llegó al bulevar y dobló hacia la izquierda, en dirección al oeste nuevamente. Corrió cinco cuadras por el bulevar, hasta la feria rural, y dobló hacia la derecha entrando en una ancha avenida arbolada, cuyas manos de tránsito se hallaban separadas por las vías del tranvía.

—Después del pasonivel —dijo Barco.

El coche avanzó tres cuadras más, pasando las barreras y saltando sobre las vías del tren. Barco dijo: «Antes de llegar a la esquina» y el coche se detuvo frente a una puerta que comunicaba con un

largo pasillo en cuyo fondo se hallaba encendida una lámpara de terrosa luz sucia.

—¿En serio que no quiere cobrar? —dijo Barco.

—No —dijo—. De veras. Quédese tranquilo. Vaya a buscarme cuando quiera, para ir a la «Arboleda» o a donde quiera. El periodista también.

Barco le estrechó la mano.

—Gracias —dijo.

Abrió la portezuela, a punto de descender, pero se volvió de pronto y se quedó mirándolo.

—Interprételo como quiera —dijo—. Nadie entiende nada. Pero llega un momento en que a cualquiera se le puede presentar la oportunidad de vivir: si la deja pasar, o es un estúpido, o es un cretino, o es un santo. —Descendió y cerró la portezuela. Su cara reapareció por la ventanilla—. Hasta la vista —dijo, sonriendo. Se dirigió a la puerta y entró en el largo pasillo iluminado.

Miró su reloj pulsera: eran exactamente las siete y media; oscurecía. A las ocho abandonaba el servicio. Regresó a la terminal, recogió a un pasajero que aguardaba en el extremo de la cola, lo llevó hasta la estación de trenes, y después se encaminó a la pensión. Estacionó, bajó de un salto, se metió en el cuarto de baño, se afeitó, se dio una ducha fría, se puso ropa interior y una camisa limpias, y el saco, la corbata y el pantalón de la tarde, recogió un poco de dinero y regresó a la estación. Eran las nueve menos veinte cuando estacionó unos metros antes de llegar a la parada, cubrió la banderita con la funda de gamuza amarilla y descendió del coche. Fue hasta la puerta del bar de la estación, miró largamente el interior como buscando a alguien entre la concurrencia, y regresó en seguida al Chevrolet.

Ahora el alto edificio de Correos se hallaba bellamente iluminado; dobló hacia la izquierda, pasando frente a los cristales de la planta baja del

edificio, un interminable corredor adornado con columnas redondas y amueblado con un mostrador interminable. Había camiones-tanque estacionados en tres hileras, una junto a cada cordón de las veredas y otra en el medio de la calle, separando las manos de tránsito. Entre las frondas de los árboles del parque del Palomar se expandía el rojo resplandor del letrero luminoso de la agencia «Esso». Dobló hacia la derecha, tomando la avenida del puerto. Ahora las palmeras permanecían inmóviles, tocadas vagamente por la luz de los globos del alumbrado, una luz pálida, blanquecina, casi lunar. Dobló frente al Club de Regatas, avanzó paralelamente al paseo, sorteó la boca del puente colgante (las luces rojas de los altos mástiles, contra el cielo límpido, lleno de estrellas, cerca de la clara luna tibia, se encendían y se apagaban rítmicamente, sin cesar, como impulsadas por ráfagas regulares de tiempo) y aumentó la velocidad en la costanera vieja; dejó

los faros encendidos. Alguna gente caminaba sobre la vereda del paseo. Había coches estacionados en medio de la avenida. Las blancas fachadas de los chalets fulguraban vagamente a la claridad lunar. Los jardines frontales habían sido casi borrados por la penumbra, que rescataba a la visión algunas puertas y ventanas iluminadas entre los árboles. A setenta kilómetros por hora entró en la nueva costanera. El Chevrolet dejó de vibrar y rodó silenciosamente sobre el liso camino de asfalto. La luna refulgía sobre la vasta superficie del río. Llegó a la parada de ómnibus y tranvías cercana a la rambla, desierta todavía en octubre. Disminuyó la marcha, frenó casi, y dando bandazos dobló hacia la izquierda, pasando a segunda velocidad al tomar la calle, y acelerando levemente. Hizo dos cuadras pasando junto a un ruidoso tranvía iluminado que hacía sonar su dura campanilla avanzando en dirección contraria, y dobló hacia la derecha, internándose en la calle de tierra. Avanzó

con lentitud, de nuevo en segunda velocidad, para poder distinguir mejor en la oscuridad, entre los árboles, la casa del cuñado de Dora. Por fin distinguió la puerta de vidrios granulados dorados iluminada por una luz proveniente del interior y detuvo el coche; apagó las luces y descendió.

Caminó por el sendero irregular de ladrillos deteniéndose junto a la puerta; oía voces en el interior de la casa; golpeó las manos. Casi en seguida la puerta de hierro y vidrios granulados dorados se abrió y asomó un hombre joven, de unos treinta y cinco años de edad, bajo, delgado, con una gran cabeza piramidal cuyo vértice era el mentón, y un cabello abundante del color y la consistencia de la paja, mal asentado sobre la cabeza. Tenía una mirada baja y hosca, pero no desagradable. Vestía una camisa de mangas largas arremangadas a la altura del codo y unos pantalones de ferroviario, de un azul descolorido.

—Buenas noches —dijo él—. Venía a buscar a

la señorita Dora.

—Un momento —dijo el hombre, cerrando la puerta.

Él vio su confusa figura alejarse de los vidrios granulados dorados, hacia el fondo de la casa. «Es para ella», oyó decir a la voz seca del hombre desde el interior. Oyó la voz de Dora sin entender lo que decía. «No sé», respondió la voz del hombre. En seguida oyó el taconeo apurado de Dora, sobre un piso de mosaicos, y de pronto la puerta se abrió, y Dora sonreía.

—Hola, flaco —dijo—. Adelante.

Dora abrió más la hoja de vidrios granulados dorados y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Hola —dijo, entrando—. Coria va a estar ocupado hasta las diez y media.

Se trataba de una galería de piso de mosaicos, de unos ocho metros de largo, con un techo de cinc sostenido por unas finas columnas de caño, y que terminaba en un alero de chapa con un motivo de

flores de lis repetido a todo lo largo de la galería. Sobre la pared se abrían tres puertas iguales, y al fondo, al final de la galería, una puerta más pequeña, iluminada por medio de una luz débil y rojiza. La primera de las puertas a lo largo de la pared de la galería estaba abierta, el interior de la habitación iluminado. Se dirigió hacia ella, oyendo detrás suyo a Dora cerrar la hoja de vidrios dorados. Se detuvo de golpe en el rectángulo de la puerta. El hombre rubio se hallaba sentado ante una mesa leyendo un libro, de costado a la puerta; sobre la mesa había una pila de diarios y detrás, contra la pared, un breve anaquel con libros. El hombre alzó la cabeza y lo miró; estaba solo en la habitación. Se sintió enrojecer.

—Perdone —dijo.

—No es nada —dijo el hombre, sin dejar de mirarlo.

—No, ahí no, vamos para la cocina —dijo Dora, tocándole el brazo.

El hombre continuaba mirándolo, con tranquila impaciencia. Se volvió y siguió a Dora. La puerta del fondo de la que emergía una débil luz rojiza pertenecía a la cocina. En su interior se hallaba la hermana de Dora, una chica regordeta de unos veintiocho años, alta, de grandes senos, tímida, respetuosa y plácida. Había también una nena de cuatro o cinco años que comía un huevo frito arrodillada sobre una silla, sin cubiertos, cortando trozos pequeños de pan con los que absorbía la yema del huevo y se los llevaba a la boca. Ni siquiera alzó la cabeza cuando él entró. La hermana se puso de pie cuando Dora los presentó. Se estrecharon las manos.

La cocina era pequeña y oscura. Había un viejo armario y una heladera eléctrica, blanca, pequeña y reluciente, y sobre una repisa, en la pared, una pequeña radio de baquelita, de un color verde. La nena canturreaba ensimismada mientras comía el huevo frito. Sobre la mesa había una

yerbera de madera, con un paisaje pintado sobre la superficie de los recipientes; el mate se hallaba apoyado contra ella pero la pava estaba en el suelo, junto a la silla de Dora, sobre una revista.

Se sentó junto a Dora, frente a la hermana.

—¿Qué hora es? —dijo Dora.

—Nueve —dijo, mirando su reloj.

La hermana de Dora lo miraba con sonriente curiosidad.

—Hoy entro a las diez —dijo Dora.

—¿Así que usted va a buscarla todas las mañanas? —dijo la hermana de Dora.

—¿Eh? —dijo. Enrojeció—. Sí. Todas las mañanas.

—A las siete —dijo Dora—. Me lleva hasta la pensión.

—Mami —dijo la nena—. Quiero otro huevo frito.

—Sí —dijo—. Hasta la pensión. Todas las mañanas.

—Cállese la boca —dijo la hermana de Dora a su hija.

—Vámonos ya —dijo él.

Dora sonreía malévolamente.

—No —dijo—. Quedémonos un momento. Es temprano todavía.

Se oyó toser al hombre rubio en la habitación delantera; era un carraspeo obstinado y distraído.

Recordó a Dora, al final del verano, su encogida figura resaltando contra la mórbida mañana cálida ascendiendo entre los árboles: la cuchara detenida en medio del trayecto hasta la boca, el rostro tocado por una expresión reflexiva y nostálgica: «Sangré toda la noche. Pensé que iba a morirme», hasta que, desplazando el recuerdo, emergió de nuevo aquel calor obscuro y carnal, sibilino y murmurante: levantarse a las ocho de la mañana, detener el Chevrolet frente a la estación, el paréntesis para el almuerzo, el regreso a la parada de taxis, la cena y a la cama.

—Se hace tarde —dijo—. Tengo que ir al centro.

Dora continuaba sonriendo con malevolencia. La hermana desplazaba su mirada del uno al otro con expresión simpática.

—Quédense a hacerme un poco de compañía —dijo—. Antonio toma el servicio dentro de un rato.

De nuevo la lenta mañana cálida ascendiendo; y en seguida, «Hace frío. Vámonos.»

Enrojeció. Creyó que iba a sentirse a punto de llorar.

—De veras —dijo—. Todas las mañanas, bien temprano. La espero en la puerta del hospital. Quédese tranquila. La semana pasada, cuando llovió, eso días de frío, nos íbamos a tomar un pocillo de café bien caliente antes de dormir. Yo hacía el servicio nocturno. Voy a tratar de conseguirlo de nuevo. Usted sabe. Al acostarme temprano pienso que Dora tiene que pasar en vela

toda la noche y... bueno, no me parece justo. Su trabajo ya... ya hace que uno se avergüence un poco de lo que es, porque ser chofer no es nada comparándolo con el trabajo de Dora. Estar enfermo, moribundo, y sentir cerca de uno a una persona como Dora... Bueno. Usted sabe. Dora es lindísima. Es muy linda su hermana. Yo me... siento, bueno, usted sabe, orgulloso de Dora. Piense en la gente que muere, a medianoche, en el hospital. La soledad es muy grande. Pero con Dora, que es tan linda, al lado de un moribundo... bueno... el hombre puede sentir que a pesar de todo, valía la pena, y se puede... y que se puede...

Dora había dejado de sonreír; lo miraba. La hermana de Dora lo escuchaba con cortés y satisfecha atención.

—Vámonos —dijo Dora.

Él se tocó la frente con la mano; su mano temblaba.

—Que se puede vivir —dijo—. Es muy difícil

hoy en día vivir. Hay que tener mucha suerte, usted sabe.

—Vámonos —dijo Dora, poniéndose de pie.

—Mami —dijo la nena—. Tengo hambre.

Él no se levantó —Continuó hablando.

—Por mi trabajo conozco a mucha gente —dijo—. Ando mucho. Le puedo asegurar que la gente no puede vivir, señora. Un trabajo como el de Dora es una suerte. No hay mejor momento del día para mí que cuando ella baja las escaleras del hospital y entra en el coche, todas las mañanas. Se lo digo a usted para que se quede tranquila, porque usted es su hermana. Y en esos días de frío, cuando tomamos una taza de café caliente, cansados, con sueño, todavía nos quedan ganas de estar despiertos, nos cuesta ir a acostarnos a dormir, porque de esa manera uno piensa que durmiendo pierde el tiempo, que hay que estar despiertos siempre, porque... parece que la vida no nos alcanzara.

—Es tardísimo —dijo Dora. Le tocó el hombro—. Vamos.

Se puso de pie, mirando a la hermana de Dora.

—Quédese tranquila, señora —le dijo.

—Alguna noche que Antonio esté franco —dijo la hermana de Dora— pueden venir a comer un asado. Nos gustaría mucho.

La nena canturreaba arrodillada sobre la silla. Se oyó de nuevo la tos de Antonio, una tos asentida, olvidada, concedida. Recordó a Dora: «Una pluma me hace daño.» Y detrás, verde y cálida, lenta y constante, la mañana del espléndido estío agonizante entre los árboles.

—Cualquiera de estas noche, cuando yo tenga franco —dijo.

La hermana de Dora los acompañó hasta el Chevrolet. Recorrieron la larga galería (la nena quedó en su sitio repitiendo salmódicamente «otro mamá», «otro mamá»; la oía al avanzar hacia la puerta de hierro y vidrios granulados dorados) y

cuando pasaron junto a la habitación iluminada pudo comprobar que Antonio había entornado la puerta; por la abertura se colaba una recta franja de luz amarilla de cinco centímetros de ancho. «Perdone», recordó, «no es nada», viendo otra vez en su interior la impaciente y tranquila mirada que el hombre le había dirigido un momento antes.

Subió al automóvil y encendió las luces y el motor.

—En serio. Vengan —dijo la hermana de Dora. Besó a Dora; ésta dio la vuelta por la parte delantera del coche y subió, cerrando fuertemente la portezuela. Él extendió la mano a la hermana de Dora, a través de la ventanilla. La hermana se la estrechó.

—Gracias —dijo él, apagando la luz interior del coche—. Hasta la vista.

—Adiós —dijo la hermana de Dora.

Pasó la palanca de cambios a primera velocidad y avanzó lentamente hasta la esquina

apenas iluminada por el foco del alumbrado público. El foco emitía una tenue luz circular que destacaba una porción gris de tierra arenosa. Dio la vuelta, lentamente, y retomó la calle en dirección contraria, pasando frente a la casa de la hermana de Dora. Ésta se hallaba todavía en la vereda y los saludó con la mano. Los faros del Chevrolet alumbraban el irregular camino de tierra y desplazaban extraña y velozmente la sombra de los árboles.

—¿Dónde está Coria? —preguntó Dora, con dureza.

—No sé —respondió con aire tranquilo.

Llegaron a la calle asfaltada. El Chevrolet dobló pesadamente a la izquierda, retomando la marcha por el asfalto con mayor rapidez. El tenue resplandor rojo de la luz del velocímetro tocaba de un modo vago y extraño el rostro de Dora, que se hallaba sentada rígida, sin apoyarse en el respaldar del asiento, las manos cruzadas sobre la

falda ajustada de la pollera negra, mirando hacia adelante a través del parabrisas la calle iluminada por los faros desplazándose bajo las ruedas del vehículo. El Chevrolet llegó a la parada de ómnibus y tranvías y, disminuyendo la velocidad en segunda, avanzó hacia el asfalto de la costanera nueva.

—No quiero verlo —dijo Dora—. No quiero verlo más.

—¿No? —dijo—. ¿Por qué no?

—Porque no, corazón —dijo Dora con dureza, suspirando.

—¿Dónde aprendiste a decir corazón? ¿Por qué dicen todas corazón? ¿De dónde sacaste eso? ¿Por qué no querés ver más a Coria?

El coche entró en la costanera; aceleró pasando a tercera velocidad.

—De veras que te busqué la semana pasada —dijo Dora, acurrucándose sobre el asiento—. No pude encontrarte.

—Imposible —dijo—. Imposible que hayas ido a la estación de ómnibus y no me hayas encontrado.

—No vi tu coche —dijo Dora.

—Entonces no me buscaste —dijo—. Pasaste por la estación, te fijaste si estaba mi coche, y no estaba. Pero no me buscaste. Ni me esperaste siquiera.

—Bueno —dijo Dora—. Me hubiera gustado verte.

Ahora podía recordar cómo habían salido del restaurante, aquella mórbida mañana del final del verano, y cómo Dora había comenzado a reírse de cualquier cosa, excitada por la falta de sueño. Cómo la había traído hasta la casa de su cuñado, aguardándola en el coche mientras ella iba en busca de la valija (una valija de cartón, bastante vieja, asegurada con un hilo grueso a falta de correa, lo recordaba) cómo la había llevado hasta la estación de ómnibus, alrededor del mediodía, y

la había hecho subir, instalándola en el asiento junto a la ventanilla y dándole un fugaz apretón de manos y un breve beso nervioso en la mejilla a modo de despedida. Ella lo había retenido un momento: «Muchas gracias», le había dicho. «Gracias por todo. Si vuelvo alguna vez, espero encontrarte.»

—Creo que a vos hay que correrme para el lado que disparás. Alcanzarte y ponerte en vereda —dijo él.

Dora se echó a reír.

—Coria dice que vos sos un poco idiota —dijo.

—Ya lo sé —sonrió.

—Me parece que el idiota es Coria —dijo Dora.

—No. Yo soy el idiota —dijo.

—¿Por qué le hiciste esa historia del hospital a mi hermana? —dijo Dora.

—Yo soy el idiota, no Coria, no te olvides,

Dora —dijo.

—Estacioná por aquí —dijo Dora.

Frenó a un costado del camino, junto a unos pinos oscuros; detrás de su breve fronda brillaba la luna. Las sombras de los pinos se proyectaban sobre el coche y el río estaba lleno de unas cambiantes y frágiles manchas plateadas. Apagó los faros; la roja luz tenue del velocímetro permaneció encendida.

—¿Qué pasa? —dijo.

Dora no le respondió. Estaba llorando. Intentó acercarse.

—No —dijo Dora, rechazándolo con malhumor—. Dejame.

Esperó. Miró los pinos, la luna detrás, el agua. Respiró el olor de Dora, esperando: un olor cálido que emergía de sus ropas, de su cuerpo, tal vez de sus lágrimas. Él mismo estaba todavía oliendo a limpio, y entonces pudo ver claramente la realidad como a un duro diamante indestructible: una piedra

transparente, obstinada y sólida. Miró a Dora; continuaba llorando: tenía la cara entre las manos, se hallaba inclinada hacia adelante, encogida, y entonces, esperando todavía, plácido y tranquilo, volvió la cabeza, con aire paciente, dejándola llorar todavía, y de nuevo vio los pinos, serenos, oscuros, esparcidos contra la dura y clara brillantez de la luna. Fue una sensación cálida y breve: nada de movimiento. Era una paz activa y lúcida en medio de la cual las cosas existían, el mundo existía, había espacio y atmósfera que recorrer entre una cosa y otra; había que salir y andar. También él, Dora, Coria, Barco, eran algo y existían. Y ahora él estaba ahí, «estoy aquí», pensó, y volvió la cabeza, contemplando a Dora, miró hacia el río nuevamente, y se dijo: «Nunca olvidaré este momento».

Dora dejó de llorar y se volvió hacia él. Él la contemplaba.

—Dora —dijo— Yo quisiera... este día...

hoy...

Se calló la boca. El rostro le temblaba.

Dora se echó sobre él y comenzó a llorar nuevamente. La sentía temblar y palpitar contra su cuerpo, apoyó la cara contra el cabello de Dora, palmeándola suavemente en el hombro.

—Bueno, Dora —dijo—. Bueno.

Dora dejó de llorar, no de golpe, sino lentamente. Un automóvil se aproximaba en dirección opuesta, los faros encendidos, cegándolo. Al pasar junto a ellos una voz de hombre gritó algo, una palabra que la velocidad y el ruido del motor hicieron estallar y dispersarse en el mismo momento de ser pronunciada. Al final quedó inmóvil contra su cuerpo, sin llorar ni palpitar, respirando profundamente.

—A Coria lo odio, le tengo miedo —dijo de pronto.

No dijo más nada. Después sencillamente se incorporó, se secó las lágrimas con el pañuelo

floreado, sonrió débilmente colgándose de su cuello y lo besó en la boca. Lo besó varias veces: en la boca, en los ojos, en las mejillas.

Él reía y la besaba.

—Vamos a alguna parte —murmuró Dora mientras estaba besándolo—. No tengo miedo. Vamos al camino. No, al camino no. Tengo ganas. No tengo miedo. Por aquí nomás. Vamos a bajar a la playa.

—Sí, sí —respondió mientras la besaba, mientras la acariciaba, moviendo la cabeza como si las palabras de Dora interrumpieran la delicada tarea que estaba realizando al parecer con sumo cuidado. Apagó la luz del velocímetro, estirando el brazo por detrás del cuerpo de Dora, sin siquiera levantar la cabeza.

—Vamos —dijo.

Abrió la portezuela y descendió. Dora descendió por el otro lado. El aire estaba quieto y levemente grávido, algo tibio. Dora rodeó el

Chevrolet por la parte trasera y se acercó a él; caminaron hacia los pinos. El cuerpo de Dora palpitaba y temblaba, despedía un aroma cálido, y él lo sentía caminando de su brazo hacia los pinos, detrás de cuya angosta fronda negra brillaba la luz blanca y dura de la luna.

—Estás temblando —dijo.

—Sí —murmuró Dora—. Estoy ardiendo.

Él miró con lentitud hacia el río: una parte de su superficie refractaba el resplandor lunar. El agua parecía verde o negra, densa y pesada.

—Te quiero, Dora —dijo.

—Sí —dijo Dora. Lo abrazó y lo apretó contra su cuerpo. Estaban bajo los pinos.

—No —dijo—. Aquí no, Vamos a la playa.

—Donde sea —dijo Dora—. Vamos.

Los pinos se alzaban sobre una pequeña barranca. Unos metros más allá una ancha escalinata de concreto descendía a la playa, extensa y blanca. Descendieron la escalinata.

Sobre la orilla se divisaba la silueta de dos o tres botes amarrados a la costa. El agua batía contra ellos produciendo un sonido breve e incansable, repetido rítmicamente. Algo se movió en la costa, en el agua: era un caballo que en determinado momento restalló al resplandor lunar; bebía en la orilla. Después se alejó por el agua, con un chapoteo lento y pesado. Hacia el sur eran visibles las luces rojas del puente y a través del río, en la lejanía, las luces de Paraná, agrupadas a una regular altura, emitiendo un velado resplandor sobre el negro horizonte del cielo. El aire parecía más fresco cuando comenzaron a caminar sobre la arena. La barranca proyectaba una estrecha franja oscura sobre la playa. Caminaron hacia allí.

—Te quiero, Dora —repitió.

—Aquí —dijo Dora—. Sentémonos.

Se detuvieron bajo la sombra de la barranca. Ahora recordó a Coria, de nuevo. «Me va a quitar el taxi», pensó, y otra vez fue invadido por aquel

aire cálido, envolvente, melifluo, expandiéndose por su pecho y sus brazos, un aire fluyendo sin ninguna palabra, y la corriente de la inundación, arrastrando animales ahogados, maderas podridas, tocando la inmóvil arena visible, dejó un cuerpo sólido antes de continuar; dejó escoria; y él pensó: «Al fin de cuentas no es más que una puta. Está caliente. Cuando vea que puede conmigo va a tratar de probar con cualquier otro». Ahora no temblaba; al parecer ni siquiera respiraba. Miró a Dora: el rostro ancho y carnal, la sonrisa rígida, abstraída pero ardiente, una sonrisa conteniendo provisoriamente el futuro inmediato, que parecía emitir en la penumbra unos destellos malévolos. Dora lo abrazó; lo ahogaba.

—Un momento, Dora. Por favor un momento, Dora.

Se separó de ella y se quedó mirándola.

—Sí —rió Dora, sentándose sobre la arena.

Estaba decidiendo. Era claro, había hecho un

aparte para decidir, y aunque sabía que interiormente el conflicto estaba resuelto, y que él no era capaz de animarse a reconocerlo, debió todavía recordar a Dora llorando en el automóvil para comprender que era claro que la guerra había comenzado y que, haciendo un aparte para decidir, él había estado a punto de perder la primera batalla.

Comenzó a respirar jadeando y se aproximó a Dora. Dora se abrazó a sus piernas, se arrodilló, y apoyó el rostro contra su vientre. Dios mío, pensó, está de rodillas, quiere humillarse, me parece que yo debería... Se dejó deslizar hasta la arena, con rapidez. Tumbó con suavidad a Dora, jadeando, y se echó sobre ella. Comenzó a mover las manos de un modo valeroso, inevitable y frenético.

Más tarde se hizo a un lado, echándose boca arriba sobre la arena. Se hallaba en mangas de camisa, respiraba con lentitud. Dora permaneció echada a su lado, en silencio, las manos sobre el

vientre, mirando al parecer pensativamente las estrellas. También él las miraba. Había tantas, muy encendidas, el cielo estaba tan próximo y espléndido que de pronto sintió ganas de llorar. Dora alzó lentamente el brazo hacia el cielo, estiró los dedos separándolos, y parecía contemplar el cercano cielo estrellado a través de los dedos. El caballo chapoteaba plácidamente en la orilla del agua.

—Me parece que voy a quedar embarazada —murmuró Dora.

—Me gustaría —dijo.

Dora se incorporó hacia él, apoyándose con los codos en la arena.

—Te gustaría, ¿eh? —dijo con una sonrisa malévola.

—Sí —dijo—. Aunque los chicos...

—Qué hombre estúpido —dijo Dora, tiernamente, echándose otra vez en la arena. Durante un momento permanecieron callados.

—Te quiero, Dora —dijo con voz grave—. Es difícil darse cuenta de lo que uno siente.

—Qué no daría por tener un cigarrillo en este momento —dijo Dora. Después se volvió hacia él—. Estarás satisfecho ahora. Soy una estúpida. Estás hecho de la misma pasta que mi cuñado.

Él sonreía en la penumbra.

—Dale —dijo—. Adelante. Escucho.

—¿Qué es lo que escuchás?

—Lo que digas. Cualquier cosa. Adelante.

—Andá al diablo —dijo Dora—. Lindo problema si quedo embarazada. ¿Vas a dar la cara cuando tenga que ir de la partera? ¿No sos de los que se esconden? Me parece que sí; que sos de esa clase.

Se volvió hacia él; él la miraba sonriendo en la penumbra. Dora hizo silencio.

—Escucho —dijo él—. Adelante.

—Bueno —dijo Dora—. Ojalá revientes.

—¿Terminó? —dijo él.

Dora hizo silencio durante un momento. Estaba plácida y tranquila. Él la observaba.

—Mi cuñado la tiene abandonada a mi hermana con su dichosa política —dijo Dora de pronto.

—Sin embargo, me da la impresión de qué tu hermana lo quiere.

—Y, seguro que lo quiere —dijo Dora—. Pero eso no quita que para mí siga siendo una porquería.

—¿Yo también? —dijo él.

Dora no contestó.

—Sí —dijo él—. Yo también, un poco.

—Y bueno, sí —dijo Dora—. Me revientan los tipos que se las tiran de santos. Después de todo; ¿qué tiene de malo hacer la vida?

Él meditó un momento, después dijo:

—Nada, si el cuero no da para otra cosa —se rió—. Creo que tu cuñado tiene razón.

—Maldito seas —murmuró ella, riente y

malévola. Se incorporó, se echó sobre él, y comenzó a darle golpes suaves con el puño cerrado en el pecho y en el cuerpo. El apenas se defendía, entorpecido por la risa. Después ella quedó inmóvil, echada sobre él, apoyando la cabeza en su pecho.

—Ahora tenemos que decírselo a Coria. Pienso decirle que hemos decidido casarnos. ¿Está bien?

—Está muy bien —dijo Dora, distraídamente.

—Otra cosa —dijo—. Pienso dejarle el coche. Tenemos que irnos de la ciudad. Me gustaría saber ya la cara que va a poner cuando se lo digamos.

—Me parece que no va a poner ninguna cara —rió Dora—. Nos va a matar a golpes. Y me parece que lo merecemos. Dame un cigarrillo.

—No fumo, andá al carajo con el cigarrillo —dijo él.

—Ah, de veras —dijo Dora—. Pero tengo ganas de fumar.

—Estúpida —dijo él.

—Imbécil —dijo Dora.

Volvió a besarlo. Empezó a moverse sobre su cuerpo. Él la dio vuelta, poniéndola de espaldas sobre la arena, y se echó sobre ella. El viento había recommenzado desde hacía unos momentos, y no era todavía demasiado intenso. Contra los botes, el agua golpeaba un poco más violentamente. El plácido cielo estrellado se veló un poco, hundiéndose en el espacio negro. Sus manos fueron a los senos, después al cuello, después tomaron con suavidad la cara, tibia y jadeante, y acercó con una lentitud amorosa su rostro al de ella. No la besó; con gran lentitud apoyó apenas su mejilla sobre la frente de Dora, la apoyó y la retiró en seguida con la misma lentitud, y en su memoria quedó para siempre el recuerdo de ese contacto, leve y preciso, un cuerpo sólido duro y suave como el nácar, que un río, el de los actos, dejaba, retirándose en seguida, sobre el

promontorio del recuerdo. No había extrañeza, ni desesperación, ni nada que no fuesen los actos mismos, dotados ahora de una precisión singular, actos que realizaba con todo el cuerpo; con las manos, con el pecho, con las piernas, con las rodillas, con el sexo, con la cara. Fue Dora la que desabrochó, la que dotó ayudando, la que palpó y separó, la que acomodaba, tranquila y dada, presente, sin derramarse un milímetro más allá de la planta de los pies ni de la coronilla de la cabeza. No se besaban, ni siquiera se acariciaban; se tocaban sencillamente como tratando de corroborarse, obstinados en separar por fin y de una vez por todas (la perla refulgiendo sobre la arena cálida en el mediodía del trópico, recién depositada) la evidencia candente y áspera de la presencia. En seguida estuvo dentro de ella; y no fue a nada equívoco que se lanzó, a nada inalcanzable, sino que se deslizó con lentitud, y en seguida estuvo adentro; había sólo una

permanencia, genuina, otra vez la brillante materia inquebrantable —sobre el promontorio, de manera que al regresar, con claridad y precisión, una podía reconocer esa playa y afirmar, entre todas las otras cosas que se filtraban como agua por entre los dedos y que impedían el lujo humano del recuerdo; «Yo estuve aquí. He estado aquí. Estoy seguro». No se movió, no hizo nada; estuvo adentro cayendo despacio, entre el silencio palpitante de Dora y su tranquila convicción de que no había abismo. No pensaba nada, había que estar adentro por un momento, sentirlo, y mantener el sentimiento durante el máximo tiempo posible, y cuando la línea se enganchara en el otro extremo y pegara el tirón poniendo la máquina en movimiento, haciendo estallar la inabarcable oscuridad, entonces podría dejarse caer y comenzar, podía dejar de saber que estaba adentro. Miró a Dora: tenía los ojos cerrados y aguardaba, respirando, jadeando. Cerró los ojos y la

oscuridad empezó a temblar, invadiéndolo, y solamente cesó cuando él cesó, cuando él fue deteniéndose, dejándose deslizar nuevamente hacia otra cosa que no era la oscuridad. Quedó inmóvil. Buscó el rostro de Dora y la besó, pero jamás volvió a recordarlo, porque se trataba de nuevo de aquel río, al que antes se había negado, fluyendo monótono e inseparable.

Después se echó nuevamente de costado, estirándose sobre la arena y apoyando la cabeza sobre el antebrazo. Soplaban un viento leve, el viento verde y cargado de octubre, realizando un complicado trabajo nocturno; pudo oír echado sobre la arena, el chapoteo rítmico y cada vez más rápido del agua chocando contra las pequeñas embarcaciones de la playa. Bajo la luz de la luna el agua se agitaba y se quebraba, de modo que el reflejo lunar era un atenuado chisporroteo en su superficie. Miró a Dora; su pecho se alzaba y descendía rítmicamente, su respiración emitía unos

silbidos prolongados que excedían en longitud y persistencia a los movimientos respiratorios.

—Tengo frío —dijo Dora.

—Vamos —dijo él.

—No —dijo Dora—. Quedémonos un momento más todavía, pero no hablemos.

Él enderezó la cabeza contemplando el cielo velado. Oyó la voz pesada y trabajosa de un borracho en las cercanías, sobre la barranca; cantaba:

*Que el mundo fue y será una
porquería, ya lo sé...*

La voz se detenía, como si su dueño necesitara tomar impulso para continuar; era como si el acto de cantar absorbiera todas sus energías; su voz era cálida, espesa, llena de ecos, y conversaba casi la melodía. Él abrió los ojos, escuchando:

*En el quinientos dos
y en el dos mil también...*

La voz volvió a detenerse, mucho más próxima. Ahora la sentía casi sobre su cabeza. El hombre se hallaría en ese momento pasando sobre la barranca. El silencio se hizo completo. Sólo oyó el viento y súbitamente, como si no viniera de ninguna parte el motor de un automóvil rodando sobre la avenida. Estaba con los ojos abiertos, afinando el oído, tratando de escuchar. El agua golpeaba los botes en la orilla. La voz del borracho se reanudó tan cerca, de golpe, sobre su propia cabeza que se incorporó de un salto. Quedó sentado con la cabeza vuelta hacia la barranca. La silueta confusa de un hombre con sombrero oscilaba en el borde; cantaba:

*Pero que el siglo veinte
es un despliegue de maldá*

insolente

ya no hay quién lo niegue...

El hombre se calló. Su silueta se movió, sin desaparecer del borde de la barranca. Ahora la silueta abrió las piernas y comenzó a orinar, hacia ellos. Él se corrió hacia Dora, oyendo el chorrillo al caer sobre la arena, cerca de ellos, recibiendo en el rostro las salpicaduras de la orina.

—Eh, diga, cuidado —grito al hombre. Dora se había incorporado, riéndose.

El hombre no le respondió. Terminó pacíficamente de orinar, hizo unos gestos tranquilos, al parecer para abrocharse la bragueta, y, desapareciendo del borde de la barranca, retomó su pesada salmodia:

*Hoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor,
ignorante, sabio, burro,*

malandrín o estafador...

—Vamos —dijo él.

Se pusieron de pie, sacudiéndose la ropa. Él levantó su saco de la arena, lo sacudió descuidadamente y lo dobló sobre su brazo. Dora se arreglaba mecánicamente el pelo. Se encaminaron con lentitud hacia la vasta escalinata de concreto. Ahora la voz, después de un silencio, se oyó bastante lejos. Fue más alta, casi un grito, y permaneció un momento, pareció suspensa, como la roca de Sísifo, vacilando en la cumbre antes de comenzar a rodar de nuevo hasta el llano:

*Todo es igual, nada es mejor,
lo mismo un burro que un gran
profesor...*

Ascendieron la ancha escalinata abrazados, arqueados por el viento, pasaron de regreso bajo

los pinos y subieron al automóvil, él desde la vereda, Dora rodeando el vehículo por la parte trasera, deteniéndose un momento sobre el pavimento, con la portezuela entreabierta y mirando hacia adelante, hacia el puente desde donde rodaban dos coches con los faros encendidos que pasaron a gran velocidad junto a ellos antes de que Dora subiera por fin al Chevrolet.

Dora se sentó y cerró de un golpe la portezuela, mientras él encendía la tenue luz roja del velocímetro.

—Tengo hambre —dijo Dora.

Él miró su reloj pulsera, aproximando la muñeca a la luz del velocímetro. Eran las diez y doce minutos.

—Podemos comer algo frente al Club de Regatas —dijo—. Tenemos que estar a las diez y media en la estación.

Dora suspiró.

—Bueno, sí, al diablo, vamos —dijo.

Encendió los faros, y después de arrancar el coche avanzó con pesada pericia en primera velocidad, sobre el liso y oscuro asfalto. A setenta kilómetros por hora el Chevrolet entró en la recta costanera antigua, disminuyendo la velocidad a causa de los pozos y las grietas del asfalto. Después sorteó la boca del puente, recorrió dos cuadras pasando frente al Club de Regatas, dobló a la derecha y se detuvo junto al restaurante. Unos grandes árboles se movían con levedad iluminados por los globos del alumbrado que estaban sostenidos por blancas columnas sencillas revestidas de yeso. Apagó las luces. Descendieron. El salón era un recinto de forma irregular, un espacio de superficie mediana cubierto de sillas y mesas de todos colores. El mostrador era de un encendido vicrí multicolor, ancho, alto y sólido. Las mesas carecían de mantel y se hallaban casi todas ocupadas por hombres

solos, matrimonios, grupos de matrimonios, grupos de muchachos y chicos, que armaban en común un estruendo atenuado e incesante de risas y conversaciones. Dos mozos caminaban rápidamente entre las mesas, con las bandejas en alto.

Se sentaron en una mesa lejana a la puerta, junto al mostrador, una mesa cuya tabla era de un color rojo intenso veteado de blanco, rodeada de sillas de diversos colores. Al sentarse, Dora paseó su mirada distraída por todo el local.

—Quiero un plato de sopa. Nada más —dijo.

Él comió fiambre, Dora su plato de sopa. En eso consistió toda la comida. No pidieron ninguna bebida, ni soda siquiera. Él comió con distracción, con lentitud, dejando casi la mitad del contenido de su plato. Miraba a Dora: ésta alzaba con gran lentitud la cuchara llena, después de haber revuelto mecánicamente el pesado líquido de un color verdoso, la llevaba hasta la boca,

encorvando el labio inferior, hacia un movimiento breve levantando el mango de la cuchara para vaciar su contenido, la sacaba de la boca, y con la misma lentitud y distracción, la mirada nostálgica tocada por una leve desesperación o tristeza, la sumergía en la sopa para llenarla nuevamente. Estaba mirándola. «Está ahí», pensó, sin ninguna palabra, con temblores, opresiones, con unas profundas corrientes cálidas que, si las arterias y los órganos, si los tejidos y los huesos lloraran, habrían podido tranquilamente parecerse a sus lágrimas.

Dejó de mirarla y comenzó a canturrear en voz baja; era como estar rezando. «Ahora debo preguntarle alguna cosa», pensó, pero no lo hizo. Se llevó un trozo de jamón a la boca (recordando «Hace frío. Vámonos»), masticó su consistencia fibrosa y fría, su gusto salado, canturreando con la boca llena, recogió con el tenedor otro pedazo y, canturreando, con gran lentitud y una sonrisa que

sintió crispada, turbia, extendió el tenedor hacia Dora. Dora sumergió la cuchara en la sopa, sin soltarla, y mordió el jamón, sonriendo.

—Gracias —dijo.

Él no resistió.

—Deberíamos apurarnos —dijo—. Coria nos espera.

Dora se confundió levemente, inclinándose hacia el plato y comenzando a subir y a bajar la cuchara con mayor rapidez.

—Sí, en seguida —dijo.

Después salieron; cruzaron el salón irregular entre el incesante y monótono murmullo de la conversación, sorteando las mesas, los chicos, los espejos, andando con apuro sobre el mosaico manchado y pisoteado hasta que estuvieron en la vereda, en la noche, frente al automóvil, en tanto el viento creciente sacudía los árboles iluminados tenuemente por la vaga luz blanca de los globos del alumbrado público. Subieron al Chevrolet. Y

de nuevo, otra vez, el viejo coche pasó junto a los interminables murallones de las usinas y de las pequeñas fábricas alineadas a lo largo de la avenida del puerto, las sombras de los árboles desplazándose sobre el empedrado bajo la luz de los faros, la playa de maniobras de los pequeños ferrocarriles portuarios cuya penumbra era hendida aquí y allá por la luz roja o verde de un semáforo, otra vez junto al parque del palomar, cargado de árboles espesos y oscuros, los fondos del alto correo bellamente iluminado, hasta que dobló hacia la izquierda, disminuyó la marcha y aproximándose al cordón de la vereda se detuvo frente al bar de la estación, en la parada de taxis que a esa hora se hallaba completa. Desde el coche vio a Coria charlando con el cajero; Dora intentó abrir la portezuela.

—Yo se lo digo —dijo él.

Dora se volvió.

—No. No se lo digas todavía —dijo.

—¿Por? —dijo.

—Todavía no. Yo te voy a decir cuándo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuró.

Descendieron. Dora lo hizo primero, encaminándose con lentitud y desgano hacia el bar, y él se demoró todavía un momento en el interior del automóvil: sacó la llave de contacto, abrió y cerró la guantera, apagó las luces, volvió a encenderlas y las apagó nuevamente. Después alzó los vidrios y descendió, cerrando con un golpe suave la portezuela y encaminándose hacia el bar. Las rodillas le temblaban levemente, le pesaba el estómago. El viento hacía temblar también los ligustros raquíticos de la vereda que proyectaban unas suaves sombras cambiantes y frenéticas sobre la vidriera del bar.

Entró: el reloj hexagonal de pared marcaba las once menos siete minutos. Coria había pasado el brazo por sobre los hombros de Dora y la atraía

hacia sí diciéndole frases sonrientes en el oído. Se hallaban de pie junto a la caja. Además del cajero se hallaba con ellos un muchachón bajo, de nariz aplastada, con aspecto de boxeador, vestido con un pantalón angosto de gruesa tela color gris y un pullover celeste de cuello alto con un motivo geométrico de un tono ocre que se repetía una y otra vez a lo largo de una ancha franja que rodeaba su tórax. Coria se volvió hacia él sin soltar a Dora, de tal modo que Dora trastabilló y debió volverse junto con Coria. Reía.

—Adelante —dijo Coria—. Gracias, pibe. — Señaló al del pullover—. Este es el Ñato Garcilaso —dijo.

Le estrechó la mano.

—Garcilaso —dijo el Ñato.

Coria se volvió hacia Garcilaso. Miró a Dora.

—¿A ustedes no los presenté? —dijo—. Dora; el Ñato Garcilaso.

El Ñato estiró mecánicamente la mano.

—Garcilaso —dijo.

—Encantada —dijo Dora, estrechándosela.

Junto a la caja, sobre el mostrador, había dos copitas semivacías conteniendo un líquido color laca, que parecía cognac. Coria las agarró una en cada una de sus cortas y ásperas manos y le alcanzó una a Garcilaso. Éste la recibió sin decir palabra, la miró como con desconfianza y se bebió el contenido de un trago. Después dejó la copa sobre el mostrador y metiéndose las manos en los bolsillos se quedó inmóvil y en silencio, mirando el suelo.

—Se retrasaron veinte minutos —dijo Coria. Tenía un aire de satisfacción cuando dejó de beber y paladear la bebida depositando la copa vacía sobre el mostrador barnizado.

—Dora tenía hambre —dijo él—. Quería cenar y... —Miró al Ñato. Del bolsillo superior de su pantalón emergía un cabo de llavero: representaba una calavera, y parecía hecha de un

material plástico amarillento. Continuó hablando con los ojos clavados en la calavera— ...fuimos a tomar un plato de sopa.

—No importa —dijo Coria—. ¿Trajiste la factura? Después te arreglo. —Miró a Dora—. No se anima a reclamarme lo que gastó. Así es este muchacho.

—¿De veras? —dijo Dora.

—No —dijo él—. No es eso. No vaya a pensar que yo... fue una invitación mía.

—Pero no, qué barbaridad —exclamó Coria—. No faltaba más. ¿No te parece, Ñato?

—Sí, sí, claro —dijo el Ñato con un aire muy distraído. Ahora cerraba y abría el puño y se observaba con gran atención los nudillos.

—Dale también una propina —dijo Dora.

Coria se mostró sorprendido. Miró a Dora y después comenzó a sonreír condescendentemente.

—Pero Dora —dijo—. Eso no se dice así. Ya sé que le tengo que dar una propina. Nunca olvido

favores. ¿No es cierto?

Él sintió que el rostro le ardía.

—No —murmuró.

—Ya lo sé —dijo Dora—. Pero dale ahora la propina. —Miró al cajero—. Usted está de testigo. El señor Rampazzo... digo Garcilaso, también. Dale cincuenta pesos.

Coria sonreía confundido.

—Por los servicios prestados —dijo Dora, y se quedó mirándolo.

Permanecieron los cinco inmóviles: el cajero detrás del mostrador, vuelto hacia ellos como empezando a sonreír, o dejando de hacerlo, como detenido en mitad de una sonrisa. Garcilaso estaba con la cabeza gacha, mirándose el puño cerrado, pero inmóvil, con el puño detenido próximo a la cintura, junto a la pequeña calavera amarillenta. Dora parecía arrepentida de lo que acababa de decir: quedó con la boca abierta y los brazos contraídos, mirando a Coria. Él la miraba.

Entonces los ojitos de pájaro de Coria comenzaron a sonreír en un súbito golpe de comprensión, y con cuidadosos movimientos, sin dejar de mirar los ojos de Dora, metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó la billetera, extrajo un billete de cien pesos que ni siquiera miró, y lo extendió hacia él. Continuaba mirando a Dora.

—Coria —dijo él con voz vacilante, sin moverse, sin mirar el billete, sin despegar tampoco él los ojos del rostro de Dora—. Tengo que hablar con usted.

—Me llevó por la fuerza a un amueblado —dijo Dora, precipitadamente, y en seguida se puso pálida y se echó a llorar.

El cajero se volvió rápidamente, apretó un botón, la caja registradora produjo un súbito estrépito breve que culminó con un breve timbrazo.

—Vamos —dijo Coria.

En la vereda él se paró. Coria lo tocó con el

pecho. También se detuvo.

—Aquí no —dijo Coria—. Aquí nada. Vamos al coche.

Dora continuaba llorando, él la oía. Coria se sentó frente al volante y Dora a su lado. Él y Garcilaso se acomodaron en el asiento trasero. Garcilaso lo miraba en la penumbra del coche.

Coria se volvió hacia él, sin mirarlo.

—Dame las llaves —dijo.

Él las buscó en su bolsillo y se las entregó. Las llaves produjeron un suave tintineo.

—Y me amenazó —lloriqueaba Dora— y me llevó engañada al amueblado, y dijo que iba a pegarme.

Coria le dio un golpe en el hombro. El coche salió de la parada, pasó frente a los andenes de la estación y dobló a la izquierda junto al correo.

—Aquí nada —dijo Coria furiosamente—. Ni una palabra.

Otra vez el coche comenzó a rodar por la

avenida del puerto, y él suspiró, y se recostó sobre el asiento, y cerró los ojos. Los abrió cuando advirtió que estaba atravesando el puente colgante, oyendo el ruido peculiar producido por el Chevrolet al deslizarse velozmente sobre el maderamen. A través de la ventanilla vio el río, los reflejos lunares bailoteando locamente sobre la turbulenta superficie, y más allá las masas irregulares de las islas. Cuando dejaron atrás el puente y el automóvil ganó la lisa carretera abierta entre los sauces cerró los ojos nuevamente, volviendo a suspirar de un modo más inaudible esta vez, y nuevamente se recostó contra el respaldo del asiento. Por las vibraciones de la carrocería y el silbido del viento percibió que Coria aceleraba. «Es capaz de matarme», pensó, pero no con temor, ni con furia, ni siquiera con tristeza: de nuevo fue invadido por esa corriente sibilina y cálida, por ese suave y sibilino mar tibio y pesado en el que se sumergía, y cuyo contacto lo

hacía repetir con la regularidad de un metrónomo algo que estaba más allá de todas las palabras y que, redondeando, separado, hecho frase, era parecido a «No soy nada, nadie es nada, todo es inevitable y merecido»; algo que él podía hacer retroceder de un solo modo (las vibraciones aumentaban, el viento silbaba) y entonces recordó a Dora: la cálida mañana del final del verano ascendiendo entre los árboles de la plaza detrás de su figura encogida, alzando la cuchara de sopa, la mirada tocada por unas olas tibias de nostalgia y unos destellos grises de desesperación o de tristeza.

El coche disminuyó la velocidad, fue casi deteniéndose. Con los ojos cerrados percibió unas luces rápidas iluminando el interior del automóvil y oyó un grito rápido y amable que llegaba desde el exterior. «El control policial», pensó. «Ahora va a doblar por el camino de Colastiné norte, va a ir para el lado de la costa».

En efecto, así fue. El Chevrolet salió del asfalto, cosa de un kilómetro más adelante, y tomó un sendero lateral lleno de pozos, avanzando pesadamente. En medio del campo, a unos quinientos metros de la carretera, Coria detuvo el automóvil.

—Abajo todos —ordenó, apagando los faros.

El viento era fresco e intenso. La noche estaba clara, aunque el cielo, estrellado, ahora se hallaba ligeramente velado. Los cuatro se pararon en círculo, dándose las caras apenas discernibles en la penumbra. A lo lejos se oían ladridos de perros y un perezoso acordeón tocando un valsecito. Él miró a Dora; no alcanzaba a ver demasiado. Sólo la oía llorar, quedamente.

—Dora —dijo.

—Ni una palabra —dijo Coria con dureza—.

A ver Dora, qué pasó.

Dora dejó de llorar. Garcilaso miró a su alrededor y habló con un tono ligeramente

preocupado y reflexivo.

—¿Cómo vamos a dar la vuelta en un camino tan angosto? —dijo.

Nadie le respondió.

—Fue a buscarme a las ocho y media —dijo Dora—. Me llevó al sur. Me dijo que me estabas esperando ahí. Cuando llegamos me amenazó. Tuve que quedarme. Por eso demoramos.

Coria se volvió hacia él.

—¿Es cierto eso? —dijo.

Él no respondió.

—¿Es cierto? —dijo Coria.

Entonces tuvo una ocurrencia feroz. Ni siquiera miró a Coria. Se volvió ligeramente hacia el otro, alzó con lentitud el brazo, y señaló el bolsillo superior del pantalón.

—Ese llavero, esa calavera —dijo—. ¿Es de plástico?

No sintió el golpe, supo que se trataba de un golpe entre el pómulo y la oreja, pero no lo sintió.

El dolor tampoco. Voló dos metros y cayó sentado sobre la arena. Le chillaba terriblemente el oído. Los otros dos estaban todavía inmóviles, como si en vez de haberle pegado uno de ellos, una succión poderosa lo hubiera absorbido hacia atrás convirtiendo simultáneamente en piedra al Ñato y a Coria. Dora se volvía en ese momento hacia el lado opuesto en que él se hallaba, dándole la espalda. No le costó demasiado levantarse: se apoyó sobre uno de sus largos brazos huesudos, hizo presión y, hop, arriba. Comenzó a sacudirse la ropa, sintiendo la palma de las manos y los fundillos del pantalón llenos de arena. Avanzó hacia el grupo. Le chillaba terriblemente el oído.

—¿Quién se estará acordando de mí? —murmuró, riéndose.

—¿Eh? —dijo el Ñato con distracción, ocupado en lanzarse hacia adelante, el brazo derecho estirado y el puño cerrado. El golpe le dio en plena cara pero no lo tumbó: lo hizo elevarse un

poco y caer de pie y trastabillar un momento, pero no lo envió a tierra. Con los ojos cerrados se llevó las manos al rostro y se tocó la boca y la nariz con la yema de los dedos, comprobando que sangraba. Todavía no había comenzado el dolor. Retuvo por un momento la imagen del Ñato saltando para alcanzar su rostro: eso si que era un plato: *había saltado* como una rana, debido a su baja estatura, para alcanzar su rostro. Estuvo a punto de decir algo, referido al asunto, porque en realidad *había saltado*, él lo había visto, pero de repente su pensamiento se ensombreció. No pensó nada, sólo cayó una sombra sobre su pensamiento, como una sábana corriéndose sobre un rostro que acaba de morir, y ahora lo estaban golpeando sin cesar en el rostro y en el cuerpo: en el pecho, en los brazos, en las piernas, en el estómago. Alzó los brazos frente a la cara, la palma de las manos vuelta hacia los golpes, no porque pensara o quisiera librarse de alguno, sino simplemente porque quería pedir

una tregua.

—Un momento. Por favor. A ver, un momento —dijo.

Quería saber quién le había pegado primero. Por nada del otro mundo, pierdan cuidado, quería decirles, no para vengarse después ni para denunciarlo a la policía, sino porque en ese momento lo había invadido la duda, no se había fijado de dónde había proveniendo el primer golpe y ahora no podía sacarse la duda de la cabeza. Pero ahora no había sombra sobre su pensamiento, ni siquiera duda.

—El reloj —dijo—. Cuidado esa mano. Ojo la esfera.

—Hacete a un lado, Ñato —dijo la voz de Coria—. Hacete a un lado te digo.

—Deme lugar. Deme lugar, don Coria —dijo la atareada voz del Ñato.

La voz temblorosa de Dora resonó en la lejanía.

—Bueno, basta —dijo—. Basta de una vez.

—Ojo esa mano —dijo él—. Ojo Dora esa mano.

En el suelo siguieron dándole con los pies hasta que quedó inmóvil. No se desmayó. Él creyó que no, que no se había desmayado, porque pensaba «No me desmayé», pero cuando comenzó a incorporarse lentamente, cuando comenzó a abrir los ojos y quedó sentado en el suelo con las piernas estiradas, no había ni siquiera rastro de Dora, ni de Coria, ni de Garcilaso, ni del Chevrolet. Estaba solo. Había un silencio total a su alrededor. Soplaban un viento frío. El cuerpo le dolía terriblemente. «Ahora hay que levantarse despacito», pensó (y recordó hacía un momento: apoyar la mano en el suelo y hop, arriba), «y comenzar a caminar». No fue tan fácil como él creía. Volvió a caerse antes de ponerse por fin de pie. Así estaba al pelo, estaba de pie por fin: en la lejanía vio una luz amarillenta, móvil, desplazarse

horizontalmente sin parpadear; eran los faros de un automóvil, aquello era el camino. «Bueno», pensó. «Ahora hay que ponerse a caminar». Otra vez cayó una sombra sobre su pensamiento. «¿Adónde?», murmuró apenas estuvo en condiciones de pensar nuevamente, y quedó inmóvil un segundo, cuando la última luz destelló en su interior y pudo sentir que las palabras se formaban sólidas, ásperas, inevitables, pensadas para siempre: «Ahora puede reventar toda la humanidad, conmigo a la cabeza. Ahora soy libre».

Pero ni él ni la humanidad habían reventado, afortunadamente, pensaba ahora, una semana más tarde, sentado frente al volante del Chevrolet: era un sábado, cerca del mediodía, y llovía sin cesar desde el alba, una lluvia fría, invernal, quebrantando el cálido y abierto esplendor de la reciente primavera. Se dirigía hacia la estación de ómnibus llevando dos pasajeros, una pareja de jóvenes: el muchacho era bajo y grueso, de unos

veinte años, y ella parecía casi de la misma edad. Les había ayudado a colocar las valijas en el baúl trasero, los ayudaría a bajarlas en la estación. No estaba obligado a hacerlo pero lo haría. Miró a la chica a través del retrovisor: era bellísima y llevaba un impermeable marrón que le iba al pelo, pero se hallaba recostada contra el respaldo del asiento con una expresión grave y pensativa. El muchacho escapaba al campo visual del retrovisor. Con disimulo hizo girar el retrovisor, fingiendo acomodarlo, para ver su rostro. El muchacho no lo advirtió, se hallaba sumamente absorto en sus pensamientos. En seguida puso el retrovisor en su lugar: el del muchacho era un rostro que parecía expresar excitación, desesperación y pesadumbre.

Entonces se entretuvo contemplando el monótono y regular movimiento del limpiaparabrisas arrasando el agua que caía sin cesar sobre los vidrios. La ciudad se hallaba casi desierta; el Chevrolet avanzaba lentamente. Era

una mañana de atmósfera verdosa y extraña, muy fría, insólitamente invernal en medio de la primavera, pero él, avanzando en el automóvil, sentía una especie de satisfacción ante aquella obligada lentitud que prolongaba su día, las horas dentro del seno cálido, el envolvente mar que quedaba durante un largo día sin transcurrir, en suspenso, con él adentro. Afortunadamente ni la humanidad ni él habían reventado, pensaba ahora, recordando aquella noche en que llegó caminando con paso de borracho hasta el asfalto, sabiendo que iba a resultar imposible pasar en su estado frente al control policial sin que lo detuvieran, y recordando asimismo cómo vio, de pronto, volviendo la cabeza en dirección opuesta a la ciudad, los resplandores rojos y verdes del letrero luminoso de la «Arboleda». «Qué diablos, el cuerpo me dolía sin asco», pensó ahora, casi sonriendo. Todavía, y había pasado una semana, rengueaba ligeramente de la pierna derecha;

todavía, si hacía cualquier movimiento demasiado brusco, el brazo izquierdo le daba tirones. El ojo y los labios se le habían deshinchado en gran medida, debido más que nada a los cuidados de Gabriel Giménez, pero todavía poseían un color y un volumen demasiado sospechosos. Sin embargo, muchos de los moretones no habían desaparecido. En la frente le quedaban todavía escaras de sangre seca. Recordó cómo, a la luz de los faros de un automóvil, vio avanzar, por la banquina contraria, a dos agentes de policía que seguramente hacían ronda por el camino, y cómo se echó a cantar para que lo creyeran borracho y no herido. Los agentes se habían quedado mirándolo alejarse en la penumbra del camino: él había sentido sus extrañadas miradas clavadas en su espalda, alejándose cantando, debiendo hacer un esfuerzo para regular la voz con el objeto de que no saliera demasiado alta, por temor de que lo detuvieran por escándalo. «En este país no hay a quien recurrir»,

había pensado, irónicamente, avanzando hacia la «Arboleda». El campo lo rodeaba: sólo algunas casitas ocultas entre los árboles, de blancas fachadas lunares, a los costados del camino, de vez en cuando quebraban la soledad, pero se trataba solamente del campo, la llanura desierta y al mismo tiempo opulenta, aromada por el olor de la humedad llegando en vaharadas desde los riachos tortuosos y ocultos de la zona, mezclado al viento frío; el campo y detrás suyo la ciudad, cercana como al alcance de la mano, un creciente y complicado monumento honrando la todavía absurda batalla ganada a la barbarie y al desierto.

Por fin comenzó a oír la música de la «Arboleda», recordó ahora, y en seguida llegó. Entró por el motel, no por el cabaret. Fue derecho a la habitación de Gabriel: la vasta biblioteca, las reproducciones de cuadros pintados por hombres que él no sabía que se llamaban Van Gogh, Picasso, Klee, Gambartes, el diván-cama lleno de

papeles y libros, el suelo sembrado de copas, pipas, botellas vacías o semivacías, la pequeña cómoda con el tocadiscos encima, los sillones de línea moderna.

Gabriel se había puesto de pie de un salto, arrojando sobre el sillón el libro que se hallaba leyendo. Se había puesto pálido.

—¡Pero si está lleno de sangre! —había dicho—. ¡Dios mío!

—No, no —había dicho él—. No es nada.

—Pero si tiene las manos y la cara llenas de sangre —había dicho Gabriel agarrándose la cabeza, yendo de un lado para el otro sin saber qué hacer—. Pero si tiene toda la camisa manchada de sangre. El saco, mire el saco cómo lo tiene.

—No, no —había dicho él—. Cuidado esa mano. No me toque. Cuidado. Ojo esa mano.

Eso era todo lo que recordaba de la noche. A la mañana siguiente había despertado en el diván-cama, junto a la biblioteca. Casi no podía

moverse: sentía horribles dolores en todo el cuerpo. Tampoco podía hablar con facilidad: los labios se hallaban tan hinchados que le impedían emitir otra cosa que no fuesen unos trabajosos sonidos pesados. Gabriel se hallaba a su lado, extendiéndole un mate. Él había tratado de sonreír, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Le lavé las heridas y le apliqué un poco de hielo en los chichones —dijo Gabriel—. No se preocupe. Nadie se muere de una paliza.

—Me atropelló un camión —había respondido él, débilmente.

—¿Cuántas veces? ¿Cuántos camiones? —había dicho Gabriel, sonriendo.

Todo ese día había estado echado de espaldas, sin moverse, dormitando de a ratos. De vez en cuando oía el bisbiseo de las chinelas de Gabriel y entonces se despertaba: le traía un poco de cognac, algo de comer. Recién al segundo día, a media mañana, había podido incorporarse: se arrodilló

sobre la cama y espió el exterior a través del amplio ventanal de la habitación viendo el liso pavimento azul, el campo hacia la costa, los suaves techos rojos de las casitas de Colastiné resplandeciendo al sol. Había niños y perros, jugando, lo recordaba. Desde el exterior le llegaba un opulento canto de pájaros. Ya no soplaban viento, se trataba de un día cálido y soleado. Gabriel había entrado en la habitación en ese momento, trayéndole una taza de café.

Él se sentó en el borde de la cama, trabajosamente, y bebió pensativamente el café. Se hallaba en ropa interior.

—No se levante —dijo Gabriel arrimando una silla y sentándose frente a él—. Quédese un día más en la cama.

Él lo miró.

—¿Por qué no me pide que le cuente todo? —dijo.

—¿Cómo se llamaba la novia del camión? —

dijo Gabriel—. ¿Los detalles del triángulo amoroso? Siempre el tipo que menos la merece es el que tiene más medios para llevársela con él. Ellas lo prefieren. Menos responsabilidad, sabe. No tienen obligación de comportarse correctamente si él no las merece. ¿Para qué quiere contármelo? Bueno, cuéntemelo si tiene ganas.

Él sonrió.

—No —dijo—. No importa. Pensé que...

Detrás de sus lentes oscuros, el pelo rubio revuelto, el bigote rubio ligeramente achinado, Gabriel parecía observarlo con una perpleja y al mismo tiempo divertida atención.

—Pensó que soy curioso —dijo—. Bueno. No se equivocó. Soy curioso. En realidad, y a mi modo de ver (no lo tome a mal) usted es la última persona del mundo que habría podido meterse en un lío semejante. Yo habría dejado a mi mujer en su cama, me habría ido de parranda, y le habría

dado las gracias por haberle hecho compañía durante toda la noche. Si mi mujer me hubiera dicho que usted le tomó la mano, le habría pegado a ella, por faltar a la verdad.

—Me tiene en un mal concepto —dijo él, sonriendo.

—Lo tengo en un excelente concepto —dijo Gabriel—. No porque mi moral rechace el adulterio, sino porque la mayoría de las barbaridades que cometemos con el prójimo son inútiles. La maldad no nos interesa. Mejor dicho la maldad no reside en el perjuicio mismo, sino en la indiferencia con que lo cometemos. Gabriel se había puesto de pie. «No es así, no es nada de eso», pensó decirle. «Si usted supiera: es algo tan diferente, algo que Dora no habría podido soportar», pero no lo dijo. Gabriel lo miraba con simpatía—: No se levante, quédese un día más en la cama. Quédese aquí todo el tiempo que quiera. No hay peligro. No soy celoso y mi mujer está en

casa de su madre.

A la mañana siguiente se había levantado. Se afeitó cuidadosamente, en el patio, al sol, oyendo el ruidoso canto de los pájaros, se dio una ducha de agua tibia, se volvió a poner sus ropas lavadas y planchadas lo mejor posible por la lavandera del motel. Fue hasta el camino, paseó lentamente por los senderos amarillos, bajo el cielo azul, entre los árboles, pisó la hierba encendida por pequeñas matas de verbena roja y después fue al patio de la «Arboleda». Ahí estaban las casuarinas, quietas y negras a la luz del sol, las cabañas de dura madera laqueada por la intemperie, la mesa circular, el banco semicircular de piedra. Era casi el mediodía: sobre la mesa y el banco caía la sombra profunda de los árboles y los rayos del sol se colaban entre la fronda depositando sobre la mesa un quieto, extraño, y complicado dibujo. El sol parecía llegar al cenit en medio del silencio total del mundo. Los pájaros se callaron. La marea del

recuerdo lo inundó todo, de pronto, la corriente fluyó en silencio dejando unos cuerpos sólidos sobre la ardiente y desierta arena de la playa. «Hace frío. Vámonos». «¿Ya? ¿Tan pronto?», «Sí. Vámonos. Vámonos». «¿No hay ninguna esperanza de...?» «No. No hay ninguna esperanza».

Permaneció inmóvil, estuvo inmóvil durante un momento. Después pasó en seguida. Entonces regresó, moviendo con lentitud las largas y huesudas piernas doloridas y de nuevo recommenzó en su interior esa corriente cálida y obscena que él ya conocía, aquel sibilino llamado que recibió con alivio, aquella ola oscura y pesada, melosa y atrayente, que era el cimiento y el premio de su disponibilidad, y su alto cuerpo golpeado recorrió el patio, con placidez y paz, y pasó al motel, y se encontró con Gabriel en la cocina.

—No me cuente nada —dijo Gabriel, sin dejar de salar un trozo de carne—. Lo vi en el patio. Tengo buena memoria. Lo siento muchísimo. Yo se

la presenté.

Él se echó a reír.

—No es nada, hombre —dijo.

—¿Fue de pesca alguna vez? ¿Le gusta pescar?

—dijo Gabriel.

—No fui nunca.

—¿Quiere unas cañas?

—Creo que no tengo paciencia ni vocación para la pesca. —Lo miró pensativo. Gabriel continuaba salando la carne—. Dígame: ¿a qué se debe tanto cuidado?

Gabriel dejó de salar. Sonrió. Lo miró.

—La noche que usted llegó, después que se durmió, estuvo llamando a Dora a cada rato. A la madrugada vino Barco. Lo miró, se echó a reír, y me contó una conversación que habían tenido el día antes. Estuvo un buen rato al lado suyo. Le aplicaba hielo en los chichones. Dijo que usted es un tipo simpático. No me gustan las declaraciones, pero le confieso que a mí también me cae

simpático.

Tomó un poco de sal y la desparramó sobre la carne.

—Un atorrante como yo siente placer de ser amigo de un tipo como usted. —Agregó, mirándolo—. Ahora vamos a comer un asado en el patio. ¿Qué le parece?

Al día siguiente, a la hora de la siesta, vino por fin Coria. Hacía calor. Él estaba asomado a la ventana, en camiseta, mirando hacia el asfalto. Reconoció de lejos el Chevrolet. El coche se desvió del pavimento azul, salió a la banquina y se detuvo en medio del espacio de tierra arenosa abierto frente a la «Arboleda». Sobre la negra pintura del coche refulgía la luz solar. Coria venía en mangas de camisa, y estaba mirándolo desde antes de descender del coche, y mientras bajó, cerró la portezuela, y se encaminó hacia él, no le sacó la vista de encima ni un momento. Aquella mirada era una especie de bandera parlamentaria.

Coria se detuvo junto a la ventana.

—Hola, pibe —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo él.

—¿Muy dolorido?

—Un poco todavía —dijo.

—Bueno —dijo Coria

Miró a Coria: «Debería desear matarlo», pensó. Y en seguida: «Él debe creer que está perdonándome».

—Yo no quise perjudicarlo —dijo—. Créame.

Coria lanzó una carcajada. Sus ojitos de pájaro destellaron detrás de su obscena nariz quebrada. Lo palmeó. Él lo miró con perplejidad.

—Pero sí —dijo Coria—. Ya sé que no pasó nada.

Él abrió los ojos, en un gesto de gran asombro. Quedó con la boca abierta.

—No vayás a pensar que creí lo de Dora —dijo Coria—. Pero si ella te acusaba de algo tan malo y mentía, quiere decir que había pasado algo

mucho peor. Así que decidí cortar por lo sano. No me gusta esa clase de líos.

Primero cerró la boca, después volvió a abrirla para hacer la pregunta.

—¿Y Dora? —dijo.

—Dora quiere trabajar por su cuenta. Se fue ayer. No sé a dónde. No dejó rastro —dijo Coria. Lo miró un momento—. ¿Querés seguir con el coche?

Él respondió con un aire de marcada distracción, pensando en otra cosa.

—Claro —dijo.

—Entonces vamos —dijo Coria—. Te espero.

Él salió de la ventana, dispuesto a vestirse. Se calzó la camisa y comenzó a abrochársela. Se detuvo un momento pensativo. Se aproximó nuevamente a la ventana, arrodillándose sobre el diván. Coria se había sentado en el estribo del Chevrolet, del lado de la sombra, aguardándolo.

—Don Coria —dijo—. Venga un momento, por

favor.

Coria se aproximó con un aire de marcado desgano. Se paró a un metro de distancia y lo miró inquisitivamente.

—Quiero un día franco —dijo él.

Coria respondió con rapidez.

—Los domingos —dijo.

—No —dijo él—. Los domingos hay poco trabajo. Los viernes.

Coria suspiró.

—De acuerdo —dijo.

Sonreía recordándolo. La humanidad no había reventado, gracias a Dios. Ahora se hallaba en el claustro, en el limbo aislado y tranquilo, y eso le gustaba. La lluvia continuaba derramándose sobre la ciudad, la lluvia incesante y fría, quebrantando la primavera inocente y plácida. Llegaron por fin a la estación de ómnibus. La chica y el muchacho discutieron un momento, porque ella insistía en pagar y él no quería permitírselo. «Ella no quiere

deberle nada», pensó. «Así son algunas mujeres». Los ayudó a bajar las valijas, como lo había decidido. Todavía la chica insistía en no querer recibir favores porque estuvo forcejeando un momento con las valijas hasta que su compañero le dio un suave empujón y ella fue corriendo a refugiarse del agua bajo los andenes desde los que la gente, envuelta en abrigos o impermeables, miraba la calle melancólicamente. Cerró el baúl y subió al coche. Gotas de agua se deslizaban sobre su rostro, y tenía el pelo y el saco lleno de unas pequeñas perlas grises. Sentía las manos húmedas. Pero estaba bien, se sentía perfectamente bien en ese momento. Condujo un trecho con una sola mano, con la otra colocó la sucia gamuza amarilla sobre la caja del taxímetro. Se iba a comer. Era el mediodía. El limpiaparabrisas recorría regularmente el amplio cristal donde las gotas estallaban sin descanso formando unas extrañas imágenes fugaces. Almorzaría para regresar

inmediatamente a la parada frente al bar, porque en esos días de lluvia el trabajo abundaba. La herida de la pierna palpitó débilmente y dio un tirón no demasiado doloroso: él sonrió. La semana próxima se sentiría lo más bien, no iba a quejarse ahora por tan poca cosa. Él no era un tipo de esa clase, estaba perfectamente seguro, pensó, sonriendo, y el Chevrolet dobló frente al Correo, acelerando, en la ciudad desierta bajo la lluvia, aquel oscuro y frío sábado lleno de grises destellos mortales manchando de musgo y herrumbe la primavera quebrantada.

1961

En la zona (1957-1960)

Dos palabras

Estos cuentos han sido escritos entre los años 1957 y 1960. El método varía del primero al último yendo de la invención pura, de pretensión simbólica, hasta la mera selección de hechos cotidianos. He procurado lograr en todos ellos un mínimo nivel rítmico y verbal admisible como literatura. Algunos son inéditos y otros han aparecido en diarios argentinos en el transcurso de los últimos tres años. La generosa aunque inesperada decisión editorial de publicarlos me ha permitido reunirlos rápidamente en un volumen.

Para todo escritor en actividad la mitad de un libro suyo recién escrito es una estratificación definitiva, completa, y la otra mitad permanece inconclusa y moldeable, erguida hacia el futuro en una receptividad dinámica de la que depende

su consumación. Si ante un libro suyo incompleto un escritor muere o se dedica a otra cosa, era que en realidad ya no le quedaba nada por decir y su visión del mundo era incompleta. La esencia del arte responde en cierta manera a esa idea de consumación, y de ahí la precariedad, el riesgo sin medida de la aventura creadora.

El presente libro puede ser, para cualquier lector agudo, el mero catálogo involuntario de mis preferencias como lector. Curándome en salud, alego que en esa agonía incesante por adecuar la realidad a su expresión verbal correspondiente que es la literatura, la búsqueda del escritor riguroso y lúcido es dolorosa y permanente, y que si bien su deber es aproximarse lo más posible a lo que él considera la perfección, postergar etapas para publicar en ese instante inalcanzable sería, en nuestro país y dadas las condiciones de nuestra cultura, un alarde canallesco.

Los argentinos somos realistas, incrédulos. A caballo sobre nuestra indefinición y nuestra condición posible, aspirar a la inmortalidad y a la grandeza clásica serían modos triviales de un romanticismo que no nos cuadra. Nuestra ambigüedad y nuestro desorden adolescente existen, y nuestra condición posible no es más que la posible transformación de ese desorden por medio de una fuerte conciencia práctica y de una invencible «prepotencia de trabajo».

De ahí que este libro no sea perfecto, y tal vez ni siquiera necesario. Desechado como literatura, baste decir que como ética no es más que el enfrentamiento personal con la parte que me corresponde en este Gran Desorden. Claro que, como dijo André Gide, los buenos sentimientos tal vez no sirvan más que para hacer mala literatura.

JUAN JOSÉ SAER

Santa Fe, agosto de 1960.

PRIMERA PARTE

ZONA DEL PUERTO

Un caso de ignorancia

Si él hubiera advertido que a pesar de su pálida voz, su indubitable aspecto de ruina consciente, sus manos cortas y voraces y frías, la neblina esparcida de sus ojos, el miedo a veces como relámpago y a veces como secreta vibración que lo poblaba; que a pesar, también y al fin de cuentas, de su intermitente rogar y reconocer y administrar con aparente justicia nosotros no íbamos a ceder, nosotros íbamos a cumplir con alta y reglamentada exactitud la finalidad que perseguíamos; si él hubiera sabido que la Chola no estaba del todo convencida de la eficacia del protectorado que él, a veces con desenvoltura y sencillez y a veces con ampulosidad le prodigaba, y que tarde o temprano ella iba a caer en tentación de reanudar la vida fuerte y libre; si hubiera sabido además y al fin de cuentas que no sólo la Chola sino que cualquiera que necesita vida fuerte

y libertad, entrega por ese beneficio sin mucho remordimiento lo más que pueda tener al alcance de la mano; si él hubiera sabido entre otras cosas y con particular importancia que un código es un código y que cuando viene de afuera debe acatarse y avalarse si se lo acepta y destruirse y levantar otro sobre sus escombros si se lo denigra o combate; que si alguien es capaz de elaborar su propio código lo debe hacer con miras a auspiciarlo se trate en caso de vida o muerte, de pérdida o de ganancia cabales y responsables; si hubiera sabido, además y al fin de cuentas, la sana y auténtica intención que traíamos nosotros, que no vamos ahora a pretender pasar por santos, pero que sí tenemos dignidad y entereza y valor, sobre todo valor, y que sin el menor empacho de una forma de vida pasamos a otra y adoptamos por ley la condena del arrepentimiento y del remordimiento y creemos, como otro cree en Dios o en la política, que un acto es una cosa muy seria,

como quien salta de la dársena al buque en movimiento, sabiendo ya que dársena y buque se ordenan en distinto tiempo, y que lo que para uno es final para otro es principio, y con todo no se arrepiente; si él hubiera sabido que lo que se dice debe tener un mínimo de coincidencia con lo que se hace, porque de otra manera cada palabra se convierte en un instrumento destinado a sonar y que no suena, en un oído ensordecido perpetuamente, en una cosa parecida a tener el impermeable en la tintorería un día de lluvia; si hubiera sabido además y al fin de cuentas que cada uno en sí lleva la culpa de lo que le pasa y que achacar a los de afuera es una cosa fea y hasta de bajo sentimiento, y que si bien nadie con ocupación permanente busca el perjuicio de los demás, procurando el provecho propio debe sacrificar los provechos ajenos, y que cuando existe pugna de necesidades va a salir gananciosa la que esté protegida por más fe; si él hubiera

sabido entre otras cosas que al final todo lo que sucede tarde o temprano llega a saberse (así como supo *él* todo lo que no sabía, así como lo supo casi en un chispazo, en un segundo que fue a la vez latigazo y relámpago y además crepitar intermitente y en paulatino silenciamiento), que la gente sólo hace cosas aptas para ser sabidas, y que las está sabiendo aun antes de saberlas, porque su modalidad consiste justamente en vivir sabiendo sin saber y haciendo al mismo tiempo que cree que no hace o que, simplemente, hace una cosa distinta; si *él* hubiera sabido que desde la puerta al mostrador no hay más de cinco metros, y que el hueco de la puerta permite a dos pararse con facilidad de movimiento, y que Atilio es un tipo rencoroso, y que una vez miró la caderita dura y fina de la Chola y me golpeó en el codo mirándome a su vez con su extraña mirada de ángel y melancólica; si hubiera sabido además y al fin de cuentas que Atilio, a pesar de su voracidad

y su rencor y su tan comentado tomárselas de La Plata y Mendoza, de Córdoba y Buenos Aires, es un tipo derecho y tenaz, derecho en su tenacidad y tenaz en su rectitud, y para él las cosas tienen un solo color y es el color que se ha establecido en acuerdos comunes; si él hubiera sabido que las cosas de cada uno las arregla cada uno y que entre Atilio y yo los dos juntos somos cada uno y que entre Atilio y él yo me quedo toda la vida con Atilio; si él hubiera, para su provecho, sabido que todas las cosas tienen arreglo y que liquidar a un sujeto también es un arreglo lícito, y que antes que la indiferencia y el desorden son preferibles el castigo y la reforma y que es mejor respirar que pudrirse y tener el cuerpo intacto que el cuerpo agujereado; si él hubiera sabido, además y al fin de cuentas, que desde cinco metros de distancia se revienta un mate de un tiro hasta por casualidad y que si en vez de un mate se trata de una persona, y para colmo ancha, se le puede reventar no ya por

casualidad, sino que hasta pensando en otra cosa y que el que está en un sitio no puede estar en otro, y que el que está en un sitio a salvo no puede estar en otro a tiro; si hubiera sabido que cada cosa admite una cosa contraria que invierte sus propiedades de lo que resulta que estando en un sitio a tiro no se puede estar en un sitio a salvo; y si, por fin, hubiera sabido que lo que se levantó de igual modo se desmorona y que lo que parece perfecto es sólo perfecto en relación a su crecimiento y no lo es respecto de su decadencia, y que cuando la decadencia de una cosa comienza a crecer y a crecer entonces ahoga y destruye su antigua perfección, con lo que se quiere decir que si la Chola antes fue parte de su perfección luego pasó a ser parte de su decadencia, y que si Atilio sin moverse era parte de su victoria, Atilio en movimiento era parte de su derrota, y que si yo con la mano en el bolsillo era su natural sostenimiento, yo con la mano al aire levantando cuidadosamente

un objeto pesado y temible era su perdición, y que lo que él dijo o hizo con anterioridad a ese suceso era sólo un elástico que retrocedía a su longitud natural y le lastimaba las manos, entonces él no habría, primero, permitido que la Chola prefiriera a su compañía la vida fuerte y libre; segundo, que Atilio creyese que toda la vida fuerte y libre era su patrimonio; tercero, que yo diese la razón a Atilio; cuarto, que la Chola y Atilio se solazaran en compañía y a sus espaldas; quinto, que el comisario de la Sexta se enterara de quién era en realidad y dónde residía durante el último tiempo Atilio; sexto, que Atilio se enterara por cuál vía se enteró el comisario de la Sexta de su identidad y alojamiento; séptimo, que Atilio lo madrugara en la preparación de todas las cosas: porque si él hubiera sabido todo eso y hubiera, además, sabido que el cajón del mostrador no debe cerrarse nunca con llave sobre todo si ahí hay un revólver que no sólo sirve para matar por matar sino que también

sirve para defenderse, entonces ahora que nosotros corremos, pero ya aminoramos el paso y caminamos casi naturalmente en medio de la noche, porque hemos preparado los testigos y entre nosotros una palabra que se dio no se retira, entonces ahora no estaría allá abajo, detrás del mostrador, allá abajo estirado y tibio, húmedo sin haber sido mojado, allá abajo con diez cosas distintas de su carne en su carne, sin frío ni calor, solo y definido para siempre, sin posible repetición de su persona por mucho que se estire el desarrollo general, insensible y adverso de los días.

Fuego para Rivarola

Así, de esa manera como él era, con esa forma de ser que poseía, a veces evidenciando una fe superior a cualquier negligencia de la suerte, muy a menudo solitario y con frecuencia similar árido, cruel y desconsiderado, crédulo hasta la más profunda raíz de la necesidad de conocer, también voraz (algunas veces) y también serio y extraño (algunas veces), con gestos y exageraciones de persona que teme y se esfuerza en alentarse a sí misma, pretencioso y vano cuando se conversaba acerca de su oficio, con la perfecta y modelada creencia de que en ese sentido lo que él hacía siempre estaba bien hecho desde el punto de vista de la técnica y de la moral, y que nadie podía hacerlo mejor, y que si alguno —sin que hubiese lugar a dudas— lograba hacerlo mejor, esa presunta perfección era una cabriola del azar, ya que con seguridad no había querido (el que lo

había hecho) hacer eso sino otra cosa, y lo que había resultado había resultado no por obra de su eficiencia (eficiencia o método), sino porque lo que está constituido naturalmente para ser va a ser, y lo que está por ser utiliza en aras de sus fines todas las cosas, aquellas que auspician su existencia y las que, por preferir una existencia distinta y tal vez contradictoria, tratan de interrumpir su crecimiento deliberada o inocentemente; así, del modo como él era, Olga sabía que amarlo, si en otras podía significar algo sucio e incorrecto, en su caso, y por tratarse de él, era algo sano y legal, quizás (esto no sabía Olga si lo había pensado ella o se lo había escuchado comentar a él) superior al resto de las relaciones entre hombres y mujeres, superior a la de Atilio con la Chola, que vejaron con un acto innombrable al Tucumano, despojándolo de la afición a respirar y de cada uno de los posibles entremezclados de su porvenir; quizá superior también a la de la

Chola con el Tucumano (antes de aquella vejación), cuando estos dos se sentaban en sillas bajas en el patio, a la tarde, antes de abrir el café (bah, café), con el que disimulaban un tráfico execrable, a conversar melancólicos acerca del mejor de todos los negocios: el negocio de retirarse. Superior a todos esos juegos displicentes y escasos de pasión y de obsesión, en los que cada protagonista se desplazaba más exhibiendo lo que no tenía, que con la ansiedad mordedora por cumplir cada posible forma de ser, en los que cada uno actuaba cediendo una cosa necesaria para recibir algo superfluo, como en el caso de Atilio, que cedió la muerte o la vida del Tucumano para recibir el interés transitorio de la Chola, que no se casa con nadie, que cada vez más demuestra que no le interesan los hombres por lo que tienen de fuertes, sino por esa fina lonja de debilidad que siempre, por muy valerosos, por muy aguantadores que sean, permanece latente dentro de ellos y los

hace aptos para dominarlos y derrumbarlos en cualquier momento; tan superior que ella lloriqueaba de orgullo y dicha al pensarlo, era lo que Olga (un poco vieja, con cuarenta o cuarenta y cinco años, disimulando ya en lo posible la blancura flácida y grasosa de su carne, con unos ojos temerosos y opacos) daba y recibía por y de Rivarola, que era alto, flaco, de unos cuarenta años, vestido siempre con un traje cruzado y oscuro, algo aniñado, y andaba el santo día vendiendo furtivamente cosas que desenterraba nadie sabe de dónde (relojes, lapiceras y ropas de nylon, en la zona del puerto, en las estaciones y en las oficinas públicas) y era mirado con cierto desprecio violento y vejador por la gente notable del ambiente (las casas públicas, los raídos cabarets provincianos, los lupanares disfrazados de pensiones baratas, cada una de las casas donde la luz permanece encendida hasta densas horas nocturnas en las habitaciones internas, refractada

por un paño verde arañado de manos ávidas y cruzado interminablemente por unos naipes brillosos y lisos) por individuos como Atilio, que venía con fama de otras provincias, o el Negrito, un chico que había contribuido con cinco o seis de los diez balazos que lo demolieron al Tucumano, una criatura de veinte años, ceñido por la desdichada influencia de Atilio, de quien había aprendido sin esfuerzo a ser bicho y compadrón, o como la Chola, que si bien es cierto que no se casa con nadie, no es menos verdadero que acostumbra a arrimarse por lo general al que está casualmente más arriba; por todos éstos era menoscabado, por esa natural sociedad en la que el que está arriba tiene indefectiblemente apoyado su pie sobre la nuca del que está más abajo, donde el que se jerarquiza asume su jerarquía luego de una previa destrucción, donde el que reina cree que es posible que su reino no cese nunca, hasta que una irrupción fulgurante y hosca le arrebatara cetro y

corona y lo hunde en un foso de espirales fortuitas y deglutientes y permanece de pie sobre sus despojos estableciendo a su modo una nueva era de orígenes nefastos y culminación invariable.

Así como era Rivarola ella lo había amado, entre la blancura hiriente de viejas y lentas siestas de verano, durante quince otoños terrosos y azules, cernidos sobre el tiempo presente como un crimen sobre la deplorable conciencia que lo cometiera en el pasado.

Ahora, con la cara pequeña, la nariz afilada, pálido, Rivarola yacía estirado inmóvil sobre la cama, idéntico en esencia a la increíble multiplicidad de muertos que lo habían precedido, promoviendo sentimientos y sensaciones vulgares en Olga, sentimientos y sensaciones que ya se habían repetido en cada uno de los deudos de cada uno de los muertos precedentes; un Rivarola desvaído por la inagotable supremacía del silencio, y paulatinamente derruyéndose a raíz de

una lenta maquinaria que lo abordaba con un roce ya encaminado a perpetuidad, que permanecería ineluctable ejerciendo el oficio horrendo y bárbaro de gestar un crecimiento con los despojos de una destrucción como un montículo de aserrín que se eleva a medida que un serrucho vibrante y poderoso provee de su muerte particular e infernal a un trozo de madera.

(Nunca puede saberse con exactitud qué es lo que ellos dejan de poseer después que les sucede lo intolerable: brazos y piernas tienen, y también ese rostro que uno amó o desechó, y aquellas finas y hondas estrías en las manos, y el pelo que uno solía acariciar en instantes menos aciagos; quizá lo primero que pierden es la eficacia de sus nombres propios y lo último el don externo de ser recordados: se diría que ni uno ni otro despojamiento es esencial, puesto que el nombre propio y la capacidad de ser recordados, son meras propiedades accidentales en las personas;

seguramente lo cierto es que se les quita la facultad de moverse por sí mismos, la posibilidad de extender una línea de contacto con el resto del mundo por iniciativa personal, de ser capaces de admitir por sí solos una evidencia.)

Olga, sentada sobre la cama, lloraba y contemplaba aquella especie de ruina involuntaria. Inclinandose sobre el cuerpo espantó unas moscas húmedas y pesadas y le dijo:

—¿Viste, por atorrante? —le golpeó levemente la cara y se rió con una risita hueca y pérfida—: No, querido, se lo digo en broma.

La boca abierta de Rivarola era explorada por una mosca; Olga movió la mano en el aire para alejarla. Sobre el pecho del devastado, cuatro orificios habían vertido abundante sangre que ahora coagulaba en una sola mancha, ya azulada o negruzca o purpúrea. «Yo le di —pensaba Olga— todo lo que me pidió; yo se lo daba todo, lo que él quería de mí era suyo, y muchas veces le di hasta

lo que no debía entregarle ni aunque me lo pidiera de rodillas.» Lo que era de ella —meditaba trabajosamente Olga— y lo que no era de ella ni de nadie, es decir aquello que no debía darse porque hay un reglamento que no se sabe quién lo hizo ni se sabe cómo se hizo, que determina que no debe darse; eso que uno sabe sin pensar que jamás lo entregará y que cuando está por soltarlo todavía lo piensa indeciso, todavía está inquieto respecto de la legalidad de la entrega.

«Yo le dije anoche que no fuera, que no se metiera donde no debía, que los otros son crueles y prepotentes y hacen lo que quieren con uno; pero este sinvergüenza se me fue y ahora ahí lo tengo; de qué me sirve, con todo lo mío guardado bajo llave, que ni él ni yo podemos usarlo ya.»

Olga sintió calor, se quitó el vestido y quedó en enaguas. «Y con esta calor», pensó. Caminaba desolada por la pieza, buscando algo en qué apoyar la vista y distraer la atención. Trataba de

evitar el pensar que tendría que dar parte de la muerte de Rivarola a la policía. «No me van a dejar salir hasta que no cuente desde lo primero hasta lo último.» Sobre la pared, un cuadrito representaba unos pinos nevados, enterrados en la nieve, sobre el declive de una sierra; en la parte inferior del dibujo, en letras de tipo gótico, se declaraba: «Invierno en Alemania». «Cuando salga, los otros se van a enterar de que yo hablé y me van a pegar hasta dejarme muerta.» Se volvió y observó el cadáver sobre el lecho, inmóvil, pálido: «Y este zonzo después se va a podrir de pies a cabeza, en la fosa pública».

Se sentó y lloró. Luego salió al patio, tranquila aun en medio de ese caos terrible que nos transverbera cuando asumimos el conocimiento de una muerte inesperada. Pisó, entre unas plantas, el caliente suelo de tierra, con los pies descalzos. El patio era amplio, y tenía en el fondo unos canteros sembrados y a los costados de la entrada, unas

cuantas macetas de malvones y helechos. En el centro había un claro, interrumpido por cierta silla de paja ocre y algunos papeles de diario. Olga tomó una escoba, retiró la silla y barrió rápidamente el claro. Luego regresó al dormitorio y se quedó de pie frente a la cama.

—Vení —le dijo a Rivarola.

Lo tomó por debajo de los sobacos y lentamente, lentamente, primero el torso y luego las piernas, hasta que los talones quedaron apoyados en el borde de la cama, lo fue trayendo hasta el suelo. De ahí lo arrastró, lentamente, lentamente, hasta el cuarto de baño que, cruzando un pasillo de mosaicos rojizos, se hallaba frente al dormitorio. Lo desnudó y lo bañó hablando sin cesar para sí o para él, reprochándole cuando el cuerpo resbalaba y se caía o riéndose cuando adoptaba una posición ridícula; a ratos lloraba y se le quejaba de que hubiese ido a meterse con los «grandes»; luego lo sacó, lo envolvió con una gran

toalla celeste, y como pudo lo cargó sobre sus hombros y lo llevó hasta el dormitorio, dejándolo caer suavemente sobre la cama; entonces lo vistió, colocándole una buena camisa y haciéndole con dificultad el nudo de la corbata; le lustró, además, los zapatos; las heridas, lavadas, eran cuatro huecos sórdidos y ensimismados; Rivarola había llegado a la madrugada, moribundo, hasta la casa; lo habían hecho recular a balazos y cuando entró le dijo, llorando:

—Mirá, Olga, mirá lo que me hicieron.

Ahí cayó. Cuando los «grandes» vinieron, él estaba muerto, hecho.

Después que terminó de vestirlo lo miró un largo rato, absorta y matriarcal; luego fue y se bañó y regresó vistiéndose en el dormitorio, apresurada, aunque deteniéndose de vez en cuando para observar al consumado Rivarola. Se miró en el espejo, se pintó, se tiró el vestido desde la altura de los muslos hacia abajo, se miró de

costado. Luego lo alzó a Rivarola y lo llevó hasta el medio del patio, agachándose para dejarlo caer cuidadosamente tratando de evitar que se estropeará. Lo acomodó con rapidez, colocándole una mano encima de la otra sobre el abdomen y se puso de pie dejándolo en esa posición; dio algunas vueltas sin finalidad alrededor del patio y luego fue a la cocina para regresar con esas cosas execrables, aquellas cosas que no deseaba ver, pero que sin salvación debía mirar para hacer uso de ellas. Las cosas perdían en ese instante su esencia habitual. Otras veces habrían prestado una utilidad corriente y beneficiosa, pero ahora se convertían en entidades horrendas, en medios inconscientes de una acción sombría e infausta. Vacío la botella de nafta sobre el cuerpo; el fluido amarillo cayó en un chorro recto, chapoteando, sonoro como un bosque al arbitrio del viento, con el intermitente fluir de un río inacabable. Olga se sentía hondamente sola. Raspó distraída el fósforo

sobre la arenilla de la caja, lo mantuvo encendido en el aire extático y luego lo dejó caer, sin mirar, sobre el cuerpo de Rivarola.

Entonces, algo así como una expresión reprimida, evidenciando una espera larga y animosa, un paciente aguardar que ya no aguantaba más, creció súbitamente en el aire, cada vez hasta más arriba, en innumerables llamas pequeñas y laterales que tendían a confluir en una central más grande. Claro. El fuego estaba esperándolo a Rivarola para cederle su propio movimiento, para elaborarlo a Rivarola de una manera insospechada. Ya se sabe cómo es el fuego: parece que le da forma y vida a las cosas, pero la verdad es que ese movimiento y esa forma son propios del fuego actuando sobre las cosas de manera que lo que parece que da a los cuerpos, lo cierto es que lo recibe de los cuerpos. Claro. De esa manera lo que se mueve es lo que provoca el movimiento y lo que provoca el movimiento es lo que se mueve,

aunque en una relación casi indiferenciable, de modo que el fuego y el cuerpo que el fuego acomete, son lo mismo o por lo menos parece que son lo mismo. Claro. Aunque pensándolo bien, el fuego es solamente el cuerpo que acomete, porque de no existir aquel cuerpo, este fuego no existiría. La verdad es que no se sabe cómo describir el fuego o los cuerpos bajo su influjo, pero lo cierto es que las llamas crecían medio locas y muy voraces, crepitando y ondulándose, y Olga se separó de aquella hecatombe o de ese surgimiento, dando un paso primero hacia atrás y luego otro, y se quedó mirándolo desde allí con la gravedad abstraída de una contralto. En su cara se estaba originando el nacimiento de una acción, aunque por la ambigüedad del gesto, resultaba imposible determinar su naturaleza. Podía ser la resignación o la venganza. Por un principio sencillo de contradicción y de necesidad, sólo una de ellas era auténtica y valorable.

Los medios inútiles

a Mario Medina

Ya estaba en funcionamiento la portentosa máquina, la ínfima máquina irrisoria, y ordenado el nuevo estilo de la violencia, los claroscuros restallantes o medularmente apagados del poder; todas las cosas eran ya propiedad de Atilio por superioridad de facultades para poseerlas y administrarlas: el mismo suelo donde el otro había caído requiriendo ser levantado, era pisado ahora por sus zapatos de dos colores (blancos en una mitad distribuida y negros en la otra y picados para mayor retórica); su crimen era arropado por el silencio y baste declarar que los medios de Atilio habían sido válidos y lo eran ya definitivamente porque desde el instante en que fueron utilizados, implicaron fundamentalmente una transformación irreversible; ustedes deberían

comprender cómo miré el extraño objeto (un paquete en forma de prisma de ochenta centímetros de largo envuelto en papel madera, asegurado con doble hilo grueso y lacrado en los nudos y en las intersecciones) aquella mañana; lógico; era un hecho en el que yo no había pensado nunca y el haber ocurrido justo en ese momento en que me encontraba solo y como vacío, sentado con el mate en la mano, en ese segundo que ustedes deben haber experimentado seguramente y durante el cual uno puede apenas abrir y cerrar los ojos, demostrarse a sí mismo que está constituido por músculos y órganos y que su cuerpo desarrolla funciones concretas, ustedes comprenderán cuánto debieron asombrarme la presencia y la cara ambigua del mensajero de Correos y Telecomunicaciones que todo en menos de lo que tarda un tallador de eficiencia media en distribuir una mano de naipes me entregó la gran caja, la respetable caja, me puso un lápiz en la mano y me

indicó el pie de un desvaído formulario amarillo para que firmara; después que se fue leí el envío comprobando que el paquete era para Atilio y lo enviaba Gregorio Francia desde Buenos Aires, y eso y el peso de la caja me bastaron para saber qué cosa contenía. La dejé nomás debajo del mostrador y todavía estuve mirándola un ratito a esa caja que en su inmovilidad podía expresar tanto y acerca de tantas cosas; piénsenlo bien ustedes y digan si no hay cosas que son verdaderamente un misterio y si no va de lo horroroso a lo estúpido el hecho de que una caja envuelta en papel madera pueda servir de estímulo para extraer o modificar el concepto que uno tiene de las personas y que tal consecuencia lo induzca a uno a agarrarse de las patas de las mesas, pegarle fuego a un edificio o largarse a reír hasta caer con el estómago hecho un trapo y el resto de las entrañas conturbadas. Pero después la fui olvidando y ya dejé de verla cuando la paulatina

pesadez de la mañana me absorbió por completo y las otras personas y las otras cosas se convirtieron en una lejana referencia brumosa, apenas insinuada detrás de mil tules igualmente transparentes, inmóviles y sucesivos; ustedes lógicamente deben conocer esos momentos: el cuerpo de uno no parece ser el cuerpo de uno y mucho menos el modo de pensar que vaga por la cabeza es el propio y corriente; y aunque uno vive por lo general para cosas constantes y fuertes que le interesan, esas cosas en esos momentos dejan de pertenecerle o inquietarlo, y uno siente en esos instantes que durante todo el tiempo ha permanecido siendo otro y entonces puede observar lo que no es desde lo que es con una comodidad y una melancolía inverosímiles y uno ya no piensa sino que es pensado y considerado por otro que no es nadie más que el verdadero uno mismo y en un momento distinto y excepcionalmente esencial; es casi seguro que la

mayoría de ustedes los conoce y conserva a esos claros segundos inolvidables en los que nada importa sino lo que se está siendo mientras se viaja en ellos, un ser profundo y luminoso sustraído a la caótica confluencia general de los sucesos que se encadenan y anudan ciñendo sin piedad la existencia hasta volvérsela a uno intolerable; nada más que durante esos segundos uno puede ser minucioso en todo lo que se refiera a su piel y a su carne y es una consecuencia de que son tan escasos y fugaces el hecho de que uno conozca tan poco de sí mismo. No voy a decir que en mí son numerosos, pero sí créanme si manifiesto que son frecuentes y que a veces sé ponerme a pensar en si no será ésa la causa por la cual mi palabra se respeta, si no será ése el motivo que los induce a todos a confiar ciegamente en mis proposiciones y en mis actos. Quién sabe si no es ésa la causa.

Vinieron todos a verla. Cada uno de los hombres que lo conocían de un modo amistoso a Atilio, concurrieron desfilando uno a uno o en grupos de dos o tres, durante el primero y el segundo día, a contemplarla con los ojos entrecerrados de admiración o de codicia y en general experimentando un sentimiento de nostalgia por no ser ellos Atilio para poder tocarla y utilizarla y explicar con pericia y satisfacción su funcionamiento. Llegaban como si hubiesen venido a otra cosa, casualmente a preguntar una nimiedad o a tomar una copa y se quedaban merodeando sin conversar acerca de nada importante por el pequeño bar que en vida había sido del Tucumano y que había pasado ahora a poder de Atilio y de la Chola; Atilio también se acercaba a ellos sin declarar abiertamente la intención de mostrársela, pero a la larga se abordaba un tema que sin duda alguna acabaría asociándose con ella y por fin Atilio miraba hacia todas partes y los invitaba a

pasar adentro, a la abarrotada trastienda del bar, y allí la enseñaba. Los visitantes emitían un silbido súbito o bien juntaban el dedo pulgar y el medio por las yemas y agitando la mano golpeteaban el índice contra los otros dos para indicar con ese gesto que se sentían sencilla y rudamente deslumbrados.

Atilio la desarmaba pieza por pieza, con el mismo cuidado con que un coleccionista exhibe su adquisición más valiosa e iba indicando para qué servía cada una y de qué modo funcionaba en el conjunto; la conservaba en un estuche nuevo y de él la extraía y en él la guardaba con el mismo amor y con las mismas precauciones; siempre demoraba a propósito unos instantes antes de sacarla para hacer más profunda la expectativa y la guardaba con rapidez para que los demás no alcanzaran a verla demasiado bien en la última mirada, impidiendo de esa manera que se hicieran partícipes de una familiaridad que no le interesaba

compartir con ellos. Lo cierto es que era hasta hermoso verlos durante aquellos días gravemente ansiosos por contemplarla e imaginar frente a su palpabilidad fría y pesada que ellos eran Atilio y les era posible utilizarla y explicar a terceros su funcionamiento.

Solamente un día después de que ya nadie o muy pocos vinieron, Atilio se aproximó a donde yo había estado, inmutable y casi sardónico, todo el tiempo; lo hizo caminando con decoroso disimulo. Existía una picazón remota, culebreaba o reverberaba sin franqueza pero absolutamente real, y Atilio la advertía en la piel, en su propia columna vertebral como a una pluma que, aunque casi imperceptible, no dejaba de ser persistente y molesta. Atilio era alto sin dejar de tener una estatura normal; delgado, oscuro, sus trajes eran a veces espectaculares y sus zapatos y corbatas lo eran siempre. Sin bigotes, aunque sombreada verdemente por una barba que nunca acababa de

estar totalmente rasurada, su cara era flaca y honda, la nariz era dura y recta, los labios carnosos y estriados; los ojos te podían mirar treinta segundos hasta desmoronarte, hasta que te cayeras en pedazos, y todavía eran capaces, durante esos treinta segundos en que te estaban mirando, de observar lo que ocurría a los costados o atrás suyo. El pelo, morocho y brillante, era un mar encrespado, un agua como esculpida en mármol negro. Cuando hablaba movía las manos hacia afuera del cuerpo, y al terminar un párrafo las dejaba en la posición y altura en que las había encontrado el punto. Su voz era vagamente nasal y hablaba lentamente diseminando el sentido y el efecto de modulación de cada palabra en toda la frase a que pertenecía la palabra.

Se aproximó sólo cuando pudo acumular una cantidad suficiente de expresiones admirativas como para constituir un argumento. Yo estaba sentado con el mate, frío ya entre las manos, en una

silla baja, en el patio vacío, a las siete de la tarde. Faltaba una hora todavía para que pudiera decirse que el proceso misterioso de la noche se había iniciado. El crepúsculo del veranito pausado y tranquilo reverberaba en gritos lejanos, en súbitos desgarrones de pesado silencio. Trajo a la rastra otra sillita, indolente, aburrido. Se sentó sin hablar, cruzó una pierna flaca sobre otra pierna flaca y comenzó a balancearla.

—¿Camina, el mate? —preguntó entonces mirándome, con la cabeza inclinada sobre el pecho, desde abajo hacia arriba.

—Está frío —respondí—. Hace rato.

Hizo un gesto lleno de ambigüedad, se removió en la silla, metió la mano en el bolsillo de su camisa de piel de tiburón, extrajo un paquete de cigarrillos norteamericanos, me convidó uno, sacó uno para él y después me pidió fósforos y encendió, él, los dos cigarrillos. Después guardó el paquete y la caja de fósforos la colocó en la

puntera de su zapato y balanceaba la pierna con cautela jugando a hacer que la caja no se cayera.

—Te juego diez pesos contra cinco que no se cae —dijo entonces.

—Bueno, pago —dije. La verdad es que podía caerse. Puse las condiciones—: Durante un minuto.

—Medio minuto —dijo Atilio, riéndose.

—Bueno, pago. —Miró su reloj pulsera con una mano levantada, mientras dejaba en suspenso la pierna, interrumpiendo el balanceo. Luego bajó la mano y comenzó a balancear la pierna con el mismo ritmo y la misma velocidad con que lo había hecho al principio. La caja estaba en la cúspide de la puntera, apoyada mínimamente sobre el cuero reluciente; la verdad es que podía caerse y eso fue lo que sucedió, sin necesidad de que Atilio intensificara el balanceo o moviera el pie demasiado. La caja de fósforos rodó un trechito por el suelo y se detuvo; Atilio se agachó

recogiéndola con un gesto desganado y encogió la mano hacia el bolsillo del pantalón.

—No, dejalo —le dije—. Después me invitás con una copa, afuera.

Me entregó la caja de fósforos y nuevamente inclinó la cabeza sobre el pecho y comenzó a limpiarse las uñas con un escarbadietes pringoso. *Entonces ya venía.* Hacía un largo rato que estaba a punto de llegar, pero daba la sensación de que le faltaba el impulso suficiente; de la misma manera que esos aparatos que hay en los parques de diversiones para que las personas prueben su fortaleza: se pega un gran martillazo sobre el resorte y el resorte hace subir por el carril una especie de pelotita de fierro, que tiene que elevarse hasta el extremo del carril y golpear una campana que hay en el extremo, allá arriba; la persona da el primer martillazo y la pelotita de fierro sube hasta la mitad y de ahí cae; entonces la persona se escupe las manos, hace girar los

omóplatos cerrando los puños y encogiendo los brazos frente al pecho y vuelve a golpear y la pelotita de fierro sube las tres cuartas partes y desde la altura alcanzada, carente ya de impulso, cae por su propio peso. Entonces —esto, claro, si es que no hay trampa, porque la verdad es que todos esos aparatos de los parques de diversiones no sirven más que para estafar a la gente— la persona se dice a sí misma que ahora llegó la oportunidad, que en la tercera vez hay que llegar a la cúspide y que en la tercera vez no deben equivocarse ni la concentración agotadora de la fuerza ni la más inteligente y más cómoda posición del cuerpo; entonces cae su golpe con todo lo de sí mismo que le es posible acumular en él y la pelotita de fierro sube por el carril hasta la cúspide y llega al borde y lo toca y suena la campana.

—Chávez —me dijo—. ¿Qué, no te gusta? La verdad es que parece que no te hubiera gustado.

Yo creo que es de las mejores. Ya viste qué funcionamiento, qué presencia que tiene. Decime la verdad, amigo. Con toda la confianza: ¿no te gusta?

—Sí, me gusta mucho, me parece que es de las mejores —respondí sin mirarlo. La respuesta iba formulada con palabras afirmativas, pero en un tono que implicaba la negación del sentido de las palabras.

—No —dijo Atilio—. La verdad es que no te gusta, eso se ve a la legua. ¿Pero por qué? ¿No viste cómo la miraban los demás? ¿Viste con qué expresión? Eso quiere decir que es buena, pero a vos parece que no te gustara. Yo no sé, vos dirás lo que quieras, pero a mí me parece que no te gusta.

Podía haberme callado la boca. Podía haber permitido que él hiciera tranquilamente su cosa hasta el final, sin interpolaciones. Pero para el concepto que tengo del merecimiento del poder,

Atilio estaba haciendo el ridículo.

—Escuchame —le dije entonces como exasperado y mirándolo directamente a los ojos—; que lo hicieras desmoronarse al Tucumano estuvo bien, ése ya se venía abajo aunque nadie lo tocara, a ése la muerte le vino desde adentro para afuera; lo de Rivarola no lo empezaste vos, así que lo que pasó es culpa de él y de nadie más. Todas las cosas que estuviste haciendo hasta ahora estuvieron bien hechas y las aplaudo porque eran cosas útiles, siempre era algo que necesitabas para ensancharte, para poder moverte más cómodamente en el mundo: eso está perfecto, así tiene que ser naturalmente. Pero ahora no, estás haciendo macanas. Si una persona le va a dar importancia a todo lo que encuentra por la calle y se va a meter en cualquier negocio que le ofrezcan, esa persona está reventada antes de empezar. Lo que uno atiende sin necesidad al final termina por derrumbarlo, y cuando uno empieza a juntar cosas

una sobre la otra sin que le hagan falta, entonces deja de ser rico, deja de subir hacia la riqueza para volverse miserable. Atilio: lo que está al lado de uno sin serle útil, a la larga le resulta perjudicial; me parece que te estás volviendo un poco pavote. Yo no sé para qué compraste esa ametralladora si sabés que acá no te va a servir para nada, si sabés que acá nunca vas a tener la oportunidad de usarla.

Tres días después la devolvió, por encomienda, a Buenos Aires. Gregorio Francia le escribió con su letra de pata de gallo, pero Atilio no contestó la carta. Lo único que secretamente le reprocho es no haberse disculpado ante mí por haber dejado caer deliberadamente la caja de fósforos de la puntera de su zapato.

Bravo

a Hugo Gola

Parece que vino Bravo a hablar con Atilio acerca de su cuestión, un día en que Atilio estaba jugando al truco y tomando mate en la trastienda del bar de la Chola; afuera (en el patio y la calle) llovía sinfónicamente y tanto, que daba la impresión de que hasta ese día nunca hubiera llovido antes. Parece que Bravo llegó muy nervioso y excitado, cosa por otra parte nada extraordinaria, porque es común que ande siempre como disparando de un fantasma, algo así como mal dormido o a punto de retirarse aunque recién haya acabado de llegar; estaba con su impermeable desabrochado, las manos semicubiertas y aniñadas por las mangas anchas y grandes, macizo y pequeño, el pelo brillante y mojado, yendo de un lado para el otro de la pieza,

alrededor de los cuatro hombres silenciosos que jugaban (haciendo pasar el mate de mano en mano como a un revólver famoso) aletargados un truco muerto, sin fe ni necesidad y no más que para matar el ocio y la peligrosa posibilidad de pensar en uno mismo que por lo general el ocio trae aparejada. Bravo habrá querido demostrar con toda seguridad que entraba como siempre, como todas las otras veces que se había hecho presente en la abarrotada trastienda separada del bar por una cortina de cretona descolorida, pero Atilio (levantando nada más que una sola vez los ojos del naipe, para saludarlo) ya sabía que esa vez no era igual que todas las otras veces y esperó, como distraído y queriendo no forzarlo (porque Atilio tiene al fin de cuentas esas cosas que hacen que uno lo admire y lo respete), que Bravo el superexcitado lo abordara. Parece que éste por fin se decidió y colocándose detrás del que hacía pareja con Atilio, viniendo a quedar enfrente de él

a través de toda la mesa y de la yunta, entrecruzó las manos por los dedos y soplando con vehemencia el hueco que se formó entre las dos palmas, abortó con decisión y como estallando lo que había estado queriendo manifestar desde que llegara.

—Quisiera hablar con vos —parece que le dijo.

Atilio sorbió el mate que acababa de recibir del cebador que estaba a su costado, sorbió dos o tres veces más hasta terminarlo, le dijo al cebador «está frío», corrió la silla con calma hasta separarla unos centímetros de la mesa y recién entonces, como si estuviera demostrando a los demás en qué forma debe efectuarse una pregunta, mirándolo fijamente a Bravo le dijo:

—¿Para qué cosa, si puede saberse?

Bravo miró a su alrededor dando a entender que había teros en la laguna. Sus ojos revelaban desolación, o ruego, y todo su cuerpo se removió

como si estuviera hecho de arena fina y pesada. Los otros no prestaban atención y permanecieron alrededor de la mesa como habían estado desde el principio, matando el tiempo en jugar con los naipes, o con una caja de fósforos o con un cenicero o con una copa, absorto cada uno en su propia desvinculación de los hechos. Atilio, por su parte, hizo como que él no estaba enterado de nada.

—Quería hablar a solas —parece que no tuvo más remedio que decir con cierta timidez Bravo—. No se enojen, muchachos...

Los otros apenas si se sacudieron en sus sillas para indicar que no estaban ofendidos, y por lo demás no hicieron ningún ademán de levantarse, quedándose allí imparciales y neutros, aguardando que la situación los involucrara específicamente a ellos, para retirarse o quedarse según el sentido con que fueran involucrados por la situación. Pero según parece Atilio con tres o cuatro palabras

fuertes les señaló las inconveniencias de estar ellos presentes allí en la trastienda y algo respecto de la educación y de las costumbres, así que inmediatamente se levantaron y se fueron, uno por uno y silenciosos, en fila india hacia el bar, neutros de nuevo después de haber participado un breve instante de los hechos; al irse dejaron todavía un murmullo vago y conformista flotando en la abarrotada trastienda, un murmullo que lentamente fue disipándose y perdiéndose para el oído y persistiendo sólo para la memoria, hasta que decantado y consumado (murmullo real o recuerdo del murmullo) regresó al impassible y pesado seno originario del silencio que acababa de prohiarlo y nutrirlo.

—Atilio —parece que dijo Bravo entonces, sin mirar a ninguna parte—. Tengo que pedirte el favor de que me dejés llevar a la Blanca conmigo; dejame que te explique. Queremos retirarnos, vivir decentemente desde ahora. Te venía a pedir que

me la dejés llevar.

Da la impresión de que Atilio ha encendido un cigarrillo, lo ha chupado dos o tres veces, ha echado el humo y después, sin sacárselo de la boca al cigarrillo, y hablando por el costado de la columnita serpeante de humo azul que danzaba y se estrellaba contra su ojo dispersándose y obligándolo a cerrarlo, le ha dicho que no podía, que la Blanca trabajaba para él, y que a él le costaba demasiado dinero y preocupaciones alimentarla y vestirla y protegerla de la policía, y que bastante irresponsable y atorrante era Bravo al venir a pedirle que lo dejara llevársela con él, porque eso venía a significar que por lo menos desde un tiempo atrás ellos dos (Bravo y la Blanca) mantenían relaciones a sus espaldas, cosa que, según parece que dijo Atilio un poco menos que a los gritos, a otro que no fuese Bravo le habría costado seguramente la respiración, el equilibrio y todas esas cosas que consciente o

inconscientemente constituyen la vida general de cada uno.

Y en efecto. Ya que según se tiene entendido Bravo sólo puede decirse que comenzó a progresar cuando Atilio lo trajo de Buenos Aires instalándolo en esta zona, dándole participación en las ganancias, no las producidas por el bar o por las muchachas, sino las recogidas en las mesas de juego que noche a noche son rodeadas por manos nerviosas o impávidas y ojos desesperados o fríos. Y no solamente en lo que se refiere al dinero, porque de igual forma se tiene entendido que Atilio dividió con Bravo hasta el respeto que se le tenía y lo alojó en su casa procurándole todo lo que puede necesitarse para vivir decentemente y sin preocupaciones. Y eso sin dar a entender que se le estaba dando, y dispensándole una forma de vivir a la que Bravo a lo mejor ni siquiera estaba acostumbrado. Porque de acuerdo con lo que se oye decir entre la gente, Bravo mientras estaba en

Buenos Aires no era nada y por sí solo nunca fue capaz de progresar, debiéndole a Atilio todo lo que pudo haber tenido en forma más o menos segura. Además, y muy fundamentalmente entre otras de las tantas cosas que se dicen, parece ser que Atilio era capaz de vaciarse los ojos por Bravo, sin preguntarlo dos veces y con toda seguridad que hasta pensando en otra cosa.

—Ya sabés —gritaba Atilio golpeando fuertemente con el puño cerrado sobre la mesa insensible y destartalada, haciendo desparramar y revolotear los naipes brillosos y lisos— cuál es la ley; el que la conoce quiere decir que la admite y el que la admite tiene que aguantárselas. Vos no sos ninguna criatura y sabés lo que le cuesta a uno mantener a una mujer; además, si se empieza a permitir todas estas cosas, uno acaba enviciándose con tanta decencia estúpida y termina por olvidarse de hacer lo que tenía pensado para toda la vida. Y podrías tener un poco más de cara y de

vergüenza (gesticulaba Atilio paseándose por la trastienda abarrotada) callándote la boca, sin necesidad de hacerme pasar el mal rato de enterarme de que mientras te recibo en mi casa y te trato como a un hermano, y te instalo en la zona para que te hagas un porvenir, vos te largás a molestarme a las muchachas y a llenarles la cabeza con puras macanas. Amigos así me sobran, los encuentro por todos lados.

—Atilio —insistió Bravo—. De cómo somos hermanos no corresponde que hablemos, porque vos sabés bien cómo te quiero y te respeto y que aquí y en cualquier parte saco la cara por vos y te defiendo con la vida. No te niego que te debe haber costado mucha plata, la Blanca. Pero comprendeme que desde que ella me eligió, desde el momento en que no quiso seguir haciendo esta vida que hace y prefirió venirse conmigo, no te puedo dar cinco centavos por ella, porque desde ese momento dejaste de ser el dueño. Desde ese

momento ella es libre.

—Ella va a ser libre cuando se muera; aunque se vaya sin mi consentimiento siempre va a estar dependiendo de mí porque va a saber que tiene una deuda y que apenas se encuentre nuevamente conmigo me la cobro. Yo no la compré para que cambiara de idea; yo compré su cuerpo, no sus estupideces como ésta. Así que andá sabiéndolo de antemano que mientras yo no quiera que se vaya no se va a ir y que siempre va a estar acá adentro aunque se vaya. Siempre va a estar pensando en esta casa. Y si querés una respuesta definitiva te digo que *no*, que vos y la Blanca se quedan, y que si vos querés irte la puerta está abierta pero tené por seguro que cuando quieras volver la vas a encontrar cerrada.

Según se tiene entendido Bravo estaba a punto de echar espuma por la boca; le temblaría el labio superior, los ojos destellarían como brasas sopladadas, los puños se le estarían cerrando lenta y

duramente. Pero después el rostro debe habersele relajado y lo habrá mirado al firme, al fuerte Atilio diciéndole:

—¿Sabés una cosa? No es por principios. No es por unos pesos más o menos que puedas perder. Es otra cosa. Es que vos sos incapaz de comprender que un hombre y una mujer pueden quererse.

—¿Por qué no escribís un tango con todo eso?
—parece que le dijo Atilio riéndose.

—Te podés reír todo lo que quieras, no me importa —respondió Bravo queriendo ser implacable, o siéndolo—. No me la voy a llevar, la dejo. Pero vos y yo no vamos a vernos más. Se acabaron nuestras relaciones. Lo que pasa es que te sentís incapaz de permitir a los demás que sean felices fuera de tu gobierno.

Atilio, que se hallaba sentado en ese momento, barajando distraídamente los naipes, los arrojó sobre la mesa y de un salto estuvo de pie; y

seguramente se habrá agarrado al borde de la mesa para contenerse.

—Llévatela, rápido —le dijo—. Si cuando yo salga al patio todavía están aquí, tené por seguro que no se retiran caminando. Estate seguro de que se los llevan muertos.

Por la ventana se veía el patio, gris, lavado por el agua cayendo sin cesar, insensible a las exigencias de silencio o rumor que podrían alimentar las melancólicas esperanzas de los hombres. Bravo y Atilio, según parece, estuvieron mirándose un largo rato, absortos en sus propias convicciones y absoluta y obstinadamente convencidos de que sus relaciones desde ese momento se cortaban para siempre. Por fin Bravo salió y Atilio permaneció inmóvil, hasta mucho tiempo después que el otro hubo salido. Fue allí cuando se tiene entendido que entró la Chola y arrimándosele, aunque sin tocarlo, le dijo:

—Tarde o temprano tenía que venir a

decírtelo.

—Claro —parece que dijo Atilio, y seguramente pensó: «Quería librarlo de su propio remordimiento. Cuando la abandone, cuando la miseria los rodee y los estrangule, se va a arrepentir y eso es lo que yo quería evitar; que no haya sabido aprender hasta qué punto era capaz de aguantar la vida y se ensucie en el barro y en la indecencia». Y con el subpensamiento, subpensando: «O a lo mejor es el propio Bravo quien tiene razón y mi preocupación y mi cariño no son más que un pretexto para que no se escape de mi vigilancia y mi dominio». Pero esto último sin palabras o ideas precisas, sino con una vaga sensación de culpabilidad o de duda que entoncaba en sus propios pensamientos anteriores, como un súbito escalofrío o una infinitesimal corriente eléctrica. Porque todavía el significado de su pensamiento no terminó ahí ya que las palabras persistieron en la memoria y

continuaron intercalando sensaciones y sentimientos de dudoso significado hasta que por fin con la misma rapidez y ya definitivamente, como una lámpara que en medio de la oscuridad acaba de encenderse, la última conclusión brilló fuerte y amarilla en la confusa multiplicidad de su cabeza: «No debí cerrarles las puertas de mi casa».

Y nada más. Ni siquiera hubo más cuando los vio pasar y detenerse un momento junto al ventanuco, sin mirarlo (quizás hasta dando la impresión de que ya no se acordaban de que pudiera existir algo que no fuese ellos dos — Bravo y la Blanca— relacionados), solamente para terminar de cerrar entre los dos la valijita de cartón que la Blanca trajo consigo la primera vez que entró en esa casa, cuatro meses antes, vestida con un trajecito de hilo blanco, con un rostro y una figura que parecían provenir de un retrato de Modigliani. Tampoco hubo más cuando

desapareció la muda imagen de los dos del rectángulo de la ventana y sólo quedó la lluvia derramándose incansable sobre el patio sombrío. Y no hubo más tampoco un tiempo después, cuando, debido a las circunstancias, a lo mejor entre otras personas integradas por otras modalidades o convicciones, pudo haberla habido:

porque parece que Bravo y la Blanca se casaron estableciéndose en Rosario y que no vivieron mucho tiempo uno con el otro porque, según se tiene entendido, ella estaba tuberculosa y murió inexorablemente antes del año. Dicen algunos que cuando Bravo tuvo conocimiento de la enfermedad de la Blanca la abandonó por miedo al contagio; hay que creerlo, ya que es muy posible que de todas las representaciones que pudo haberse forjado de la muerte, la de una cama olorosa y desarreglada, la de unos ojos hundidos y vacuos y unos pulmones fatigosos y pesados devolviendo sangre por cada respiración, es la que

menos probabilidades debe haber tenido de cristalizar en su imaginación. Y, presentándose de súbito, esa oscura amenaza pudo sin dificultades convertirlo en un cobarde. Según se tiene entendido la Blanca murió sola y su cadáver fue descubierto antes por el olor que por algún otro signo. Pero se dice además que Bravo estuvo presente en el entierro.

También bruto

La penúltima vez que Stumpo vio a Onofre, fue como si Onofre flotara en una espesa lejanía, y como si él mismo se meciera con incertidumbre y vacuidad en otra. Fue en lo de Atilio, una tarde de otoño, fría y húmeda como una barra de hierro expuesta a la intemperie toda una noche, lenta y pesada como un zapato de suela de goma, porosa y ambigua como de corcho. Stumpo había cumplido los sesenta entonces (no los confesaba, y eran imperceptibles en su aspecto, pero evidentes en su trato) y la gente que antes lo había rodeado y admirado prefería discretamente huirle cuando él se hacía presente en algún sitio, hasta dejarlo gradualmente solo en un rincón, rodeado y protegido (como la concha se rodea y protege con las sustancias que segregan sus propias valvas) por los fantasmas ávidos y fuertes, así como portentosos, pero ya inhábiles e inútiles, de un

pasado que él y otros como él (no menos desvaídos tanto en su aspecto como en su trato) habían no ya conocido, sino creado, modificado y fortificado, con la sustancia invisible y pasajera de sus propias acciones.

Onofre era de los de ahora; había un cambio irreconciliable de métodos entre las dos generaciones: los viejos cuando hablaban de los jóvenes lo hacían casi en voz baja, rígidos en sus asientos y al pasar, como si se tratara de algo que no debía ser comentado, algo secreto, sellado varias veces y cuya mención acarrease una desgracia intensa y constante. Los jóvenes, en cambio, lo hacían a viva voz y no sin cierta petulancia, solventados tal vez por la circunstancia ventajosa de moverse en un mundo con el que, por no haber actuado mayormente en él, se hallaban escasamente comprometidos. Pero entre Stumpo y Onofre, aunque la cosa fuera de ese modo para todos, la relación era distinta y el antagonismo

silencioso, porque ellos dos eran como padre e hijo, ya que Stumpo había recogido a Onofre en la calle cuando todavía era poco menos que un chico, lo había traído con él, y le había hecho compartir sin prevenciones y sin límites lo que tanto el mismo Stumpo, así como Onofre y todos los demás, consideraban sin discusión alguna su reino.

Así que Onofre había crecido en una permanente contradicción. Por una parte amaba y respetaba el mundo que Stumpo, sin pretender despertar en él sentimientos que enajenaran su libertad, le había descubierto y entregado; por la otra, el trato con los de su generación, a los que sentía también como suyos, lo llenaba de remordimientos y demonios, evidenciándole un enfrentamiento fatal y definitivo, en una inexorable dialéctica que avanzaba sin detenerse pese a sus afectos y a sus admiraciones. Onofre no llegaba (y por bastante) a los treinta. Daba gusto verlo: alto y erguido, serio, reconcentrado y fuerte, caminaba

con lentitud y como si bailara, y era tan consecuente con el reglamento que más de uno más de una vez enajenó sus propios actos por miedo de que Onofre pudiera reprochárselos. En su grupo era el rey; nadie lo dudaba y todos, consciente o inconscientemente, imitaban grotescamente sus gestos y expresaban servilmente sus opiniones, influidos por esa honda seguridad de la que él hacía uso sin especulaciones.

Américo Stumpo sabía que lo estaba perdiendo, y que también se perdía a sí mismo. No lo quería reconocer, simplemente. Por eso sus acciones eran cada vez más enredadas, torpes y equívocas, aunque sus intenciones no lo fueran, como aquel cómico del cine que, habiendo provocado un incendio en un depósito de cohetes, lo agravaba a medida que con mayor dedicación trataba de apagarlo. Los viejos, gente como Parra y Chávez, o como Natal Pérez, lo sabían tanto como Stumpo mismo, y habían adoptado la

prevención de apartarse, no con la idea de que debe dejarse perder solos a los demás, sino, por el contrario, con la convicción de que cuando alguien se está perdiendo solo, es necesario dejarlo en esa soledad para que por sí mismo, y sólo por sí mismo, le sea posible rescatarse. «Uno se les aleja —comentaba una vez Natal Pérez— para que ellos sepan que por algo se los está dejando solos.» Pero los jóvenes ya no lo soportaban. Y cuando rebasando las cosas y rompiendo el dique de toda tolerancia, Stumpo una noche le cortó la cara, marcándosela para siempre, a uno de la nueva generación, nada más que «porque la tenía muy limpita, sin barba», y después dio vuelta dos o tres mesas y rompió dos o tres sillas en el bar de la Chola, los jóvenes decidieron cortar por lo sano y establecer una opción respecto de Stumpo que significara un compromiso para todos. Hasta la Chola, y aún el mismo Atilio, que no eran tan jóvenes, pero tampoco tan viejos, fueron mal

mirados después de aquella noche solamente porque, en vez de reaccionar violenta y terminantemente como lo hubieran hecho con cualquier otro que hubiera armado un escándalo de tales dimensiones en el bar, sostuvieron a Stumpo, lo calmaron y lo llevaron al interior de la casa en medio de suaves palabras y tiernas reconvenciones.

Los jóvenes sostenían que Stumpo ya no tenía rescate. Después del episodio del bar se reunieron secretamente dos o tres veces con aire de conspiradores (reuniones a las que Onofre no asistió por hallarse en Buenos Aires) y unos días más tarde Stumpo apareció tirado en la calle, cerca del bar de la Chola, ensangrentado y lleno de golpes, quejándose débilmente mientras dos de los muchachos de por ahí lo recogían y lo llevaban al bar. Allí lo acostaron y le curaron las heridas mientras Stumpo, con los ojos fijos en el techo, con aire de locura melancólica, murmuraba

insultos y maldiciones.

—Se han metido conmigo —decía—. Y Onofre estaba entre ellos.

—No es cierto —dijo la Chola—. Onofre está en Buenos Aires.

Stumpo miraba el techo, abstraído, como si no la hubiese oído.

—Onofre estaba entre ellos. Yo lo vi —decía.

Cuando estuvo lo suficientemente organizado como para caminar, Stumpo comenzó a salir nuevamente de su casa, pero a todos les dio la sensación de que no era el mismo. Caminaba como absorto por un gran pensamiento, apenas si saludaba, y andaba siempre mirando el vacío, como si recordara algo remoto y extraño, con un amago de sonrisa y laxitud en el rostro. Los viejos sabían de qué se trataba, pero los jóvenes, con infinitamente menos experiencia distaban mucho de adivinar que, para los viejos, todo aquello era la señal precisa e incontrovertible de que Américo

ya no tenía rescate. Por el contrario, los jóvenes pensaban que la paliza había surtido el efecto perseguido y Stumpo se había llamado a reconsideración y descanso.

Pero Onofre no se engañaba. «Cómo voy a admitir —pensaba— que *eso* sea mi padre. Mi padre era algo distinto a *eso*, que es cualquier cosa menos mi padre.» Como un autómeta, Stumpo se paseaba por los sitios de reunión de la gente del ambiente, yendo y viniendo con su extraña sonrisa inconsciente esbozada en el rostro, mientras los grupos junto a los que pasaba o cercanos de donde se sentaba hablaban en voz baja, casi con un temor animal de perturbarlo, como si creyeran que las palabras y los gestos de los demás pudieran hacerle daño, pudieran (y esto era lo que especialmente sentían todos de una manera imponderable) sacarlo para su mal de esa especie de marasmo, de ese adormecimiento.

—Ahí está don Américo —decían los jóvenes,

como si estuvieran arrepentidos de lo que habían hecho.

—Da miedo —decían las chicas, pintarrajeadas, con su viejo aire cansado, pesarosas por tener que vestir de noche y como para una fiesta a cualquier hora del día.

Así pasó todo el verano. Cuando el calor comenzó a ceder (y fue un verano largo y blanco, según parece) y hubo una gran tormenta, y el olor del otoño, agudo y frío y tan o más pesado, aunque a su manera, que el del verano, se esparció y flotó por toda la zona llenando las narices y los pulmones y la gente comenzó a prepararse para otra temporada, Stumpo rompió su incomunicación y adoptó un aire nuevo, distinto al que había observado hasta entonces, pero distinto también a lo que siempre había sido. Cuando Onofre lo supo, pensó simplemente: «Esto tampoco es mi padre». Y los viejos pensaron que aquello no era Stumpo, pero los jóvenes, que siempre ven las cosas desde

el punto de vista de la moral aunque les guste alardear de inmoralismo muchas veces, pensaron que Stumpo los había engañado a todos ideando un plan siniestro para vengarse de ellos, y que lo estaba cumpliendo al pie de la letra. Stumpo se sentaba ahora con la gente, especialmente con los viejos, y hablaba con ellos. Reía con una risita seca, pérfida y connivente y decía:

—Voy a sacudirlos a todos.

—Sí, claro —decía pacientemente alguno de los viejos, que lo escuchaba con una sensación de pesar y fastidio—. ¿Para qué?

—Para... —decía Stumpo, confundiéndose y tartamudeando. Y después, con cierta petulancia —: Para que aprendan.

—¿Qué cosa? —preguntaba el otro, como sorprendido. Y Stumpo:

—Para que aprendan a portarse como hombres.

Los otros hacían silencio y Stumpo los miraba

casi con ansiedad, tratando de observar el efecto de sus palabras en sus rostros. Después se levantaba y se iba a otro lado, encorvado, pesado y débil a pesar de su aspecto macizo, como si fuera su propio antiguo poder lo que lo hiciera doblarse, toda su vida pasada acumulada sobre sus espaldas como una condena.

Alguno le preguntaba por Onofre.

—¿Onofre? Está muy bien. Lo veo poco. Se pasa la vida en Buenos Aires.

Y sabía perfectamente que mentía, porque no sólo no lo veía poco, ya que sabía perfectamente que no lo había visto nunca desde hacía por lo menos tres meses, sino porque estaba perfectamente convencido de que como lo que Onofre había sido, y como lo que él mismo había sido, ya no lo vería jamás. Sin haberlo pensado una vez sola él sabía todo eso, ahora que había dejado de pensar y obraba simplemente, y su destino crecía firme y trágico como un monumento

contra el que sus equívocas y vertiginosas acciones iban a conducirlo a estrellarse.

Por fin comenzó la temporada, y con ella los cabarets abrieron sus puertas, los lupanares se renovaron, y las partidas subrepticias se organizaron en oscuras casas ocultas en el corazón de la noche. Y sucedió que cada vez que se preparaba una partida grande la policía estaba avisada y a última hora tenía que desarmarse y que los jóvenes, que eran entonces los que prácticamente acaparaban todas las grandes partidas comenzaron a sospechar que había un traidor, alguno entre ellos que, faltando al reglamento y desvirtuando su propia humanidad, se había vuelto ahora en contra de ellos. Entre los jóvenes había uno llamado el Norteño, y también el Malo. Era bajo, achinado, rápido y fuerte. Tenía un fino bigote imperceptible y malévolos bajo la recta y fina nariz y unos ojos como dos fichas barnizadas. Se decía tanto de él que habría

necesitado por lo menos tres vidas para haber hecho todo, pero mucho de lo comentado era verdad, especialmente algo relacionado con una muerte que debía en el norte y cuya señal parecía ostentar violentamente entre los ojos. En una reunión de los jóvenes el Malo dijo:

—Antes de una semana voy a averiguar quién es el traidor. Pero con una condición: de que lo sacudamos entre todos.

Había tres más presentes, y entre ellos se hallaba Onofre. Cuando el Malo habló se dirigió a él principalmente, pero Onofre desvió la mirada, y dio la sensación de que se hubiese corrido un velo de tenue sombra.

—¿De acuerdo? —dijo el Malo.

Los otros se miraron entre sí. Parpadearon y después asintieron.

—De acuerdo —dijeron ambos. Onofre no dijo nada. El Malo lo miró, y Onofre lo miró al Malo, y después bajó los ojos.

—De acuerdo —dijo entonces, con un gran suspiro, como un gran caballo expirando.

Entonces el Malo se fue por donde había venido y regresó a la semana con su paso enérgico, estricto, rápido. Onofre y los otros lo esperaban fumando y bebiendo, y si bien los otros dos conversaban de muchas cosas entre ellos, Onofre permaneció todo el tiempo en absoluto silencio. El Malo se sentó, encendió un cigarrillo y echó el humo.

—Stumpo es el traidor —dijo y miró a Onofre. Onofre lo miró esta vez, y por primera vez Onofre se sintió sorprendido.

—¿Stumpo? —dijo uno de los otros dos, y se echó a reír.

—Así es —dijo el Malo, y miró a Onofre—: Vamos a matarlo esta noche.

—¿Esta noche? —dijo el que había reído, poniéndose serio.

—Sí. ¿Para qué vamos a esperar? —dijo el

Malo, y miró a Onofre, volviendo a sorprenderse, porque había actuado tratando de obligar a Onofre a que lo mirara y se encontró con que el otro lo estaba ya mirando, como si lo tuviera en estudio.

—Sí —dijo Onofre, levantándose, con rabia—. ¿Dónde vamos a hacerlo? ¿Atrás de una puerta? ¿Abajo de un puente? ¿Lo esperamos en una esquina? ¿Cuando pase un tren para que no se oigan los tiros? ¿Usamos veneno? ¿Ametralladoras? ¿Gases, como en la guerra del catorce? —Suspiró y se sentó nuevamente. El Malo hizo como si no lo hubiera escuchado y siguió hablando.

—En su casa —dijo—. A las diez. Onofre: vos vas a ir a visitarlo y nos vas a dejar la puerta abierta. A vos te va a abrir. Lo vamos a acuchillar entre todos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijeron todos, incluso Onofre.

Cuando se separaron, Onofre paseó un rato por el centro, entró en un bar, bebió una copa y salió

nuevamente. Era una tarde de otoño húmeda y fría, lenta y pesada. Decidió ir al cine y llegó hasta la puerta misma de uno, y aun hasta muy cerca de la boletería, pero después cambió de idea sin saber verdaderamente por qué razón y se dirigió a lo de Atilio. Caminaba rápidamente, como si tuviera apuro por llegar. Cuando estuvo allí, y abrió la puerta, su corazón golpeó furiosamente, y sintió que sus mejillas se encendían, porque lo primero que vio al entrar fue al propio Stumpo, que se calzaba el impermeable y estaba a punto de irse. Stumpo se sobresaltó, y lo miró como si lo hubiera estado esperando, como si estuviera al tanto de todo. Estaba Atilio presente, y también Natal Pérez, y Chávez, y otro más. Stumpo lo palmeó y lo miró con sus ojos de loco, con un aire triste y fatigado.

—Onofre —dijo.

—Hora, Américo —dijo Onofre, sin mirarlo. Y mintió enseguida—: A usted lo buscaba. Quiero

hablarlo. ¿Puedo ir esta noche a su casa?

—Sí —dijo Stumpo—. Andá a las diez. — Pero como si hubiera hablado bajo el peso de una gran tristeza, de una gran distracción. Después se fue, cerrando suavemente la puerta detrás suyo, y dejando en la habitación algo como un olor, como la reminiscencia de un grito.

A las diez menos cinco, los cuatro hombres se reunieron cerca de la casa de Stumpo. Onofre llegó primero. Estaba impaciente pero silencioso, y el Malo, activo y filoso como una guadaña, no le sacaba los ojos de encima. Onofre fue hasta la casa y golpeó, mientras su corazón galopaba locamente, pensando: «Es tu padre. Es un traidor. Es tu padre». Stumpo abrió la puerta de par en par, y también los brazos en un gesto remoto y desvalido. «Es un traidor», pensó Onofre.

—Américo —dijo Onofre cuando estuvieron adentro—. Me han dicho que es usted el que le va con cuentos a la policía.

Stumpo se sobresaltó, pero después quedó quieto, muy quieto sobre la silla en la que se hallaba sentado, y quedó silencioso, y con una mirada de perro apaleado.

—Américo: hable —gritó Onofre—. Diga que no ha sido usted. Diga quién ha sido.

Stumpo no se movió, no dijo nada. Entonces Onofre se arrimó a él, con amargura y con rabia, y pensó golpearlo, y hasta alzó la mano para hacerlo, pero en su interior una voz antigua y conocida creció gritando: «Es tu padre. Es tu padre», y él bajó nuevamente la mano y quedó inmóvil. Así permanecieron los dos un momento, inmóviles, sintiendo Onofre la mirada de perro apaleado sobre su rostro, la mirada del hombre que una vez había sido fuerte, y lo había recogido en la calle siendo para él mucho más que su padre, hasta que los otros tres penetraron en la habitación como en un sueño, se abalanzaron sobre Stumpo, y lo apuñalearon. Stumpo cayó sin un quejido,

mientras Onofre retrocedía pálido y como asombrado, pero después Stumpo se incorporó, sangrando, con las manos en el pecho, y se quedó de pie mirando fijamente al hombre que había abierto la puerta a los asesinos. No había rencor ni amenaza en su mirada: sólo tristeza. Entonces, cuando los otros dos quisieron arrojarse nuevamente sobre él, el Malo, activo y enérgico, los detuvo con un gesto y se enfrentó con Onofre.

—A vos te toca —le dijo mirándolo.

Onofre lo miró, y después miró a Stumpo. «Es tu padre», gritó la gigantesca antigua voz interior, pero confusamente las palabras se desvanecieron, como si hubieran sido atraídas por una poderosa absorción, y el dolor se mezcló con el recuerdo. «Él es lo que ha hecho», pensó Onofre, con un resplandor nuevo. Avanzó dos pasos casi creyendo que estaba a punto de abrazarlo, pero cuando llegó junto a él sacó su cuchillo y lo hundió en el pecho del que había sido como su padre. Cayendo,

Stumpo todavía lo miraba.

La dosis

No me miraba. Hablaba de mí, yo estaba frente a él, esperando que volviera la cabeza y fijara sus ojos en mí, pero él no me miraba.

—¿Así que éste había sido? —decía, dirigiéndose a los otros con amarga serenidad, sin exaltarse, como si él soportara también el peso de mi culpa. Estaba sentado sobre la esquina del escritorio, balanceando una pierna, calculando el precio justo de lo que tenía que cobrarse, alto y macizo, los grandes bigotes en la amplia cara seria y llena—. ¿Así que este guacho asqueroso?

A través de la puerta cerrada llegaba con atenuación la vaga música del cabaret, vacío todavía, salvo la presencia de las muchachas bailando entre ellas a falta de parroquianos, igual que todas las noches. A las doce comenzará el espectáculo, y la Rubia, que se hace llamar el Ciclón de Cuba, al ritmo de un tambor tembloroso

como un seno, se desnudará para todos en medio de la pista, pero yo no estaré. Él estaba frente a mí, pero no me miraba. Tendría que haberle dicho, tendría que haberle explicado, pero no pude.

—Dame un poco —le dije.

No me miraba. Hablaba con los otros, que estaban a mis costados, un poco atrás, y me sostenían por los brazos, humedeciéndome la nuca con su aliento.

—¿Así que este guacho, esta hembra? —decía, sin mirarme.

—Éste mismo había sido —dijo una voz detrás mío, a mi derecha, una voz nasal, fría, como un viento ligero soplándome en la nuca. Su mano hizo una presión mayor sobre mi brazo—. El mismo, don Nicolás.

—Braco —le dije— dame un poquito.

—¿Qué te parece, Asunción? —dijo él, sin mirarme, hablándole al que había hablado—. Así es como me han pagado.

—Así es, don Nicolás —dijo Asunción.

—Los hacés gente —dijo Braco, con aquella amargura serena del principio— y después te sacuden por la espalda. Eso, Asunción. Así te van a pagar si sos tan imbécil como para entregarle la confianza a esta clase de gente.

—Así es —dijo Asunción—. Así es como pagan.

—Dame una dosis —dije.

Para él yo no existía, yo estaba muerto para él.

—¿Así que hay un palurdo hijo de puta que te extorsiona, que te quiere sacar la plata? —decía Braco, sin mirarme—. ¿Así que te hace llamar por teléfono con una putita para denunciarte por algo que él sabe que vos has hecho? ¿Y todo después que lo alimentaste, y lo vestiste, y le pusiste unos pesos en el bolsillo para que los gastara como un hombre?

Me dolían los huesos, tenía frío. También tenía calor, y el frío y el calor batallaban en mi cuerpo,

y parecía que me quemaban con fuego y después me pasaban hielo sobre la quemadura. Estoy lleno de llagas, de pústulas. Estoy maldito y terminado para siempre.

—Braco —le dije—. Tengo frío, me duelen los huesos. Dame un poquito.

—Perfecto —dijo Braco, sin mirarme—. Ya tenés traición y suciedad para toda la vida. — Hablaba con aquella triste, serena amargura.

—Estás completo. Otra porquería ya no puede caberte.

—«Por el amor de Dios, Braco —trataría de decirle— no aguanto más. Braco, dame un poco, un poco es todo lo que quiero que me des te digo. Me arrodillaré, le besaré la planta de los pies — pensaba yo— dame una dosis, padre, señor mío».

Sus ojos fulguraban como dos brasas, como dos piedras preciosas incrustadas en un pedazo de madera.

«Me arrastraban y yo, llorando, regresaba, y

me golpeaban en las manos para que me soltara de su pierna, pero yo quería besarle los pies para que él me diera una dosis, para que él me mirara. Dame un poco, canalla, perdóname, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, dame, asesino, Braco; mirame por última vez, dame una dosis te digo».

Y había sido como mi padre. Me había recogido en la calle y yo había compartido con él su reino. Tendría que haberlo matado, asesinado, denunciado a la policía. Y era como mi padre.

—Dame un poco —le dije.

—Asunción —dijo Braco, sin mirarme—. Me lo llenan de plomo.

A las doce, la Rubia, que se hace llamar el Ciclón de Cuba, se desnudará para todos en la pista central, pero a esa hora ya no estaré, no seré nada.

Solas

a Oscar González

Lila dijo que estaba cansada, con ese tono entretenido con que suelen decirlo las mujeres mientras se distraen buscando algo que hacer, y después fue y se entretuvo mirándose en el espejo, de un costado primero, luego del otro, arrimando el rostro a la pulida y resplandeciente superficie más tarde, levantándose el pelo sobre la nuca y dejándolo caer enseguida, irguiendo por sobre el vestido con las palmas de las manos sus abultados flácidos senos y mirando de perfil la silueta prominente y dócil; la otra fumaba sobre la cama, con un vestido claro y suelto, el antebrazo bajo la nuca en una posición varonil y los glaucos húmedos ojos fijos en la agrisada blancura del cielorraso.

Era el día más caluroso del año; el aire

estridular rolaba en el exterior y los sonidos demoraban en extinguirse en su seno pesado y en constante desplazamiento, semejando un fluido espeso, grave y transparente moviéndose imperceptible y sin pausa dentro de un inmenso receptáculo. Los árboles permanecían llenos y quietos como compactas y bajas nubes verdes asentadas silenciosamente sobre las oscuras horquetas distraídas.

El moblaje de la habitación era clásico: además de la cama de dos plazas, había un ropero de madera terciada con una fulgurante luna ordinaria, una mesa de luz, y una antigua y polvorienta consola sobre la que descansaban una palangana y una jarra enlozadas. Por alguna hendidura de la puerta de madera se colaba una penetrante, una fuerte y enloquecedora claridad.

—Así es —dijo Lila—. Así es.

La otra permanecía silenciosa, fumando, pensando; recordaba. De pronto se removió sobre

la cama y estuvo a punto de decir algo, quedando suspendida de su propia vacilación, pero no lo dijo y continuó mirando fijamente el techo. Era menuda, ágil, y su inmovilidad y su silencio daban la impresión de que constituían sólo una tregua limitada y activa, como la del arma cuando está siendo cargada, y que su modalidad consistía en lo vivo y lo rápido; esas culebras que permanecen ocultas entre los pastos atentas pese a su sopor, que cuando estás pasando junto a ellas, como algo que prescinde por completo del tiempo, menos que en un relámpago, pero quizá con idéntico resplandor, ya te mordieron y te envenenaron. Lila se peinaba ahora.

—Así es —repitió, abstraída. Y luego, mirándola—: ¿Qué te hacen?

—¿Quiénes? —dijo la otra, incorporándose y mirándola con cierto asombro.

—Los hombres —dijo Lila y continuó peinándose, observando a su amiga a través de la

plateada pátina del espejo.

—Ah. Qué sé yo. Me tocan, me besan. Qué sé yo.

—Sí, ya sé. Pero ¿cómo? —Lila movió en el aire la mano que sostenía el peine.

—Ah, cómo. Bueno. Qué sé yo. Primero entran, hacen algún comentario para demostrar que no vienen nada más que para eso, después me miran, se arriman, me tocan... el pecho, o atrás, y me desvisten, y después todo eso. A veces viene alguno distinto, con algo de conversación, pero es raro, o alguno que se quiere..., que quiere hacer alguna asquerosidad, pero yo le paro el carro y le digo que no se haga el vivo y listo.

—Igual que yo —dijo Lila, yendo a sentarse en el borde de la cama, el opuesto a aquel sobre el que se recostaba la otra. Le daba la espalda y continuaba mirándola a través del espejo; la otra proseguía, como en un estado de ligera hipnosis, observando fijamente el cielorraso, y sobre la

blancuzca gris superficie contemplaba su vida pasada, no toda, sino la constituida por aquellos hechos que eran dignos de ser recordados y la memoria podía rescatar con mayor facilidad, obrando estimulada por causas sentimentales, vagas y melancólicas. Lila había adoptado una expresión reflexiva y casta, suave y animal en su global índole de estupidez—. ¿Te gustan los hombres?

—Algunos —dijo la otra—. Según como sean. Me gusta que tengan conversación y un poco de plata, y que les guste gastarla, aunque teniendo conversación y no plata, si valen la pena, también me gustan. Porque al fin de cuentas...

—Sí —replicó Lila, pensando en otra cosa. Se puso de pie y anduvo por la habitación revisando unas ropas caídas, y después regresó frente al espejo y ahí estuvo—. ¿No te parece que son... tontos?

—Algunos —dijo la otra.

—Cuando están sobre una, sudando, ahogándose, desesperados por agarrarse a cualquier cosa. ¿No te da la impresión de que podrías hacerles cualquier cosa, lo que quisieras, triturarlos?

—Algunos.

—Todos —dijo Lila, dándose vuelta y no mirándola ya a través del espejo, sino directamente—. Todos. Cuando una piensa que han estado desesperados por venir, porque ya no aguantaban más, robando o asesinando para conseguir la plata, para terminar todo en cinco minutos; cuando una piensa que si fuera una la que quisiera hacerlo, no tendría más que salir, cuando le diera la gana, y llamarlos, y traerlos, y llevarlos del cogote a donde le diera la gana; y que una es dueña de abrir o de cerrar las piernas con el que quiera, y que ellos no pueden hacérselas abrir o cerrar a la que ellos quieren o cuando ellos quieren. Yo los he visto entrar y me he reído

pensando en que si yo quería ellos se iban a ir como habían venido y que hasta podría hacerme *rogar* si se me daba la gana. Dame un cigarrillo.

La otra se dio vuelta entre el crujir de los elásticos y sacó un paquete de cigarrillos de debajo de la almohada, arrojándoselo: «Puede ser» —dijo—. «Pero a mí no me gusta eso.»

—No es que me guste —dijo Lila, encendiendo su cigarrillo y devolviéndole el paquete a la otra, que volvió a guardarlo debajo de la almohada—. Lo pienso sin poder evitarlo. Los veo como si pudiera quebrarlos, matarlos. —Se sentó en el borde de la cama sobre el que había estado antes y le pidió permiso a la otra para recostarse transversalmente y usar las pantorrillas de la otra como almohada. La otra le dijo que sí y ella se recostó transversalmente usando sus pantorrillas como almohada—. Pegarles —dijo, muy reflexiva, y después, cambiando de tono, más secamente, aunque sin carecer de suavidad—: Qué

duras tenés las pantorrillas.

—Soy flaca —dijo la otra.

—No. No. Así estás bien. Me gustan esas figuritas así.

—Adelante quisiera tener como vos —dijo la otra con aire técnico— pero no puede ser, porque es otro tipo de cuerpo, otro desarrollo. Me echaría muy para adelante —se movió un poco y los elásticos crujieron, crujendo un poco más después que ella estuvo quieta; entonces creció el silencio y también el calor aumentó y hasta dio la sensación de que podía oírse ascender el humo de los cigarrillos, ondulante, nada rígido, nada severo, con algo de sátiro fingiendo gravedad ante un tribunal de dioses iracundos y carentes de sentido del humor. Se rió—: Me caería de boca.

—Si las querés te las regalo —dijo Lila cariñosamente, sin mirarla, con la vista clavada en el techo.

—A lo mejor son postizos y los sacás y me das

una sorpresa.

—No, no son. Tocalos, si querés.

La otra estiró la mano, los tocó (una cosa abultada, flácida, pesada, moviéndose) y retiró la mano sin dejar de reírse. Había, de pronto, algo extraño en su risa; así por lo menos lo creyó ella misma. Hicieron silencio y Lila, al rato, acomodó la cabeza sobre las duras y aceitosas pantorrillas de la otra y siguió hablando. «Te decía. Eso es lo que pienso cuando los veo y los siento encima mío. A veces quisiera ser como ellos, después que se van, libres, han terminado y una ya no les sirve para nada, cinco minutos aguantándoles todas las porquerías, y cuando ya te usaron te escupirían.»

—Pero es... —dijo la otra, con un cordial y suave antagonismo— ...natural. Depende de una. Si sabés dosificar, si sabés dirigir, entonces no sólo no te escupirían sino que se dejarían escupir.

—¿Te parece? —Lila miró a la otra.

—Claro. A lo mejor nunca supiste tratarlos,

por eso es que pensás así.

—No es eso. Nunca me entusiasmaron demasiado, ésa es la cuestión. Al principio, quién sabe... Al principio puede ser que hasta me hayan gustado esos...

—Guachitos amorosos —dijo la otra, parodiando un éxtasis.

—Sí. Lo primero —dijo Lila poniéndose de pie, sin prestar atención—. Voy al baño. —Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó, y lo hizo desaparecer debajo de la cama.

Cuando abrió la puerta el día amarillo entró en la habitación con un resplandor tan intenso que la otra se cubrió los ojos con el antebrazo y le dijo a Lila que cerrara la puerta. Lila desapareció cerrando la puerta detrás suyo y la otra encendió un nuevo cigarrillo; después se alzó levemente la pollera, dejando ver apenas el extremo de sus muslos aceitosos y firmes, casi trapezoidales. Como si estuviera en el cine, contemplaba sobre la

superficie del cielorraso mudas imágenes convocadas por su interés actuando sobre su memoria, mientras su cuerpo permanecía echado en un profundo abandono húmedo y tibio. El ritmo de su respiración apenas ampliaba el volumen de sus pechitos leves y duros como uvas concentradas y maduras.

Lila regresó entonces. Se quejó del calor y se quitó el liviano vestido, desabrochándolo lentamente, con desgano y hasta con algo que visto por ojos masculinos habría podido tomarse por sensualidad. No tenía enaguas ni corpiño. Fue y quitándose los zapatos, se echó de espaldas sobre la cama, colocando una mano entrecerrada, con la palma hacia afuera, junto a su mejilla. La otra mano colgaba fuera del lecho.

—Voy a dormir —dijo—. Es temprano todavía. Me gusta estar así suelta. —Tenía grandes caderas y un poco de grasa; sus grandes senos, esparcidos, caían lánguidamente a los costados,

lechosos, enfermos, tristes. Causaban pena, no deseo. Pero había algo, algo existía semejante al deseo que podía ser la soledad o la culpa. Cualquier cosa menos el deseo, pero que podía confundirse con él, o manifestarse de tal modo, con un roce, una mirada, un leve suspiro mórbido, que nadie hubiera jugado nada afirmando que hubiera podido ser otra cosa. La otra la miraba con intensidad, con asombro desconfiado o dubitativo.

—Llega un momento —dijo Lila con toda claridad, con los ojos semicerrados— en que una no sabe qué hacer, no sabe nada. Quisiera poder amar de otra manera, no como nos han obligado. Por gusto, por delicia. Algo anda mal porque me doy cuenta de que no soy como todas; no porque sea mejor ni peor, es que no he vivido, no he sentido como todas. Sé que estoy enferma (pero no en el cuerpo; en el corazón), porque no me siento como todas. Me siento monstruosa, sola. Tengo

miedo.

La otra estaba seria y de pronto, tímidamente, como si su mano fuera un pájaro, volando sin preocupación ni apuro, fue a posarse sobre las tristes, mórbidas colinas. Lila se estremeció, como si debajo de su piel se hubieran desplazado infinitas, diminutas, blandas esferitas blancuzcas.

—La carne —dijo, pensando no en el deseo, sino en la soledad y en la culpa; y más en el fondo: «No es eso»—. No —dijo—. No es esto. Me conformaría con desnudarte. Es eso.

La otra saltó del lecho como si hubiera sido tocada, mordida. Era una víbora temerosa, pero no exenta de peligro.

—¡Nunca! —gritó.

Lila permaneció sin moverse.

—No es eso. No hagas ningún escándalo. Ya pasó, corazón. Quería ver si... No es nada, es lo mismo. Estoy enferma pero no de eso. Quería ver si... pero se acabó. Tranquilízate que no te voy a

molestar; te lo juro. No era nada. Me visto, si querés.

—Es lo mismo —dijo la otra, relajándose—. No importa; quedate como te guste.

Volvió a recostarse y continuó recuperando (en lo posible) su viejo, su polvoriento tiempo dilapidado, lleno de personas y voces, y lugares, consustanciado ya con el otro, con el irreversible, el impalpable, el silencioso y oscuro, el Tiempo.

Los amigos

1

«Es que —pensaba Morán— nos hubiera salvado del vacío.» La búsqueda había resultado inútil; diez años atrás, en mil novecientos cuarenta y ocho, Suárez se había disuelto como polvo y humo, sin rastro, llevándose no ya su propia humanidad, sino la de Morán mismo, establecida cuando, siendo por condición y experiencia hombres sin fe, la necesidad y la seguridad de poder contar uno con el otro, habían comenzado a convertir la vida en un suplicio tolerable.

Pero ya estaba viejo (estaba arriba de los cincuenta) y era como si hubiera abolido toda edad. «No he de encontrarlo», pensaba todas las

tardes, abolida también toda esperanza, cuando arrastraba desde su abarrotado cuarto de pensión la silla baja que colocaba en el fondo del patio, para sentarse a tomar mate, entre los pausados gestos azules del atardecer provinciano, tan perfumado y húmedo en las estaciones tibias que oprimía imponderablemente el corazón, y tan lluvioso y frío en el otoño y el invierno, que Morán, vago y melancólico, se sentía como disminuido en una zona de soledad inexpugnable, entre cuyo tejido sombrío se insinuaba, con mayor nitidez cada día, como un jinete emergiendo gradualmente de una polvareda, la conciencia de su fracaso. El rostro seco, atezado, rasurado en partes minuciosamente hasta azularse, tomando el mismo monótono mate que siempre era distinto, Morán (aunque ni aún para dormir se separaba demasiado del pesado revólver cargado con seis balas que habían permanecido intactas desde el año cuarenta y ocho) no había hecho más que

pensar, desde su regreso a la ciudad, casi un año antes, que ya no iba a encontrarlo, que el haber intentado seguir su rastro por todo el país, y aún en el Paraguay y en Montevideo, había sido una empresa absurda, como todas las que dictan la pasión y el orgullo herido. «Y sin embargo — pensaba—, matarlo hubiera sido la única salida.» Con nada que fuera parecido a palabras se decía a sí mismo que lo habría podido rescatar matándolo, restituyéndole aquello que los había salvado durante treinta años del vacío, y que, aunque Morán no le diera ese nombre y sólo lo evocara en situaciones concretas, en porciones de historia personal, no se trataba más que de la prueba incontrovertible de su condición de hombres.

Es que lo habían sido, y por más de treinta años, alrededor de mesas de juego, en lugares nocturnos: hombres sencillos y fuertes, y como tales de pocas palabras, erguidos y seguros como dos dioses de piel dura, los oscuros trajes ceñidos

y los parques sombreros haciendo sombra sobre la frente vasta y serena, los pómulos serios y secos, los ojos vivos. En una mesa de juego se habían conocido, en el peligro y en el riesgo. Morán lo recordaba: «¿Usted ve lo que yo veo, amigo?», había dicho Suárez, inclinándose hacia él de costado, para hablarle en el oído, sin dejar de mirar las manos del tallador. Y él, casi en la misma actitud y tan parecido físicamente que cualquiera hubiera creído que eran hermanos, mirando igualmente las manos del tallador, y hablando de costado, había respondido: «Algo veo, aunque no sé si será lo mismo». Y Suárez, como divirtiéndose: «Pues yo veo que ese hombre (refiriéndose al tallador) no encima como debe después del corte». Y él: «Eso es lo que estaba viendo». Entonces Suárez se había echado hacia atrás y había extraído un gran revólver antiguo de entre sus ropas, y había dicho solamente: «Bueno», sin gritar, sin alzar demasiado la voz,

calmosamente, como si sonriera. «Bueno», y los treinta hombres que rodeaban la mesa, se habían puesto de pie con un estrépito de sillas caídas, y habían abierto instintivamente como un sendero que iba de la boca del caño del revólver hasta el pecho del tallador que, a través de toda la mesa, había abandonado la baraja mirando a Suárez simplemente. «Somos gente honrada —había dicho Suárez, dirigiéndose al tallador—. Usted no encima como debe cuando corta.» El tallador había mirado a la concurrencia en general: «Miente», había explicado con un gesto lento, didáctico. Y Morán, entonces, adelantándose: «Yo lo he visto. Devuélvanos la plata». El tallador se había puesto de pie con la misma lentitud con que había hablado, como si le incomodara hacerlo: «Vení a buscarla», había dicho, y en ese momento, de un rincón de la habitación llena de humo espeso, había surgido una voz grave y terminante, interrumpiendo su movimiento, y llamándolo por

su nombre: «¡Grassi!». Un hombre fornido, de cara chata y redonda, de grandes mejillas, y una boca gruesa cuyo labio inferior colgaba como un belfo húmedo, se había aproximado, hablando al tallador: «Devolvele la plata a los señores». Y a Morán y a Suárez: «¿Cuánto era?». «Cien», había dicho Suárez, como sonriendo. Y él: «Setenta». El capitalista de la partida, que tenía una mirada dura y veloz, y hasta brutal, mientras los treinta hombres lo miraban con asombro y hasta con duda, había extraído entonces del bolsillo de su pantalón un fajo de billetes de cien pesos y había entregado uno a Suárez y otro a Morán. Éste había metido la mano en el bolsillo para sacar el vuelto, y el de los ojos brutales le había dicho: «Déjelos, nomás, por la novedad que nos trajo», sin dejar de mirarlo, mientras Morán, haciendo lo mismo, como si no lo hubiera oído, extraía varios billetes de diez pesos de su bolsillo, separando tres. Había guardado el resto, desarrugando después los tres

billetes y colocándolos uno encima del otro. Después los había doblado según todo su largo, por el medio, y había dado un paso lento hacia adelante y le había tocado cuatro veces las mejillas con los billetes al de los ojos brutales, no como si estuviera queriéndole hacerle daño sino, por el contrario, como si le hiciera un cariño. «Si quiere salir afuera, le había dicho, se va a enterar de más novedades.» «Váyanse», había dicho el otro, entre contenido y furioso, y ellos habían salido lentamente, volviéndose desde la puerta para mirar una vez más todavía a los treinta hombres inmóviles que los miraban a su vez sin haber comenzado hasta ese instante a comprender.

Así era como Morán lo recordaba, sin asegurar que así había sido en realidad, descontando la inevitable deformación que cada hombre hace de su propio pasado: retenía enteramente su sentido, y lo acentuaba, tal vez, acicateado inconscientemente por su amargura. Y recordaba

que los dos hombres que ellos habían sido treinta años atrás, recorrían, ya apaciguados, las estrechas calles de la ciudad, húmeda en las noches, solitarias y tristes: las calles del sur, de empedrado y casas bajas, muchas de ellas todavía de adobe, la zona del río, fragante y espesa, el centro pueril, vano y retórico como un viejo actor sin talento, y que aquel hombre, Suárez, le había dicho en pocas palabras quién era, de dónde era y a qué se dedicaba: «Me llamo Asunción Suárez. No vaya a creer que soy un matón. Vivo del juego pero nunca hago trampas, y no me gusta que me las hagan. Hace unos meses que estoy en la ciudad, pero soy del sur de la provincia». Le había dicho el nombre del pueblo. «También yo soy de por ahí», había dicho Morán, y un rato después habían reconocido gente por los dos tratada antiguamente, lugares recorridos por los dos en momentos distintos, que tal vez recordaban los dos de distinta manera, pero que, nombrados e

individualizados por la palabra y el recuerdo se convocaban y unían sorpresivamente.

Después se habían visto muchas veces en mesas de juego, en sitios nocturnos, pero no habían vuelto a hablar. Sólo un saludo sobrio, respetuoso, casi severo, inclinando levemente la cabeza o llevando con lentitud la mano hacia el ala angosta y suave del sombrero. Hasta que una noche (y Morán lo recordaba casi más que a ninguna otra noche de su vida) después de haberse saludado con la casi severidad de costumbre, Morán alzó hacia el otro el rostro serio y vio que Suárez perdía y perdía, que estaba en una mala racha, y que todavía persistía en él algo que no era profesión sino vicio, una irracionalidad inerte que se había apoderado de él impidiéndole admitir que aquella no era su noche. Cuando comprobó que había perdido hasta el último centavo, rodeó tranquilamente la mesa y fue hasta él: le tocó el brazo llevándolo aparte y le ofreció veinte pesos

para que se desquitara. Suárez lo miró: «Nunca acepto», dijo con seriedad, casi con dureza. Morán se encogió de hombros. «Usted es dueño», dijo, y se fue enseguida, no molesto, pero sí como frustrado, sintiendo que tal vez el otro había entendido mal su ofrecimiento, confundiendo con un favor circunstancial lo que para él no era más que una inflexión del reglamento. No había hecho una cuadra cuando lo oyó venir, dejándolo acercarse sin darse vuelta hasta que el otro lo llamó y se puso a caminar a su lado, bajo los quietos árboles: «Hay gente que quiere ver a los demás en la mala por el gusto de hacer favores —dijo al llegar—. No lo digo por usted. Le aseguro que le estoy agradecido. Pero nunca acepto un favor cuando no lo he pedido de antemano». «Es un modo de ver —respondió él sacando un paquete de cigarrillos—. Convidar no es hacer un favor, sino pedirlo», agregó dándole uno.

Así lo recordaba él, ahora que había pasado la

cincuentena, y se sentía viejo, y no hacía un año que había regresado a la ciudad después de buscar a aquel hombre por todo el país, y aún en el Paraguay y en Montevideo, por la sencilla razón de que había resuelto matarlo. Treinta años pertenecientes a un pasado más vasto y totalmente impersonal que, a medida que avanzaba el recuerdo, eran veinte, y dieciocho, y quince, y diez. Ahí la historia se detenía, el pasado se detenía, dejándolo cernido sobre una situación no terminada, como si un gigante lo hubiera alzado sobre su cabeza y hubiera permanecido todo ese tiempo sosteniéndolo en la altura sin arrojarlo. Así sentía secretamente todas las tardes, cuando se sentaba en la silla baja, bajo el único y alejado árbol del patio de la casa de pensión, mirando hacia la puerta de calle: en las tardes, quietas, resplandecientes, él veía no sólo la calle sino también a través de la puerta abierta, el fondo del patio de la casa de la vereda de enfrente, tan

semejante al suyo que, de haber habido en él un hombre sentado en una silla baja, él hubiera creído ser él mismo reflejado en un espejo. Silencioso, melancólico, Morán permanecía en él hasta el oscurecer; ya no jugaba, o lo hacía muy pocas veces: con el dinero que le quedaba podría vivir, decorosamente, dos años. Después... Nunca pensaba en después. En eso era como un muerto: despojado de todo porvenir. Sin embargo, había veces, muy de tarde en tarde, en que un pequeño resplandor se encendía en aquel horizonte vacío, algo que no era la esperanza sino su oscura posibilidad: y esto cuando, distraído, habiéndolo completamente olvidado por la inveterada costumbre de llevarlo, sin querer, al bajar la mano para tocarse la rodilla, o meterla en el bolsillo del pantalón, percibía en la cadera, cubierto por la camisa y sostenido por el ancho cinturón de cuero que era tan viejo como él, el cuerpo aristado y duro del pesado revólver cargado con seis balas

que desde diez años atrás permanecían expectantes, vírgenes, intactas.

2

Después la historia obraba por sí sola: ellos ya se conocían, ya se veían de vez en cuando, y aquel conocimiento inicial era la Historia: las otras circunstancias no eran más que sus inflexiones, sus consecuencias. Al margen de todo recuerdo quedaban días, horas, minutos. Los dos hombres casi iguales, de rostro atezado y rasurado, se veían de vez en cuando y hablaban del pasado y de su oficio: un pueblo del sur que los dos conocían, de parvas como de un oro viejo y humedecido, nítidas a la luz del último sol del crepúsculo que enloquece y degrada, alegres y vivas bajo el

primer sol de la mañana que deslumbra y engaña. Y también de hombres ya consumados por la muerte cuyas hazañas consistían en vencer el mal con la ecuanimidad, y de barajas y de dados, pequeñas cosas vistosas que condensan el porvenir cuyas evoluciones uno puede prever y dominar si deja de darles crédito.

En quince años nunca se tutearon. Se habían conocido arriba de los veinte y sólo hablaban cuando se encontraban: nunca iba uno a la casa del otro, y hablaban como por cortesía de temas que la Historia misma proponía, pero que eran casi siempre los mismos. Se encontraban en una partida (y cada cual jugaba su dinero, y perdía y ganaba su dinero) y sólo después, a la salida, de vez en cuando, se juntaban para tomar una copa o comer algo. Una vez Morán no lo encontró en una partida y se extrañó. Tampoco lo vio en la siguiente, ni en la otra, ni tampoco en la próxima; estuvo casi ocho meses sin verlo, y hacía ya quince años desde

aquella noche que, en el peligro y en el riesgo, los dos hombres se habían conocido. Entonces una noche Suárez reapareció como de costumbre, el traje limpio, el sombrero ceñido, pero como engordado. A Morán le dio la impresión de que había estado en un hospital o algo parecido. Fue y le dio la mano. El otro se la estrechó con frialdad, y quince años después, Morán todavía podía recordar que en aquel momento había pensado: «Se siente como espiado por mí, como vigilado». Le preguntó dónde había estado y Suárez le respondió de mala gana. «En Córdoba», dijo. Después se habían separado nuevamente, como era su costumbre, para atender cada uno por su cuenta la partida, pero al finalizar el propio Suárez se había arrimado a Morán. Y había sido ya en un café, tomando una ginebra, viendo la llovizna interminable de la noche de otoño, donde Suárez, como recapacitando, como sabiendo que aquella cordialidad de Morán no era más que una inflexión

del reglamento, hecho por Morán para tratarlo a él justamente, le contó que había estado preso. «Me hubiera escrito», dijo Morán. «Para qué.» «¿No contaba conmigo?», preguntó Morán. «Sí», dijo Suárez, «pero no lo necesitaba». Morán lo había mirado con fijeza, recriminándolo: «Le podía haber mandado cigarrillos, un paquete de algo. ¿Por qué lo metieron en cana?». Suárez miró por la ventana la delicada, inocente llovizna: «Mujeres», dijo. «Usted no quiere aceptar favores, de acuerdo; pero yo, si quiero, puedo ofrecérselos.» «Ya lo sé». Y eso había sido todo. Morán recordaba que había pensado: «Yo no puedo contar con él si él se niega a contar conmigo». O bien: «Tal vez entiende las cosas al revés». Y era, aunque con otras palabras, una idea simple: para poder contar siempre con alguien (y no era tal vez una idea, nada que tuviera que ver con palabras, sino un sentimiento, casi una breve iluminación) es necesario no recurrir a él. Nunca.

De esa manera, las cosas no cambiaron hasta que quince fueron veinte; los días se acumularon iguales: el saludo severo, la charla cortés y prevenida, involucrando parvas de oro húmedo y dócil, hombres completos en la muerte, agorerías. Cuando hizo veinte años justos de aquella noche en que los dioses jóvenes de piel dura se conocieron en el peligro, los días fueron el Día: las inflexiones fueron Historia, de nuevo, pero una historia que muestra su otra cara: después del Día, la Historia se dio vuelta, como un dado que rueda un poco más y se detiene; y ahí quedó (la historia, el dado) inmóvil.

3

Y esa inmovilidad es como un medallón de

vieja plata que se conserva en el fondo de un cofre trabajado, de relieves nítidos aunque atenuados por el desgaste del tiempo; un bajorrelieve que muestra dos hombres muy parecidos, casi iguales, de rostro atezado y alta estatura, ceñidos en trajes oscuros, la frente sombreada por el ala del sombrero, un poco más corpulentos que veinte años atrás, pero los mismos; así era como Morán lo recordaba, ahora que no había Historia entre aquel instante en que Suárez entró por primera vez a su casa después de veinte años de conocerse, y el instante mismo en que estaba recordándolo. Desde entonces no había habido más que días, así como no hay más que sonidos en ciertas músicas a las que no les prestamos atención hasta que una nota nos toca el corazón con un calor imponderable y la Música se instituye. «Recorre a mí», pensó Morán viéndolo entrar, igual que de costumbre pero ligeramente excitado, tal vez con la mirada demasiado viva, demasiado rápida. «Tal

vez no confía en mí», pensó, subpensando que eso podía ser solamente una idea suya, tan acendrada, que él adjudicaba instintivamente su significación a la realidad. Suárez detuvo un poco la mirada sobre su rostro antes de decirle: «Necesito un favor». «Sí», había dicho Morán, distraído. «Siéntese.» Buscó ginebra y dos copas; sirvió y bebieron. «Un gran favor», dijo Suárez, pero ya no lo miró tan fijamente. Y agregó: «Necesito que me preste diez mil pesos». «¿Qué?» Morán lo miró como si sonriera, y Suárez apuró su ginebra, sin mirarlo. «Estoy en un lío: en quince días puedo devolvérselos.» Morán había vuelto a llenar las copas, pensando: «Tiene que necesitarlos mucho para recurrir a mí, para recurrir a mí, o a cualquiera». Después dijo: «¿Para cuándo los necesita?». «Para esta noche.» «Tengo que pedirlos prestados.» «Pídalos.» «Sería la primera vez que.» «En quince días va a tenerlos de vuelta: le doy mi palabra.» Morán bebió un largo trago y

pensó: «He esperado veinte años que él contara conmigo. Ahora está aquí. Tengo que conseguírselos, para esta noche». Lo miró con seriedad, pensando que diez mil pesos eran demasiado dinero: «Venga a las diez», dijo, y el rostro de Suárez cambió nuevamente: la piel se había estirado, endurecido, y los ojos se hallaban totalmente apaciguados, mirándolo como siempre, sin matices, fijamente. Después Morán preguntó: «¿En qué líos se ha metido?». El tono empleado por Suárez para responderle fue el mismo de cinco años antes, un tono seco y casi duro, el de una intimidad que se contrae al ser atisbada: «Mujeres». Y salió. En su otra cara el medallón muestra a un hombre pensativo, en un cuarto de pensión, con los ojos entrecerrados, haciendo girar distraídamente una copa vacía, pensando principalmente en qué podía reportarle a él darle de un golpe diez mil pesos que tenía que conseguir prestados a un hombre que en veinte años no había

hecho más que empeñarse en conservar una fría distancia y que lo único que tenía de común con él era una profesión, una noche de riesgo, y un pasado que la memoria y la imaginación seguramente deformaban y que ni siquiera daba pruebas suficientes de ser verdadero.

La inmovilidad continúa en un friso breve, inmutable, que muestra a un hombre que el tiempo ha hecho más corpulento, de traje oscuro ceñido y parco sombrero negro, recorriendo la ciudad, como un caballo atravesando un huracán; puede verse que da tres veces su palabra en un mismo día por un dinero que esa misma noche entregará a alguien que ha estado esquivándole su intimidad durante veinte años; un friso en cuyo extremo hay dos hombres, uno que acaba de recibir diez billetes de mil pesos y se retira, mientras el otro, libre, lo mira fijamente, fijamente, pero como cansado, como invadido por una portentosa fatiga.

Pero hay un medallón más, y otro friso, por

último. El medallón es pequeño, simple: muestra a un hombre que espera sereno, confiado (no dinero, porque ha visto muchas veces, inmutable, su dinero barrido en una mesa de juego) sino algo que ni siquiera sabe qué es, pero que sabe que necesita. El friso es extenso, reiterativo, lento: el hombre se levanta y sale, va a una casa de pensión en el extremo de la ciudad y alguien le dice: «Se ha ido». Pregunta: «¿Hace mucho?». «Un mes», le responden. Aunque en el friso no puede verse, su corazón golpea con violencia dentro del pecho, y el hombre piensa: «La misma noche». Dice: «¿Dijo dónde?». «No, ni siquiera tuvo la...», quieren responder, pero él interrumpe: «Gracias», dice retirándose, rígido, herido. Herido y ofendido hace sus valijas y sale de la ciudad. El friso lo muestra atravesando no una ciudad, sino ciudades, un país, parte de un continente. Hay una fecha en el medallón, en el último: doce de septiembre de 1948. En el extremo del friso hay otra: octubre de

1958. Muestra a un hombre regresando a una ciudad abandonada diez años atrás, alquilando un cuarto en una casa de pensión de vasto patio, desde el cual, en las tardes resplandecientes de la primavera y el verano, el hombre ve una casa en la vereda de enfrente con un patio tan parecido a ése en el cual se halla sentado, que piensa a menudo que si otro hombre se sentara en él, en una silla baja, él creería estar viendo su propia figura reflejada en un espejo.

Ahora bien: quien ha forjado este último friso, ha dado al hombre una expresión determinada, ha tallado trabajosamente su rostro para dar a entender que en diez años (esté en Tucumán o en La Plata, en Buenos Aires o en Montevideo) su pensamiento no ha variado jamás. Es la expresión de un hombre que se repite interiormente, sin cesar, como si no hubiera aprendido otra cosa en toda su larga vida: «Tengo que matarlo. Tengo que matarlo. Tengo que matarlo».

En el mes de octubre del año mil novecientos cincuenta y ocho, un hombre corpulento aunque ligeramente encorvado, que conservaba la remota apariencia de una antigua fortaleza, como una vieja dama conserva ciertos modos que le fueran peculiares en el esplendor de una exitosa juventud, que no le alcanzan sin embargo en la vejez para ocultar su decadencia, tomó un cuarto con pensión completa, el último de una hilera cuyas puertas desembocaban sobre una larga galería de mosaicos rojos, completamente agrietados y descoloridos, en un antiguo hospedaje situado en el barrio sur de la ciudad, y al serle preguntado por la dueña su nombre a los efectos de asentarlo en un viejo cuaderno que hacía las veces de registro, dijo llamarse Asunción Suárez y provenir del norte del país, declarando asimismo cincuenta y dos años de edad. Pagó un mes adelantado, y si

la dueña de la pensión hubiera podido, por algún favorable poder de agorería, penetrar en sus pensamientos, habría sabido que los novecientos pesos en billetes de cien que el hombre le entregó el día de su llegada, eran los últimos de los que podía disponer.

Usando de ese mismo poder de penetrar en la conciencia de los otros, la dueña de la pensión (una mujer que al hablar con sus vecinas, en la feria, acostumbraba a llevarse delicadamente la mano al pecho, gesto que contrastaba con sus ochenta kilos flácidos, mientras revolvía los cajones de sucia verdura con una pericia despectiva que sólo es posible encontrar en las mujeres) habría llegado a saber además, y entre otras cosas, que aquel hombre, que era jugador de profesión, ya no jugaba o prefería no hacerlo, en primer lugar por falta de dinero, y en segundo lugar (y la dueña de la pensión habría advertido que para el hombre esta razón era la más

importante) porque estaba sintiendo últimamente que aquel ligero atisbo de irracionalidad que lo abordaba junto a una mesa de juego, y que nunca había podido dominar totalmente, crecía cada día un poco más, como el montoncito de fichas de un ganador, al mismo tiempo que su voluntad iba mermando con la misma regularidad con que disminuye la altura de un mazo de naipes que se descarta gradualmente.

Pero todo es soledad en la mente de los hombres, y sólo la palabra, que casi siempre la agrava, puede a veces atenuar esa soledad. Suárez sin embargo no hablaba nunca y tampoco, al principio, salía nunca de su habitación, salvo para ir al comedor donde en vano los demás pensionistas querían entablar con él alguna conversación, para llenar el vacío, como es costumbre de la gente, con un método que no cuesta nada y que se llama las maneras sociales. «Es raro, decía la dueña de la pensión a sus

vecinas, en la feria, porque a la tardecita dan ganas de salir al patio, que es tan despejado.» Y en efecto, así era, y así lo comprobó el hombre cuando unos días más tarde, justamente teniendo en cuenta una recomendación cordial que le hizo la dueña de la pensión durante el almuerzo, salió al patio como a eso de las seis, o tal vez un poco más tarde, viendo con atenuada fruición el vasto paraíso florecido, el tapial enrojecido y polvoriento a raíz de la gradual disminución con que el tiempo ataca los ladrillos y el despejado cielo de la primavera, abierto y claro en el atardecer sin brisa.

Fue para Suárez como un sereno despertar, y la dueña de la pensión, halagada y satisfecha porque el hombre había seguido con tanta obediencia su consejo, vino ella misma y le ofreció una pava y un mate, y una silla baja para que se sentara bajo el paraíso. Suárez se sintió, si no complacido, por lo menos agradecido y aguardó tímidamente, el

alto cuerpo ligeramente encogido, las manos en los bolsillos del pantalón, en la puerta de la cocina, que la mujer le preparara con diligencia, rapidez y maternalidad el mate. Ella misma le llevó la silla hasta el paraíso y la colocó debajo de su sombra medular, de una frescura afinada y sin estridencias, y Suárez acató todo sin proponer la más mínima variación porque aquel cambio de costumbres le resultaba no tanto indiferente como fatal, y también un poco porque su condición de hombre tímido le vedaba contradecir aquella cortesía enérgica de la dueña de casa.

Y volviendo a ella, diríase que le habría resultado interesante (por esa imperiosa necesidad que tienen las mujeres de conocer con lujo de detalles la intimidad ajena) disponer, por agorería o mera monstruosidad, de una facultad que le permitiera observar la conciencia de los otros, y no, como es corriente, sus meras manifestaciones, sus señales: una mirada que crece, se alarga, o

rehuye, un gesto súbito, una palabra, la tensión de una mano o de un rostro, que, al fin de cuentas, determinan una reacción pero casi nunca sus resonancias. Habría sabido, últimamente, de haberle sido posible, que la intuición no es el conocimiento sino su energía, que son previamente necesarios el esfuerzo y la agonía de la intuición para que el conocimiento se haga posible.

Porque cuando Suárez, después de haber visto allá, en el otro patio, al hombre sentado en una actitud tan parecida a la suya que creyó ser él mismo reflejado en un espejo, experimentó algo, ese algo no fue el conocimiento sino la intuición: fue la agonía, fue el esfuerzo y una especie de inflexión de la voluntad que lo lanzó hacia la posibilidad del conocimiento sin permitirle todavía arribar a él. El hombre tenía unos modos vagamente familiares, tanto, que Suárez pensó que podían ser los suyos. «No es posible», pensó. «Estaba acostumbrado a imaginarlo muerto»,

aunque sabía que había dejado en lo más remoto de sí mismo una reserva de positiva esperanza, como esa monedita que los jugadores dejan en el bolsillo más secreto para regresar a casa en el tranvía. El conocimiento se le impuso desde afuera porque estaba dispuesto a recibirlo, ya que notó que allá, en medio de la despejada atmósfera de octubre, la figura idéntica a la suya, bajo el paraíso medularmente verde y vasto quedaba en suspenso, con la pava de aluminio que imaginaba más que ver inclinada inmóvil sobre el mate a punto de ser llenado, la cabeza alzada como oliendo el aire y la mirada (adivinada más que vista) dirigida hacia él. Ninguno de los dos estuvo de pie antes que el otro; los dos al mismo tiempo dejando previamente a un costado con la misma lentitud y el mismo cuidado el mate apoyado sobre la pava, junto a las sucias y toscas patas amarillas de las sillas bajas, comenzaron a acercarse uno al otro, y a medida que avanzaban fueron

reconociéndose, los rostros severos, los cuerpos que el tiempo degradaba todos los días un poco más, el complicado mecanismo del ser moviéndose lentamente primero, sacudiéndose el polvo después de despertar como un miembro muerto, ascendiendo después, irguiéndose para reconstruirse minuciosamente, como cuando se levanta una casa hecha escombros en una película proyectada al revés.

—Cuando lo vi pasar —explicaba la dueña de la pensión unos días después a sus vecinas, en la feria— lo llamé para preguntarle si podía retirar la pava y el mate, pero no me respondió. No me miró siquiera. Me dio rabia, porque yo no sabía lo que estaba pasando.

Hubiera tenido seguramente, mucho que contar, pasando a ser por largo tiempo la mujer más importante de todo el vecindario. Porque lo que experimentó Suárez al comprobar desde la puerta de su casa que el hombre que estaba en la puerta

de la casa de la vereda de enfrente era aquel Morán al que no veía desde diez años atrás, fue un sentimiento muy parecido al alivio. Bajó a la vereda, al mismo tiempo que el otro hacía lo mismo, y los dos hombres se miraron. A Suárez le pareció percibir un gesto breve que el otro hacía con la cabeza, un gesto que era una breve negación, pero que se refería no al presente sino al pasado, como si negara algo que estuviera recordando. Suárez alzó el brazo como para hacer un saludo y sus facciones se distendieron, insinuaron una sonrisa que cuajó en un gesto de sorpresa cuando vio que Morán llevaba la mano a la cintura, bajo la camisa, y hacía fuerzas como para sacar algo de allí, algo que Suárez no necesitó ver para comprender de qué se trataba. «No habrá tiempo», pensó, y cerró los ojos y después sintió algo semejante a empujones hechos con un hierro candente en los hombros, en el pecho, en el estómago, algo que lo hacía

retroceder, lo tumbaba, y más que nada lo desesperaba. Ni siquiera oyó las detonaciones o tal vez, vagamente, creyó oírlas. No era eso lo que le interesaba. Quería comenzar a hablar. Movi6 los brazos, sintió que el aire a su alrededor se congelaba y de pronto estuvo con Morán junto a parvas de oro húmedo y dócil, hablando. Explicándole que ya va a darle el sobre que tiene adentro, en el ropero, en el abarrotado cuarto de pensión, ahora enseguida, sobre el resplandor mismo del último destello del tiempo: el sobre dirigido a Carlos Morán diez años antes, devuelto intacto, con una leyenda en letras rojas hecha por un empleado de correos que dice «destinatario desconocido». Enseguida. Explicándole a punto de llorar que dentro del sobre cerrado hay una esquela escrita con letra humilde, con letra de pata de gallo, y diez billetes de mil pesos.

Al campo

Motivaciones

—No me gusta verte así —le había dicho Atilio, mirándolo con una especie de cariño conminatorio a Natal Pérez, el asmático que, junto con Atilio y en más de una oportunidad, había tenido que ver con mesas de juego y oscuros sitios pringosos y adormilados, vivos en el corazón de la noche muerta. —Es la ciudad —le había dicho—, es este polvo sucio de la ciudad que se acumula en los pulmones.

Natal, erguido y alto, de vasto pecho, sobrellevando su respiración con los brazos separados del cuerpo y los ojos desencajados, le había echado una gran mirada abstraída; caminaba muy lentamente y apretaba un húmedo pañuelo en su mano crispada y pálida. La enfermedad le daba un aspecto solemne y espiritual, y toda su persona

se hallaba rodeada de un halo de espesa abstracción, de rígida y grave consistencia.

—Es mejor que nos vayamos todos a pasar un día en el campo. Podemos ir el primero de mayo que no hay carreras de caballos; juntamos unos muchachos y unas chicas y nos vamos. El campo es algo muy saludable —había dicho Atilio, mientras el asmático lo miraba angustiosamente con sus ojos brillantes.

Y así había sido. Siete en dos coches, tres mujeres y cuatro hombres, cruzaban ahora el viejo puente colgante, sobre el agua de uno de los brazos del Paraná. Al rodar sobre los tablones del puente los coches parecían desenvolver a su paso una recóndita alfombra de truenos. Eran un poco menos de las siete de la mañana. Sobre la superficie del agua el sol emitía cambiantes reflejos violetas, bajo la olorosa y húmeda atmósfera de mayo.

Atilio conducía el primer coche. A su lado,

respirando dificultosamente, con la vista clavada en el vacío y un poncho sobre su gruesa ropa de invierno iba Natal. En el asiento trasero iban la Chola, de pantalones, y Victoria que, con el pelo rubio y suave recogido sobre la nuca, a pesar de haber pasado los cuarenta, daba la impresión de ser una niña, vestida con un sacón rojo y una tricota lila.

El primer coche salió del puente y después de detenerse un momento en el control caminero, continuó por la carretera a cuyos costados se veía una gran extensión de agua violeta, fría.

El otro coche

En el otro coche iban tres; Chávez en el asiento trasero junto a una canasta cubierta con un trapo blanco y un esqueleto lleno de botellas; calvo y silencioso, fumaba sumergido en su sobretodo y en su poncho. En el asiento delantero iba Gonzalito,

conduciendo, con guantes y una gorra gris, flaco, con su rostro de cuero pálido, ojeroso, con una expresión superficial y desconcertada que de vez en cuando adquiría un matiz sombrío. A su lado, con pantalones y el pelo corto iba Ana, una prostituta joven, flaca, de pequeños senos resaltando sobre su pullover de lana rosa, riéndose de cualquier cosa o sonriendo como una enigmática Gioconda de afiche de crema facial. Gonzalito se hallaba fastidiado por el viaje y no hacía más que protestar.

—Estas cosas se le ocurren a Atilio y a nadie más. No podía ser a otro —dijo.

Ana se rió con esa estupidez que era habitual en ella, pero lo que dijo tenía la pretensión de ser una seriedad.

—Nadie te obligó a venir. Las invitaciones son invitaciones; se ve que no tenés nada de mundo.

—Qué querés —dijo Gonzalito—. No había otro programa para la fecha.

Ana lo miró con la boca abierta y después rió chillonamente, como si las palabras de Gonzalito hubieran sido asombrosamente jocosas. Gonzalito dijo:

—¿Trajiste?

Ana dejó de reírse.

—No —dijo, como si hubiera sido natural no haberlo traído, pero con un dejo de temerosa duda—. Pensé que el campo, el aire puro...

—¡Estúpida! —dijo Gonzalito, golpeándole el hombro con el puño cerrado. El coche zigzagueó sobre el llano camino gris.

—Flaquito —dijo Ana tristemente, acariciándose el hombro golpeado.

—¡Qué flaquito ni que la mierda! ¡La gran puta! —Alzó el brazo para volver a golpearla y el coche zigzagueó nuevamente. Chávez detuvo el golpe sosteniendo en el aire el brazo de Gonzalito.

—Bueno, bueno —dijo calmosamente—. Bueno.

Llegada

Anduvieron más de una hora por la carretera, pasando junto a casas blancas de techo rojo esparcidas a los costados del camino. El paisaje era brillante, frío y húmedo, como un lingote de oro, pero el aire era puro y suave como ciertos recuerdos. Después, y de acuerdo con indicaciones que habían recibido el día anterior, doblaron por un camino lateral, de tierra, poco transitado a juzgar por los grandes terrones de barro endurecido que hicieron avanzar dificultosamente los coches, dando bandazos, como si estuvieran ebrios o enfermos; en algunos sitios bajos el pasto se confundía con el resplandor de pulida plata del agua estacionada en los bañados, sobre los que, con esa actitud abstraída que los caracteriza, los caballos estiraban sus largos cuellos brillantes inclinando la cabeza para beber. Vacas de pie, pastando o echadas sobre los pastos blanqueados

por una capa de helado rocío alzaban la cabeza solitaria para verlos pasar. Los coches relucían bajo el sol matinal y de vez en cuando pasaban junto a ranchos miserables en los que niños o adultos mal vestidos mateaban tristemente, alzando algunos de ellos la mano en señal de saludo al paso de los coches.

La quinta era prestada y se alzaba en medio de árboles amarillentos y sombríos. Constaba de un edificio principal de paredes llenas de herrumbre y moho y techo de tejas rojas ennegrecidas por el tiempo, y un galpón de chapas de zinc que hacía las veces de establo y depósito. A quinientos metros de allí un riacho de los muchos que el Paraná forma en la zona corría silenciosamente.

Los recibió un viejo de bombachas y campera de lana descolorida. Un viejo sin edad que fumaba calmosamente junto a la puerta principal y que, como estaba avisado de la llegada, había carneado y cuereado un cordero que oscilaba colgado de un

gancho a un costado de la casa. El viejo los atendió con una indiferencia respetuosa.

Descendieron entumecidos por el frío y la inmovilidad y se desbandaron deportivamente. Atilio, fumando, se arrimó al viejo que comenzó a recolectar leña y agruparla haciendo una pequeña pila. Atilio lo contemplaba apoyado contra un árbol de rugosa corteza.

—Linda mañana, ¿eh? —dijo Atilio.

El viejo, agachado sobre la pila de leña que acomodaba sin cesar, respondió con un recóndito sonido.

—Pero tal vez hace un poco de frío para la época —dijo Atilio.

—Ahá —dijo el viejo encendiendo un cigarrillo con sus pequeñas manos de cuero, resguardando la llama del fósforo con las palmas.

En el interior de la casa Gonzalito había acorralado a Ana y la sacudía violentamente por los hombros. Ahora se veía que era bajo y

nervioso, pero flaco, muy flaco, a pesar del abultado sobretodo negro que lo cubría.

—¡Estúpida! ¡Estúpida!

—Flaquito —dijo ana con voz lastimera—. No sabía, creía que el campo, con este aire puro...

Gonzalito le dio una bofetada.

—¡Estúpida! —gritó ahogadamente.

La Chola había agarrado el cordero muerto de una de las patas mutiladas y lo mostraba a Chávez y a Victoria. El primero sonreía reflexivamente pero Victoria, seria e inquieta, miraba con frecuencia a su alrededor. Natal llegó jadeante, caminando muy lentamente, como un personaje de tragedia griega interpretado a la rusa.

El cordero estaba despellejado y su costillar era una caverna llena de una húmeda sombra rojiza. A su lado colgaban los órganos internos y los testículos. La Chola soltó la pata y el cordero osciló levemente, como un péndulo siniestro. La Chola se echó a reír y dijo una grosería.

—Vamos, vieja —dijo Victoria—. No te rías de los muertos.

—No he dicho más que me muero de ganas de comerme sus cositas —dijo la Chola tocando los testículos y haciendo un gesto amoroso.

—Bah —dijo Victoria—. Te has comido tantos de hombres vivos. —Al asmático le causó gracia eso; quiso reír, pero emitió un sonido deplorable y después tosió llevándose el pañuelo a la boca—. No hagas fuerza para reírte, viejo —dijo Victoria poniéndole una mano sobre el hombro.

Detrás de la casa, el viejo sacudía la parrilla contra el suelo, golpeándola intermitentemente. De la parrilla se desprendían viejas escaras de óxido y grasa seca. Atilio lo contemplaba con una sonrisa, fumando. El viejo colocó la parrilla a un costado de la pila de leña y se aprestó a encender el fuego.

—Va a salir un asado macanudo —dijo Atilio.

—Si usted lo dice —dijo el viejo, sin prestarle

atención.

En la costa

A eso de las once Victoria fue con su paso grave hasta la orilla del agua llevando a Natal apoyado en su brazo. Su amplio sacón rojo era un vivo manchón bajo el espléndido sol de la mañana. El rocío se evaporaba y un olor profundo se aspiraba en el quieto paraje. El agua se deslizaba impasible bajo el sol como un plateado organismo resplandeciente.

—Estás muy enfermo, viejo —dijo Victoria con voz suave mientras el viento jugueteaba en silencio con su cabello. Su rostro, que visto de cerca no podía ocultar la edad, tenía una hermosa expresión serena, la retraída obstinación femenina, la seriedad con que las mujeres toman la vida en un sentido biológico y que las acompaña hasta el límite mismo de la muerte.

—No es nada —dijo Natal—. No es nada. Desde que tenía cinco años de edad soy así. Es el clima de esa maldita ciudad lo que me pone así. Es esa humedad, ese humo negro. Son esas noches enteras alrededor de mesas de juego, entre el aire sucio y el humo espeso. —Jadeó—. No puedo... hablar... ya... se me pasará.

—Deberías irte a Córdoba. El clima es bueno allá para los pulmones.

—En eso he pensado. Pero creo que prefiero vivir aquí, con esta enfermedad, arruinado, así como estoy, antes que irme allá y vivir para nada. Es mejor esto a pesar de la mala salud: jugar, trasnochar, andar en líos con la policía. No tengo pasta para otra cosa.

En la otra ribera del riacho unas garzas blancas volaron un trecho aleteando sonoramente, y descendieron casi sobre el agua. El asmático las miró atentamente con sus ojos angustiados.

—No hay nada mejor que estar sano —dijo

Victoria—. No hay nada mejor que la salud. Después de eso se puede soportar cualquier cosa.

—Ésa es una forma de pensar de las mujeres —dijo Natal—. Los hombres somos más... heroicos. Entendeme. No se trata solamente de la salud.

—Estupideces —dijo Victoria arreglándole el cuello de la camisa y el nudo de la corbata—. Ya tenés cincuenta años, viejo. Es hora de que vayas pensando en cómo hacer para morirte cómodamente.

El asmático se rió quedamente y abrió aún más sus ojos brillantes hablando con una especie de jadeo entusiasta.

—Vamos, vamos —dijo—. Tengo cuerda para rato todavía.

Victoria lo sacudió con levedad y sus ojos relampaguearon.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! —dijo con cierta desesperación ahogada.

—Victorita —dijo el hombre con asombro, mirándola con fijeza a los ojos—. Parece que no es mi vejez la que te preocupa.

Las garzas volaron un trecho más y descendieron como dos blancos manchones destacados contra el celeste metálico del cielo.

Una cosa

Ana lloraba sentada sobre una silla, el rostro oculto entre los brazos, apoyado sobre la fría superficie de la mesa. Gonzalito iba de un lado para el otro, detrás suyo; se había quitado el sobretodo y se friccionaba violentamente los brazos.

—¡Maldita infeliz! ¡Estúpida! ¡Estúpida! Ah... —se detuvo y se friccionó con ambas manos el pecho—. Me vuelvo ahora mismo, ahora mismo. Ah... No aguanto más.

—El aire puro... —decía Ana

incoherentemente, llorando—. Mi flaquito, yo no quiero que te des más. Yo no quería que te vuelvas a dar más.

—Ahora mismo. Vamos. —La agarró del brazo pero ella se aferró con las manos al canto de la mesa y chilló más fuerte.

—¡No! ¡No!

—Vamos te digo. Vamos a buscarla te digo.

—¡No! —dijo Ana.

—Anita, querida —dijo Gonzalito soltándola y fricciónándose los brazos, con esa voz de falsete de quien llora y se resiste a llorar al mismo tiempo. Le alzó suavemente la cabeza. La carita de porcelana de ella estaba humedecida por las lágrimas—. Ana: por favor, amorcito, vamos a buscarla.

—Flaquito —dijo Ana llorando, mientras movía la cabeza en un gesto de negación—. Flaquito, la tiré. A toda. La tiré a toda anoche.

Gonzalito se separó bruscamente de ella y se

quedó rígido, sin mirarla, como aterrorizado, los ojos extraviados en el vacío.

—¿Qué? —dijo con una mirada idiota.

Ana se puso de pie, arrimándose a él y abrazándolo, pero él permaneció duro como una estaca, a pesar de que ella se arrojó sobre su pecho y se enganchó de sus hombros.

—La tiré —balbuceó ella—. El aire puro, pensé que el aire del campo...

—¿El campo? —articuló Gonzalito—. ¿El campo? ¿Qué campo? Hija de...

Se puso a lloriquear con una mano apenas extendida y la otra sobre el pecho, como las viejas.

—¿Toda? Decime: ¿la tiraste a toda?

Ella lo miraba con terror, pero a la expectativa.

—A toda —dijo.

Gonzalito la miró. La sangre se la agolpó detrás de los ojos y lo llenó de visiones

multicolores, de relámpagos verdes, rojos, azules. Primero le pegó con los puños y la hizo caer, y después, mientras ella chillaba y se revolcaba en el suelo, siguió pegándole puntapiés, sin parar, uno tras otro, sin mirarla, ya que movía las piernas con los ojos clavados en el vacío.

La Chola apareció corriendo y, agitada y ofendida, se prendió del cuerpo de Gonzalito tironeándolo y dándole golpes mientras Ana se arrastraba por el piso y se incorporaba en un rincón de la pieza, desde donde quedó mirando estúpidamente la escena con una mano en la boca y los ojos muy abiertos. Gonzalito le dio un empujón a la Chola que la hizo retroceder hasta dar con la espalda contra la pared.

—Hijo de una gran puta —dijo la Chola.

—¿Dónde está Atilio? —dijo Gonzalito tomando su sobretodo de sobre una silla, sin prestar atención a los insultos de la Chola.

—Criminal, hijo de puta —dijo la Chola.

—Mejor es que te callés la boca —dijo Gonzalito lleno de rencor en el momento de salir, volviéndose desde la puerta—. Mejor es que no te metas conmigo.

La Chola se volvió renegando hacia Ana, que lloriqueaba todavía con las manos cubriéndose el rostro.

—Ana —dijo. La abrazó. Sacó un pañuelo y le secó las lágrimas que dejaban una estela brillante sobre su rostro; después le dijo—: Ya lo vamos a arreglar a ese atorrante.

—Sí, señora —dijo Ana lloriqueando.

—Quedate así quietita —dijo la Chola acariciándole el hombro por sobre el pullover de lana rosada. Ana hipaba y suspiraba. La chola le dijo mil cosas empleando ese tono que se usa para con las criaturas y obligó a la otra a sentarse. Se arrodilló junto a ella acariciándole el rostro con las manos.

—Vamos, vamos. No llores —dijo. Después se

inclinó, la abrazó a la altura de la cintura, y apoyó la cabeza sobre su regazo, suspirando hondamente. Por sobre su cabeza, Ana dejó de lloriquear y la miró con un súbito asombro.

Reunidos

Natal se sentía ahora ágil y sano.

—Respiro, respiro —decía riendo—. Estoy bien aquí, soy otro. Me ha hecho bien este aire del campo. Estoy absolutamente normal. ¿Ven? ¿Ven? —Al decir esto respiraba profundamente y se golpeaba el pecho. Atilio lo agarró del brazo sacudiéndolo.

—¿No te decía, Natal viejo? ¿No te decía yo que era eso?

El sacón rojo de Victoria, bajo el sol, era un vivo organismo de suave y pesada consistencia. Ella permanecía con una expresión de desdeñoso desgano.

—Bueno —dijo con tono escéptico—. Ya podríamos volvernos.

Atilio la miró seriamente.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Bromeaba, viejo —dijo Victoria, de pocas pulgas—. Vamos a festejar con una copa la resurrección de este coso.

Natal la miró con dolorido estupor.

—Victorita...

—No me río de nadie —dijo Victoria secamente—. Y no me digas Victorita, viejo. Se me pasó la hora para eso.

Atilio echó una mirada alrededor, como quien está distraído.

—Ya se sabe, ya se sabe —dijo calmamente.

—Cuidado con lo que decís —dijo Victoria poniéndose roja y con tono violento.

Chávez interrumpió indignado.

—Che —dijo—. Se están portando como unos chanchos.

Del interior de la casa emergieron Ana y la Chola. Venían una junto a la otra casi rozándose los hombros y la Chola alzó la mano en un gesto de saludo. Ana le dijo por lo bajo que no comentara lo de Gonzalito.

El viejo les dijo que fueran a la mesa. Ellos permanecieron un rato todavía, en dos grupos conversando y riendo bajo el sol. De vez en cuando se escuchaba una risotada o un grito. Al fin fueron caminando lentamente hacia la mesa y se ubicaron alrededor de ella demorando bastante tiempo en hacerlo. El viejo, silenciosamente, distribuía trozos de carne asada en los platos. Todos conversaban y reían. De pronto se hizo silencio, esos silencios inesperados que surgen en medio de una conversación animada, y que se producen porque, por casualidad, se han callado todos a la vez. Entonces alguien dijo:

—¿Dónde está Gonzalito?

Gonzalito

Gonzalito había corrido más de tres cuabras, lloriqueando, y ahora estaba echado de panza en el suelo, cerca del agua; lloriqueaba, echado de panza en el suelo, porque, un rato antes, Atilio le había dicho:

—Antes de darte las llaves del coche para ir a buscar cocaína, las tiro al fondo del río.

Reunidos

—¿Gonzalito?

—Andará por ahí —dijo Atilio de mala gana, con los ojos fijos en el plato— buscando alguna amapola.

Ana se puso de pie, lívida:

—¿Qué le hiciste?

Nadie hablaba. Atilio cortó un trozo de carne asada, lo masticó cuidadosamente, lo tragó y

moviéndose después sobre la silla, con la vista perdida en el medio del patio, dijo:

—Nunca me han gustado los morfinómanos.

Victoria miró a la concurrencia en general.

—No parece —dijo (y todos sabían a quién se estaba refiriendo)— por las compañías que acostumbrás a elegir.

—¿Compañías? —dijo la Chola, dejando de comer—. ¿Qué compañías dice esta degenerada?

Chávez pegó con el puño sobre la mesa.

—¡Basta! —Los cubiertos y los platos saltaron sobre la mesa, las botellas se tambalearon, Natal se sobresaltó—. O la terminan o me levanto de la mesa. ¿Quieren que me levante de la mesa?

Hubo una especie de murmullo general de desaprobación, y Atilio se mostraba ahora serio y confundido.

—Don Chávez, no... —dijo alzando una mano. Y luego, dirigiéndose a los presentes—: Es hora de que la terminen. Hemos venido aquí porque

nuestro amigo Natal está enfermo (Natal asintió con la cabeza), y hemos venido para que mejorara. No hemos venido a enterrar a nadie. ¿Comprendido?

—¿Dónde está? —dijo Ana, arrojando su servilleta sobre la mesa, y retorciéndose nerviosamente las manos.

—No sé —dijo Atilio, dando por terminada la cuestión.

Recitativo junto al agua

El viejo en ese momento tomaba una brasa con la mano, la alzaba y encendía con ella un cigarrillo. A su costado, en una mesita sucia de grasa y restos de comida, había una botella de vino semivacía. La Chola, guiñando un ojo por los efectos del sol se arrimó a él.

—¿No se podría andar a caballo? —dijo. El viejo la miró con respetuosa y lenta atención y

después dijo:

—No, señora. Lo único que hay es una yegua que está por parir.

La Chola se agachaba en ese momento para recoger una varilla del suelo. La tomó y golpeó con ella unos arbustos. El resto del grupo permanecía a veinte metros de ella, conversando. Atilio hacía grandes gestos, abriendo los brazos al parecer para demostrar el tamaño de algo, ya que abría los brazos en la medida de lo que quería demostrar, y después se miraba sucesivamente uno y otro brazo, y ensanchaba y acortaba el tamaño.

—No hay caballos —gritó la Chola, moviendo la mano sobre su cabeza, con las piernas abiertas, como había visto una vez en una película. Fue de una corrida hasta el grupo.

—¿Vamos hasta el río? —dijo Atilio—. A pie va a ser un buen ejercicio. El aire de campo es saludable.

—Sí —dijo alguien—. Para hacer una buena

digestión.

—Sí —dijo otro—. Para mover el estómago.

Atilio lanzó una risotada.

—¡Que lo parió! —dijo—. Son una manga de atorrantes ustedes. Ahora se van a poner a mear en el río, intoxicando peces a rajacinchá. —Se agachó y recogió él también una vara seca y comenzó a hacerla cimbrear en el aire. Después se adelantó unos pasos al grupo y fingió ser un espadachín, visteando con la vara sostenida por la mano derecha, y con el otro brazo estirado hacia atrás. La Chola vino con su vara y estuvieron macaneando un ratito, entre las risas y los gestos de los otros. Victoria permanecía seria y miraba todo aquello con desdén y fastidio.

Eran casi las tres. Hora brillante y calurosa, a pesar del prematuro frío matinal de mayo, los imbuía de una elasticidad primaveral y tenían esa sensación de ardiente fatiga que las siestas del otoño del Paraná dejan en las sienes y en las

mejillas. Solamente Natal continuaba aún con el sobretodo puesto, pero lo llevaba desprendido y abierto, caminando con las manos embutidas en los bolsillos del pantalón. El cielo era transparente y delgado, de un celeste blanquecino lleno de un afilado polvo de oro, y el pasto, que es ralo cerca de la costa porque las constantes inundaciones que ocupan el terreno le impiden arraigar, también se mostraba fresco y limpio.

Fatigados por la caminata tocaron la orilla del agua en silencio, diseminándose a lo largo de ella; Victoria y la Chola recogían esos objetos que siempre se hallan en la orilla del agua: detritus y restos de descomposición que parecen juguetes, caracoles, esas cosas que atraen especialmente a las mujeres. A Atilio sólo le faltaban patas de cabra para ser un fauno: corría de aquí para allá, se inclinaba constantemente sobre el agua hundiendo su mano en ella divertido, viendo formarse las pequeñas ondas de la corriente

alrededor de su mano. Se separaba del grupo y desde la distancia alzaba los brazos y hacía grandes gestos o bien gritaba palabras ininteligibles cuyo sonido el viento desintegraba y esparcía en el atenuado seno de la atmósfera.

Natal y Chávez caminaron muchos metros a lo largo de la ribera, inspeccionando el irregular terreno y conversando esporádicamente hasta que el silencio los venció, y luego, uno detrás del otro, caminando muy lentamente, Chávez delante, fumando con las manos cruzadas en la espalda, ligeramente encorvado, Natal detrás, abstraído, con el sobretodo doblado sobre el brazo y el ala de su sombrero levantada, fueron a sentarse sobre el pasto, a cierta distancia uno del otro, con las manos rodeando las rodillas y guiñando los ojos por los efectos del sol, mientras las dos mujeres y Atilio se movían inquietamente delante de sus ojos, como nítidos espectros cuyas voces el aire atenuaba, como seres desconocidos que estuvieran

contemplando desfilar en un sueño claro y preciso.

Por fin la fatiga los venció a todos y se reunieron en la orilla, mientras el agua, en sucesivas y silenciosas ondas minaba subrepticamente la tierra bajo sus pies.

—¡Qué hermoso día! —dijo Victoria, reflexivamente, reconciliada ya con todos, o simplemente indiferente a todos y libre por un instante de sí misma.

—Sí, señor —dijo Chávez—. Mientras nosotros perdemos el tiempo trasnochando y durmiendo y respirando mal, esto está aquí para todos, sin que se cobre nada a nadie.

Atilio habló con la voz enronquecida por la fatiga y el entusiasmo:

—Habría que venir más seguido. Propongo que se haga una vez al mes.

—No es para tanto —dijo Chávez—. Gocemos ahora. No conviene hacer muchos planes en nuestro caso. Es fácil que el mes que viene

estemos todos en Coronda.

—No sea pájaro de mal agüero —dijo Natal, riendo. Después su rostro se ensombreció y dijo —: Oigan: me hubiera gustado vivir siempre así, en un lugar como éste. Nunca pensé hacerlo, pero me hubiera gustado. Estoy seguro de que si lo hubiera pensado me habría gustado.

—Che —dijo la Chola, alarmada—. Hablá un poco más claro.

—Está bien —dijo Chávez—. Yo lo entiendo. Se me ocurre lo mismo.

—¿Sí? —dijo Natal con una sonrisa.

—Sí, señor —dijo Chávez—. Labrar la tierra, vivir de la caza y de la pesca. Tener hijos que aprendan a hacer lo mismo que uno y que cuando se casen pongan su rancho a cien metros del tuyo, de manera que puedas verlo a las cinco de la mañana, cuando te levantás a recorrer los espineles. Digo lo mismo que Natal: me hubiera gustado si lo hubiera pensado. Creo que nunca lo

pensé. Y ahora que me doy cuenta, estoy arrepentido por no haberlo pensado.

—¿La terminan? —dijo la Chola.

Atilio habló con su voz ronca.

—Sí, señor —dijo con un tono parecido al de Chávez—. Es mejor que la terminemos.

Gonzalito de nuevo

Gonzalito estaba echado en el suelo. Se mordía la manga del abrigo y lloriqueaba. Ana estaba sobre él, instándolo a que se levantara.

—Te voy a comprar una dosis —le decía zamarreándolo—. Esta noche misma. Ahora volvamos, así comés un poquito y dormís otro poquito. Te lo juro por Dios que te voy a comprar una. Andá flaquito, vamos con los demás. Vení a comer alguna cosita te digo. Flaquito. Flaquito querido.

Gonzalito lloriqueaba echado de panza en el

suelo.

—No voy a aguantar hasta la noche —decía, haciendo pucheros, echado de panza en el suelo.

—Te voy a comprar una todos los días —decía Ana, tironeándolo para que se levantara. Gonzalito dejó de lloriquear. Ana dijo—: Venga, venga conmigo que le voy a dar algo de comer.

—Sí, mamá. Sí, mamá —decía Gonzalito, incorporándose a duras penas, sacudiéndose torpemente briznas de pasto y polvo adherido a la sarga porosa de su abrigo.

Mates, copas, naipes

Iba y venía como una sombra silenciosa y prescindente, ritual, como un espectro de contacto entre personas separadas, fuera del círculo de ellas pero reuniéndolas, vinculándolas, como un aedo podría vincular antiguas vicisitudes heroicas con asombros contemporáneos por medio de

dilatados hexámetros, como una sacerdotisa con su rama verde vinculaba los dioses con los mortales; así, silenciosamente y en trance de una atenuada apoteosis, iba y venía tocando a uno y a otro sucesivamente con aquella achatada punta de plata, metamorfoseada en una sacerdotisa grave y simple, esquivando graciosamente los muebles y las personas, sin hablar, dando el tibio recipiente lleno de un líquido espumoso y verde a cada uno de los hombres que sentados alrededor de la mesa intercambiaban oros y bastos, copas y espadas que, en cuarenta figuritas estampadas en vivos colores de reverso inmutable, así como en las paredes de la iglesia se representa toda la Pasión en unos pocos bajorrelieves inmóviles, representan las constantes motivaciones del mundo, las cosas por las cuales los hombres pelean y aquellas que les sirven para pelear, detrás de las cuales hay un monograma repetido siempre, invariable, que no significa nada.

Como los hombres no eran más que tres, lo habían traído al viejo para que completara el cuarteto. El viejo había accedido respetuosamente aunque sin entusiasmo y a cada rato se levantaba recordando que la yegua, que era de su propiedad, estaba a punto de parir de un momento a otro, y se iba a echar un vistazo al establo, regresando al cabo de un momento para retomar la partida, en cuyo intervalo los hombres habían aguardado jugueteando silenciosamente con los naipes, despatarrados sobre las sillas, mientras la Chola iba y venía con el mate.

Victoria, separada del grupo, echada sobre un sillón de lona anaranjada, leía una vieja revista femenina que había hallado abandonada en una de las habitaciones de la casa y de vez en cuando se levantaba, iba hasta la mesa y, sirviéndose ginebra en una copa, regresaba con ella para continuar con su lectura, sorbiendo pequeños tragos sin prestar mayor atención a sus acciones.

Casi a las cinco habían entrado Ana y Gonzalito. Ella lo había obligado a comer un poco de carne que había quedado horas y horas junto al fuego extinguido lentamente hasta quedar convertido en una suave y fina capa de ceniza, y entraron en silencio, ella apoyada sobre su brazo, él apaciguado ya, con la visera de la gorra gris alzada sobre la frente y el sobretodo sin enfundar colocado descuidadamente sobre los hombros. Ella fue a sentarse cerca de Victoria y él, como una criatura arrepentida ya de haber llorado, y resignada respecto de la causa y origen de su llanto, se acomodó sobre un sillón fumando y dormitando, con esa expresión sombría que solía adoptar de a ratos, pero que ahora se había posado sobre su rostro habitándolo permanentemente.

Eran casi las seis. El aire se había tornado azulado, pero de un azul plumizo y frío, un aire duro y nítido que, contra el relieve de las ramas peladas y lustrosas de los árboles que habían

perdido ya durante el avanzado ciclo del otoño su antes verde y medular sombra, esplendía oscuramente con tenues chispazos de una luz aguda y sombría.

En la habitación se respiraba un clima de paulatino adormecimiento, como si una poderosa pero sutil presión hubiera ido inmovilizando lentamente la atmósfera y los cuerpos. Cuando dejaron de jugar, en uno de aquellos paréntesis que se hacían mientras el viejo iba a vigilar la yegua parturienta, Natal dijo:

—Me he sentido bien hoy. Creo que no voy a vivir más en la ciudad; creo que el campo es lo mejor para mí. Si puedo levantar una partida grande, me voy a establecer en Córdoba.

Atilio se rió de lo que estaba a punto de decir, y después le dijo:

—Todos queremos que Natal Pérez respire el aire que le corresponde en esta vida. Si hace falta armar una partida, la armaremos, y si tenemos que

usar dados cargados, los cargaremos, Natal viejo.

—Sí, señor —dijo Chávez.

—Todos tenemos derecho a respirar el aire que nos corresponde —dijo Atilio.

Victoria se echó a reír con escepticismo.

—No pensabas lo mismo de cierto tipo que ahora está bajo tierra —dijo.

Atilio quedó rígido, la miró lentamente de reojo, y por un momento hubo un espeso silencio en la habitación. Después se removió sobre la silla y dijo:

—¡Que lo parió! Las cosas que por ahí dicen de uno.

De nuevo esa cosa

La Chola tocó suavemente el brazo de Ana.

—Corazoncito —le dijo—. ¿Me acompañas al cuarto de baño?

Caminaron por un pasillo oscuro y en la mitad

del trayecto la Chola se detuvo.

—Ana.

—Señora. No me mire con esos ojos.

—¿Tenés miedo?

—No, señora, pero... —dijo Ana, pensando: «¡Qué mirada!».

—Anita.

—Señora, señora.

En la penumbra del pasillo un brazo se movió, difumado y espeso, en un silencio de tibia lana.

—Señora —dijo Ana—. ¿No quería ir al baño?

Un par de ojos brillaban fijamente, y el otro par estaba vuelto ligeramente hacia arriba, dejando mucha pupila en blanco, en una expresión de sufriente y femenina disponibilidad.

—¿No querés venir a vivir con nosotros?

—¿Con ustedes? —la voz era un hilo fino y deshilvanado—. Señora, ¿no sería mucha...?

—¿... molestia? Ninguna, corazón. ¡Me haría

tanto bien tu compañía!

—En ese caso, señora... —dijo Ana, pensando: «No todos los días una tiene la suerte de encontrar una patrona que se enamore de una. Aunque hubiera preferido que fuera un hombre»—. En ese caso...

—Corazoncito —dijo una voz ahogada.

Cuando regresaron nadie hablaba, pero Victoria interrumpió su lectura.

—¿Fueron de paseo? —dijo, con una mirada fría y rápida.

—Fuimos al cuarto de baño —dijo Ana tímidamente, desviando la vista, mientras las orejas se le ponían rojas y ardientes.

—Tené cuidado, hija —le dijo Victoria, sin dejar de hojear su revista—. Esta señora puede hacerte madre de familia.

—Cuidado —dijo la Chola, poniéndose las manos en las caderas—. Habló la virgen María. Pero si es una santa. ¿No la ven?

Natal sonreía melancólicamente.

—Por lo menos —dijo Victoria— nunca le he faltado a la naturaleza.

—Hija de una gran p...

Atilio se puso de pie estirando perezosamente los brazos.

—Bueno, bueno —dijo—. Ustedes las mujeres siempre andan peleándose y amigándose, pero cuando se reúnen en contra de los hombres, Dios nos libre. No conozco ningún caso de mujeres que se hayan matado entre ellas.

En ese momento el viejo entró muy agitado.

—La yegua está pariendo —dijo, y desapareció corriendo por otra puerta.

A su alrededor en silencio

—Quieta, quieta.

La yegua estaba echada sobre un amarillento colchón de paja seca, con los ojos abiertos en una

expresión similar a la que Natal había tenido durante la mañana, y sacudiendo débilmente las patas. El viejo, arrodillado junto a ella acariciaba con suavidad su lomo brillante del que parecía ascender un halo tibio, un relente de cálida humedad animal. Por un ventanuco de madera que el viento golpeaba con intermitencia, los últimos destellos de un cielo azul acero, inmóviles, se destacaban contra las desnudas varas de un árbol sin fronda, mientras el aroma espeso del avanzado otoño se mezclaba con el de la paja en una atenuada pero aguda combinación que enfriaba la raíz de los pelos y acumulaba en el interior del establo una atmósfera gradualmente sombría.

—Quieta —dijo el viejo.

Junto a él, sobre la paja, había una palangana con agua y una gruesa manta militar. El viejo prodigaba infinitos cuidados a la yegua que soportaba el parto con una especie de dolor abstraído, como de una portentosa santidad.

Los siete contemplaban la escena. Los hombres graves, solemnes, con los brazos delicadamente pegados al cuerpo, en una posición como de homenaje, permanecían inmóviles sostenidos en una ligera inclinación hacia el hombre y la yegua, intimidados y como perplejos ante esa suerte de familiaridad heroica en que el hombre y la bestia desenvolvían su trato.

Las mujeres, capaces de una mayor adecuación a las situaciones de la vida y la muerte, pero incapaces de asumirlas fuera de sus propias individualidades, habían adoptado una actitud más transitoria y activa que la de los hombres, ya que mientras el rostro de Victoria se había estirado empalideciendo y afilando demasiado la línea de su nariz, los ojos de la Chola contemplaban aquello con una mezcla de repugnancia despectiva.

Solamente Ana no tuvo el valor de mirar. Con su fina mano apoyada suavemente entre los senos, desvió la cabeza hacia los destellos inmóviles del

cielo azul nítidamente estampado detrás de las lustrosas varas del árbol desnudo, y con una expresión de delicado sufrimiento permaneció inmóvil, con la garganta estrangulada por algo que ella imaginaba y sentía como una blancuzca placa orgánica y húmeda. Sin mirar, percibía por un ligero instinto de adivinación o una indirecta forma de conocimiento, así como sabemos sin mirar ni oír que algo se desplaza detrás nuestro, los concentrados movimientos amorosos del viejo y las débiles sacudidas de la bestia. Paso a paso siguió los detalles de la situación imaginando a un oscuro organismo húmedo, viscoso, que, formando un suave y débil pseudopodo intentaba lograr contacto con otro organismo similar, que se estiraba también lenta y pesadamente.

Paso a paso. Pero la mano suavemente depositada sobre el pecho fue modificando su posición y su actitud de la misma manera, paulatinamente, ya que primero aferró con la punta

de los dedos una arruga del *pullover* rosa y cuando ya la sustancia de la cual asirse y en la cual descargar el dolor fue insuficiente para la magnitud del dolor mismo, la mano fue trepando, blanca, carnal y sufriente por el pecho y se detuvo en el blanco, carnal y sufriente cuello angustiado. Pero el dolor era demasiado como para que el simple roce, el mero tacto, lo comunicaran a la carne, siempre decidida a soportar más de lo que se ha dispuesto infligirle, así que los dedos se engarfiaron en la suave piel del cuello, y la simple conmoción de la piedad y del amor sólo fue total cuando la sangre participó de ella, cuando la sangre la dignificó asignándole eternidad y grandeza.

El viento golpeó otra vez la ventana y se detuvo. El intervalo se extendió, se extendió hasta esa combada medida en que sólo puede desenvolverse el silencio. Por un instante no se percibió movimiento y el color, el amarillo rojizo

de la paja y el azul acero del cielo detrás de las lustrosas varas del árbol sin fronda, destelló por última vez, permaneciendo la luz desde entonces viva pero invariable, en un resplandor final sin cambio y sin tiempo.

Cuando la hoja de madera volvió a golpear, en el rectángulo azul acero hubo un destello y, como la vigilia de la carne era ya superflua, Ana cayó desvanecida.

El viento

—¿Listos?

—Listos.

—¿Todo en orden?

—Todo en orden.

A una señal de Atilio, que conducía el primero, los dos coches evolucionaron frente a la casa, pesadamente, y después retomaron a la inversa el camino por el que habían venido, dando

bandazos como si estuvieran enfermos o borrachos. El viejo permanecía frente a la casa, respetuosamente, fumando un cigarrillo, con una mano en el bolsillo de su bombacha y erguido y firme, pero despacioso y austero, sin efusiones ni excesivo retraimiento. Había oscurecido, pero era una noche de blanquecina claridad y todo alrededor de la casa era un ordenado y apacible contraste de espesas sombras y agrisados manchones estelares. Desde cierta distancia no se veía del viejo más que la punta incandescente de su cigarrillo, aunque su sustancial y pacífica presencia se adivinaba con facilidad, aún cuando bajaba el cigarrillo de la boca y la brasa permanecía invisible, y la silueta de su confusa figura se fundía y esfumaba en el seno de la penumbra. Así permaneció largo rato, inmóvil, sin oír los característicos ruidos del campo que, en el silencio de la noche, resuenan nítidamente sobresaltando a veces a la gente de la ciudad que

va a pasar el fin de semana en las quintas de las afueras. Por fin arrojó el consumido cigarrillo que describió un arco rojo y fino en el aire y estalló en el suelo produciendo una pequeña conmoción y un ligero chisporroteo. La suave brisa enfriaba el rostro del viejo, que ahora pensaba en el potrillo y en la yegua, con un sentimiento de satisfacción serena e inmutable, como si él fuera el padre y hubiera engendrado al potrillo luego de un amistoso y tranquilo convenio con la yegua. La brisa era ahora un viento leve y agudo, de alfileres sin puntas ni malas intenciones, y él dio media vuelta y se internó en la casa. Por un momento la puerta principal quedó vacía, silenciosa, y el viento siguió desarrollando su intensidad hasta que desde el interior de la casa fue acercándose lentamente un resplandor amarillo que iluminó la entrada cuando el viejo llegó y abrió la puerta, con un sol de noche en la mano diseminando un gran chorro de luz oleaginosa. El viejo cruzó

lentamente el patio, iluminando a su paso el terreno en sombras, mientras las sombras de los árboles se desplazaban detrás suyo en un *tempo* más rápido que el de su andar, y a paso lento se internó en el establo. Inmediatamente por la puerta se vio, desde afuera, un gran movimiento de luz y sombra, como si el viejo levantara y bajara el farol o lo moviera balanceándolo, pero después aquellos claroscuros dinámicos se detuvieron y un chorro de claridad inmóvil emergió definitivamente de la puerta.

Afuera, en la oscuridad, el viento corría entre los pastos desplazando hojas secas y papeles de diario, desmoronando, desintegrando y esparciendo una suave y agrisada capa de ceniza.

Final

—¿Me vas a comprar una todos los días? —
decía mimosamente Gonzalito, echado sobre el

regazo de Ana en el asiento trasero del coche que Chávez, con un cigarrillo entre los labios, conducía atentamente y sin hablar.

—Te voy a comprar todo lo que quieras —decía Ana.

También Natal, en el otro coche, viajaba ahora en el asiento trasero, junto a Victoria, que miraba abstraída por la ventanilla. Natal había comenzado a respirar dificultosamente y se llevaba de vez en cuando el pañuelo a la boca, con angustiados movimientos lentos.

—Me siento mal —dijo.

Atilio estaba taciturno, melancólico, y conducía sin atender la conversación, sin importarle nada Natal ni los demás. La Chola pensaba en Ana.

Victoria suspiró.

—Todos estamos para el diablo —dijo.

Uno detrás del otro, los coches cruzaban ahora el puente colgante, y pasando junto a las luces de

la avenida costanera, por sobre el rumor constante del río, penetraban en la ciudad.

Paso de baile, un poema

*En la zona del puerto tumbamos
sillas y mostradores*

*así combatimos casi toda una
noche casi hasta la sangrienta
madrugada*

*contra azules policías siniestros
estruendosas estrellas fugaces
originaron los revólveres*

*flotó un ambiente de actividad
dentro del bar por mucho rato*

*las mujeres colocáronse sacos
masculinos sobre los vestidos de
noche*

*ofreciendo ginebra y cigarrillos
tanto como tiernas y roncas palabras*

*a los caídos que contemplaban el
pandemonio con ojos*

tristes desde los rincones.

*Por dos veces estuvimos a punto
de ser vencidos
pero en un sombrío intervalo de la
batalla juramos
no desechar una muerte heroica
no desperdiciarla
continuamos serenos en nuestros
puestos de combate
serios reconcentrados a punto de
desmoronar el caos de nuestras vidas
en un oscuro orden de silencio
gradual.*

*Así hasta que como el polvo o el
sueño
la batalla se dispersó dejando
seres caídos
y la memoria de una furia verde y*

eléctrica

*después nos habitó la fatiga sin
esplendor*

*dormimos en rueda sobre el piso o
en camastros improvisados*

*pero cuando se desencadenó la
mañana reintegramos cada cosa a su
lugar*

*restablecimos sin vacilaciones lo
que considerábamos nuestro orden*

*y durante dos días y dos noches
permanecemos en una delicada
vigilia*

*junto a los solitarios cadáveres de
nuestros camaradas*

*ardiendo ya en un helado
desbocamiento desvaído*

*de nuestros viejos y amados
compañeros*

caídos durante el tráfalgar de la

batalla

*eligiendo con su candorosa
destrucción*

la inútil persistencia de los días.

SEGUNDA PARTE

MÁS AL CENTRO

El asesino

a Alberto Nicoli

Cerró la puerta y permaneció apoyado sobre ella, de espaldas, con las manos agarradas todavía al picaporte. Acababa de llegar de la calle y me miró largamente primero, esbozó una sonrisa como de alivio, y suspiró con lentitud y pesadumbre, como si hubiera venido exclusivamente a hacer todo eso. Rey era alto y corpulento y el liviano traje de hilo tostado que vestía era demasiado amplio y le colgaba de los anchos hombros. Se hallaba entre excitado y melancólico y hacía gestos como de asombro sin pronunciar una palabra como si una fuerte conmoción lo aturdiera sin desesperarlo, sorprendiéndolo desde un ángulo exclusivamente intelectual. Siempre había sido sereno, silencioso, casi huraño. Tenía treinta años o un poco menos y había escrito una novela que

nunca publicó. Últimamente no hacía nada, salvo vagar constantemente por la ciudad («la bendita ciudad de porquería», como él decía) emborracharse de vez en cuando en cafetines de la zona del puerto, y hablar mal de la literatura. Entre sus círculos viciosos figuraba hacerme una visita de vez en cuando. Arrimó una silla y la colocó frente al escritorio, donde yo me hallaba trabajando.

—Me hizo pasar tu mujer —dijo mientras se sentaba—. Dame un cigarrillo.

Se lo di y él lo encendió, sacudió el fósforo y miró largamente la biblioteca.

—Estoy asombrado —dijo. Miró nuevamente la biblioteca, echó el humo, miró el techo, distraído, y después me clavó la mirada—. Acabo de matar a alguien —dijo.

Temblé un poco, interiormente. Él volvió a recorrer la habitación con la mirada.

—¿No hay un poco de ginebra? —dijo.

—Sí —dije—. Seguramente. —Sonreí—. ¿A quién?

Me miró fijamente y después observó con mucha atención algo que se hallaba detrás mío, con un interés casi científico. Yo sabía, creía saber que no estaba mintiendo.

—Marcos —me dijo—. A una muchacha. No sé cómo se llama. ¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Fue a eso de las diez. La encontré en el ómnibus. La invité a bajar y lo hizo. La llevé al parque sur. Le di unos besos y después la estrangulé y la dejé abandonada ahí mismo. Se le salió un zapato. Estaba muy oscuro. No alcanzó a decir una palabra. ¿Habría algo para comer? No he cenado.

Bajó los ojos y vio cómo temblaba mi cigarrillo pero no hizo comentarios. Yo decidí apagar el cigarrillo y ponerme de pie.

—Rey —le dije—. Una vez viniste a decirme:

«Fui a un negocio y cuando el dueño se descuidó, abrí la caja y me llevé todo lo que había adentro». Yo te contesté que no me importaba.

—¿Qué me interesa a mí lo que a vos te importa? —dijo él, con aire taciturno, como pensando en otra cosa.

—¿Es cierto?

—Totalmente.

Mi mujer entró en ese momento. A ella le gustaba Rey. Lo trataba como a un hermano menor, como a un hijo, y le encontraba talento, aun para el escándalo. Le daba todos los gustos y se sentía encantada con todo lo que él hacía.

—Clarita —dijo Rey a boca de jarro, con una expresión tan particular que mi mujer creyó que estaba enojado conmigo—. ¿No me traerías un poco de queso y un vaso de soda fría?

A veces Rey me echaba en cara mi manera de ser, porque decía que a mí me importaba demasiado ser judío; decía que para poder

comportarme tan naturalmente como si no lo fuera, siempre, tenía que tener siempre presente que lo era. Clarita salió nuevamente de la biblioteca, encantada con lo de Rey. Él se volvió hacia mí, siempre con su aire distraído.

—Como Raskolnikov —dijo—. Como Erdosáin. Como Christmas.

Hubo un cierto relampagueo en sus ojos.

—¿Vas a denunciarme? —preguntó con leve curiosidad.

Me moví un poco sobre la silla. Dudé. Necesitaba que me explicara.

—No —dije—. ¿Lo hiciste para jugar al ajedrez con la policía?

—Lo hice para establecer una escala adecuada que atribuya una medida a mi indiferencia —dijo con un aire sombrío.

—¿Qué comedia es ésta? —pregunté, exasperado. A ratos creía que decía la verdad, pero a ratos creía que estaba mintiendo. Él

permanecía indiferente, distraído, remoto, y tal vez un poco melancólico.

—Voy a escribir una novela —dijo vagamente.

Nunca había hablado de escribir en los últimos dos años.

—Yo estaba como enfriado, como esos motores. Puse los dedos sobre el cuello y sentí como un fulgor de movimiento en mi interior. Cuando aflojé los dedos, era otro; había decidido escribir, como si el tiempo que duró mi cri... —se volvió bruscamente al oír la puerta. Clara entró con una fuente sobre la que traía una botella de vino blanco, jamón, masitas de agua, y *paté de foie*. El vino estaba helado.

—Al César lo que es del César —dijo Clara riendo. Rey se llamaba César.

—Hay demasiado poder en mi nombre —dijo Rey—. Demasiado.

Clara reía.

—Clara —dije—. Es mejor que salgas. Lo

lamento. Rey y yo...

—¿Por qué? —intercedió él—. Marcos no quiere que sepas que acabo de estrangular a una mujer.

Clara abrió un poco los ojos y la boca y después se echó a reír, poniéndose una mano en el pecho.

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno! —dijo—. ¿Así que Rey...? ¡Qué bueno!

—Clara.

Ella dejó de reírse.

—*Lo ha hecho. En serio* —dije.

Le saltaron las lágrimas. Quedó boquiabierta.

—¿Qué? —dijo.

—La maté —dijo Rey con cierta petulancia. Se miró las manos—. Con estas manos. Como Raskolnikov; pero yo no soy tan estúpido como él. Yo no voy a darme dique en los salones por eso. Nadie va a saberlo, salvo ustedes. No sé si no lo hice para tener algo que contarles. Ella estaba

parada en una esquina y me miró un poco provocativamente y yo me acerqué y ella me propuso algo por cierta suma y entonces...

Dejé de escucharlo. Estaba mintiendo, como un loco. ¿Por qué diablos venía con esas historias? Clara sufría y lagrimeaba y él se había posesionado de su relato, hasta el punto que se paró y comenzó a reconstruir los hechos que, por supuesto, no coincidían con los que me había contado a mí.

—No le hagas caso —dije—. Te está tomando el pelo.

—Oh —dijo Clara, un poco molesta.

—Así es —dijo Rey satisfecho—. Me estaba riendo de ustedes.

—Es un imaginativo y un vago —dijo Clara.
Rey suspiró.

—Lo soy, no cabe duda, pero no tanto —dijo—. La muchacha existe en realidad. La vi desde el café mientras seducía a un estudiante. Después vi

cómo se alejaban juntos. Pensé seguirlos y asesinarlos. Temblé un poco. Lo juro. Después me pareció ridículo, fuera de mis posibilidades. Dame vino. Lo pensé con todas mis fuerzas: ir por detrás de ellos y matarlos. ¿Es un crimen acaso?

Transgresión

Oí su voz descendiendo desde mi cuarto las escaleras, alcancé a oírla: una voz rápida y cálida, invadida por una corriente secreta bajo el aluvión vivo de las palabras. Dormí mucho tiempo en la terraza, entre los libros, quedándome solo por las noches entre los ruidos pesados, intermitentes de la penumbra. Esa mañana era domingo y acababa de despertarme casi al mediodía. Yo había oído el día anterior, vagamente, que ella iba a venir. Lo había dicho mi padre en la mesa. Y ahí estaba, como la vi por primera vez desde la escalera: la espalda estrecha, las caderas, el pelo vagamente rubio, las piernas de una piedra delicada. Se volvió y me miró, como si sonriera, sin dirigirme la palabra. Más bien miró nuevamente a mi madre.

—Éste es Carlos —dijo. Recién entonces habló conmigo.

—Yo soy Clara.

Tenía la boca ancha y la nariz ligeramente aplastada, pero eran sus ojos los que evidenciaban que ella era mayor que yo, su mirada malévolamente rápida, su persistencia aún cuando la retiraba de mí y la dejaba deslizar agudamente sobre los objetos.

—Sí —dijo mi madre—. Carlos.

Y ella, mirándome nuevamente, como si sonriera:

—¿Filosofía, no? —hablando después con mi madre de esos temas que sólo pueden interesar a las mujeres, esos temas mediante los cuales las mujeres parecieran demostrar que más que un sexo son una francmasonería.

Después de un rato regresó mi padre: había ido a misa de once y volvía para la comida. Besó a Clara, a la que no había visto todavía. Le preguntó por su familia y ella respondió a sus preguntas con tanta obediencia y minuciosidad que sospeché que estaba tratando de sacárselo de encima.

—Todos muy bien —dijo por fin, rápidamente, mirándome.

—Tu padre y yo —dijo papá, tuteándola— hemos sido siempre grandes amigos.

—Sí —dijo Clara—. Papá me ha contado — mirándome después rápidamente, como queriendo decir: «Somos iguales. Estás vigilándome».

Durante el almuerzo ella habló mucho. Hablaba con esa corriente secreta de sentido bajo el aluvión de las palabras y se dirigía a mí aunque hubiera aparentado ignorarme todo el tiempo. Parecía decir: «Nada de lo que estoy diciendo es verdad. Revelaré lo que soy más adelante, cuando estemos solos. Estate alerta». Mi padre la escuchaba con su grave pericia, la camisa impecable, la nuca rapada, las manos llenas de unas vetas como de cristal de cuarzo. Mi madre estaba silenciosa aunque alegre. Clara le gustaba. Ella regresaba esa noche.

—Carlos va a mostrarte la ciudad —dijo mi

padre.

Y ella, mirándome:

—¿De veras?

Era un delicado domingo de otoño, de luz fina. El cielo estaba claro y seco a la siesta, cuando salimos a tomar un café y a recorrer la ciudad. No sabía adónde llevarla.

—Adonde te guste —dijo.

Habíamos hecho media cuadra desde casa. Quise sondearla.

—Siempre me ha gustado lo peor —le respondí.

Ella se echó a reír.

—Coincidimos —dijo.

—Ésta es una ciudad con casi ningún monumento —le dije, mirándola—. No hay más que gente, como en todas partes, y la gente es la misma en todas partes.

Ella se arreglaba el cinturón ceñido a su cadera.

—Quiero verla —dijo—. Me gusta la gente.

Decidí llevarla primero al puente colgante.

—Bueno —dijo ella—. Pero no me cuentes cómo lo construyeron.

Fuimos. Subimos a un viejo tranvía, tembloroso y ruidoso, y recién allí tuve conciencia de su cuerpo. Su muslo, aplastado sobre el asiento, tocaba el mío levemente cuando el movimiento del tranvía sacudía nuestros cuerpos. Descendimos al final del recorrido. La costanera estaba llena de gente, a pie o en coches, gente que paseaba con radios portátiles o perros inquietos, hombres, niños, mujeres, muchachos. Al bajar del tranvía ella se detuvo, se puso una mano en los ojos a modo de visera, y oteando el puente dijo:

—Lo veo.

—No hagas chistes a costa nuestra —dije.

Ella sonrió.

—Dame un cigarrillo —dijo.

—¿Vas a fumar en la calle?

Clara me miró:

—Por supuesto —dijo—. Soy del campo pero he vivido mucho en Buenos Aires. Además soy buena lectora.

—No te rías de mí —le dije, dándole el cigarrillo. Ella se lo llevó a los labios y se inclinó a la llama del fósforo que yo le ofrecía. La gente la miraba. Llegamos al puente: desde la plataforma mirábamos el río. No soplaba viento. Ella fumaba en silencio.

—¿Cuántos años tenés? —preguntó, de pronto.

—Veintiuno —le dije.

—Yo podría ser tu madre —dijo—. Tengo veinticuatro.

—¿Sí? —respondí. Le gustaba molestarme. Después agregué—: ¿Y a qué se debe?

Se alejó un poco de mí, sonriendo, pensativa.

—¿Por qué me vigilabas durante la comida? —dijo.

—Yo no te vigilaba —contesté—. Eras vos la

que me vigilabas para saber si yo prestaba atención a tu charla.

—Qué vanidoso —dijo ella, acercándose nuevamente—. Cuando te vi me di cuenta de que éramos iguales.

—Sí —le respondí—. Pero la diferencia de sexo cambia la situación.

—¿Qué pensás de tus padres? —preguntó a boca de jarro. Esperando mi respuesta, deliberadamente, señaló el agua y dijo—: Dan ganas de darse un baño o de tomar hasta ahogarse.

Yo esperé hasta que ella terminara.

—No me gustan las confesiones inútiles —le dije. Ella me miró.

—Carlos —dijo—. Estoy enterrada en ese pueblo. Estoy hasta la coronilla del Club Internacional del Disco, y de comprar libros por correo. Estoy harta de enterarme de lo que pasa en el mundo por los diarios. Quiero vivir de otra manera.

—¿Por qué no probás escribiendo una radionovela? —dije. Ella hizo una mueca, y después rió.

—Sí —dijo—. Tengo talento para el melodrama.

Me arrimé a ella. La baranda de hierro herrumbrado del puente estaba tibia por el calor del sol.

—No importa —dije—. Vale la pena oírte.

Caminamos un trecho en silencio sobre la firme plataforma del puente, bajo el cielo claro. Podía sentir el olor del agua. Ella caminaba mirando sin cesar el río, las islas, la costanera y la gente.

—No me dijiste qué pensabas de tus padres —dijo ella.

—Seguramente —respondí— tenés la esperanza de que sea algo parecido a lo que pensás de los tuyos.

—¿Qué se hace en esta bendita ciudad —dijo

Clara— cuando uno se aburre de pasear por el puente colgante?

—Se va y se toma un café en una confitería —dije. Miré mi reloj; eran casi las tres—. Se va a un parque o al centro, o a tomar el té, pero más tarde, creo.

—Prefiero un café —dijo—. Y cognac.

—No creo que me alcance el dinero —dije.

—Creo que puedo colaborar con algo —dijo ella—. Tengo ganas de venir a vivir a la ciudad.

Caminamos silenciosamente hasta la confitería. Estábamos llegando cuando ella dijo:

—No encuentro pretexto.

—Una mujer inteligente como vos —dije— tendría que darse cuenta de que el mundo es mundo en todas partes.

—Te voy a ser franca —dijo ella—. El mundo será el mismo en todas partes, pero esa parte del mundo que se llama el placer no se encuentra en todos los rincones. En mi pueblo no hay gente

inteligente. Por lo tanto no hay placeres inteligentes.

—¿No será un hombre lo que buscás? —dije mirándola de reojo. Ella se rió.

—Usás una perversidad tan pueril que estoy dudando de tu talento.

No supe qué contestarle ni qué sentido atribuir a lo que ella había dicho. Ella me miró, sonriendo.

—Yo pago el cognac y vos el café —dijo, mirándome.

En la confitería había también mucha gente. El otoño es hermoso cerca del río y la gente sale a gozar del sol delicioso y fértil, atenuada ya la furia roja con que cae y parte la tierra en el verano. Clara se sentó y llamó al mozo, con desenfado. Yo no dejaba de mirarla y ella lo sabía. Puso sus manos largas sobre el mantel y después se llevó una al pelo. Después fue al baño y yo la esperé. El mozo trajo los cafés y el cognac entretanto. Ella regresó y se sentó alegremente.

—Yo había oído hablar de vos en casa —dijo—. No se te quiere.

—En general no se me quiere —contesté.

—Yo te quiero —dijo ella. Lo decía en serio, de una manera muy particular. Me gustó su tono. Después tomó un trago de cognac y dijo—: Te vi durmiendo esta mañana. Estabas de costado hacia la puerta, entre los libros. Hay un Van Gogh en tu cuarto. Dormías. ¿Qué habías hecho anoche?

—Nada —dije—. Ah, sí. Fui al cine (hice memoria). Después charlé con unos amigos.

—¿Sobre qué? —preguntó. Hice memoria nuevamente.

—Sobre la ciudad —dije.

—¿Qué dijeron? —preguntó. Traté de ordenar una respuesta. Vacilantemente dije:

—Yo decía que una ciudad es algo que se debe vencer. Mi amigo dijo que yo decía eso porque era un resentido o cosa así... Yo le respondí que no: que vencer una ciudad era reducirla a la realidad

convirtiéndola en un sitio habitable.

Ella calentaba la copa de cognac entre las manos.

—Tu amigo tenía razón —dijo—. Pero a mí me parece que ser resentido no es un defecto, es hasta justo si se quiere.

—Bien —dije—. ¿No serás comunista?

—No —dijo ella—, comunista no. Pero odio al pueblo en que vivo. A mí tampoco se me quiere.

—Eso de que no nos quieran es una cosa que no deja de gustarnos —dije, mirándola.

—Puede ser —dijo ella—. Depende de cómo suceda. —La miré. Ella sostuvo la mirada. Su labio tembló, hizo un gesto. Después miró por la ventana el cielo claro, los coches, la gente.

—Dame un cigarrillo —dijo con una voz casi sombría.

Media hora más tarde la mesa estaba llena de ceniza de cigarrillos, manchas de café y escarbadienes quebrados. Ella me contó muchas

cosas en ese tiempo. Hablaba siempre como si estuviera confesándose, debido, seguramente, al largo silencio obligatorio del pueblo. Podía verla muy de cerca, frente a mí, hablando a la luz clara del sol cálido: moviendo la cabeza, las manos, los labios, las miradas, en medio del aluvión de palabras atravesadas por una corriente secreta de sentido. Yo le tenía hasta un poco de miedo.

—Una no sabe cómo salir ni a quién echarle la culpa —me dijo—. La cuestión es que termina agarrándoselas con los padres. Si me oyeran, ¿no es cierto? Los míos son tan considerados. Nunca me han prohibido nada sin pedirme previamente disculpas. Estoy cansada de ese pueblo muerto. Allí no se vive. ¿Te aburro? ¿No? Me gustan los muchachos como vos, Carlitos. ¿Te sentís solo? Es difícil, ya lo sé, y hasta inconveniente hablar así tan prematuramente, pero siento por vos una gran...

Llegó a parecerme que estaba burlándose de

mí; pero no era así, sin embargo. Después me dijo:

—Contame algo.

—Sí —respondí—. ¿Qué te parece si volvemos al centro?

Ella se puso de pie mecánicamente.

—No todavía —dije—. Hay que pagar primero.

Tomamos la avenida que bordea el puerto y se extiende en medio de galpones de cinc estañado y muros estrictos y oscuros, dentro de los cuales trabajan algunas pequeñas fábricas y una usina. De vez en cuando se ven algunas palmeras, y algún farol roto. Clara dispuso que camináramos sobre la calle y no sobre la vereda. Le tomé la mano cálida y se la oprimí con fuerza, pero ella me dejó hacer sin responder a mi gesto.

—No soy una mujer excepcional —dijo—. Podrías creer que soy una p...

—No lo digas —la atajé—. No lo creo.

—¿Vas a opinar por tus glándulas, ahora? —

dijo ella, con un tono de suave y firme reproche—. Todo lo que te han enseñado sobre las mujeres se ha apoderado de vos y funciona como tu misma respiración.

—Estoy por encima de esas cosas —dije.

La avenida estaba desierta pero de vez en cuando pasaba un coche a nuestro lado, zumbando. Lo mirábamos alejarse y disminuir de tamaño hasta que tomaba una curva y se perdía de nuestra vista.

—Seamos francos —dijo ella—. Una mujer que se acuesta el primer día con un hombre se sirve de una moral que deja mucho que desear.

—¿A quién le interesa la moral? —dije—. Uno gusta de una eficacia, de una piel, nunca de una moral.

La tomé del brazo. Ella me miró. Subamos a la vereda, dije. Ella obedeció. Dio un saltito y estuvo sobre la vereda. La empujé hacia la pared. «No», dijo. No le hice caso. «En la calle no», dijo. Me

dio un empujón violento. «He dicho que no.» Caminó tan rápidamente que tuve que seguirla a grandes pasos. Estaba enojada, pero me miraba como si sonriera. Un auto pasó velozmente y se perdió en una curva.

—Seamos inteligentes —dijo ella.

—No quiero —dije—. Si alguna vez me pego un tiro será porque he sido demasiado inteligente.

—Bueno —dijo ella—. Ahora soy yo quien debe soportar literatura.

—Un cuerno la vela —dije—. No me importa lo que pienses.

Ella se echó a reír y me dio dos golpecitos en el hombro, suaves, con el puño cerrado.

—Tu rostro es perverso —dijo—. Pero tus ojos son tristes. Los tigres tienen ojos melancólicos.

—¿Quieres conocer la calle de los prostíbulos? —dije. Ella me miró.

—Qué zonzo —dijo, riendo—. ¿Para qué voy

a querer conocerlos?

Bueno, la cosa es que empecé a sentirme bien al lado de ella, aunque era como si ella estuviera a caballo hablándome. No bajaba nunca. Estaba llena de miedo. Herida, sola, y para colmo llena de orgullo.

Como a las cinco llegamos al centro. Estaba casi desierto. Las mejillas de Clara, enrojecidas por el sobrio calor del sol claro de otoño, empaldecieron un poco refractando la luz ya exhausta de la tarde.

—Viajo hoy —dijo—. Tengo pasaje para las diez.

—Sería una estupidez pedirte que te quedaras.

—Exactamente —dijo ella.

—Estás a tres horas de aquí. ¿No vas a venir nunca?

—Por supuesto que sí —dijo mecánicamente. La luz del sol estaba ya un poco baja y sólo iluminaba con una luz dorada y porosa las

fachadas de los edificios más altos. La calle principal estaba fría, como una cámara cerrada y llena de aire azul.

—Podría escribirte —dije.

—No me gustan las cartas —dijo ella—. No dicen más que falsedades.

La galería es chica, con una sola entrada. Pequeñas cajas de cristal alineadas vistosamente, ostentando pequeños letreros luminosos. Se oía música y había un poco de gente. Una muchacha de guardapolvo verde atendía la caja del bar. Clara me dio cien pesos para whisky y me aguardó en una mesa. Otra muchacha de guardapolvo verde me los sirvió cuidadosamente y me dio una jarra de cobre llena de agua. Fui con mucha lentitud hasta la mesa. Ella se levantó para ayudarme.

—Carlos —dijo, pensativa, después de haber tomado el primer sorbo del cálido líquido color té. «No vayas a pensar de mí».

Traté de mirarla dulcemente.

—Me alegro de que empieces a bajar del caballo —dije, tomándole la mano.

Ella sonrió. Miré su rostro. Estaba lleno como de una sombra gris.

—No importa lo que podamos pensar —agregué.

Clara se tomó el resto de su bebida de un trago.

—Vamos a tu casa —dijo, súbitamente.

—Aquí estamos solos —respondí.

—Me niego a estar sola con vos —dijo. Hice un gesto. Ella lo advirtió.

—Vamos —dijo, sin embargo. No tuve más remedio que acompañarla. Empecé a sentir que el tiempo se había ido demasiado rápido. Se lo dije.

—No sé por qué —dijo ella—. A todos nos pasa lo mismo.

Tuve suerte, o no sé qué. En casa no había nadie. Papá y mamá habían ido al cine y habían dejado una nota explicando que regresarían a las

nueve, para la cena. Eran las seis.

—Tomemos una copa —dije—. Pago yo ahora.

Ella estaba lejos de mí, con una mano delicadamente apoyada sobre el pecho.

—Vamos a dar una vuelta por ahí —murmuró.

La miré riendo.

—Dame tiempo de propasarme.

Ella se rió.

—En serio —dijo, lentamente—. Si ellos vinieran.

—Cómo —dije—. ¿Y tu dichosa independencia?

Ella me miró, aproximándose. Me di cuenta de que no bromeaba. Se puso junto a mí y me tomó de las solapas, sacudiéndome levemente. Estaba sordamente rabiosa y como a punto de llorar. Entrecerró los ojos como haciendo un esfuerzo para que las palabras salieran justas, inevitables.

—Carlos —me dijo—. Mis padres me han hecho abortar una criatura. Ésa es la razón por la

cual no puedo salir mucho del pueblo.

Estaba pálida. Lloró, súbitamente. Se echó sobre mí. Me sentí estúpidamente sorprendido. Ella había bajado del caballo para arrodillarse, para echarse furiosa, humildemente en la tierra.

—Bueno —le dije, palmeándola con suavidad—. Bueno.

Ella se calmó. Le di mi pañuelo. Saqué de un aparador una botella de ginebra y dos copas y fuimos a mi cuarto, en la terraza. Habían arreglado la cama. Clara se sentó sobre ella, apoyando la espalda contra la pared, justo debajo del «Campo de trigo de los cuervos». Le serví ginebra y le entregué la copa. Ella se bebió un trago. Intenté arrimar una silla a la cama para sentarme cerca de ella. Clara golpeó la cama con la palma de la mano.

—Aquí —dijo, mirándome a través de la copa. Me eché a su lado. Brindamos. Las copas produjeron un sonido duro y seco al chocar. Ella

volvía a tener las mejillas ardientes.

—Por tus libros —dijo—. Por el club internacional del disco. Por las familias estiradas.

—No —respondí—. Por Clara. —Se tomó la ginebra de un trago. Temí que le hiciera mal; se lo dije.

—No —respondió—. Tengo alcohol escondido en mi ropero. Tomo unos tragos cada noche. Siempre me consigo alguna bebida.

Dejó la copa en el suelo y volvió a echarse como estaba. Yo empecé a temblar, levemente. Le tomé la mano.

—Dejá la copa —dijo entonces, comenzando a cerrar los ojos.

Cerca de las nueve, cuando oímos ruidos y voces abajo, fue como si la carne muerta comenzara a despertar, a renacer, como si hubiera muerto sencillamente para renacer. Ella se puso de pie de un salto; estaba descalza y se arregló la pollera. Se puso los zapatos sin hacer ruido. Yo la

miraba, acomodándome también la ropa. «Es inútil —pensé viéndola—. Todo corre ahora por cuenta de ella. Va a darnos vuelta a todos, como a guantes.» Terminó de arreglarse rápidamente, y después acomodó sin apuro la cama. Yo abrí la ventana del cuarto y grité: «¿Quién es?», temblando todavía; mi padre respondió. «Estoy aquí con Clara», grité. «Ya bajamos.» Me di vuelta y vi que Clara hojeaba un libro, tranquilamente.

Cenamos y llegó la hora de partir. Papá y mamá la acompañarían a la estación. Yo no iría. Clara fue al dormitorio de mamá y trajo su bolso azul, ceñido y blando. Se acercó y extendió su mano. «Hasta pronto», dijo. Se la estreché. Mis padres aguardaban cerca de la puerta. «Hasta pronto», respondí. Ella caminó hasta la puerta, rápidamente. Se detuvo. «Un momento», dijo. Regresó hasta la mesa y trató de arreglar el cierre de su bolso. Estaba muy cerca de mí. No me miraba. Sin embargo por un momento la miré con

intensidad interrogándola largamente y por fin cuando ya estaba a punto de levantar la cabeza para regresar y desaparecer, me pareció percibir en su semblante (en la frente, blanca y ancha, en los ojos, en toda la carne viva del rostro) una sonrisa secreta.

Tango del viudo

«Ella me ha pedido un sacrificio», pensó Gutiérrez muchas veces, mientras preparaba sus valijas, durante toda la tarde; después hizo fuego en el patio y ahí quemó todo lo que fue descartando en su revisión, papeles viejos y viejas cartas, manuscritos que lo avergonzaban al ser releídos, poemas, artículos. Al fin los cajones de los muebles fueron quedando vacíos, con una capa de tierra en el fondo, semiabiertos, y en el piso de las habitaciones aparecieron señales de aquel desmantelamiento, como si la casa hubiera estado abandonada mucho tiempo, a partir de un gran desorden. Gutiérrez cumplió con todos los requisitos ni triste ni alegre: cumplió con ellos simplemente, con un aire de preocupación que en realidad casi no se relacionaba con todo aquello y bajo cuyo peso él caminaba de una habitación a otra llevando camisas y libros, potes de crema de

afeitar y peines, sábanas y reproducciones de Modigliani, de Picasso y de Klee enmarcadas según el nuevo estilo, con mucho blanco entre los bordes del cuadro y las varillas del marco, los vidrios cagados por las moscas. A veces se detenía con alguno de aquellos objetos y lo observaba cuidadosamente como si en él existiera algo que él hubiera olvidado por mucho tiempo y su contacto se lo recordara.

La hoguera se encendió en el crepúsculo; el cielo estaba quieto y opaco, estirado y liso sobre los árboles sin fronda, aunque a veces uno de sus rincones emitía un rápido destello, tan nítido ante la contemplación de Gutiérrez que él se atrevió a pensar que durante aquellos leves resplandores la tierra se detenía y su atención giraba sobre sí misma, regresando de donde estuviera para aplicarse enteramente a contemplarlos. «Visión de poeta», se dijo con una delectación atrevida. El fuego iluminaba su rostro desde abajo hacia

arriba, de modo que llenaba de sombras los agujeros de sus ojos; la frente y la cima de la cabeza se diluían ante aquella poderosa iluminación que resaltaba el resto del cráneo.

Los primeros papeles que nutrieron el fuego fueron las cartas no personales, los recibos de librerías, las facturas, los papeles que contenían manuscritos incompletos, las revistas y diarios que no contenían nada de lo que él consideraba histórico. Después vinieron los poemas que ya no le interesaban: había escrito mucho, y los arrojaba uno por uno al fuego. Las llamas, veloces y oleaginosas, de un brillante matiz anaranjado, absorbían sin pérdida de tiempo aquellas hojas de papel restándoles significación, convirtiéndolas como bajo el inexorable obrar de un mecanismo destructor, en simples y frágiles cosas que no admitían diferenciación. Gutiérrez no estaba preocupado por eso. No es que hubiera dispuesto abandonar la literatura; al contrario. Quería, en lo

que a su ejercicio personal se refería, deslindar sus impurezas, terminar con aquellos borradores que ahora no servían para nada, olvidar la técnica. Les echaba una mirada rápida y los iba dejando caer entre las llamas; con uno vaciló, se detuvo. Leyó

*¿Has olvidado de llorar cuando
de pie en la dársena quieto en la
niebla
viste ceder la nave ante el
horizonte del mar?*

*Las jarcias no verán nunca este
puerto
no habrá otro instante para tu
tristeza.*

y lo arrojó al fuego.

Después llegó la noche. Las primeras estrellas

aparecieron de súbito y fue necesario que él alzara la cabeza para advertir que ya no era de tarde. Hacía un poco más de frío y lo notó al separarse del fuego que ya no era más que un montoncito de negra ceniza con algunas chispas rojas que él veía como si se tratara de una ciudad iluminada en el fondo de un valle. En el dormitorio se echó un saco sobre los hombros y se detuvo de pronto mirando la cama que estaba con el colchón doblado en dos dejando ver la mitad del elástico. «La mayor parte de nuestra vida en común ha transcurrido ahí», pensó. «No habrá otro instante para nosotros.» Como en un sueño oyó risas de polvo, voces de ceniza creciendo en el aire; proyectos, revelaciones, leves antagonismos. «Es muy distinto lo que pretendíamos uno y el otro; casi me atrevería a afirmar que era yo el engañado, no su marido. El desprecio que sentía por él era mucho más poderoso como vínculo que la calentura que pudo haberse agarrado conmigo.»

Proyectos, revelaciones. Gutiérrez se acercó un poco más a la cama irguiendo y haciendo girar un poco la cabeza hacia un costado como si tratara de oír algo, como si todo lo que había sido permaneciera todavía ahí y él pudiera ir deslindando sucesivamente todos los momentos, aquel tiempo dividido en movimientos, en palabras, en exclamaciones, en actos sexuales. Ahí debía estar la mayor parte de lo que habían sido. «No ha quedado nada, no hemos dejado señal de nada vivo.» El polvo de aquellas voces enrarecía el aire, lo saturaba con una consistencia de cosa vieja, pútrida. Afuera, la noche se enfriaba gradualmente, como un cadáver. También Gutiérrez sentía frío: se acomodó con distracción el saco sobre los hombros y tuvo una especie de temblor liso y llano. «¿Es que no puede haber de mi parte un interés extrapersonal respecto de mi pasado, de lo que yo he sido? Nunca hubo amor. ¿Amor? Vamos, Gutiérrez.»

Fue al restaurante de siempre, se sentó en la mesa de siempre, lo atendió el mozo de siempre. Era un hombre bajo, delgado, morocho, serio. Tenía el doble de la edad de Gutiérrez. Nunca habían hablado más de lo necesario, uno para pedir la comida, el otro para informar acerca de la variedad de los platos. Hoy no se modificaron sus relaciones. Comió con aquella abstraída minuciosidad con que siempre lo hacía, encorvado sobre el plato, bebiendo un trago de vino de vez en cuando. Una vez alzó la copa, la llevó a los labios y en la mitad de un sorbo quedó como congelado, seco; abrió los ojos y miró fijamente el vacío. «Recién ahora estoy comenzando a experimentar la sensación de que he sido traicionado», pensó. No pudo volver a pensar en *él*, ni en *ella*; pensaba en *ellos*, el marido y la mujer como fundidos en uno solo, solidarios en un mismo orden de vida, aliados incesantes para la preservación de ese orden; toda transgresión era un medio para

fortificarlo, para infundirle nueva vida y hacerlo resaltar por el contraste. «Ella necesitaba de mí para volver a lo suyo, la piedra en medio del charco que se pisa agradecidamente para llegar a la otra orilla.» Fumó dos cigarrillos después de comer antes de retirarse del restaurante. Afuera lo aguardaba la noche. «Le escribiré una larga carta. Les haré ver que soy menos imbécil de lo que ellos se han pensado.»

«¿Te ha escrito ese hombre?»

«Sí. Me ha escrito. Nos ha escrito a los dos. No le entiendo.»

El marido toma la carta con ese gesto que Gutiérrez adivina característico en los de su clase, una seriedad intelectual y un desprecio previo, mezclados con un verdadero afán de ser equitativos, y lo ve leer: «El mal, el pecado, están en esa seguridad y en ese orden que ustedes necesitan. Dentro de cinco años usted entregará a su mujer a otro amante para desagotarla de malos

pensamientos». Ve dar un respingo al marido y a ella alzar la cabeza en un gesto de indignación.

Se dejó conducir por la imaginación, pasivo, estúpido, como quien se deja llenar una y otra vez la copa y no piensa que puedan intentar emborracharlo de mala fe. Estaba ebrio de imaginarse que sentaría un precedente. «Estúpido, estúpido. La oportunidad estaba en tu acto, no en la idea que después hayas podido formarte de él; esa carta será como purgarte después de haber comido demasiado; el pecado de tu gula persistirá y no hay manera de darlo vuelta.» La idea de la carta estaba desechada. Arriba, en el cielo, las estrellas parecían trocitos de hielo incrustados en alquitrán helado; los árboles, sin fronda, eran complicados esqueletos cernidos sobre su desvalida cabeza.

Volvió a su casa. Al encender la luz vio las valijas. «Todavía no me iré.» Un solo pensamiento, una sola iluminación había cambiado

todo el panorama, con el mismo poder con que una luz que se enciende modifica totalmente una habitación a oscuras. Ahora podía ver los objetos con toda claridad, con una exactitud matemática. Incluso pensó por un momento que él lo había sabido todo desde un principio. Se desabotonó el cuello de la camisa y se aflojó el nudo de la corbata. En algún cajón todavía quedaba una botella. Miró su reloj: eran las once. «Estoy solo», pensó. Bebió un largo trago de ginebra como quien se arroja a un precipicio, como el niño que se decide por fin a mirar la imagen de Drácula en la pantalla. Fue hasta la cama, desdobló el colchón y se sentó sobre él, apoyándose sobre los barrotes del respaldo. Le pareció despertar de un sueño, y después quedar dormido, y después despertar nuevamente. En cada uno de aquellos entresueños, el marido y la mujer reaparecían en imágenes difumadas que los presentaban en gestos de ambigua seriedad o escandalizada indignación. A

las doce (mucho tiempo después recordaba aquella noche y no podía saber si eran las doce, o la una, o las dos) había terminado la botella; sus grandes ojos agudos, sombríos, ahora eran blancos y vidriosos, delgados, como si sólo fueran una pátina barnizada y detrás de la superficie hubiera un hueco. «Grandísimos hijos de puta», pensó, y mientras lo pensaba se levantó, saltando de la cama. Quedó milagrosamente de pie y se balanceaba hacia atrás y hacia adelante. «Grandísima puta.» Caminó unos pasos y estiró un brazo apoyándose en la pared, como un personaje de tragedia que sostiene físicamente el peso de su sufrimiento. «Vamos —se dijo— confesate de que toda la cuestión es porque ella no va a estar más en esa cama.» Movi6 la cabeza.

—No —dijo, mirando al vacío, con un gesto de obstinaci6n entre consternado y dulce.

Apoyado contra la pared, cerr6 los ojos. A duras penas se friccion6 la frente con la palma de

la mano. La sintió tibia y pegajosa, como si hubiera estado manoseando mermelada y no hubiera podido evitar que un ligero resabio de su consistencia quedara adherido a ella. «¿Se te puede pedir un poco de objetividad? Bueno. ¿Tenés el saco puesto? ¿La corbata? Bueno. ¿Estás dispuesto a simplificar todo el asunto? Ya veremos.»

Dejó todas las luces encendidas, pero tuvo especial cuidado al cerrar la puerta de calle. Se irguió tanto como pudo. «Nada de hacer macanas; es mejor que vuelvas a tu casa, estás a tiempo todavía.»

Pero no regresó. Al otro día, a las seis de la tarde, limpio, afeitado, sereno, mirando la lluvia a través de la ventanilla del ómnibus en el que se iba a Buenos Aires, casi sonreía tratando de recordar, con una vaga satisfacción por todo lo que había ocurrido, aunque no podía establecer coherentemente el orden de los acontecimientos.

De vez en cuando el paisaje le ofrecía un rancho gris, un árbol húmedo, un alambre estirado y brillante, una gruesa gota rompiéndose contra el cristal y él, más adelante, asociaría el recuerdo de aquel rancho con el recuerdo de un rostro pintarrajeado con un diente de menos, aquel árbol con extrañas sensaciones estomacales, con jadeos y vómitos, aquella gruesa gota acerada y transparente con un acto sexual oscuro y asqueante que él había realizado con odio y sin convicción, como si de pie frente a la cama hubiera estado contemplándose jadear sobre ella, aquel alambre de pronto esplendoroso con un charco de agua en una calle de las afueras. Y algunas cosas más con otras cosas: la nuca de un pasajero en el asiento delantero, rapada y espesa, con el gusto espeso y terroso del agua de aquel charco, y sus propias manos limpias y blancas sobre su falda, saltando a cada salto del ómnibus y temblando a cada temblor, con una risa ordinaria de mujer y una voz

de hombre diciendo: «Dejalo; mañana lo va a encontrar algún alma buena; es un fifi». Y eso era todo, o casi todo.

No se había demostrado nada, no había logrado probarse ninguna cosa. Estaba tal vez mucho más confuso que antes; «descendí, por una noche, hasta donde nunca me creí capaz de descender. ¿Y qué? ¿Lo saben ellos?» La lluvia se hizo más intensa. En el asiento de al lado, un hombre leía con mucha seriedad su diario. Gutiérrez lo miró vagamente. Hacia el horizonte, una niebla azul envolvía la plácida, la triste llanura. «Es posible que con esto no me haya probado nada, pensó; sin embargo, sé perfectamente y sin engañarme, que en lo que se refiere a ellos, he conquistado mi independencia aunque ellos no lo sepan nunca.»

Después leyó un rato, y después quedó dormido.

Algo se aproxima

a Susy, a Quicha, a Fauce

Barco estaba en cuclillas junto al fuego recién encendido y acercaba a la pequeña hoguera carbones y ramas secas guardadas para las ocasiones como ésas bajo la pileta de lavar la ropa, en el fondo de la casa; trabajaba con lentitud, moviéndose apenas, abstraído, como si esas tareas minuciosas y largas de las que siempre se hacía cargo no fuesen más que un pretexto para librarse de los demás y gozar a solas de su propio pensamiento. Las mujeres se hallaban en la cocina salando la carne o preparando la ensalada. Él, sentado bajo la parra, junto a la mesa sobre la que había una botella de vino y dos altos vasos de vidrio verde, observaba silenciosamente a Barco con interés y casi con dulzura.

—¿Dónde hay un papel? Un papel de diario —

dijo Barco, mirando hacia todos lados y hablando como para sí mismo. Se desabotonó la camisa, tomó la parrilla y la colocó sobre las brasas, cuyas llamas disminuían gradualmente. Después se levantó, fue a la cocina y regresó con una hoja de diario que cortó en dos pedazos. Las arrugó y estrujó hasta convertirlas en dos pelotas abultadas y después limpió con ellas la parrilla. Pocha salió de la cocina con un plato lleno de trozos de hielo, que dejó sobre la mesa. Él le tomó la mano. Ella le sonrió y regresó a la cocina, entre el ruido seco de sus tacos y el suave bisbiseo de su vestido.

Barco terminó con el fuego y con la parrilla, se puso de pie y se aproximó a la mesa. Se echó hielo y vino en uno de los vasos, lo sacudió un momento para derretir el hielo y enfriar más rápidamente la bebida, y después se bebió de un largo trago el contenido del vaso. Era alto, de piernas muy largas y pecho ancho y fuerte, y estaba vestido con una camisa de mangas cortas, blanca, y un pantalón del

mismo color. Su cara estaba tostada por el sol de la playa y ahora sonreía con los ojos muy abiertos, como hacía siempre que estaba a punto de decir algo que acababa de pensar con mucho detenimiento.

—Toda enfermedad mental proviene de una crisis de la voluntad —dijo, volviendo a echar vino en su vaso. Sacó un trozo de hielo del plato, lo sacudió y empezó a acariciarse el rostro con él—. El enfermo no se decide a vencer su propia confusión —dijo—, pero la conoce.

—Seguro —dijo él, estirando los brazos, aburrido, y mirando a través de la parra cargada el plácido cielo de verano, la luna viva, dura y clara—. Valdría la pena ir poniendo la carne al fuego, ¿no te parece?

Barco rió y volvió a sacudir el trozo de hielo. Una gota cayó sobre el rostro de él, súbita y fría; él se sobresaltó.

—Perdón —dijo Barco, y abriendo mucho más

los ojos, y riendo, agregó—: Habría que someter siempre a la gente a sensaciones inesperadas: echarles de sorpresa un balde de agua fría para hacerlos obrar auténticamente. La macana es que al tercer baldazo ya estarían habituados y ejercerían la hipocresía en forma mecánica.

—Por supuesto —dijo él—. En forma mecánica.

Barco hizo un gesto como de gran desolación. Después abrió mucho los brazos y miró en todas las direcciones.

—Hoy está escéptico —exclamó, como explicándoselo a un tercero.

Él se puso de pie. Tomó más vino y caminó después unos pasos bajo la parra. Se desabotonó la camisa y la sacudió un poco, como para airearse el pecho. Tenía el grave defecto de sudar de inmediato todo lo que bebía. Era una cabeza más bajo que Barco y aún más grueso; su camisa era celeste de mangas cortas y estaba húmeda y

adherida a la piel en la espalda. Su rostro y sus brazos eran color madera, enrojecidos también por el sol de la playa. Desde la cocina llegaban el taconeo y las voces de las mujeres, que charlaban y reían entre el tintineo de los platos y los cubiertos. Pocha apareció de pronto con una fuente llena de carne cruda.

—Aquí vengo —dijo. Barco aplaudió y le hizo una reverencia cuando ella pasó junto a él y fue a ponerse en cuclillas junto al fuego; fue sacando con mucho cuidado las tiras de carne y las colocó una junto a la otra estiradas sobre la parrilla. Las gotas del rico jugo de la carne empezaron a caer sobre las brasas provocando leves estallidos y pequeños tumultos de humo, y tanto Barco como él se aproximaron para observar como pensativo interés el trabajo de la muchacha. Ésta se levantó cuando hubo acomodado el último trozo de carne y se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Dice Miri —dijo a Barco, sin soltarlo a él

— que le lleven un poco de vino.

Barco fue hasta la mesa, tomó la botella y fue con ella a la cocina. Pocha lo besó a él en la boca.

—¿Hay ensalada de cebolla? —dijo él, con real interés, cuando ella separó sus labios de los suyos. Ella se echó a reír, mientras él la miraba pensativo.

—Sí —dijo ella—, y de tomate también. Y hay vino tinto y blanco, para el postre. Lástima que no haya postre. Pero hay pan casero, y a lo mejor, con un poco de buena voluntad, podremos sacar de algún aparador algún tarro con alguna masita vainilla para sopar en el vino blanco.

—Bravo —dijo él.

La carne comenzó a dorarse; de la parrilla ascendía una columna de humo oblicua, hacia la parra, inmóvil en el aire sin brisa, atravesando las duras hojas sin destruirse. Él sacó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón y le secó a Pocha unas gotas de sudor que brillaban sobre su labio

superior.

—No me gusta que me den besos húmedos — dijo él—. Me resfrío fácilmente.

—Voy a echarle penicilina al rouge —dijo Pocha.

—Bueno —dijo él, separándose de ella y agachándose junto al fuego—. De paso echale unos gramos de cocaína. Tal vez hago hábito.

Ella regresó riendo a la cocina. Él tomó un hierro largo y se dedicó a remover las brasas. Golpeó suavemente una hasta quebrarla. Quedó absorto un largo rato contemplando su corazón de concentrado resplandor. Después se levantó, fue hasta la mesa, echó un trozo de hielo dentro de su vaso y se encaminó a la cocina a servirse vino. Miri cortaba un tomate sobre una fuente de lechuga y Pocha revolvía una fuente de cebollas. Barco estaba sentado en un sillón, mirándolas.

Miri hizo un gesto exagerado, recordando algo: estaba vestida con una solera floreada que dejaba

desnudos sus hombros y gran parte de la espalda y se ceñía sobre el pecho; tenía un delantal sobre la solera. Se secó las manos con él.

—Voy a mostrarles algo —dijo. Fue rápidamente al dormitorio y regresó con una revista. Venía más lentamente, hojeando la revista con detención, como buscando algo entre sus páginas. Le pareció encontrarlo y comenzó a hacer un gesto de dicha que interrumpió, porque se había equivocado. Por fin lo halló y le mostró la revista a Barco, que la miró sin agarrarla.

—¿A que no sos capaz de reconocerla? —dijo Miri con aire de triunfo. Él se acercó. Pocha seguía revolviendo sus cebollas y aunque no miraba hacia donde ellos se hallaban reunidos, a sus espaldas, sonreía prestando atención, como si gozara el conocimiento anticipado de lo que para ellos sería una sorpresa. Miri les señalaba un aviso de portasenos: presentaba a una rubia delgada de la que se veía medio cuerpo, con unos

portasenos abultados por medio de frunces; debajo de la figura se leía: «También usted puede deslumbrar con sus senos esbeltos».

—De lo que se valen —dijo él, abstraído.

Barco golpeó las manos, satisfecho:

—Es Hilda —dijo.

—Un poco retocada —dijo él.

—Será para que la familia no la reconozca —dijo Barco.

—Sí —dijo Miri—. Es Hilda.

—¿Cuánto hace que está en Buenos Aires? —dijo él.

—Tres meses —dijo Miri.

—No sabía que tuviese vocación artística —dijo Barco, levantándose del sillón donde había estado hamacándose y yéndose junto a Pocha.

—Perdó cuidado —dijo Miri—. Era previsible su vocación.

—Lo que pasa —respondió brutalmente Barco, mirándolo a él de reojo, que no advirtió la mirada

por hallarse ocupado hojeando la revista— es que ustedes dos sienten envidia porque la otra puede exhibirse semidesnuda para miles.

Las dos muchachas protestaron sin mucha pasión. Aquellas declaraciones de Barco eran pan cotidiano, y también las protestas de las chicas lo eran: se quejaban pero les producía no se sabe qué goce oír hablar a Barco en ese tono. Él lo definía secretamente como una apropiación de Barco (y de él) por medio de una aceptación de su propia perversidad. Por otra parte, el descaro con que Barco hacía resaltar siempre la inferioridad de las mujeres, de las que por otra parte no podía prescindir, lo que hacía siempre de un modo irónico, era (y él y Barco lo sabían) una manera de halagarlas.

Él arrojó la revista sobre la mesa.

—Lo terrible del asunto —dijo— es que tengo hambre.

Pocha se secaba las manos con una servilleta.

—Tomen vino —dijo.

Barco y él salieron al patio. El rico aroma de la carne asándose y crepitando sobre el fuego los invadió. El humo ascendía como una columna oblicua e inmóvil, un poco más densa ahora, atravesando sin destruirse la espesa parra, a través de cuyos claros se veía el cielo nítido. También a los costados, arriba, donde la parra terminaba se veía el cielo como si se estuviera derramando. Pocha llegó detrás de ellos con la botella de vino y unos vasos: era bien formada pero un poco baja y él al verla llegar recordó la primera vez que la había visto desnuda, recordando sus piernas demasiado cortas, el vellón oscuro y húmedo restallando a veces debajo del abdomen, los blancos senos coronados por un círculo violeta.

—Encendamos la radio —dijo Barco. Y a Pocha—: ¿Quiere hacernos el favor, si no le es molestia, de poner en funcionamiento el aparato de radio? Gracias. —Pocha fue al dormitorio y

encendió la radio. Después de unas descargas comenzó a oírse música. Un poco después reconocieron la «Consagración de la Primavera», en la radio de la Universidad. Barco se quejó diciendo que estaba pasada de moda.

—Eso estaba bien cuando la clase media anhelaba el poder —dijo—. Ahora se siente representada. Para qué quiere música. Todo el mundo ya sabe que no es la chusma peronista. Vamos. No sean mierdas y saquen eso.

—Seguro —dijo él—. Escuchemos algo menos chillón. Empecemos de una vez por todas a refinarnos. Algo recargado a propósito.

—Más bien apago la radio —dijo Pocha, indecisa.

—Claro —dijo Barco—. Más bien eso.

Ella fue al dormitorio y la música cesó de oírse. Cuando regresó, al cabo de un momento, traía una guitarra.

—Aquí tienen —dijo.

—Nadie más que Miri sabe tocar —dijo Barco; y después, tomando la guitarra de manos de Pocha y como fingiendo dramatismo—: Aprenderé. Debo hacerlo. Es necesario que yo aprenda. —Rasgueó las cuerdas—. Va saliendo —dijo. Volvió a rasguelas un momento imitando la introducción de una payada y después acercó el oído a la abertura circular de la caja para oír las últimas resonancias de las cuerdas. Tenía las manos finas y largas, la piel oscurecida por el sol. La guitarra tenía un barniz amarillento de tono agradable, aunque un poco desvaído. Miri la había traído de su casa cuando inició los estudios de derecho en la ciudad, cuatro años antes. Cantaba acompañándose sencillamente con el instrumento, ya que su voz era suave y bella, un poco agravada por el exceso de tabaco. Se ponía triste o melancólica cada vez que cantaba.

Pocha y Miri eran del mismo pueblo; habían venido juntas a la ciudad a estudiar derecho y

habían vivido juntas en la misma casa desde el primer día. Iban a visitar a sus familias para las fiestas de fin de año y, salvo el primer año, siempre se quedaban en la ciudad durante los meses de vacaciones; siempre encontraban un pretexto para no ir al pueblo. Eran de la misma edad y se llevaban maravillosamente bien, por la sencilla razón de que tenían el mismo tipo de defectos. Barco había conocido a Miri en una fiesta y esa misma noche había dormido en su casa. Pocha había llevado su cama a una habitación contigua que había permanecido vacía desde que las chicas se instalaran en la casa, por la sencilla razón de que no había nada que poner en ella, y a la mañana siguiente Barco le había dado un beso en la frente preguntándole si había tenido miedo. Ella se había extrañado un poco ante la conducta de Barco.

—Sí —le había dicho, con un tono inseguro.

—Esta noche no lo tendrás —le había dicho

Barco, soltándola. Y esa tarde, a eso de las seis, Barco lo había traído a él, que a su vez había traído una botella de ginebra. Él lo recordaba viendo a Barco abrazado a la guitarra: había sido un crepúsculo frío de otoño avanzado, casi dos años antes, y la parra estaba seca y desnuda y el cielo frío como una lámina de escarcha rosada.

—Hay que dar vuelta la carne, supongo —dijo. Y a él—: Le puse música a tu poema.

—¿Sí?

—Después de la comida lo vamos a cantar —dijo Miri—. Sacá esas cosas de la mesa.

Él obedeció mecánicamente. Barco le devolvió la guitarra a Pocha que regresó con ella al dormitorio. Después Barco fue a la cocina a buscar un tenedor para dar vuelta la carne. Miri extendió sobre la mesa el mantel que conservaba aún los rectos dobleces hechos por la plancha. Le sacó a él el plato de hielo y la botella y los colocó sobre la mesa. Él hizo lo mismo con los vasos,

mientras miraba a Barco trabajar agachado junto al fuego, dando vuelta la carne y removiendo y acomodando las brasas con el largo hierro fino.

—Diez minutos más y comemos —dijo Barco, dejando el hierro en el suelo y aproximándose. Miri fue a la cocina por los platos. Barco dejó el tenedor sobre la mesa y se sentó.

—¿Nos quedamos a dormir? —dijo.

—No —dijo él—. Voy al diario mañana.

—¡El diario! —exclamó Barco, escandalizado.

—Sí. Ya lo sé —dijo él—. Pero tengo que ir.

Barco asumió un tono de verdadera seriedad.

—Bueno —dijo—. ¿Cómo va esa novela?

—Bien —dijo él.

—¿Adelantaste mucho esta semana?

—Nada —dijo él, agarrando un pedazo de hielo y comenzando a chuparlo. Lo dejó en la boca, sacó un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se secó el sudor del rostro y el cuello. Después guardó el pañuelo y escupió el trozo de

hielo dentro del vaso—. Estoy hasta la coronilla de literatura.

—Es saludable —dijo Barco, haciendo un gesto de aprobación consistente en mover la cabeza apretando los labios y abriendo los ojos desmesuradamente.

—Sí —repitió él—. Es saludable.

—Viejo —dijo Barco—: si hacés tantos problemas para escribir una miserable novela quiere decir que la literatura no te interesa para nada.

—¿Acaso me estoy quejando?

—No —dijo, mirando lentamente hacia todos lados—. Pero...

—No quiero escribir un libro mediano que todo el mundo alabe como si se tratara de una obligación patriótica alabarlo. Prefiero...

Barco salió al cruce.

—Filosofía del triunfo —dijo—. Todo o nada.

—Sí —dijo él, excitado—. Pero por ninguna

razón personal.

Barco se puso de pie escandalizado y habló como si se dirigiera a un auditorio.

—¡Véanlo! —exclamó—. Encima de que ya no queda desorden personal que él no sufra, juega al héroe masoquista y se hace cargo del funcionamiento del Orden Diferenciado de las Letras, con mayúsculas, y existiendo como un objeto particular dentro del mundo de los objetos. —Volvió a sentarse y murmuró con un tono de melancólica reconvención—: ¡Ético de mierda!

Él se echó a reír.

—Dame un cigarrillo —dijo. Barco se lo alcanzó; extrajo un paquete de «Saratoga» del bolsillo del pantalón, golpeó su base contra el dorso de la mano empujando un cigarrillo afuera. Él lo tomó y Barco tomó uno para él arrojando después el paquete sobre la mesa. El olor de la carne asándose impregnaba la atmósfera. Ellos habían puesto la mesa a un costado de la columna

de humo que ascendía desde la parrilla y atravesaba el tejido basto de la parra. De la calle llegaba el sonido de las campanillas de los tranvías, los automóviles pasando a gran velocidad frente a la puerta de calle, sobre la avenida, y también ladridos de perros y voces humanas semejando atenuados y súbitos estampidos lejanos resonando en el seno del aire quieto.

Barco tuvo la idea de encender con una brasa. Improvisó una pinza con dos maderas y alzó precariamente una brasa con ellas, llevándola al extremo del cigarrillo pendiente de su boca. Él lo observaba. Se hallaba sentado con un brazo apoyado sobre la mesa, angulado, la mano colgando fuera de ella, cruzado de piernas, la mirada vagamente reflexiva. El cigarrillo sin encender pendía de sus labios, ínfimo y blanco y recto junto a su perfil algo pesado, algo grave: tenía mucho cabello y la cabeza un poco grande,

como un cubo visto desde cierta perspectiva, la nariz demasiado larga, los labios gruesos y largos; casi no tenía cuello. Su cabeza permanecía inmóvil, suspensa bajo la parra cargada sostenida por un viejo armazón de hierro y madera que parecía soportar en un esfuerzo máximo el rico peso de hojas y racimos.

Barco estuvo un momento con la brasa aplicada al extremo del cigarrillo; después dejó la brasa en el fuego, tiró las maderas, pegó una intensa chupada al cigarrillo y mientras echaba el humo observó con perplejo interés el extremo encendido. Después regresó junto a él y le alcanzó el cigarrillo para que él encendiera el suyo. Él lo encendió. Y vio de paso los ojos brillantes de Barco, atentos y retraídos al mismo tiempo: unos ojos grandes y oscuros, impregnados como de un brillo húmedo, lentos e inequívocos. Después le devolvió el cigarrillo. Oía las voces de las chicas en la cocina. Barco de pie comenzó a ponerlo

nervioso, le daba la impresión de que estaba de paso, de que no lo atendía, de que estaba a punto de entregarse a otra cosa; era como si lo menoscabara estando de pie.

—Sentate —le dijo.

Barco obedeció mecánicamente. Cruzó una pierna sobre la otra y apoyó su brazo sobre el respaldo de la silla. Después tomó un plato y un tenedor y empezó a golpear el tenedor contra el plato, produciendo un sonido irritante.

—¡A la mesa! —gritó—. ¡Vamos!

Después dejó el plato y el tenedor y quedó como pensativo, como triste. Pocha apareció delante con la fuente de ensalada y una sopera abollada llena de hielo; detrás venía Miri: traía pan y una botella de vino en una mano y la fuente de cebolla en la otra. Él se levantó para ayudarle a dejar las cosas sobre la mesa. Ésta era pequeña y se disponía de poco espacio.

—Habría que poner algo en el suelo o sobre

una silla —dijo Miri.

—Eso es —dijo Barco—, habría que ponerlo —dando a entender con eso que él no lo haría. Miri dejó el vino en el suelo. Él procuraba espacio sobre la mesa para colocar la fuente de la cebolla, que estaba cortada en rodajas finísimas, impregnadas en aceite. Parecían de un nácar brillante y suave. Hizo lugar en el centro de la mesa corriendo los platos y los vasos hacia los bordes, y colocó la fuente en el centro, apilando después todo el pan en un solo plato. Barco sacó un pan del plato, cortó una rodaja muy delgada y después la pinchó con un tenedor y la dejó un momento sobre la cebolla, para que absorbiera el condimento. Después se lo llevó a la boca, masticándolo lentamente.

—*Bocatto di cardinale* —dijo, en un torpe deliquio. Cortó otra rodaja de pan y le dio el mismo destino. Pocha le pegó en la mano, cuando él la llevaba otra vez hacia el pan, desde la boca.

En la otra mano tenía el cuchillo en ristre, como un glotón de comedia. Sorprendido por el golpe debió hacer un esfuerzo para tragar, volviéndose hacia Pocha con un gesto de dolorido reproche.

—Es mala educación —dijo Pocha.

Barco se rió orgullosamente.

—Nunca me jacté de ser educado —dijo, atacando nuevamente el pan.

Miri apareció en ese momento.

—Prepárense —dijo pasando rápidamente junto a la mesa con un plato en una mano y un tenedor en otra, y dirigiéndose después a la parrilla.

Pocha se sentó ante la mesa y miró el cielo a través de la parra.

—Es una noche templada —dijo.

—Sí —dijo él—. Nada menos que treinta y tres grados. Sudo a mares.

—No hablen de sudor en la mesa —dijo Barco — o me voy a ver obligado a contar el asunto del

anónimo español del siglo XIII y el poeta estreñado.

Él lo miró con súbita, sonriente curiosidad.

—¿Y eso? —dijo.

Barco se removió con orgullo pueril sobre la silla.

—Una fábula que me inspiró Pavlov —dijo.

Él fingió una exagerada contrariedad.

—Caramba —dijo—. Un competidor en mi propia casa.

—No voy a cometer la estupidez de escribirla.

No soy ningún exhibicionista —dijo Barco; y después, como si se le hubiera ocurrido de repente —: Escritores. ¡Qué receta! Un cuarenta por ciento de timidez, un veinte por ciento de percepción equívoca que permite amplificar el espectro de la palabra, un diez por ciento de mitomanía y un treinta por ciento de exhibicionismo. Revuélvase, póngase a hervir y sírvase a tímidos mentirosos que exhiben delicadamente lo que ellos creen que

es una genialidad, cuando no se trata más que de un desorden perceptivo.

—¡Positivista del diablo! —dijo él, riendo.

Pocha se inclinó hacia él y le hizo unas caricias delante de la cara.

—No me le digan eso —ronroneó.

Él se echó a un costado y se inclinó para recoger la botella de vino. Al hacerlo se le cayó una caja de fósforos del bolsillo de la camisa. La recogió y alzó el vino, llenando después las copas.

—¿Qué se cayó? —dijo Barco, inclinándose sin interés. Él le enseñó la caja de fósforos sin comentario mientras servía el vino. Barco dio una última chupada a su cigarrillo, echó el humo, y después tiró el cigarrillo hacia atrás, por encima del hombro. Él hizo lo mismo mientras la oscura bebida brillante murmuraba en las copas. Pocha agarró el corcho que él había dejado sobre la mesa y se quedó mirándolo. Era un corcho fino, pulido y prieto.

—De recuerdo —dijo, volviendo a dejarlo con mucho cuidado sobre la mesa, y arrimando su copa al pico de la botella de la que caía un chorro vivo y espeso, lleno de manchitas brillantes. Él dejó la botella, mirando a Pocha y señalando con el índice a Barco.

—Éste es un positivista del diablo —dijo—. Yo sé lo que te digo.

—¿Por qué dirán —dijo Barco de pronto, hurgándose la nariz— que el calor dilata los cuerpos, si ciertos objetos al quemarse se contraen?

—Qué asqueroso —dijo Pocha, haciéndose a un lado para dar paso a Miri que retiró un plato de la mesa, regresando con él junto a la parrilla y dándole de paso un golpe a Barco en la mano.

—Parece que es una norma de la casa —dijo, alcanzando a darle una palmada en la nalga; y después, en tono de ceremoniosa reconvención—: La violencia engendra la violencia.

—No todos los cuerpos se contraen, creo — dijo él, reflexivamente—. El cuerpo humano, creo que sí.

—Nada de inmundicias en la mesa —dijo Barco— o me veré obligado a relatar la fábula del anónimo español del siglo XIII y el poeta estreñado. Palabra que es verídico.

—Acaba de decir que le fue inspirado por Pavlov —dijo él—. Tomá nota.

—No sólo digo que es verídico —dijo Barco con aire triunfal— sino también que le sucedió a una persona que ustedes conocen. Y no sólo digo que le sucedió sino que todavía, en este mismo momento en que Miri trae el asado y vos alzás la copa para tomar un trago de este vino y no de otro, le está sucediendo. —Hizo un giro picaresco con los ojos—: ¡Pavada de estilo! ¿No recuerda a Cervantes?

—Seguro. Escríbelo en papel higiénico, hijo mío —dijo él, dejando la copa que había llevado a

sus labios al comenzar Barco su discurso.

—Grosero —dijo Pocha, alzando su copa. Bebió un trago de vino, pasándose después la lengua rosada por el grueso labio superior. El labio inferior brilló suavemente, curvado y húmedo. Él la deseó, en un relámpago, pero el recuerdo de un hábito atroz destruyó súbitamente su deseo.

—Nunca —dijo Miri, llegando con el asado—. Nunca le permitiré rasgos de hombre público. —Depositó el plato sobre la mesa. Contenía dos tiras olorosas y gruesas; cortó las dos por la mitad y al hacerlo de la carne brotó un rico jugo rojizo, algunas gotas brillantes y espesas como gemas vivas. Repartió los pedazos de carne, rodeó la mesa, y fue a sentarse en su silla. Él la siguió con la mirada.

—¿Cómo quedó el poema? —dijo.

—Ya veremos —dijo ella, dejando su plato sobre la mesa y sentándose después. Tomó el

cuchillo y observó cuidadosamente su filo—. No debe cortar —dijo.

Barco dejó el cuchillo y el tenedor y juntó las manos como para orar.

—Probemos —dijo, mirando a Miri de reojo.

Miri cortó su trozo de carne. Hablaba poco, y se movía lentamente, cuidadosamente. Tenía el pelo claro, muy lacio, con algunos manchones casi rubios, peinado a lo «cola de caballo». Como se hallaba sentada de espaldas a la luz del patio, un farolito que encerraba como una jaula a una lámpara de pequeño voltaje, de sucia incandescencia, afirmado sobre la pared de la cocina, la luz nimbaba tenuemente el contorno de su lenta cabeza. Tenía la nariz levemente aplastada, entre unos ojos grises, grandes y brillantes y una boca grande de labios finos. Él la miraba comer, delicadamente indiferente, en una actitud de accesibilidad extrema, llevando uno tras otro los trozos de carne a la boca, como si esos

mínimos actos se trataran de distracciones inevitables entre pensamiento y pensamiento. Era, de estatura, demasiado alta para él.

—Hombre público —dijo Barco.

—Un actor de cine, un político, un jugador de fútbol —dijo él—. Un escritor, en este país, démonos por vencidos, no es un hombre público.

—Si una mujer pública es una prostituta —dijo Barco— ¿qué entenderíamos por hombre público? Porque también las casas públicas...

Él miró a Pocha.

—Domina el asunto —dijo, refiriéndose a Barco—. Tiene toda la socarronería asignada al país en depósito.

—¿Depósito? —dijo Barco—. Depósito de las acciones. ¿Dónde leí eso? ¿Qué es eso?

Él miró a Miri.

—Si te preguntaran —dijo a Barco— cuál es tu ocupación, ¿qué responderías?

—Diría que soy tan buen estudiante como

Raskolnikov —dijo Barco—. Un buen estudiante, padrecito. Algunos años de derecho y un brulote en un pasquín; una hermana intrigante, una madre cargosa y posesiva, etcétera. Mi diploma: dos ancianas degolladas.

Él reía, arrimó su plato a la fuente de cebolla y se sirvió, asintiendo.

—Te parecerá absurdo —dijo— pero, con todo, es una carrera. —Puso su mano sobre el brazo de Miri—. Dame vino —le dijo, persuasivamente. Ella dejó sus cubiertos y le sirvió—. Era el único camino que le quedaba para encontrarle un sentido a la vida —dijo, vigilando el chorro oleoso y brillante cayendo desde la botella inclinada a su vaso; cuando éste se llenó hasta un poco más arriba de la mitad, tocó suavemente con el filo del cuchillo el pico de la botella—. Gracias —dijo. Miri dejó la botella en el suelo. Él volvió a mirarla persuasivamente—. Hielo —dijo. Ella obedeció. Y él, a Barco—:

Cuando el bien no se encuentra por sí mismo, hay un solo lugar donde ir a buscarlo: el mal. ¿Estamos? Este asado está de locura.

—Él ha dicho su frase —dijo Barco—. Él va a dormir cómodo esta noche.

Él sacudió el tenedor dos o tres veces, los dientes hacia Barco, y después dio vuelta con él su trozo de carne.

—Estás en el vacío —dijo él, cortando la carne—. No sos nada. ¿Qué son una carrera de abogado y un artículo exhibicionista de aire maldito? Nada. Estás en el aire. Bajás a tierra para dar dos hachazos: cuando levantás la cabeza, desviando la vista de los cadáveres para mirar a tu alrededor, ¿qué es lo que ves? El mundo de los valores, el bien posible, fuera tuyo, y como una cosa que tenés que proponerte. Algo por alcanzar. Y el único camino consiste en modificarte a vos mismo. ¿Entendido? La enfermedad es lo único capaz de crear la salud absoluta. El mal respecto

del bien, ídem.

Los ojos de Barco emitieron un rápido destello. Se inclinó hacia él.

—No entiendo —dijo Pocha, con la boca abierta. Miri los observaba.

—No es necesario —dijo Barco, con aire de comprensión malévola, mirándolo a él, pero respondiéndole a ella, como si quisiera terminar con ella de una vez para poder abocarse tranquilamente a la cuestión principal—. Trece maneras de combinar el amor con la perversidad: he ahí tu objetivo. —Y a él—: Hermosa teoría.

—Nada nuevo, por otra parte —dijo él, vanidosamente—. Me la han confirmado no me acuerdo qué lecturas.

Barco buscó la botella de vino en el suelo.

—Hermosa —dijo su voz desde abajo de la mesa.

—Estoy viendo cómo encaja en ese tipo de locura que se manifiesta con rasgos de

monstruosidad moral.

—No entiendo —dijo Pocha—. En serio.

La cara de Barco apareció enrojecida y como hinchada por el esfuerzo de inclinarse. Tenía la botella de vino en la mano izquierda; la pasó a la derecha y llenó su copa. Observándolo, él se detuvo un momento, dejando de masticar como si con su gesto colaborara con la acción de Barco. Barco volvió a inclinarse de costado, dejando la botella en cualquier parte, en el suelo.

—En serio que no —dijo Pocha.

—Hija —dijo Barco— lo que pasa es que no te interesa.

—Hace un momento —dijo él— dijiste que la locura era una puerta de escape. ¿Y si fuera al revés?

—¿Un sentido equívoco de la responsabilidad?

Él cortó un trozo de carne, lo masticó y lo tragó. Después miró a Miri, a Pocha. A Barco.

—Una entrega al mundo —dijo, con una sonrisita connivente.

Barco asintió seriamente, pero con un gesto torpe.

—Como teoría es una teoría —dijo.

—Por supuesto —dijo él—. No es una palangana. —Se llevó a la boca el último trozo de carne y dejó los cubiertos a los costados del plato; después observó que podían manchar el mantel y los apoyó sobre el borde del plato. Después miró distraídamente a las mujeres. Éstas se hallaban ocupadas cortando la carne en sus platos, y sólo Barco lo miraba.

—Seguramente que no —dijo Barco—. Aunque en ella te habrás limpiado más de una suciedad.

Él tomó su vaso.

—Posiblemente —dijo, bebiendo.

—Posiblemente —repitió Barco, pensativo, inclinándose sobre su plato, como si no dudara de

que así era. Después de cortar la carne y llevarse un trozo a la boca se sirvió ensalada. Sacó el atado de cigarrillos de encima de la mesa y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Por un momento se hizo silencio en toda la casa, un silencio interrumpido sólo por el tintineo de los cubiertos sobre los platos, y de vez en cuando las voces y sonidos lejanos provenientes de la calle o de las casas vecinas.

Él miró a Miri. Ella masticaba lentamente su bocado.

—Miriam le ha puesto música a un poema mío —dijo a los demás.

Nadie respondió. Siguieron comiendo silenciosamente como si él no hubiera hablado. Él se inclinó nuevamente sobre su plato y siguió comiendo. Miri cruzó los cubiertos sobre su plato, súbitamente.

—No como más —dijo. Y a Barco—: Dame un cigarrillo.

—Sacalos —dijo Barco; ella estiró su larga mano hacia el bolsillo de la camisa de Barco. Sacó el paquete de cigarrillos y extrajo uno de él. Después volvió a dejar el paquete en el bolsillo de la camisa de Barco. Se levantó, fue a la cocina, y regresó con el cigarrillo encendido. Quedó de pie junto a la mesa, con una mano en la cadera y la otra sosteniendo el cigarrillo. Parecía como que estuviera por empezar a cantar, o como si imaginara que cantaba. Pocha se volvió hacia ella, se puso de pie y le arregló el escote de la solera.

—Estaba torcido —dijo, y se sentó a continuar comiendo. Miri se inclinó hacia ella, colocándole las manos sobre los hombros, diciéndole algo en el oído. Pocha la escuchaba con los ojos muy abiertos, balanceándose levemente. Después lanzó una súbita carcajada: Miri se apartó de ella, mirándola con malevolencia satisfecha, sacudiendo distraídamente la ceniza de su cigarrillo, mientras Pocha se doblaba hacia

adelante, en el espasmo de la carcajada, tocando casi el plato con el rostro. Después, siempre riéndose, se volvió hacia Miri y la atrajo hacia sí tomándola del brazo, obligándola a inclinarse para continuar el secreteo. Después que ella le dijo algo en el oído, Miri asintió rápidamente con la cabeza, riendo. Barco y él sonreían a la expectativa.

—Formas de acaparar la atención del auditorio —dijo Barco, a él—. Los hombres usan el aire inteligente, técnica pasiva. Las mujeres el juego escénico, técnica activa.

—Sí —dijo él—. Y tu comentario demuestra que han conseguido desplazar tu atención.

—Dice Pocha que te diga una cosa —dijo Miri, a Barco.

—Escucho —dijo Barco. Miri fue hacia él. Se inclinó y murmuró unas palabras en su oído. Barco escuchaba con expresión atenta, divertida e incrédula. Después sonrió, mirándolo.

—Dice Miri —dijo. Él lo interrumpió.

—¿Ya empezamos? —dijo, dejando los cubiertos. Barco miró los suyos, que tenía en las manos, y los arrojó sobre el plato. Pocha hurgaba la fuente de la ensalada con su tenedor. Y él, después, poniéndose de pie, dijo:

—Buen provecho.

—Tiene razón —dijo Barco, en tono de protesta—. Gracias. Imagínenselo al general San Martín jugando a la zorra. Tenemos pocos próceres —dijo, buscando los cigarrillos en el bolsillo de la camisa—. No los echemos a perder.

—A él —dijo Pocha, mirándolo cariñosamente — le gusta jugar, pero no ahora.

—Un rato más —dijo Barco—. Hago la digestión y empezamos a hablar de cosas profundas.

—Un cuerno la vela —dijo él—. No me gustan esas macanas.

—Lo que pasa —explicó Barco— que

cualquier atisbo de asociación que se produce lo considera ipso facto en contra de él. —Y a Pocha —: ¿Tomamos té?

—Miri va a prepararlo —dijo Pocha.

—Bueno —dijo Miri, distraída, dirigiéndose mecánicamente hacia la cocina. Él la miró alejarse, demasiado alta, consistente, el pelo cayendo en un chorro como de suave arena oscura sobre la piel desnuda. Ella entró en la cocina. Él volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Barco, casi sonriente, pensativa.

Cuando abrazó la guitarra, y se sentó, inclinándose después sobre las cuerdas, había tenido previamente el suficiente cuidado de prescindir de todos ellos. La primera nota fue un hilo tenso de oro que tembló un poco conmoviendo la corriente secreta del tiempo, persistiendo sobre su reciente origen precario, sobre su rápida vida sin dirección, en un presente pasado persistente, en un destino a caballo entre el olvido y la memoria.

Después ella movió la cabeza entre rasgueos. Barco fumaba mirándola. Pocha sostenía una copa de vino con las dos manos, y él, echado sobre la silla oía con la cabeza echada hacia atrás, la nuca apoyada sobre el respaldo de la silla, mirando las hojas y los racimos cuyo tumulto ocultaba casi siempre el cielo plácido, la lenta noche.

—*Junto al fuego* —dijo ella, mirándolos, entre rasgueos. Regresó a sí misma, entornando los ojos, por un momento, entre rasgueos, y recomenzó, después, cantando:

*Oh tú que cantas, ¿dónde
cantas? —Muy cerca, dijo.*

Cerró los ojos y sostuvo gravemente la última sílaba cálida. Movió la cabeza y miró a Barco como si no lo viera, el oído insinuado hacia la caja liviana, ahora como sonriendo.

Detrás de mí, detrás de ti

Observó su propia mano sobre las cuerdas, como un pájaro en los hilos del telégrafo.

no hay más que olvido.

Oh tú que lloras, ¿dónde

lloras? —Muy lejos, dijo.

Se detuvo, como si ya no fuese a continuar. Hizo un gesto de amarga negación con la cabeza, como quien descubre un terrible secreto, como quien comienza a admitir una dolorosa verdad largo tiempo silenciada.

¿Eres de carne y hueso?

Esbozó una lánguida sonrisa exhausta. Y después cantó tibiamente, tristemente, pálidamente.

Soy de olvido.

Su amargura cálida creció: cerca del llanto, tal vez con su mímica.

Oh tú que callas, ¿dónde callas? —Fuera del mundo —dijo.

Se apuró, como si quisiera terminar:

*Donde se abre y se cierra
la puerta del olvido.*

Continuó haciendo sonar las cuerdas en silencio. Cuando comenzó a cantar nuevamente, el tono de su voz era casi un murmullo, lento, vago, y triste.

Junto al fuego

tengo frío.

La guitarra continuó, y ella recomenzó para terminar, casi hablando:

*Junto al fuego
tengo frío.*

La última nota, el último hilo tenso tembló en el aire quieto, persistiendo un poco sobre su origen y su término.

Nadie habló.

Los dedos de Miri continuaron jugueteando sobre las cuerdas, y ella parecía haber ignorado todo el tiempo que los demás estaban allí, delante suyo, oyéndola cantar. Se había sentado un poco separada del grupo, cerca de la luz, y su cabeza brillaba, y al inclinarse sobre la caja brillante su rostro permanecía casi indiscernible bajo la sombra que él mismo proyectaba; los otros la

rodeaban distribuidos semicircularmente alrededor de la mesa, de la que un momento antes habían retirado los platos, los pocillos de té y los cubiertos, limpiándola y dejando sobre ella sólo las copas, el plato de hielo y una botella de vino semivacía. Un poco más allá, el fuego terminaba de consumirse lentamente.

Miri cantó *Volver*. Él la observó durante toda la pieza. Percibió hasta el más leve de sus movimientos, las largas manos rebeldes, la cabeza brillante y lenta, la inclinación apasionada del cuerpo vivo, las largas piernas de tibias duras y rodillas como de piedra blanca, sobre cuyos muslos apoyaba la caja frágil de la guitarra, como a otro cuerpo dócil en el que se gozara equívocamente y sin límites.

Cuando ella terminó de cantar, Barco se levantó y la besó delante de todos. Después ella fue al dormitorio con la guitarra, se demoró un rato adentro, y regresó sin ella, alisándose el vestido y

tocándose el pelo. Se sentó.

—Dame un cigarrillo —dijo a Barco. Éste lo sacó del paquete, lo encendió, y se lo dio, echando el humo de la primera pitada. Ella fumó largamente y apagó el cigarrillo; él miró a Barco; éste sonreía con expresión pensativa.

—Nada del otro mundo —dijo Barco—. La gente muy sensible sufre del estómago. El plexo solar, como dijo Lawrence, creo, o algo parecido. Tensión nerviosa, creo. Escritores, poetas, pensadores, filósofos: ninguno va de cuerpo como es debido. Uno de los riesgos más importantes a que expone la aventura del espíritu: el desorden intestinal. Un hombre con diez libros publicados requiere un especialista para él solo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —dijo él, lentamente.

—Ustedes lo conocen. Vos lo conocés. Pocha y Miri no sé. —Se rascó la mejilla—. Poeta local. Tiene un libro en prosa también. Su drama íntimo

muy pocos lo conocen, y yo entre esa selecta minoría. Es un hombre de difícil deposición; está detenido en una etapa primitiva. A pesar de eso es un buen padre de familia y un funcionario brillante. Los tribunales, creo.

”Me lo ha confesado: no va bien de cuerpo; un detalle picaresco visto desde afuera. Imagínalo a Novalis; conociéndolo personalmente uno lo puede aceptar, pero la historia no nos lega más que figuras platónicas. Inaceptable para un Shelley; aún la sífilis de Nietzsche nos parece una limitación espiritual, nunca lo vemos como algo del cuerpo; nos parece como si sus ideas las hubiesen generado. Macana. Es algo grave. Ni la presión política ni la ausencia de una tradición son calvarios más inevitables. Dice que en ciertas épocas ha estado una semana o más sin poder hacerlo y que cuando lo hace lo hace mal, a duras penas, y en forma indebida. Desde los veinte años lo viene sufriendo. Cordero que se inmola en el

altar pierio. Dice que en una de las peores épocas, llevaba como cuatro días sin hacerlo, lo invitan a una audición musical, privada, en casa de otro poeta, un amigo nuestro, de cuyo nombre no quiero acordarme. Dice que al principio se negó a ir, pero el otro insistió tanto que al final lo convenció. Fue sin ganas, y ahí está lo notable, dice.

”Como él estaba tan mal, dice que el otro, aunque desconocía las causas, lo trataba con mano de seda. Supongo que intuiría que le estaba pasando algo malo. El asunto es que para distraerlo propuso Brahms, Beethoven y Stravinsky, pero él dice que no agarró viaje. No tenía ganas de nada, salvo de una cosa. Por fin dice que el otro lo miró con una sonrisa picaresca y connivente y le dijo: «Hay algo que te va a hacer bien». Ya saben cómo es la gente fanática: cree que lo que a ella la vuelve loca tiene forzosamente que volver locos a los demás. Dice que él lo miró tristemente, incrédulamente: «¿Sí? No creo: he

probado todo tipo de purgantes». «No me refería a eso —dijo el otro un poco desconcertado—. Tengo algo que nunca has escuchado en tu vida. Un anónimo español del siglo trece grabado en el año veinticuatro. Debe ser uno de los pocos ejemplares que existen». Dice que él le respondió: «¿De veras». Y dice que por esa razón el otro dudó un poco, con desencanto, pero que después se resolvió y fue a buscar el disco y lo trajo, y después de hablarle quince minutos sobre él se lo hizo escuchar. Él dice que apenas si lo oyó; no estaba para anónimos. «*Altro* que anónimos», dijo cuando me lo contaba, y también cuando me estaba contando comentó, en tono de queja: «¿Será posible? Si por lo menos engordara, sabría adónde va a parar todo lo que como». Dice que se despidió enseguida, y como vive cerca de la casa del otro, que ustedes también conocen, ustedes dos no sé, pero él estoy seguro, se fue caminando. Dice que a mitad de camino, a unas cuatro cuadras de su

casa, empezó a sentir ganas. Una falsa alarma, seguro, me dijo que pensó, porque estaba acostumbrado a sentir ganas para que después nada. Hacía tres horas que había comido, y en abundancia. Me lo explicaba con mucha minuciosidad, como esos enamorados desgraciados que dudan de ser correspondidos, que te describen situaciones con lujo de detalles y después te preguntan qué te parece. Dice que empezó a sentir un peso cálido en el estómago y en el pecho, pero que no se apuró: no quería volver a sufrir desilusiones. Así que después que llegó a su casa y entró, y encendió las luces, estuvo a punto de pasar de largo frente al cuarto de baño. «No sé qué fue lo que me hizo decidirme. Entré y...». Así era. Había ido perfectamente, como un campesino después de comer. «Las causas, no sabía», me dijo, cuando me lo estaba contando. Y dice que después apagó las luces y fue silenciosamente al dormitorio y se desvistió sin encender la luz para

no despertar a su mujer que estaba acostada y seguramente dormida y se sentó en el borde de la cama con mucha lentitud, para sacarse los zapatos sin despertarla, pero que ella se dio vuelta y le tocó el hombro. «Oí la cadena», dice que le dijo su mujer. «¿Cómo te ha ido?» «Figúrese cómo estaríamos preocupados en casa por ese asunto, me dijo, que cuando mi mujer oyó la cadena se despertó y pensó automáticamente en eso».

”Dice que al otro día se despertó maravillosamente, nuevo. Canturreó mientras se afeitaba y se bañaba; dice que lo que canturreaba era el anónimo del siglo trece que había escuchado la noche anterior. Recordaba una estrofa casi entera. «¡Lo que es la mente!», comentó, mientras me contaba. Hay que disculparlo, es hombre de otra generación. Se han pasado la vida haciendo silvas y sonetos para las fechas patrias y creyendo que el idioma español es el más rico del mundo. Parece rico porque casi nadie lo ha usado todavía

con ideas. Ellos deben creer que...

—Bueno —dijo él—. Adelante.

—Si me dedico a la literatura —dijo Barco— tengo que hacerme hábil para las digresiones. La literatura misma es una digresión permanente de la realidad.

—Por supuesto —dijo él, con aire paciente—. Adelante. Una digresión permanente. Seguro. Adelante.

—Lo lindo del caso es que no sólo se acordaba de la estrofa sino que le gustaba, y al llegar a ese punto en que, por limitación de la memoria perdía la melodía, le entraban unas ganas tremendas de volver a escucharla. «Después perdí la melodía por completo. No tengo buen oído», me dijo cuando me contaba. «Nunca llegué a imaginarme que fuese tan importante.» Dice que después su vientre no dio más frutos. Bendito fruto de su vientre. Dice que no se preocupó al principio; se había hecho a la idea de que estaba

comenzando a funcionar de nuevo, pero que lo hacía con cautela, como hacen esas máquinas a vapor, ¿vieron?, que para vencer la inercia arrancan con escapes muy espaciados primero y aumentan gradualmente el número de escapes al mismo tiempo que disminuyen el espacio entre uno y otro, hasta que establecen un ritmo en la marcha. Así que cuando cuatro días después seguía sin novedades no se alarmó. Más bien se sentía contento, y esto no lo dijo él sino que lo pensé yo: envuelto en la ebriedad de su propia teoría. El quinto día pasó frente a la casa del otro poeta y se acordó del anónimo del siglo trece; decidió entrar: tenía disposición para la música ese día. El otro se sintió halagado cuando le dijo a lo que venía. Y cuando me lo contaba él se explicó: «Maté dos pájaros de un tiro: por un lado escuchaba el anónimo y por el otro quedaba bien con el amigo, que seguramente debió sentirse molesto la otra noche.» Dice que se sentó y tuvo que esperar un

momento hasta que el otro terminara de hacer no sé qué cosa; y dice que se sintió sereno y feliz mientras esperaba sentado, envuelto en la molición de la biblioteca. «Yo ya debía saber inconscientemente», me dijo cuando me contaba. Y me contó también que cuando su amigo se desocupó y vino a la biblioteca y le hizo escuchar el disco, él se sintió verdaderamente bien. «La música me invadió el pecho —me contó— y me asombré cuando el calor se desplazaba por el estómago.» Dice que tuvo que pedir permiso para levantarse antes de que la canción terminara. El amigo lo llevó al cuarto de baño con mala cara, dice. Y dice que esa vez todo salió espléndidamente bien, salvo la vanidad de su amigo, que se vio marginado otra vez por esos repentinos desaires involuntarios que él le hacía. Se fue cantando el anónimo del siglo trece, dice. Su teoría del mecanismo a vapor se confirmaba. Y aunque él no me lo haya dicho, yo lo pienso: más

que salir del problema, a él lo dejaba satisfecho el haber acertado en cuanto al proceso que requería su normalización.

”Estuvo contento casi toda la semana. Escribió dice, y trabajó divinamente. Al sexto día se empezó a preocupar: demoraba, y el tiempo entre resoplido y resoplido, entre escape y escape, era mayor que al principio. Contradecía su teoría. Cuando me lo contó me dijo que, mientras tanto, el anónimo del siglo trece le gustaba cada vez más. Era como un bajorrelieve de oro viejo, me dijo, un medallón bruñido. Tiene razón: todo lo que nos ha legado la Edad Media se destaca por su dureza, por su consistencia. Ya sé. Dirás una digresión. Basta desde ahora, prometido. Tengo vocación para las digresiones. Decidió ir a escucharlo una vez más. Dudó un poco dice. Y se explica: no sabía cómo iba a recibirlo el otro, después de tantos equívocos. Fue sin embargo. Al otro día, el séptimo, que era domingo (me contó: «Fue un

domingo —dijo—. Fui a la mañana. Un día de sol espléndido. Ya sabe cómo es el otoño en el litoral: nublado o resplandeciente, siempre hermoso. Yo suelo decir que nuestro verano es el otoño. Equivale a la plenitud de la vida para nosotros. Porque en el verano hace tanto calor, tanta humedad») fue, después de misa, supongo, bien vestido, y a lo mejor con su mujer del brazo, saludando a diestra y siniestra a todo lo largo de San Martín. Hombre público, como decíamos hoy. Bueno, me gusta imaginarme qué pasó en esa casa esa mañana. Tres experiencias consecutivas bastan para establecer una ley general: y dado en ese ambiente de joven familia, en ese cartucho de dinamita poliándrica que son las parejas de matrimonios cultos, es desde todo punto de vista interesante hilvanar la historia y conjeturar cómo se han dado los hechos.

—¿Puedo pedirte que no inventes? —dijo él, con una cordialidad afectada.

—¿Invente? —dijo Barco—. Por supuesto. Nada de inventos. Palabra. Y otra cosa: nada de interrupciones de sucio origen.

Él lo miró sorprendido.

—Palabra que no —dijo.

—Si no —dijo Barco— terminaremos como en esas películas cómicas. Decía que los veo llegar a la casa del otro poeta. Veo a las mujeres haciendo rancho aparte para ir al dormitorio a mostrarse cosas recién compradas, y a los hombres sentados en la biblioteca hablando sobre los últimos premios literarios acordados por los clubes de los que son socios y presidentes de las subcomisiones de cultura. Los veo hablando de la ciudad: una ciudad, ¿qué es eso? Sí. No te molestes en impedirme continuar. Estoy decidido a hacerlo. Una ciudad es para un hombre la concreción de una tabla de valores que ha comenzado a invadirlo a partir de una experiencia irracional de esa misma ciudad. Es el espejo de sus creencias y de

sus acciones y si él se alza contra ella no es que esté denunciando sus defectos sino equilibrándolos. Cómo te diría. En cierta medida, el mundo es el desarrollo de una conciencia. La ciudad que uno conoce, donde uno se ha criado, las personas que uno trata todos los días son la regresión a la objetividad y a la existencia concreta de las pretensiones de esa conciencia. Por eso me gusta América: una ciudad en medio del desierto es mucho más real que una sólida tradición. Es una especie de tradición en el espacio. Lo difícil es aprender a soportarla. Es como un cuerpo sólido e incandescente irrumpiendo de pronto en el vacío. Quema la mirada. Hablando de la ciudad, decía. Me gusta imaginármelos. Yo escribiría la historia de una ciudad. No de un país, ni de una provincia: de una región a lo sumo. Envidio a la gente que no tiene imaginación: no necesita dar un paseo por el sistema solar para llegar a la esquina de su casa.

Salen a la puerta de calle y ahí están: el buzón, el almacén con olor a yerba y queso fuerte, el paraíso o el algarrobo agonizando en junio. Nosotros tenemos que confrontarlos con nuestro propio mundo espiritual antes de admitirlos. Reconozco que esa simpleza es algo que no puede elegirse, pero la añoro: es que, dando una vuelta tan larga, antes de aprender a tocar las cosas, uno está donde se lo ha buscado: en el aire. ¿Qué estaba diciendo? —Barco alzó su copa de vino y bebió un trago. La dejó sobre la mesa—. Ah, sí. Él me dijo. Dice que escucharon Beethoven y que no pasó nada. La Quinta Sinfonía, creo que dijo. Y pensé cuando me lo dijo que la señora Quinta Sinfonía y la señorita Toccata y Fuga, y la nada sencilla Consagración de la Primavera, prescindiendo de los valores que puedan tener, son cosas que hacen peligrar la música.

—Eso es como pretender que la popularidad de Dickens haya hecho peligrar la literatura.

—Parto del principio —dijo Barco— de que lo que gusta a muchos posee elementos intrínsecamente malos. ¿Reaccionario, verdad? Cuando me vayan conociendo sabrán que, en ese sentido, soy de lo peor. Dice que antes de empezar a escuchar el anónimo del siglo trece él creyó saber: parecía como que empezaban a distribuirse las condiciones necesarias, a ubicarse en su justo lugar. Dice que cuando la voz de la soprano comenzó a oírse, él ya sabía que había estado sabiendo: se puso de pie, dice, sencillamente, y preguntó si podía ir al baño. Dice que su colega lo miró, pálido, primero, y después rojo, verde, indignado y vejado. Pero que él le habló pacientemente: «Después te explico», me contó que le dijo. «Ahora quiero ir al baño.» Fue, divinamente, por supuesto y cuando regresó a la biblioteca el otro había detenido el disco y lo esperaba sentado, interrupto: quería que se le dieran explicaciones. Y yo lo veo a él,

calmosamente, diciéndole: «En ese redondel de pasta negra está mi salvación». Sentándose después para explicarle con tembloroso entusiasmo; explicándole: «Alivia mis tensiones».

Pocha reía, incrédula, divertida.

—¿Así que cuando él escuchaba el anónimo —dijo— iba de cuerpo?

—Como se oye —dijo Barco satisfecho—. Así es. Pero eso no es nada. Lo trágico vino después, según me dijo.

—Son macanas —dijo Miri, mirándolo con una sonrisa insegura—. Lo inventó él.

Él miraba sonriendo a los demás, sin hacer comentarios. Tomó un poco de vino y se quedó después con el vaso en la mano, sonriendo. Era casi medianoche; el cielo seguía quieto, pesado, muy claro, visible apenas a través de la parra cargada. No había estado oyendo más que la voz de Barco durante cierto tiempo, una voz aguda pero no chillona, ciertamente cálida y de emisión

cuidadosa. Parecía llenar todo el aire, demorar en extinguirse. Parecía que la persistencia de su propia voz, de su propio pensamiento iba rodeando sus palabras a medida que las decía, iba formando en el aire una especie de dibujo vivo, cambiante.

Barco buscó el paquete de cigarrillos en el bolsillo de su camisa. Estaba vacío.

—Habría que comprar cigarrillos —dijo Barco—. ¿Alguno de ustedes tiene doce pesos?

—Nosotras —dijo Miri—. De ustedes estamos seguras que no tienen.

—¿Cómo adivinaron? —dijo él—. Lo que haría falta es alguno que vaya a comprar.

—Por lo que dijo Barco —dijo Pocha—. Eso de la ley general: ¿cómo era?

—Que tres experiencias bastan para establecer una ley general —dijo Barco.

—¿Ustedes irían? —dijo él, mirando a Miri y después a Pocha.

—No —dijo Barco—. Que tres experiencias consecutivas dije.

—Eso es —dijo Pocha—. Consecutivas.

Miri miró a Pocha, y después a él, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca de absoluta disponibilidad.

—Si Pocha quiere —dijo. Y a Pocha, tocándole el hombro—: ¿Quieres ir?

—¿Adónde? —dijo Pocha, que estaba de gran charla con Barco. Enseguida comprendió—. Sí. Vamos —dijo.

Se pusieron de pie, fueron al dormitorio a mirarse al espejo y a buscar el dinero y reaparecieron después en el patio, listas.

—Ya volvemos —dijo Miri.

Se encaminaron hacia la puerta, una hoja enana de alambre tejido, y Miri corrió el pasador produciendo un chirrido vivo y súbito. Pocha la seguía; desde la puerta se volvió a Barco:

—No sigas contando hasta que no volvamos —

dijo.

—No —dijo Barco, con tono melancólico. Y después, a él, sonriendo, mientras oían los pasos de las chicas alejándose a través del pasillo hacia la calle—: Yo llamo intelectual al hombre que explota a su mujer y se disculpa diciendo que él piensa mientras ella trabaja.

Él no respondió, mirándolo con una sonrisa abstraída. Barco se puso de pie, estiró los brazos y fue al baño; él oyó el chorrillo de agua cayendo sobre agua, después un silencio, y después el aluvión cambiante y apagado de la cadena, y enseguida, en el momento en que veía reaparecer a Barco, los gorgoritos producidos por el tanque comenzando a llenarse. Barco se aproximaba lentamente, en toda su firme estatura. Se detuvo, junto al fuego, se agachó sobre él y tomando el hierro que se hallaba a un costado removi6 las cenizas. No quedaba una sola brasa encendida: únicamente el sedimento suave de la ceniza y

algunos carbones consumidos de un lado e intactos en el otro.

Él lo contemplaba desde donde se hallaba sentado. Respiraba el denso perfume vegetal de la noche. Más allá de la parra había un manzano gris y una estrella federal con sus rojas flores pasivas y grandes. En los patios de las casas vecinas se abrían viejos paraísos de copas densas y fuerte olor áspero. Daba gusto, en las noches, atar un coy a la columna que sostenía la parra y al manzano y dormir allí, balanceándose apenas, con el mismo ritmo de la noche, avanzando cósmicamente en esa disponibilidad del sueño al aire libre, acechado no tanto por el peligro como por la protección de la noche.

Barco vino hacia la mesa a sentarse en el sitio donde había estado sentado hasta un momento antes, y él se puso de pie como si hubiera estado esperando que Barco se sentara para hacerlo.

—¿De mañana o de tarde? —dijo Barco.

—¿Qué? —dijo él.

—El diario —dijo Barco.

—Ah —dijo él—. De mañana.

—Bueno —dijo Barco—. Podemos quedarnos despiertos hasta que te vayas al diario y después te dormís una buena siesta y listo.

—No sé qué hacer —dijo él—. Esto va para largo.

Barco rió, desviando la mirada, y continuó sonriendo enigmáticamente, un poco en pose. Comenzó a romper el paquete de cigarrillos vacío, tiró el celofán y la etiqueta y se quedó con el papel plateado. Empezó a alisarlo, sobre la mesa.

—Para largo —dijo, con una sonrisa de ángel malo.

—Tenés una forma tan sucia de razonar —dijo él, en un tono nostálgico, melancólico.

Barco alzó su copa de vino, dejando cuidadosamente el papel plateado sobre la mesa. Metió la mano en el plato de hielo. Sólo había

agua fría y un poco sucia. Un trocito insignificante emitió un leve reflejo, flotando a la deriva, su dura transparencia confundida en el agua transparente. Barco lo sacó del agua, lo miró, y lo echó dentro de su vaso. El trocito tintineó contra las paredes de vidrio.

—Admitimos que el hielo se derrita —dijo— pero no que nosotros debamos envejecer y morir. —Y después, mirándolo con una seriedad imparcial, condescendiente—: Sucia tu manera de interpretar mi pensamiento, también. Ninguno de los dos pasa de los veinticinco; hace diez que nos conocemos, hemos visto la parte más interesante del proceso. ¿Cómo dudar de que podemos prevernos?

—¿Se puede saber de qué estamos hablando? —dijo él, en voz un poco alta. Y agregó, bajando la voz—: Ahí vienen.

Los pasos de las chicas resonaban en el pasillo, hacia el patio. Se oían sus voces y sus

risas apresuradas, crecientes también, a medida que sus pasos se aproximaban. Él estaba de espaldas a la puerta, de manera que se volvió cuando oyó el chirrido vibrante del pasador, y vio, detrás de la puerta, en una semipenumbra, las cabezas inquietas y ricas de las dos muchachas, la de Pocha espiando el patio por sobre el hombro desnudo de Miri, la de Miri inclinada con rápida dedicación a observar su mano corriendo el pasador. Después la hoja se abrió hacia adentro y ellas se colaron por la abertura, y Pocha se volvió para correr nuevamente el pasador, mientras el alto cuerpo de Miri, lento, sustancial y abundante (las altas caderas, la cabeza, el recio y secreto volumen de los muslos, ensanchándose hacia el origen abismal y pleno del pubis) se acercaba con lento paso hacia la mesa alrededor de la cual ellos habían estado matando el tiempo durante la mayor parte de la noche.

—Veinticuatro pesos para que los fumen los

señores —dijo Pocha, viniendo desde la puerta, con el tono de una mujer que se siente satisfecha de ser explotada. —Guarda —dijo. Arrojó sobre la mesa dos paquetes de cigarrillos, uno tras otro. Las envolturas de celofán produjeron en el aire dos rápidos reflejos, de una transparencia sin destellos. Él abrió un paquete y convidó a todos. Después buscó una caja de fósforos en su bolsillo y encendió su cigarrillo y el de Pocha. Miri fue a sentarse en las rodillas de Barco. Éste encendió su cigarrillo, tiró el fósforo, y le dio fuego de su cigarrillo al cigarrillo de Miri. Después le rodeó con el brazo la cintura y ella se echó sobre su hombro.

Él miró a Barco.

—¿Y la historia? —dijo. Barco lo miró, con el cigarrillo entre los labios, y un ojo cerrado, a través de la casi invisible columnita de humo que ascendía desde la brasa.

—Estábamos en que se había descubierto los

efectos salvadores del disco —dijo Pocha.

—Sí —dijo Barco—. Me acordaba. —Suspiró hondamente, con gran seriedad, como si estuviera muy cansado, y después comenzó a sonreír con aire pensativo, agudo—. «Supongo que contribuirá a relajar mis nervios», me contó que le dijo al amigo en ese momento. Y que el amigo lo miraba sin comprender. Y que él estaba demasiado alterado como para que se le ocurriera explicarle cómo era la cosa. Dice que lo único que se le ocurrió decirle a su amigo fue: «Prestame ese dichoso disco por una semana». Y que el amigo dudó, sorprendido, pero que accedió a prestárselo por la sencilla razón de que ese pedido, aunque imprevisible y repentino, daba la pauta de por lo menos un mínimo interés de parte de él por el bendito anónimo que él había querido hacerle escuchar de una manera normal, tradicional, cuatro o cinco veces. Y que cuando estaba saliendo, me contó, mientras el amigo, confuso y como a punto

de llorar, le envolvió cuidadosamente su joya, él le dio dos palmaditas en el hombro, diciéndole: «Quiero llevar una presunción al terreno de la experiencia», suponiendo que el amigo tendría con eso suficiente razón como para pensar: «Está loco. De remate».

”Dice que se llevó nomás el disco. Dice que llegó a su casa con su mujer, que no sospechaba nada del asunto, y que lo guardó con todo amor y cuidado en la biblioteca, en un cajón, bajo llave, esperando hasta el lunes para realizar la experiencia. Dice que el lunes, cuando no había nadie en casa, sacó el disco, puso a funcionar su victrola, y se sentó a esperar. El efecto fue inmediato, dice. Apagó la victrola, y después fue y se miró en el espejo. «Soy libre», me dijo que pensó. Y dice que después salió a ver el cielo, a caminar, y me confesó que lo encontró más luminoso y sereno que nunca. Al otro día haría sacar media docena de copias del disco. —Barco

hizo silencio, pensando.

—¿Fue todo? —dijo Miri, moviéndose un poco sobre sus rodillas. Barco pareció no escucharla.

—Ahora bien —dijo. Y después, a Miri, como si recién entonces hubiera advertido la pregunta, moviendo provisoriamente la cabeza—. No, no fue todo. Atención. Qué iba a ser. Este hombre tenía una sirvienta. —Reflexionó, recordó—. Cora —dijo—. Yo la conocía. Una chica del campo que vino a la ciudad ya mayorcita. Buena presencia: terminan en el cabaret. Dice que al principio era una monada, pero que al poco tiempo empezó a ponerse remolona. Me parece comprender: «¿Con qué derecho (habrá pensado Cora) ellos pueden gozar todos los días de la ciudad dándome a mí permiso una sola vez por semana? Ella no tiene (habrá pensado refiriéndose a la mujer de mi amigo) ni la mitad de lo que yo tengo». No necesito explicar cómo son las mujeres: en primer

lugar tienen una gran facilidad para convertir la duda en malevolencia. Además, la justicia la consideran siempre a partir de necesidades personales. La verdad es que razón no le faltaba, pero la última palabra sobre un asunto así no debe darla un ser humano sino la Historia. Bueno. La cuestión es que empezó a tirarse a la marchanta. Se le daba permiso el domingo y volvía el martes. Yo la puedo imaginar pensando: «Soy libre. Puedo hacer lo que se me antoja»; deteniéndose en medio de la conversación con un amigo para pensar: «¿Qué dirá ella?», «¿Qué diría ella si me viera?», «¿Habrá sido tocada alguna vez por unas manos como éstas?», sosteniendo entre las suyas las manos cuadradas y lentas de un aprendiz de gigoló, de un tipo bastante buen mozo y con bastantes vicios como para hacer carrera. Yo digo que tendría que haber esperado la táctica de la Historia. Así la libertad no se recibe, se conquista como un don del tiempo, y eso elimina dudas y

remordimientos. Qué Cora. Es como si la estuviera viendo. Comiendo en la cocina. Bravo. Por la puerta trasera; cuidado con esa sopa. Seguramente. Y ella pensando: «Algún día este muchacho melancólico se va a decidir», mezclando su pensamiento con una imagen burda, simple: una mirada extrema y larga a la señora, casi de comprensión, como de cariño, y una sopera llena de sopa grasa estrellándose contra el suelo. Ya saben cómo son esas damas: se fastidian hasta de sus propias pulseras. Cora tenía razón, evidentemente.

”Bueno, el dichoso día tenía que llegar. Era nomás una cuestión de tiempo. Lo que sigue me fue contado por mi amigo. Dice que Cora salió el sábado, con permiso hasta el domingo, y que volvió el martes. El martes a la mañana, muy temprano. Parecía como si no se hubiese acostado, dice. Dice que ellos estaban tomando el desayuno cuando ella entró, y que ella saludó alzando la

mano, muy familiarmente, y que se acercó a la mesa, miró a la señora, fijamente, por un momento, y que dijo: «¿Permite?», sacando una tostada del plato. La mordisqueó apenas, con lentitud, con excesiva delicadeza. Mi amigo dice que él prefirió hacer como que no notaba nada raro, porque le parecía que ésa era una cuestión entre mujeres, pero que llegó a sentir, sin alzar la cabeza, que su mujer respiraba muy hondo, una vez, dos veces, y que sin hacer comentarios, dijo: «Cora, vaya a limpiar la biblioteca». Dice que Cora sonrió y dijo: «La biblioteca. Seguro», y que volvió a sonreír y se fue pisando fuerte para la biblioteca. Dice que él estaba por empezar a decir algo a su mujer, no recuerdo qué cosa, cuando Cora reapareció por la puerta de la biblioteca. Traía un jarrón y un disco. «¿Empiezo por esto —dice que dijo Cora mostrando el jarrón y haciéndolo después pedazos contra el suelo— o por esto?», repitiendo el trabajo con el disco. Seguramente el

muchacho de manos lentas se había decidido. Dice que él había empezado a comprender casi a tiempo, pero que su comprensión fue lenta respecto de los movimientos de Cora. Porque dice que cuando empezó a decir, «¡Por lo que más quiera, el disco no, Cora!», el redondel de pasta negra estaba perdido, y él ya lo sabía. Y lo sabía tan claramente que dice que ya en la mitad de la frase sintió deseos de no acabar de decirla, de estrangular a Cora y a su mujer sin hacer comentarios de ninguna clase. —Barco se calló, sonriendo. Miri se irguió un poco para mirarlo con extrañeza.

—¿Hay que extraer alguna conclusión? —dijo él.

Se puso de pie. Pocha reía y Barco sonreía satisfecho, como a la expectativa.

—Ninguna —dijo. Y después, rectificándose —: No, sí. Una: hay que elegir el camino más corto para llegar a la esquina.

Él se echó a reír. Se paseó con las manos en los bolsillos del pantalón. Pocha lo seguía con la mirada. Barco agarró a Miri del mentón, cariñosamente.

—Escribiría esta historia —dijo Barco.

—¿Por? —dijo él, mirándolo.

—Estoy teniendo ganas de escribir —dijo Barco—. No hago nada, salvo pensar. ¿No es una lástima?

—Necesitamos gente así —dijo él—. Así creamos personajes inteligentes sin necesidad de que sean escritores.

—Bien —dijo Barco—. Una manera de contribuir con la literatura es pensar sin escribir. Macanudo. Así se pueden crear personajes int... Muy bueno.

—Terminala —dijo él, con una sonrisa—. Ya has dado el golpe de gracia.

—Golpe de gracia —dijo Barco, haciéndose el tonto—. Un poema es un golpe de gracia. Golpe

por la comunicación instantánea. Gracia queriendo decir belleza.

Pocha se movió un poco sobre la silla como si estuviera pensando dolorosamente.

—¿Y no habrá podido? —dijo. Todos la miraron, sorprendidos. Ella se calló. Bajó la vista, se miró las manos, y cuando se volvió hacia los demás, advirtió que los demás la miraban, aguardando todavía. No le quedó más remedio que despacharse.

—¿No habrá podido, digo yo —dijo tímidamente, cautelosamente— juntar los pedazos, y pegarlos, o algo así?

Estaba de pie, tocándose nerviosamente con la punta del dedo la patilla de los gruesos anteojos, la otra mano como una plomada en el extremo del brazo pegado al muslo, vestido de traje y corbata, la amplia frente brillante por el sudor persistente

que se secaba de vez en cuando en un ademán autoconmiserativo con un pañuelo hecho una pelota arrugada y húmeda que sacaba torpemente de vez en cuando del bolsillo trasero del pantalón. Las chicas lo contemplaban inmóviles, con una curiosidad indolente, y él lo sabía, actuando no tratando de parecer desenvuelto sino por el contrario, confuso e intimidado, para disimular que esas miradas agudamente persistentes que a alguien menos vanidoso que él hubieran llegado a perturbar, a él le resultaban profundamente halagadoras.

Barco estaba de pie tocándole el brazo, pero el otro se hallaba sentado en la esquina de la mesa, mirándolo.

—León —dijo Barco—. Pocha, Miri. —Miró al otro—. Ustedes ya se conocen. —Y a León—: ¿Qué hacías?

—Nada —dijo León.

Él miró distraídamente la mesa.

—Tome una copa de vino —dijo, sin hacer ademán de servírsela.

—Gracias —dijo León, mirándolo.

Pocha se puso de pie.

—Siéntese —dijo.

León la miró.

—Gracias —dijo.

Se hizo silencio. Pocha quedó de pie, junto a la silla. Miri contemplaba a León sin hablar. Se oía el ruido de un coche que rodaba rápidamente sobre la avenida; la parra crujió levemente. Barco estaba junto a León. Éste dijo:

—Como me habías dicho que alguna vez viniera —sacó el pañuelo del bolsillo posterior de su pantalón, se tocó con la punta del dedo las patillas de los gruesos anteojos— y vi luz desde la calle, entré. Vengo del cine. Fui con Bedetti.

—¿Qué daban? —dijo él.

León lo tomó a mal. Lo miró y después miró a Barco. Después lo miró a él, dulcemente.

—Potiomkin —dijo—. En cine club.

—Ah —dijo él—. Potemkin.

—Sí —dijo León—. Es la quinta vez que la veo. Qué calor.

Pocha hizo unos gestos.

—¿Quiere tomar una copa de vino? —dijo.

—Tomaría agua fría —dijo León—. No tomo vino.

—Hay un poco de hielo en la cocina —dijo Miri, señalando la cocina con la cabeza.

—Dale soda, Pocha —dijo Barco—. Sentate, León.

—Gracias. Ya me voy —dijo León—. Prefiero agua.

—Agua, Pocha —dijo Barco a Pocha, que ya estaba en la cocina.

Pocha contestó desde la cocina algo que no fue entendido; se la oía golpear un trozo de hielo y después se oyó el tintineo de un trozo cayendo dentro del vaso. Después se oyó correr agua fría

por la canilla de la cocina.

—¿Qué andás haciendo? —dijo Barco, entretanto. Y después—: Ah, sí. Potemkin es una obra maestra.

León hizo una mueca pedante.

—Sí —dijo—. Es buena.

Barco lo miró un momento sorprendido, sin parpadear. León apretaba el pañuelo húmedo y sucio en su mano rubia. Pocha apareció con el vaso de agua sostenido con el pulgar y el índice, el meñique púdicamente separado.

—No está fría —dijo a León, entregándole el vaso. Éste lo sostuvo y miró su contenido como con desconfianza. Bebió un trago y después comenzó a mover el vaso para que el hielo se derritiera más rápidamente.

—Gracias —dijo León.

Nadie habló. León recorrió todo el patio con su mirada dolorida. Después se bebió el resto del agua y le devolvió el vaso a Pocha, que esperaba a

su lado.

—¿Cómo va esa política? —dijo Barco, palmeándolo.

—Bien —dijo León.

—¿Usted es comunista, no? —dijo él, mirándolo.

León se dignó mirarlo, distraído.

—Sí —dijo con resignación—. Soy comunista. Qué calor hace. ¿Nadie tiene un cigarrillo?

Sobre la mesa había un paquete. Él se apresuró a darle un cigarrillo. León lo tomó como si se tratara de un hierro al rojo, con gestos de impotencia y sufrimiento. Barco se lo encendió. León echó una nubecita de humo.

—Gracias —dijo.

—¿Quiere sentarse? —dijo él. León lo miró, sin gestos, sin expresión, pero como si lo estuviera reprendiendo—. ¿Dónde fue que nos conocimos?

—En la Peña Echeverría —dijo Barco.

—Sí —dijo él, como si recordara—. Una vez

fui a la Peña Echeverría. Parece un templo metodista.

León se rió por primera vez, mirándolo.

—Exactamente —dijo, sacudiendo las cenizas de su cigarrillo con deliberado descuido.

—Esos tipos que van a Europa y traen ideas nuevas —dijo él— siempre me han parecido de la peor calaña.

—Un poco como lo que yo decía de ir al sol para llegar a la esquina —dijo Barco.

—Sí —dijo él—. Algo parecido.

—No sé de qué hablan —dijo León. Y a él—: Las ideas son como herramientas: un martillo sirve para clavar un clavo sea Echeverría, Rousseau, Marx, usted o yo el que lo utilice, el año pasado, este año, ayer, en 1837, en Alemania, en Francia, en La Quiaca o aquí.

—Humedades —dijo él—. Las ideas surgen de cada realidad y no tienen ningún fin práctico. Usted las confunde con los métodos.

—Usted es el que las confunde, o las quiere separar, mejor dicho —dijo León, haciendo un gesto raro—. Bueno —dijo—. Esto explica las cosas que usted escribe.

—Gracias —dijo él, como con aire triunfal, aunque tocado.

León se apresuró a mirarlo.

—Prescindiendo de la calidad —dijo.

—Seguro —dijo él—. Prescindiendo de la calidad.

León dio una pitada a su cigarrillo, miró la brasa nerviosamente y después volvió a su expresión de insoportable sufrimiento. Barco lo miraba.

—Bueno —dijo León—, me voy.

—Bueno —dijo Barco. Y Pocha:

—Bueno.

—Encantado. Buenas noches —dijo León; se volvió lentamente hacia la puerta, acompañado de Barco. Era bajo y grueso; Barco caminaba

servicialmente a su lado. Le abrió la puerta, inclinado, como haciéndole una reverencia. León salió sin mirarlo. Se oía el rumor apagado de sus suelas de goma cuando Barco cerró la puerta y se acercó a la mesa.

Esperaron hasta estar seguros de que León no regresaría. Entonces él sacó un cigarrillo del paquete y le pidió un fósforo a Barco. Éste encendió uno y tocó con la llama el extremo del cigarrillo. Él echó un poco de humo, carraspeando, sonriendo.

—Un tipo así —dijo— no va a ser nunca padre de familia.

Tocó el brazo de Miri, y ella lo miró, lentamente.

—Un poco más y está listo —gritó Barco desde el dormitorio. Y agregó, gritando—: La una.

Miri había dejado de mirarlo y él le dijo:

«¿Me traés un poco de vino de la cocina?», y ella lo miró nuevamente, como si sonriera, y él le dijo: «Esta botella está vacía»; y ella se levantó lentamente, mirándolo como si sonriera, y se dirigió lentamente hacia la cocina. Sus hombros parecían sonreír, moviéndose. Sus altos tacones sonaban firmemente sobre el portland.

Él oía a Barco y la Pocha conversar y reír en el dormitorio. Después oyó una descarga de radio y la luz del patio se atenuó levemente. Oyó a Miri partir el hielo en la cocina. Se puso de pie y caminó hacia el dormitorio. Desde la puerta vio a Barco y a Pocha arrodillados junto a un aparato de radio y un tocadiscos. Sobre la cama había unos discos apilados. Barco lo miró sonriente y satisfecho.

—Falta poco —dijo. Pocha le tiró un beso y le hizo una mueca rápida. Volvió junto a la mesa, en el momento en que Miri regresaba de la cocina con un plato de hielo y una botella de vino blanco.

Dejó las cosas sobre la mesa y después volcó el agua sucia del otro plato y llevó el plato a la cocina. Él la siguió. Ella abrió la canilla y dejó que el agua cayera sobre el plato. Él pensó un poco antes de hablar; después dijo:

—Podrías grabar la canción.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta y miraba sus hombros, el pelo cayendo en un chorro vivo sobre la carne desnuda. Ella no respondió.

—Cuesta mucho —dijo él—. Pero eso no sería ningún problema. Vale la pena.

—Sí —dijo ella—. ¿Por qué no vas al dormitorio y le decís a Pocha que me alcance un repasador?

Él obedeció; con las manos en los bolsillos fue al dormitorio y se paró detrás de Pocha y Barco a mirar qué hacían. Barco atornillaba trabajosamente un enchufe y Pocha lo miraba a la expectativa, sosteniendo un cable en la mano. Él le tocó la espalda con la rodilla.

—Dice Pocha que le mandes un repasador — se corrigió—. Miri, digo.

—En el ropero —dijo Pocha, sin dejar de mirar el trabajo de Barco. Él fue al ropero. Vio su figura reflejada sobre la luna ordinaria. Acercó el rostro a la tersa superficie. Ahí estaba, el rostro ancho, el pelo negro, la mirada clavada en sí mismo. Ahí est... Recordó el repasador. Hizo una mueca a su propia imagen y abrió la puerta del ropero; rebuscó entre los trapos planchados y encontró un repasador. Al cerrar la puerta del ropero eludió mirarse.

—Los únicos defectos que uno puede ver en los demás —dijo al pasar— son los que les proyecta. —Saliendo, oyó a Barco gritar, distraído:

—Bravo.

Miri estaba secando el plato con otro repasador.

—No importa —dijo—. Hace falta para

después.

—¿Dónde lo pongo? —dijo él, con aire prescindente.

—Dámelo —dijo Miri.

Él se lo dio, mirándola. Ella pareció no darse cuenta. Fue y dejó el repasador en el extremo del fogón. Mientras lo dejaba, de espaldas a él, dijo:

—Dame vino.

Él fue, echó hielo en dos vasos, después echó vino y fue para la cocina. Miri regresaba ya al patio. Él le dio uno de los vasos y ella tomó un largo trago. Él la miraba. Miri fue y dejó el vaso sobre la mesa. Él recordó que tenía el suyo entre las manos y bebió un trago.

—No sé si quedarme —dijo, sintiendo el vino frío que descendía hacia su estómago— o irme.

Miri contemplaba la parra.

—Como quieras —dijo, distraída.

Él dudó un poco.

—Miri —dijo.

Ella se sentó, de golpe.

—Dame fuego —dijo.

No tenía; fue y le pidió a Barco. Barco le entregó la caja de fósforos sin decir una palabra ni volverse a mirarlo, entusiasmado con el destornillador y el enchufe; Pocha lo miraba hacer, con la boca abierta. Él regresó con la caja de fósforos; Miri tenía un cigarrillo entre los labios y miraba la parra, el cielo, el rico tejido de hojas y racimos pesadamente entrecruzado una y otra vez sobre su cabeza sesgada en el aire oscuro. Encendió un fósforo y lo aproximó al extremo del cigarrillo. Miri inclinó la cabeza hacia la llama, sosteniendo entre los dedos el cigarrillo. La otra mano descansaba sobre su falda. La llama iluminó una mitad de su rostro: él vio, especialmente, en un relámpago, el suave vello rubio cercano a la oreja, un leve rictus de la boca, y el transparente hundimiento de la parte superior de la mejilla; vio los dedos: largos, finos, llenos de estrías que el

resplandor de la pequeña llama amarilla evidenciaba. Una parte del pelo reflejó con rapidez la llama y él oyó el casi inaudible primer crujido del tabaco al quemarse, y aguardó hasta que ella espirara por primera vez, arrojando un poco de humo por la nariz y la boca, para retirar la llama que tembló un poco ante la leve ráfaga de aire emitida. Su temblor creó un rápido juego de luces y de sombras en el rostro de Miri.

Él sacudió el fósforo, apagando la llama, y lo arrojó lejos, hacia el manzano fundido en la penumbra; después tomó vino.

—Pienso modificar un poco la música —dijo Miri. Después calló, y él advirtió que ella estaba a punto de decir algo, que pensaba algo, tratando de retenerlo y comprenderlo, organizándolo para expresarlo, y él lo advertía en esas leves inflexiones de la amplia frente, en un temblor de los labios. Esperó que lo dijera pero ella no lo dijo.

—¿Qué pensabas? —dijo él.

—En nada —dijo ella—. Pienso viajar a mi pueblo la semana que viene.

—¿Por? —dijo él.

—Por nada —dijo ella. Fumó una larga pitada—. Tengo ganas.

Él dudó un poco; después dijo:

—Los seres humanos tenemos una manera particular de ser animales. Lo hacemos tratando especialmente de ser humanos.

Ella lo miró.

—¿No te cansa esta vida? —dijo.

Él sonrió, suspiró, y después se dejó caer sobre una silla; estiró las piernas y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Es eso lo que venís pensando desde hace un mes? —dijo, con aire satisfecho.

—No —dijo ella—. No es eso.

Él sacó un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa y le pidió fuego; ella estiró la mano

con el cigarrillo; él agarró la mano y acercó la brasa al extremo de su cigarrillo, torpemente.

—Tengo mucho vino encima —dijo.

Se oyó una descarga de radio proveniente del dormitorio y después las risas y las voces creciendo, y el taconeo aproximándose y el comienzo incierto y gutural de un tango. Pocha apareció en el patio y fue a tirarse encima de él.

—¿Bailamos? —dijo. Miri la miró. Desde el dormitorio se oía la música, atenuándose y creciendo su volumen, como si Barco estuviera tratando de hallar el punto justo.

—Un momento —dijo él, dándole un beso en la oreja. Miri se puso de pie y fue al dormitorio. Pegado a la mejilla de Pocha, que estaba sentada sobre sus rodillas, él la vio alejarse. Barco seguía maniobrando con la perilla del volumen ya que la música ascendía y disminuía. Miri entró en el dormitorio y el sonido se estacionó, demasiado bajo. Se oía el murmullo de las voces de Barco y

Miri entre la música atenuada. La mano de Pocha sostenía su nuca. Él la besó en el cuello, rodeándole la espalda con los brazos. Después gritó, al dormitorio:

—Más alto. —Y a Pocha, en el oído—: Vamos a bailar.

Pocha saltó a tierra y él oyó al ponerse de pie que la música, entre las voces confusas y distintas de Barco y Miri, aumentaba su volumen. Sacó los vasos de la mesa y se los dio a Pocha; se guardó el paquete de cigarrillos en el bolsillo del pantalón y puso el plato con hielo en el suelo, junto a la botella de vino. Después alzó la mesa y la llevó cerca del manzano, dejando espacio para bailar; después corrió también las sillas, mientras Pocha dejaba uno a uno, con sumo cuidado, los vasos sobre la mesa; estaba entre ellos el que León había usado para tomar agua.

—¿Qué quisiste decir —dijo Pocha, dejando el vaso de León sobre la mesa— con eso de que

nunca iba a ser padre de familia?

—Nada —dijo él, agachándose a recoger con sumo cuidado el plato de hielo que había formado ya un poco de agua. Sosteniéndolo, con gran cuidado, con las dos manos, por los bordes, fue caminando lentamente hacia la mesa, deteniéndose junto a ella depositando lentamente el plato de hielo. Pocha fue a buscar la botella y la trajo a la mesa. La depositó de golpe, golpeando su base contra la tabla, y quedó con la mano en el pico, pensativa.

—No me gusta ese tipo —dijo después, colgándosele de los hombros. Él la miró, muy de cerca, casi pegada a su nariz, los ojos grandes y brillantes, la boca gruesa, la nariz recta como de un granito revestido de laca. Sonriendo le tocó el pelo.

—Eso es lo que yo quería decir —dijo.

El tango terminó y sólo persistió en el aire un rítmico ruido a púa; él alzó la cabeza hacia el

dormitorio, tratando de oír. Barco asomó su cara sonriente por la puerta del dormitorio.

—Centroamérica —dijo, y desapareció.

Pocha se rió y lo pellizcó en la mejilla.

—Vamos al dormitorio —dijo él.

Fueron, pero él se detuvo en la puerta, mirando el interior. Barco estaba agachado junto al tocadiscos, pasando un trozo de gamuza amarilla a un disco. Miri estaba echada sobre la cama, el antebrazo bajo la nuca y una mano en el vientre, la pollera un poco subida mostrando las duras rodillas, las brillantes y duras pantorrillas. Pocha entró y se inclinó sobre Barco tratando de leer por sobre su hombro la etiqueta del disco. Barco reía; puso el disco sobre el plato de felpa y al levantar la lanza de la púa el plato comenzó a girar. Después depositó la lanza de baquelita sobre el borde del disco; el aparato de radio dejó oír una descarga y un chirrido persistente; Barco empezó a maniobrar con las perillas buscando el tono

apropiado y graduando el volumen. Miri se incorporó y quedó apoyada sobre los codos, mirando a Barco. Por fin la radio dejó oír un cha-cha-cha, o algo parecido. Una mujer cantaba en la jerga de los negros y su voz era acompañada por una música aguda, rápida, estruendosa. Pocha golpeó las manos y se vino bailando sola hasta el medio del dormitorio. Adelantaba un pie, bamboleaba el cuerpo, detenida, y después retiraba el pie y adelantaba el otro; después los cruzaba hacia los costados moviendo el cuerpo desde las caderas hacia arriba, una mano descansando sobre el vientre y la otra estirada hacia un costado, como si estuviera por bailar con otra persona; Barco y Miri golpeaban las manos, y él sonreía. Entonces Barco se vino hasta el centro de la habitación, y Miri lo siguió, rápidamente, levantándose de un salto de la cama; Barco se puso delante de Pocha y empezó a bailar suelto con ella. Movía los brazos y los pies siguiendo el

ritmo de la música, pero sin hacer mucho caso de su propia coreografía; sonreía con expresión de exhausto entusiasmo. Miri golpeaba las manos y él comenzó a hacer lo mismo. Después Pocha estiró los brazos, parodiando un éxtasis, y se aproximó al espejo. Allí empezó a fingir como rivalidad en el baile con su propia imagen: remedaba sus movimientos y le hacía muecas. Barco se había detenido y la miraba, doblado por la risa. Miri seguía golpeando las manos. Siempre bailando, con ese juego de adelantar un pie, bambolearse rígidamente, retirar el pie y adelantar el otro, Pocha hizo un gesto de desprecio a su propia imagen y se volvió hacia él, bailando. Él sonreía, viéndola acercarse, indeciso. Cuando estuvo a medio metro permaneció, allí, bailando; al ir hacia adelante en su bamboleo, él podía sentir su respiración, entre el estruendo vivo de la música y el clap-clap infernal y rítmico de los aplausos y podía ver con nitidez su rostro resaltando entre las

caras sonrientes moviéndose detrás; su rostro: la ancha y concentrada sonrisa, las mejillas ardientes, encendidas por un fuego casi rosado, la frente y la parte superior de los labios llenos de un sudor tibio, las orejas estrictamente recortadas sobre el pelo oscuro. Y sus miradas: fugaces, cambiantes, volviéndose a veces al propio cuerpo que las generaba para extraer de él el máximo posible, la evidencia incontrovertible de una existencia dispuesta a todo, capaz de todo.

La música cesó, de golpe, y Pocha cayó en sus brazos, respirando, jadeando, la piel caliente y trémula, despierta y voraz como un organismo vivo, húmedo. Él lo asoció mecánicamente a otra vez en que ella había caído sobre él, llorando: la misma fatiga física, el mismo desamparo.

Miri y Barco iniciaron un griterío. Pocha se volvió, entornó levemente los párpados, se tomó delicadamente la pollera, y después hizo una breve reverencia, entre aplausos. El disco continuó con

un bolero. Cuando Pocha se irguió después de la reverencia él la tomó por los hombros y la llevó al patio. Ella caminaba lentamente a su lado. Le sacó el pañuelo del bolsillo y se secó el sudor. Después lo miró y lo detuvo tomándolo del brazo y obligándolo a inclinarse para secarle el sudor de la frente y el cuello. Él la dejó hacer. Después ella volvió a guardarle el pañuelo en el bolsillo. La llevó hasta la mesa, le sirvió un vaso de vino y echó dentro de él un pedazo de hielo. Pocha tomó un trago, mirándolo por encima del vaso; él alzó su vaso y tomó un trago.

—Miri piensa ir a su casa la semana que viene —dijo.

—Sí —dijo ella—. Yo también.

—Bien —dijo él, sonriendo—. ¿A qué?

—Cambio de aire —dijo ella.

—Ah —dijo—. Muy bien. Buena medida. Aire de familia, supongo.

El rostro de Pocha se ensombreció, pero

después volvió a iluminarse, más intensamente, y ella lo miró con una sonrisa triunfalmente malévola.

—Aire —dijo.

—Así es —dijo él, como si hablara con un tercero—. Simplemente aire.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Pocha.

—Por supuesto. Ninguno —dijo él.

—Me has llenado la cabeza de malas ideas —dijo Pocha, sonriendo. Lo tomó de la camisa y lo zamarreó levemente—. Tengo miedo de que un día de éstos me empiecen a pedir cuentas de lo que he hecho.

Él imitó los gestos de Barco.

—Un buen estudiante, padrecito —dijo—. Dos hachazos, padrecito. Graduación mes próximo manden dinero cariños Pocha. —Dejó de sonreír—. Nosotros esperamos. Los otros van al cine, a las confiterías y a la milonga. Esperan de esa manera y sienten un malestar en la nuca, al

acostarse, y un malestar en el estómago, al levantarse. Nosotros estamos vueltos hacia nuestra propia expectativa. Cariños Pocha —dijo.

Pocha lo miró dulcemente.

—Nosotros tenemos aserrín en la cabeza —dijo.

Él la miró.

—Va aserrín mes próximo manden dinero cariños Pocha —dijo—. Somos una manga de atorrantes. Te voy a decir una cosa, confidencialmente: no estamos en condiciones de hacer nada, salvo ir al cine, a la confitería y a la milonga. La tranquilidad es un compás de espera. Ah. También la costanera, los domingos.

Ella lo miraba sonriente, acariciando su vaso frío lleno de rubio vino frío.

—Dirás que para qué escribo mi novela —continuó diciendo él—. Bueno. No sé. Dirás que para qué me pongo agresivo con un comunista. No sé. Que para qué tomo vino, trabajo, bailo y como.

Bueno, te digo: no sé, no sé, no sé. Dirás literatura. Posiblemente. Casi seguro. Valdría la pena, creo, sin embargo, configurar una existencia dedicada al crimen para tener una mínima solvencia ante la imbecilidad. Quisiera que estuvieras, algunas veces, un segundo dentro de mí: es como si el cráneo me quedara demasiado grande y el cerebro anduviera dándose golpes contra los parietales y resonando dentro de mi cabeza.

Él sonrió; ella lo miraba seriamente. Él estaba por continuar pero Pocha le dio rápidamente un beso en los labios para impedírselo.

—¿Vamos a la playa mañana? —dijo Pocha.

Él la miró.

—Mañana tengo que dormir —dijo—. He tomado mucho vino.

Se distrajo y oyó la música, y nuevamente las voces leves y aplomadas de Barco y Miri, charlando en el dormitorio. Entonces advirtió que bailaban, ya que había estado oyendo todo el

tiempo los pasos arrastrados y lentos sobre el piso de mosaicos, el cerebro arrastrándose con ruido de pasos lentos sobre los parietales.

—Sí —dijo Pocha, con un aire de mustia y delicada resignación—. Hemos tomado mucho vino.

El bolero terminó. Barco y Miri salieron al patio, de la mano, él arrastrándola con entusiasmo. Cuando llegaron comenzaba a oírse una rumba. Cantaba nuevamente la mujer de la primera grabación, pero con una voz más delicada, más íntima: era como si hubiese regresado a su propia naturaleza.

—Ahora bailo con ella —dijo Barco. Tomó a Pocha de la mano y la tiró violentamente hacia él; ella trató de mantener el equilibrio pero no lo logró, parada sobre un pie, un brazo extendido hacia atrás como un espadachín, cayendo por inercia en brazos de Barco. Quedó en ellos, riendo. Barco miró a los otros, haciendo un gesto

de resignación.

—No tiene una tradición que la sustente —
dijo.

Él se rió, sorprendido. Barco y Pocha comenzaron a bailar. Dieron unas vueltas muy lentas, pegado uno al otro, y penetraron en el dormitorio. Él los observó en silencio, mientras trasponían la puerta del dormitorio cuya abertura arrojaba un trapezoide alargado de luz sucia sobre el patio, alumbrado apenas por la luz sucia del farol clavado en el muro.

—Vamos a bailar —dijo él, a Miri.

Ella lo enfrentó, distraídamente.

Él se puso muy cerca de ella, vacilando un segundo todavía, cerca de ella tocándola con las rodillas ya no muy firmes, por un segundo todavía detenido e inserto en la noche de gestos confusos. Estaban cerca uno del otro en una lentitud tan similar que se diría existían por la misma respiración, asimilados en una incongruente

simbiosis. Entonces él puso primero su mano sobre la alta cadera y después le tomó la mano dejándola allí mismo donde la había tomado, contra el muslo de ella, los dedos entrecruzados fuertemente en un contacto vivo, como de microorganismos. Después la mano de la cadera se deslizó trabajosa y lentamente hacia la espalda y oprimió el gran cuerpo accesible hasta que todas las salientes, las sufrientes colinas de altura y formas diversas que la memoria y la experiencia soportaban día a día con la misma indolencia heroica, se tocaron, de pronto. Él tocaba con las rodillas duras, de una piedra débil, las piernas tirantes y calcáreas del alto cuerpo; los senos tirantes de ella se disolvían contra su pecho. Y abajo, los vientres animales y secretos provistos de su propio orden y de su propia respiración, concéntricamente arenosos y blandos jugaban una especie de beso inerte allá abajo, una especie de marasmo de caricia, idiota y revuelta. Las mejillas

repetieron el beso de los vientres, tocándose no ya por la piel misma, sino por una especie de rescoldo que la piel irradiara. Él dio el primer paso sin oír la música, cerrando los ojos, en una oscuridad móvil, moviéndose en algo que no era el espacio sino su presentimiento, hacia algo que no era el tiempo sino su propio deseo principalmente pasado, arrojado a ese movimiento fugaz de su cuerpo invadido por un oscuro abandono. Parecía como si respiraran por esa música que no llegaban a oír. Abrió los ojos; vio la delicada oreja indiferente, y una porción del pelo, brillante. Más cerca todavía vio un rasgo de piel monstruosamente confusa y en todas las mínimas reiteraciones de ese cuerpo lento y accesible él advirtió una rica vivacidad secreta y también una secreta lejanía, una noción nueva y todavía oscura de los seres.

Pero, volviendo, ahí estaba: llena de perfectas circunvoluciones, apenas capaz de advertir una

mano posada sobre ella, persistentemente penetrada por la corriente viva no escuchada aunque obedecida de la música; ahí estaba como un chiche complicado, fácil de romperse, girando sobre sí misma hacia el organismo oscuro de la audición, cuya perfecta imponderabilidad e impalpabilidad como un diamante pequeño, alerta y trabajado, en el fondo de un pozo, del que sólo se percibiera lejanamente el resplandor, que él podía aceptar pero no confirmar en esa experiencia inmediata que era su proximidad. Y el suave pelo rodeándola, cerca de su boca: como conchas tejidas, ensimismadas, rodeándola con su aluvión suave, brillante.

Pudo sentir el movimiento de los cuerpos; las piernas jugando, duras, abajo, y vio primero el manzano, en un giro, su copa oscura fundiéndose en la clara noche, y vio después el farol empotrado en la pared; se detuvo allí. Dio un paso regresando, bailando, y vio nuevamente el

manzano reiterándose en el espacio, y después la mesa, las copas llenas de reflejos sobre ella, y el muro de ladrillos que separaba el patio de la casa vecina. Siguió hasta dar la vuelta completa, comenzando a sentir el peso del otro cuerpo palpitante: y como naciendo una en otra vio la puerta del pasillo y la puerta del dormitorio un poco más allá, como si todo el trecho de muro y pared que las separaban hubieran sido una convención, una necesidad de ellas mismas, tan irreales y arbitrarias que él habría podido atravesarlas bailando, moviéndose, sin darse cuenta.

Oyó, de pronto, la música. Sintió la otra piel sobre su piel; cerró los ojos pero aquello no era más que una tiniebla intolerable. Los abrió nuevamente, rescatado por los pies, los vientres, los pechos, las mejillas; vio el manzano y detrás, delante, vio la noche. Oyó la respiración de Miri.

—Refresca —dijo.

Miri se echó hacia atrás, mirándolo.

—De veras —dijo, como sorprendida.

La rumba terminó, y también el disco. Barco vino con Pocha desde el dormitorio. Venían caminando lentamente, hablando, como tratando de terminar rápidamente una conversación.

—Tomemos vino —dijo Barco. Los cuatro se aproximaron a la mesa.

—Es hora de que empecemos a irnos —dijo él.

Nadie hizo caso. Pocha rodeó la mesa y fue a pararse entre él y Miri.

—Es hora de que bailemos —dijo.

—Seguramente —dijo Barco, apurándose a beber el contenido de su vaso y yéndose después al dormitorio; Miri se fue tras él. Un momento después comenzó a oírse una música lenta, estirada.

Él y Pocha comenzaron a bailar, bajo la parra. Refrescaba.

—¿Qué hora es? —dijo él.

—Cerca de las dos y media —dijo Pocha.

Estaban pegados uno al otro, deslizándose lentamente. De pronto estuvieron ante la ventana del dormitorio. Barco y Miri estaban abrazados frente al espejo del ropero, sin hablar. Barco los miró.

—Hola —dijo. Él llevó a Pocha lejos de la ventana. Bailaron hasta que la música lenta terminó. Se quedaron ahí, abrazados. Él vio, con los ojos muy abiertos, por sobre el hombro de Pocha, la luz sucia del dormitorio emergiendo a través de la ventana y de la puerta. Se oían el rasgido interminable de la púa y las descargas intermitentes de la radio. Oyó unos pasos rápidos en el dormitorio. El ruido y las descargas cesaron. Después oyó el ruido de la puerta (la hoja pintada de ocre sucio avanzando) y la luz sucia que emergía de la abertura desapareció. La ventana permaneció abierta, arrojando su luz sucia al patio

en medio del silencio. Él oprimió el cuerpo de Pocha y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, advirtió que la luz del dormitorio se había apagado.

La brisa de la madrugada, discretamente agradable, daba en su rostro y él alzaba y bajaba la cabeza como gozando su peso y su capacidad de movimiento. Barco caminaba a su lado, tan lentamente como él. Eran más de las cuatro.

—Tengo hambre —dijo Barco. Su voz sonó grave.

Él movía la cabeza lentamente, con las manos en los bolsillos.

—¿Sí? —dijo.

Barco lo miró; sin volver la cabeza hacia Barco él lo advirtió, calmamente, casi satisfecho de que Barco lo hubiese mirado.

—Así es —dijo Barco, sin dejar de mirarlo,

como si lo estudiara, o esperara observar una reacción en él, o algo así. Llegaron al bulevar. Había dos taxis en una parada. El cielo estaba ligeramente más claro en el Este.

—Hay un lugar donde me fían —dijo él.

—Ya sé —dijo Barco—. En eso estaba pensando. De paso vemos el río.

Caminaron más de veinte cuadras, hasta el puente. No hablaron casi durante el trayecto. Él, a veces, se limitaba a comentar el día próximo, el mes próximo, el invierno próximo. Barco lo escuchaba en silencio, y después, cuando él se hubo callado, habló de la noche pasada. Estuvieron casi media hora sobre la plataforma del puente colgante, donde soplaba una brisa más intensa, más fría, oyendo el incesante murmullo del agua. Entre los hierros y los cables, y el olor a humedad pútrida de la ribera, sus corazones latían silenciosamente, como en rítmicas ráfagas de tiempo, con un ritmo secreto y antiguo. Llegaron a

sentir frío. Regresaron. Debían bajar tres cuadras por la costanera, hacia el centro, por el lado del club de regatas, para llegar al restaurante. Era un lugar instalado recientemente, con mesas y sillas de todos colores.

Entraron. En una mesa, junto a la ventana, estaba León, solo, comiendo pollo con arroz. Tomaba agua. Ellos se detuvieron junto a la mesa.

—Siéntense —dijo León. Siguió comiendo. El mozo, un hombre de edad, pequeño y delgado, en mangas de camisa, se aproximó y él le habló en el oído. El mozo hizo un vago gesto afirmativo. Ellos pidieron arroz con pollo y una botella de vino blanco. El mozo se alejó. León no decía una palabra, más bien comía con expresión dolorida.

—No falta mucho para que amanezca —dijo Barco.

Él suspiró. Estaba rendido. Después miró a León, que comía inclinado sobre su plato.

—Barco —dijo—, ¿qué sentido tiene la vida?

Barco abrió los ojos y la boca, sorprendido. Después lanzó una carcajada.

—¿La vida? ¿Sentido? ¡Muchacho! —dijo, riendo. Miró a León. Éste había dejado de comer y lo miraba, aguardando. Barco se quedó súbitamente serio. Hizo un gesto de asombro, que fue desvaneciéndose lentamente de su rostro. Después lo miró a él y a León, que lo miraban. Abrió los brazos y los palmeó a los dos—. Ninguno, por supuesto —dijo.



JUAN JOSÉ SAER. Nació en Santa Fe, Argentina, en 1937, y falleció en París, en 2005. En 1968 se radicó en París y fue profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Rennes (Francia).

Su vasta obra narrativa abarca cinco libros de cuentos —*En la zona, Palo y hueso, Unidad de lugar, La mayor y Lugar*— y once novelas; *Responso, La vuelta completa, Cicatrices, El limonero real, Nadie nada nunca, El entonado, Glosa, La ocasión* (Premio Nadal), *Lo*

imborrable, La pesquisa, Las nubes. En 1991 publicó el ensayo *El río sin orillas*, con gran repercusión en la crítica, y en 1977, el libro de ensayos literarios *El concepto de ficción*. Su producción poética está recogida en *El arte de narrar*. En 1999 publicó el ensayo *La narración-objeto*.

Ha sido traducido al francés, inglés, alemán, italiano, holandés, portugués, sueco y griego.

Notas

[1] Téngase presente que esta conversación tiene lugar en noviembre del año pasado. Conde se mató en febrero. Para esa época estaba viviendo en Rosario. Había nacido allí. Era psicólogo de carrera y hasta los veintiocho años había trabajado como asesor en una agencia de publicidad. Le interesaba bastante la política. Se suicidó el día en que cumplió treinta años: se encerró durante tres días en la quinta de su familia en el barrio residencial de Fisherton, tomándose el trabajo de amontonar todos los muebles de la casa en una de las habitaciones. El día de su cumpleaños, exactamente el 16 de febrero, una pareja que paseaba en automóvil por Fisherton lo vio vivo por última vez. Inmediatamente fue a hacer la denuncia a la policía, porque Conde se hallaba completamente desnudo paseándose por la pérgola del edificio. Eran las dos de la tarde. La pareja

declaró que parecía melancólico o pensativo y que ni siquiera parecía darse cuenta de que no llevaba una sola prenda encima. Cuando la policía llegó a la quinta encontró la puerta cerrada con llave y reforzada por dentro con un ropero y unas sillas amontonadas contra ella. Tuvieron que forzar una ventana lateral para entrar al edificio. Encontraron a Conde colgado de un alambre asegurado a un clavo clavado en la pared de uno de los dormitorios. Se hallaba completamente desnudo. Cuando recibí la noticia me resistí a creerlo, porque Conde había sido siempre un tipo muy sereno, muy objetivo y desplegaba una intensa actividad política. Por supuesto, no era ningún tonto, y una vez, durante esa temporada que pasamos en la playa, me había dicho: «Si un hombre no encuentra antes de los treinta años ninguna verdad por la cual no le importaría dejarse matar, tiene la obligación de levantarse la tapa de los sesos». <<

[2] Pancho tiene un hermano mayor, casado, con bastante dinero. Tiene cuatro hermanos más, también mayores, que no viven en la ciudad. Pancho es el único de los hijos de la familia Expósito que continúa viviendo en la casa paterna. Su padre es un agente de seguros jubilado. Su hermano es ingeniero, o técnico, o algo así, y hace tres o cuatro años, antes de casarse, instaló una pequeña fundición que le viene dejando una buena renta. El hermano de Pancho es un buen muchacho: es el que le paga los tratamientos. Se preocupa bastante por él, aunque sospecho que ya debe sentirse algo cansado, porque unos días antes de que Pancho se internara por última vez, vino a verme a casa, para consultarme sobre lo que debía hacer. Se sentó frente a mí, y golpeándose la sien derecha con el dedo índice, exclamó: «¡Mucha lectura! Demasiada lectura». Inmediatamente me

propuso un plan para distraerlo. «Llévelo al fútbol», me dijo. «No pueden salir con un par de chicas?» Me miró con aire lastimoso y agregó: «Me cuesta un dineral». Y yo le respondí: «No vaya a echárselo en cara». Él me miró sorprendido: «¿Sería grave?», dijo. «Para usted», pensé yo, pero preferí callarme la boca, «para usted, porque si llega a decírselo Pancho es capaz de hacerse internar todos los meses, hasta mandarlo a la quiebra». <<